

**WILLIAM THACKERAY**

***LA FERIA DE LAS VANIDADES***

**MÉXICO**

**IMPRENTA DE ANDRADE Y ESCALANTE**

**1860**

**MARCOS RODRÍGUEZ ESPINOSA**

**ESTUDIO Y EDICIÓN TRADUCTOLÓGICA DIGITAL DE**

**WILLIAM THACKERAY**

***LA FERIA DE LAS VANIDADES***

**MÉXICO**

**IMPRENTA DE ANDRADE Y ESCALANTE**

**1860**

**ARCHIVO DIGITALIZADO Y EDICIÓN  
TRADUCTOLÓGICA DE TEXTOS LITERARIOS Y  
ENSAYÍSTICOS TRADUCIDOS AL ESPAÑOL**

**Proyecto de Investigación  
I+D HUM2004-00721FILO  
UNIVERSIDAD DE MÁLAGA, 2007**

## ESTA EDICIÓN TRADUCTOLÓGICA

### Resumen

En esta edición traductológica abordamos el análisis de la primera traducción en lengua española, publicada en México en 1860, de *La feria de las vanidades* (1847-48), obra maestra que ha consolidado en los últimos ciento cincuenta años la azarosa posición del novelista británico William M. Thackeray en el canon victoriano, y ofrecemos, como resultado de nuestra investigación: (a) Un estudio comparativo de la recepción de la obra de Thackeray en las naciones de lengua española y el resto de países europeos durante la segunda mitad del siglo XIX y el siglo XX; (b) Un análisis de las traducciones mexicanas y argentinas de 1860 y 1915, respectivamente, haciendo especial hincapié en la relevancia de la traducción en la consolidación de nuevas naciones americanas, el momento histórico en el que fueron vertidas, las editoriales que las publicaron, los perfiles biográficos y profesionales de los traductores, los paratextos, así como de la influencia que ejerció en ellas la traducción francesa de Georges Guiffrey de 1855, texto intermedio de dichas versiones hispanoamericanas; (c) Una relación de las omisiones, adiciones y otras manipulaciones del texto original de Thackeray localizadas en la traducción mexicana de 1860 y sus afinidades con la versión de Pedro González-Blanco publicada en España en torno a 1900; (d) Un inventario de reediciones, plagios y apropiaciones ilegales de las traducciones al español de *La feria de las vanidades* publicadas en 1860, ¿1900? y 1915, y (e) El texto original de la traducción mexicana de 1860 acompañado de 41 notas a pie de página en las se contrasta dicho texto con la versión francesa de 1855 y las demás traducciones en lengua española publicadas hasta 1962.

### Abstract:

In this translational study we analyse the first Spanish translation, published in Mexico, of *Vanity Fair* (1847-48), a masterpiece that has established in the last one hundred and fifty years the hazardous position of William M. Thackeray in the Victorian canon, and we are able to provide, as a result of our research: (a) A comparative study of the reception of the works of this English author in Spanish America, Spain and the rest of Europe during the nineteenth and twentieth century; (b) An analysis of the Mexican and Argentine translations of 1860 and 1915, respectively, making special emphasis on the relevance of translation in the birth of national identities in these countries, the historical moment in which they were translated, the publishing houses which launched them, the biographies of the translators, their paratexts, as well as the strong influence that the French translation made by Georges Guiffrey in 1855 exerted on them, as the authentic source text of these Latin American versions; (c) A catalogue of the omissions, additions and other manipulations of the source text as found in the Mexican translation of 1860, and some hints about its resemblance with certain parts of the version translated by Pedro Gonzalez-Blanco in Spain around 1900; (d) A list of reprints, plagiarisms and illegal appropriations of these Hispanic translations of *Vanity Fair* published in 1860, 1900?, and 1915; and, (e) The original text of the Mexican translation with 41 footnotes in which this text is compared with the French version (1855) and the other Hispanic translations published until 1962.

Marcos Rodríguez Espinosa. [respinosa@uma.es](mailto:respinosa@uma.es)  
Dpto. Traducción e Interpretación. Facultad de Filosofía y Letras.  
Campus de Teatinos. Universidad de Málaga. Málaga (España)

## 1. Recepción de *La feria de las vanidades* en Hispanoamérica y España

Un buen número de especialistas en el campo de la Historia de la Traducción en Hispanoamérica y España vienen advirtiendo cómo sus trabajos de investigación se benefician de la presencia en la red de redes de buena parte de los catálogos de las principales bibliotecas nacionales, de la aparición de mercados de libros *on-line*, y de la creación de bibliotecas electrónicas, que incluyen miles de obras literarias en distintas lenguas. Este inmenso caudal virtual de millones de títulos y libros, en muchos casos antiguos y raros, y de difícil acceso hasta hace bien poco, contribuye a la recuperación de un vasto patrimonio bibliográfico, cuyo análisis deparará no pocas novedades en un futuro próximo.

Nuestros estudios previos de las traducciones al español de la obra del novelista británico William Makepeace Thackeray, abordados en un momento en que dichos avances tecnológicos aún se hallaban en ciernes, se han visto favorecidos por la existencia de este fondo de textos traducidos que nos ha permitido verificar ciertas hipótesis de trabajo y profundizar en determinadas líneas de investigación formuladas entonces. En concreto, nos referimos a la trascendencia de la traducción mexicana de *La feria de las vanidades* de 1860 y la argentina de 1915, ésta última localizada no hace muchos meses en una librería virtual, para la recepción y difusión de esta obra maestra en lengua española.

A principios de 1844, William Makepeace Thackeray está involucrado en una serie de empresas literarias, como la redacción de *A Legend of the Rhine*, parodia de *Othon l'Archer* de Alexandre Dumas, la traducción, junto a otros colaboradores de la versión inglesa de *Les Mystères de Paris*, de Eugène Sue (empresa que abandona por sus desavenencias económicas con el editor francés Girdon), y la elaboración para Chapman & Hall de un libro basado en su viaje por el Mediterráneo, *Notes of a Journey from Cornhill to Grand Cairo* (1846), en el que describe una curiosa y breve estancia en la Península Ibérica. Thackeray zarpa de Southampton a bordo del *Lady Mary Wood* y al poco de divisar la costa española se interna en la hermosa bahía de Vigo. Tras asistir a misa de mañana y disfrutar de una espléndida comida nada más desembarcar, no duda en probar las ostras que dan fama mundial a la costa gallega, y en saborear una taza de chocolate servido por «una alegre Dulcinea de ojos negros», para luego contemplar el desfile de la guarnición de la ciudad en la Plaza de la Constitución. De Vigo parte hacia

Lisboa, ciudad en la que dispone de tiempo para visitar la Iglesia de San Roque, Belén, el acueducto y la rica pinacoteca del Palacio das Necessidades, en donde queda maravillado ante los cuadros del duque de Wellington, personaje mudo de *La feria de las vanidades* y héroe de Waterloo. Una vez solventados algunos problemas con la burocracia portuguesa, el barco pone rumbo a Cádiz, y allí deambula por el mercado en compañía de un guía inglés, «que cayó sobre mí nada más poner pie en tierra, y me obsequió con no pocas leyendas fabulosas sobre la muerte de un sinfín de toros, hombres y caballos en las fiestas que acababan de celebrarse». Esa misma tarde se despidió de las blancas casas de El Puerto de Santa María y de las púrpuras elevaciones de Medina Sidonia, para al poco divisar Gibraltar, la primera de las colonias británicas en las que recalará en su viaje por el Mediterráneo<sup>1</sup>.

Según cuenta Benito Pérez Galdós, en sus *Memorias de un desmemoriado*, durante un viaje por Inglaterra, allá por el año 1889, realiza una visita a la Abadía de Westminster, en la que pone sus pies «como el que asiste a llevar una ofrenda a los dioses o a los mortales que con los dioses se codean». Tras reflexionar acerca de la singularidad del templo londinense en el que, a diferencia del Panteón de París y el Escorial de Madrid, «se ha conseguido (...) la incineración y glorificación de todas las grandezas de una raza», dirige sus pasos hacia «El Rincón de los Poetas». Allí rinde respetuoso culto «ante la brillantísima pléyade de poetas, novelistas, historiadores, críticos, músicos, actores, etc., que en siglos diferentes han brillado en el espacio infinito del arte británico», entre la cual se distingue el exquisito busto de Thackeray, obra del barón Marochetti, junto a una «celestial muchedumbre» entre la que destacan Haendel, «Oliverio Goldsmith, Pope, Addison, Chaucer, Thomson, Prior, Campbell, duque de Argyll, Spencer, el afamado comediante Garrick, Milton, cuyo solo nombre basta para caracterizarle; Dryden, Ben Jonson y, descollando entre todos, el soberano hacedor de humanidades vivas Guillermo Shakespeare...». No lejos de allí, Galdós contempla «con cierto arrobamiento» la sepultura de Dickens, santo de su devoción más viva, al que considera su «maestro más amado», y cuyo *Pickwick*, «donosa sátira, inspirada, sin duda, en la lectura del *Quijote*», tradujo para un periódico de Madrid<sup>2</sup>.

Este episodio galdosiano nos sirve para abordar el asunto de la recepción de la obra de William Makepeace Thackeray en Hispanoamérica y España. El autor de *La*

---

<sup>1</sup> Thackeray, W.M. (1900) *Notes of a Journey from Cornhill to Grand Cairo. The Works of William Makepeace Thackeray*. Vol. V. Londres, Smith, Elder & Co, págs. 590-92.

<sup>2</sup> B. Pérez Galdós (1958) *Memorias de un desmemoriado. Nuevos Viajes. Obras Completas*. Vol. VII. Madrid, Aguilar, págs. 391-93.

*feria de las vanidades* nunca ha llegado hasta la fecha a disfrutar del reconocimiento del que han sido objeto en los países de lengua hispana autores como Charles Dickens y las hermanas Brontë, por razones probablemente derivadas de las especiales características de su obra, de su fluctuante posición en el canon victoriano y de la fragilidad de la producción editorial en lengua española, sometida a tan diversos avatares sociales y políticos durante buena parte de los siglos XIX y XX. Eterio Pajares (2006), en este sentido, se muestra tajante respecto de la traducción al español de los grandes autores victorianos durante el siglo XIX:

(...) se “castiga” la literatura canónica a favor de la más frívola y menos exigente de aventuras, detectivesca, policíaca o gótica. En este sentido, sorprende el éxito de autores como Mary E. Braddon, Bulwer-Lytton, Elizabeth Helme, el capitán Marryat, el capitán Mayne-Reid, Ann Radcliffe, Regina M. Roche e incluso el cardenal Wiseman, por mucho horizonte de expectativas que uno contemple. En el extremo opuesto de la balanza [...] se hallan figuras importantes totalmente olvidadas como Jane Austen, las hermanas Brontë, Elizabeth Gaskell, George Eliot, Thomas Hardy o George Meredith (2006, 35).

En la recepción de Thackeray en Hispanoamérica y España durante el siglo pasado echamos, además, en falta el aval de señalados mentores literarios, como fue el caso de la novelista e intelectual Anna Banti (1948) en Italia, o Vas István (1950) en Hungría, traductor de varias novelas del creador de *Barry Lyndon*, el apoyo de hábiles operaciones editoriales y la realización de adaptaciones cinematográficas y televisivas de la obra thackeriana, que habrían estimulado, a buen seguro, la traducción de sus novelas, como ha ocurrido con las de George Eliot, Thomas Hardy o Wilkie Collins en las últimas décadas del siglo XX. Su posición es, por otra parte, algo mejor en el panorama editorial de habla hispana que la de otros autores de gran reputación para los lectores anglosajones, como es el caso de Anthony Trollope, cuya obra apenas si ha sido vertida al español o al resto de las lenguas peninsulares, y que sigue siendo el gran desconocido del período victoriano en nuestro país.

En su prólogo a *Los Kicklebury en el extranjero*, el traductor Juan Godó Costa se lamenta en 1943 de que, pese a su calidad, Thackeray sea un autor poco divulgado en España, y sus novelas no hayan llegado al lector español más que en versiones mutiladas o en traducciones de dudosa calidad. El prologuista, no obstante, no hace sino poner de manifiesto una situación bien distinta de otros países europeos en los que se ha traducido casi la totalidad de su obra. Este es el caso de Alemania, donde *La feria de las vanidades* se vertió por primera vez en 1849 y se han localizado unas trece traducciones, como la

de Christoph Friedrich Grieb (1851), por ejemplo, que volvió a reeditarse en 2007. Situación similar, como indica Ludmila Pantuckova (1981, 197-207), se constata en Rusia, país en el que *La feria de las vanidades* se tradujo en 1850 y 1851 para su aparición en las páginas de dos publicaciones periódicas rivales. Gran importancia tiene, asimismo, el fenómeno de las adaptaciones teatrales de la novela en la antigua URSS. Con ocasión del ciento setenta y cinco aniversario de la muerte de Thackeray, Svetlana Ovchinnikova (1996), llamaba la atención sobre su popularidad entre los lectores rusos hasta el punto que se había convertido en «one of the most brilliant stars in that brilliant constellation of English novelists of whom Marx said that he revealed more political and social truths than all the professional politicians, polemicists and moralists together». El célebre dramaturgo Igor Ilyinsky decidió adaptar la novela para su repertorio de clásicos del Teatro Maly de Moscú. Esta versión dramática fue representada en todo el estado soviético y apreciada por un público que, al igual que Gorki, «placed Thackeray in the same class as Swift, Rabelais, and Voltaire, describing these great satirists as “utterly truthful and scathing in their exposure of the vices of the rules classes”» (1996, 168)<sup>3</sup>.

La primera obra de Thackeray vertida al español, *La feria de las vanidades*, fue publicada por la Imprenta de Andrade y Escalante en México en 1860, fecha posterior a la de otras europeas, como la alemana y la sueca (1849), la rusa (1850), la húngara y la francesa (1855), aunque anterior a otras como la italiana (1882). En 1865, al cabo de cinco años de la aparición del texto mexicano, se publica una nueva traducción en lengua española en la ciudad chilena de Valparaíso, editada por la Imprenta del Mercurio de S. Tornero e hijos, cuyo traductor al igual que ocurría con el autor de la versión mexicana también permanece en el anonimato<sup>4</sup>.

La primera obra de William Thackeray traducida en España fue *Historia de Pendennis*, publicada en Madrid por la Imprenta y Litografías El Día en 1880. Habría que esperar aproximadamente otros veinte años para que se vertiera *La feria de las vanidades*, pues, a falta de un examen detallado de los nuevos textos que han ido apareciendo en la Biblioteca Nacional y en las librerías *on-line*, parece que su fecha de

---

<sup>3</sup> Pantuckova, L. (1981) «Thackeray in Czechoslovakia (with a Glance at Other Slavonic Countries)», *Studies in the Novel*, XIII/1-2, págs. 197-207, y Ovchinnikova, S. (1986) «The Satirist Who has not Dated», *Soviet Literature*, nº 9, págs. 168-71.

<sup>4</sup> Sobre la recepción de la obra de W.M. Thackeray en España y Latinoamérica, los perfiles biográficos de los traductores de sus obras y el estudio traductológico de las versiones castellanas y catalanas de *La feria de las vanidades*, vid. Rodríguez Espinosa, M. (1998) *Recepción y traducción como procesos de mediación cultural. Vanity Fair en España*. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Málaga [Tesis doctoral dirigida por J. J. Zaró Vera, en microfichas]; y (2001) «A traducción dos clásicos victorianos: *Vanity Fair* en España», *Viceversa. Revista Galega de Traducción*, nº 6, págs.75-86.

publicación puede situarse en torno al 1900<sup>5</sup>. Se trata de una versión traducida por el periodista y aventurero de origen asturiano Pedro González-Blanco (1877-1962), que colaboró regularmente en las redacciones de *El Imparcial* y *El Liberal*. González-Blanco militó en las filas del modernismo más avanzado y participó en la creación de revistas como *Vida Literaria* y, sobre todo, *Helios*, una de las más célebres de la época, financiada por Gregorio Pueyo, y editada por Juan Ramón Jiménez, Gregorio Martínez Sierra y Ramón Pérez de Ayala, entre otros. La labor traductora de Pedro González-Blanco, así como la de sus hermanos Edmundo (1878-1938) y Andrés (1888-1924), siempre estuvo vinculada a las innumerables empresas periodísticas, editoriales y políticas de Vicente Blasco Ibáñez, y a una de las principales colecciones dirigidas por el valenciano, *La Novela Ilustrada*, en las que, como recuerda Sainz de Robles (1966, 104), se les pagaba una miseria a autores y traductores, y los refritos de traducciones eran una práctica habitual. Tal es el caso de su traducción de *La feria de las vanidades* publicada primero por Ricardo Fe en torno a 1900, por *La Novela Ilustrada* en torno a 1925 y por *La Novela de La Libertad* en la década de los treinta. La traducción de Pedro González-Blanco se distingue, asimismo, de las demás publicadas en lengua española en que, a diferencia de algunas ediciones italianas del siglo pasado, que nunca han reproducido en su totalidad las ilustraciones originales de Thackeray, incluye diecisiete ilustraciones originales, que reflejan la manipulación ideológica de carácter sexual y moral que caracteriza su traducción, sobre todo en lo que se refiere a la explicitación de ciertas características negativas de los principales personajes masculinos y femeninos<sup>6</sup>.

La prestigiosa Biblioteca de *La Nación* de Buenos Aires publica en 1915 una nueva traducción de *La feria de las vanidades* firmada por Gregorio Lafuerza, que en 1930 reimprime en Barcelona la editorial Sopena, y en la que posiblemente se inspira la realizada por el periodista y novelista de ideología catalanista Alfonso Nadal (1888-1943) por encargo de su yerno Josep Janés para Ediciones Lauro en 1943. Se trata de un

---

<sup>5</sup> Mientras realizamos este trabajo tenemos noticia de la existencia de dos nuevas reimpresiones de la traducción de Pedro González-Blanco que podrían alterar la fecha de la primera edición de este texto en España. En concreto, nos referimos a W.M. Thackeray (¿1900?) *La feria de las vanidades*. Ilustración de M. Campos. Madrid, Ricardo Fé y M. W. (sic) Thackeray (s.a.) *La feria de las vanidades*. Madrid, La Novela de *La Libertad*, ¿1930?

<sup>6</sup> Véase Rodríguez Espinosa, M. (1998) «Traducción y aventura: Pedro González-Blanco (1877-1962), traductor de la Generación del 98», Vega, M.A. (ed.). *La traducción en torno al 98. Volumen I de las Actas de los VII Encuentros Complutenses en torno a la Traducción*. Instituto Universitario de Lenguas Modernas/Universidad Complutense de Madrid, págs. 125-132. En cuanto a las ilustraciones españolas de la primera traducción española véase Rodríguez Espinosa, M. (1999) «Traducción y paratextos de la novela inglesa del siglo XIX: el papel de las ilustraciones», Álvarez Lugrís, A y Fernández Ocampo, A. (eds.). (1999) *Anovar/Anosar Estudios de traducción e interpretación*. Vigo: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Vigo, págs. 161-70.



texto traducido que fue ampliamente difundido en colecciones populares y reeditado, entre otros, por las editoriales Maucci en 1961, que suprime el nombre del traductor, Lumen en 2004 y Debolsillo en 2005, coincidiendo con el estreno de la nueva versión cinematográfica dirigida por Mira Nair.

La primera traducción española completa y directa del inglés fue publicada por la célebre editorial Aguilar de Madrid en 1957, en su colección Crisol. Como en el caso anterior, este texto, vertido por el prolífico traductor Amando Lázaro Ros (1886-1962), periodista y dramaturgo represaliado durante el franquismo por su militancia socialista durante la II República, y miembro de generación de otros traductores como Julio Gómez de la Serna, Rafael Cansinos Assens o José Méndez Herrera, ha sido reeditado en más de una ocasión, entre ellas por Cupsa en 1982, por Planeta en 1985, por Orbis Fabbri en 1991, y por el Círculo de Lectores en 1996. Se trata, asimismo, de una traducción que reproduce 190 ilustraciones de Thackeray, Doyle, Du Marier y Fred Walker<sup>7</sup>.

La siguiente traducción al español de *La feria de las vanidades* fue realizada por Elena García Ortiz para Ediciones Fama de Barcelona en 1961. Un año después, Ediciones Toray publica la traducción de Mariano Orta Manzano, que, al igual que la editada por Aguilar, reproduce el texto del que parte en su integridad, sin mutilación ni manipulación alguna, y que no ha vuelto a publicarse desde entonces.

Respecto de las demás lenguas del estado español, *La fira de les vanitats: una novel·la sens heroi* aparece en catalán en 1984 traducida por Jordi Arbonés i Montull (1929-2001), que recibió por ella el Premi de Traducció en prosa de la Generalitat de Catalunya en 1986. El texto, acompañado de un excelente prólogo, fue publicado por Edicions 62, prestigiosa editorial barcelonesa cuyo objetivo es la publicación de obras originales catalanas, la incorporación de clásicos universales al catalán a través de traducciones y la recuperación del patrimonio literario de Catalunya en su colección «Les Millors Obres de la Literatura Universal»<sup>8</sup>.

---

<sup>7</sup> Para profundizar en las figuras de los traductores Alfonso Nadal y Amando Lázaro Ros véase Rodríguez Espinosa, M. (1998) «La traducción como forma de exilio», *Bulletin of Hispanic Studies. Translation Studies in Hispanic Contexts*, Vol. LXXV/1, págs. 83-94. La influencia de la traducción de Amando Lázaro Ros puede rastrearse en las versiones publicadas en 1969 y 1999.

<sup>8</sup> Desde 1956, la trayectoria profesional de Jordi Arbonès transcurrió casi en su totalidad en Argentina, país en el que tradujo a autores de la talla de Jane Austen, Charlotte Brontë, Charles Dickens, Paul Bowles, y George Eliot. Tras su muerte la familia Arbonès legó su archivo personal y su correspondencia a la Universitat Autònoma de Barcelona, donde profesores e investigadores de la Facultat de Traducció i d'Interpretació y el Departament de Traducció i d'Interpretació crearon la «Càtedra Jordi Arbonès de Traducció». Para un mayor conocimiento de la vida y obra de este traductor catalán *vid.* Rodríguez Espinosa, M. (2002) «Identidad nacional y traducción: Entrevista con Jordi Arbonès i Montull *Trans* n°6,

A diferencia de lo ocurrido en otros países como Alemania, tampoco han abundado en el ámbito de los países de lengua española estudios académicos dedicados a la obra Thackeray, salvo los trabajos de Pilar Hidalgo, José María Álvarez, José María Valverde y Luis Magrinyà, publicados con la traducción de Amando Lázaro Ros, reimpresa por Cupsa en 1982, por Planeta en 1985 y por el Círculo de Lectores en 1996, el brillante ensayo de Ana Gutiérrez Moya titulado *La mujer y el matrimonio en William Makepeace Thackeray* (1992), y la excelente edición y extensa introducción y notas de José Antonio Álvarez Amorós a la traducción de Marcos Rodríguez Espinosa de *La feria de las vanidades*, publicada por la editorial Cátedra en 2000, y que recibió el Premio Nacional de Traducción de la Asociación Española de Estudios Anglo-Norteamericanos en el año 2001.

En cuanto a las adaptaciones audiovisuales de *La feria de las vanidades* en España, hemos de decir que no existe ninguna versión cinematográfica de la misma, si bien RTVE cuenta entre sus fondos con una adaptación televisiva dirigida por Pilar Miró en el año 1973, que se emitió en el popular espacio de sobremesa «Novela». El texto de Thackeray fue adaptado por Marcial Suárez, reputado guionista y responsable de la adaptación de obras clásicas de la literatura universal para programas como «Estudio 1» y el propio «Novela». En lo que respecta a las adaptaciones radiofónicas de *La feria de las vanidades*, se encuentra depositada en el Archivo Sonoro de Radio Nacional de España una versión de treinta y cinco capítulos realizada por Cristina Sabrosa y dirigida por Manuel Aguado en 1977 para el espacio «Radionovela».

## **2. La mediación francesa en las traducciones hispanoamericanas de *La feria de las vanidades* de 1860 y 1915**

Como acertadamente señala Raymond Maître en su tesis doctoral *Thackeray et la France* (1957), al igual que Laurence Sterne y, posteriormente, Oscar Wilde, Thackeray siente una especial debilidad por París, ciudad en la que se aficiona al teatro, la danza y la ópera, y dilapida parte de la herencia paterna. El autor de *La suerte de Barry Lyndon* vivió en Francia, hablaba francés y situó a algunos de sus principales personajes en escenarios franceses. Así, no resulta extraño que la mayor parte de la obra del inglés se vierta en este país muy pronto y que, como se desprende de una carta a su madre, con motivo de la publicación de la edición francesa de *Henry Esmond*,

---

págs. 215-24 y Rodríguez Espinosa, M. (2005) «Jordi Arbonès, traductor de *La fira de les vanitats* (1984), de William M. Thackeray», *Quaderns. Revista de Traducció*, nº 12, págs. 59-75.

mantuviera correspondencia con el traductor Léon de Wailly: «M. de Wailly is the very man of all France I would like to translate me, but is it possible he can give as much as 4000 francs to me? –there must be some mistake, I fear»<sup>9</sup>. Tampoco sorprende, en este sentido, que la obra de Thackeray, a diferencia de lo que ocurre en su propio país, sea considerada objeto de estudio en manuales académicos elaborados al otro lado del Canal de La Mancha. El mismo año de su inesperado fallecimiento, Hippolyte A. Taine le define en su *Histoire de la littérature anglaise* (1863) como un escritor satírico heredero de la novela de costumbres, un género literario apropiado para la sociedad británica, que disfruta del bienestar económico y de una larga estabilidad política y que adora las convenciones sociales. Los ingleses, según Taine, son mentes prácticas, a las que hay que convencer con verdades irrefutables, al contrario del pueblo francés, acostumbrado a ser reprimido por el estado, y habituado a identificar las críticas sociales con las luchas políticas y las morales con los ataques a la iglesia. Se trata, así pues, en opinión del historiador galo, de un aventajado discípulo de Swift, a causa de su censura implacable de los vicios y virtudes de la sociedad inglesa a través de una prolongada ironía y de la caricatura grotesca de alguno de sus personajes. Thackeray, desde la perspectiva de Taine, efectúa un análisis hobbiano de la sociedad inglesa en el que son fustigados hasta los sentimientos más sagrados; elogia a sus heroínas y a su desprecio rousseauiano por la aristocracia<sup>10</sup>. En este mismo sentido, se pronuncian Émile Legouis y Louis Cazamian en su *Histoire de la littérature anglaise* (1924), en un momento en que casi toda la crítica modernista cargaba sin piedad contra la figura de Thackeray, al subrayar la capacidad del autor para subvertir los valores más sagrados de la sociedad inglesa. Legouis y Cazamian sostienen que *La feria de las vanidades* posiblemente sea la obra en la que el genio de Thackeray se manifiesta en todo su esplendor, por su capacidad para profundizar en los aspectos más dolorosos del alma humana y rebelarse contra una interpretación sentimental y populachera del romanticismo propiciada por autores posteriores a Fielding y a Sterne<sup>11</sup>.

La primera traducción francesa de *La feria de las vanidades* fue publicada por la editorial Hachette en París en 1855<sup>12</sup>. Se trata de un texto que ha venido

---

<sup>9</sup> Carta del 15 de marzo de 1852, en Las Vergnas, R. (1932) «Supplément Bibliographique», *W.M. Thackeray (1811-1863) L'Homme-Le Penseur-Le Romancier*. París, Librairie Ancienne Honoré Champion, págs. 385.

<sup>10</sup> Taine, H.A. (1863) *Histoire de la littérature anglaise*. Tomo IV. París, Hachette, págs. 223-66.

<sup>11</sup> Legouis, E. y Cazamian, L. (1924) *Histoire de la littérature anglaise*. París, Hachette, págs. 1236-47.

<sup>12</sup> Thackeray, W.M. (1855) *La foire aux vanités. Un roman sans héros*. Traducción de Georges Guiffrey. París, Hachette. Esta traducción, que en ocasiones ha sido fechada en 1853, puede consultarse como libro

reimprimiéndose sin interrupción desde esa fecha hasta el año 1994, vertido por Georges Guiffrey (1827-1887), un abogado parisino, que llegó a ocupar altos cargos en la administración del Estado como Consejero General del Departamento de los Hautes-Alpes, y que, en premio a los servicios prestados a su país, recibió la Legión de Honor en 1863. A partir de 1879, Guiffrey, que también tradujo *Le livre des snobs* en 1857, compagina sus estudios históricos y literarios en torno al renacimiento y barroco francés con su cargo de senador de la República<sup>13</sup>. Con posterioridad, *La feria de las vanidades* fue vertida al francés en otras cuatro ocasiones, entre ellas cabe destacar una edición especial a cargo de Charles Albert Reichen, realizada con motivo del centenario de su publicación. En cuanto a *Henry Esmond*, la primera traducción publicada en Francia es obra de León de Wailly (1856), que también vertió *Barry Lyndon* en 1865. *L' Histoire d' Henry Esmond* (1960), la segunda versión francesa de la única novela de Thackeray que no fue publicada en entregas periódicas, es el resultado de la fructífera colaboración entre el traductor Henri Servjean y el especialista en literatura victoriana Raymond Las Vergnas, que también tradujo *El libro de los snobs* en 1963 y es el autor de *W.M. Thackeray (1811-1863): L'homme, le penseur, le romancier* (1932), un ambicioso ensayo sobre el universo literario thackeriano en el que anticipa muchos aspectos desarrollados con posterioridad por la crítica anglosajona<sup>14</sup>.

El texto traducido por Georges Guiffrey en 1855 desempeña un papel crucial en la recepción de William Makepeace Thackeray en los países de lengua española puesto que las primeras traducciones publicadas en esta lengua fueron vertidas teniendo como texto intermedio esta versión francesa y no el texto original. El hecho de que la primera traducción al español se realizara en México, a los doce años de que apareciera la obra original, confiere a este texto una relevancia especial, pues, por una parte, sitúa la recepción de *La feria de las vanidades* en unas fechas parecidas a la de otros países europeos de sistemas literarios mucho más avanzados, y, por otra, abre nuevos interrogantes acerca de la actividad traductora y editorial en México y en toda Hispanoamérica durante el siglo XIX, sobre cuya naturaleza tendremos mayor

---

electrónico en el Proyecto Gutenberg <http://promo.net.pg/> y en la Biblioteca Nacional de Francia <http://gallica.bnf.fr>. En la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes se encuentran digitalizadas las siguientes obras de Thackeray: *Catalina*. Edición digital basada en la traducción de Mariano Alarcón, publicada en Madrid por Calpe en 1920; y *El viudo Lovel*. Edición digital basada en la traducción de Manuel Ortega y Gasset, publicada en Buenos Aires por Espasa Calpe en 1952.

<sup>13</sup> Vapearau, M. (1880) *Dictionnaire universel des Contemporains*. París, Hachette.

<sup>14</sup> Para profundizar en la presencia de Thackeray en Francia véase Monod, S. (1981) «Thackeray's French Dresser's», *Studies in the Novel*, XII-1/2, págs. 197-207.

información conforme las bibliotecas nacionales, regionales y locales de dichos países completen la catalogación y digitalización de sus fondos bibliográficos.

La traducción de *La feria de las vanidades* de 1860 se publica en una época convulsa de la historia de México, en la que el gobierno itinerante del presidente Benito Juárez defiende la constitución liberal moderada y sus reformas frente a las rebeliones conservadoras y la presión de potencias extranjeras, como Estados Unidos, España, Inglaterra, y sobre todo Francia, que acabaría por establecer el Segundo Imperio Mexicano. Zentella Mayer (1971), en un artículo pionero sobre la recepción de Charles Dickens en México en la segunda mitad del siglo XIX, describe la lenta aunque contumaz penetración comercial de empresarios y banqueros ingleses en México a partir de que el Reino Unido reconociera el país en 1822. Esta presencia viene también acompañada de contactos directos con la literatura inglesa como las traducciones al español realizadas por un argentino de *Elegy Written in a Country Churchyard* del pre-romántico Gray, de algunos poemas de lord Byron por el mexicano Joaquín María del Castillo y Lanzas (1801-1878), embajador de México en Washington y en Londres, que fueron publicados en Filadelfia en 1835, y de los poemas ossianicos de Macpherson, vertidos un año después por el que posteriormente sería presidente del Consejo de Ministros del emperador Maximiliano, José María Lacunza. La amplia colonia inglesa de México cuenta con una Sociedad del Libro a finales de esa década de los treinta, que recibía de Inglaterra las últimas novedades literarias, entre ellas los primeros libros de Dickens, y quizás los de Thackeray, nos aventuramos a pensar, que no sólo fueron conocidos por los ingleses residentes allí sino por sus amigos mexicanos. Al igual que ocurre en España, la literatura inglesa, alemana e italiana, y probablemente las obras de Charles Dickens, se difunde en México a través de publicaciones y de traducciones francesas. Sin embargo, habrá que esperar, asegura Zentella Mayer (1971, 167), aún bastantes años para que Dickens sea presentado en sociedad por Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893), considerado por muchos padre de la literatura mexicana, en las páginas de la revista literaria *El Renacimiento* en 1869, y para que se publiquen los *Cuentos de Navidad* en 1870, diez años después de la primera traducción de *La feria de las vanidades*<sup>15</sup>.

---

<sup>15</sup> Las primeras traducciones de la obra de Dickens publicadas en México en 1870 y 1874, respectivamente, son *Cuentos de Navidad*, libro traducido expresamente para el folletín del “Siglo XIX” por Tirso Rafael Córdova (México, Imprenta de Ignacio Cumplido), y *David Copperfield ó El sobrino de mi tía*, traducido por M. U. y precedida de una introducción firmada por él mismo (México, Imprenta en la Calle de Tiburcio) (Zentella Mayer, 1971, 178). Se conservan, por otra parte, en la Biblioteca Nacional

Hasta el momento, nos ha resultado imposible saber quién es el autor de la traducción mexicana de 1860, de la que existe un ejemplar depositado en la British Library y otro en la Biblioteca Nacional de México, pues no hay rastro del nombre del traductor ni en la portada ni en la cubierta del libro. A pie de página, en cambio, advertimos que se trata del tomo II de una serie denominada «Colección de Novelas Contemporáneas de Diversos Autores. Editada por LA SOCIEDAD». Se reproduce, además, el nombre del impresor, «Andrade y Escalante», que hace referencia al editor mexicano José María Andrade (1807-1883), cuya prestigiosa librería situada frente al Zócalo fue centro de reunión de las personalidades políticas y artísticas de mediados de siglo XIX, y lugar en el que se debatían las modas literarias que acababan de llegar de Europa. Andrade se vio obligado a vender su biblioteca personal al ilustrado emperador Maximiliano, el Habsburgo instalado entre 1864 y 1867 en el trono mexicano por los ejércitos franceses, que incluso pensó en erigir una biblioteca imperial en la capital de su reino<sup>16</sup>. A este respecto, J.L. Martínez (1984), en su ensayo *El libro en Hispanoamérica*, nos aclara que, con posterioridad al fusilamiento del soberano en el Cerro de la Campana en 1867, la mayor parte de los volúmenes de su biblioteca fueron subastados en Leipzig en 1869 por el secretario particular del emperador, el padre Agustín Fischer:

(...) Fischer agregó a ese envío la selecta colección mexicana que él mismo había formado, que vendió a libreros de Londres en ese mismo año (...). Herbert Howe Bancroft, el historiador estadounidense que se ocupó de la historia de América, hombre de gran fortuna, logró adquirir más de 3.000 volúmenes de la venta de la biblioteca de José María de Andrade, más de 1.000 libros de la de José Fernando Ramírez, y unas 8.000 obras que adquirió en México en 1883. Tan copiosa biblioteca de más de 40.000 volúmenes y 12.000 manuscritos la instaló Bancroft en un edificio especial de Berkeley, San Francisco, California, y a su muerte pasó a enriquecer la Universidad de ese lugar (1984, 80).

Al leer la traducción mexicana de 1860 hemos podido comprobar que el texto presenta unas normas ortográficas algo distintas de las que empleamos hoy en día. En concreto, se observa que se acentúa la preposición «a», el pretérito imperfecto de indicativo «fué», no se acentúa el pretérito imperfecto de indicativo «había», se constata

---

de México, como puede verse en su catálogo informatizado, los *Cuentos de Navidad* traducidos en 1881 directamente del inglés por varios escritores de Ediciones “La República”.

<sup>16</sup> Para profundizar en la figura de José Andrade y Escalante consúltese Musacchio, H. (1989) *Diccionario Enciclopédico de México*. México, Sector de Orientación Pedagógica; y Suárez de la Torre, L. (coord.). (2003) *Constructores de un cambio cultural: impresores-editores y libreros en la ciudad de México, 1830-1855*. México, Instituto Mora.

una vacilación en el uso de la «j» y «g» en posición intervocálica, con en la palabra «jefe», por ejemplo, y por último se sustituye la «x» por «s», tal y como permitía la *Ortografía* de la Real Academia de la Lengua en el siglo XIX, cuando le seguía una consonante, como en «extranjero», «estraño» y «estremo» (Esteve Serrano 1982, 248)<sup>17</sup>.

El hecho de que el texto mexicano de 1860 y el argentino de 1915 sean traducciones indirectas realizadas a partir de la versión francesa de 1855, ilustra, además, el caso, de las literaturas nacionales emergentes en Hispanoamérica, al ser representativo del dominio cultural ejercido por la cultura francesa en aquellos países tras su independencia del imperio español. Respecto de España, Montesinos (1972) describe el panorama editorial de finales del siglo XVIII y parte del XIX como dominado por la intervención de la industria francesa que «en pocos años, va a transformar enteramente el comercio de libros, el mercado y los gustos del público» (1972, 23). La bibliografía española de novela inglesa traducida entre 1800 y 1850 muestra que gran parte de las principales obras inglesas publicadas en España procedían de versiones francesas. En este sentido, Montesinos recoge datos acerca de una de las primeras traducciones de *Los viajes de Gulliver* (1793) de Jonathan Swift, la primera versión de la extensa novela epistolar *Clarissa* (1794-95) de Samuel Richardson, realizada a partir de la francesa de Le Tourneur, una versión del *Tom Jones* (1796), de Henry Fielding, así como la de otras traducciones de las obras de James Fenimore Cooper (*El piloto*, 1832-1833), Daniel Defoë (*Aventuras de Robinson*, 1837) y de Charles Dickens (*La campana de los difuntos*, 1847)<sup>18</sup>.

A los cincuenta y cinco años de la aparición del texto mexicano se publica una nueva traducción en Buenos Aires de *La feria de las vanidades* firmada por Gregorio Lafuerza, y editada por la Biblioteca de *La Nación*, definida por Willson (2004, 47-48), como una original empresa periodístico-literaria para generar lectores de perfil medio-alto, desarrollada en Argentina entre 1901 y 1920, que publicó obras extranjeras y nacionales en ediciones cuidadas y baratas. El proyecto, que contó con el apoyo económico del prestigioso diario bonaerense, fue dirigido en sus primeros tiempos por Emilio Mitre (1853-1909), y secundado por el político y traductor Luis María Drago (1859-1921) y el periodista y escritor Roberto J. Payró (1867-1928). La Biblioteca de

---

<sup>17</sup> En su *Prólogo sobre las ideas ortográficas de Bello* (1951), Angel Rosenblat comenta extensamente las diferentes propuestas ortográficas propuestas en Latinoamérica después de su independencia.

<sup>18</sup> Un panorama similar es descrito por Ruiz Casanovas, J.F. (2000) en *Aproximación a una historia de la traducción en España*. Madrid, Cátedra, págs. 400-401 y Pajares, E. (2006) en *La novela inglesa en traducción al español durante los siglos XVIII y XIX: Aproximación bibliográfica*. Barcelona, PPU, págs. 33.

*La Nación* publica *La feria de las vanidades* en 1915, una época de prosperidad económica, no exenta de conflictos sociales, que estimuló el crecimiento de la clase media, la implantación de partidos políticos modernos y de reformas democráticas, en un país que empezaba a ser conocido como el granero del mundo. Se trata de una colección recibida con enorme entusiasmo por sus lectores, que alcanza los setenta y dos títulos cuidadosamente encuadernados, y en los que se observa una preferencia por la novela realista y la presencia de folletines franceses de segunda categoría:

A lo largo de los años, en la Biblioteca aparecen algunos clásicos (*Hamlet*, *La princesa de Clèves*, *Werther*, *Wilhelm Meister*, *Los viajes de Gulliver*), los románticos franceses e ingleses (Victor Hugo, Lamartine, Alfred de Vigny, Alfred de Musset, Walter Scott, Shelley), los realistas y naturalistas franceses e ingleses (Balzac, Flaubert, Maupassant, Zola, Edmundo de Goncourt, Dickens, Thackeray), los primeros cincuenta, autores del género policial y sus primeros epígonos (Poe, Wilkie Collins, Conan Doyle, Hugo Conway), los primeros autores que recurren a hipótesis científicas (H.G. Wells y Julio Verne) y, desde luego, los rusos (Gogol, Turgueniev, Tolstoi, Dostoievski, Pushkin) y los grandes folletinistas franceses de la Segunda República y del Segundo Imperio (Alejandro Dumas, padre e hijo). La literatura estadounidense está representada sobre todo por la vertiente de aventuras (Fenimore Cooper, Harriet Beecher Store, Mark Twain y Bret Harte). (Willson 2004, 50).

La mayoría de las veces, asegura Willson (2004, 52), al igual que ocurría medio siglo antes en México y en España, la literatura extranjera no era traducida de su lengua fuente, sino a partir del francés, a pesar de asegurar en la portada de que se vertía directamente del inglés. En algunos de los volúmenes, además, se incluyen prólogos que profundizan en la vida y la obra del autor en cuestión. Lamentablemente, se omitía el nombre del traductor en la mayoría de los tomos. No obstante, tenemos constancia de que algunos de los traductores, como Tomás Orts-Ramos, J. Zamacois (quizás Eduardo Zamacois) y F. Cabañas Ventura, eran escritores españoles, aunque también había bastantes traductores argentinos que trabajaron para la colección.

La traducción argentina de *La feria de las vanidades* publicada por la Biblioteca de *La Nación* de Buenos Aires fue realizada por Gregorio Lafuerza, un traductor del que no tenemos datos biográficos, salvo que a principios del siglo XX la mayor parte de su actividad profesional estuvo vinculada a la editorial Sopena de Barcelona, para la que tradujo, entre otras, las siguientes obras: *Falsa evidencia* (¿1910?) de E.P. Oppenheim; *Aventuras de John Davys* (¿1912?) de Alexandre Dumas; *Cartas a la novia* (¿1912?) de Victor Hugo; *La señorita de compañía* (¿1912?), *El premio gordo* (¿1912?) y *Los crímenes de la ambición* (¿1954?) de Xavier de Montépin; *Rojo y negro* (¿1914?) y *La*



*cartuja de Parma* (s.a.) de Stendhal; *Una historia de dos ciudades* (¿1914?) y *Oliver Twist. El hijo de la parroquia* (1950) de Charles Dickens; *Los lobos y el cordero* (¿1917?) de J.S. Fletcher; *El misterio de las ocho dagas* (s.a.) de Buffalo Bill; y *Alrededor de la luna* (1931) y *Aventura del capitán Hatteras* (1946) de Julio Verne.

### **3. Omisiones, adiciones y otras alteraciones del texto original en la traducción mexicana de *La feria de las vanidades* de 1860**

La historia de la traducción en Hispanoamérica ha sido un campo de investigación de la traductología limitado a unos pocos trabajos y artículos dispersos, que han abierto el camino para el estudio de un colosal acervo histórico y cultural desconocido hasta hace bien poco. Georges L. Bastin (2003), a este respecto, define la primera mitad del siglo XIX como un período en el que abundaron en la América de lengua española políticos y humanistas emancipadores, que, con la ayuda de la traducción, se afanaban en explorar unas raíces, construir una nueva identidad y en imitar unos cánones europeos y norteamericanos:

Valga decir que se trataba de una traducción donde priman el genio y las estructuras de la lengua de partida, aunque no faltan ejemplos de verdaderas creaciones y adaptaciones. Las temáticas y principales motivaciones se vinculaban a la política, a la docencia, al teatro y a la divulgación literaria, sin olvidar los textos religiosos y militares. La creación de periódicos, boletines literarios, editoriales y universidades constituye también una seria motivación para la actividad traductora (2003, 9).

La traducción mexicana de *La feria de las vanidades* publicada por la Imprenta de Andrade y Escalante en 1860 es un perfecto ejemplo de este convulso periodo histórico. Se trata de la novela de uno de los autores ingleses más célebres del siglo que entra a formar parte del catálogo de una prestigiosa editorial mexicana a través de una versión realizada a partir de un texto intermedio publicado en Francia, nación que sustituye a España como potencia hegemónica en la zona y que no cesará hasta instaurar un imperio títere en México.

El hecho de que desconozcamos la identidad del traductor de 1860 y de que la traducción no se acompañe de un paratexto en el que se explique su labor o se esboce una biografía del autor subraya la paradójica ilusión de que los lectores se encuentran ante el texto original de Thackeray. En opinión de Basil Hatim e Ian Mason (1997, 147), todo traductor es un lector privilegiado, un procesador de textos que filtra el texto original a través de su propia visión del mundo, de su propia ideología, con resultados

diferentes. La traducción mexicana de 1860, bajo la influencia de la versión francesa de 1855, proyecta también su propia imagen de la obra original, y no se muestra imparcial en su apropiación e interpretación de dicho texto. *La feria de las vanidades* de 1860, como ya hemos señalado en trabajos anteriores, al igual que ocurre con la traducción argentina de 1915 y la primera publicada en España en torno a 1900, introduce unas estrategias de reescritura, también presentes en la francesa, que implican la presencia de códigos culturales de tendencia misógina, homofóbica y xenófoba respecto de los protagonistas de la obra que sólo habían sido insinuados en la obra original:

*If William M. Thackeray chose to interrogate patriarchal hierarchy through allusive, ambiguous language, the translated texts, on the one side emphasised stereotyped images of male aggressiveness and sexual violence; on the other, conveyed a misogynist rewriting of those paragraphs referred to the two main female characters, Amelia Sedley and Rebecca Sharp*<sup>19</sup>.

En este sentido, uno de los aspectos más relevantes del proceso de traducción son las asimetrías lingüísticas y culturales derivadas de la nueva realidad textual que se ha creado, y que, en opinión de Lawrence Venuti (1995, 18), se componen principalmente de una serie de reducciones y omisiones, así como de unas adiciones que son específicas de la traducción y están estrechamente vinculadas a los cánones, tabúes, códigos morales e ideológicos de la lengua de llegada. Desde esta perspectiva, en este apartado localizaremos aquellas omisiones macroestructurales que son específicas de la traducción mexicana de 1860 con el objetivo de comprobar en qué medida influyen en la evolución de aspectos fundamentales de la novela como la aparición de personajes, y el material narrativo que describe acontecimientos históricos.

En el texto traducido de 1860 se omiten los siguientes capítulos en su integridad o se someten a un proceso de mutilación y resumen que los reducen a una mínima presencia: Capítulo XXXIX (*A Cynical Chapter*), Cap. LI (*In Which Lord Steyne Shows Himself in a Most Amiable Light*), Cap. LIII (*A Rescue and a Catastrophe*), Cap. LVII (*Eothen*), Cap. LXIII (*In Which We Meet An Old Acquaintance*), y Cap. LXIV (*Full of Business and Pleasure*). Por otra parte hemos localizado un elevado número de omisiones macroestructurales características de este texto traducido, que situaremos en los capítulos en los que ocurren, y señalaremos cómo afectan al desarrollo de la novela y a la aparición de determinados personajes:

---

<sup>19</sup> Rodríguez Espinosa, M (2001) «Ideological Constraints and French Mediation in Hispanic Translated Texts: 1860-1930», *Trans. Revista de Traductología*, nº 6, págs. 9-21.

Capítulo III: escena en la que Rebecca Sharp es víctima del picante; Capítulo VIII: comida ceremoniosa en la familia Crawley; Cap. XII: las hermanas Osborne en compañía de Amelia Sedley; Cap. XIX: desaparece parcialmente la conversación entre los doctores Clump y Squills; Cap. XXX: despedida de Rebecca y Rawdon; Cap. XXXVI: Rawdon Crawley caracterizado como jugador de cartas en París, Rebecca Sharp en el Café de París, y reflexiones del personaje sobre la necesidad de abandonar la capital de Francia; Cap. XXXVII: pasajes en los que se describe la adoración que el pequeño Rawdy Crawley siente por su madre; Cap. XXXVIII: paisajes referidos a las ocupaciones del matrimonio Sedley tras su ruina económica, sufrimientos de Amelia durante la educación de su hijo George, sus pretendientes, los negocios ruinosos de John Sedley y la discusión que mantiene este personaje con William Dobbin; Cap. XL: llegada de Pitt, Jane y lady Southdown a Queen's Crawley; Cap. XLI: llegada de Rawdon y Rebecca al entierro de Sir Pitt Crawley, omisión parcial del encuentro con Miss Violet y Miss Rosalind y el diálogo entre Rebecca y lady Southdown sobre medicina y religión; Cap. XLII: omisión parcial de las referencias al matrimonio de Frederick Bullock y Maria Osborne y de las malas relaciones que Mr. Osborne estableció con ellos; Cap. XLIV: omisión parcial de la visita de Sir Pitt al hogar de su hermano, manejos de Rebecca en relación con el capital de Miss Briggs, comentarios negativos de los criados acerca de Rebecca y Rawdon Crawley, que aparece caracterizado como un buen padre; Cap. XLV: esfuerzos de Sir Pitt y su esposa por confraternizar con los miembros de su distrito electoral y la relación de Rawdy Crawley con sus primos y los habitantes de la propiedad de su tío; Cap. XLVI: conversación de John Sedley con su antiguo criado Mr. Clapp; Cap. L: Mr. Sedley le confiesa a su hija Amelia que ha vuelto a perder dinero en especulaciones infructuosas; Cap. LI: todos los personajes que aparecen en los párrafos previos a la fiesta de lord Steyne y la representación de las dos charadas; Cap. LIII: omisión parcial de la estancia de Rawdon en la cárcel; Cap. LVI: descripción de las costumbres cotidianas de Georgy Osborne en casa de su abuelo y su reencuentro con William Dobbin y Jos Sedley; Cap. LVII: omisión casi completa de la muerte de la madre de Amelia; Cap. LVIII: intentos de William Dobbin de convencer a Jos para que viajen juntos a Londres; Cap. LXI: desaparece parcialmente la escena de reconciliación entre Amelia y su padre; Caps. LXII y LXIII: omisión y resumen de la estancia en la corte de Pumpnickel; Cap. LXVI: parte de la conversación entre Rebecca y Amelia, y la segunda aparición de Max y Fritz; y Cap. LXVII: alusiones a Glorvina y su marido.

El elevado número de omisiones descubiertas en la traducción de 1860 fue compensado con la introducción de una serie de párrafos que resumían o conectaban episodios importantes de la novela con la finalidad de evitar incongruencias. A continuación ofrecemos un catálogo de los más importantes:

A. Párrafo que resume el episodio en el que se subastan los bienes de la familia Sedley:

En una almoneda estamos pues; y abreviando pormenores, vamos á tratar esclusivamente de un objeto de los que se sacaron á remate: era un pequeño piano vertical que habian bajado de las regiones elevadas de la casa; el gran piano de cola estaba ya vendido (1860, 184).

B. Párrafo que recoge una larga intervención de Mrs. O'Dowd:

Una vez en posesion de su nueva amiga, mistress O'Doow la llenó de noticias, que la otra no podia fijar en su mente. Amelia quedó enterada de la historia secreta de la numerosa familia, en cuyas filas acababa de entrar (1860, 308).

C. Párrafo resumen de la estancia de James Crawley en Brighton:

Primeramente en la cuenta de la fonda se encontraba una partida de diez y ocho copas de aguardiente que habia bebido con dos amigos suyos que halló en el camino; despues en la mesa se olvidó del lugar en que estaba, y se escedió en la bebida; y por último, al retirarse á su cuarto se puso á fumar una pipa, y el humo del tabaco invadió toda la casa y llegó en toda su fuerza á los aposentos de miss Crawley y miss Briggs (1860, 394).

D. William Dobbin se despide del coronel O'Dowd:

Un instante despues de haber leído este parrafo, Dobbin pedia al coronel O'Doow un permiso para marchar á Inglaterra (1860, 443).

E. Párrafo en el que se condensa la repercusión social de la aparición de Rebecca en la recepción real:

Todos los periódicos analizaron el traje de Rebecca, que consistia en plumas, encajes y diamantes. Mistress Bute Crawley mandó comprar un número del *Morning Post*, y dió, en presencia de sus hijos, un libre curso á los generosos transportes de su indignacion (1860, 475).

F. Párrafo por el que sabemos del encarcelamiento de Rawdon Crawley:

Volviendo á nuestra historia, tenemos que consignar aquí un percance; Rawdon Crawley cayó al fin en poder de los que le buscaban por un pagaré vencido que no habia sido satisfecho, y fué a parar una noche á la cárcel por deudas (1860, 502).

G. Resumen del episodio en el que se describe la estancia de Georgy Osborne en la escuela del reverendo Lawrence Veal:

El cuidado de la educación de Jorge fue confiado a un pedante de la vecindad que tenía un establecimiento para educar a los hijos de la nobleza (1860, 543).

H. Párrafo que describe las características de la nueva vida de Amelia en la ciudad de Londres:

Apenas había transcurrido el tiempo que la etiqueta impone ordinariamente a los dolores humanos, cuando mistress Osborne se vio rodeada de esa sociedad elegante y escogida que no comprende el infortunio en la tierra. Cada una de aquellas señoras tenía parentesco con alguno de los lores del reino, aunque sus maridos eran todos negociantes de la Cité. Amelia no se encontraba a gusto en medio de tales personas, y sufrió un verdadero tormento las dos veces que tuvo que aceptar un convite de M. Bullock (1860, 579).

I. Dos párrafos en los que se sintetizan los acontecimientos que se desarrollaron en Pumpernickel:

Hallábanse entonces en la bonita y reducida capital del gran ducado de Poupernicle, la misma población donde sir Pitt Crawley había dado sus primeros pasos en la diplomacia.

El mayor y sus amigos se habían hospedado en el hotel de los Príncipes, el mejor que había en la ciudad.

La residencia en este punto les pareció tan agradable que resolvieron pasar allí el otoño (1860, 584).

Llegó una muchedumbre de extranjeros a estas fiestas, y los ingleses no faltaron al llamamiento. Hubo bailes en la corte, y se instalaron juegos públicos en todas partes durante los ocho días de las fiestas (1860, 585).

J. Párrafo que refiere los viajes de Rebecca por Europa:

La historia de las peregrinaciones de Rebeca sería muy larga y ofrecería siempre un interés del mismo género; recorrió la Italia, la Alemania y la Bélgica; por todas partes lograba granjearse la benevolencia de las personas que buscaba, pero de repente una palabra hundía el edificio levantado, y la aventurera debía marchar a otra parte. Rodando así llegó al lugar en que ahora la encontramos (1860, 591).

El traductor español Pedro González-Blanco residió en Cuba a finales del siglo XIX y pasó a partir de 1908 largas temporadas en México, donde participa activamente en el movimiento revolucionario y se convierte en asesor del que con posterioridad sería presidente de la República, Venustiano Carranza. De modo que no resulta extraño que leyera o tuviera acceso a la traducción mexicana de 1860, que comparte con la suya, publicada en España en torno a 1900, una serie de omisiones macroestructurales, que se localizan en los siguientes capítulos: Cap. II: intentos de Rebecca por casarse con el joven reverendo Crisp; Cap. V: George Osborne atemoriza a Jos Sedley y críticas de los criados a Rebecca; Cap. XII: omisión de casi toda de la conversación entre las hermanas Osborne y el párrafo en el que se idealiza a George Osborne; Cap. XVII: subasta y

descripción de las amistades que se reunían en el hogar del matrimonio Crawley; Cap. XXII: detalles de la vida apurada de Rawdon y Rebecca y párrafo en el que Dobbin anuncia su viaje a Bélgica; Cap. XXIII: historia de amor de Miss Wirt; Cap. XXIV: aparición de Mr. Chopper y pasaje en el que George Osborne recuerda la infancia de su hijo; Cap. XXV: enemistad entre Dobbin y Rebecca, discusión de George Osborne con Dobbin, despedida de Brighton, reacción de Miss Crawley a la carta de su sobrino Rawdon; Cap. XXVI: reencuentro de Amelia con sus padres y los preparativos de la campaña militar; Cap. XXVII: apariciones de Mrs. O'Dowd; Cap. XXIX: intervenciones de Rebecca en los palcos de la ópera, el diálogo entre Becky y George, apariciones de George y la carta del joven militar a su padre en la que le dedica sus últimos pensamientos antes de partir para la batalla de Waterloo; Cap. XXX: intervenciones de Mrs. O'Dowd, parte de la despedida de Rebecca y Amelia y diálogo de Jos y Dobbin; Cap. XXXIII: compromiso matrimonial de Pitt Crawley y lady Jane y todo el texto que describe la relación entre Mr. Wilberforce y el reverendo Silas Hornblower y las misiones de los negros; Cap. XXXIV: se reduce la presencia de James Crawley y su charla con Pitt Crawley; aunque en el caso del texto traducido de 1860 se profundiza en el resumen del episodio; Cap. XXXVII: primera aparición de lord Steyne; Cap. XXXVIII: estancia de Jos Sedley en la India y la discusión de Amelia con su madre; Cap. XL: organización del funeral tras la muerte de Sir Pitt y la historia de Mrs. Briggs; Cap. XLII: vida solitaria de Jane Osborne y los invitados de sus padres, la historia del profesor de dibujo Mr. Smee y el episodio de Denmark Hill; Cap. XLV: Rawdy en la propiedad de su tío y la aparición de lord Steyne y Rebecca burlándose de lady Jane para entretener a lord Steyne, párrafo en el que se describe la amistad entre Rawdon y la mujer de su hermano; Cap. XLVI: ambición de Mrs. lady Maria Bullock respecto del futuro de sus hijos; Cap. XLVII: lord Steyne en palacio y parte del episodio que describe la maldición que ha caído sobre su familia; Cap. XLVIII: Rebecca dialoga con lord Steyne, párrafos en los que describe el recorrido en carroza hasta el palacio real y escena en la que Rebecca salda sus deudas con unos abogados; Cap. XLIX: información sobre la familia de lord Steyne, Rebecca maltratada por algunas aristócratas, intervención del periodista norteamericano Mr. John Paul Jefferson Jones y recuerdos de lady Steyne; Cap. L: problemas de los Sedley con su antiguo servicio; Cap. LIV: omisión parcial de la descripción física de Sir Pitt, Rawdon se despide de lady Jane y la entrevista con el capitán Macmurdo; Cap. LV: historia de la señorita Fifina; Cap. LVI: el joven Georgy en la escuela, sus compañeros y la intervención de

Mr. Veal; Cap. LVII: detalles de la enfermedad de Dobbin en Madrás y el viaje hacia Southhampton; Cap. LVIII: incidencias sobre los viajeros al llegar al hotel y parte de la conversación con el lacayo John en Londres; Cap. LIX: detalles acerca de los nuevos negocios de los Sedley, andanzas de Jos en Londres y su viaje por diferentes pueblos; Cap. LX: preparativos de Jos para decorar su casa, desarrollo de la relación afectiva entre Georgy y Dobbin, los amigos angloindios de Jos y la conversación final de Jos Amelia y Dobbin. No obstante, en el texto mexicano de 1860 estos últimos episodios están menos reducidos. Cap. LXI: muerte del padre de Amelia, conversación entre Osborne y Dobbin, detalles de su nueva vida social en casa de su hermano y visita de Mrs. Friederick Bullock a sus parientes; Cap. LXV: omisión parcial de la conversación entre Jos Sedley y Rebecca; y Cap. LXVII: las amistades de Rebecca, el mayor Loder y el capitán Cook.

En la traducción mexicana de 1860 el narrador omnisciente de *La feria de las vanidades*, uno de los ejemplos más claros de la transformación experimentada por el autor-lector de la novela realista del siglo XIX, se ha omitido en los siguientes capítulos: Capítulo. XII: reflexión sobre la belleza y la virtud femenina; Cap. XX: análisis de la sumisión de Amelia Sedley ante George Osborne; Cap. XXII: consideración acerca de la generosidad de William Dobbin; Cap. XXXVII: observación sobre la conducta de la mujer liberada; Cap. LXI: párrafo en torno a la sacrificada existencia de las mujeres entregadas a las tareas del hogar; Cap. LXI: sobre la fugacidad de la vida; y Cap. LXIV: efectos destructivos del amor.

Como en los casos a los que nos hemos referido con anterioridad, la traducción mexicana de 1860 presenta ciertas omisiones del narrador omnisciente en las que coincide con la de Pedro González-Blanco, como el Prólogo de la novela y en los siguientes capítulos: Capítulo. XXI: atracción de los habitantes de la feria de las vanidades por la gente rica; Cap. XXVI: sobre la bondad de los viajeros en sus desplazamientos por Europa; Cap. XLVIII: el narrador se jacta de haber visto al rey Jorge y conocer la procedencia de las joyas de determinadas señoras; y Cap. LXVI: el narrador admite haber estado en una comida con Tapeworm y Dobbin en la que se relataban las andanzas de Rebecca Sharp.

Por último, cabe señalar que si las omisiones relacionadas con la voz narrativa han sido frecuentes en el texto mexicano, también hemos detectado la adición o invención de la presencia del narrador en otros capítulos que no existía en la obra original:

Jorge se eclipsó un instante; y cuando el pasajero de la capa volvió al puerto, la escena que bosquejamos aquí rápidamente, pasó, digámoslo así, sin testigos (1860, 630).

#### **4. Reediciones, plagios y apropiaciones de las traducciones de *La feria de las vanidades* de 1860, ¿1900? y 1915**

La traducción al español de 1860 de *La feria de las vanidades* publicada por la Imprenta de Andrade y Escalante, y de cuyo traductor, como ya hemos indicado, seguimos sin tener noticia, no vuelve a reimprimirse en México. Hemos localizado, sin embargo, una nueva traducción de la novela de Thackeray publicada en Chile en 1865 por la Imprenta del Mercurio de S. Tornero e Hijos, compañía pionera en negocios periodísticos, de librería y editoriales fundada por el riojano Santos Tornero Montero, que inundaría el país con sus diversas colecciones. Y, tras un examen minucioso de las pocas páginas escaneadas enviadas por la Biblioteca Nacional de Chile, y a falta de un estudio más profundo del resto de la traducción, podemos concluir que, salvo ligeros cambios léxicos, se trata del texto traducido en México en 1860. En este sentido, también puede afirmarse, que la primera traducción publicada en España en torno a 1900 de Pedro González Blanco presenta innegables coincidencias, sobre todo en la primera mitad de la novela, con la versión mexicana de 1860<sup>20</sup>.

La traducción de Gregorio Lafuerza de *La feria de las vanidades* publicada en Buenos Aires en el año 1915 por la Biblioteca de *La Nación* se reimprime con ligeras variaciones en España en 1930 en el seno de la colección Biblioteca de Grandes Novelas de la Editorial Sopena de Barcelona, que se compone fundamentalmente de un conjunto de obras españolas y extranjeras en las que predominan las traducciones de autores franceses, norteamericanos y británicos. En la cubierta del volumen, número 278 de la colección, puede leerse: «traducida directamente del inglés». En los años treinta, la novela, al igual que en Argentina, se acompañaba de un prólogo del periodista norteamericano Whitelaw Reid (1837-1912), originalmente publicado en lengua inglesa en 1908. El texto aparecía distribuido en dos columnas paralelas, y la única ilustración que acompaña la traducción de Gregorio Lafuerza es una representación de Amelia Sedley arrodillada en una habitación junto a la cuna de su hijo. Al fondo de la estancia

---

<sup>20</sup> Cabrera Ponce, I. (1993) «El aporte de la traducción al proceso de desarrollo de la cultura chilena en el siglo XIX», *Livius*, nº 6, págs. 51-63. Sobre la figura de Santos Tornero Montero (1808-1894) consúltese García Sánchez, J.A. (2002) *La Rioja y los riojanos en Chile (1818-1970)*. Logroño, Instituto de Estudios Riojanos/Gobierno de La Rioja.



puede apreciarse un pequeño altar con una cruz, y, en la esquina superior izquierda de dicha ilustración, se distingue la imagen de George Osborne atrapado bajo su corcel en la batalla de Waterloo.

La editorial Sopena continuó reimprimiendo la versión de Lafuerza hasta 1975 en su Biblioteca Sopena, «*Los libros que usted necesita para ampliar o consolidar su conocimientos culturales*». El formato de la edición, además, sufre ciertas modificaciones, pues a partir de los años cincuenta fue editado en rústica con cubiertas de colores muy vivos, y dibujos de Becky Sharp y Amelia Sedley durante un baile en el que también se encuentra George Osborne. En la contracubierta, se advierte al lector de que se trata de una edición íntegra de la novela, en la que se describe la época histórica en la que se desarrolla el argumento. Al revisar las distintas ediciones publicadas a lo largo de la segunda mitad del siglo XX, se constata que el nombre de Gregorio Lafuerza desaparece de la reimpresiones lanzadas al mercado por Sopena en 1957, que Ediciones Jackson de Buenos Aires la publica en 1946, 1950 y 1954, aunque se atribuye el texto a Fernando Barranco Díaz, y que volvió a publicarse cuando fue rescatada por la Editorial Arte y Literatura de La Habana en 1985, si bien el nombre del traductor tampoco figuraba en el volumen.

Ediciones Alonso de Madrid publica una nueva versión de *La feria de las vanidades* en 1969 traducida por Fernando Catalina Sáenz. Una vez cotejados los textos, sin embargo, se observa que se trata de una reimpresión de la traducción de Pedro González-Blanco publicada en torno a 1900 por Ricardo Fe, y por La Novela Ilustrada y La Novela de *La Libertad* en el primer tercio del siglo XX. En 1975, Ediciones Alonso vuelve a sacar al mercado una nueva adaptación de la obra con la particularidad, en esta ocasión, de que se atribuye a Luís Hernández Alonso, el prologuista de la anterior edición<sup>21</sup>.

Luis Hernández Alfonso, el supuesto «traductor» de esta nueva apropiación del texto traducido de González-Blanco, se dio a conocer en los círculos literarios en los años veinte con un cuento premiado por el diario *La Libertad* de Madrid, en el que colaboraban Manuel Machado, Antonio Zozaya, Cansinos Assens, etc. En la siguiente década, elabora ensayos relacionados con el derecho y la política como *¿Miedo al porvenir? Democracia y comunismo* (1931), *Eugenesia y derecho a vivir* (1933), y *Verdad y mentira de la República española* (1933). Durante la Guerra Civil, formó

---

<sup>21</sup> Thackeray, M.W. (sic). *La feria de las vanidades*. Traducción de Fernando Catalina Sáenz. Madrid, Ediciones Alonso, 1969. Col. Biblioteca de Obras Famosas, nº 18, 339 págs.

parte del equipo de propaganda del Ejército del Sur, que editaba el periódico *Frente Sur*, el mismo en el que colaboraban Miguel Hernández y Leopoldo de Luís. Concluido el conflicto, se libró de la pena de muerte, se le prohibió escribir en los periódicos, aunque al igual que otros escritores y traductores se incorporó al equipo de correctores de estilo de la editorial Aguilar, para la que, además, tradujo *Paradoja del conferenciante* de Diderot (1964), *Gargantua y Pantagruel* (1967) de François Rabelais, las *Obras completas* (1968) de George Simenon, y ensayos de tipo biográfico, religioso, histórico y económico. Al final de su vida, Hernández Alonso publicó una biografía del Virrey del Perú, Francisco de Toledo, en la Editora Nacional, y según nos manifestó en su momento el antiguo editor de Aguilar Arturo del Hoyo, había concluido una novela de ambiente madrileño, inédita hasta nuestros días<sup>22</sup>.

## 5. Conclusiones

La recepción de William Makepeace Thackeray en Hispanoamérica y España, a diferencia de otros países europeos, como es el caso de Alemania, Francia, Italia o Hungría, no ha contado con el aval de señalados mentores literarios ni con el apoyo de campañas editoriales o mediáticas que habrían estimulado la traducción de sus novelas. Tampoco puede afirmarse que hayan abundado los trabajos académicos dedicados a la figura del autor del inglés, si bien en las últimas décadas se aprecia un ligero cambio en esta situación. Sin entrar a discutir el caso de la recepción de Charles Dickens en los países de habla hispana, un complejo estudio bibliográfico aún por hacer, durante el siglo XIX proliferan las traducciones de autores casi olvidados en la actualidad como Bulwer-Lytton, mientras que otros autores, hoy canonizados por la crítica, la academia y los lectores, como las hermanas Brontë, George Eliot, o Thomas Hardy, permanecerán inéditos hasta el siglo XX. El caso de Thackeray es ligeramente distinto puesto que algunas de sus obras, al igual que ocurrió con Dickens, se tradujeron al español en la segunda mitad del siglo XIX. A pesar de que buena parte de las obras de Thackeray siguen inéditas en lengua española, *La feria de las vanidades* ha continuado

---

<sup>22</sup> Carta de Arturo del Hoyo a Marcos Rodríguez Espinosa (19-2-1996). Luis Hernández Alonso adaptó distintos autores para la colección Biblioteca de Obras Famosas de Ediciones Alonso, como Daniel Defoë (*Robinson Crusoe*, 1976), Charles Dickens (*Historia de dos ciudades*, 1975), F.M. Dostoievski (*Crimen y castigo*, 1975) y Julio Verne (*De la tierra a la luna*, 1969). Sin embargo, dada la apropiación indebida de nombres que la editorial ha practicado en el caso de *La feria de las vanidades*, cabe la posibilidad de que alguna de las traducciones no fueran elaboradas por él. Cabe señalar, asimismo, sus traducciones de obras de Jean Piaget como *Psicología del niño* (1967) y *La toma de conciencia* (1971) y otros ensayos de psicología infantil y educación infantil para la editorial madrileña Morata.

traduciéndose ininterrumpidamente desde 1860 hasta fechas recientes a ambos lados del Atlántico; la datación exacta de la primera traducción publicada en España continúa, sin embargo, siendo un problema no solventado por los expertos, y no descartamos la aparición de nuevos datos al respecto.

La traducción mexicana de *La feria de las vanidades* de 1860, la primera española fechada en torno a 1900 y la argentina de 1915 son traducciones indirectas realizadas a partir de la versión francesa de 1855. No se trata de un fenómeno excepcional puesto que la cultura francesa ejerce en la época, por motivos distintos, una influencia hegemónica en las naciones emergentes hispanoamericanas y en la antigua metrópolis. La lengua francesa es, asimismo, la lengua intermedia empleada para traducir gran parte de la literatura inglesa y norteamericana que se publica por aquellos años. Carecemos, no obstante, de estudios sistemáticos acerca del desarrollo y la evolución del fenómeno de la traducción indirecta a lo largo del siglo XIX y XX que pudieran ofrecernos información acerca de estas versiones que han seguido reimprimiéndose a lo largo de las últimas décadas.

La traducción mexicana de 1860 es el fiel reflejo de las normas de traducción imperantes en un período histórico convulso en el que se consolida una nueva situación política y cultural en Hispanoamérica. Se trata de un texto vertido a partir de una versión intermedia publicada en París en 1855 por el escritor francés Georges Guiffrey. Esta versión del clásico de Thackeray se distingue de cualquier otra traducción publicada en español hasta el momento porque omite en su integridad o reduce casi por completo los capítulos XXXIX, LI, LIII, LVII, LXIII y LXV, y contiene un elevado número de omisiones macroestructurales que afectan a la aparición de determinados personajes de la novela, y a la presencia del narrador omnisciente. El traductor mexicano de *La feria de las vanidades* intenta compensar las omisiones anteriormente señaladas con la introducción de un catálogo de párrafos que resumen o conectan episodios de la obra con la finalidad de evitar incongruencias.

Las traducciones hispanoamericanas de *La feria de las vanidades* de 1860 y 1915, y la española publicada en torno a 1900, se caracterizan, además, por ser textos que han continuado reimprimiéndose a ambos lados del Atlántico durante más de cien años. Estos textos, cuyos traductores son, salvo en el caso español, desconocidos, permanecen ocultos tras pseudónimos, o son suplantados ilegalmente por otros al cabo de los años, se definen por constituir un patrimonio cultural sensible a ser objeto de fraudulentas estrategias editoriales o mercantilistas.

La temprana recepción de William Thackeray en México, anterior en el tiempo a la de otros grandes novelistas contemporáneos como Charles Dickens, y las coincidencias del texto mexicano con el de Pedro González-Blanco, publicado en España en torno a 1990, abren un interesante campo de investigación en el que destacados especialistas hispanoamericanos empiezan a desbrozar un camino casi desconocido hasta el momento acerca de la influencia de la traducción no sólo en el complejo desarrollo de sus literaturas nacionales, sino también en la publicación de dichos textos en la antigua potencia colonizadora. La informatización de los importantes fondos de los catálogos de las bibliotecas nacionales de dichos países será fundamental para la realización de esta laboriosa tarea.

## 6. Bibliografía

- Bastin, G.L. (2003) «Por una historia de la traducción en Hispanoamérica», *Ítaka*, 8/14, págs. 193-217.
- Cabrera Ponce, I. (1993) «El aporte de la traducción al proceso de desarrollo de la cultura chilena en el siglo XIX», *Livius*, nº 6, págs. 51-63.
- Cook D. (1884) «Thackeray and the Theatre», *Longman's Magazine*, (IV), págs. 409-23.
- Colby, R.A. (1981) «'Scenes of All Sorts...' *Vanity Fair* on Stage and Screen», *Dickens Studies Annual: Essays on Victorian Fiction*, nº 9, págs. 163-94.
- \_\_\_\_\_ (1985) «Becky in the Twentieth Century», *The Thackeray Newsletter*, nº 25, págs. 2-4.
- Esteve Serrano, A. (1982) *Estudios de teoría ortográfica del español*. Murcia, Publicaciones del Departamento de Lingüística General y Crítica Literaria/Universidad de Murcia.
- García Sánchez, J.A. (2002) *La Rioja y los riojanos en Chile (1818-1970)*. Logroño, Instituto de Estudios Riojanos/Gobierno de La Rioja.
- Giddings, R. y otros (1990) *Screening the Novel. The Theory and Practice of Literary Dramatization*. Londres, Macmillan.
- Gutiérrez Moya, A. (1992) *La mujer y el matrimonio en William Makepeace Thackeray*. Barcelona, PPU.
- Harden. E.F. (2003) *A William Makepeace Thackeray Chronology*. Houndmills, Palgrave.

- Las Vergnas, R. (1932) *W.M. Thackeray (1811-1863). L'homme, le penseur, le romancier*. París, Champion.
- Legouis, E. y Cazamian, L. (1924) *Histoire de la littérature anglaise*. París, Hachette.
- Maître, R. (1957) *Thackeray et la France*. [Tesis doctoral inédita].
- Martínez, J.L. (1984) *El libro en Hispanoamérica (Origen y desarrollo)*. Madrid, FGSR-Pirámide.
- Monod, S. (1981) «Thackeray's French Dressers», *Studies in the Novel*, XIII/1-2, págs. 184-96.
- \_\_\_\_\_ (ed.) W.M. Thackeray. (1994) *La foire aux vanités. Un roman sans héros*. Traducción de Georges Guiffrey. París, Hachette. (1855).
- Montesinos, J.F. (1972) *Introducción a una historia de la novela en España en el siglo XIX; seguida del esbozo de una bibliografía española de traducciones de novelas (1800-1850)*. Madrid, Castalia.
- Ovchinnikova, S. (1986) «The Satirist Who has not Dated», *Soviet Literature*, nº 9, págs. 168-71.
- Pajares, E. (2006) *La novela inglesa en traducción al español durante los siglos XVIII y XIX: Aproximación bibliográfica*. Barcelona, PPU.
- Pantuckova, L. (1981) «Thackeray in Czechoslovakia (with a Glance at Other Slavonic Countries)», *Studies in the Novel*, XIII/1-2, págs. 197-207.
- Pérez Galdós, B. (1958) *Memorias de un desmemoriado. Nuevos Viajes. Obras Completas*. Vol. VII. Madrid, Aguilar.
- Pickrel, P. (1987) «Vanity Fair in America: The House of Mirth and Gone with the Wind», *American Literature*, LIX/3, págs. 36-57.
- Ray, G.N. (ed.) (1945-46) *The Letters and Private Papers of William Makepeace Thackeray*. Vol. IV. Cambridge, Mass., Harvard UP.
- Rodríguez Espinosa, M. (1998) *Recepción y traducción como procesos de mediación cultural Vanity Fair en España*. Málaga, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Málaga [Tesis doctoral en microfichas].
- \_\_\_\_\_ (1998) «Traducción y aventura: Pedro González-Blanco (1877-1962), traductor de la Generación del 98», Vega, M.A. (ed.) *La traducción en torno al 98. Volumen I de las Actas de los VII Encuentros Complutenses en torno a la Traducción*. Madrid, Instituto Universitario de Lenguas Modernas/Universidad Complutense de Madrid, págs. 125-32.

- \_\_\_\_\_ (1998) «La traducción como forma de exilio», *Bulletin of Hispanic Studies. Translation Studies in Hispanic Contexts*, LXXV/1, págs. 83-94.
- \_\_\_\_\_ (1999) «Traducción y paratextos de la novela inglesa del siglo XIX: el papel de las ilustraciones», Álvarez Lugerís, A y Fernández Ocampo, A. (eds.). *Anovar/Anosar Estudios de traducción e interpretación*. Vigo, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Vigo, págs. 161-70.
- \_\_\_\_\_ (2001) «A traducción dos clásicos victorianos: *Vanity Fair* en España», *Viceversa. Revista Galega de Traducción*, nº 6, págs. 75-86.
- \_\_\_\_\_ (2001) «Ideological Constraints and French Mediation in Hispanic Translated Texts: 1860-1930», *Trans. Revista de Traductología*, nº 5, págs. 9-21.
- \_\_\_\_\_ (2002) «Identidad nacional y traducción: Entrevista con Jordi Arbonès i Montull», *Trans. Revista de Traductología*, nº 6, págs. 215-24.
- \_\_\_\_\_ (2005) «Jordi Arbonès, traductor de *La fira de les vanitats* (1984), de William M. Thackeray», *Quaderns. Revista de Traducció*, nº 12, págs. 59-75.
- \_\_\_\_\_ (2007) «La clave mexicana y la mediación francesa en las primeras traducciones al español (1860-1915) de *La feria de las vanidades* de William Makepeace Thackeray», J.J. Zaro (ed.). *Traductores y traducciones de literatura y ensayo (1835-1919)*. Granada, Comares, págs. 121-58.
- Rosenblat, A (1951) *Prólogo sobre las ideas ortográficas de Bello, Andrés Bello. Estudios Gramaticales*. Vol. 5. Caracas, Ediciones del Ministerio de Educación.
- Ruiz Casanovas, J.F. (2000) *Aproximación a una historia de la traducción en España*. Madrid, Cátedra.
- Sainz de Robles, F.C. (1966) *El espíritu y la letra (Cien años de literatura española: 1860-1960)*. Madrid, Aguilar.
- Shillingsburg, P.L. (ed.) (1989) W.M. Thackeray. *Vanity Fair*. Nueva York, Garland.
- \_\_\_\_\_ (ed.) (1994) W.M. Thackeray. *Vantiy Fair. Authoritative Text. Backgrounds and Contexts, Criticism*. Nueva York, Norton.
- Stevenson, L. (1947) *The Showman of Vanity Fair*. Nueva York, Scribner's.
- Taine, H.A. (1863) *Histoire de la littérature anglaise*. Tomo IV. París, Hachette.
- Tillotson, K. (1954) *Novels of the Eighteen-Forties*. Oxford, Clarendon.
- Vapearau, M. (1880) *Dictionnaire universal des contemporains*. París, Hachette.
- Venuti, L. (1995) *The Translator's Invisibility*. Londres, Routledge.
- Willson P. (2004) *La Constelación del Sur. Traductores y traducciones en la literatura argentina del siglo XX*. Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores.

Zentella Mayer, A. (1971) «Carlos Dickens en México», en *Charles Dickens (1812-1870). Homenaje en el primer centenario de su muerte*. México, Universidad Nacional Autónoma de México/ Facultad de Filosofía y Letras. Departamento de Letras Inglesas, págs. 163-82.

### **Enlaces:**

<http://www2.hn.psu.edu/faculty/jmanis/thackeray.htm>

Penn State University Electronic Classic Series Thackeray Page.

<http://www.victorianweb.org/authors/wmt/wmtbio.html>

The Victorian Web. Literature, history & culture in the age of Victoria.

<http://www.online-literature.com/thackeray/> The Literature Network.

<http://www.imdb.com/name/nm0856842/> IMDb The Internet Movie Data Base.

<http://onlinebooks.library.upenn.edu/webbin/gutbook/author?name=Thackeray%2C%20William%20Makepeace%2C%201811-1863>

Project Gutenberg Titles by William Makepeace Thackeray.

<http://www.mastertexts.com/index.php?PageName=AuthorDetails&ID=542> Master Texts (TM).

<http://www.press.umich.edu/series.do;jsessionid=836E69C56C8E71D2D108C7AD0FE04D22?id=UM101>

The Thackeray Editon. General Editor Peter L. Shillingsburg.

<http://www.cts.dmu.ac.uk/index.php?q=thackeray.html>

Centre for Textual Scholarship De Monfort University Leicester (R.U.)

<http://gallica.bnf.fr>. Biblioteca Nacional de Francia.

<http://www.cervantesvirtual.com/FichaAutor.html?Ref=761>

Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.

<http://query.nytimes.com/gst/abstract.html?res=9C04E1DC1130EE3ABC4A51DFB7668389639EDE> Las ilustraciones de W.M. Thackeray.

[http://etext.library.adelaide.edu.au/t/thackeray/william\\_makepeace/](http://etext.library.adelaide.edu.au/t/thackeray/william_makepeace/)

The University of Adelaide Library eBooks@ Adelaide

Esta edición traductológica digital, en PDF, está compuesta a partir de un ejemplar procedente de la Biblioteca Nacional de México. Consta de un estudio y de un corpus de 41 notas a pie página de la traducción anónima de *La feria de las vanidades* de William Makepeace Thackeray, publicada en México en 1860. Se inscribe en el Proyecto de Investigación *I+D*, HUM2004-00721FILO, financiado por el Ministerio de Educación y Ciencia.



COLECCION  
DE  
**NOVELAS CONTEMPORANEAS**  
DE DIVERSOS AUTORES

TOMO II

---

Edición de LA SOCIEDAD

---

*Lic. M<sup>o</sup>. González Pérez.*

**LA FERIA**  
DE  
**LAS VANIDADES**

POR  
**W. THACKERAY**



**MEXICO**  
**IMPRESA DE ANDRADE Y ESCALANTE**  
Calle de Cadena, núm. 13  
**1860**

## LA FERIA DE LAS VANIDADES.

1

### I.

#### **Chiswick Mall.**

Era antes de 1820. . . . Por una hermosa mañana de Junio, un ancho carruaje se dirigia, con una velocidad de cuatro millas por hora, hácia la verja del colegio de señoritas, dirigido por miss Pinkerton en Chiswick Mall. El carruaje llevaba un par de caballos robustos, guiados por un cochero no menos vigoroso, con sombrero de tres picos y peluca. Al lado del cochero iba sentado un criado negro, que estiró las piernas en el momento en que el coche se detenia delante de la puerta de miss Pinkerton.

Al ruido del campanillazo, una docena de cabezas juveniles aparecieron por las estrechas ventannas

N.E.T. 1. [Nota Edición Traductológica]: Omisión, que también se localiza en la traducción francesa de Georges Guiffrey (1855) y en la primera española de Pedro González-Blanco (¿1900?), del texto titulado "Before the Curtain", que William Makepeace Thackeray concibe originalmente como un epílogo con el que cierra el último fascículo de "La feria de las vanidades" del mes de junio de 1848. Hasta la primera edición en forma de libro de ese mismo año no lo transformará en el prólogo con el que se inicia la novela desde entonces. Rodríguez Espinosa, M (1998) Recepción y traducción como procesos de mediación cultural: "Vanity Fair" en España. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Málaga, pág. 273.

de aquel edificio antiguo y majestuoso, construido de ladrillos. Un observador atento habria podido reconocer la nariz roja y afilada de la buena miss Pinkerton, que aparecia en la ventana del salon en medio de unas matas de geranio.

—Es el coche de M. Sedley, hermana miss Jemima; el negro Sambo ha tirado de la campanilla, y el cochero trae una casaca nueva.

—¿Habeis terminado todos los preparativos para la marcha de miss Sedley? preguntó miss Pinkerton.

Esta miss Pinkerton, la Semíramis de Hammersmith, la amiga del doctor Johnson y la correspondiente de mistress Chapone, era una persona majestuosa.

—Las señoritas están guardando todas sus cosas desde el amanecer, repuso miss Jemima, y las hemos preparado una carga de flores.

—Decid, un ramillete, hermana, es de mejor tono.

—Está bien, pero es un ramillete gruesecito. He metido en el cofre de Amelia dos botellas de agua de alelí, y la receta para hacerla.

—¿Supongo que habréis copiado la cuenta de miss Sedley?

—Aquí está.

—Dádmela . . . noventa y tres libras esterlinas . . . Hacedme el favor de poner un sobre á M. John Sedley, y de cerrar este billete que escribo á su señora.

N.E.T. 2. La traducción mexicana (1860), la de Alfonso Nadal (1943) y la de Elena García Ortiz (1961) mantienen, por regla general, las fórmulas de tratamiento inglesas (Mr., Mrs., Miss., etc). En cambio, las de Pedro González-Blanco (¿1900?), Gregorio Lafuerza (1915) y Amando Lázaro Ros (1957), con ciertas excepciones, incluyen su traducción al español. Rodríguez Espinosa, M. (1998) op.cit., pág. 312.

Para miss Jemima, una carta autógrafa de su hermana era un objeto de gran veneracion. Sabíase que miss Pinkerton solo escribia á las familias de las jóvenes cuando éstas salian del colegio ó cuando se casaban; solo hizo una escepcion en favor de la pobre miss Birch, que habia muerto en su casa. Miss Jemima se hallaba en la conviccion de que, si alguna cosa habia podido consolar á mistress Birch de la pérdida de su hija, era la composicion piadosa y patética en que miss Pinkerton la anunciaba la triste noticia.

Hé aquí, en la circunstancia que nos ocupa, el contenido de la epístola de miss Pinkerton:

“La Mall, Chiswick, 15 de Junio de 18....

“Al cabo de seis años de residencia en la Mall, tengo el honor y la satisfaccion de devolver miss Amelia Sedley á sus padres. Es una joven cumplida, capaz de ocupar un puesto en una sociedad distinguida. La amable miss Sedley no carece de esas cualidades particulares de las jóvenes señoritas del gran mundo, de esas perfecciones que convienen á su condicion y á su nacimiento. Su aplicacion y su obediencia la han granjeado el cariño de todos sus maestros, y la dulzura de su carácter ha seducido á todas sus compañeras.

“En música, baile y ortografía, en toda clase de bordados y de labores de aguja, ha realizado los deseos mas legítimos de sus amigos. En la geografía

la falta que aprender. Recomendamos para ella el uso regular de un respaldo ortopédico, al menos cuatro horas por día y durante tres años, porque es el único modo de adquirir esa distinción de apostura que se exige hoy de las jóvenes á la moda.

“En cuanto á los principios de religion y de moralidad, se verá que miss Sedley es digna de un establecimiento que ha sido honrado con la presencia del *gran lexicógrafo* y con el patrocinio de la incomparable mistress Chapone. Al dejar la Mall miss Amelia, se lleva consigo el afecto de sus compañeras y los sentimientos mas tiernos de la que tiene el honor de decirse

“Vuestra muy humilde y muy obediente servidora,

“BARBARA PINKERTON.

“P. D. Miss Sharp acompaña á miss Sedley. Se suplica encarecidamente que miss Sharp no permanezca en Russell-Square mas de diez dias. La honorable familia, en cuya casa debe entrar, reclama cuanto antes sus servicios.”

Terminada esta carta, miss Pinkerton escribió su nombre y el de miss Sedley en la página blanca del Diccionario de Johnson, obra interesantísima que nunca dejaba de ofrecer á sus discípulas cuando salían de La Mall. En la cubierta habia una copia de los “Consejos dirigidos á una señorita á su salida del colegio de miss Pinkerton, por el difunto doc-

tor Johnson de venerable memoria." El nombre del *lexicógrafo* estaba siempre en los labios de miss Pinkerton desde que debia su reputacion y su fortuna á una visita que él la habia hecho.

Obedeciendo á su hermana que la mandó sacara el diccionario susodicho, miss Jemima tomó dos ejemplares, y cuando miss Pinkerton acabó de escribir su dedicatoria en el primero, Jemima con timidez la presentó el segundo.

—¿Y para quién es este, miss Jemima? preguntó la hermana con seriedad.

—Para... . . . Becky Sharp, respondió miss Jemima temblando... . . como se va tambien... . .

—¡Miss Jemima! exclamó miss Pinkerton como si su boca diera paso á mayúsculas, ¿habeis perdido el juicio? Llevad el diccionario á su puesto, y en lo sucesivo no os tomeis esas libertades.

—Sin embargo, hermana mia, vale tan poco... . . y la pobre Becky sentirá mucho que no la hagais ese regalo.

—Que venga al instante miss Sedley, repuso miss Pinkerton.

Sin atreverse á decir una palabra mas, la pobre Jemima salió muy conturbada.

El padre de miss Sedley era un comerciante de Lóndres en una condicion acomodada. Miss Sharp era una discípula recibida gratuitamente, por la cual miss Pinkerton pensaba haber hecho bastante sin concederla á su marcha el alto favor del diccionario.

Las cartas de las directoras de casas de educación merecen tanta confianza como los epitafios de los cementerios. No obstante, así como se suele encontrar en el número de los finados un muerto digno en realidad de los elogios que prodiga el lapidario á sus huesos, un muerto que fué buen cristiano, buen padre, buen hijo, buen esposo, y que en la hora de su fallecimiento deja una familia inconsolable para llorar su pérdida, así tambien en las instituciones de niños y de niñas, se halla de cuando en cuando un discípulo digno de los elogios que le concede un maestro desinteresado. Miss Amelia era una de estas pocas personas, y merecia todas las alabanzas de mis Pinkerton.

Mucho era ya cantar como un ruiñeñor, bailar y bordar perfectamente, y no echar faltas de ortografía; pero ademas poseia un corazon tan bueno, tan tierno y tan generoso, que se granjeaba el afecto de cuantos se rozaban con ella. Amelia contaba doce amigas íntimas en el colegio. La envidiosa miss Briggs no habia podido satirizarla; la nieta de lord Dexter, miss Saltire, decia que habia en ella mucha distincion, y miss Swartz, la rica criolla de San-Kitt, echó á llorar con tal abundancia que hubo que llamar al Dr. Kioss, quien la inundó de vinagre aromático. Miss Pinkerton la manifestaba un afecto apacible y digno. Miss Jemima estaba desconsolada.

Como nuestras relaciones con Amelia deben ser muy frecuentes, no será inútil decir desde luego



que era de una naturaleza bondadosa y sencilla. Gran felicidad es en la vida y en esta novela que abunda en pícaros de marca mayor, el tener en nuestra compañía una persona tan buena y virtuosa.

Pero como no es una heroína, me dispensaré de hacer su retrato, pues en verdad temería que para ese papel principal su nariz no fuese muy corta, y sus mejillas demasiado llenas. De todos modos diré que en su rostro lucía los colores de la salud, y en sus labios la mas fresca sonrisa. Tenía unos ojos en que chispeaba el júbilo mas vivo y franco, aunque no era en los casos en que se llenaban de lágrimas, los cuales se repetían á menudo, pues la cándida criatura era capaz de llorar por la muerte de un canario, ó por la reprimenda mas ligera. Miss Pinkerton cesó muy pronto de refírla, porque lo mismo entendía de sensibilidad que de álgebra, y recomendó á los maestros que la trataran con la mayor dulzura; la severidad habria sido injusticia con miss Sedley.

Por eso cuando llegó el dia de su marcha, miss Sedley, siempre entre la risa y las lágrimas, se encontró en un apuro; se regocijaba porque volvía á su casa, y se entristecía porque salía del colegio. En los tres últimos dias Laura Martin no se separó de ella; recibió catorce regalos por lo menos, tuvo que hacer otros tantos, y prometió catorce veces que escribiría todas las semanas.

El dolor de los últimos momentos fué menos vi-

vo gracias al discurso admirable que miss Pinkerton dirigió á la niña. En la mesa del salon habia un pastel de anís y una botella de vino, como cuando llegaban al colegio los padres de alguna educanda; y despues de haber tomado su parte en el refrigerio, miss Sedley se dispuso á marchar.

—Becky, ¿queréis entrar á despediros de miss Pinkerton? dijo miss Jemima á una jóven en quien nadie fijaba la atencion, y que bajaba la escalera con una caja de carton en la mano.

—Debo hacerlo, contestó miss Sharp con mucha calma, lo que sorprendió á miss Jemima.

En seguida llamó á la puerta, y habiendo recibido permiso para entrar, se adelantó con serenidad y dijo en un frances muy correcto:

—*Mademoiselle, je viens vous faire mes adieux.*

Miss Pinkerton no comprendia el frances, aunque dirigia colegialas que le sabian. Se mordió los labios, levantó su venerable rostro adornado con una nariz á la antigua, y contestó:

—Buenos dias, miss Sharp.

Y al hablar así la Semíramis de Hamersmith, alargaba el brazo como en señal de despedida y como para dar ocasion á miss Sharp de que estrechara uno de los dedos de su mano que se habia quedado en el camino con ese fin.

Miss Sharp apartó la mano con una sonrisa glacial y haciendo una reverencia muy profunda, y declinó el honor que la querian hacer. En ese movimiento, el majestuoso turbante que llevaba en lo

alto de la cabeza la Semíramis, experimentó una sacudida de indignación sin ejemplo. Era aquello una pequeña lucha entre la joven y la vieja, y ésta quedaba vencida.

—¡El cielo os colme de bendiciones, hija mía! dijo abrazando á Amelia y lanzando una mirada terrible á miss Sharp por encima del hombro de la joven.

—Salid pronto, Becky, dijo miss Jemima muy conmovida, y lanzándola fuera de la sala.

Y la puerta se cerró detrás de ella para siempre.

En el patio comenzaron las escenas desgarradoras de la despedida; los corazones sensibles nos agradecerán que saltemos estos pormenores.

La despedida se acabó, y nuestras viajeras, ó mas bien, miss Sedley, dejó á sus amigas; pues por lo que toca á miss Sharp, habia entrado sin ruido ninguno en el coche, y nadie lloraba su pérdida.

Sambo cerró la portezuela del coche y saltó á la trasera.

—¡Esperad! gritó miss Jemima lanzándose hácia la verja con un envoltorio. Aquí teneis sandwichs, querida mía, dijo á Amelia, por si teneis hambre; y vos, Becky Sharp, hé aquí un libro para vos, que mi hermana. . . . es decir, que yo. . . . es el diccionario de Johnson. . . . no podeis marcharos sin él. ¡Buen viaje! . . .

Y la pobre miss Jemima volvió al jardín vencida por sus emociones; pero en el momento en que

el cochero azuzaba á los caballos, miss Sharp mostraba su rostro pálido por la portezuela del coche y arrojaba el libro al jardín.

Miss Jemima estuvo para desmayarse de espanto.

—¡Ah!... nunca habria creido que la audacia...

La emocion la impidió completar su frase; los caballos del coche corrian á escape, la verja estaba cerrada, y se oia la campana que anunciaba las lecciones de baile.

Y ahora que el mundo se abre para nuestras dos jóvenes, adios, Chiswick Mall.

## II.

### **De como miss Sharp y miss Sedley se dispusieron á entrar en campaña.**

Apenas habia visto miss Sharp, al consumir el acto heróico mencionado en el capítulo anterior, que el diccionario rodaba por el jardín y caia á los piés de miss Jemima, la fisonomía de la jóven, descolorida por el odio que rebosaba en su corazon, se animó con una sonrisa que no tenia nada de graciosa. Luego se reclinó en el fondo del coche, y dijo como aliviada de un gran peso:

—Buen viaje, diccionario, y gracias á Dios que he salido de Chiswick.

En presencia de aquel desafío tan resuelto, miss Sedley se había quedado tan cortada como miss Jemima. Acababa de dejar el colegio hacia un minuto, y en tan corto tiempo no se disipan las impresiones de seis años. En suma, Amelia se había quedado estupefacta con aquel acto de insubordinación.

—¿Qué habeis hecho, Rebeca? dijo al cabo de una pausa.

—¿Creeis que miss Pinkerton va á salir para encerrarme otra vez en su infierno?

—No, pero. . . .

—Detesto esa casa, contestó miss Sharp arrebatada por la ira; quisiera que estuviera en el fondo del Támesis, y si miss Pinkerton se encontrase allí tambien, no soy yo quien iria á sacarla. Me gustaria verla en medio del agua con su turbante, sus faldas flotando detrás y su nariz levantada formando la proa del buque.

—¡Cielos! exclamó Amelia.

—¡Os asustais! vuestro negro se lo irá á decir; que vaya si quiere, que vaya á contar á miss Pinkerton que la aborrezco con toda mi alma. Desde hace dos años no he recibido de ella mas que insultos y ultrajes; nadie me ha tenido amistad, excepto vos; yo no era buena, sino para cuidar á las jóvenes de la clase inferior y para hablar en frances con las señoritas hasta hacerme cobrar aversión á mi lengua materna. El hablar frances á miss Pinkerton era incomodarla; no comprende, y es demasiado orgullosa para confesarlo. Esta creo que es la

N.E.T. 3. A pesar de que en esta traducción publicada en México en 1860 se transfieren ciertos nombres de personajes en su forma original, como "William Dobbin" o "John Sedley", por ejemplo, la norma que predomina en este texto, en los de Pedro González-Blanco (¿1900?), Gregorio Lafuerza (1915) y Amando Lázaro Ros (1957) es la traducción al español de los nombres propios. En cambio, las de Alfonso Nadal (1942), Elena García Ortiz (1961) y Mariano Orta Manzano (1962) los transfieren en su forma original. Rodríguez Espinosa, M. (1998) op. cit., pág. 311.

causa de mi marcha; doy gracias al cielo y me gusta el frances: "¡Viva la Francia! ¡viva el emperador! ¡viva Bonaparte!"

—Rebeca, ¡qué vergüenza! exclamó miss Sedley, pues era esa la blasfemia mas grande que pudiera salir entonces de la boca de Rebeca.

Decir en aquella época en Inglaterra "¡Viva Bonaparte!" era lo mismo que decir "¡Viva Lucifer!"

—¿Cómo podeis abrigar esos malos pensamientos de venganza y odio?

—Si la venganza es un mal pensamiento, es al menos muy natural, respondió Rebeca, y yo no soy un ángel.

Y no mentía.

Miss Rebeca no tenía un carácter muy benévolo. Decía que todo el mundo se portaba mal con ella; sin embargo, nosotros creemos que esas personas que se llaman víctimas de todo el mundo, llevan en general lo que merecen. El mundo es un espejo que presenta á cada cual sus rasgos característicos.

El padre de Sharp era artista y había dado lecciones de dibujo en el colegio de miss Pinkerton. Era un hombre hábil, alegre y vividor, pero estaba reñido con el trabajo. Sus principales disposiciones eran para hacer deudas, y su flaco estar en la taberna. Cuando había bebido, acostumbraba á maltratar á su mujer y á su hija, y al dia siguiente se quejaba de dolor de cabeza, y satirizaba á los pintores compañeros suyos.

Como no alcanzaba á cubrir sus necesidades, y

como en Soho donde estaba domiciliado, debía bastante dinero, pensó en mejorar su posición casándose con una joven francesa, bailarina de profesión. Mis Sharp no hablaba nunca de la condición humilde de su madre, pero se envanecía de ser descendiente de una familia de bailarines ilustres. Debemos advertir que cuanto más entraba en años, más ganaba en nobleza su raza oriunda de la Gasconia.

Ignorábase en dónde había hecho su educación la madre de Rebeca, y su hija hablaba el francés con la pureza de una parisiense. Entonces era esta una cualidad preciosa que le valió á Rebeca su entrada en el austero colegio de miss Pinkerton: su madre había muerto, y su padre que se hallaba también en un estado desesperado, escribió á miss Pinkerton después de su tercer ataque de *delirium tremens* una carta patética para poner á la huérfana bajo su protección. Poco después bajó al sepulcro.

Rebeca tenía diez y siete años cuando entró en Chiswick, y la trataron como á una colegiala gratuita. Tenía que hablar francés, y en cambio vivía allí sin pagar nada; mediante una corta suma anual recogía de los profesores de la casa algunas migajas de enseñanza.

Baja de estatura, viva en sus movimientos, era pálida y tenía los cabellos de un rubio encarnado. Sus ojos, que siempre tenía bajos, se abrían tanto cuando miraban á una persona, y tomaban una es-

presion tan singular y comunicativa, que el reverendo M. Crips, acabado de salir de Oxford y vicario del ministro de Chiswick, el reverendo Plowerdew, se enamoró de miss Sharp. Una ojeada le hirió mortalmente en la iglesia de Chiswick. Nuestro jóven apasionado iba á tomar el té á casa de miss Pinkerton á quien fué presentado por su mamá, y hasta pronunció la palabra matrimonio en un billete interceptado que debió entregar la que vendia manzanas en el colegio.

Mistress Crips, llamada de regente á Burton debió llevarse consigo á su hijo; pero la idea de que un cuervo habia podido introducirse entre las palomas de Chiswick indignó de tal manera á miss Pinkerton, que habria despedido á mis Sharp, si no hubiese estado comprometida con una palabra solemne.<sup>5</sup>

Entre las señoritas mayores del establecimiento Rebeca podia pasar por una niña: pero poseia ya esa triste experiencia que da la pobreza. Habia peleado con mas de un acreedor, y habia sabido alejarle de la puerta de su padre; sabia cómo se pone de buen humor á los tenderos para ganar una comida. Ordinariamente acompañaba en las fiestas á su padre, que se enorgullecía de su talento, y oía los dichos de sus compañeros mal educados, á menudo poco convenientes para una jóven. Pero nunca habia sido jóven, segun ella decia, sino que era mujer desde los ocho años. ¿Cómo miss Pinkerton habia admitido un pájaro tan peligroso en su jaula?

N.E.T. 4. Transcripción errónea del apellido inglés "Flowerdew", que tiene su origen en la traducción de Georges Guiffrey de 1855. Rodríguez Espinosa, M. (1998) op. cit. pág. 312.

N.E.T. 5. La traducción mexicana sustituye el ave de la versión original de Thackeray, "eagle" (1848, 12), por "cuervo" (1860, 16). Se aparta, de este modo, de la de Georges Guiffrey, "vatour", (1855, I, 13), y subraya la imagen de Rebecca Sharp como una persona desagradecida, imagen que nos recuerda el refrán castellano, "Cría cuervos y te sacarán los ojos". Rodríguez Espinosa, M. (1998) op. cit. págs. 498-99.



El hecho es que miss Plukerton tenia á Rebeca por la criatura mas suave; tan admirablemente habia desempeñado su papel cuantas veces su padre la llevó á Chiswick. Era á sus ojos una niña modesta é inocente. El año antes de entrar en la casa (tenia entonces diez y seis años) miss Pinkerton con su aire majestuoso y despues de un corto discurso, la dió de regalo una muñeca confiscada á miss Swindle, á quien habian sorprendido jugando en las horas de clase. ¡Qué de burlas entre el padre y la hija cuando regresaban del colegio á su casa! ¡Cuál no habria sido la cólera de la buena miss Pinkerton si hubiera visto cómo Rebeca la ponía en caricatura mediante su muñeca! Entablaba con ella largos diálogos que divertian sobremanera á todo el barrio de los artistas. Ya era bien conocida en la taberna la pobre miss Pinkerton.

Una vez Rebeca tuvo el honor de pasar algunos dias en Chiswick, y se trajo una Jemima, es decir, otra muñeca á la imágen de miss Jemmy. Y sin embargo, la buena muchacha la habia dado una carga de pasteles, y dulces, y siete chelines. Pero la ironía en Rebeca era superior á la gratitud, y sacrificó á miss Jemmy lo mismo que á su hermana.

Cuando la muerte se llevó á su padre, La Mall se abrió para ella como una nueva familia; pero las reglas severas de la casa le eran insoportables. Las oraciones y las comidas, las lecciones y los paseos, que tenian lugar con una regularidad eterna, aca-

baban con su paciencia, y recordaba las caricias de Soho deplorando haberlas perdido. Todos se imaginaban que la consumía el dolor de la muerte de su padre. Sus jóvenes compañeras la oían sollozar en su buhardilla toda la noche; pero era de rabia y no de dolor. No había disimulado mucho hasta el momento en que lanzada en el abandono aprendió á fingir. Había andado muy poco con mujeres. Su padre, aunque apartado del mundo, no carecía de inteligencia, y su conversacion era mas agradable para ella que la de cualquiera otra persona de su sexo. La vanidad pretenciosa de miss Pinkerton, la alegría intempestiva de su hermana, las conversaciones insípidas de las niñas, y la exactitud glacial de las maestras la causaban un enojo constante. Si la infortunada hubiera tenido un corazón tierno y maternal, habría hallado interés en las confidencias de las jóvenes que le estaban confiadas; pero vivió con ellas dos años, y ninguna sintió su marcha. Sin embargo se hizo amiga de Amelia; ¿quién no habría podido amar á esta joven de corazón tan bueno?

La felicidad, las ventajas sociales de las colegialas entregaban á Rebeca á los crueles tormentos de la envidia.

—¡Qué tono se da esa, decía, porque es hija de un conde! ¡Cómo se inclinan y se arrastran delante de esa criolla, porque tiene cien mil libras! Yo soy cien veces mas viva y mas agradable que esa criatura con todo su oro: mi cuna está al nivel de

la de la hija del conde con todos sus pergaminos; y sin embargo, aquí todos me huyen, en tanto que en casa de mi padre todos sus amigos dejaban los bailes y las fiestas por venir á nuestra tertulia.

Así sucedió, que resolvió libertarse á toda costa del encierro en que se encontraba, y bajo este concepto comenzó á levantar sus planes para el porvenir.

Lo primero que hizo fué aprovecharse de los medios de instruccion que su posicion la ofrecia. Con bastantes conocimientos en la música, y poseyendo bien una lengua extranjera, recorrió rápidamente el círculo de los estudios, considerados como necesarios para las damas de su tiempo. Trabajaba sin descanso en la música, y un día de salida que ella se habia quedado en el colegio, nuestra augusta matrona la oyó ejecutar una pieza con tal perfeccion, que pensó prudentemente poder ahorrar el gasto de un maestro para las mas pequeñas, y anunció á miss Sharp, que en lo sucesivo las debia enseñar la música.

La jóven hizo acto de oposicion por la primera vez, y la majestuosa miss Pinkardon oyó con sorpresa:

—Yo estoy aquí para hablar frances con las niñas, y no para enseñarlas la música y economizaros el dinero; pagadme y lo haré.

Nuestra augusta matrona tuvo que ceder, y naturalmente la guardó rencor desde aquel día.

—Durante treinta y cinco años, exclamó, nadie

se ha atrevido á sublevarse en mi propia casa contra mi autoridad; he abrigado una víbora en mi seno.

—¡Una víbora! Os chanceais, dijo miss Sharp pálida de cólera; me habeis tomado porque os era útil, y no debe mediar entre nosotras ninguna gratitud. Detesto esta casa y no aspiro mas que á salir de ella: no quiero hacer aquí mas de lo que debo.

Y por mas que la vieja maestra la hacia observar que estaba hablando con miss Pinkerton, ella, sin hacer caso, se reia con un aire insultante y diabólico, hasta tal punto, que miss Pinkerton estuvo para caer en un ataque de nervios.

—Dadme dinero, decia la jóven, ó si lo preferís, buscadme un buen puesto de aya en una familia noble; esto es bien fácil para vos.

Y desde entonces en todas sus disputas repetia el argumento:

—Buscadme una posicion; no podemos vernos y estoy pronta á salir de esta casa.

La digna miss Pinkerton, aunque estaba condecorada con una nariz á la romana y un turbante, y aunque su estatura era de granadero, no poseia, sin embargo, una voluntad y una energía iguales á las de Rebeca; así es, que en vano luchó con ella y quiso intimidarla. Viéndose una vez reñida en público, Rebeca recurrió á la estratajema mencionada mas arriba, y respondió en frances, lo que dejó en ayunas á miss Pinkerton. Para mantener el prin-

cipio de autoridad en el colegio, era preciso que saliera de él aquel monstruo, aquella serpiente, aquella tea incendiaria.

Por entonces supo miss Pinkerton, que la familia de sir Pitt Crawley necesitaba un aya, y al punto recomendó á miss Sharp, aunque era una serpiente y un monstruo.

—En la conducta de miss Sharp, se dijo, no hay nada de reprehensible, si no es respecto á mí, y no puedo menos de reconocer que es una jóven de talento. Hará honor al sistema de educacion adoptado en mi casa.

De este modo miss Pinkerton ponía su conciencia de acuerdo con sus recomendaciones, y daba libertad á miss Sharp; la batalla descrita en algunas líneas duró muchos meses.

Miss Sedley tenía diez y siete años y estuvo á punto de salir del colegio. A consecuencia de la amistad que tenía á miss Sharp, único punto en el carácter de Amelia que no satisfacía á la venerable matrona, la convidó á pasar una semana en casa de sus padres antes de entrar en el seno de la familia que esperaba sus servicios.

Abríase, pues, el mundo, para entrambas jóvenes. Para Amelia representaba como una flor en todo el brillo de su frescura y novedad; pero no era tan nuevo para Rebeca, pues á decir toda la verdad sobre el asunto del reverendo Crips, la vendedora de manzanas insinuó á una persona, que afirmó el hecho por haberlo oído jurar á otra persona,

que entre M. Crips y miss Sharp habia habido mucho mas de lo que se habia confiado al público, y que la carta interceptada era contestacion á otra. Pero, ¿quién podrá descubrir la verdad en este punto?

En el camino hasta la barrera de Kensiguton, Amelia, sin haber olvidado á sus compañeras, habia concluido por enjugar sus lágrimas. Primeramente se habia sonrojado con cierto placer á la vista de un jóven oficial de los horse-guards que habia pasado á caballo junto al coche, y al verla habia dicho: "¡Qué bonita niña!" Y en segundo lugar, antes de haber llegado á Russell-Square, la conversacion se habia estendido largamente sobre el artículo de las modas. ¿Llevaban las jóvenes polvos en el pelo y ballenas en las faldas para el acto de la presentacion? ¿Tendria este honor miss Amelia? pues sabia que debian llevarla al baile del lord-corregidor.

Cuando se paró el coche en la casa paterna, miss Sedley, con la ayuda del brazo de Sambo, se apeó alegre y radiante, y vió á toda la servidumbre de la casa reunida en el patio para festejar á su señorita. Despues de los primeros abrazos, miss Sedley enseñó á Rebeca todos los cuartos de la casa y lo que habia en cada cuarto, sus libros, su piano, sus vestidos, todos sus collares, sus broches y sus encajes. La obligó á que aceptara unas sortijas de cornalina y de turquesas, y un chal de gasa que ya la estaba angosto; á despecho de la discrecion de

que se habia armado, su amiga pidió á su madre permiso para ofrecerla su pañuelo de cachemira blanco. No la hacia falta, puesto que su hermano José la traia dos de la India.

Cuando vió Rebeca los dos magníficos pañuelos de cachemira que José Sedley habia traído á su hermana, dijo con un acento de verdad: "debe ser muy bueno tener un hermano;" lo que llenó de compasion á la sensible Amelia: reflexionaba que su amiga estaba sola en el mundo. pobre, huérfana, sin amigos, sin parientes.

—No, nunca os veréis abandonada, Rebeca, exclamó Amelia; yo seré vuestra amiga, os amaré como á una hermana.

—Sí. ¿pero dónde hallar padres como los vuestros, buenos, ricos, afectuosos, que os dan cuanto deseais, y su amor que vale mas que todo lo restante? Mi pobre padre no me podia dar nada, y así es que tenia yo que pasar con dos vestidos. Teneis un buen hermano, ¡cuánto debeis amarle!

Amelia se echó á reir.

—¿Pero no le amais, vos que, segun decis, teneis cariño á todo el mundo?

—Sí, sí. . . . pero. . . .

—¿Qué hay pues?

—Creo que á José le importa poco el saber si le quiero ó no. Al cabo de una ausencia de diez años me presentó dos dedos para que los estrechara. Es bueno, pero me habla rara vez, y creo que prefiere su pipa á su. . . .

Aquí Amelia se interrumpió; ¿cómo habría podido hablar mal de su hermano?

—Era muy bueno para mí cuando era yo niña, continuó; tenía yo cinco años cuando se fué.

—Debe ser muy rico, repuso Rebeca, pues dicen que los nababs indios son muy ricos.

—Creo que tiene una renta muy crecida.

—¿Y es bonita su señora?

—¡Su señora! José no está casado, contestó Amelia, echándose á reir de nuevo.

Rebeca estaba ya bien informada, pero no aparentó acordarse de ello. Hasta repitió á menudo que se prometia ver á Amelia rodeada de sobrinos y sobrinas. Sentia que M. Sedley no estuviera casado; creia que Amelia le habia dicho lo contrario, y por su parte era muy aficionada á las criaturas.

—Bastantes teniais en Chiswick, repuso Amelia, asombrada con aquella ternura súbita de su amiga.

El día antes miss Sharp no se habia atrevido á decir cosas, cuya falsedad podia demostrarse tan fácilmente; pero recordaremos que no tenia mas que diez y nueve años, y que era muy novicia en el arte de fingir la inocente criatura.

Sin embargo, el motivo de esa serie de preguntas, podria traducirse simplemente de esta manera:

“Si José Sedley es rico y soltero, ¿por qué no me he de casar con él? Es verdad que solo puedo disponer de quince dias, pero nada aventuro haciendo la prueba.”



Y resolvió en su espíritu tan laudable tentativa. Se mostró cariñosa en extremo con Amelia, cubrió de besos el collar que la había regalado, y declaró que siempre le llevaría consigo. Cuando se oyó la campana para comer, bajó las escaleras rodeando con su brazo el talle de su amiga, como hacen las jóvenes; se halló tan conmovida á la puerta del comedor, que apenas tenía valor para entrar.

—Poned la mano sobre mi corazón, y notaréis sus latidos, dijo á su amiga.

—No los noto, dijo Amelia; entrad sin miedo, mi padre no os hará ningún daño.

### III.

#### **Rebeca en presencia del enemigo.**

Un mozo alto y robusto, con gruesas botas húngaras, envuelto en muchas corbatas que casi se elevaban á la altura de su nariz, con un chaleco rayado de encarnado y una casaca verde, en la que brillaban botones de acero tan anchos como una corona, se hallaba ocupado en leer un periódico, cuando entraron las jóvenes. Al verlas brincó en su sillón, se sonrojó bastante y eclipsó casi todo su rostro entre sus corbatas.

—Soy yo, José, dijo Amelia riendo y tomándole los dos dedos que él la presentaba; ahora he

vuelto de veras. Aquí teneis á mi amiga miss Sharp, de quien me habréis oido hablar algunas veces.

—No, nunca, á fe mia, respondió cortado; pero sí. . . . sí. . . . ¡Qué frío hace, señorita!

Y al mismo tiempo atizaba la lumbre, aunque era á mediados de Junio.

—Es un buen mozo, dijo Rebeca á Amelia, de modo que pudiera oirse.

—¡Ah! exclamó Amelia, voy á decírselo.

—¡No, por Dios! repuso miss Sharp, estremeciéndose con espanto.

Primeramente habia dirigido al jóven un saludo púdico y respetuoso, y luego sus ojos se habian clavado en la alfombra.

—Muchas gracias os doy, hermano mio, por vuestros magníficos pañuelos; ¿no es verdad que lo son, Rebeca?

—¡Oh! seguramente, respondió miss Sharp, y sus ojos fueron en derechura de la alfombra á los manteles.

José continuó haciendo ruido con las tenazas, y se puso tan encarnado, como se lo permitia la palidez tostada de su rostro.

—Yo no puedo haceros regalos tan bonitos, prosiguió Amelia; pero os he bordado un par de tirantes.

—A la verdad, Amelia, exclamó José muy agitado, no sé lo que quereis decir.

Y al mismo tiempo tiró un campanillazo tan fuer-

te, que el cordón se le quedó en la mano. Nuevo motivo de confusión para el pobre joven.

—Por amor de Dios, ved si mi *buggy* está á la puerta; el diablo se lleve al groom; tengo que salir.

En aquel instante entró el padre de familia meneando los sellos de su reloj como un verdadero comerciante inglés.

—¿Qué es eso? preguntó.

—Me dice José que vea si su *buggy* está á la puerta. ¿Qué es un *buggy*, papá?

—Un palanquin con un caballo, respondió el padre, que tenia pretensiones de hombre agudo.

José se echó á reír; pero habiendo tropezado con la mirada de miss Sharp, se detuvo súbitamente como herido de un golpe invisible.

—¿Esta señorita es vuestra amiga? Miss Sharp, tengo mucho gusto en conoceros. ¿Habeis reñido ya á José con Emmy, sobre sus intenciones de salir?

—He prometido á Bonamy, que está empleado conmigo, el ir á buscarle para comer, respondió José.

—Pero, ¿no os ha dicho vuestra madre que comiais aquí?

—Con este traje no puede ser.

—Miradle, miss Sharp; ¿no es verdad que está bien?

Miss Sharp miró á su amiga, y ambas se echaron á reír, lo que dió mucho gusto al padre.

—¿Habeis visto nunca en casa de miss Pinkerton unas botas como esas? continuó el anciano.

—Por piedad, padre mio, exclamó José.

—¿Habré yo herido su susceptibilidad? Creo, mis-  
tres Sedley, que he herido la susceptibilidad de  
vuestro hijo burlándome de sus botas; miss Sharp,  
preguntadle si no es así: vamos, José, haceos ami-  
go de miss Sharp, y vamos á la mesa, dijo el padre  
tomando el brazo de su mujer y de su hija, y sa-  
liendo alegremente.

No tenemos derecho ninguno para criticar á miss  
Sharp, porque hubiera resuelto en el fondo de su  
corazon el hacer la conquista de aquel robusto mo-  
zo; pues si bien es verdad que las niñas, por un sen-  
timiento de modestia muy laudable, encomiendan  
á sus madres el cuidado de cazar maridos, preciso  
es tener en cuenta que miss Sharp no tenia parien-  
te de ninguna clase para que entablara en su lugar  
tan difíciles negociaciones. No tenia mas remedio  
que ocuparse ella misma del asunto.

José Sedley tenia doce años mas que su herma-  
na Amelia. Era funcionario civil en la compañía  
de las Indias orientales, y en la época de nuestra  
historia su nombre figuraba como recaudador de  
Boggley-Vollah, puesto honorable y lucrativo.

Boggley-Vollah está situado en un distrito soli-  
tario y pantanoso, aunque muy agradable; es buen  
punto para cazar becasas, y de tiempo en tiempo  
se puede matar un tigre. José habia pasado allí  
ocho años en una soledad completa. Apenas veia

una fisonomía humana mas de dos veces por año, cuando el destacamento escoltaba á Calcuta los impuestos recaudados.

Por felicidad comenzó á sentir una enfermedad del hígado, y obligado á volver á Europa, halló en su pais natal mil ocasiones de fiestas y placeres. En Lóndres vivia separado de su familia. Antes de marchar á su destino era muy jóven para divertirse, de modo que á su vuelta se entregó al placer con un ardor desenfrenado.

No obstante, aunque se paseaba en el Park, comia en las fondas á la moda, y se mostraba en la ópera con pantalon ajustado y sombrero de tres picos, como se usaba entonces, llevaba una vida solitaria. Apenas conocia un hombre en la metrópolis, y sin su doctor, sus píldoras y su enfermedad del hígado se habria muerto de enojo. La vista de una mujer le infundia un terror pánico; y así era que se le veia rara vez en el salon de su padre en Russell-Square, donde las chanzonetas del viejo le producian angustias mortales.

Robusto en demasía, se hallaba un poco alarmado con sus buenas carnes; habia querido poner remedio á esto, pero su indolencia y su buen apetito se lo habian impedido siempre. Nunca vestia bien; como todos los hombres gruesos exigia que sus vestidos fuesen estrechos; era tan vano como una jóven, y si miss Rebeca á su entrada en el mundo logra hacer su conquista, podremos decir desde luego que es hábil como ninguna.

El primer ataque probaba ya mucha destreza. Diciendo que Sedley era un guapo mozo, sabia que Amelia lo repetiría á su madre y ésta á José, y de todos modos no la desagradaría el elogio de su hijo. Todas las madres son así.

Quizá tambien José Sedley habia sorprendido al paso la lisonja que debió acariciar su oido, porque tal era la opinion que de sí mismo tenia. Pero se le ocurrió una idea amarga.

—¿Se burlará de mí? dijo en sus adentros.

Y por esta razon tiró de la campanilla y se dispuso á marchar, cuando las bromas del padre y las instancias de la madre le obligaron á quedarse en casa.

Llevó del brazo á la jóven al comedor, sin dejar de pensar un instante en el elogio que habia hecho de su persona.

Rebeca marchaba con los ojos clavados en el suelo. Vestia un traje blanco; sus hombros desnudos tenian el brillo de la nieve; la imágen de la juventud, de la inocencia sin apoyo, la humilde sencillez de una vírgen rebosaban en ella, en su fisonomía, en sus movimientos, en sus modales.

—Ahora no debo hacer mas que guardar silencio, pensó Rebeca, y manifestar mucho interes por todo lo concerniente á la India.

Y así lo hizo. Los platos de la India merecieron sus elogios, aunque la abrasaron la boca.

Cuando las damas se levantaron de la mesa, el astuto comerciante dijo á su hijo:

N.E.T. 7. La traducción mexicana de 1860 se diferencia radicalmente de todas las demás por omitir la mayor parte de las referencias a comidas y bebidas exóticas y resumir un episodio humorístico en el que Jos Sedley engaña a Rebecca Sharp para que pruebe alimentos picantes de origen indio. Rodríguez Espinosa, M. (2005) "Jordi Arbonès, traductor de 'La fira de les vanitats' (1984) de William M. Thackeray", Quaderns. Revista de traducció, nº 12, págs. 59-75.

—Ten cuidado, José; esa muchacha quiere cogerte en sus lazos.

—No la temo, contestó José, lisonjeado con tal observacion. Me acuerdo que habia en Dumdum una muchacha, de la artillería, que todos apostaban á que se casaria conmigo. . . . pero nada, se casó con el cirujano. . . . ¡Qué Burdeos tan esquisito! ¿Es de Adamson ó de Carbonel?

Un ronquido ligero fué la única respuesta. El comerciante se habia dormido.

A causa de su mala salud José Sedley se contentó con una botella de Burdeos, despues de algunas copas de madera, y luego despachó dos platos de fresas y natillas con veinticuatro pastelillos que dejaron á su lado. Esto sin dejar de pensar en las muchachas que estaban en el piso superior.

—Es una jóven que me gusta, decia para sí; ¡cómo me miraba cuando recogí su pañuelo en la mesa! Y le dejó caer dos veces. . . . ¿Quién canta ahora en la sala? Voy á verlo.

Pero su timidez le detuvo. El padre dormia y roncaba. Su sombrero se encontraba allí, y á la puerta habia un coche dispuesto á salir para Southampton-Rou.

—Voy á ver los *Cuarenta ladrones*, dijo, y los pasos nuevos de miss Decamp.

Y salió de puntillas sin despertar á su digno padre.

—Mi hermano se va, dijo Amelia que estaba asomada á la ventana mientras Rebeca tocaba el piano.

—Miss Sharp le da miedo, dijo mistress Sedley:  
¡pobre José, siempre tan tímido!

#### IV.

##### **El bolsillo de seda verde.**

Los temores del pobre José se prolongaron dos ó tres días, durante los cuales no se mostró en la casa. Miss Rebeca ni siquiera pronunció su nombre, manifestaba á mistress Sedley una respetuosa gratitud, visitaba con gusto los almacenes, y se extasiaba en el teatro con una admiracion que engañaba á la buena señora.

Un dia Amelia tuvo un dolor de cabeza, y no pudo asistir á una diversion á que habian condenado á las dos jóvenes; nada pudo determinar á su amiga á que fuera sin ella.

—Habeis llenado de felicidad el corazon de la pobre huérfana, ¿y ella os abandonaria? . . . jamas.

Y al mismo tiempo los ojos de Rebeca se llenaban de lágrimas, y mistress Sedley no podia menos de confesar que la amiga de su hija se parecia á ésta en su sensibilidad encantadora.

Por otra parte, las agudezas de M. Sedley hacian reir tanto á Rebeca, que el buen hombre se hallaba en sus glorias.

Miss Sharp no solo se habia puesto bien con los gefes de la familia, sino tambien con mistress Bien-



kinsop, con el criado negro y con la doncella que la servía, á quien siempre estaba pidiendo perdones por el mucho trabajo que la daba.

Una vez, al mirar unos dibujos que Amelia habia pedido al colegio, le cayó uno entre las manos que la hizo salir del aposento llorando á lágrima viva.

Era el dia en que José Sedley hacia su segunda aparicion.

Amelia fué á su amiga para indagar la causa de aquella pena, y volvió al cabo de un rato sin Rebeca, pero muy afectada.

—Ya sabeis, mamá, que su padre era nuestro maestro de dibujo. . . .

—Sí, hija mia.

—Pues bien, á la vista de mis figuras, Rebeca se acordó de su padre que trabajó en corregirlas; esa idea la vino de repente, y por eso la habeis visto....

—¡Pobre jóven!. . . ¡Todo es corazon en ella!... dijo mistress Sedley.

—Quisiera que se quedase con nosotros una semana mas, exclamó Amelia. Decid á José que escriba dos palabras á sir Crawley.

—Está bien, que le escriba pidiendo algunos dias mas para la pobre Rebeca. Aquí llega con los ojos encarnados de tanto llorar.

—Gracias por tantas bondades, dijo la jóven sonriendo y tomando la mano que la presentaba mistress Sedley para besarla respetuosamente.

Un instante despues bajaban á comer. La jóven

agradecida estrechó ligeramente con su mano delicada la de José, y luego la retiró asustada; por primera vez le miró de frente, y al punto bajó los ojos á la alfombra.

No afirmaría yo que el corazón de José no fué sensible á esta señal de interés llena de timidez y de gracia.

Era una insinuación que quizás las damas de mucha conducta y mucho tacto habrían condenado como atrevida; pero es de considerar, que la pobre Rebeca tenía que hacerlo todo por sí sola. Cuando una persona no puede tener criada, por elegante que sea, preciso es que ella misma se barra su cuarto.

Demos gracias al cielo por que las mujeres no ejercen su poder mas á menudo, pues los hombres no podríamos resistirlas. Al punto que demuestran la mas ligera inclinación, ya cae de rodillas el hombre; viejos ó feos todos somos así. Yo siento en principio que una mujer, á menos que sea jorobada, se puede casar "con el que la gusta." Felicitemonos, pues, si esas amables criaturas son como los pájaros del cielo y no conocen bien su poderío; pues en otro caso nos hallaríamos enteramente á su discreción.

—Del mismo modo, pensó José al entrar en el comedor, principié con la novia que me daban en Dumdum, miss Cutler.

Durante la comida, miss Sharp le dirigió algunas ojeadas tiernas y risueñas á propósito de los man-

jares; estaba ya en la familia bajo el pié de una entera familiaridad, y las dos jóvenes se querian como dos hermanas. Sucede esto siempre entre dos jóvenes que permanecen diez dias juntas en la misma casa.

Para que Rebeca adelantara en sus proyectos, Amelia recordó á su hermano una promesa que le habia hecho en las últimas fiestas de Pascua.

—José, le dijo con una sonrisa, cuando estaba en el colegio me dijisteis que me llevariais al Vauxhall. Ahora que Rebeca está con nosotros la ocasion no puede ser mejor.

—¡Magnífica idea! exclamó Rebeca dando palmadas.

Pero al punto se reprimió y volvió á tomar el aire recogido que convenia á una criatura tan modesta.

—Hoy no es dia de ir, respondió José.

—Pues entonces mañana.

—Mañana, como yo fuera con vuestro padre, dijo mistress Sedley.

—¿Pensais que yo quiero ir á la fiesta? exclamó el marido; una mujer de vuestra edad y vuestra condicion no se espone al frío de ese lugar húmedo.

—Pero alguien ha de acompañar á las jóvenes, repuso mistress Sedley.

—José va con ellas, y creo que es bastante grueso para reemplazarnos á los dos.

Esta chanzoneta hizo que todos se echaran á reir,

hasta el negro, y el pobre diablo de José tuvo una tentacion parricida.

—Soltadle el corsé, repuso el implacable burlon, echadle un poco de agua en el rostro, miss Sharp, ó subidle á su cuarto; el infeliz se desmaya; llevadle á su cuarto, es tan ligero como una pluma.

—Basta, basta, exclamó José.

—Sambo, que traigan el elefante de José, gritó el padre.

Pero viendo que José estaba próximo á estallar de ira, el viejo burlon cesó de reir, y tendiendo la mano á su hijo, añadió:

—No te enfades. . . y tú, Sambo, dame una copa de Champaña y otra á nuestro amigo José.

El Champaña devolvió á José su buen humor.

Antes de que estuviese vacía la botella (y en su calidad de enfermo se bebió las dos terceras partes) consintió en llevar á las jóvenes al Vauxhall.

—Será preciso, dijo el padre, que estas jóvenes lleven cada cual su pareja. José perderá á Emmy entre la muchedumbre, porque no le soltará miss Sharp. Enviad al 26 á suplicar á Jorge Osborne que os acompañe.

No sé por qué mistress Sedley miró á su amigo riendo.

Los ojos de M. Sedley resplandecieron con una expresion de malicia difícil de pintar. Miró á su hija, y ésta inclinando la cabeza se sonrojó como únicamente las niñas de diez y siete años saben son-

rojarse, como Rebeca no se había sonrojado nunca desde que cumplió los ocho años.

—Si Amelia escribiera dos palabras, dijo el padre, Jorge Osborne vería qué bonita letra hemos traído de casa de miss Pinkerton.

Aquella misma noche en el curso de una conversacion que tuvo lugar en un cuarto del primer piso, bajo una especie de tienda hecha con rica muselina de la India, de dibujos estraños y forro de algodón color de rosa, que servia para abrigar un colchon de pluma guarnecido con dos buenos almohadones sobre los cuales se destacaban dos cabezas rubicundas, la una con una papalina de encaje, y la otra con un sencillo gorro de algodón que remataba en una borla, mistress Sedley reconvino á su marido por su encarnizamiento contra el pobre José.

—¿Por qué atormentais así al pobre mozo?

—Mi querida amiga, respondió el gorro de algodón disponiéndose á defender su conducta, José tiene mas vanidad que vos habeis tenido, y os aseguro que vuestra parte no era floja. Sin duda hace treinta años. . . . poco mas ó menos. . . . teniais el derecho de ser vana. . . . . pero José me acaba la paciencia con su pudor afectado. Pasa toda la vida pensando que es buen mozo; creo que tendremos algo con él. Hay aquí una amiguita de Emmy que le anda muy de cerca; es cosa que salta á los ojos. El destino de ese hombre es el de servir de alimento á una mujer, como el mio está en ir á la Bolsa.

Y aun debemos agradecerle que no le conquistó una negra. Es extraño, cae en el primer lazo que le arman.

—Pues mañana despediremos á esa intriganta, dijo mistress Sedley con energía.

—Lo mismo da esa que otra; dejémosle que se case á su gusto.

Los dos interlocutores se callaron, y en lugar de su voz no se oyó mas que una música nasal muy agradable sin duda, pero poco romántica, y sin los relojes que daban las horas y el sereno que las anunciaba, el silencio mas profundo habria reinado en la casa de John Sedley de Russell-Square.

Al otro dia la buena mistress Sedley no pensó mas que en ejecutar sus proyectos contra miss Sharp, pues aunque nada hay en el mundo mas doloroso, mas comun ni mas excusable que los celos maternos; sin embargo, no podia persuadirse que aquella jóven tan humilde y tan agradecida se atreviera á fijar su ambicion en un personaje como su hijo. Además, habian escrito ya pidiendo una tregua para Rebeca, y habria sido difícil despedirla tan repentinamente.

Todo, hasta los elementos parecian conspirar en favor de la amable Rebeca. En la tarde que se habia señalado para ir al Vauxhall, Jorge Osborne fué á comer con los Sedley, en tanto que el padre y la madre se dirigian á su convite en casa del alderman Balls; pero hé aquí que sobrevino una tempestad con muchos truenos y relámpagos, como

acontece cuando hay fiesta en el Vauxhal, y los jóvenes tuvieron que quedarse en casa.

Jorge no se incomodó con la tormenta, y las dos parejas pasaron unas horas tan agradables que se declararon muy satisfechas con haber aplazado su visita al Vauxhal.

Osborne era ahijado de Sedley, y bajo este título se contaba como de la familia hacia veintitres años. Así sus relaciones con ella eran muy íntimas.

—¿Os acordais, Sedley, de vuestro furor cuando corté las borlas de vuestras botas húngaras, y cómo miss. . . . quiero decir Amelia, me libertó de algunos latigazos poniéndose de rodillas y suplicando á su hermano José que no pegara al pobrecillo Jorge?

José se acordaba muy bien del lance, pero respondió que le habia olvidado.

—Y os acordais cuando vinísteis á verme en coche en casa del Dr. Swishtall antes de marchar á la India, y me dísteis media guinea? Se me puso en la cabeza que debiais tener al menos siete piés de alto, y á vuestro regreso de la India me quedé sorprendido viendo que sois como yo.

—¡Qué buen corazon tiene M. Sedley! ¡Fué á llevaros dinero al colegio! . . . dijo Rebeca con un acento de aprobacion muy marcado.

—Pero yo le corté las borlas de sus botas.

—A mí me gustan mucho las botas húngaras, dijo Rebeca.

José Sedley que admiraba sus piernas y llevaba

siempre ese calzado pretensioso, se quedó muy satisfecho con la observacion.

—Miss Sharp, dijo Jorge Osborne, deberiais aprovechar vuestro talento artístico haciendo un cuadro de la escena de las botas.

—No tengo tiempo aquí, interrumpió Rebeca; le pintaré cuando me haya marchado.

Y al mismo tiempo bajó la voz, y dejó escapar una mirada tan triste y dolorosa, que todos conocieron cuán cruel era su suerte, y cuánto sentimiento tendrían al apartarse de ella.

—Quisiera que pasarais mucho tiempo con nosotros, mi querida Rebeca, dijo Amelia.

—¿Y para qué? respondió miss Sharp con un acento mas triste todavía. ¡Ojalá cargue yo sola con toda la pena de esa separacion!

Amelia principió á dar rienda suelta á su achaque natural, á esa abundancia de lágrimas que, como hemos dicho, era su único defecto.

Osborne miró á las dos jóvenes con una emocion mezclada de curiosidad. Del fondo de su robusto pecho José Sedley dejó escapar algo que parecia un suspiro, y al mismo tiempo echó la vista á sus queridas botas húngaras.

—Un poco de música, miss Sedley. . . . Amelia, dijo Jorge que experimentaba en aquel instante un deseo casi irresistible de tomar en sus brazos á la joven y cubrirla de besos delante de todos. Miss Sedley le arrojó tambien una mirada rápida.

Quizás no seria exacto decir, que solo entonces



se enamoraban uno de otro, pues él y ella habían sido educados por sus padres con la idea de un casamiento futuro, y hacia diez años que existía entre ambas familias como una convención en el asunto.

Dirigiéronse al piano que estaba, como todos los pianos, en el segundo salón; y como estaba bastante oscuro, miss Amelia dió naturalmente la mano á Jorge, que mejor que ella podía distinguir el camino á través de los sofás y de las sillas.

Esto hizo que José Sedley se quedara solo con Rebeca junto á la mesa del otro salón, donde miss Sharp concluía un bolsillo de seda verde.

—No hay necesidad de preguntar los secretos de la familia, dijo Rebeca; bien los descubren ellos.

—En cuanto alcance su grado, repuso José, creo que será asunto concluido.

—Vuestra hermana es la criatura mas amable que hay en el universo, dijo Rebeca; dichoso el hombre que se la lleve por esposa.

Y Rebeca exhaló un hondo suspiro.

Cuando dos jóvenes solteros tratan en la intimidad asuntos tan delicados, es prueba que hay entre ellos mucha confianza.

Como tocaban el piano y cantaban en la pieza contigua, naturalmente José y Rebeca hablaron en voz baja; y sin embargo, los jóvenes del otro salón no habrían oído, aunque hubieran hablado á voz en grito, tan ocupados se hallaban en sus propios negocios.

Era quizás la primera vez en su vida que M. Sedley conversaba sin titubear y sin la menor timidez á una persona de otro sexo.

Miss Rebeca le dirigió un crecido número de preguntas sobre la India. lo cual le proporcionó ocasion de contar muchas anécdotas interesantes sobre ese pais y sobre su propia persona. Pintó los bai-les del palacio del gobernador, los medios que habia para estar al fresco bajo ese clima abrasador, y habló de la caza del tigre con muchos pormenores. Rebeca oia con placer las descripciones de los bai-les del gobernador, y temblaba con los peligros de la caza del tigre.

—Por amor á vuestra madre, mi querido Sedley, le decia, por vuestros amigos, prometedme que no asistiréis más á tales cacerías.

Solo una vez habia estado en una espedicion de esa clase, y volvió á su casa muy asustado. A medida que hablaba crecia su valor; por fin, llevó su audacia hasta el punto de preguntar á Rebeca para quién era aquel bolsillo de seda verde.

—Es para una persona que le necesita, dijo Rebeca, destacándole su mirada mas seductora.

Sedley se preparaba á dirigirla un discurso lleno de elocuencia:

“¡Oh miss Sharp! cómo es. . . .

Pero acababan entonces una romanza en el cuarto vecino, y oyó tan claro el sonido de su propia voz que se detuvo, se sonrojó y dió resoplidos en su nariz con una agitacion extraordinaria.

—¿Habeis oido jamas una elocuencia que pueda compararse con la de vuestro hermano? dijo Osborne á Amelia en voz baja. A fe mia, vuestra amiga hace milagros.

—Cuantos mas haga mejor, dijo Amelia que, como todas las mujeres que poseen algo, deseaba hacer matrimonios, y habria querido que José se llevara una mujer á la India. En aquellos pocos dias de vida comun con Rebeca, habia sentido crecer su amistad por ella, mediante el descubrimiento de una porcion de virtudes y de cualidades apreciables que no habia notado mientras se hallaban juntas en Chiswick. El cariño entre las jóvenes crece como los árboles en los paises de las hadas y llega hasta el cielo en una noche.

Despues de haber agotado su corto repertorio de música y de haber permanecido bastante tiempo en el segundo salon, le pareció conveniente á miss Amelia, el suplicar á su amiga que cantara un poco.

—Si hubierais oido antes á mi amiga, dijo á Jorge, no habriais podido escucharme á mí.

Esto decia, pero en su interior pensaba otra cosa.

—Declaro, sin embargo, á miss Sharp, repuso Jorge, que con razon y sin ella miss Amelia Sedley es para mí la primera cantatriz del mundo.

—Vas á oir, dijo Amelia.

José Sedley se hallaba domesticado; y así fué, que se apresuró á llevar las luces al piano.

Osborne dió á entender, que lo mismo le habia sido permanecer en la oscuridad; pero miss Sedley se negó riendo, á estar mas tiempo haciéndole compañía.

Rebeca cantó mucho mejor que Amelia, sorprendiendo á ésta mucho, pues nunca la habia oido tales primores.

Entre cada romanza se entablaba una conversacion del género sentimental. Sambo, despues de haber servido el té, la cocinera y hasta mistress Blenkinsop, se pusieron á escuchar en la escalera.

Entre las romanzas habia una, la última del concierto, que terminaba así: *Cuando yo me ausente*. Al fin de la cancion la voz de miss Sharp dejaba solo escapar unas notas sordas y melancólicas. Cada cual comprendió la alusion á su marcha y al desamparo de la pobre huérfana.

José Sedley, hombre muy apasionado á la música y de corazon muy sensible, se halló extasiado mientras duró la romanza, y sintió la mas profunda emocion al concluirse. Si hubiera tenido valor, si miss Sedley y Jorge Osborne se hubiesen quedado en la otra pieza, el celibato de José tocaba á su fin y no habria habido necesidad de escribir esta historia. Pero despues de cantar Rebeca dejó el piano, y dando la mano á su amiga, pasó á la otra pieza medio sumergida en las tinieblas. En el mismo instante apareció Sambo con una bandeja cubierta de sandwichs, de dulces, de vasos y botellas, lo que llamó toda la atencion de José Sedley.

Cuando los padres volvieron de su convite, encontraron á los jóvenes tan ocupados en su conversacion, que ni siquiera oyeron la llegada del coche, José estaba diciendo:

—Mi querida miss Sharp, una cucharadita de jalea en premio de vuestra divina ejecucion.

—Bravo, José, exclamó M. Sedley.

Al oír aquella voz burlona que le era muy conocida, José, espantado, volvió á caer en un silencio habitual y se escapó lo mas pronto posible.

No pasó la noche despierto reflexionando si le amaba miss Sharp ó no le amaba: la pasion del amor no turbó jamas ni el apetito ni el sueño de José Sedley, pero pensó un buen rato que le seria muy agradable el oír cánticos tan dulces cuando se hallase privado del teatro, que aquella jóven era muy distinguida, que hablaria el frances mejor que la señora del gobernador general, y que produciria mucha sensacion en los bailes de Calcuta.

—Es evidente que la pobre paloma me ama, dijo para sí; en cuanto á la riqueza, tiene la de todas las jóvenes que van á la India; seguramente no es un mal partido.

El sueño le sorprendió en estas meditaciones.

No trataremos de indagar si miss Sharp pasó la noche preguntándose en qué vendria á parar aquella comedia.

A la otra mañana José se presentó antes del almuerzo, inevitable como el destino; nunca habia hecho tanto honor á la casa.

Jorge Osborne estaba allí también ocupado, según él decía, en ayudar á Amelia que escribía á sus doce amigas predilectas de Chiswick Mall, y Rebeca continuaba su labor de la víspera, en tanto que el buggy de José se alejaba después que resonó en la puerta un formidable campanillazo.

José subió jadeando las escaleras que conducían al salón. Osborne y Amelia se miraron con malicia, y Rebeca se puso encarnada. Su corazón latía muy fuerte cuando José se mostró en el umbral de la puerta con sus botas lustrosas y un traje muy brillante escondido por el calor y la robustez entre su colección de corbatas. Era un momento crítico para todos.

Sambo, que anunció á M. José Sedley, le seguía riendo con dos hermosos ramilletes de flores que el seductor había tenido la galantería de comprar aquella misma mañana en el mercado de Covent Garden.

Las jóvenes recibieron con mucho gusto el obsequio que José acompañó para cada una de ellas con un saludo torpe y majestuoso.

—¡Bravo! exclamó Osborne.

—Gracias, mi querido José, dijo Amelia, dispuesta á dar un beso á su hermano, si él se hubiera prestado á ello.

—¡Oh! ¡qué flores tan hermosas! exclamó miss Sharp, y las estrechaba sobre su seno y las contemplaba en el éxtasis de la admiración. Quizás mira-

ba el ramo tan de cerca para describir si entre las flores se ocultaba algun papelito.

Pero no habia nada.

—Decidme, Sedley, ¿se conoce el lenguaje de las flores en Boggley-Vollah? preguntó Jorge, riendo.

—No decis mas que tonterías, repuso José; las he comprado en casa de Nathan, y me alegro que os gusten; tambien he comprado una piña que he dado á Sambo para que la ponga en ensalada; refresca mucho y es propia de este tiempo.

Rebeca, dijo entonces. que nunca habia probado esa fruta, y que deseaba probarla hace tiempo.

En este punto se hallaba la conversacion, cuando Osborne salió del cuarto, y Amelia salió tambien, sin duda, para ordenar que cortaran la piña; de todos modos, José se quedó solo con Rebeca, que habia vuelto á tomar su bolsillo de seda verde.

—¿Qué romanza tan hermosa habeis cantado anoche, miss Sharp, la dijo Sedley; por poco echo á llorar al oirla!

—Porque teneis muy buen corazon; todos los Sedley son lo mismo.

—Me ha tenido despierto toda la noche, y esta mañana queria tararearla en la cama: miss Sharp, mi querida miss Sharp, ¿quereis repetirla?

—Ahora no, dijo Rebeca con un suspiro; no tengo humor para cantar, y necesito concluir este bolsillo: ¿quereis ayudarme, M. Sedley?

Y antes de haber tenido tiempo para reflexionarlo, M. José Sedley, de la Compañía de las Indias orientales, en la actitud mas humilde, tendia las manos para que le pusieran la madeja de seda verde que ella devanaba.

.....  
En esta posicion romántica Osborne y Amelia encontraron á los dos jóvenes interesantes, cuando se presentaron anunciando que la ensalada estaba lista.

La seda estaba devanada, pero José Sedley no habia dicho nada aún.

—Lo dejará para esta noche, querida mia, dijo Amelia estrechando la mano de Rebeca.

Y por su parte José Sedley se decia á sí mismo:

—Esta noche en el Vauxhall abordaré la cuestion francamente.

## V.

### El amigo Dobbin.

8

La batalla entre Cuff y Dobbin y el desenlace inesperado de esa lucha quedarán por largo tiempo en la memoria de todos los que han sido educados en la célebre institucion del Dr. Swishtail. Dobbin, conocido con todos los apodos de desprecio que se usan entre los colegiales, pasaba por el ente mas torpe de todos los alumnos del Dr. Swish-

N.E.T. 8. La traducción mexicana (1860) y la de Pedro González-Blanco (¿1900?), al titular el capítulo "El amigo Dobbin", muestran su dependencia de la de Georges Guiffrey (1855), "L'ami Dobbin". Rodríguez Espinosa, M. (2001) "Ideological Constraints and French Mediation in Hispanic Texts: 1860-1930", Trans. Revista de Traductología, nº 5, págs. 9-22.



tail. Su padre era un tendero de comestibles de la Cité, y corría el rumor de que había sido recibido en casa del doctor en virtud de un sistema de libre cambio, es decir, que su padre pagaba en comestibles, no en dinero. Con su pantalón y su chaquetilla de terciopelo rayado, cuyas costuras hacía saltar la robustez de sus miembros, pasaba en el interior de la escuela como un representante de tantas libras de té, de azúcar, de jabón y de pasas que se consumían anualmente en el establecimiento.

Día muy terrible fué para Dobbin aquel en que los chiquillos de la escuela reconocieron á la puerta el carrito de la casa Dobbin y Rudge, tenderos de comestibles, en Thames street, mientras descargaban una provision de mercancías.

Desde entonces no hubo tregua.

—Dobbin, decía uno de los tunantuelos, buenas noticias en los periódicos, ha subido el azúcar.

Otro le proponía el problema siguiente:

“Si una libra de jabón vale catorce cuartos y medio, ¿cuánto valdrá Dobbin?”

Y luego se declaraba una risa general en aquella pandilla de bribonzuelos, que juzgaban en su sabiduría que la venta al pormenor es un comercio vergonzoso.

—Osborne, vuestro padre no es mas que un mercader, dijo Dobbin en particular al mocito que había levantado la tempestad contra él.

—Mi padre, respondió el otro con altanería, es noble y sabe conservar su rango.

William Dobbin se retiró á un rincon del patio sumergido en la tristeza mas profunda. ¿Quién de nosotros no recuerda esas horas penosas y amargas, esos dolores de nuestra infancia? ¿Quién siente mas que un niño la injusticia? ¿Quién tiembla mas delante de la burla? ¿Quién experimenta un dolor mas grande por el mal que le causan, y una gratitud mas expansiva por una accion bondadosa? ¿Y no temeis atormentar esas almas tiernas, por un error de aritmética, por el amor del latin que Dios confunda?

William, de resultas de su incapacidad para aprender los elementos de la lengua susodicha, tales como están presentados en la obra maravillosa titulada *Gramática latina de Eton*, se vió constantemente entre los principiantes del Dr. Swishtail. Siempre le adelantaban los muchachos de cara rubicunda y grandes mofletes, con sendos delantales, y entre los cuales se elevaba él como un coloso. Su mirada vaga y atónita, su abecedario estropeado y su pantalon estrecho le designaban á las burlas de sus compañeros. No habia uno que le perdonara; pero él lo soportaba todo con una resignacion digna de lástima.

Cuff por el contrario, era el gallito de la casa Swishtail. Introducia vino fraudulentamente, pegaba á los esternos y hacia traer su caballo á la puerta del colegio para volverse con su familia todos los sábados. Tenia en su cuarto unas botas muy grandes, que se ponía para ir á caza los dias de recreo. Concurría mucho á la ópera y conocía lo bue-

no y lo malo de cada autor; prefería Joan á Kemble. Sabía hacer veinte versos latinos por hora. y no le era estraña la poesía francesa. ¿Qué no sabía Cuff y qué no podía hacer? Se aseguraba que hasta el doctor le tenía miedo.

Cuff era pues, el soberano reconocido por todos: él los gobernaba y los hundía con su importancia, y nadie pensaba en contestar sus derechos. Despreciaba á Dobbin como á ninguno, y aunque siempre dispuesto á reirse de él, muy pocas veces le dirigía la palabra.

Un día, sin embargo, se hallaron frente á frente. Dobbin estaba solo en la clase escribiendo una carta á la casa paterna; llega Cuff y le manda que haga un recado.

—No puedo, dijo Dobbin, tengo que acabar mi carta.

—¡No podeis! esclama Cuff haciendo ademán de apoderarse del mensaje en el cual había muchas palabras borradas, otras mal escritas y que no obstante había costado á Dobbin no sé cuántas reflexiones, cuántas lágrimas y cuánto trabajo; pues el pobrecillo escribía á su madre que estaba loca por él, aunque era mujer de un tendero de comestibles de Thames street: quisiera saber por qué no podeis; mañana escribiréis á mamá Figs.

—Bien podiais llamarla por su nombre, dijo Dobbin saliendo de su banco con mucha agitacion.

—Haced el recado, exclamó el tirano de la escuela.

—Dejad esa carta, repuso Dobbín, las personas de educacion no leen las cartas.

—Pero ¿no vais?

—No, y cuidado con tocarme porque os aplasto, vociferó Dobbín lanzándose sobre un tintero de plomo, y con una mirada tan terrible que Cuff se quedó parado, se estiró los puños de la camisa, metió sus manos en los bolsillos y salió murmurando. Desde entonces no tuvo ya ninguna relacion directa con el hijo del tendero; no obstante, debemos decir que trataba á Dobbín con el mayor desprecio, pero no en su cara.

Algun tiempo despues, en una tarde de verano, Cuff se encontró no lejos de Dobbín que tendido bajo un árbol del patio leia con delicias las Mil y una noches. Separado de los demas que estaban jugando, se hallaba casi feliz en su aislamiento; olvidaba entonces el universo por otro mundo en que acompañaba á Simbad el marino por el valle de los diamantes.

Los gritos de un niño que lloraba le arrancaron de su agradable lectura, y alzando los ojos vió á Cuff sacudiendo el polvo á uno de los chicos menores.

Era justamente el que habia denunciado el comercio del padre de William; pero éste, si tenia rencor, no era contra los pequeñuelos.

Cuff le habia enviado á comprar rom á un cuarto de milla de la casa, y al saltar la tapia de vuelta de su encargo se habia caído y la botella se habia hecho mil pedazos.

—¿Por qué la habeis roto, tunante, ladronzuelo? Os habeis bebido el licor y decís que se ha roto la botella. A ver esa mano.

La palmeta cayó fuertemente sobre la mano del pobre chico que soltó un gemido agudo.

Dobbin alzó los ojos; Simbad el marino, el valle de diamantes, todo eso desapareció ante el espectáculo de un mozuelo que abusaba del temor que todos le tenían.

—La otra mano, decía Cuff al niño en cuyo rostro se pintaban las contracciones del dolor.

Dobbin sintió una crispación en todos sus miembros mientras caía otra vez la palmeta sobre la mano de la criatura, y se puso en pié. No sabríamos decir la razón; pues las palmetas en una escuela pública son como los latigazos en Rusia, á nadie chocan. Quizás el alma bonachona de Dobbin se sublevaba contra aquel acto de tiranía, ó quizás, presa de un deseo furioso de venganza, quería medirse con aquel despótico y orgulloso verdugo que se daba el aire de un conquistador. Fuese cual quisiere el motivo de la determinación de Dobbin, lo cierto es que dió un salto y dijo con voz firme:

—Deteneos, Cuff, ó si no. . . .

—O si no, ¿qué? . . . preguntó Cuff muy sorprendido con la interrupción; vamos, esa mano, chiquillo.

—O si no, vais á llevar la felpa mas hermosa que se ha visto en la vida, dijo Dobbin.

Osborne, sin dejar de llorar y sollozar, echó una mirada de incredulidad y de asombro al campeón

que acudía de repente en su defensa; el asombro de Cuff no era menor tampoco.

—Después de la clase, respondió haciendo una pausa y con una mirada que significaba: “Haced vuestro testamento.”

—Está bien, dijo Dobbin; Osborne, me serviréis de padrino.

—En hora buena, contestó el niño; y como su padre tenía coche, se sonrojó algún tanto del campeón que la suerte le deparaba.

Mas aún, cuando llegó la hora del combate, casi se avergonzaba de decirle: “Vamos, Figs.”

En los dos ó tres primeros pasos de esta famosa lucha, no se elevó una voz en la galería. El brillante Cuff se había adelantado con una sonrisa de desden en la boca tan alegre como quien va de baije, y acertó tan bien en sus golpes, que otras tantas veces arrojó al suelo á su adversario. Cada una de estas caídas era saludada por una aclamacion general.

—¡Cómo me va á castigar cuando se acabe, pensó Osborne al levantar á Dobbin; hariais bien en ceder, le dijo; pasaré un mal rato, pero ya estoy acostumbrado

Sin embargo, Figs, que temblaba en todos sus miembros y arrojaba espuma por la boca, rechazó á su padrino y volvió á la carga.

Figs quiso dar un ataque decisivo; como era zurdo, empeñó su brazo izquierdo en lo mas fuerte de la accion, sin dar tiempo á su enemigo para que pa-

rased los golpes, y la primera vez le alcanzó en un ojo, y la segunda le aplastó su hermosa nariz á la romana.

Cuff rodó por el suelo con sorpresa de los espectadores.

—Bien, muy bien, dijo Osborne, con un aire de inteligente y dando palmadas.

En todo lo restante del combate, el brazo izquierdo de Figs hizo terribles destrozos. A cada golpe Cuff mordía el polvo. Por fin, éste llegó á encontrarse fuera de combate: habia perdido su presencia de ánimo y toda esperanza de vigor para el ataque ó la defensa.

Figs, por el contrario, se hallaba impasible. Su rostro pálido, sus ojos animados, una herida bajo el labio que arrojaba mucha sangre, daban al jóven héroe un aire belicoso y feroz, que quizá aterrizzaba á muchos espectadores. Faltaba, no obstante, un último golpe.

Si tuviera yo la pluma de Napier ó de Bell, no gustaria detenerme en describir esta peripecia postera del combate. Era la última carga de la vieja guardia, ó mejor dicho, así debia ejecutarla un dia, pues aun no habia tenido lugar Waterloo. En otros términos, Cuff quiso hacer un esfuerzo supremo; pero ¡ay! la mano izquierda del mercader de higos fué á caer, como de costumbre, sobre la nariz de su adversario, y le estendió por última vez en la arena.

—Creo que tiene ya bastante, dijo Figs, mientras su adversario se había quedado sin sentido.

Todos los muchachos lanzaron tales hurras en honor de Figs, que se habría podido creer que, durante el combate, había sido su campeón favorito. El ruido fué tan grande, que el Dr. Swishtail salió de la sala de estudio para indagar lo que pasaba, y ya se disponía á castigar á Figs severamente, cuando Cuff, que había vuelto en sí y se lavaba las heridas, se presentó y le dijo:

—Yo tengo la culpa y no. . . . Dobbin. Me sorprendió maltratando á un niño, y me ha dado lo que merecía.

Este discurso magnánimo no solo evitó una corrección al vencedor, sino que le devolvió entre sus compañeros un poco del ascendiente que había perdido.

Osborne, con motivo de este lance, escribió lo siguiente á su casa:

“Richmon, Marzo 18. . . .

“Querida mamá: pienso que estais buena, y desearía que mandaseis un pastel y cinco chelines. Ha habido aquí una batalla entre Cuff y Dobbin. El último ha vencido, y por consiguiente es hoy el rey en el colegio. Cuff me pegaba porque yo había roto una botella de *leche*, y Figs no quiso consentirlo. Le llamamos Figs, porque su padre es tendero de comestibles, Figs y Rudge. Thames street, en la



Cité. Como se ha batido por mí, haréis bien en comprar en adelante el té y el azúcar en su casa. Cuff va regularmente á ver á su familia todos los sábados, pero esta semana no podrá, porque tiene estropeados los ojos. Un caballo blanco le viene á buscar al colegio; mucho me gustaria que papá me permitiera tener un caballo blanco.

“Vuestro hijo obediente,

“JORGE SEDLEY OSBORNE.

P. D. Muchos besos á Emmy. La estoy cortando un coche de carton.”

Despues de su victoria, Dobbin creció poderosamente en la estimacion de todos sus compañeros, y el nombre de Figs, que habia sido un objeto de risa, llegó á ser un apodo tan popular y respetuoso como el que más en la escuela.

—No tiene la culpa de que su padre sea tendero, decia Osborne.

Este cambio de posicion vino á desarrollar el entendimiento de Dobbin. Hizo progresos maravillosos en sus estudios clásicos. Hasta el ilustre Cuff, cuyas condescendencias sonrojaban y sorprendian á Dobbin, le ayudaba para los versos latinos, y le llevaba en coche los dias de salida. Se reconoció que aunque algo torpe en los estudios literarios, era muy listo para las matemáticas. Con satisfaccion general salió el tercero en álgebra, y recibió de pre-

mio un libro frances en los exámenes públicos del verano.

Habria querido que hubieses visto la cara de la madre cuando el doctor entregó al hijo el *Telemaco* en presencia de todos sus compañeros, de todos los parientes, de toda la asamblea, con la inscripción latina: *Guilicmo Dobbino*. Los muchachos aplaudieron en señal de aprobacion y de simpatía. Él se puso como un tomate, titubeó y tropezó veinte veces antes de volverse á su banco. Su padre, el viejo *Dobbin*, que desde entonces y por primera vez le cobró estimacion, le dió públicamente dos guineas, y despues de las vacaciones volvió al colegio con un frac de faldones largos.

Dobbin era un jóven muy modesto para suponer que debia este cambio feliz á la generosidad y á la energía de su conducta; y por falta de buen juicio, prefirió atribuir su buena fortuna á la intervencion y benevolencia de Jorge Osborne, á quien consagró desde entonces una amistad profunda; admiraba en secreto á Osborne, y ahora era su criado, su perrillo; repartia su dinero con él; no cesaban los regalos de cortaplumas, lapiceros, sellos de oro, café, libros de historia y grandes estampas de caballeros y ladrones, sobre las cuales podian leerse estos letreros: "A Jorge Sedley Osborne, esquire, su amigo afectuoso William Dobbin;" y Jorge recibia sus dedicatorias con toda la dignidad que convenia á su mérito superior.

Por eso cuando el teniente Osborne fué á Rus-

sell-Square el día del paseo al Vauxhall, dijo á mistress Sedley:

—Pienso que me acordaréis un puesto para mi amigo Dobbin, á quien he suplicado que venga á comer con nosotros y nos acompañe al Vauxhall. Es casi tan tímido como José.

—¡Timidez! ¿qué es eso? preguntó nuestro mocton, arrojando á miss Sharp una ojeada conquistadora.

—¡Oh! en cuanto á elegancia, no se puede comparar con vos, mi querido Sedley, añadió Osborne, riendo. Le he encontrado en Bedford al venir aquí, y le he dicho que miss Amelia habia regresado á casa de sus padres, que teniamos formado un proyecto de diversion nocturna, y que mistress Sedley le habia perdonado el bol de ponche que rompió en aquella fiesta de niños. ¿Os acordais, señora, de aquella catástrofe? Hace siete años.

—Sí, cayó todo sobre el vestido de seda de mistress Flamingo, dijo la buena dama; ¡qué torpe! pues sus hermanas no son mucho mas graciosas. He visto anoche á lady Dobbin con tres de ellas en Highbury, y estaban bonitas por cierto.

—Parece que el alderman es muy rico, dijo Osborne maliciosamente; ¿no creeis que una de sus hijas seria un buen partido para mí?

—¿Estais loco? ¿quién os ha de amar con vuestro rostro amarillo? Y luego el alderman Dobbin tiene que repartir su fortuna entre catorce hijos.

—¡Yo, rostro amarillo! Pues ya veréis á Dobbin

que ha tenido la fiebre amarilla tres veces, una en Nassau y otra en Sankitts.

—Está bien; sois demasiado amarillo para nosotros, ¿no es verdad, Emmy? dijo mistress Sedley.

Amelia respondió con una sonrisa, y se sonrojó mirando detenidamente la pálida é interesante fisonomía de Jorge Osborne y sus hermosos bigotes negros, aguzados y relucientes. En su corazoncito pensó que en todo el ejército de S. M., y aun en el mundo entero, no se podía ver una cara de héroe como la suya.

—Poco me cuido, repuso, de la fisonomía ó de la torpeza del capitán Dobbin, pero le tengo simpatía.

Le quería porque había sido amigo y campeón de Jorge.

—No hay un hombre mejor para el servicio, dijo Osborne.

Y al mismo tiempo y con la mayor sencillez, echó una mirada al espejo donde encontró los ojos de miss Sharp que estaban fijos en él; se sonrojó algún tanto y Rebeca pensó para sus adentros: "Guapo mozo, creo que estás en mis redes." ¡Adorable coqueta!

Por la tarde, cuando Amelia vestida de muselina blanca llegó al salón, muy engalanada para hacer conquistas en el Vauxhall y fresca como una rosa, un caballero alto con manos y piés enormes, alzó al distinguirla su cabeza guarnecida de cabellos negros y cortos. Llevaba el horrible uniforme

militar cubierto de galones y el sombrero de tres picos de la época: se adelantó hacia ella y la hizo el saludo mas torpe que ha podido verse.

Era William Dobbin, capitán del \*\*\* regimiento de infantería de S. M., que pudo sanar de la fiebre amarilla que cogió en la India, donde fué enviado su regimiento.

Tocó la campanilla con tanta timidez que las damas desde lo alto de la escalera no le habían oído; sin eso Amelia habría entrado con mas circunspección en la sala.

De todos modos él la tendió una mano y dijo para sí:

—¿Conque es esta la niña que ví yo la noche que tuve la torpeza de derramar el ponche? ¡Qué honrita criatura! Buena suerte tiene Osborne.

Y mientras hacia estas reflexiones antes de tomar la mano de Amelia dejaba caer al suelo su sombrero.

Su historia, desde su salida de la escuela hasta el momento actual ha sido indicada suficientemente para un lector penetrante en la conversacion anterior. Dobbin, el tendero despreciado, habia llegado á ser el alderman Dobbin, y éste se convirtió en coronel de la Cité, lleno de ardor guerrero para resistir á la invasion francesa. El cuerpo del coronel Dobbin, donde el viejo M. Osborne tenia un grado muy subalterno, habia sido revistado por el soberano y el duque de York. El coronel y el alderman habia sido hecho caballero; su hijo habia en-

trado en el ejército, y el joven Osborne servía con él en el mismo cuerpo. Este regimiento, después de haber estado en las Indias occidentales y en el Canadá, acababa de regresar á su patria: la amistad entre Dobbin y Jorge se habia conservado tan ardiente y tan generosa como cuando eran compañeros de colegio.

Todos los jóvenes se sentaron á la mesa para comer. Se habló de gloria y de Boney, de lord Wellington y de las noticias del dia. En aquella época famosa, la *Gaceta* señalaba cada dia una victoria, y entrambos jóvenes habrian deseado ver sus nombres en aquella lista de beneméritos.

Esta conversacion exaltó el entusiasmo de miss Sharp; pero miss Sedley temblaba y palidecia oyendo hablar así. José contó muchas historias de cárceles de tigres y ofreció á miss Sharp de todo cuanto sacaron á la mesa.

Por fin llegó la hora de marchar al Vauxhall.

## VI.

### El Vauxhall.

El tono que he empleado para contar esta historia ha sido pacífico hasta ahora (al fin llegamos á los capítulos terribles). y debo suplicar al amable lector que recuerde que todavía no hemos tratado mas que de la familia de un agente de cambio en Russell-Square. donde cada cual se pasea, almuer-

za, come, habla y hace el amor como en la vida ordinaria, sin que ningún suceso maravilloso ó apasionado señale los progresos de ese amor. Nuestro argumento puede resumirse de este modo: Osborne ama á Amelia, y ha convidado á uno de sus amigos para que coma con ellos y los acompañe al Vauxhall; José Sedley ama á Rebeca. ¿Se casará con ella? Esto es lo que nos falta que decir.

No se quedará en el tintero.—Por el pronto seguiremos el coche que lleva á todos los amigos de Russel-Square al Vauxhall. José se encuentra muy apretado con miss Sharp en el banquillo delantero, y Osborne va sentado en el fondo entre Dobbin y Amelia.

Todos los que iban en el carruaje se hallaban persuadidos de que aquella noche José propondría á Rebeca la idea del matrimonio. Los padres no se oponían á ello, pero aquí entre nosotros, M. Sedley sentía por su hijo alguna cosa muy parecida al desprecio. Le tenía por un hombre vano, egoísta, torpe y afeminado

—Le dejaré la mitad de mis bienes, decía, pero estoy seguro de que si su madre, su hermana y yo muriésemos mañana, esclamaría: Alabado sea Dios, y no comería menos que otro día cualquiera. No quiero incomodarme por él; que se case con la mujer que le agrade.

Amelia por otra parte, como era propio de una jóven de su inesperienza y de su carácter, se hallaba muy entusiasmada con aquella boda

Todo parecía propicio á Rebeca. Como era natural, habia tomado el brazo de José para ir á la mesa, y se halló sentada á su lado en el coche descubierto. Nadie decia nada sobre el matrimonio, á pesar de que todos pensaban en él; en suma, no faltaba mas que la demanda, y Rebeca conoció entonces lo que vale una madre, una madre tierna que en diez minutos habria zanjado el negocio, y en el curso de una conversacion delicada y confidencial habria provocado la declaracion espontánea del jóven.

En esto estaban las cosas cuando el carruaje atravesó el puente de Westminster, y luego llegó á los jardines reales del Vauxhall. Cuando el majestuoso José se apeó del coche, la muchedumbre recibió su robusta persona con un estremecimiento de alegría. El héroe se sonrojó y miró á la muchedumbre con orgullo, mientras ofrecia su brazo á Rebeca.

Jorge se encargó de Amelia que estaba fresca como una rosa que acababa de abrirse á los rayos del sol.

Y cuando esto sucedia, el buen Dobbin se resignaba á tomar los pañuelos y á pagar á la puerta por todos. Marchaba detrás modestamente sin entrar en competencia con sus amigos. En cuanto á Rebeca y José le importaba poco, y por lo que hace á Amelia se decia que al fin y al cabo era muy propia para el brillante Osborne, y consideraba á estos dos con una especie de placer paternal.

Quizá habria deseado llevar al brazo otra cosa



que el pañuelo; la muchedumbre se sonreía viendo al jóven oficial cargado con aquellos atavíos femeninos, pero ningun cálculo egoísta cruzaba por la mente de Dobbin. ¿Cómo habria podido quejarse cuando su amigo parecia tan satisfecho?

Lo cierto es que todas las seducciones de aquel lugar de delicias, aquellos faroles que arrojaban una luz tan clara, aquellos músicos con sombreros de tres picos, y aquellos cantantes de romanzas que hacian resonar los aires con sus melodías, así como las alamedas solitarias tan propicias para los amantes, y los cuartitos resplandecientes donde se acude á tomar un refrigerio, nada de eso provocaba la menor curiosidad por parte del capitan William Dobbin.

No hay para qué decir que nuestros jóvenes divididos en dos parejas, se prometieron no perderse entre la muchedumbre; pero al cabo de diez minutos ya estaban separados. Las personas se pierden en el Vauxhall, pero siempre se encuentran despues en la cena para contarse sus aventuras.

¿Cuáles fueron las aventuras de Osborne y de Amelia? Esto es un secreto; pero se puede asegurar que su paseo no ofreció nada de extraordinario, pues habian tenido muchas ocasiones de verse hacia 15 años.

Pero cuando Rebeca y José se vieron perdidos en una alameda solitaria, donde apenas hallaron algunas parejas errando del mismo modo, conocieron ambos cuán delicado y crítico era aquel momento,

y miss Sharp, que nunca como entonces, debía provocar aquella declaración que siempre espiraba en los labios tímidos de Sedley.

Habian estado primero en el panorama de Moscow, donde un hombre habia aplastado el pié á Rebeca; el dolor fué tan agudo, que lanzando un grito, fué á caer en los brazos de Sedley. Este pequeño incidente aumentó la ternura y la confianza de nuestro héroe hasta tal punto, que hubo de contarla muchas de sus historias indias por la sexta vez.

—Me gustaria mucho ver la India, dijo Rebeca.

—¿De veras? exclamó José, con el acento mas tierno.

Y se puede afirmar que esta preguntita preparaba otra mas tierna todavía; pero, ¡oh contratiempo! se oyó la campana que anunciaba los fuegos artificiales, y arrastrados por la oleada imperiosa é irresistible, nuestros dos amantes tuvieron que seguir el impulso de la muchedumbre.

El capitán Dobbin habia tenido ideas de buscar á sus amigos para cenar; pues realmente no tomaba una parte muy activa en las diversiones de aquellos jardines. Dos veces pasó por delante del cuartito donde se hallaban ahora reunidas nuestras dos parejas, y nadie paró su atención en él. No habia mas que cuatro cubiertos. Nuestros amantes hablaban entre sí con un abandono, en que respiraba la felicidad, y no se acordaban de Dobbin.

—Vámonos, aquí estamos de más, dijo el capitán mirándolos atentamente.

Y se alejó para pasearse otra vez solo.

Las dos parejas se animaban en su conversacion. José estaba en el apogeo de su gloria, y daba órdenes al mozo con una voz majestuosa. Aderezaba la ensalada, destapaba las botellas de Champaña, trinchaba los pollos, y comia y bebia la mayor parte de lo que sacaban á la mesa. Por fin, insistió en que trajeran un bol de *rakpunch*; nadie va al Vauxhall sin tomar un bol de *rakpunch*.

Le trajeron, pues, y este bol de ponche tuvo una grande influencia en los destinos de la mayor parte de los personajes de nuestra novela; influencia que se estendió sobre toda su vida, aunque el mayor número de ellos no tomó una gota.

Las señoritas no bebían y á Jorge no le gustaba. La primera consecuencia fué, que José le bebió todo, y la segunda fué, que despues de haberle bebido esperimentó una exaltacion que pudo traer resultas muy graves.

Hablaba y se reía tanto, que reunió gente á la puerta del cuartito con asombro de sus inocentes compañeras, y luego entonó una cancion con una voz tan chusca, que los espectadores le cubrieron de aplausos.

—Por amor de Dios, José, le dijo Osborne, vámonos de aquí.

Y Amelia y Rebeca se levantaron.

—Espera un poco, querida mia, aulló José atre-

vido como un león; y echó su mano al talle de Rebeca.

Rebeca se desvió, pero no pudo evitarle. Las carcajadas redoblaban fuera. José continuó bebiendo, haciendo el amor y cantando, guiñando los ojos y saludando con gracia al auditorio; convidaba á todo el mundo á tomar ponche con él.

Osborne se disponía á rechazar á un hombre con botas de campana, que trataba de aprovechar el convite, y ya una lucha parecía inevitable, cuando por fortuna un individuo que conocemos, y que se llama Dobbin, que hasta entonces se había paseado por el jardín, se detuvo delante del cuarto.

—Abridme paso, babiecas, dijo Dobbin.

Y todos dejaron calle al hombre de aire belicoso que penetró en el gabinete sumamente agitado.

—*¿En dónde habeis estado, amigo mio?* exclamó Osborne, apoderándose del pañuelo blanco que llevaba Dobbin y poniéndoselo á Amelia; servidnos de algo, quedaos con José mientras llevo á las señoritas al coche.

José quiso interponerse; pero Osborne le hizo sentar de nuevo y salió con las jóvenes. José las envió muchos besos mientras se alejaban. y gritaba: "Benditas seais." Luego, tomando la mano del capitán y llorando que daba lástima, le confió el secreto de sus amores.

Dijo que amaba á Rebeca y que queria casarse con ella al otro dia en S. Jorge. Hanover-Square;

quería ir á despertar al arzobispo de Cantorbery sin tardanza. El capitán Dobbin, aprovechando la coyuntura, le dijo que sí, y cuando una vez le tuvo fuera del Vauxhall, le hizo subir á un coche, que le depositó sano y salvo en su domicilio.

Jorge Osborne llevó á las señoritas á su casa, y cuando las hubo dejado en ella, le entró una risa que sorprendió mucho á los serenos.

Amelia miró á su amiga con tristeza, subió con ella las escaleras, la dió un abrazo, y luego se fueron á la cama sin añadir una palabra.

—Mañana presentará su demanda, pensó Rebeca; me ha llamado querida de su corazón, y me ha estrechado la mano delante de Amelia.

Amelia estaba en lo mismo, y pensaba ya en el vestido que estrenaría el día de la boda, en los regalos que haría á miss Sharp, en la ceremonia, &c., &c.

¡Pobres criaturas ignorantes y crédulas! ¡cuán poco conocéis los efectos de un rak-punch!

El día siguiente que Rebeca esperaba como la aurora de su fortuna, halló á Sedley lanzando los lamentos de un hombre en la agonía. Aun no se había inventado el agua de Seltz, y la cerveza blanca ¿quién podría creerlo? era la única bebida que pudiera apaciguar la fiebre que le dió la orgía de la noche precedente.

Jorge Osborne encontró á José bebiendo de esa cerveza insípida y gimiendo tendido en un sofá. Dobbin estaba ya en el cuarto llenando de atencio-

nes á esa víctima de la noche pasada. Los dos oficiales, despues de haber echado una mirada al bebedor de ponche fuera de combate, se miraron maliciosamente. Hasta el criado de Sedley, hombre de etiqueta, si los hay, apenas podia contenerse mirando á su amo infortunado.

Osborne, que no se hallaba muy contento de que un miembro de la familia en que iba á entrar, se casara con una aventurera, se aprovechó del estado de debilidad de su amigo. y comenzó así el ataque:

—¿Os acordais de vuestra cancion de ayer?

—¿Qué cancion? preguntó José.

—Una cancion sentimental en la que llamabais á Rosa. . . . á Rebeca, no me acuerdo ya de su nombre, "querida de mi corazon."

Y tomando la mano de Dobbin, repitió la escena de la víspera para atormentar al que habia desemeñado en ella el principal papel, y á despecho de todos los esfuerzos del buen Dobbin que queria despertar en él un poco de piedad.

—No debia guardarle ninguna consideracion, respondió Osborne á las amonestaciones de su amigo cuando dejó al inválido en manos del Dr. Glover. ¿Por qué armó aquel escándalo en el Vauxhall? ¿Quién es esa intriganta que le provoca con los ojos para que la ame? La familia no tiene nobleza de sobra, prefiero una cuñada que no sea institutriz. Mis ideas son liberales, pero tengo cierto amor propio y sé lo que debo á mi categoría: que

ella se esté en la suya. Quiero impedir esa calaverada, y ya está mi hombre bien advertido.

—Sin duda, dijo Dobbin, debeis volver por el honor de la familia; pero. . . .

—Venid conmigo á ver las jóvenes, y haréis el amor por vuestra cuenta á miss Sharp, dijo Osborne, interrumpiendo á su amigo; pero el capitán no quiso acompañarle en su visita.

Al distinguir en casa de los Sedley dos cabezas que estaban alerta en dos ventanas diferentes, Osborne no pudo menos de echarse á reír.

El hecho es, que ambas jóvenes estaban en observacion, y miss Sharp contaba con ver, de un momento á otro, la masa respetable llamada José.

—Está en su torre, dijo Osborne á Amelia, pero no descubre nada.

Y muy contento con su chanzoneta, se puso á contar en términos grotescos á miss Sedley, el estado en que su hermano se hallaba.

—Jorge, haceis mal en reiros, le dijo ella, reconviniéndole.

Pero Osborne continuó la broma.

Cuando miss Sharp se presentó, le habló en tono irónico del efecto que sus encantos habian producido en el grueso empleado de la compañía de las Indias.

—¡Ah! miss Sharp, exclamó, si hubieseis podido verle esta mañana quejándose y retorciéndose en el sofá; si le hubieseis visto sacando la lengua al boticario Globber. . . .

—¿De quién hablais? preguntó miss Sharp.

—¿De quién ha de ser? Del buen Dobbin que nos tuvo en brasas ayer noche.

—Nos portamos mal con él, dijo Emmy poniéndose encarnada; es verdad. . . . le olvidamos completamente.

—Justo, exclamó Osborne, riéndose á carcajadas; pero no es posible pensar siempre en Dobbin: ¿no es verdad, Amelia? ¿no es verdad miss Sharp?

—Se piensa en él cuando vuelca su vaso en la mesa, repuso miss Sharp con tono seco; yo no he fijado mi atención un solo instante en la existencia del capitán Dobbin.

—Muy bien, miss Sharp, se lo diré, exclamó Jorge.

Y cuando hablaba así, miss Sharp sintió nacer en ella un sentimiento de desconfianza y de odio por aquel joven oficial sin que él lo sospechara.

—Quizá quiere divertirse á mi costa, pensó Rebecca; quizá me ha ridiculizado delante de José y ha renovado sus terrores. . . . ¡Y él no vendrá!

Una nube pasó por sus ojos y su corazón latió muy fuerte.

Mientras ella se alejaba y Amelia la reconvenía con los ojos, Jorge se acercó á ésta y la dijo:

—Mi querida Amelia, sois demasiado buena é indulgente; no teneis aún como yo la experiencia del mundo: vuestra amiga miss Sharp debe aprender á permanecer en su puesto.

—Pensais que José. . . .



—No sé nada, amiga mía; puede hacerlo ó no hacerlo, yo no mando en él; pero sé que es un mozo muy ligero y muy vano, que ha colocado á miss Sharp en una posición falsa.

Y se echó á reír de un modo tan franco que Amelia no pudo menos de acompañarle.

José no se presentó aquel día. Amelia envió al negro á casa de su hermano para pedirle un libro que la habia prometido y preguntarle cómo estaba. El criado de José, M. Brush, contestó que la indisposición de su amo le obligaba á estar en cama.

—Mañana vendrá, pensó ella. Pero no tuvo valor para decir nada á su amiga, y ésta no hizo la menor alusión al asunto en la noche que siguió á la del Vauxhall.

Al otro día, sin embargo, cuando las señoritas estaban en el sofá, bordando, escribiendo cartas ó leyendo novelas, el negro se presentó con un libro bajo el brazo y una carta en una bandeja.

—Una carta de M. José para la señorita, dijo Sambo.

Amelia la abrió temblando y leyó lo siguiente:

‘Mi querida Amelia: Os envío el *Huérfano de la selva*. No estoy bueno, y por eso no os he visto ayer ni os veré hoy. Voy á salir para Cheltenham. Me excusaréis, si es posible, con la amable miss Sharp por mi conducta en el Vauxhall. Suplicadla que me perdone y olvide todo cuanto la dije en aquella maldita cena. En cuanto me sienta mejor, pues mi

salud se halla muy quebrantada, iré á pasar algunos meses en Escocia.

JOSE SEDLEY."

Era la sentencia de muerte, todo estaba perdido. Amelia no se atrevia á mirar el rostro pálido y los ojos inflamados de Rebeca. Dejó caer la carta sobre las rodillas de su amiga, y saliendo de la sala fué á refugiarse en su cuarto, donde su tierno corazón pudo desahogarse.

La mujer del mayordomo Bienkinsop la siguió para prodigarle sus consuelos; Amelia derramó muchas lágrimas en su seno y recobró un poco de ánimo.

—No os desconsoléis, señorita, la dijo; no tiene las simpatías de nadie en esta casa. Yo la he visto con mis propios ojos leyendo las cartas de vuestra mamá. Pinner dice que todo lo registra, y que está segura de que ha guardado en su cofre vuestra cinta blanca.

—Se la he dado yo, respondió Amelia.

Pero esto no modificó en nada la opinion de mistress Bienkinsop acerca de miss Sharp.

Para todos los habitantes de la casa, escepto para la pobre Amelia, era evidente que Rebeca debia marcharse. La escelente criatura pasó revista á sus vestidos, encajes, pañuelos y demas para hacer regalos á Rebeca.

Jorge Osborne debió contribuir tambien, y por cierto no se hizo de rogar. Corrió á Bond-street,

N.E.T. 9. Transcripción errónea del apellido inglés "Blenkinsop", que tiene su origen en la traducción de Georges Guiffrey de 1855. Vid. N.E.T. 4 y 6.

compró un sombrero muy bonito y un spencer elegante, y los entregó á Amelia.

—Hé aquí el regalo de Jorge, mi querida Rebeca, la dijo Amelia. ¡Qué buen gusto tiene! No hay otro como él.

No hay otro como él, repitió Rebeca; le estoy agradecida.

En el fondo de su corazón se decía: Jorge Osborne me impide casarme. Y le quería entrañablemente.

Hizo sus preparativos con mucha serenidad, y aceptó todos los presentes de Amelia después de haberse resistido como era debido. Juró á mistress Sedley una eterna gratitud, y besó la mano á M. Sedley, pidiéndole permiso para considerarle en adelante como su mejor amigo y protector. La despedida era tan tierna, que M. Sedley estuvo á punto de regalarla veinte libras: pero reprimió su sensibilidad, y como le esperaba el coche para ir á comer, se alejó diciendo á Rebeca:

—Dios os proteja, hija mia; siempre que vengais á la ciudad hay un puesto para vos en esta casa; no lo olvideis. . . . James, á Mansion-House.

Por fin llegó el momento de la separación para las dos amigas.

Pasada una escena, en que la una tomó su papel á lo serio y la otra le desempeñó como una actriz consumada, Rebeca y Amelia se separaron, la primera jurando á su amiga que la amaría eternamente.

VII.

**Crawley de Crawley-la-reina.**

Entre los nombres mas ilustres de la letra C inscritos en el *Anuario de la corte*, el año de gracia de 18. . . . se contaba el de Crawley (en Pitt) baron, Great-Gaunt-street, y Crawley-la-reina en el Hans. Este nombre honorable figuraba tambien hacia algunos años en la lista de los que solicitan los sufragios de los electores.

A propósito del pueblo de Crawley-la-reina se cuenta que la reina Elisabeth, en una de sus expediciones, se detuvo una vez en Crawley para almorzar. La rica cerveza del Hampshire que le presentó el Crawley de entonces, hermoso mozo de barba larga y fuerzas hercúleas, la puso de tan buen humor, que otorgó á la aldea de Crawley el derecho de enviar en adelante dos miembros al parlamento. En recuerdo de tan ilustre visita, el pais recibió el nombre de Crawley-la-reina, que ha conservado hasta el dia.

Sir Pitt Crawley, llamado así del nombre de su ilustre homónimo de la cámara de los comunes, era hijo de Walpote Crawley, primer baron, dispensador de sellos y pergaminos bajo el reinado de Jorge II. El árbol genealógico de la familia es de los mas ilustres. Al lado del nombre de sir Pitt Craw-

ley, el baron de que tratamos en este capítulo, se alinean los nombres de su hermano el reverendo Bute Crawley, rector de Crawley-Suailby, y de otros varios descendientes, varones y hembras de la familia.

Sir Pitt se habia casado primeramente con Grisela, sesta hija de Mungo Binkie, y prima de M. Dundas. Le dió dos hijos, Pitt y Rawdon Crawley. Algunos años despues del fallecimiento de milady, sir Pitt llevó al altar á Rosa, hija de M. G. Grafton de Mudbury. Esta nueva esposa le dió dos niñas, que iban á tener por institutriz á miss Rebeca Sharp. Rebeca se encontraba, pues, en medio de una familia muy ilustre. En breve su diplomacia iba á ejercitarse en un teatro mas digno de ella que el centro modesto de Russell-Square.

La carta de aviso que la llamaba cerca de las señoritas, se hallaba concebida en estos términos:

“Sir Pitt Crawley suplica á miss Sharp, y á sus equipajes, que estén aquí el martes, pues *yo me voy á Crawley-la-reina mañana temprano.*

“Great-Gaunt-street.”

Rebeca no podia recordar haber visto un baron en su vida; así es, que despues de despedirse de Amelia y de frotarse los ojos con su pañuelo, ceremonia que duró el tiempo justo que tardó el coche en volver la esquina, concentró su inteligencia para formarse una idea del aire que podia tener un baron.

—Debe llevar un vestido de corte, se decía, y alguna placa. Me parece verle; sin duda me tratará con el mayor desprecio, pero hay que tener paciencia; al menos me encontraré en la buena sociedad y no entre esa gentecilla tan vulgar que dejo ahora.

Y luego, pensando en José y en sus amigos de Russell-Square, se apropiaba la filosofía de la zorra de la fábula, que decía: que las uvas estaban verdes.

Después de haber pasado Shiverly-Square, el carruaje se detuvo al fin en Great-Gaun-street, delante de una casa grande y sombría, en medio de otras dos de la misma apariencia. Cada una tenía un escudo sobre el balcón principal. Las ventanas del primer piso estaban cerradas; las del comedor estaban entreabiertas.

El cochero John, que no deseaba apearse para llamar, reclamó este servicio de un pilluelo que pasaba. Se oyó la campanilla, una cabeza asomó por el comedor, y abriéndose la puerta, salió un hombre con calzon de paño comun, gruesas polainas, una chaqueta vieja, cabeza calva, rostro rubicundo y sin espresion, ojos pardos y brillantes, y boca torcida.

—¿Es esta la casa de sir Pitt Crawley? preguntó John.

—Sí, respondió el hombre de la casa.

—Venid á tomar estos paquetes.

—Podeis traerlos vos, si quereis, respondió el portero.

—No puedo dejar mis caballos. Ea, ea, despachaos, la señorita os dará alguna cosa por el trabajo, dijo el cochero riendo.

El hombre calvo sacó las manos de los bolsillos del calzon, y luego, obedeciendo á la órden del cochero, se cargó el cofre de miss Sharp y entró en la casa.

El cochero dió un latigazo á sus caballos murmurando de la advenediza que no habia dado la menor propina á los criados de los Sedley.

Al entrar en el comedor, guiada por el personaje de las polainas, Rebeca halló en el aposento ese aire de luto que toman todos, cuando los habitantes nobles se despiden de la ciudad. Diríase que las piezas llevan la fidelidad hasta el punto de llorar la ausencia de los amos. Bajo el aparador se veía una alfombra arrollada. Los cuadros, los muebles y la lámpara, tenían sus fundas. Desde el fondo de su rincon el busto de sir Walpole Crawley contemplaba aquel cuadro sombrío.

Dos sillas ordinarias, una mesa redonda, una baidila y unas tenazas, se agrupaban en torno de la chimenea, donde se calentaba un caso al escaso calor de un fuego moribundo. Sobre la mesa, al lado de un pedazo de pan y de queso, habia un candelero blanco y un poco de porter en una jarra.

—Sin duda habeis comido ya; esto es pesado para vuestro estómago. ¿Quereis un poco de cerveza?

—¿Dónde está sir Pitt Crawley? preguntó miss Sharp con aire majestuoso.

—Ji, ji, soy yo sir Crawley. Me debeis una buca propina por vuestro equipaje. Ji, ji, preguntad á mistress Tinker si no soy yo.

La persona llamada así, entró en aquel instante en el cuarto con la pipa y el tabaco pedidos cuando llegaba miss Sharp; entregó ambas cosas á sir Crawley, que se sentó junto á la lumbre.

—¿Y la vuelta?

—Aquí está, respondió la Tinker, arrojándole algunos ochavos. ¡Baron, y tan miserable!

10

—Soy justo antes de ser generoso, dijo el anciano.

—En su vida ha regalado nada, murmuró la Tinker.

—Ni deseos, es contra mis principios. Id á buscar una silla si quereis sentaros, Tinker, y hablaremos dos palabras en la cena.

Entretanto el baron metió el tenedor en el cazo y sacó una piltrafa de carne y una cebolla; hizo un reparto escrupuloso y justo, y tomó su porcion lo mismo que la Tinker.

—Miss Sharp, cuando no estoy aquí pago á Tinker un tanto por su alimento; pero cuando estoy en la ciudad come con la familia. Me alegro que no tomeis nada.

Y en un santiamén despacharon la cena.

Al concluir, sir Pitt Crawley se puso á fumar su pipa; como estaba muy oscuro encendió un cabo de vela de sebo, y sacando un legajo de papeles comenzó á leerlos y á ordenarlos.

N.E.T. 10. "Ochavos", "farthing" en la novela de Thackeray (una moneda de plata, cobre o bronce equivalente a un cuarto de penique), es la solución que ofrece la traducción mexicana y que coincide con la de Pedro González-Blanco (¿1900?). El ochavo es una moneda de cobre con peso de un octavo de onza y valor de dos maravedíes, mandada acuñar por Felipe III, y que, conservando el valor primitivo, pero disminuyendo en peso, se siguió empleando hasta mediados del siglo XIX. Rodríguez Espinosa, M. (1998) op. cit., pág. 329.



—Tengo muchos pleitos encima, y esto me proporciona el gusto de viajar mañana con una bonita compañera. Miss Sharp, ¿teneis buena letra? Os emplearé cuando estemos en Crawley-la-reina; muerta la pobre anciana, necesito una persona que me ayude.

—Buena pareja formaban, repuso la Tinker; siempre estaba riñendo con los tenderos, y en cuatro años despidió á cuarenta y ocho criados.

—¿Era muy avara? preguntó la huérfana con sencillez.

—Para mí era una perla; me ahorraba un agente de negocios.

La conversacion continuó en este tono confidencial con gran contento de la recién llegada. Sir Pitt Crawley se descubria tal como era, y el conocerle desde luego valia algo.

Por fin se dieron las buenas noches despues de haber encargado á miss Sharp que estuviera dispuesta para el dia siguiente á las cinco de la mañana.

—Esta noche la pasaréis con Tinker, la dijo, tiene una cama grande, en ella murió lady Crawley. Buenas noches.

Sir Pitt se retiró, y la majestuosa Tinker con el candelero en la mano abrió la marcha subiendo anchas escaleras de piedra, atravesando salones inmensos cuyas cerraduras estaban forradas de papel y llegó por fin al cuarto donde habia fallecido lady Crawley.

El aspecto de aquella habitacion era triste y sepulcral; Rebeca, sin embargo, daba vueltas por el aposento con alegría. Abria los gabinetes y los armarios; pasaba revista á las horribles modas que colgaban en las paredes y á todos los objetos de tocador, mientras la Tinker rezaba sus oraciones.

—No podria dormir en esa cama sin tener la conciencia tranquila, dijo la criada.

—Contadme todo lo que sepais de lady Crawley, de sir Pitt Crawley y de todos los demas, mi *querida* mistress Tinker.

Pero esta no era amiga de conversaciones ociosas, y respondió á miss Sharp que la cama era para dormir y no para hablar, y en breve en el rincón donde reposaba, se oyó un ronquido formidable.

Rebeca permaneció despierta un gran rato; pensaba en el otro día, en el nuevo mundo que se abria para ella: la luz proyectaba sus últimos rayos que alumbraban por intervalos los retratos de familia representando dos jóvenes, uno en traje de colegio y otro con el uniforme de soldado.

Al tiempo de dormirse Rebeca se preguntó con cuál de los dos debía soñar.

A las cuatro la fiel Tinker despertó á su compañera de cama, y la advirtió que se dispusiera para el viaje; luego, abriendo la puerta, que rechinó sobre sus goznes, se dirigió hácia Oxford-street y tomó un carruaje.

Despues. . . . pero sin detenernos en los mil in-

cidentes del camino, iremos en derechura á Crawley-la-reina, para ver qué tal se encuentra miss Sharp.

VIII.

**Confidencial.**

MISS REBECA SHARP A MISS AMELIA SEDLEY.

*Servicio de la  
cámara de los comunes*

Russel-Square en Londres

Mi querida Amelia: con una alegría mezclada de tristeza, tomo la pluma para escribir á la amiga de mi corazón. ¡Qué cambio de ayer á hoy! Hoy estoy sola, sin amiga; ayer estaba como en mi familia, disfrutaba de la tierna intimidad de una hermana á quien siempre amaré; sí, siempre.

No os hablaré de mi aficción en la noche fatal que he pasado lejos de vos. No dejé de pensar un instante en mi querida Amelia. El cochero me llevó en el coche viejo á casa de sir Pitt Crawley. Después de haberme tratado groseramente (¡ay! ¿qué tenía que temer insultando á la pobreza?) me dejó en poder de sir Pitt, quien me hizo pasar la noche en una cama de un aspecto siniestro, con una vieja no menos espantosa. No he cerrado los ojos.

Sir Pitt no corresponde á la idea que nos formá-  
hemos de un baron, cuando leamos novelas en Chis-  
wick. Figuraos un anciano rechoncho, comun y su-  
cio; fuma en una pipa asquerosa, y él mismo se  
hace una cena horrible en un cazo. Habla una  
especie de dialecto campesino, y jura como un  
turco.

La criada me despertó al amanecer. Tomé asien-  
to en el fondo del coche; pero al llegar á un sitio  
llamado Mudbury, donde nos sorprendió una llu-  
via muy fuerte, tuve que colocarme fuera. Sir Pitt  
es uno de los dueños del carruaje, y como en Mud-  
bury se presentó un viajero pidiendo un asiento de  
interior, tuve que dejarle el mio y recibir la lluvia.  
Afortunadamente un estudiante de Cambridge me  
dió la hospitalidad bajo uno de sus enormes pa-  
letós.

Segun el estudiante y el mayoral, sir Pitt es un  
hombre muy avaro, que jamas ha dado dinero á  
nadie. Esto me indignaba.

Un coche con cuatro hermosos caballos nos es-  
peraba á cuatro millas de Crawley-la-reina. Nues-  
tra entrada en el parque del baron fué muy solem-  
ne. Una magnífica avenida que tendrá una milla  
de larga conduce al castillo. Al llegar á la verja de  
honor, cuyos pilares tienen encima una paloma y  
una serpiente, sosteu de las armas de los Crawley,  
fuimos recibidos por una mujer que nos hizo mu-  
chas reverencias mientras abria las verjas de hierro.

Sir Pitt me dijo lo siguiente.

—Una avenida de una milla que representa seis mil libras en maderas de construcción para su dueño. . . . ¡Es muy bonito!

Habia hecho subir al coche á M. Hodson, un hombre rústico con quien se puso á hablar de embargos, ventas, cultivos y arrendamientos; habian sorprendido á Sam Miles robando caza, y Pedro Bailey habia entrado por fin en el hospicio de los indigentes. La conversacion fué larga y animada; pero yo me quedé en ayunas

Delante del castillejo de Crawley-la-reina, horrible alquería construída á la antigua y toda de ladrillos, se estiende un terrado que está en comunicacion con la sala de honor. Esta sala es bien triste. Todas las generaciones de los Crawley cuelgan de la pared, y es un museo bien curioso.

En uno de los extremos de la sala hay una escalera, y en el otro hay grandes puertas coronadas con cabezas de ciervos que conducen al billar, á la biblioteca, al salon amarillo y á los pequeños aposentos. Creo que habrá unos veinte dormitorios en el piso principal: en uno de ellos enseñan aún la cama donde durmió la reina Elisabeth.

Mis nuevas discípulas me han enseñado la casa. Las ventanas cerradas siempre contribuyen á dar un aspecto siniestro á las habitaciones.

Mi cuarto en el segundo piso comunica por una parte con el gabinete de estudios, y por la otra con los aposentos de las niñas. Luego viene el aposento de M. Pitt, el mayor de los hijos á quien llaman

M. Crawley, y despues el de M. Rawdon Crawley, oficial como uno á quien conocemos; ahora está en campaña. En suma, la casa es iumensa.

Media hora despues de nuestra llegada tocaron á comer, y yo bajé con mis dos discípulas que son dos criaturas de ocho y diez años sin ninguna significacion. Todo el mundo se reunió en el saloncito donde está lady Crawley, la segunda lady Crawley, la madre de mis discípulas. Es hija de un quincallero, y de soltera pasaba por un buen partido. Se acuerda de que ha sido hermosa y no cesa de deplorar su belleza perdida; es pálida y delgada, tiene los hombros altos, y el hablar la cuesta un trabajo grande.

Su hijo político M. Crawley estaba tambien en el cuarto, vestido con distincion, pero tiene un aire demasiado solemne. Figuraos un hombre raquíti- co. feo, silencioso, con piernas como palillos de tambor. patillas color de heno oscuro y pelo amarillo claro; en fin, es la imágen viva de su madre cuyo retrato está sobre la chimenea, la bienaventurada Griselda de la noble casa de Biukic.

—He aquí la nueva institutriz, M. Crawley, dijo lady Crawley, tomándome de la mano, es miss Sharp.

—¡Oh! exclamó M. Crawley.

Y haciéndome una inclinacion de cabeza, continuó leyendo un folleto que tenia en la mano.

—Reclamo vuestra indulgencia para mis niñas,

me dijo lady Crawley con ojos encarnados y siempre lacrimosos.

A la primera ojeada conocí que esa señora no era de temer.

Un criado vestido de negro y con unas chorreras inmensas anunció la comida.

Tomando al punto el brazo de M. Crawley, ella abrió la marcha hácia el comedor, y yo la seguí llevando á las niñas de la mano.

Sir Pitt nos esperaba. El aparador estaba cubierto de plata muy brillante y de adornos de oro y plata. Todo el servicio de mesa era tambien de plata. Dos lacayos de pelo rojo y con librea de color de canario estaban inmóviles á los lados del aparador.

La comida fué ceremoniosa. Sir Pitt habló algunas palabras con Horrocks preguntándole cuándo y cómo habia matado el esquisito carnero que sacaron á la mesa.

11

Al concluir pusieron una cafetera de agua caliente delante de sir Pitt con un frasquito de row. Horrocks nos llenó tres copitas á mí y á las niñas, y un vaso grande á milady.

Esta habia sacado su labor, y las niñas comenzaron á divertirse con una baraja muy sucia. No habia mas que una vela encendida, pero en un magnífico candelero de plata. Milady me propuso para distraerme que eligiera entre un volúmen de sermones y un folleto sobre la cuestion de cereales, que era el que M. Crawley leia antes de comer.

N.E.T. 11. Omisión de referencias a comidas y bebidas. Se trata de una norma de traducción que se repetirá a lo largo de este texto mexicano, como en este episodio en el que se describe una comida presidida por Sir Pitt Crawley. Rodríguez Espinosa, M. (2005) op. cit., págs. 59-75. Vid. N.E.T. 7.

Estuvimos así una hora: al cabo se oyó un ruido de pasos.

—Esconded las cartas, hijas mías; ponedlas detrás de los libros de M. Crawley, miss Sharp.

Apenas estaban ejecutadas estas órdenes cuando penetró M. Crawley en el aposento.

—Continuaremos, dijo, el discurso de ayer, y cada una de vosotras leerá á su turno; con eso podrá oiros. . . . miss Chart.

Las pobres niñas comenzaron á leer con mil tropiezos un largo sermón pronunciado en una capilla de Liverpool en favor de los salvajes de no sé qué país. ¡Agradable tertulia!

A la diez dieron la órden al criado de advertir á sir Pitt y á los demas de la casa para la oracion. Sir Pitt llegó el primero seguido del mayordomo Horrocks, luego vinieron los canarios, luego el criado de M. Crawley y luego otros hombres que olian á cuadra; por último, entraron cuatro mujeres, una de ellas ataviada con mucha pretension, que al arrodillarse me arrojó una mirada despreciativa.

Despues de una instruccion patética de M. Crawley, nos dieron velas y cada cual se retiró.

Buenas noches y un millon de besos.

*Sábado.*—Esta mañana Rosa y Violeta me presentaron al jardinero que estaba cogiendo fruta para enviarla al mercado. Le pidieron permiso para tomar un gajo de uvas en la parra, pero respondió que sir Pitt tenia contados los racimos, y que le costaria su empleo si faltaba alguno.



Mil expresiones á vuestros queridos padres. ¿Y vuestro pobre hermano se ha repuesto ya de la broma del rack-punch? Todos los hombres deberian tener mucho cuidado con los efectos de la tal bebida.

Vuestra y por siempre

REBECA.

Considerándolo bien, nuestra querida Amelia no ha perdido nada en separarse de miss Sharp. Las descripciones que encierra esta carta, son un tanto atrevidas y demasiado irónicas para una jóven de sus años; pero nuestro querido lector recordará que esta historia se anuncia con el título de: *La feria de las vanidades*, y la tal feria es una plaza donde se encuentran todas las vanidades, todas las depravaciones, todas las locuras y todas las pretensiones. El narrador tiene que decir la verdad como la sabe.

Os advierto, pues, amigos míos, que os voy á contar una historia, donde encontraréis las intrigas mas atroces y tenebrosas, y todo lo mas conmovedor que se ha visto en el crimen. Mis tunantes son de tomo y lomo. Cuando llegue el caso apelaremos al lenguaje florido; pero en tiempo de calma hay que estar en calma.

A medida que introduzca nuevos personajes, os pediré permiso para presentároslos. Si son buenos y virtuosos, les acordaréis vuestra estimacion y un apretón de mano; si son tontos, el lector se podrá

reir de ellos en sus barbas; y si son depravados.... ¡oh! entonces los atacaremos con energía.

En otro caso podriais atribuirme á mí las burlas desdeñosas de miss Sharp en presencia de esas prácticas de devocion que la parecen tan ridículas, y su risa insolente á la vista del baron ebrio como el viejo Sileno. Lejos de eso, la risa, en cuestion, pártete de una persona que solo respeta la opulencia, que solo admira al poderoso. Muchas personas como ésta viven y prosperan en el mundo, aunque carecen de fe, de esperanza y de caridad. Las atacaremos sin tregua.

## IX.

### **Retratos de familia.**

Sir Pitt Crawley, era un filósofo de genio un poco alegre. Su primer matrimonio con la hija del noble Biuckic, habia sido obra de su familia, y á menudo habia repetido á lady Crawley, durante su himeneo, que era una mujer fastidiosa y altanera, y que á su muerte no tomara otra de su raza.

Efectivamente, á su fallecimiento se casó en segundas nupcias con miss Rosa Dawson, hija de John Tomas Dawson, quinquillero de Mudbury. ¡Qué felicidad la de Rosa Dawson!

Sin embargo, hagamos el inventario de esta felicidad. Primeramente debió romper con Peter Butt.

mozo sencillo que la habia hecho la corte largo tiempo, y que despues se entregó al contrabando y otros oficios por el estilo. Luego riñó con todos los amigos y todas las compañeras de su juventud, que naturalmente no podian ser recibidos por milady en Crawley-la-reina.

Entre las personas de su categoría ninguna queria verla á ella. No podia suceder otra cosa. Todos los nobles del condado tenian hijos que contaban con el título. Sir Pitt no se acordaba ni de ellos ni de ellas. Vivía con Rosita, y satisfecho de sí mismo, le importaba muy poco lo demas. En aplicacion de este principio no dejaba nunca de vaciar su vaso todas las noches, de dar de palos á su mujer de tiempo en tiempo, y de abandonarla en el Hampshire, en tanto que iba á Lóndres durante la legislatura del parlamento. sin contar un solo amigo en la capital.

Como lady Crawley no habia recibido de la naturaleza otros dones que unas mejillas de rosa y un cutis satinado; como no tenia talento, ni gracia, ni voluntad, ni carácter, ejercia un poder muy débil sobre el corazon de sir Pitt. Las rosas de sus mejillas se habian ajado, y su rostro habia perdido su primera frescura por el nacimiento sucesivo de dos hijos. En suma, quedaba como un utensilio en la casa de su esposo. Como era rubia, llevaba vestidos de color claro, y daba la preferencia á los colores verde manzana sucio y azul celeste descolorido. De dia y de noche hacia calceta.

Tenia un jardinillo que parecia interesarla bastante, y eso era todo. Cuando su marido solo era grosero, permanecia en su inaccion, y cuando la pegaba ponía el grito en el cielo. Sin valor para consolarse bebiendo, se lamentaba todo el día con chanclas en los piés y papillotes en la cabeza.

¡Oh feria de las vanidades! ¡Sin tí, habria sido, quizá, una mujer buena y amable! Pedro Butt y Rosa habrian vivido felices en una granja floreciente, rodeados de hermosos chiquillos, y repartiéndose una buena porcion de penas y de placeres, de esperanzas y de luchas. Pero un título y un coche con cuatro caballos son, en la feria de las vanidades, cosas mas preciosas que la felicidad: si Enrique VIII viviese aún y buscase una décima mujer, podeis creer que hallaria dispuesta la mas bonita de las criaturas presentadas este año en la corte.

La melancolía eterna de la madre no la habia granjeado la mayor ternura por parte de las niñas, que no estaban contentas sino en la cocina y en la cuadra. Como por fortuna el jardinero escoces tenia una mujer escelente y buenos muchachos, toda su sociedad y toda su instruccion se limitaba á lo que habian hallado en la casilla del jardinero, donde se educaron hasta la llegada de miss Sharp.

Tomaron una institutriz por las amonestaciones repetidas de M. Crawley, el único amigo, el único protector que encontró en su vida lady Crawley;

por eso, despues de sus niñas, era la única persona á quien tenia un poco de cariño. M. Crawley descendia de los nobles Biukic, cuya sangre corria por sus venas, y era hombre de mucha urbanidad y mucho tono. Llegado á la edad viril, cuando salió del colegio de Christ-Church, quiso reformar la relajada disciplina de la casa, á despecho de su padre, á quien inspiraba el mayor espanto. Era hombre riguroso en los menores detalles; se habria muerto de hambre antes que comer sin corbata blanca.

Toda la casa se inclinaba en su presencia cuando él la habitaba. Lady Crawley se despojaba mas temprano de sus papillotes, y no se veia sir Pitt con sus polainas sucias. Ademas, no se embriagaba nunca delante de su hijo, y hablaba á sus criados con mas reserva.

M. Crawley daba el brazo á milady para ir á la mesa. La hablaba rara vez, pero siempre con las señales del respeto mas profundo. Nunca la dejaba salir del aposento sin levantarse del modo mas solemne para abrirla la puerta y para saludarla segun las reglas.

En la universidad su conducta fué ejemplar. Habia preparado allí para la vida política, en la cual debia hacer su entrada bajo el patrocinio de su abuelo lord Biukic, estudiando con asiduidad los oradores antiguos y modernos, y hablando sin cesar en las conferencias preparatorias. Pero con todo su flujo de palabras, que pronunciaba con una vocecilla melíflua, con mucha importancia y satisfac-

cion, nunca manifestaba mas que opiniones ó sentimientos vulgares con alguna cita latina. Y sin embargo, no adelantaba, á despecho de su inferioridad, prenda segura de triunfo para todos los hombres.

A su salida de la universidad, se hizo secretario particular de lord Biukie. Nombrado despues agregado en la legacion de Pouperuicle, desempeñó sus funciones con una probidad constante. Le encargaban despachos para Inglaterra que consistian en pasteles de Estrasburgo dirigidos al ministro de negocios extranjeros que habia entonces. Diez años permaneció de agregado, su protector lord Biukie murió, y viendo que los ascensos eran lentos, abandonó la carrera diplomática y comenzó la vida de noble campesino.

De vuelta en Inglaterra, escribió un folleto sobre la cerveza, pues era hombre de ambicion, que deseaba popularizarse; tomó una parte activa en la cuestion de la emancipacion de los negros, y se hizo amigo de M. Vilberforce, cuya conducta política aprobaba. Entabló una famosa correspondencia con el reverendo Lilas Hornblower sobre las misiones en las Indias. Iba á Lóndres en Mayo para asistir á los meetings religiosos. Se aseguraba que hacia la corte á lady de La Bergerie, hija tercera de lord de La Moutonniere, cuya hermana, lady Emily, habia escrito preciosas obritas: la *Brújula del marino*, y la *Verdulera de Finchley-Common*.

12

En bien de la nacion y de la cristiandad, M. Crawley habria querido que el vicjo noble le cediera

N.E.T. 12. Lady de la Bergerie: "Lady Sheepshanks" en el texto original de Thackeray de 1848. Esta naturalización del apellido inglés, que también se observa en la traducción de Pedro González-Blanco (¿1900?), procede de la versión francesa de 1855. Rodríguez Espinosa, M. (1998) op. cit., pág. 312.

su puesto en el parlamento, pero papá no quería ceder nada. Por lo demás, el padre y el hijo eran muy prudentes para dar mil quinientas libras anuales, precio del segundo puesto que ocupaba entonces M. Noiraud con carta blanca sobre el tráfico de negros. Las propiedades de la familia estaban empeñadas y las rentas de las haciendas se consagraban á sostener la casa de Crawley-la-reina; pues no habian podido desempeñarse despues que pagaron una fuerte multa impuesta á Walpole Crawley, primer baron, por malversacion en el envío de sellos y pergaminos.

Si la mezquindad bastara por sí sola para hacer la fortuna de un hombre, sir Pitt Crawley habria sido el mas rico de la tierra. Tenia un flaco por los pleitos, lo que le costaba algunos miles de libras esterlinas anuales. Muy astuto, como él decia, para dejarse robar por un solo agente, encargaba á una docena de ellos sus negocios, sin que ninguno le inspirase la menor confianza.

Como hacendado se mostraba tan duro, que no se presentaban á él mas que arrendatarios quebrados. Por avaricia, disminuia la siembra, y la naturaleza se vengaba disminuyendo las cosechas y reservando sus liberalidades á labradores mas generosos.

Se lanzaba en toda clase de especulaciones; trabajaba en las minas, compraba acciones de canales, organizaba servicios de coches públicos, hacia contratas con el gobierno, y era el hombre y el magistra-

do de mas negocios que habia en el condado. Viendo que los empleados probos en las cauteras le costaban caro, tuvo la satisfaccion de saber que cuatro de sus gerentes habian huido llevándose la caja á América. Por falta de precauciones sus minas de carbon se llenaban de agua. El gobierno le rechazaba sus suministros de carne pasada, y en cuanto á sus coches, todo el mundo sabia en el condado, que era el hombre que perdía mas caballos, porque los compraba muy baratos y apenas les daba comida.

Era bastante sociable, y seguramente no tenia nada de orgulloso. Más le gustaba estar con un labrador que con un noble como su hijo. Era aficionado á la bebida, y echaba requiebros á las hijas de sus arrendatarios. Nunca le habian visto dar un chelín ni hacer una buena accion, pero era un hombre de humor alegre, dispuesto siempre á divertirse á su modo. 13

Miss Rebeca Sharp notó al instante sus atenciones con el bello sexo; en una palabra, entre todos los barones, los pares y los diputados de la Inglaterra, no habia otro más bajo, más astuto, más egoísta, más bestia y de peor fama, que ese viejo avarro. Con el mayor dolor debemos reconocer la existencia de tan malas cualidades en un personaje, cuyo nombre está inserito en el libro de oro de la nobleza.

Una de las principales causas de la influencia de Mr. Crawley, sobre las inclinaciones de su padre, re-

N.E.T. 13. Los elementos léxicos, mucho menos explícitos en la versión original (1848), "He was fond of drink, of swearing, of joking with the farmers' daughters", que definen a Sir Pitt Crawley como un aristócrata lascivo, en la traducción mexicana (1860, 98) y en la de Gregorio Lafuerza (1915, 95), son objeto de manipulación. La fórmula "Le gustaba beber, jugar y acariciar a las hijas de sus arrendatarios", se deriva del texto traducido de Georges Guiffrey (1855, I 99) "Il prenait son plaisir á boire, á jurer et á carecer les filles des fermiers". El final de esta frase ha sido modificado en una edición francesa reciente "(...) á jurer et á lutiner les filles des fermiers" (Monod, ed. 1994, 151). Rodríguez Espinosa, M. (1998) op. cit., pág. 655.



sultaba de asuntos de dinero. El baron debia á su hijo una crecida cantidad, procedente de la fortuna de su madre, y no juzgaba oportuno pagársela; á decir verdad, la idea de que tenia que pagar algo le hacia daño, y solo la fuerza le reducía á satisfacer á sus acreedores. Miss Sharp calculaba (pronto veremos que se inició en todos los secretos de la familia) que las costas judiciales para el pago de las deudas, ascendia todos los años á muchos centenares de libras; pero era este un placer de que no podia privarse.

—¿Para qué me sirve, decia, formar parte del parlamento, si tengo que pagar mis deudas?

Y sabia sacar todo el partido posible de su posicion.

¡Oh feria de las vanidades! Hé aquí un hombre que apenas sabia deletrear, y á quien importaba muy poco la lectura; un hombre con las astucias de un palurdo, sin otros gustos, sin otras emociones, sin otros placeres, que los de un alma sórdida y estúpida, y que sin embargo tiene honores, categorías, poderío; se cuenta entre los dignatarios del pais, entre los pilares del Estado; es gran sherif y va en coche dorado. Los grandes ministros, los hombres de Estado, le hacen la corte. En la feria de las vanidades tiene un puesto mas alto que el del genio mas brillante, que el de la virtud mas inmaculada.

Sir Pitt tenia una hermana política soltera, á quien su madre habia dejado una inmensa fortuna. El baron la habia propuesto ya tomar su dinero con

hipoteca; pero miss Crawley habia preferido colocar sus fondos en bienes raices. Sin embargo, habia manifestado la intencion de repartir igualmente su fortuna entre el segundo hijo de sir Pitt y la familia del ministro. Ademas, una ó dos veces habia pagado las deudas de Rawdon Crawley en el colegio y en el ejército. Miss Crawley era, por consiguiente, un objeto de gran veneracion cuando iba á Crawley-la-reina; pues tenia en casa de su banquero un balance capaz de proporcionarla un gran cariño por do quiera que se presentase.

## X.

### **De cómo miss Sharp principia á entablar amistades.**

Admitida ya entre los miembros de la amable familia que acabamos de bosquejar rápidamente, Rebeca debia esforzarse por hacerse agradable en la casa, como ella decia. No se podrá menos de admirar esta disposicion á la gratitud, en una huérfana sin apoyo.

—Estoy sola en el mundo, decia Rebeca; no puedo confiar mas que en mi trabajo, en tanto que Amelia, sin tener la mitad de mi talento, se ve á la cabeza de diez mil libras y de un establecimiento seguro. Veamos, pues, si mi inteligencia no sabrá crearme una posicion honrosa, y si al-

gun día miss Amelia no deberá reconocer mi superioridad.

De este modo la imaginacion novelesca de nuestra jóven amiga entreveia en el porvenir mil visiones doradas. No debe sorprendernos; ¿en qué pueden pensar las jóvenes mas que en un marido? ¿Y en qué otra cosa piensan sus queridas mamás?

—Yo tengo que ser mi propia madre, decia Rebeca, con cierta opresion de corazon, cuando recordaba su chasco con José Sedley.

Decidió, pues, dar á su posicion en el seno de la familia de Crawley-la-reina todo el bienestar, toda la seguridad posible, y con este fin trató de hacerse amigos.

Milady Crawley no era de las personas que la convenian para sus fines. Su blandura de carácter la tenia reducida á la nulidad. Rebeca comprendió al punto que era tan inútil solicitar su benevolencia, como era imposible obtenerla.

Con sus jóvenes alumnas, cuyas buenas gracias supo conquistarse en breve, su método fué muy sencillo. No cargaba sus tiernos cerebros de mucha ciencia, al contrario, las dejaba que siguieran sus caprichos. ¿Qué instruccion es mas eficaz que aquella que uno mismo adquiere?

La mayor era aficionada á la lectura; y como la antigua biblioteca de Crawley-la-reina poseia una bonita coleccion de libros del siglo pasado en frances y en inglés, de una literatura ligera y agrada-

ble, Rebeca podía, sin gran esfuerzo, instruir mucho á Rosa Crawley.

Los gustos de miss Violeta eran por el contrario mas turbulentos y masculinos; conocía los rincones mas escondidos donde iban á poner los huevos las gallinas, y subía á los árboles á coger nidos. Su padre la adoraba; era la niña mimada y el terror de la cocina; siempre sabía descubrir los tarros de dulces y les hacía grandes brechas cuando caían en su poder. Entre ella y su hermana había batalla perpetua.

Cuando miss Sharp llegaba á saber sus travesuras, nada decía de ellas á lady Crawley, quien las habría repetido al padre y á M. Crawley; pero prometía el silencio con la condicion de que miss Violeta se enmendaria y amaría mucho á su institutriz.

Con M. Crawley, Rebeca se mostraba muy respetuosa. Le consultaba sobre los párrafos en frances que no podía comprender, y aunque había tenido una madre francesa, decía que él solo era capaz de explicárselos. Ademas dirigia sus estudios en la literatura profana, la designaba los buenos libros y la dispensaba la honra de hablarla de vez en cuando.

Así es que Rebeca no se cansaba de admirar su elocuencia en la sociedad de socorros de los hambrientos, y la interesaba muchísimo su folleto sobre la cerveza. En las conferencias de por la noche se enternecia hasta el punto de llorar, lo que la va-

lia de tiempo en tiempo un apretón de manos de M. Crawley.

—La buena sangre no se desmiente jamás, decía el aristocrático M. Crawley; por eso miss Sharp comprende mis palabras. Para los demás son un manjar demasiado delicado. Tendré que adoptar giros más familiares. ¡Y ella me entiende! ¡Su madre debía ser de los Montmorency!

Según parece, de esa ilustre familia descendía miss Sharp por el lado materno. Pero no contaba que su madre había salido á las tablas, pues esto habría podido turbar los escrúpulos religiosos de M. Crawley. Además, ¡cuántos emigrados nobles no sumergió en la miseria la espantosa revolución!

No había estado mucho tiempo en la casa cuando ya sabía todo el mundo la historia de sus antepasados.

M. Crawley había hallado algunos de los nombres citados por ella en el diccionario de Hozier que se encontraba en la biblioteca del palacio, lo que le confirmaba más en su pensamiento sobre el origen ilustre de Rebeca. ¿Tenemos derecho para inferir de este movimiento de curiosidad, que nuestra heroína podía atribuir sentimientos en el corazón de M. Crawley hacia ella? No, era pura amistad. Ya hemos hecho mención de los compromisos de este último con lady de La Bergerie.

Para complacer á su señor y amo jugaba al chaquete; leía en alta voz con una complacencia inagotable todos sus papeles judiciales; se ofrecía para

copiar sus cartas corrigiendo con destreza las faltas de ortografía, y por último, tomaba el mayor interés en todo lo relativo á sus haciendas, sus quintas, sus parques, sus jardines y sus caballerizas.

El baron estaba tan contento con ella, que rara vez en su paseo despues del almuerzo dejaba de llevarla con sus niñas. Entonces ella le daba su opinion sobre los árboles que era preciso podar, sobre las cosechas y sobre la mayor utilidad que se podia sacar de tal ó cual artículo.

Antes de haber pasado un año en Crawley-la-reina, Rebeca contaba ya con la entera confianza del baron; y la conversacion de la comida, que antes tenia lugar casi esclusivamente entre sir Pitt y M. Horrocks, se entablaba ahora entre sir Pitt y miss Sharp. En la ausencia de M. Crawley era la dueña de la casa.

Sin embargo, en su nueva y brillante posicion sabia conducirse con bastante prudencia para no herir las susceptibilidades de la cocina y del corral; al contrario, se mostraba con la servidumbre modesta y afable. No era ya aquella jóven altanera, descontentadiza y desdeñosa que hemos conocido.

Los dos hijos de la familia Crawley eran como la lluvia y el buen tiempo, nunca se les veia juntos en la casa. Se detestaban cordialmente. Rawdon Crawley, que era el menor, despreciaba el hogar paterno, y solo entraba en él cuando la visita anual de su tia.

Ya hemos hecho mencion de las escelentes cua-

lidades de esta venerable señora; poseía setenta mil libras, y casi había adoptado á Rawdon. Aborrecía profundamente al mayor de sus sobrinos, y este último la correspondía.

—Es una mujer mundana y sin fe, decía M. Crawley; vive con los ateos y con los franceses. Me estremeeo al pensar en su horrible situación; ¡tan cerca del sepulcro y entregada á las vanidades!

Lo cierto es que la anciana señora no quería escuchar sus lecturas nocturnas, y cuando iba á Crawley-la-reina, se veía obligado á suspender el curso de sus prácticas religiosas.

Miss Crawley tenía una bonita habitación en Park-Lane, y como bebía y comía demasiado durante el invierno en Lóndres, pasaba el verano restableciéndose en *Harrowgate* ó en *Chestenham*. De todas las antiguas vestales de aquel tiempo era la más hospitalaria y la más alegre. En su juventud había sido muy hermosa, según ella decía; achaque de todas las viejas.

Además tenía sus pretensiones al talento y al liberalismo. Había permanecido algún tiempo en Francia, y según la voz pública, Saint-Just la había inspirado una pasión desgraciada. Por consiguiente la gustaban las novelas francesas, la pastelería francesa y los vinos franceses. Leía mucho á Voltaire y sabía á Rousseau de memoria. Discutía con mucha libertad la cuestión del divorcio y defendía enérgicamente los derechos de la mujer.

Esta excelente solterona había querido mucho á

Rawdon Crawley desde su infancia. Le envió á Cambridge porque su hermano estaba en Oxford, y cuando salió de la universidad, le compró el diploma de teniente.

El jóven oficial era un elegante de primera tijera. Era un pugilador eminente; frecuentaba los bastidores de los teatros y sabia guiar con cuatro caballos: tal era el fondo de la ciencia de nuestra aristocracia de entonces.

Aunque formaba parte de la casa militar, cuyo servicio se limitaba á presentarse ante el príncipe regente, Rawdon Crawley no habia tenido ocasion de mostrar su valor en el campo de batalla, si bien se habia batido con encarnizamiento en dos ó tres desafíos por cosas de juego, su pasion mas violenta.

—Desprecia la muerte y lo que la sigue, decia M. Crawley fijando en el techo sus ojos de color de grosella.

Siempre estaba pensando en el alma de su hermano y en el alma de las personas que no participaban de sus opiniones. Es una especie de consuelo que se dan á sí mismas las personas graves.

La ridícula y novelesca miss Crawley, lejos de incomodarse por las calaveradas de su Benjamin, no dejaba nunca de pagar sus deudas despues de los duelos, y no habria tolerado la menor censura sobre su moralidad.

—Mas vale que sea así, que no que sea hipócrita como su hermano, decia.



## XI.

### Sencilísimo.

Después de haber introducido al lector en medio de ese respetable personal, cuya inocencia campestre demuestra victoriosamente la superioridad de la vida del campo sobre la que se lleva en las ciudades, debemos dar á conocer también á los parientes y vecinos del señor del lugar: el ministro Bute Crawley y su esposa.

El reverendo Bute Crawley era de una estatura alta y majestuosa, de un humor jovial, y gastaba sombrero de alas anchas. En el condado tenía mas popularidad que su hermano el baron. En el colegio habia sido el mejor remo de la embarcacion de Christ-Church, y habia roto los hocicos á los principales pugiladores de la ciudad. En la vida privada no habia podido desprenderse enteramente de sus gustos por el pugilato y los ejercicios gimnásticos. No habia combate en veinte millas á la redonda donde él no se encontrase de los primeros; ni regatas, ni comidas de electores, ni ninguna fiesta en el condado donde él no figurase. Tenia una bonita voz, cantaba el *Viento del Mediodía* y el *Cielo nublado*, corria en la caza del ciervo vestido de jockey, y pasaba por uno de los mejores pescadores del condado.

Mistress Crawley, la mujer del rector, era una criatura pequeña y vivaracha que componía las celestes homilías de su esposo. Casera por excelencia lo gobernaba todo. En el presbiterio reinaba despóticamente, dejando en lo demás carta blanca á su marido, menos en el vino de Oporto cuyo valor conocía.

Desde la conquista del jóven ministro de Crawley-la-reina por mistress Bute (ella pertenecía á una buena familia; era hija del difunto teniente coronel Mac Tavish; y habiendo jugado á Bute contra su madre, habia ganado) esta señora era en toda su vida un modelo de virtud y de economía; pero á pesar de todos sus esfuerzos, siempre estaba entrampado su marido. Diez años habia necesitado para pagar sus cuentas del colegio. Su hermana le daba de tiempo en tiempo un centenar de libras esterlinas; pero sus mejores esperanzas se fundaban en la muerte de ella.

—Si el diablo no lo enreda, decia, Matilde me dejará por lo menos la mitad de su dinero.

El baron y su hermano tenian pues muy buenas razones para estar reñidos; sir Pitt siempre habia engañado á Bute en las transacciones de familia; el jóven Pitt habia tenido el capricho de subirse á las barbas de su tío, y por último, Rawdon debia tener una parte en la sucesion de miss Crawley.

Estos negocios de dinero, estas especulaciones sobre la vida y la muerte inspiraban á los dos hermanos uno de esos afectos como solo se ven en la

feria de las vanidades. Por mi parte no conozco nada como un billete de banco para turbar y romper entre dos hermanos un cariño de medio siglo.

No era de suponer que la llegada de Rebeca á Crawley-la-reina y sus progresos sucesivos en las buenas gracias de la familia pasarian desapercibidos para mistress Bute que estaba en todos los pormenores de la casa, que sabia hasta cuántas píldoras tomaba milady cuando estaba enferma. Mistress Bute debia pues entrar en averiguaciones sobre los antecedentes de la institutriz y sobre su origen.

Poco despues de su llegada, Rebeca tenia ya un puesto oficial en los boletines que recibia mistress Crawley de la familia. Verbi gracia: "La nueva institutriz es una mujer muy hacendosa;—sir Pitt la tiene muchas atenciones;—M. Crawley tambien;—la lee sus folletos."

—¡Qué intriganta! exclamaba mistress Crawley.

Los boletines concluyeron por decir que ella lo gobernaba todo en la casa. Escribia las cartas de sir Pitt, despachaba sus negocios, echaba sus cuentas, dirigia á milady, á M. Crawley y á las niñas;—y mistress Crawley declaraba que era una mujer pérfida que tenia en las mientes algun proyecto terrible. Así es que los ojos penetrantes de mistress Bute Crawley veian hasta los menores movimientos del campo enemigo.

MISTRESS BUTE CRAWLEY A MISS PINKERTON.

Presbiterio de Crawley-la-reina, Diciembre.....

Mi querida señora: los años trascurridos desde la época en que disfrutaba yo de vuestra agradable y preciosa enseñanza no han cambiado nada en los sentimientos de ternura y de respeto que he concebido por miss Pinkerton y el querido Chiswick. Pienso que estais buena y que lo estaréis mucho tiempo aún para mayor gloria del mundo y de la enseñanza. Una de mis amigas, lady Fuddleston, me pide una institutriz para sus hijas, y he pensado en vos; si teneis alguna cuyos servicios puedan ser útiles á mi querida vecina y amiga, enviadla; de vos la recibiré con gusto.

Mi marido repite que nada malo puede salir de casa de miss Pinkerton. Mucho desearia que le vierais. Si por casualidad vinierais al Hampshire, nuestro presbiterio campestre reclama el honor de vuestra presencia.

Vuestra amiga

MARTA CRAWLEY.

P. D. El hermano de M. Crawley, el baron, con quien no estamos en los buenos términos que deberian siempre reinar entre hermanos, tiene una institutriz para sus niñas que se ha educado en

Chiswick. Muchos rumores contradictorios circulan sobre ella. Mi interes por mis sobrinitas que á despecho de todas las disensiones de familia quiero considerar siempre como hijas propias, y mis simpatías por toda persona que sale de vuestra casa, me impulsan, amada miss Pinkerton, á pedirnos me conteis la historia de esa jóven.

MISS PINKERTON A MISTRESS BUTE CRAWLEY.

Chiswick, Diciembre de 18....

Querida amiga: he recibido vuestra preciosa carta, y me apresuro á contestar á ella. Es para mí una dulce satisfaccion en mi penosa tarea, el ver recompensados mis cuidados maternos con sentimientos como el vuestro.

Al ofrecer mis respetos á lady Fuddleston, tengo el honor de presentarla bajo sobre mis dos amigas, miss Tuffin y miss Hawky. Cada una de estas jóvenes señoritas puede enseñar el griego, el latin, los primeros elementos de hebreo, las matemáticas, la historia, el español, el frances, el italiano y la geografia, la música vocal é instrumental, el baile sin ayuda de maestro; y por último, los elementos de las ciencias naturales. Ademas, Tuffin, hija del reverendo Tomas Tuffin (profesor del colegio de Corpus en Cambridge), puede enseñar el siriaco y los elementos de derecho constitucional. Pero sus diez y ocho años y su físico agradable, serian quizá

un obstáculo para su entrada en casa de sir Huddleston Fuddleston.

Por otra parte: miss Leticia Hawky no debe muchos favores á la naturaleza. Tiene veinte y nueve años y es pecosa de viruelas. Además, cojea; tiene el pelo encarnado y tuerce los ojos. Ambas poseen todas las buenas cualidades morales y religiosas. Sus pretensiones están en relacion con su mérito.

Recibid los respetos de vuestra humilde y obediente servidora,

BARBARA PINKERTON.

P. D. La miss Sharp de que me hablais, colocada en casa del baron, ha sido una de mis discípulas, y nada tengo que decir contra ella. Si su exterior es desagradable, nosotros no podemos reformar la naturaleza en sus obras. Por lo que toca á su familia, su padre fué pintor y quebró muchas veces; su madre (¡con horror lo he sabido!) fué bailarina en la Opera; sin embargo, Rebeca no carecia de talento, y no me arrepiento de haberla recibido en mi casa por caridad. Mi único temor es, que los principios de su madre, que me habian dicho era una condesa francesa, que tuvo que emigrar durante los horrores de la revolucion, pero que, segun he sabido despues, era una persona de una moralidad equívoca, hayan penetrado en el alma de esa infeliz á quien recogí como á una pobre abandonada.

MISS REBECA SHARP A MISS AMELIA SEDLEY.

Muchas semanas hace que no he escrito á mi querida Amelia; pero, ¿qué podría decirle sobre el palacio del Aburrimiento, como yo le llamo? Todos los dias son lo mismo. Antes de almorzar paseo con sir Pitt; despues del almuerzo estudios en nuestra sala. Luego lectura de papeles judiciales, correspondencia con los abogados, con los arrendatarios, &c.; soy el secretario de sir Pitt; despues de la comida sermones de M. Crawley, ó chaquete con el baron.

Durante esta serie de divisiones, el aire plácido de milady no varia. Ultimamente una indisposicion la ha hecho un poco mas interesante, y ha traido un nuevo personaje á la casa en la persona del jóven doctor. Ya veis cómo las jóvenes harian mal en perder la esperanza: el jóven doctor ha dado á entender á una de vuestras amigas, que si quisiera ser mistress Glauber, podria convertirse en el mas bello ornato de la cirugía.

Yo respondí á ese impudente, que la lanceta y el mortero debian bastar para su felicidad. No he nacido yo para mujer de un cirujano campestre. M. Glauber se marchó confuso con la negativa, pero ha tomado una pocion calmante y se halla ya fuera de peligro. Sir Pitt aplaudió mi resolucion; creo que sentiria perder su secretario. ¡Casarme yo con un

boticario de provincia! . . . Sobre todo despues . . . no, no; es imposible romper tan pronto con recuerdos de que no quiero hablaros más. . . . Volvamos al palacio del Aburrimiento.

Hace algunos dias no merece ese nombre. Ha llegado mis Crawley con sus caballos, sus perros y sus criados; sí, aquí está la riquísima miss Crawley con sus setenta mil libras esterlinas, ante la cual, ó ante *las cuales*, caen en adoracion sus dos hermanos. Tiene una traza de apoplética, de modo, que no estraño que la cuiden todos á porfia.

¡Qué elemento tan admirable de paz y de concordia es el dinero! Uno de los buenos efectos de la presencia de miss Crawley con sus setenta mil libras, se manifiesta en la conducta de los dos hermanos Crawley, el baron y el ministro, que se detestan durante todo el año, y son los mejores amigos del mundo por Navidad.

Os he dicho ya que ese abominable ministro, tenia la costumbre de satirizarnos en la iglesia, á lo cual respondia sir Pitt con ronquidos enormes. Desde que miss Crawley está aquí, todo esto ha cesado.

Cuando llega miss Crawley, M. Pitt, á quien ella detesta, se marcha á la ciudad. Entonces hace su aparicion el capitan Crawley.

El capitan es un arrogante mozo de seis piés de alto y de voz tonante; tiene en un puño á los criados, que le adoran porque es generoso. El capitan desprecia á su padre, á quien llama *viejo avaro*. En-



tre las señoras tiene una reputacion terrible. Lleva consigo sus caballos de caza, y vive con los nobles del condado; convida á comer á quien le parece, y sir Pitt no se atreve á decir nada: este último temeria ofender á miss Crawley y perder el legado cuando ella muera de aplopegía.

Quiero que sepais un lindo requiebro del capitán; una noche que bailaban le oí decir, señalando á vuestra humilde servidora: "Hé ahí una bonita yegua." Y me hizo el honor de bailar conmigo dos contradanzas.

No podeis formaros una idea de su desden por mi pobreza. Cuando bailan yo estoy al piano. Pero el otro dia, al levantarnos de la mesa, el capitán, un poquillo alegre, juró que era yo la primera de todas las bailarinas, y que mandaria venir músicos de Mudbury.

—Voy á tocar una contradanza, dijo mistress Bute Crawley.

Figuraos una viejecilla de cútis como la pez, con un turbante atravesado y ojos muy vivos.

Poco despues el capitán y yo bailábamos.

Mistress Bute se acercó al fin de la contradanza, para felicitarme por mi gracia en el baile; de repente me ha tomado un cariño extraordinario.

—Mi querida miss Sharp, me decia, traed, pues, á vuestras discípulas al presbiterio; sus primas las verán con mucho gusto.

La veo venir. Quiere tener una maestra gratis. Iré de todos modos, porque quiero agradarla. ¿No

es este el deber de una pobre institutriz, que no tiene ni amigo ni protector en el mundo?

Vuestro vestido de muselina y vuestro chal de seda color de rosa. me sientan divinamente, segun dicen. Comienzan á usarse; pero pobres de nosotras, no podemos á cada instante estrenar vestidos.

Adios, corazon mio.

REBECA.

Cuando mistress Bute Crawley, cuyos artificios habia penetrado la astuta Rebeca, hubo obtenido de miss Sharp la promesa de una visita, suplicó á la omnipotente miss Crawley que pidiera la aprobacion indispensable de sir Pitt. La escelente anciana, amiga de ver contento á todo el mundo, aprovechó la ocasion de afianzar una reconciliacion entre sus hermanos. Se decidió, pues, que la juventud de entrambas familias se visitarían en adelante á menudo. Esta amistad duró todo el tiempo que estuvo allí la alegre mediadora.

—¿Por qué habeis convidado á comer á ese desvergonzado Petty Crawley? dijo el rector á su mujer cuando ibau á su casa. Le aborrezco, me ha robado lo principal de la herencia de miss Crawley. La hermana (y aquí el ministro despues de haber mostrado el puño á la luna con el aire de un hombre que presta juramento, continuó con voz melancólica), la hermana asegura que le deja en su testamento cincuenta mil libras, de modo que solo quedarán treinta mil para los demas.

—Creo que no vivirá mucho, dijo la mujer del ministro; estaba como un tomate cuando nos levantamos de la mesa.

—Se ha bebido siete copas de Champaña, dijo en voz baja el reverendo, y ¡qué Champaña! Mi hermano quiere envenenarnos.

—Sí, apuesto doble contra sencillo á que este año se muere.

Hablando de este modo se paseaban el ministro y su señora.

Apenas habia llegado miss Crawley cuando ya Rebeca se habia granjeado su amistad, lo mismo que la de los inocentes campesinos cuyos retratos acabamos de bosquejar.

Un dia que salió á dar su paseo de costumbre pidió la compañía de la institutriz. Antes de concluido el paseo Rebeca se habia conciliado el afecto de la dama.

—¿Por qué no come con nosotros miss Sharp? preguntó á sir Pitt que daba una comida á todos los barones de la vecindad. Reclamo un puesto para ella. Que lady Crawley permanezca en su cuarto si somos muchos, pero que venga Rebeca; es la única persona con quien se puede hablar.

En vista de un deseo tan imperioso se dió aviso á miss Sharp de que comeria con los ilustres convidados; y en tanto que sir Huddleston, despues de haber llevado con toda ceremonia á miss Crawley al comedor, se disponia á sentarse junto á ella, la dama gritó con voz aguda:

—Venid á mi lado, miss Sharp, me divertiréis durante la comida; sir Huddleston se sentará junto á lady Wapshot.

Cuando todos los convidados se marcharon, la insaciable miss Crawley repetía aún:

—Venid á mi gabinete de tocador; vuestra compañía me agrada.

Al desembarazarse, como hemos dicho, de sir Huddleston, miss Crawley estableció que en lo sucesivo Rawdon la daría el brazo para ir á la mesa y Rebeca iría con el primo.

—Simpatizamos mucho, la decía; somos las únicas cristianas verdaderas que hay en el mundo.

Me daba con esto una idea muy elevada de la religion en aquella comarca.

A sus buenas disposiciones religiosas miss Crawley añadía, como hemos dicho, opiniones ultra liberales, y no desperdiciaba nunca la ocasion de manifestarlas.

Decía á Rebeca que ella era superior á todas las nobles del contorno.

—Si se premiara el mérito, seriais duquesa, esclamaba; pero no, no debería haber duquesas, no deberiais ser inferior á nadie. A mis ojos, ángel mio, sois tanto como yo. Atizad la lumbre, querida mia. Tomad este vestido para remendarle; trabajais divinamente.

Así encargaba á su ángel lo que la hacia falta, y la mandaba que la leyera novelas todas las noches hasta tanto que la venia el sueño.

Por entonces se habló mucho en la sociedad de dos aventuras escandalosas. El teniente Shafton se habia escapado con lady Bárbara Fit, hija del conde de las Nieblas y rica heredera, y Vene-Vane, hombre de cuarenta y tantos años, casado y con familia, habia huido con una cómica de sesenta años.

—Hay algo bueno en los hombres que se conducen así, decia miss Crawley. . . . Para mí nada es superior al amor, y adoro los matrimonios por inclinacion. Lo mejor que puede hacer un noble es casarse con la hija de un molinero. . . . . Querida mia, desearia que os robara algun amante noble; sois bastante bonita para eso.

—¡Con dos postillones!. . . . ¡magnífico!. . . . exclamó Rebeca.

—Despues lo que me gusta mas es ver á un pobre diablo casado con una jóven heredera. Apos-  
taria á que Rawdon concluye por robar á alguna mujer.

—¿Rica ó pobre?

—¡Cuán sencilla sois! Rawdon no tendrá un che-  
lin si no se le doy yo. Está acribillado de deudas,  
tiene que hacer fortuna y adelantar en el mundo.

—¿Y es hábil? preguntó Rebeca.

—No ve nada mas allá de sus caballos, de su re-  
gimiento, de sus cacerías y sus placeres. Pero con-  
seguirá lo que se proponga; es el demonio: ¿sabeis  
que ha muerto á un hombre y ha, atravesado con

una bala el sombrero de otro hombre á quien habia ultrajado? Le adoran en su regimiento.

Cuando miss Sharp escribia á su tierna amiga la relacion del baile de Crawley-la-reina y cómo la habia distinguido el capitan por la primera vez, no contaba los hechos exactamente. El capitan la habia distinguido antes repetidas veces, la habia encontrado en paseo, habia tropezado con ella en los corredores, y se habia inclinado con frecuencia cuando ella estaba al piano cantando.

Ademas, la habia escrito billetes con la mejor letra y la mejor ortografia usadas en los regimientos. Sin embargo, al primer billete que dejó entre las hojas de la romanza que cantaba la institutriz, ésta se levantó, le clavó los ojos, y tomando con la punta de los dedos la esquila triangular, jugó con ella como si fuera un sombrero de tres picos, y en seguida, yendo de cara al enemigo, arrojó el mensaje á la chimenea, hizo un saludo profundo, y volviendo á su puesto siguió cantando con la mayor alegría.

Rawdon Crawley se puso furioso.

En presencia de la amistad profunda que profesaba miss Crawley á la nueva institutriz, mistress Bute no debia mostrarse celosa, y debia dispensar una buena acogida á la jóven y á Rawdon Crawley, el rival de su marido en la famosa herencia. Mistres Crawley y su sobrino no podian estar separados. Este dejaba la caza y desdeñaba los convites, todo por ir al presbiterio. Es verdad que tambien

iba miss Crawley. Como la mamá estaba enferma, las niñas iban con miss Sharp, y por la noche volían todos á pié, escepto miss Crawley que prefería su carruaje.

El paseo por los prados hasta la puertecilla del parque era hermosísimo; habia tambien un bosquecillo alumbrado por la luna, que era un lugar de delicias para dos amantes de la naturaleza como el capitán y miss Rebeca.

—¡Oh! ¡qué estrellas tan hermosas! decía miss Sharp levantando al cielo sus ojos verdes y brillantes. Se me figura que no piso la tierra cuando las contemplo.

—Sí, sí, lo mismo me parece á mí. . . . replicaba el jóven entusiasta; ¿no os incomoda mi cigarro, miss Sharp?

Al aire libre lo que mas le gustaba á miss Sharp era el olor del cigarro. Y dió una prueba de que así era de un modo graciosísimo. Tomando el cigarro del capitán aspiró una bocanada de humo, lanzó un grito acompañado de una sonrisa, y despues le devolvió á su dueño. Este se atusó el bigote y se puso el cigarro en la boca.

El viejo sir Pitt fumaba en su pipa y tomaba cerveza hablando con John Horrocks sobre el carnero destinado al cuchillo, y espiando á los dos jóvenes desde su ventana. Con juramentos espantosos protestó que si no fuera por miss Crawley agarraría á Rawdon por el cuello y le arrojaria de su casa, porque era un tunante.

—Lo merece, decía Horrocks; pero miss Sharp sabe contestarle, añadió después de una pausa.

Sin duda Rebeca se pintaba sola para responder al hijo y al padre.

## XII.

### Capítulo de sentimiento.

Dejemos ahora á todas esas personas honradas practicando las virtudes campestres, para trasladarnos á Londres y ver lo que ha sido de miss Amelia.

Las señoritas Osborne, niñas de negros y hermosos ojos, que habían tenido las mejores institutrices, los mejores maestros y las mejores costureras, la trataban con tanto afecto, la patrocinaban con tanta superioridad, que la pobre criatura estaba confusa en su presencia. Hacía grandes esfuerzos para amarlas, porque eran hermanas de su futuro, y pasaba días enteros con ellas en el más profundo aburrimiento. Las acompañaba solemnemente en el carruaje de familia, con miss Wirt, su institutriz, vestal de anchos omoplatos.

Juana y María Osborne, así como miss Wirt se preguntaban con asombro:

—¿Qué encuentra Jorge en esa criatura?

Quizá se me dirá: "¿Cómo es que Amelia que tenía tantas amigas en el colegio, tiene que sufrir á



su entrada en el mundo las críticas de su sexo?"

¡Ay Dios mio! Es que no habia hombres en casa de miss Pinkerton, escepto el maestro de baile, que no era nada propio para encender la guerra entre sus alumnas. Pero cuando Jorge salia al instante despues de almorzar y comia fuera unas seis veces por semana, no es de estrañar que sus hermanas descuidadas por él se resintieran un poco de su conducta.

Cuando el jóven Bullock, de la casa Hulker, Bullock y compañía, banqueros, que miraba con hermosos ojos á María hacia dos años, bailaba con Amelia, ¿podia estar contenta María? Sin embargo, ella se daba por una jóven muy sencilla y bondadosa.

—Me gusta veros bailar con mi querida Amelia, decia con ternura á M. Bullock; no es mujer de fondo, pero es muy buena; ¡en casa la queremos tanto!

¿Quién podria decir el grado de cariño y de entusiasmo contenido en ese *tanto*?

Miss Wirt y las dos niñas caritativas se estasiaban tan á menudo en presencia de Jorge Osborne sobre la enormidad del sacrificio que hacia y sobre su generosidad caballeresca en ponerse así á los piés de Amelia, que quizá llegó él á considerarse como uno de los soldados mas meritorios del ejército inglés, y acaso se dejaba adorar por espíritu de resignacion.

No obstante, aunque descuidaba, como hemos dicho, á sus hermanas, no por eso iba con frecuencia á casa de Amelia.

Más de una vez, el capitán Dobbin, cuando estaba de visita en casa de su amigo, oía decir á miss Osborne, que le concedía una atención particular y escuchaba con gusto sus historias militares.

—Si quereis ver á Jorge debéis ir á casa de la Sedley; aquí no parece en todo el día.

Pero entonces el capitán Dobbin se sonrojaba porque venía de casa de la Sedley, con el pretexto natural de ver á Jorge, y había encontrado únicamente á la joven Amelia sola y sentada á la ventana del salón con un aire triste y pensativo.

Después de algunas palabras insignificantes se había aventurado á preguntar si era cierto que el regimiento había recibido la orden de marchar próximamente, y si el capitán Dobbin había visto á su amigo aquel día.

El regimiento no había recibido orden de marchar, y el capitán Dobbin no había visto á Jorge.

—Estará con sus hermanas, dijo el capitán; voy á ver si sale ese perezoso.

Amelia le tendió la mano para darle gracias, y le vió atravesar la plaza.

Esperó mucho tiempo á Jorge, pero en vano.

¡Pobre corazoncito! ¡Siempre esperando! ¡Siempre lleno de fe y de paciencia! ¿Qué hay que describir en vida semejante? Carece de lo que se llaman incidentes. Todo se reduce á esto: “¿Cuándo vendrá?” Con este pensamiento se dormía Amelia, con él se despertaba.

Y Jorge jugaba al billar con el capitán Cannon,

mientras Amelia preguntaba por él al capitán Dobbin; pues era hombre que descollaba en todos los juegos.

Una vez, al cabo de tres días de ausencia, miss Amelia tomó un sombrero y fué á casa de los Osborne.

—¿Cómo! dijeron las niñas; ¿dejais á nuestro hermano para venir á vernos? ¿Habeis reñido, Amelia?

—¿Quién podría reñir con él? exclamó la jóven con los ojos llenos de lágrimas.

—Venía únicamente para ver. . . . á sus queridas amigas.

Y en aquella visita se mostró tan torpe, que las niñas y su institutriz se sorprendieron mas y mas de que Jorge pudiera hallar algo bueno en la pobrecita Amelia.

¡Digna de lástima era, en verdad, aquella criatura, que no tenia á quien confiar sus penas! ¿Qué podian comprender en materias de sentimientos, las hermanas de Jorge?

—Su madre pasaba el tiempo en recorrer las tiendas de modas y en pasearse, como las ricas ladies de Londres. Su padre dirigia sus misteriosas operaciones en medio de la Cité, centro de agitación en aquella época, en que ardía la guerra en toda Europa.

Amelia oía hablar de victorias con indiferencia; ¿qué la importaba todo aquello? Por fin, tuvo lugar la abdicacion del emperador, y entonces dió gracias al cielo con la mas viva gratitud. En su de-

lirio se arrojó al cuello de Jorge Osborne, con gran sorpresa de todos los testigos de ese trasporte apasionado.

Se había concluido la paz, la Europa iba á entrar en un periodo de calma, y por consiguiente el regimiento de Osborne no podia ya recibir una órden de marcha. En este sentido razonaba Amelia; los destinos de la Europa se resumian para ella en el teniente Osborne.

Hemos mostrado cómo miss Sharp habia sido educada en la dura escuela del egoismo y de la pobreza. El amor era ahora el último maestro de miss Sedley, y nuestra jóven doncella hacia progresos maravillosos en esta ciencia.

En año y medio de aplicacion perseverante y cotidiana, ¡qué de secretos habia aprendido Amelia, que ignoraban miss Wirt y sus alumnas, así como la anciana miss Pinkerton! Es verdad que María Osborne se hallaba comprometida con Federico Augusto Bullock, de la casa Bullock y compañía; pero era un compromiso respetable, y no la habria costado ningun esfuerzo el tomar al viejo Bullock, pues solo veia ella en el matrimonio, lo que debe ver una niña soltera, á saber: una casa en Parck-Lane, una casa de campo en Wimbleton, una carretela con dos caballos soberbios y los lacayos correspondientes; y en fin, una cuarta parte de los beneficios anuales de la casa Bullock y compañía. Bajo esta forma se presentaba á ella la persona de Federico.

Amelia no buscaba en esta clase de amor el complemento de su educación. Amelia (quizá era imprudente por parte de sus padres, el permitir esa adoración novelesca) amaba con todo su corazón al joven oficial Osborne; no había visto nunca un hombre tan seductor bajo todos conceptos; para ella era un héroe.

¡Qué generosidad la suya en bajar hasta ella!

—¡Dios mío! Mucho temo que el espíritu de nuestra pobre Amelia, ande un poco turbado.

¿Por qué sus padres no tomaban cartas en el asunto? El viejo Sedley, fuera de sus negocios, lo miraba todo con indiferencia. En cuanto á José, se hallaba en Cheltenham sitiado en toda regla por una viuda irlandesa; de modo, que Amelia se hallaba entregada á sí misma y aislada en el hogar paterno. Sin embargo, en su corazón no penetraba la sombra de una sospecha; estaba bien segura de Jorge. Pensaba que no siempre tenía licencia para salir, y luego debía ver á sus amigos y á sus hermanas, tenía que cultivar sus relaciones sociales, pues él era el más bello ornato de la sociedad.

Además, cuando se hallaba en el regimiento debía escasearle el tiempo para escribir cartas largas. Sé muy bien dónde guardaba el legajito de las que había recibido ya; podría introducirme en su cuarto y robárselas como con el anillo de Gíges... pero esto estaría mal hecho.... Quiero únicamente penetrar en él como un rayo de luna y arrojar una

mirada casta sobre ese lecho donde reposa la fidelidad, la hermosura y la inocencia.

Si las cartas de Osborne tenían un laconismo militar, las de miss Sedley á M. Osborne, podrian dar á esta novela una dimension insoportable, aun para el lector mas sensible. No solamente llenaba cuatro páginas grandes, sino que le copiaba fragmentos de poesía y largos pasajes de prosa de sus autores favoritos: diríase que se empeñaba en hacer evidente el triste estado en que se hallaba.

### XIII.

#### **Que trata de sentimientos y de otras materias.**

Viéndose Osborne perseguido incesantemente por las cartas que le esponian á las burlas de sus compañeros, dió á su criado la órden de que le entregara la correspondencia en su gabinete. El capitan Dobbín, que estoy seguro habria dado mucho por tener uno de esos mensajeros preciosos, habia visto estupefacto que Osborne encendia un cigarro con una de esas cartas.

Durante algun tiempo, Jorge trató de mantener secretas sus relaciones; no obstante, dejaba sospechar que se trataba de una mujer, y sobre este punto sus amigos daban rienda suelta á sus suposiciones.

Como era hombre de mucha reputacion entre los

oficiales del regimiento, famoso como jinete, como cazador, como cantante, famoso en la parada, famoso en todo y pródigo del dinero que debía á la liberalidad de su padre, hacian aquellos las conjeturas mas novelescas á propósito de la correspondencia de Osborne. Unos decian que era una duquesa de Lóndres, otros que se trataba de la hija de un lord ó de un general; en fin, cada cual veia una víctima de una pasión irresistible. Osborne se negaba á esclarecer el misterio.

Una indiscrecion del capitán Dobbin, declaró la intriga. El capitán almorzaba un dia en el comedor, donde Cackle, Stubblet y Sponey, hablaban de los amores de Osborne. Stubblet sostenia, que la señora misteriosa era duquesa en la corte de la reina Carlota, y Cackle decia, que era una bailarina de la Opera, de una reputacion detestable.

Al oír esto Dobbin, se encolerizó; y aunque tenia medio huevo en la boca y un pedazo de pan y manteca, trató de articular los sonidos siguientes:

—Cackle, sois un estúpido. siempre estais diciendo majaderías. Osborne no está enamorado de una duquesa ni de una bailarina, sino de miss Sedley, que es la jóven mas encantadora que ha existido nunca. Desde hace mucho tiempo se han prometido el matrimonio, y el hombre que quiera ofenderla en lo mas mínimo, tendrá la bondad de callar en mi presencia.

Al pronunciar estas palabras, Dobbin se habia puesto como un tomate, y estuvo á punto de abra-

sarse cuando se arrojó en la boca una taza de té hirviendo.

Al cabo de media hora la historia era conocida en todo el regimiento, y aquella misma noche mistress O'Dow escribía á su hermana Glorvina, que no se apresurase á dejar Dublin, pues Osborne fijaba sus miras en otra parte.

En la tertulia felicitó al teniente con dulces palabras, acompañadas de una copa de wiske, y él salió furioso contra Dobbin.

—¿Quién diablos os ha metido á hablar de mis negocios? le dijo Osborne exasperado; ya están proclamando mis bodas por los tres reinos. ¿Por qué os mezclais en mis negocios, Dobbin?

—Me parece. . . . exclamó el capitán.

—Lléveos el diablo con lo que os parece, Dobbin, interrumpió su amigo. Os debo muchos servicios. lo sé, pero no puedo aguantar más, me teneis fastidiado con vuestros sermones, abusais demasiado de los cinco años que me llevais, y no soportaré mas tiempo vuestro aire de superioridad y de alta proteccion.

—¿Ha habido ó no promesa de matrimonio?

—¿Qué os importa?

—¿Os sonrojais por ello? repuso Dobbin.

—¿Con qué derecho me haceis esa pregunta? exclamó Jorge.

—¿Dios mio! no pensais en olvidar vuestra promesa, repuso Dobbin alarmado.

—En otros términos. me preguntais si soy un



hombre de honor, dijo Osborne con altanería; ¿no es eso lo que queréis decir? Hace algún tiempo que empleáis conmigo un tono que me es ya insoportable.

—Porque os he dicho que descuidáis á una criatura encantadora, y que, al ir á la ciudad, deberíais visitarla y no frecuentar las casas de juego de S. James.

—¿Reclamáis vuestro dinero? preguntó Jorge con ironía.

—Sin duda, no lo tengo de sobra, dijo Dobbin.

—Vamos, amigo mio, os pido perdon, repuso Jorge cediendo á la voz del remordimiento; no olvido que me habeis sacado de muchos apuros. Cuando Crawley me ganó aquella cantidad de dinero, ¿qué habria sido de mí sin vos? Me acordaré siempre. Pero no deberíais ser tan severo conmigo ni predicarme tanto; estoy loco por Amelia, la adoro, ¿os dais por contento? Sin embargo, se me puede permitir que me distraiga un rato; cuando me case sentaré la cabeza. . . . El mes que viene os entregaré cien libras, pues mi padre tiene intencion de hacerme un buen regalo. Ahora voy á pedir un permiso, y mañana veré á Amelia; ¿estais satisfecho?

—Sí, exclamó el buen capitán; en cuanto al dinero, sé que estais siempre dispuesto á repartir conmigo vuestro último chelin.

—Seguramente, respondió Osborne con mucha

generosidad, aunque siempre tenia vacíos los bolsillos.

—No obstante, concluid pronto con esas cosas de la juventud. Si hubierais visto la cara de la pobre niña cuando el otro día fué á preguntar por vos, habriais enviado al diablo los tacos y las bolas. Id á consolarla, tunante, escribidla una carta muy larga; con poco se la hace muy dichosa.

—Creo que en efecto me ama locamente, dijo Osborne muy envanecido.

Y salió para acabar de pasar la noche en la sala con sus compañeros.

Entretanto Amelia contemplaba la luna que esparcía sus pálidos rayos en su apacible morada, lo mismo que en el cuartel de Chatham donde el teniente Osborne tenia su regimiento.

Preguntábase á sí misma lo que podía ocupar entonces á su héroe.

—Quizá está haciendo la ronda de centinelas, pensaba; quizá está consolando á un compañero herido; quizá está estudiando el arte de la guerra en su cuarto solitario.

Y sus suaves pensamientos volaban como ángeles alados y atravesaban el río hasta Chatham, queriendo penetrar en el cuartel de Jorge.

En suma, era preferible que las puertas estuviesen cerradas y que el centinela negara el paso. ¿Qué habrían hecho los pobres angelitos de túnica blanca, si hubieran oído los cantares de los jóvenes oficiales bebiendo ponche?

Al otro día del coloquio que tuvo lugar en el cuartel, el jóven Osborne, fiel á su palabra, se dispuso á marchar á la ciudad, mercediendo así los elogios del capitan Dobbin.

—Habría deseado llevarla un regalito, dijo Osborne á su amigo con aire confidencial; pero mi bolsa está vacía.

Dobbin no quiso que este impulso de generosidad quedara estéril, y entregó á Osborne algunos banknotes que éste aceptó sin vacilar largo tiempo.

Es cierto que tenia intenciones de comprar alguna cosa para Amelia; pero al apearse del coche vió en una joyería un precioso alfiler y le adquirió para su uso. Despues que le hubo pagado le quedó poco dinero.

Sin embargo, podemos asegurar que lo que deseaba Amelia no eran regalos. Cuando llegó á su casa el rostro de la niña se iluminó como si le alumbrara un sol radiante. Sus inquietudes, sus temores, sus lágrimas, sus prolongados insomnios, todo habia desaparecido, todo estaba olvidado, y para esto habia bastado una sonrisa.

Desde el umbral de la puerta Jorge la enviaba, como si fuera un Dios, los rayos de su gloria; sus bigotes hacian el papel de aureola celeste.

Sambo, al anunciar al capitan Osborne (había acordado de motu propio este ascenso al jóven oficial), se sonrió con malicia y vió que la jóven se sonrojó, y estremeciéndose dejó su puesto de observacion en la ventana.

Sambo se retiró.

Una vez cerrada la puerta, la niña se lanzó sobre el corazón de Jorge Osborne como hacía su asilo natural. ¡Pobre corazón agitado! Has elegido el árbol más hermoso de todo el bosque, el que tiene el tronco más derecho, las ramas más fuertes, el follaje más espeso, y no piensas que quizá está marcado para caer dentro de poco. ¡Cuán verdadera es esta comparación entre los hombres y los árboles!

Jorge besó con ternura la frente de la joven y se mostró muy atento y amable. Amelia le hizo muchos elogios del alfiler, no recordaba habersele visto nunca.

¡Qué admiración la de Amelia en presencia de Osborne! Para ella era el hombre más brillante de los tres reinos; quizás el teniente Osborne participaba de esta misma opinión.

Sin embargo, se acercaba mucho al calavera. Todos los jóvenes lo son, poco ó mucho, y las niñas se inclinan más á ellos que á los que son apacibles y tranquilos.

Gracias á la conclusión de la paz, podría en breve dejar el servicio; ya se acabaron los ascensos y las ocasiones de señalar su valor y sus talentos militares. Su sueldo, con el dote de Amelia, le permitirían tomar una bonita casa de campo en medio de vecinos amables; solo se ocuparía en cazar y en el cuidado de sus haciendas, y sería muy dichoso. Era imposible seguir en el ejército teniendo mujer. No hay para qué añadir que Amelia apro-

haba estos y todos los demas proyectos de su novio.

En medio de esas conversaciones, ornadas con castillos en el aire por la imaginacion de Amelia, pasaban entrambos jóvenes las horas mas agradables de su vida. Osborne tenia solo permiso de un dia, y como tenia que hacer cosas muy importantes, propuso á la jóven que fuera á comer con sus hermanitas, lo cual la colmó de júbilo. La llevó, pues, á su casa, y ellas la oyeron hablar con una presteza y un gozo que les sorprendió mucho. Pensaron que al cabo y al fin Jorge sacaria de ella algun partido. Osborne se habia marchado á sus negocios.

Al salir fué á tomar sorbetes; luego se probó un frac en una sastrería á la moda, hizo una visita al capitan Cannon, jugó doce mesas al billar con el capitan susodicho, ganó ocho de ellas y se volvió á su casa, media hora despues de lo debido, pero con muy buen humor.

No le sucedió lo mismo á su padre. Al regreso de la Cité desde los primeros pasos que dió en el salon, donde encontró á sus hijas y á la elegante miss Wirt, estas reconocieron en su aire solemne, en su rostro amarillo y sus cejas fruncidas que el corazon del pobre hombre latia, muy fuerte bajo su paletó blanco.

Amelia se adelantó á saludarle, lo que nunca hacia sin mucho miedo, aumentado por su timidez natural. El dueño de la casa la recibió con un gruñido sordo para manifestarla que la reconocia. y

luego miró con malos ojos á su hija mayor, lo cual significaba:

—¿Qué diablos viene á hacer aquí?

La jóven respondió:

—Jorge come hoy con nosotros.

—¡Ah! ¡está aquí! . . . Pues no quiero esperar por él, que traigan la comida, María.

Y entonces nuestro hombre se dejó caer sobre su silla. Un silencio sombrío reinó en la sala interrumpido solo por la péndola de un reloj frances.

Cuando dieron las cinco en este reloj donde habia un grupo que representaba el sacrificio de Ifigenia, M. Osborne tiró el cordon de la campanilla y entró el mayordomo.

—¡La comida! gritó M. Osborne.

—M. Jorge no ha venido aún, dijo con timidez el criado.

—Que coma en otra parte; ¿soy ó no soy el amo de mi casa? ¡La comida! ¡la comida!

M. Osborne fruncia el ceño; Amelia temblaba como las hojas en el árbol; una correspondencia telegráfica se habia establecido por medio de los ojos entre las otras tres señoras, y sin mas tardanza la campana obediente anunciaba la comida.

Todo el mundo se puso en marcha.

—Los fondos han bajado, dijo miss Wirt á una de las jóvenes.

El batallon femenino caminaba trémulo y en silencio detrás de su feroz conductor; cada cual tomó su puesto silenciosamente. M. Osborne murmuró

un *Benedicite* que mas bien parecia una maldicion, y en seguida levantaron los cubreplatos. Amelia estaba como agonizando, pues se hallaba junto al terrible M. Osborne; Jorge faltaba.

—¡Sopa! dijo M. Osborne con tono sepulcral tomando el cucharón y dirigiendo los ojos á su vecina.

Del mismo modo ofreció á las demas personas y luego ya no pronunció una sola sílaba.

Quitad el paletó á miss Sedley, dijo al fin; no puede comer la sopa, ni yo tampoco, está detestable; María, mañana despediréis á la cocinera.

Despues de esta salida contra la sopa, M. Osborne hizo observaciones análogas respecto del pescado; luego entró en silencio y bebió muy de prisa muchos vasos, afectando á cada instante un aire mas feroz. Por último, un buen martillazo, que anunciaba la llegada de Jorge, animó un poco á todo el mundo.

No habia podido llegar antes, porque el general Dagnilet le habia hecho esperar en los Horse-Guards. No le importaba no comer sopa ni pescado, con cualquiera cosa se contentaba. El carnero estaba riquísimo; su buen humor contrastaba con el aire de su padre. No cesó de hablar en toda la comida, con gran satisfaccion de todos en general, y en particular de una persona, que no nombraremos porque nos parece inútil.

En cuanto las niñas tomaron la ensalada de naranja y la sopa de vino que formaban como la con-

clusión de las tristes comidas de M. Osborne, dieron la señal para pasar al salon; al punto se levantaron todas y se fueron.

Amelia se prometia que Jorge iria á su lado en breve, y para él tocó sus walses favoritos en el gran piano de cola que adornaba el salon del primer piso; pero Jorge se hizo el sordo, hasta que al cabo ella se levantó del piano muy triste y como invadida por negros presentimientos. El viejo Osborne, siempre formidable, nunca la habia lanzado miradas tan terribles. ¿Qué misterio era aquel?

Las nubes del rostro paternal habian comunicado á Jorge cierta turbacion. Sin saber qué decir, entabló el elogio del vino de su padre; este era en general uno de los medios mas á propósito para apaciguar al anciano.

—No era como este el madero que bebiamos en las Indias occidentales: el coronel Heavytop me llevó tres botellas de las que me enviasteis el otro dia.

—¿De veras? exclamó el viejo; tambien me cuesta ocho chelines la botella.

—Cuando querais os haré vender una docena por seis guineas, dijo Jorge, riendo. Desea comprarlas un grande hombre del reino.

—¿De veras? repitió el gruñon; el vino es esquisito, añadió ya con el ceño menos fruncido.

Jorge pensaba en aprovecharse de la satisfaccion que le habia dado para aventurarse á pedirle dinero, cuando el padre, recobrando su aire solemne, le



mandó que tocase la campanilla para que sacasen el burdeos.

—Vamos á ver si es tan bueno como el madera, y entretanto hablaremos de negocios serios.

Amelia habia oido el campanillazo dirigido al burdeos, y se sentó dominada por una agitacion febril. La invadieron otros presentimientos; á fuerza de tener presentimientos se acierta.

—Quiero saber, dijo el anciano, despues de haber saboreado su primera copa, en qué estado se hallan vuestros amoríos. . . . con la pequeñuela que ha comido con nosotros.

—Claramente se ve, respondió Jorge, bebiendo con delicia; ¡qué vino tan rico! . . .

—Esplicaos, no entiendo.

—En dos palabras, ¿no tengo vuestro consentimiento para casarme con ella? Yo soy un hombre de honor y no faltaré á un convenio hecho entre las dos familias.

—Todo eso está muy bien, pero he sabido vuestras hazañas con lord Tarquin, el capitan Crawley y otros; tened mucho cuidado.

El anciano pronunció estos nombres aristocráticos con mucho énfasis: cuantas veces encontraba á un noble le saludaba profundamente y le llamaba milord, como debe hacerlo todo súbdito británico que tiene ideas liberales.

Jorge temió que su padre se hallara instruido de sus aventuras de juego; pero el anciano desvaneció este temor continuando con voz mas suave:

—Está bien, los jóvenes han de ser jóvenes. Mi deseo es que frecuentéis la mejor sociedad de Inglaterra, y así debeis hacerlo contando con mi fortuna.

—Gracias, dijo Jorge, viendo abierto el camino que él quería; pero para vivir con las gentes del gran mundo, hace falta dinero, y mirad un poco mi bolsillo.

Y alargó una bolsa de seda, regalo de Amelia, donde se encontraba el resto de la suma que le había prestado Dobbin.

—No careceréis de nada; el hijo de un comerciante inglés, no debe carecer de nada. Mis guineas valen lo que las de otros, y están á vuestras órdenes. Pasad mañana por casa de M. Chopper, en la Cité, que tiene alguna cosa á vuestra disposición. Nunca os negaré mi dinero en tanto me halle seguro de que frecuentais la buena sociedad. Y este orgullo no es por mí; mi nacimiento es bien humilde; las ventajas todas serán para vos. Aprovechaos de ellas; frecuentad la nobleza joven, encontraréis muchos que admirarán vuestras guineas, y por lo que toca á las mujeres..... (aquí las cejas del anciano tomaron un aspecto, que decía mucho más de lo que él sabía), preciso es que los jóvenes sean jóvenes. Pero una cosa os prohibo, el juego; si jugais, no conteis con mi dinero.

—Está entendido.

—Ahora volvamos á la vecina. ¿Creeis que no

podeis pretender otra cosa que la hija de un agente de cambio? Jorge, quiero saber vuestro pensamiento.

—¡Dios mio! exclamó Jorge, cascando nueces, es un arreglo de familia; hace un siglo que entre vos y M. Sedley se ha decidido la boda.

—Es verdad, pero las posiciones cambian. Confieso que Sedley me ayudó á hacer mi fortuna, ó mejor dicho, me puso en camino de ganarla con mis talentos, mi genio y la brillante posicion que adquirí en el comercio de los cebos y en la Cité de Lóndres. Ya he manifestado mi gratitud á Sedley, como puedo probarlo con mi libro de caja. Jorge, os lo digo en secreto, el giro que toman los negocios de M. Sedley, no me agrada. Habrá querido jugar por su propia cuenta. y en eso está mi miedo. En fin, lo cierto es que no os casaréis con Amelia antes de que haya yo visto sus dos mil libras esterlinas. Que traigan el café.

Dicho esto, M. Osborne abrió un periódico de la tarde, y Jorge reconoció en esta señal, que la conversacion estaba concluida y que su padre iba á dormir la siesta.

Entonces se fué con Amelia y se sentó á su lado muy alegre. Hacia mucho tiempo que no habia estado tan atento con ella, tan deseoso de distraerla, tan tierno, tan amable en la conversacion. ¡Ah! sin duda su corazon generoso se inflamaba con nuevo ardor á la idea del infortunio que la amenazaba, ó

quizá el pensamiento de perder á aquella criatura angelical se la hacia entonces mas preciosa.

Amelia vivió muchos dias con el recuerdo de aquellos instantes fugitivos. Su memoria la recordaba una palabra, una mirada, la romanza que él habia cantado, la espresion de su fisonomía cuando se acercaba á ella ó la miraba de lejos. Ninguna noche la habia parecido tan corta. Casi se incomodó cuando vió á Sambo que la traia su pañuelo.

Al otro dia Jorge se despidió de ella con ternura y luego fué á la Cité donde fué á ver á M. Chopper, el dependiente principal de su padre, quien le entregó un papel que cambiado en casa de Hulker y Bullock llenó sus bolsillos de dinero. En el momento en que Jorge entraba en la casa salia el anciano John Sedley con un rostro muy abatido. Pero el ahijado estaba demasiado alegre para notar la afliccion del digno agente de cambio. El jóven Bullock no le acompañó hasta la puerta riendo con él como los dias anteriores.

Cuando salió M. Sedley, el cajero y el empleado que estaba á su derecha se hicieron una señal de inteligencia.

—Valor nulo, dijo este último.

—Y que no se debe tomar á ningun precio, contestó el cajero.

Entretanto Osborne llenaba sus bolsillos de billetes y aquella misma noche pagó á Dobbin las cincuenta libras que le debia.

Amelia le escribió una carta de las mas largas y tiernas que habia escrito hasta entonces. Su corazón rebosaba de amor, pero estaba oprimido por funestos presentimientos. “¿Cómo explicar las miradas feroces de M. Osborne? se preguntaba: ¿Habrán reñido mi padre y él? Su pobre padre habia vuelto muy abatido de la Cité y toda la casa estaba alarmada. En suma, su ternura, sus temores, sus esperanzas y sus presentimientos arrojaban un total de cuatro páginas.

—¡Pobre Amelia! está loca por mí, dijo Jorge al leer su carta; ¡maldito ponche! ¡qué dolor de cabeza me ha dado!

—Sí, sí. ¡pobre Amelia!

#### XIV.

##### **Interior de miss Crawley.**

Por aquel mismo tiempo, dirigiéndose á una casa elegante de Park Lane, se habria podido ver un coche de viaje con blasones pintados en las portezuelas. Detrás del coche iba sentada una mujer con cara de vinagre, y el pescante estaba ocupado por un criado robusto. Cuando el carruaje se paró, salió de él sostenida por muchos criados una masa informe envuelta en pañuelos, y una jóven que acompañaba al fardo de vestidos. Era miss Crawley que volvía del Hants. La subieron á su cuarto, la me-

tieron en la cama, y mandaron recados á varios médicos que acudieron al punto, se reunieron en consulta, indicaron un régimen y tomaron el sombrero. La joven compañera de miss Crawley se habia presentado á recibir sus instrucciones, y administró los medicamentos prescritos por los facultativos.

El capitán Crawley llegó al otro día del cuartel de guardias. Mientras su alazán negro pifaba sobre la paja estendida delante de la puerta de la enferma, él se informaba con solicitud del estado de la respetable señora, por la cual parecia experimentar una ternura de las mas violentas.

A los primeros pasos que dió por la casa, se encontró con la doncella de miss Crawley muy desanimada y de peor humor que de costumbre, y luego vió á miss Briggs, su acompañante, muy afligida, en el salón desierto. Una estraña presentaba en su lugar las bebidas á su querida amiga, una estraña, la odiosa miss. . . . Las lágrimas sufocaban la voz de la acompañante, que se veia reducida á enterrar sus afectos hollados y su nariz encerrada en un pañuelo de seda de la India.

Rawdon Crawley hizo anunciar su nombre por la doncella, y la nueva compañera de miss Crawley llegó de puntillas, tomó al oficial de la mano, y mirando con desden á miss Briggs, hizo señal al guerrero de que la siguiera fuera del salón, y le llevó al comedor entonces desierto.

Estas dos personas hablaron unos diez minutos

sin duda sobre el estado de la enferma, despues de lo cual se oyó la campanilla y entró el mayordomo M. Bowls, que á decir verdad, habia escuchado la conversacion por el agujero de la cerradura. El capitán salió retorciéndose el bigote y montó á caballo, no sin haber echado una mirada á la ventana del comedor, donde se habia mostrado un instante para desaparecer al punto el rostro de la jóven de quien acabamos de hablar.

Adivine el lector quién era esa jóven.

Aquella misma tarde, dos personas se hallaban sentadas á la mesa del comedor: mistress Firkin, la doncella de miss Crawley, se fué con su señora en la ausencia de la nueva enferma que acompañaba á miss Briggs en la mesa.

La emocion de miss Briggs era demasiado viva para que la permitiera probar un bocado.

—¿Pero por qué no quiere verme? decia miss Briggs gimiendo; esto es lo que me esperaba al cabo de veinticuatro años del afecto mas tierno.

—No os lamentéis así, repuso la otra, con una sonrisa imperceptible; no quiere veros, porque dice que no la cuidais tan bien como yo. No creais que me gusta estar en pié toda la noche: ya os cederia el puesto.

—¿Pero no la he cuidado bien tantos años seguidos? ¿Por qué ahora? . . .

—Ahora prefiere otra; las enfermas tienen caprichos; cuando esté mejor la dejaré.

—¿Y cuándo será eso?

—Estará mejor dentro de quince días y entonces volveré á mis niñas de Crawley-la-reina y á su madre que está algo peor que nuestra enferma. No tengais celos de mí, soy una pobre jóven sin amigos y bien inofensiva. No pretendo reemplazaros en las buenas gracias de miss Crawley. Dadme un poco de vino y seamos amigas; os aseguro que bien necesito tener amigos.

La pobre Briggs. de corazón tierno y sin hiel, respondió á estas palabras alargando la mano en silencio; pero no por eso sentía menos el verse rechazada.

Al cabo de media hora, terminada la comida, miss Rebeca Sharp, que tal era el nombre de la persona en cuestión, subió á ver á la enferma, y con muchos rodeos despidió á la infortunada Firkin.

Firkin bajó las escaleras atormentada por una borrasca de celos.

¿Fue el soplo de esta borrasca el que entreabrió la puerta del salón cuando ella llegó al descansillo del piso principal? No, la abrió suavemente la mano de miss Briggs que había estado espiando lo que pasaba.

—¿Cómo sigue? la preguntó cuando entró en el cuarto.

—Cada vez peor, respondió Firkin meneando la cabeza.

—¡Dios mío!

—No me ha hablado mas que una vez; la pre-



gunté si se aliviaba, y me contestó que me callara el pico. Nunca habria esperado cosa igual.

Y corrieron de nuevo las lágrimas.

—Firkin. ¿quién es esa miss Sharp? Cuando fui á pasar las pascuas á casa de mis buenos amigos el reverendo Lionel Delamare y su amable señora, no sospeché, por cierto, que hallaria una estraña en mi lugar.

—Ésa mujer ha trastornado el juicio á todo el mundo, respondió Firkin; sir Pitt habria querido quedarse con ella, pero no se atreve á negar nada á miss Crawley. Mistres Bute la quiere con estremo; el capitan está loco por ella, y M. Crawley tiene celos. Desde que miss Crawley se puso mala, siempre ha de estar á su lado miss Sharp. No comprendo cómo los ha hechizado.

Rebeca pasó toda la noche á la cabecera de miss Crawley. La noche siguiente la buena señora se durmió con un sueño tan profundo, que Rebeca tuvo tiempo de descansar algunas horas. Pocos dias despues miss Crawley se alivió tanto, que tuvo fuerzas para levantarse, y para distraerla Rebeca le dió punto por punto la representacion de miss Briggs y de su dolor. Sus sollozos sufocados, su manera de frotarse el rostro con el pañuelo, todo esto divirtió tanto á miss Crawley por la naturalidad con que estuvo representado, que la enferma recibió con alegría á los doctores, los cuales se sorprendieron agradablemente.

El capitan Crawley no dejaba de presentarse un

solo día, y Rebeca le hacia el boletín de la salud de la enferma. La convalecencia fué tan rápida, que pronto miss Briggs tuvo la felicidad de poder ver á su amiga. Unicamente las personas de corazón sensible podrian formarse una idea de las emociones lacrimosas de aquel temperamento sentimental, y del carácter tierno de aquella entrevista.

Las causas de la deplorable indisposicion de miss Crawley y de su marcha de la casa de su hermano son de una naturaleza tan poco novelesca, que no podrian esplicarse en esta historia dedicada á una sociedad elegante y sentimental. ¿Cómo hacer comprender, en efecto, á una mujer delicada y del gran mundo, que miss Crawley habia comido y bebido con esceso, y que el abuso de la langosta era el origen de la indisposicion que se obstinaba en atribuir á la humedad que hacia? El caso es que se puso á la muerte, y la idea del testamento dió calentura á toda la familia; pero un escelente facultativo de Shouthampton, llamado oportunamente, triunfó de la langosta, y puso á miss Crawley en estado de marchar á Lóndres.

El baron no disimuló su mal humor acerca de este desenlace.

En tanto que todo el mundo se interesaba por miss Crawley, en otra parte de la casa habia una señora mucho mas enferma, pero de quien nadie hacia caso: era lady Crawley. Al verla el buen doctor habia meneado la cabeza; sir Pitt consintió en

la visita porque no le costaba nada. Así sacaba partido de la indisposición de miss Crawley. Dejaban á milady sola en su cuarto, abandonada á los progresos del mal, sin ningun cuidado.

Las niñas se hallaban privadas de la inestimable enseñanza de su institutriz, pues miss Sharp era tan buena enfermera, que miss Crawley no queria recibir los medicamentos de otra mano. Firkin fué suplantada desde el primer momento.

El capitán Rawdon pidió una renovacion de licencia por causa de la enfermedad de su tia y permanecia en casa religiosamente. Siempre estaba á la puerta de su cuarto, y más de una vez se encontró cara á cara con su padre. ¿Qué motivos tenian para espiarse el uno al otro? Eran sin duda motivos de rivalidad generosa, para ver quién serviria mas y mejor á la enferma. Rebeca los consolaba y les infundia valor; ambos recibian ansiosos las noticias de la enferma por su mensajera de confianza.

En la comida no se presentaba mas de media hora, y se interponia para mantenerlos en buena inteligencia; despues desaparecia para el resto de la noche. Entonces Rawdon marchaba á su cuartel, dejando á su padre acompañado del mayordomo y de una botella de rom.

Miss Sharp pasó quince dias mortales en el cuarto de miss Crawley; pero sus nervios parecian de acero. El cansancio y el enojo de toda enfermera no podrian quebrantar su perseverancia.

Figuraos, lectores míos, una mujer mundana, vie-

ja, egoista, impertinente, de corazón seco, retorciéndose en medio de las angustias del dolor y del espanto; no olvideis este cuadro, y antes de llegar á la vejez aprended á ser amables y religiosos.

Miss Sharp cuidaba á esta enferma con una paciencia inalterable, sin que las fatigas de semejante tarea dejaran en su rostro la menor señal. Su cutis podía estar algo mas pálido y sus ojeras mas marcadas; pero fuera del cuarto de la enferma se la veía siempre risueña, fresca y bien vestida, y con su peinador estaba tan seductora como si vistiera un traje de baile.

Al menos así lo creía el capitán que estaba enamorado de ella locamente. La flecha aguda del amor le había atravesado; mes y medio de relaciones continuas y de vida comun habían bastado para hacerle rendir las armas.

Confió sus amores á su tía del presbiterio y á todos los que quisieron oírle. Mistress Bute le decía que tuviera cuidado, y acababa por confesar que miss Sharp era la muchacha mas viva, graciosa y natural de toda la Inglaterra. Rawdon no debía chancearse con el cariño de la jóven, pues la adorada miss Crawley no se lo perdonaría nunca. Ella también admiraba mucho á la institutriz y la quería como á una hija. El deber mandaba á Rawdon que se volviera á su regimiento, y no abusara de los sentimientos afectuosos de una pobre inocente.

Más de una vez aquella excelente señora, enternecida con las penas de corazón del jóven militar,

le proporcionó ocasion para ver á miss Sharp en su casa, acompañándola despues hasta su domicilio como hemos visto antes. Cuando ciertos hombres os aman, señoras mias, por mas que descubran la caña y el anzuelo, y todo el aparato que va á servir para prenderlos, dan vueltas y mas vueltas en torno del cebo hasta que al cabo se le tragan. Ya están cogidos, ya están dando saltos en la arena.

Rawdon reconoció en breve en mistress Bute la intencion bien decidida de hacerle caer en las redes de Rebeca.

—Acordaos de mis palabras, Rawdon, le decia; miss Sharp será un dia de vuestra familia.

—¿Y por qué? preguntaba el oficial riendo.

—¿No lo adivináis?

—No por cierto; á menos que entre en ella como prima. . . . Francisco la prodiga muchas atenciones. . . . ¿aludís á eso?

—No, contestaba mistress Bute con los ojos encendidos; ese está comprometido con Jane de la Moutonniere; los hombres estais ciegos. . . .

—Pero en fin. . . .

—Si le sucede alguna desgracia á lady Crawley, ¿sabeis lo que resultará? Miss Sharp ocupará su puesto.

Al oir esto, Rawdon en señal de asombro comenzó á soplar como una ballena. No podia decir que no; la inclinacion poco disimulada de su padre por miss Sharp le era conocida.

Sin pedir mas esplicaciones se volvió á la casa

amostazado y bien persuadido de que habia descubierto el secreto de la diplomacia de mistress Bute.

—Quiere desacreditarla, decia Rawdon, para impedirle que entre en la familia.

Cuando se halló solo con Rebeca, se chanceó acerca de las inclinaciones que la manifestaba el baron. Miss Sharp alzó la cabeza con desden, le clavó la vista y le dijo:

—Supongamos que está loco por mí; yo sé lo que vale lo mismo que otros de su especie. No os figurais que me da miedo, capitán, porque creéis soy mujer capaz de defenderme, dijo miss Sharp con una mirada de reina.

—Sí. . . . sí. . . . pero he querido advertiros. . . . exclamó confuso el capitán.

—¿Habeis sospechado que existe alguna intriga odiosa? repuso con un acento de indignación.

—¡Dios mío!. . . . no. . . . á la verdad. . . . murmuró el dragon de lengua torpe.

—¿Me creéis desprovista del sentimiento de mi dignidad personal. porque soy pobre, porque no tengo amigos? Pues en mi humilde condicion tengo tanta delicadeza y tan sano juicio, y soy de tan buena raza, como el primer noble del Hamsphire. Pertenezco á los Montmorency, que no desmerecen de los Crawley.

Cuando miss Sharp, en las grandes ocasiones, aludía á su línea materna, tomaba un acento un poco extranjero, que prestaba mucho encanto á su voz naturalmente clara y sonora.

—No, no, continuó inflamándose mas y mas en su apóstrofe al capitán; puedo soportar la pobreza, pero no la deshonra; el olvido, pero no el insulto; sobre todo, viniendo. . . . de vos!

Y sin poder contener ya su emoción, derramó un torrente de lágrimas.

—El diablo me lleve, miss Sharp. . . Rebeca. . . Por amor del cielo. . . por mi alma. . . daría mil libras. . . deteneos, Rebeca.

Pero ya ella había marchado para acompañar en su paseo á miss Crawley, pues esto pasaba antes de la indisposición mencionada mas arriba.

En la comida Rebeca estuvo mas alegre que nunca. Aparentaba no observar las señales, las miradas, las súplicas del oficial, y le dejaba entregado á su humillación y á los tormentos de su amor loco.

Diariamente la gruesa caballería de Crawley sufría alguna nueva derrota; el grueso oficial perdía el juicio.

Si el barón no hubiese tenido sin cesar ante los ojos el temor de perder la herencia de su hermana, no habría consentido nunca en privar á sus hijas de las útiles lecciones de su incomparable institutriz. La casa, en su ausencia, parecía un desierto. Sir Pitt no veía ya sus cartas copiadas y corregidas; sus negocios estaban desordenados. Escribía instando para que volviese; pero miss Crawley no hacía caso.

Mis Briggs no había sido despedida, pero pasaba

las horas en la ociosidad mas completa. Sin embargo, aunque miss Crawley no queria que se hablara de la marcha de miss Sharp, ésta no ocupaba el empleo de la otra positivamente. Miss Crawley, al ejemplo de muchas personas ricas, tenia la costumbre de aceptar de los inferiores todos los servicios que podia, y sin ningun escrúpulo los plantaba en la calle, en el momento en que ya no los necesitaba.

La gratitud en ciertas personas ricas es poco comun, es casi desconocida; reciben los servicios de los menesterosos como una cosa debida. ¿Y con qué derecho os quejais, vosotros, los inferiores? Vuestra amistad á los ricos es casi tan sincera, como la que ellos os demuestran; vosotros amais al dinero y no al hombre, y si se cambiaran los papeles entre Creso y su lacayo, bien sabeis, mendigos de la nobleza, hácia dónde se volverian vuestras lisonjas.

Sea como quiera, Rebeca era para miss Crawley una persona de la mayor utilidad; y así es que la regaló dos vestidos nuevos, un collar y un pañuelo usado. A ella se quejaba siempre de sus amigos mas íntimos; ¿podia darla otra prueba de confianza y de amistad?

En cuanto miss Crawley, ya convaleciente, pudo bajar al salon, Rebeca la cantó romanzas é inventó mil medios para distraerla. Cuando ya se mejoró, hasta el punto de poder salir en coche, Rebeca la acompañó. En los paseos que dieron jun-



tas, entre todas las casas donde podia favorecer su introduccion la amistad benévola de miss Crawley, Rebeca dirigió sus tentativas al domicilio de los Sedley.

Antes de la visita, las dos amigas se habian escrito muchas cartas. Durante el tiempo de la residencia de Rebeca en el Hampshire, su amistad eterna estaba en baja, y su duracion la habia hecho ya tan caduca, que se veia amenazada de un fallecimiento próximo.

Y despues cada una de las jóvenes tenia que pensar en sí: mientras Rebeca trataba de adelantar en el ánimo de las personas de que dependia, Amelia continuaba dominada por la misma idea. Las jóvenes, al verse, se dieron un estrecho abrazo con ese ardor que caracteriza el cariño juvenil. Rebeca desempeñó su papel en esta escena con la ternura mas expresiva. La pobre Amelia se sonrojó, y se halló culpable de un poco de frialdad con Rebeca.

Esta primera entrevista fué muy corta. Amelia estaba para salir y miss Crawley esperaba abajo en su coche. Sus criados se sorprendieron al encontrarse en tal lugar, y miraban al negro Sambo como uno de los indígenas de aquel sitio. Pero cuando bajó Amelia, con su rostro sereno y risueño para ser presentada por su amiga á miss Crawley, que deseaba verla, la aristocracia galoneada de Park Lane se sorprendió mas y mas descubriendo tal maravilla en Bloomsbury, y miss Crawley se quedó

encantada de la gracia y la timidez de aquella criatura.

—Mi querida Sharp, dijo miss Crawley, por el camino, despues de aquella entrevista, vuestra amiga es una niña hechicera, la traeréis á verme á menudo.

Y aquel dia se deshizo en elogios de Amelia.

Rawdon oia estas alabanzas, y Rebeca se apresuró á añadir, que Amelia se iba á casar dentro de poco con el teniente Osborne; amoríos antiguos.

Rawdon se acordó de Osborne y del capitán Dobbin.

—Es hombre de pretensiones, exclamó; se ha empeñado en que sabe jugar al billar, y le he ganado doscientas libras esterlinas. Aquel dia habria jugado la camisa sin el capitán Dobbin que le arrancó de allí: el diablo le confunda.

—Rawdon, no digais esas cosas, repuso miss Crawley.

—No podeis figuraros quién es ese hombre; porque le vean con gente encopetada daria su alma al demonio.

—¡Qué mala lengua! gritó la tia, contenta por oirle hablar así.

—Su padre es un comerciante de la Cité, muy rico, y todos esos comerciantes deben ser sangrados: ¡oh! todavía no hemos concluido él y yo!

—Capitán Crawley, estais desatinado; voy á decir á Amelia que su novio es jugador.

—Mala perspectiva para ella, exclamó el capitán.

Y luego añadió como herido de una idea súbita:

—Deberiais recibirle aquí.

—¿Es presentable? preguntó la tia.

—Es como todo el mundo, respondió el capitán. Podeis recibirle con su adorada. . . . Yo voy á escribir una cartita para que venga, y veremos si es tan diestro á las cartas como al billar. ¿Dónde vive, miss Sharp?

Miss Sharp dió las señas, y pocos días despues de esta conversacion el teniente Osborne recibia una carta del capitán Rawdon con una esquila de convite de miss Crawley.

Rebeca envió otra esquila á su querida Amelia, que no vaciló en aceptar cuando supo que encontraría á Jorge.

Amelia llegó por la mañana, y Rebeca afectó con ella un aire de majestuosa proteccion. Seguramente era mas astuta que su amiga, y como ésta se encerraba en un papel de dulzura y de abnegacion, y cedia á todo el que queria dominarla, sufrió las usurpaciones de Rebeca con una dulzura y una bondad inalterables.

Miss Crawley se mostraba de una amabilidad extraordinaria; su entusiasmo por Amelia no conocia límites; la elogiaba en su presencia como si fuera una muñeca, una porcelana ó un cuadro.

Es muy notable esta admiracion que la gente alta mantiene siempre al servicio de una clase inferior; lisonjea tanta condescendencia. La benevolencia exagerada de miss Crawley acabó por pesar de-

másiado á la pobre Amelia, y quizá entre las tres señoras de Park Lane la que le parecia preferible era la honrada miss Briggs. Simpatizaba con ella como con una persona servicial y abandonada.

Jorge acudió sin coremonia á comer con el capitán Crawley. Sus jóvenes hermanas que no fueron convidadas, disimularon la contrariedad de esta omision; sin embargo, buscaron en el diccionario de la nobleza el nombre de sir Pitt Crawley, y estudiaron todos los detalles que da ese libro sobre su genealogía.

Rawdon recibió á Osborne con afabilidad; elogió sus disposiciones para el billar y le ofreció el desquite. Dirigió á Osborne algunas preguntas sobre su regimiento, y le habria invitado á tomar los naipes, si miss Crawley no hubiera prohibido en su casa todos los juegos.

Aquel dia Jorge se marchó con el bolsillo repleto, lo que no agradaba mucho á Rawdon. Sin embargo, se citaron para ir á ver al otro dia un caballo que Crawley queria vender, para comer juntos y pasar la noche en alegre compañía.

—Es decir, si no teneis que ir á suspirar á los piés de miss Sedley, dijo Crawley con una mirada de inteligencia.

Y tuvo la bondad de añadir despues de una pausa.

—En euanto á bonita, lo es.

Osborne no tenia que ir á suspirar al otro dia, de manera que aceptó gustoso la cita con el capitán.

—¿Y Rebeca? preguntó Jorge á su amigo; es una buena muchacha: ¿estais contentos con ella? Miss Sedley la quiere mucho.

Los ojillos azules del capitan Crawley lanzaron al teniente una mirada llena de ferocidad, cuando éste último se adelantó á saludar á la institutriz. Pero la acogida que recibió por parte de la jóven, fué la mas propia para calmar todos los celos que podian caber en el corazon del capitan Crawley.

Despues de su presentacion á miss Crawley, Osborne se volvió hácia Rebeca con aire protector y altanero, y disponiéndose á tomarla bajo su proteccion, la presentó la mano y la dijo:

—¿Estais buena, miss Sharp?

Miss Sharp, sin comprender la honra que la hacian, alargó únicamente su dedo pequeño y contestó con un saludo tan desdeñoso, que Rawdon Crawley, que desde el otro cuarto vigilaba los detalles de esta entrevista, no pudo menos de echarse á reir con los apuros del teniente, que primero se habia estremecido, y despues se decidió por fin á tomar el único dedo que le concedian.

—Es de la piel del diablo, decia el capitan hechizado con su aplomo, mientras el teniente no sabiendo cómo entablar la conversacion, preguntó á Rebeca si estaba bien en su nuevo empleo.

—Muchas gracias por el cuidado, dijo miss Sharp, sí, estoy contenta. El salario es regular; sin embargo, miss Wirt gana mas sin duda con vuestras

hermanas; ¿y cómo están esas señoritas? aunque quizá podría prescindir de esta pregunta.

—¿Qué quereis decir? preguntó Osborne sorprendido.

—¿Me han hablado ellas á mí? ¿Me han convidado á ir á su casa cuando estaba yo con miss Amelia? Es verdad que nosotras, pobres institutrices, estamos acostumbradas á esa falta de consideraciones.

—Entiendo, mi querida miss Sharp, dijo Osborne con una voz suplicante.

—Al menos en ciertas familias, continuó Rebecca; pero no se obra así en la casa donde estoy ahora. No es tan comun el oro en el Hampshire como entre vosotros los ricachos de la Cité; pero en cambio he hallado una buena familia de la antigua aristocracia inglesa. Y sin embargo, ved cómo me tratan, no puedo estar mejor. Pero no concibo vuestra bondad en interesaros con tales detalles.

Osborne estaba en ascuas. La institutriz tomaba un tono de superioridad y de ironía que cortaba el aliento á nuestro amigo para proseguir el coloquio.

—Creo que no siempre habeis desdeñado así á las familias de la Cité, repuso con altanería.

—Teneis razon; el año último pensaba de otro modo, pero era porque acababa de salir del horrible colegio de miss Pinkerton. Las colegialas, con tal de estar fuera de su cárcel se dan por satisfechas. Pero ya veis cómo una cambia en año y medio. . . . es verdad que este tiempo le he pasado

con personas de buen tono y de raza noble. En cuanto á Amelia, es una alhaja, y siempre la veré con gusto . . . . . y ¿cómo está el sorprendente M. José?

—Creo que el año último no os desagradaba, dijo Osborne con sencillez.

—¡Ah! ¿Lo observasteis? . . . Pues bien, entre nosotros sea dicho, el amor que le tenia no me ha puesto delgada. Sin embargo, si me hubiese pedido, lo que todos pareciais querer insinuarle, creo que habria rehusado.

Osborne la clavó una mirada que queria decir: —A la verdad sois muy bondadosa.

—Habria sido mucha honra para mí el teneros de hermano político. . . . yo la hermana política de Jorge Osborne Esquire, hijo de John Osborne Esquire, hijo de. . . . ¿quién era vuestro abuelo, M. Osborne? Vamos, no os enfadeis. . . . habeis debido tener un abuelo. Hablando claro, estoy de acuerdo con vos, me habria casado con M. Sedley sin repugnancia ninguna. ¿Qué partido mejor para una muchacha pobre? Ahora sabeis mi secreto; soy franca, y bien considerado está muy bien en vos el recordar semejante asunto. Muchas gracias. ¿Cómo está el pobre José?

Jorge perdía la chabeta, no porque miss Sharp tuviera razón contra él, sino porque habia logrado que así pareciese. Se retiró, pues, avergonzado y humilde, pensando que si permanecía allí un minuto mas caería en ridículo á los ojos de Amelia.

Jorge, vencido por miss Sharp, no habría tenido la pequeñez de vengarse de una mujer, contando por detras sus historietas escandalosas; pero sin embargo, no pudo menos de hacer al capitán al día siguiente maliciosas confidencias relativas á la institutriz; era una mujer astuta, peligrosa, una coqueta rematada, &c., &c.

Crawley oyó estas cosas sonriendo, y antes de veinticuatro horas Rebeca no ignoraba ninguna de ellas. Esto aumentó la estimación particular que ella profesaba á M. Osborne. No sé qué instinto femenino la decía, que sus primeras tentativas amorosas habían fracasado por culpa de él, y se lo agradecía como era consiguiente.

—Debia advertiros, dijo á Rawdon Crawley, que acababa de venderle su caballo y de ganarle veinte guineas despues de la comida; debia advertiros, porque yo conozco á las mujeres, y os aconsejo que andeis con cuidado.

—Gracias, querido mío, contestó Crawley con una mirada resplandeciente de gratitud; teneis el ojo demasiado penetrante para que os engañen.

Y Jorge se despidió de su amigo.

Cuando vió á Amelia, la contó lo que había hecho y el consejo que había dado á Crawley de estar alerta contra la pícara miss Sharp.

—¿Contra quién? preguntó Amelia.

—Contra vuestra amiga, la malvada institutriz.

—Jorge, ¡qué habeis hecho! exclamó Amelia.



Con la perspicacia femenina que el amor hace mas sutil aún, un instante la habia bastado para descubrir un secreto que habia escapado á mis Crawley, á la inocente miss Briggs, y sobre todo, al jóven teniente Osborne, de poblados bigotes y vista un poco obtusa.

Un dia que Rebeca se habia ido á poner su pañuelo y su sombrero al piso superior, las dos amigas aprovecharon sin duda la ocasion para confiar sus secretos y tramar alguna de esas conspiraciones que constituyen toda la felicidad de la vida femenina. Y nosotros, con nuestro privilegio de novelistas, que nos da entrada franca por todas partes, pudimos ver á la jóven Amelia que, colocada delante de Rebeca, y tomando sus manos, la dijo estas palabras:

—Lo sé todo.

Y á esto respondió Rebeca, abrazando á su amiga.

Ni una palabra más pronunciaron las jóvenes sobre el tal secreto; pero no debia tardar mucho en caer en el dominio público.

Poco despues de los sucesos que acabamos de contar, sir Pitt quedó viudo por segunda vez.

En tanto que la enferma abandonada fallecia en Crawley, su marido estaba en Lóndres pleiteando. No obstante, hallaba tiempo para escribir á Rebeca, suplicándola y mandándola que volviera con sus jóvenes alumnas que vivian sin vigilancia alguna

desde la enfermedad de su madre. Pero miss Crawley no quería soltar la presa.

La noticia de la muerte de la señora no dió lugar á mucho dolor ni á muchos comentarios en la casa de miss Crawley.

—Pienso, dijo ésta, que mi hermano no se casará otra vez.

—Buen golpe seria ese, observó Rawdon con su malicia acostumbrada.

Rebeca nada decia; parecia la mas triste de todos con aquel suceso. Su dolor la obligó á salir de la sala antes de que se fuera Rawdon; pero por casualidad se encontraron en la escalera cuando éste se marchaba, y tuvieron una larga conversacion.

Al otro dia Rebeca, mirando por la ventana, asustó á miss Crawley, diciendo:

—Aquí está sir Pitt.

Y en el mismo instante el baron llamó á la puerta.

—No quiero verle. Decid á Bouls que responda que he salido, ó bajad vos misma y decidle que estoy mala y no puedo recibir á nadie.

Rebeca bajó á cumplir su encargo.

—Tanto mejor, exclamó sir Pitt; tengo que hablar con vos, Rebeca; venid conmigo á la sala.

Y entraron ambos.

—Os necesito en Crawley-la-reina, dijo el baron fijando la vista en miss Sharp y dejando sobre la mesa sus guantes negros y su sombrero adornado con un crespon.

Sus ojos tenían una espresion tan estraña, y su mirada era tan pertinaz, que Rebeca estuvo á punto de estremecerse.

—Pienso marchar muy pronto, dijo en voz baja, cuando miss Crawley se ponga mejor. . . .

—Eso me estais diciendo hace tres meses, repuso sir Pitt, y seguís siempre con mi hermana, que un dia os despedirá sin ceremonia. Os necesito, voy al entierro; ¿quereis venir, sí ó no?

—No me atrevo. . . . no estaria bien. . . . que me fuera sola con vos. . . . dijo Rebeca temblando.

—Os digo que os necesito, repitió sir Pitt pegando con el puño en la mesa. No puedo hacer nada solo; no sé lo que me sucederá si no venís. Vamos, decidíos, Rebeca.

—¿Y con qué título he de volver? murmuró.

—Con el título de lady Crawley si lo deseais, exclamó el baron, agitando su sombrero de luto. ¿Estais satisfecha? Venid y seréis mi esposa; ¿quereis, sí ó no?

—¡Oh, sir Pitt! exclamó Rebeca conmovida.

—Decid que sí, continuó el baron; soy viejo, pero aun estoy firme. Me quedan por lo menos veinte años de vida. Os haré dichosa. . . gastaréis todo cuanto querais. . . os aseguraré una viudedad en caso de muerte. . . ¿vacilais, Rebeca?

Y al mismo tiempo el baron cayó consternado á sus piés.

Rebeca, temblando mas y mas, retrocedió dos pasos.

En el curso de esta historia, la hemos visto siempre impertérrita; pero aquí le faltó su sangre fría. Lágrimas verdaderas corrieron de sus ojos.

—¡Ay. . . . sir Pitt!. . . . exclamó; estoy. . . . *casada ya!*

## XV.

### **Donde asoma el marido de miss Sharp.**

Todo lector de un carácter sentimental, y no nos gustan otros, debe estar contento con el último cuadro que corona el último acto de nuestro pequeño drama. ¿Qué cosa mas hermosa, en efecto, que la imágen del Amor de rodillas delante de la Hermosura?

Pero cuando el Amor oyó de la Hermosura la confesion de que estaba casada ya, saltó de repente, y dejando la humilde postura que habia tomado sobre la alfombra, prorumpió en exclamaciones que acabaron de confundir á la pobre Hermosura.

—¡Casada!

—Sí.

—Os chanceais. . . . quereis burlaros de mí, Rebeca.

—No por cierto, es verdad.

—¿Quién quiere una mujer sin un chelin de dote?

—¡Casada, sí, lo estoy! murmuraba Rebeca deshaciéndose en lágrimas, con la voz trémula y el pañuelo pegado á los ojos.

Y al mismo tiempo apoyaba la cabeza en el mármol de la chimenea. Parecía una estatua del dolor y su aspecto habria enternecido al corazón mas duro.

—¡Oh sir Pitt! no me creais ingrata á vuestras bondades; vuestra noble generosidad acaba de arrancarme mi secreto.

—Vaya al diablo la generosidad, gritó sir Pitt; ¿con quién estais casada? ¿cuándo se ha hecho la boda?

—Permitidme que vuelva con vos al campo, permitidme que cuide siempre de vuestra casa, no me separéis de mi querido Crawley-la-reina.

—¿El miserable os ha abandonado ya? preguntó el baron, creyendo que empezaba á comprender. Venid si quereis, Rebeca; á lo hecho pecho. Sin embargo, mi ofrecimiento era hermoso; volved al menos como institutriz, siempre es un buen partido.

Rebeca le alargó la mano sollozando con desesperacion; sus rizos cubrian su rostro, y seguia apoyada en el mármol de la chimenea.

—¿El infame se ha marchado? repuso sir Pitt, prosiguiendo su idea; no penseis mas en él, en mi casa tendréis un refugio.

—¡Oh! será la felicidad de mi vida el volver á Craw-

ley-la-reina á cuidar de vuestras niñas y de vos....  
Cuando pienso en vuestras ofertas, mi corazon se  
llena de gratitud... sí, sí, podeis creerme... No  
puedo ser vuestra mujer, permitidme que sea....  
¡vuestra hija!

Y al pronunciar estas palabras Rebeca, cayó de  
rodillas de un modo trágico; y estrechando la ma-  
no negra y curtida de sir Pitt, entre sus manitas  
blancas y lisas como el raso, le miraba de frente con  
una espresion muy marcada de ternura y de con-  
fianza.

Entonces se abrió la puerta y apareció en el um-  
bral miss Crawley.

Mistress Firkin y miss Briggs se habian encontra-  
do por casualidad á la puerta de la sala cuando en-  
traban el baron y Rebeca, y por casualidad tambien  
habian visto por el agujero de la cerradura al an-  
ciano, que se arrojó á los piés de la institutriz, y  
habian oido sus ofrecimientos generosos.

Apenas hubo concluido, mistress Firkin y miss  
Briggs se lanzaron á la escalera, y precipitándose  
en el cuarto de miss Crawley la dieron á quema  
ropa la estupenda noticia de que sir Pitt, arro-  
dillado, hacia á miss Sharp una declaracion amo-  
rosa.

Mas Crawley se apresuró á bajar, y llegó á la  
puerta de la sala, cuando se encontraba Rebeca en  
una actitud suplicante.

—Es ella y no él quien está de rodillas, exclamó  
miss Crawley con una mirada y una espresion de

desden; me han dicho que os habeis arrodillado, sir Pitt; repetid la accion para que admire yo tan bonito cuadro.

—He dado muchas gracias á sir Pitt, dijo Rebeca levantándose; pero le he dicho que nunca podria ser su esposa.

—¡Cómo! ¿habeis rehusado sus ofertas? preguntó mis Crawley estupefacta.

Briggs y Firkin que estaban á la puerta se quedaron atónitas.

—Sí, las he rechazado, repuso Rebeca con acento triste.

—No puedo creer lo que oigo; ¿la habeis hecho una declaracion formal, sir Pitt? preguntó la anciana.

—Sí, dijo el baron.

—¿Y no acepta el partido?

—¡No le acepta! repuso sir Pitt riendo.

—Parece que la negativa no os entristece mucho, observó miss Crawley.

—Seguramente que no, respondió sir Pitt con una sangre fría y un buen humor que acabaron de sorprender á miss Crawley.

El caso no era para menos; habia aquí una intriga de las mas complicadas.

—Me gusta veros tan alegre, hermano mio, continuó sin poder volver en sí de su asombro.

—¡Cosa estupenda! dijo sir Pitt; ¿quién lo habria pensado? Es de la piel del diablo, decia aparte sonriendo de placer.

—Vamos, miss Sharp, gritaba miss Crawley, esto es incomprensible; ¿esperais el divorcio del príncipe regente, que no hallais nuestra familia bastante buena para vos?

—La actitud en que me habeis visto al entrar, dijo Rebeca, demuestra cuánto aprecio la honra que este noble y excelente señor queria hacerme. Seria preciso no tener corazon si en cambio de tanta bondad, de tanto afecto por la pobre huérfana, os pagara con una frialdad ingrata. ¡Oh! amigos míos, queridos bienhechores. Mi ternura, mi vida, todo os pertenece por el apoyo que he hallado cerca de vosotros. ¿Dudariais de mi reconocimiento, miss Crawley? ¡Ah! eso seria demasiado. . . . mi corazon sucumbe á tantas emociones. . . .

Y al mismo tiempo se dejó caer de un modo tan trágico sobre una silla que estaba junto á ella, que el dolor embargó los ánimos de todos los presentes.

—Que os caseis ó no conmigo, sois una buena muchacha y siempre seré vuestro amigo, Rebeca, dijo sir Pitt poniéndose el sombrero enlutado.

Dicho esto salió y Rebeca se sintió aliviada de un gran peso, pues así su secreto quedaba ignorado de miss Crawley.

Se enjugó los ojos con su pañuelo é hizo señal á Briggs de que no la siguiera. Briggs y miss Crawley en el colmo de la curiosidad se pusieron á comentar el suceso. Firkin, no menos conmovida, bajó á las regiones de la cocina, y puso á todo el mundo al corriente de lo que pasaba. La aventura sor-



prendió tanto á Firkin, que juzgó oportuno dar parte á mistress Crawley de lo sucedido.

Miss Crawley llamó aparte á Rebeca y la preguntó los motivos de su conducta.

—Eso es que estais enamorada, la dijo: ¿alguno ha tenido la suerte de agradaros?

Rebeca bajando los ojos respondió que así era.

—¿Os sorprende, añadió, que una pobre jóven sin amigos haya podido enamorarse? Sin embargo, nunca he oido decir que la pobreza fuese un obstáculo á la ley comun. ¡Ojalá hubiera podido ser así. . . .

—Pobrecita mia, exclamó miss Crawley, siempre dispuesta á tomar el tono sentimental, ¿vuestro amor es pagado con ingratitud? ¿Tendremos que deplorar el abandono? Contádmelo todo á fin de que yo pueda consolaros.

—Bien necesito consuelos, respondió Rebeca sin dejar el acento triste.

Y reclinaba su cabeza en el hombro de miss Crawley, y lloraba con tanta naturalidad que la anciana señora, dominada por un sentimiento de simpatía, la besó con una ternura casi maternal, declarándola que la queria como á una hija, y que haria cuanto estuviera en su poder para serla útil.

—Decidme su nombre, exclamó; ¿es el hermano de Amelia?. . . . Creo me habeis insinuado algo sobre él; le convidaré á venir aquí y será vuestro, contad conmigo.

—No me interrogueis, presto lo sabréis todo, sí,

todo, mi querida miss Crawley. . . . . mi querida amiga. . . . ¿puedo daros este nombre?

—Lo exijo, repuso miss Crawley abrazándola.

—Ahora nada puedo deciros, exclamó Rebeca sollozando; ¡soy muy desgraciada!. . . . pero repetidme que puedo contar siempre con vuestro cariño.

Y las dos derramaron lágrimas, pues la emoción de la joven había sido fatal para su anciana protectora.

Miss Crawley repitió la protesta, y dejó después á su amiga que la inspiraba una admiración profunda.

Rebeca, reflexionando sobre los acontecimientos imprevistos y maravillosos de aquel día, comenzó por deplorar la pérdida de la buena fortuna que se la había ofrecido.

—Habría podido ser milady, exclamó; habría gobernado al viejo según mi capricho, habría habitado un palacio, habría tenido palco en la ópera, y el año próximo habría sido presentada á la corte. . . . La realidad es esa, y el porvenir ahora es todo duda y misterio.

Pero Rebeca se hallaba dotada de suficiente resolución y energía para persistir largo tiempo en esas lamentaciones de un pasado irrevocable. Calculó, pues, cuáles eran en su situación sus esperanzas, sus dudas y sus probabilidades de buen éxito.

Primeramente estaba casada, y este era el punto principal. Sir Pitt lo sabía. Tarde ó temprano

tenía que saberlo: ¿por qué aplazar lo que puede hacerse sobre la marcha?

Pero ¿cómo recibiría esta noticia miss Crawley? Rebeca dudaba, y sin embargo no podía olvidar las opiniones manifestadas por miss Crawley, su desprecio declarado por el nacimiento, sus opiniones de un liberalismo avanzado, sus disposiciones novelescas, su afecto á su sobrino, y por fin el cariño que á ella la mostraba.

—Me quiere tanto, decía Rebeca, que todo me lo perdonará; está tan acostumbrada á mí, que no creo pueda encontrarse bien en mi ausencia. Cuando sepa la noticia, habrá ataques de nervios, contienda y una reconciliación final. En suma, habría debido declarárselo ya y lo haré cuanto antes.

Decidida así Rebeca, se preguntó cuál era el mejor medio para ello; ¿debía hacer frente á la tempestad ó debía huir temiendo los primeros rayos? Presa de estas meditaciones escribió la siguiente carta.

“Mi querido amigo: la crisis de que tan á menudo hemos hablado, se va á declarar al fin; mi secreto está divulgado en parte y me hallo persuadida de que ha llegado la hora de aclarar todo el misterio. Sir Pitt vino á verme esta mañana. . . . ¿y para qué. . . . No lo creeriais; para hacerme una declaración en regla. . . . ¡Qué desgracia! Habría podido ser lady Crawley. . . . ¡Dios mío! Tiemblo con la idea de que todo va á saberse muy pronto.

“Sir Pitt sabe que estoy casada, pero ignora con quién; y gracias á esto, no se ha incomodado. Miss Crawley, mi buena tia, no está contenta con mi negativa á las proposiciones del baron; pero sin embargo, sigue conmigo tierna y bondadosa. ¡Qué golpe tan terrible será para ella nuestra noticia! No obstante, su cólera pasará; os quiere demasiado para no perdonaros. . . . Mi querido amigo, una voz me dice en mi corazon que saldremos victoriosos. Dejaréis vuestro horrible regimiento, el juego, las carreras de caballos, y seréis un hombre de bien, calavera; viviremos juntos en Park-Lane y heredaremos todo el dinero de mi tia.

“Trataré de ir á paseo mañana como de costumbre. Si me acompaña miss Briggs vendréis á comer, y me traeréis la respuesta entre las hojas del tercer tomo de los *Sermones de Porteus*. Pero de todos modos venid á ver á la que os ama.

R. . . .

A MISS ELISA STYLES.

En casa de M. Barnet, sillero, Knights-Bridge.

Estamos seguros de que no hay uno de nuestros lectores que no posea bastante penetracion para haber descubierto ya que esa miss Styles, antigua amiga de colegio de Rebeca, segun ella decia, con quien estaba en correspondencia muy seguida, y

que iba á buscar sus cartas á casa del sillero, llevaba espuelas de cobre y grandes bigotes, pues era el capitán Rawdon Crawley en persona.

## XVI.

### **Complicacion de acontecimientos.**

¿Cómo se hizo aquel matrimonio? Muy sencillamente. No es posible impedir á un capitán que se case con una jóven, ambos en la mayor edad, ni que compre su licencia. A mayor abundamiento, es sabido que cuando una mujer tiene una voluntad, siempre halla modo de cumplirla. Pero hé aquí lo sucedido. Una vez que miss Sharp fué á pasar la tarde en casa de su querida amiga miss Amelia Sedley, se habria podido ver á una jóven muy parecida á ella entrar en una iglesia de la Cité, acompañada de un caballero de hermosos bigotes, y salir un cuarto de hora despues con el mismo caballero que la llevó á un coche parado á la puerta: —habíase celebrado ya el santo matrimonio.

Nadie puede hacer un crimen á Rawdon de su casamiento con Rebeca; estaba enamorado de ella perdidamente; y además, si el hombre se casara siempre con prudencia, el mundo se encontraria muy pronto despoblado.

De este modo, pues, cuando Rebeca le anunció

que se acercaba la gran crisis, y que habia llegado el tiempo de la accion, Rawdon contestó que estaba dispuesto á obrar bajo sus órdenes. No fué necesario que pusiera su carta en el tomo de sermones. Rebeca pudo salir sola y encontró al capitán; durante la noche habia madurado su plan y dió parte á Rawdon del resultado de sus determinaciones. Este lo aprobó todo.

Miss Crawley no podría menos de dar su consentimiento.

—Teneis entendimiento por los dos, Rebeca, decia el capitán, y saldremos del precipicio; no he visto persona que os iguale, y sin embargo, he conocido gente muy despierta.

Despues de esta profesion de fe, el dragon de corazon ardiente confió á ella el cuidado de guiar la ejecucion de su proyecto, concebido en el interes comun, y ejecutó puntualmente sus órdenes. Su papel se limitaba á tomar para él y su esposa, un cuarto retirado en las inmediaciones del cuartel; pues Rebeca se hallaba decidida á que la robara el capitán, y obraba en esto cuerdamente, á nuestro parecer. Rawdon estaba loco de júbilo con tal resolucion; hacia ya muchas semanas que la suplicaba tomara ese partido.

Al punto encontró habitacion; llevó á ella un piano y la llenó de flores. En todo se veia un lujo extraordinario. Ademas, se puso á comprar vestidos, pañuelos, guantes, medias de seda, relojes de oro, brazaletes y objetos de perfumería con toda

la profusion de un amor ciego y de un crédito ilimitado.

Los sucesos del día anterior, la admirable conducta de Rebeca en presencia de unas proposiciones tan brillantes, la desgracia misteriosa que la aquejaba, y la resignación silenciosa con que soportaba su aflicción, aumentaron la ternura ordinaria de miss Crawley.

En cuanto se trata de matrimonio, legiones de mujeres se ponen en movimiento, y vibran las fibras nerviosas de cada una de ellas.

Miss Sharp era la heroína del día, gracias al misterio de sus amores.

Nunca Rebeca había cantado con voz tan suave, ni había tenido una conversación tan seductora como la noche que precedió á los preparativos mencionados. Tenía en su mano el corazón de miss Crawley. Hablaba de la proposición de sir Pitt y la consideraba como un capricho extravagante propio de un anciano. Así pasó la noche.

En la casa se hallaba bajo las órdenes de mistress Firkin una joven criada que, entre otras funciones, tenía la de llamar todas las mañanas á la puerta de miss Sharp, con el jarro de agua caliente que Firkin no la habría llevado en persona por todo el oro del mundo.

Dos días después de las proposiciones de sir Pitt á Rebeca, el sol salió como de costumbre, y la criada llevó el agua caliente á la institutriz.

Llamó á la puerta dos veces sin recibir respuesta; entonces abrió y entró en el cuarto.

La cama estaba intacta; en un rincon del aposento habia dos cofres pequeños bien atados, y en la mesa, delante del balcon, habia una carta.

La criada arrojó en torno suyo una mirada de sorpresa y de satisfaccion, tomó la carta con la punta de los dedos, y un instante despues estaba con ella en el cuarto de miss Briggs.

Miss Briggs se apresuró á leer lo siguiente:

“Querida miss Briggs: en vuestro escelente corazon hallaréis simpatía y conmiseracion por vuestra pobre amiga. Con muchas lágrimas, con muchas bendiciones, me alejo de esta casa, donde la infeliz huérfana ha encontrado siempre tesoros inagotables de bondad y afecto. Obedezco á derechos superiores á los que puede tener sobre mí mi bienhechora; obedezco á mi deber, que me llama al lado de mi marido. Sí, estoy casada, y mi marido me ordena que me reuna con él en el humilde hogar que debe en adelante servirnos de morada. Querida miss Briggs, tendréis la bondad de anunciar esta noticia á mi amada amiga y protectora. Decidla que antes de partir he derramado lágrimas sobre su almohada, sobre esa almohada donde tan á menudo he calmado sus dolores. . . . ¡Ah! mis deseos son de cuidarla siempre! ¡Con qué alegría volveré á su casa! . . . Pero tiemblo esperando su respuesta que va á decidir de mi destino. Cuando sir Pitt se dignó ofrecerme su mano, honor de que me



considero digna, mi amada miss Briggs, confesé á sir Pitt que estaba ya casada, y me perdonó; pero me faltó ánimo para decirle todo, para declararle que no podia ser su mujer porque era ya su hija!... Me he casado con el mejor, con el mas generoso de todos los hombres; el Rawdon de miss Crawley es mi esposo. Manda, y yo inclino la cabeza; me llama á nuestra humilde casa, y le seguiré por todo el universo. Mi buena amiga, sed la mediadora cerca de la adorada tia de mi Rawdon; suplicad por él y por la pobre jóven á quien toda su noble raza ha mostrado un afecto sin igual. Pedid á miss Crawley que reciba á sus hijos, y para terminar, mil bendiciones sobre la querida casa que abandono.

A las doce de la noche.

REBECA CRAWLEY.

En el momento en que Briggs concluia la lectura de esta carta interesante, gracias á la cual volvia á ocupar su puesto de primera confidenta cerca de miss Crawley, entró en el aposento mistress Firkin.

—Acaba de llegar mistress Bute Crawley, exclamó, y pide un poco de té; ¿quereis bajar para que la preparen el almuerzo?

Briggs se apresuró á bajar sin soltar la carta de Rebeca.

Cuando mistress Bute, que estaba calentándose en la chimenea del comedor, supo por miss Briggs

la noticia de aquel casamiento clandestino, se felicitó de su llegada para ayudar á soportar á miss Crawley un golpe tan terrible. Rebeca era una tuntueta artificiosa, siempre habia desconfiado de ella; y en cuanto á Rawdon Crawley, le habia tenido siempre por un disipador.

—Su locura, añadía mistress Bute, será útil para abrir los ojos á miss Crawley, sobre el verdadero carácter de ese hombre indigno de su afecto.

Mistress Bute tomó su té con muchas tostadas de manteca. Entretanto el mozo traía su equipaje á la casa de la fonda Gloster donde se habia apeado.

Miss Crawley no salía nunca de su cuarto antes de las doce del día. Tomaba el chocolate en la cama mientras Rebeca la leía el *Morning-Post*, ó la distraía de cualquiera otra manera.

Los corifeos del piso inferior acordaron no darla la noticia hasta que se presentara en la sala; sin embargo, la anunciaron que mistress Bute habia llegado á la fonda Gloster, y que la saludaba y la pedía permiso para almorzar con miss Briggs.

La llegada de mistress Bute, que en otros tiempos no la habia sido agradable, la causó entonces cierta satisfaccion. Miss Crawley se alegraba de poder hablar con ella de la difunta lady Crawley, de los preparativos para los funerales y de las proposiciones de sir Pitt á Rebeca.

Dejaron, pues, á la anciana, que se acomodara á

su gusto en su butaca favorita, y que se acabarían los saludos y las preguntas de costumbre con la recién llegada, y al fin los conjurados pensaron que se hallaban en el momento oportuno.

¿Quién no ha tenido ocasión de admirar los artificios y sutilezas empleados por las mujeres cuando van á dar una mala noticia? Estas dos se rodearon de tanto misterio, que sin haber pronunciado una palabra despertaron en miss Crawley la inquietud y la duda.

—Mi querida miss Crawley, decia mistress Bute, no ha querido casarse con sir Pitt. . . . pero. . . . vamos, valor. . . . pero ha sido porque no podia obrar de otro modo.

—Siempre hay un por qué en las cosas, respondia miss Crawley, es porque ama á otro; ayer se lo dijo á Briggs.

—Sí, ama á otro, decia miss Briggs; y ya se ha casado con él.

—¡En efecto, está casada! repetia mistress Bute acentuando bien todas las sílabas.

Y ambas con las manos cruzadas se miraban una á otra, y luego clavaban los ojos en miss Crawley.

—¡Y no decirme nada! ¡Qué disimulada es!. . . . Pero que venga pronto, exclamaba miss Crawley.

—¡Ay! no volverá por ahora; aquí es donde debéis mostrar todo vuestro valor, mi querida amiga; se ha marchado por mucho tiempo. . . . se ha marchado para siempre.

—¡Santo Dios! ¿Y quién me hará el chocolate?

Que vayan á buscarla y que vuelva. . . . quiero que vuelva al instante, gritaba la anciana.

—No hay mas remedio que decírselo todo.

—Sí. . . . para qué atormentarla.

—¿Con quién se ha casado?

—Con un pariente de. . . .

—Acabad. . . . me vais á volver loca; decia miss Crawley en el colmo de la exasperacion.

—Sí. . . . hablaré. . . . miss Briggs, sostenedla; se ha casado con Rawdon Crawley.

—¡Rawdon casado con Rebeca! ¿con una institutriz? . . . . ¡no. . . . no. . . . salid de mi casa. vieja loca. . . . vieja idiota! . . . . ¿cómo os atreveis? . . . . . estabais en la trama. . . . por vuestra culpa se ha casado. . . . habeis creido que así le despojaría en vuestro favor. . . . Tengo la vista clara.

Y el furor de miss Crawley era ilimitado.

—¡Ah, qué afliccion! . . . . una persona de vuestra sangre casarse con la hija de un maestro de dibujo!

—Su madre pertenecía á los Montmorency, decia miss Crawley tirando fuertemente del cordon de la campanilla.

—Su madre bailaba en la ópera, dijo mistress Bute.

Miss Crawley lanzó un grito y cayó desmayada.

La subieron á su cuarto; las crisis nerviosas se sucedian sin interrupcion. . . . Llamaron al médico, y mistress Bute se instaló como enfermera.

Apenas habian subido á miss Crawley á su cuar-

to, cuando sobrevino un nuevo personaje á quien hubo que poner al corriente de los hechos: era el baron.

—¿Dónde está miss Sharp? preguntó; vengo á buscarla para llevárinela á Crawley-la-reina.

—¿No sabeis la noticia de su matrimonio clandestino? preguntó miss Briggs.

—Nada me importa, dijo sir Pitt; casada ó no, que baje al instante.

—¿Pero no sabeis, añadió miss Briggs, que ya no está en casa? Miss Crawley ha estado á punto de morir cuando la dijimos que se habia casado con el capitan Rawdon.

Al oír sir Pitt que Rebecca era la mujer de su hijo, salió de su boca un torrente de palabras mal sonantes que provocaron la rápida fuga de la pobre miss Briggs.

Cuando sir Pitt regresó á Crawley-la-reina, se entregó á los escesos del delirio mas desatinado, y entrando en el cuarto que habia ocupado miss Sharp, destruyó á patadas los cofres, y luego rasgó todos los papeles, todos los vestidos y todos los trapos. La hija del mayordomo aprovechó una parte de estos restos, y lo demas se lo llevaron las niñas para disfrazarse y hacer comedias.

Pocos dias hacia que su pobre madre habia sido enterrada, y ni una lágrima siquiera habia acompañado á sus cenizas, depositadas entre otras cenizas todas estrañas para ella.

—¿Y si la vieja no se apacigua? decia Rawdon á

su mujer en su elegante casita de Brompton, donde ésta había pasado la mañana en probar su piano nuevo, sus guantes ajustados, sus pañuelos, que la sentaban perfectamente, sus sortijas que brillaban en sus torneados dedos, y su reloj que llevaba á la cintura.

—Yo me encargo de vuestra fortuna; respondía Rebeca.

Y Dálila acariciaba á Samson.

—En vos confío, dijo Rawdon besando con amor la mano diminuta de su esposa.

## XVII.

14

### **El capitán Dobbins compra un piano.**

Si hay en el mundo un lugar donde la sátira y el sentimiento puedan reunirse, donde la risa y las lágrimas se presentan en contrastes más extraños, donde cualquiera puede mostrarse agudo y patético con toda oportunidad, es seguramente en una almoneda.

En una almoneda estamos pues; y abreviando pormenores, vamos á tratar exclusivamente de un objeto de los que se sacaron á remate: era un pequeño piano vertical que habían bajado de las regiones elevadas de la casa; el gran piano de cola estaba ya vendido.

15

N.E.T. 14. Solución idéntica a la de las traducciones de Pedro González-Blanco (¿1900?), Gregorio Lafuerza (1915) y Alfonso Nadal (1943).

N.E.T. 15. Párrafo que resume el episodio en el que se subastan los bienes de la familia Sedley. Rodríguez Espinosa, M. (2007) "La clave mexicana y la mediación francesa en las primeras traducciones al español (1860-1915) de 'La feria de las vanidades' de William Makepeace Thackeray", J.J. Zaro (ed.). Traductores y traducciones de literatura y ensayo. Granada, Comares, pag. 143.

Una jóven y un oficial se disputaban el piano, que al fin quedó por el último.

—¡Rawdon! exclamó la señora, es el capitán Dobbin.

Quizá Rebeca no estaba contenta con el piano que la habia alquilado su marido, ó quizá tenia para ella un precio particular este de que aquí se trata, porque habia pertenecido á nuestra querida Amelia Sedley.

La almoneda tenia lugar en la antigua casa de Russel-Square, donde hemos pasado algunas noches al principio de esta historia. John Sedley estaba arruinado, su quiebra habia sido anunciada en la Bolsa, y por consiguiente habia habido que proceder á su ejecucion comercial.

Varios amigos se disputaron los vinos, la vajilla y los muebles; en cuanto al piano de Amelia, como debia necesitarle, y como el capitán Dobbin no conocia el uso de semejante instrumento, es de suponer que no lo habia comprado para sí.

Aquella misma tarde fué llevado á una bonita casa de un barrio romántico, donde las habitaciones parecen casitas de muñecas; los árboles de los jardinillos que se estienden al frente de las fachadas están cubiertos de una eterna vegetacion de delantales de niños, de calcetitas encarnadas, de gorritos, &c. El que no quiera ruido, que no se averture por esos lugares apartados. Todas las tardes los dependientes de las casas de la Cité van á descansar allí de sus fatigas diarias. Clapp el de-

pendiente principal de M. Sedley tenia su morada en ese barrio, y en ella el buen anciano encontró un refugio para él, su mujer y su hija en el momento de la catástrofe.

Al saber la desgracia de su familia, José Sedley hizo todo lo que habia que esperar de un hombre de su temperamento. No fué á Lóndres, pero escribió á su madre que tomara en casa de sus banqueros lo que necesitase. Ya quedó tranquila su conciencia; su familia no podia caer en la miseria.

Tomadas estas disposiciones, José Sedley se fué á la fonda de Chetenham tan alegre como de costumbre; luego dió su paseo, jugó al wisth y repitió sus historias de la India; su viuda irlandesa le lisonjeaba como si nada hubiera sucedido.

Sus ofrecimientos de dinero, á pesar de que el caso era urgente, produjeron poca impresion en la familia.

Suponemos que el lector se ha formado una idea muy elevada de la sensatez del capitan y de mistress Rebeca, para atribuirles nunca el pensamiento de hacer una visita en un barrio tan retirado como Bloomsbury, si hubieran podido sospechar que allí encontrarían personas en la miseria, cuyas relaciones ninguna utilidad podían proporcionarles. Rebeca se sorprendió al ver aquella casa opulenta, donde antes habia hallado tan buena acogida, saqueada por los mercaderes y los compradores.

Un mes despues de su fuga se habia acordado de



Amelia, y Rawdon, acogiendo su proposición con una sonrisa irónica, se había mostrado dispuesto á visitar á Jorge Osborne.

—Esceleste amistad, decia, tengo que venderle otro caballo, y echaremos tambien algunas mesas de billar; es lo que se llama una amistad útil.

Entretanto la tia no se ablandaba. Un mes habia transcurrido y seguia cerrada la puerta de la casa para Rawdon. Sus criados tampoco podian penetrar allí y le devolvian sus cartas sin abrirlas.

Miss Crawley no salia, porque seguia indispueta. Mistress Bute no se separaba de ella un instante, cosa que preocupaba mucho á Rawdon y á su mujer.

—Es una mujer muy astuta y de mala intencion, decia Rebeca.

Rawdon se consideraba muy feliz en su matrimonio; cuando queria salir, Rebeca jamas se lo impedia; y cuando se quedaba en casa tocaba el piano, cantaba, hacia jarabes que á él le gustaban mucho, cuidaba bien la comida, calentaba sus babuchas y le prodigaba cuidados y atenciones incessantes.

Decia mi abuela que no puede ser buena una mujer si no es hipócrita. Nunca podemos saber los hombres todo lo que el otro sexo nos disimula, ni qué destreza y artificios se ocultan bajo su máscara de confianza y de franqueza, ni qué maniobras ponen en juego para agradarnos, engañarnos y desarmarnos con sonrisas inocentes en apariencia.

No hablo aquí de las grandes coquetas, sino de las mujeres que son modelos domésticos, prodigios de virtud femenina. Una mujer casera y hacendosa, tiene la diplomacia en la punta de los dedos.

Tales cuidados habian metamorfoseado á Rawdon Crawley, que de veterano de la licencia se habia convertido en un marido muy sumiso y dichoso. Habia roto completamente con sus antiguos hábitos; en su club preguntaron una ó dos veces lo que habia sido de él, y luego acabaron por olvidarle. Pasaba las noches junto á la chimenea, en compañía de una mujer risueña y alegre, delante de una mesa bien provista, y esta existencia tenia, para él, el encanto de todo lo que es nuevo.

A nadie habia dado parte de su boda, y tampoco la habia anunciado en el *Morning-Post*, pues de otra manera, al saber sus acreedores que se habia casado con una mujer sin fortuna, le habrian dado una vida de perros.

Rebeca estaba decidida á no declarar su nueva posicion hasta que la tia se hubiese reconciliado con ellos. Así vivia en Brompton sin ver á nadie, excepto á los amigos íntimos de su marido. Este abusaba mas y mas de su crédito. Tenia un activo de deudas muy respetable, que hábilmente esplotado, podia servirle de sosten durante mucho tiempo; ciertos habitantes de las grandes ciudades saben darse con deudas una vida mejor, que otros con mucho dinero.

Un día, leyendo la gaceta Rawdon, encontró el aviso siguiente:

“ El teniente J. Osborne acaba de comprar el “ grado de capitán á Smith, que ha hecho dimision. ”

Y al punto manifestó una estimación hácia el novio de Amelia, que la consecuencia fué una visita á Russell-Square.

Rawdon y su mujer habrían querido acercarse al capitán Dobbin en la almoneda, para saber algunos pormenores sobre la catástrofe de los Sedley; pero el capitán desapareció en la muchedumbre, y no hubo medio de enterarse de nada.

## XVIII.

### **Que trata de quién tocó en el piano comprado por el capitán Dobbin.**

16

Nuestra relación se halla mezclada por cierto tiempo con sucesos y nombres famosos de la historia. Cuando las águilas de Napoleón tomaron su vuelo en la Provença, donde habían caído al regresar de la isla de Elba, y de campanario en campanario llegaron á las torres de Nuestra Señora de París. las águilas imperiales hicieron, sin duda, muy poco caso de un rincón de la parroquia de Bloomsbury, en Lóndres, donde se pensaba en

N.E.T. 16. La traducción del título de este capítulo es idéntica a las que figuran en los textos de Pedro González-Blanco (¿1900?) y Gregorio Lafuerza (1915).

otros asuntos, que en el ruido de sus alas poderosas.

—¡Napoleon ha desembarcado en Cannes!

Semejante noticia podia esparcir un terror pánico en Viena, podia destruir los planes de la Rusia, amenazar la integridad de la Prusia, preocupar un poco á Metternich y á Talleyrand; y por último, dejar atoutados al príncipe de Hardemberg y al marqués de Londonderry; pero, ¿quién habria creido que el gran sacudimiento de la gran lucha imperial debia hacerse sentir hasta en el destino de una niña de diez y ocho años, cuya alma se hallaba embriagada en pensamientos de amor?..... ¡Pobre flor del hogar doméstico!..... El soplo impetuoso de la guerra te arrastrará tambien en sus implacables torbellinos. Sí, Napoleon intenta dar un golpe supremo, y el dado fatal que rueda, se lleva consigo la felicidad de la desgraciada Amelia Sedley.

La fortuna de su padre desapareció sin esperanza con la fatal noticia. Todo le habia salido mal al pobre anciano; sus últimas operaciones fueron desastrosas; sus banqueros habian quebrado. Los fondos subieron cuando pensó que bajarían; si la fortuna es rara y viene lentamente, en cambio todo el mundo sabe que los desastres son rápidos.

No obstante, el viejo Sedley habia comprimido su tristeza en su corazon, y todo parecia marchar como de costumbre en su opulenta y apacible casa. La excelente mistress Sedley continuaba su vi-

da ociosa, y su hija se absorbía mas y mas en un pensamiento tierno y egoista, aislándose de las personas que la rodeaban cuando sobrevino la catástrofe.

Una noche mistress Sedley preparaba las esquelas de convite para una fiesta que debia dar; los Osborne habian dado una, y preciso era que ella los visitara.

John Sedley entró muy tarde y se sentó á la lumbré sin decir una palabra.

Amelia se habia subido á su cuarto muy abatida y triste.

—Amelia sufre, dijo la madre; Osborne la descuida. Me es insoportable el tono que se quiere dar esa familia. Ellas no han puesto aquí los piés hace tres semanas, y Jorge escasea sus visitas. Eduardo Dale le ha visto en la Opera; estoy segura de que Eduardo se casaria con Amelia, y en cuanto á Dobbin, no desea otra cosa; pero me horrorizan los militares. De todos modos tenemos que dar una buena leccion; mirad con buenos ojos á Eduardo, y pronto cambiarán las cosas. . . . Pero, ¿por qué no me respondeis? ¿Qué ha sucedido?

John Sedley se levantó de su silla, y yendo á su mujer, la estrechó entre sus brazos y la dijo con voz entrecortada:

—Estamos arruinados, María; hay que volver á empezar, pero voy á decíroslo todo.

Y al hablar así temblaba en todos sus miembros y desfallecia; pues temia que su mujer no pudiera

soportar las nuevas que la esperaban; su mujer, á quien nunca habia dicho una palabra que pudiera entristecerla. Pero él estaba mas abatido que ella; hecho aquel esfuerzo volvió á caer en su silla, y su mujer acudió á consolarle; le abrazó, y abrazada le dijo mil palabras que la inspiraban su amor y su ternura. Aquella voz fiel, aquellas caricias tenian suspendido el corazon del pobre hombre entre una felicidad y una tristeza inesplicables, y penetraban en aquella alma dolorida como un rayo de alegría y de consuelo.

En el curso de aquella larga noche, el viejo Sedley, sentado junto á su mujer, derramó en su seno los dolores concentrados en el fondo de su alma, y le dijo la historia de sus pérdidas y de sus apuros, las traiciones de sus mejores amigos, la noble delicadeza de algunas personas de quienes nada se habia prometido nunca; y solo una vez, en medio de aquella historia dolorosa, su fiel compañera dió rienda suelta á su emocion.

—¡Dios mio! exclamó; esta desgracia va á quebrantar el corazon de Amelia.

El padre no se habia acordado de la pobre niña, que estaba en su cuarto presa del insomnio y del dolor, sola, en medio de sus amigos, sola en la casa paterna. . . . ¿No es verdad que hay pocas personas á quienes se puedan confiar las penas del corazon? ¿Quién puede franquearse con almas frías, insensibles, ó con personas incapaces de comprender? Nuestra querida Amelia se hallaba así encer-

rada en su soledad; desde el momento en que tuvo secretos se halló sin confidentes..... ¿Cómo decir á su madre sus dudas y sus inquietudes? Sus futuras hermanas la desdeñaban mas y mas cada dia.

Sin embargo, su corazon se esforzaba en conservar el convencimiento de que Jorge Osborne era fiel y digno de su amor, á despecho de todas las pruebas contrarias. Y no obstante, ¡cuántas palabras de amor le habia ella dicho sin poner en conmocion sus fibras sensibles! ¡Cuántas sospechas bien justificadas de egoismo y de indiferencia, no habia tenido que rechazar su corazon! ¿A quién aquella pobre víctima podia contar sus luchas y sus tormentos de cada dia? Ni su héroe comprendia sus padecimientos. ¡Ah! La faltaba valor para confesar que el hombre á quien amaba la era inferior bajo todos conceptos, y que se habia apresurado demasiado á dar su corazon. Pero estaba ya dado, y la pura y casta Amelia era demasiado humilde, demasiado tierna, demasiado débil, demasiado mujer, en fin, para recuperar su libertad perdida.

Aquel pobre corazon padeció mucho cuando en Marzo de 1815 Napoleon desembarcó en Cannes y Luis XVIII se fugó; un pánico general se apoderó de la Europa, los fondos bajaron, y el viejo Sedley se quedó en la miseria.

John Sedley se vió obligado por su indigencia á despedir á los criados, que se mostraron muy afligidos al perder tan buenos acomodos, y en suma,

se consolaron pronto entrando en otras casas. En cuanto á la anciana mistress Blenkinsop, que habia visto nacer á José y Amelia, y que servia á John Sedley y á su mujer desde el dia de su boda, se quedó con ellos gratuitamente, pues habia reunido una cantidad bastante regular desde su entrada en la casa. Siguió, pues, á sus amos á su modesto refugio, donde les prodigaba sus cuidados, y de tiempo en tiempo sus gruñidos.

Entre las persecuciones judiciales que mas hirieron al pobre Sedley, se distinguieron las que procedian de John Osborne. Habia sido éste su amigo y su vecino; al principio de su carrera encontró en Sedley un apoyo y le debia muchísimos favores; ademas, John Osborne debia casar su hijo con la hija de Sedley: ¿no era esto bastante para explicar sus rigores y su animosidad?

—Eres un infame, puesto que está tu nombre en las columnas de la Gaceta, dice siempre la prosperidad al pobre diablo hundido en el abismo de la miseria.

Osborne se sentia herido por el recuerdo de los beneficios que le habian hecho; este es siempre un gran motivo de odio y de hostilidad. Por último, se habia roto el matrimonio proyectado entre Amelia y su hijo. Como ya los pasos habian adelantado mucho, y como la felicidad, quizá la honra de la pobre Amelia, estaban comprometidas, para llegar á un rompimiento era preciso invocar razones de fuerza mayor: John Osborne necesitaba proclamar á la



faz del mundo, que era muy triste la reputacion de John Sedley.

En todas las reuniones de acreedores afectaban con Sedley una crueldad y un desprecio que acababan de quebrantar el corazon de aquel infeliz agobiado ya por su ruina. Se oponia á toda entrevista entre Jorge y Amelia, amenazaba al jóven con su maldicion si infringia sus órdenes, y trataba á la pobre niña como á la mas pérfida y vil de todas las criaturas.

La noticia del desastre de su padre y la mudanza de Russell-Square fueron para Amelia como una declaracion, de que en lo sucesivo todo estaba concluido ya entre ella y Jorge, entre ella y su amor, entre ella y su felicidad, entre ella y su fe en este mundo. Una carta grosera é insultante de John Osborne, puso en su conocimiento que la conducta de su padre destruia todos los proyectos formados por entrambas familias.

Amelia demostró mas calma y resignacion que habia esperado de su madre; vió en esta noticia la confirmacion de los negros presentimientos que hacia tanto tiempo la agitaban. Era la sentencia dada contra el crimen de que ella era culpable hacia mucho tiempo; el crimen de amar con pasion, con ceguedad, sin consultar la razon fría. Y no era mas desgraciada ahora con la certidumbre de sus esperanzas engañadas que en el tiempo en que habia tenido ante sus ojos la triste realidad sin querer fijar su vista en ella.

Pasó de un palacio á una choza sin quejarse, sin estar coumovida; se encerraba menos tiempo en su cuarto, pero se consumia; y diariamente se podian notar los progresos del mal que la devoraba.

La animosidad que Osborne habia manifestado con motivo del proyecto de matrimonio entre Jorge y Amelia, podia compararse únicamente con el resentimiento que manifestaba el viejo Sedley cuantas veces trataba delante de él de semejante asunto. Maldecia á Osborne y á su familia, los llamaba séres sin gratitud, sin fe; repetia que ninguna fuerza humana podria obligarle á dar su hija al hijo de tal miserable, y mandaba á Amelia que olvidara á Jorge y le devolviese todas las cartas y todos los regalos que de él habia recibido.

Amelia prometió obedecer y se dispuso á ello. Envolvió las fruslerías que la habia dado Jorge, sacó sus cartas del sitio en donde las guardaba, y las leyó una por una como si no las supiera de memoria. Pero no tenia fuerzas bastantes para separarse de ellas, y ocultó sus cartas en el pecho como una madre desesperada estrecha sobre él su hijo difunto. Amelia creia que moriria ó se volveria loca si la arrebataban ese consuelo supremo.

¡Qué alegría brillaba en otro tiempo en su rostro cuando llegaban aquellas cartas á sus manos! ¡Cuán de prisa se alejaba con el corazon palpitante para leerlas sola! Su estilo era frío y glacial; pero, ¡cómo sabia darle ésta todo el ardor de la pasion! Las cartas erau cortas y egoistas; pero ¡ay! no la falta-

ban á ella las excusas en favor del que las habia escrito.

Al leer nuevamente aquellas cartas tan poco dignas de tanto amor, daba rienda suelta á sus ilusiones, revivia en lo pasado; cada una era para ella la señal de un recuerdo. ¡Ay! De todo aquel cariño apagado solo la quedaban en el mundo aquellos tristes restos, y en adelante debia ocupar su vida en sufocar su tristeza en el silencio.

Sed prudentes, niñas, antes de comprometer vuestro corazon. Cuidado con abandonaros á un amor sincero; no digais nunca lo que sentís, ó mejor dicho, no sintais nunca gran cosa. Ya veis adónde conduce una pasion confiada y leal; no os lies en nadie. Casaos como en Francia, donde el *mair*e sirve de confidente, y donde los registros del estado civil reemplazan las cartas amorosas.

Si Amelia hubiera oido los comentarios que sobre ella se hacian en la sociedad de donde la sacaba de repente la quiebra de su padre, habria sabido cuáles eran sus crímenes y cómo habia comprometido su reputacion. Segun mistress Smith, no habia ejemplo de una ligereza tan criminal; mistress Brown habia censurado siempre tan escandalosas familiaridades, y era una leccion para todas las niñas.

—El capitán Osborne no se puede casar con la hija de un hombre que ha hecho quiebra, decia miss Dobbin; bastante es ya ser víctima de las estafas del padre. En cuanto á Amelia, su locura era. . . .

—¿Qué era? preguntaba el capitán Dobbin de mal humor. ¿No se prometieron uno á otro que se casarian, desde la infancia? ¿Y una promesa así no es tan válida como el mismo matrimonio? ¿Quién se atreve á proferir la menor palabra injuriosa contra la mas pura, la mas tierna y la mas angelical de todas las mujeres?

—Poco á poco. William, respondia miss Jane, no monteis tan de prisa contra nosotros en vuestro caballo de batalla, porque no podemos batirnos. Nada se dice contra miss Sedley sino que su conducta ha sido muy imprudente; la desgracia, bien merecida la tiene su familia.

—Vamos, William, repuso miss Ana con un tono irónico, miss Sedley está libre ahora, presentaos, es un buen partido.

—¡Que me case con ella! dijo Dobbin poniéndose encarnado y precipitando sus palabras; no se parece á nosotros en eso de la afición al cambio. Burlaos de una criatura que no puede defenderse; su infortunio y sus penas merecen sin duda vuestras burlas. Valor, miss Ana, sois la mas despierta de la familia, y todos aplauden vuestras necesidades.

—Ya os he dicho que no estábamos en el cuartel, respondió miss Ana.

—Me gustaria oir á alguien hablar en el cuartel como vos hablais, exclamó Dobbin con un entusiasmo caballeresco. Sí, desearia que un hombre se atreviese á decir algo contra ella.

—¡Qué ardor demuestra Dobbin cuando se trata

de esa coqueta descarada! se decian entre sí la madre y las hermanas de Dobbin.

Y temian que no realizándose la boda con Osborne, hallara al punto otro admirador en el capitán.

—¡Qué suerte, decian las jóvenes, que el regimiento haya recibido su orden de marcha! Nuestro hermano va á libertarse del peligro.

Con efecto, el regimiento debia partir, y de esta manera el emperador de los franceses se encuentra mezclado en nuestra historia, que sin la augusta intervencion de ese personaje que no habla, no habria merecido los honores de la publicidad. Él habia causado la ruina de los Borbones y la de M. John Sedley. Su llegada á Paris hacia que se volvieran á tomar las armas en Francia para sostenerle, y en toda la Europa para combatirle. Mientras la nacion francesa y el ejército le juraban fidelidad en torno de las águilas, los cuatro ejércitos mas poderosos de la Europa se reunian para la *caza del águila*, y uno de ellos, el inglés, contaba en sus filas á dos de nuestros héroes; el capitán Dobbin y el capitán Osborne.

La conmocion que experimentó el pais con esa noticia tenia un carácter tan nacional, que desapareció toda cuestion de interes privado. Sin duda por este motivo Jorge Osborne, en posesion ya de su nuevo grado, y pensando tal vez en un ascenso, no se ocupó de otros sucesos que sin duda habrian llamado su atencion en tiempos ordinarios.

La catástrofe de M. Sedley no le entristeció mucho. Se estaba probando su nuevo uniforme que le sentaba á las mil maravillas el día en que se reunió la primera asamblea de acreedores. Su padre le dijo que la conducta abominable de Sedley le obligaba á repetirle que estaba concluido el proyecto de matrimonio con Amelia.

Al decirle esto le entregó una buena cantidad de dinero para que pagara su uniforme y sus charreteras, que le daban un aspecto brillantísimo.

Jorge recibía siempre con agrado el dinero, y aceptó sin ninguna ceremonia la generosa gratificación de su padre.

Los carteles de la almoneda estaban pegados ya en las paredes de la casa de Sedley, donde había pasado tantas horas dichosas. Cuando salió de casa de su padre pudo distinguirlos á la claridad de la luna que los alumbraba con sus pálidos rayos: aquella habitación donde antes había reinado la opulencia, estaba cerrada ya para Amelia y su familia. ¿Dónde se habían refugiado? La idea de su desgracia le produjo una impresión profunda; aquella noche estuvo muy sombrío en el café de Slaughter, bebió con exceso, y sus compañeros lo notaron.

Dobbin llegó y quiso impedir que siguiera bebiendo, pero Osborne le dijo que lo hacía por disipar su tristeza. Su amigo le dirigió muchas preguntas, pero él se negó á entrar en detalles, y dijo únicamente que tenía la cabeza perdida y que era muy desgraciado.

Tres días despues Dobbin fué á visitar á Osborne en el cuartel, y le halló de codos sobre la mesa; en torno suyo habia muchos papeles.

El jóven capitan parecia muy abatido.

—Me ha devuelto todo lo que la he dado, esclamo; mirad estos recuerdos.

Y con el dedo le sañaló un legajito de cartas de una letra que conocia muy bien el capitan Dobbin, y luego algunos objetos, como una sortija, un cuchillito de plata que la compró en una feria cuando eran niños, una cadena de oro y un medallon que contenia pelo.

—Leed esta carta, dijo Osborne con voz desfallecida.

Y le presentaba un billete que contenia estas líneas:

“Cumpliendo con la voluntad de mi padre os devuelvo todos los presentes que me habeis hecho en tiempos mas felices. Esta carta es la última que os escribo. Sin duda alguna deplorais tanto como yo el golpe que hemos recibido. Nuestros infortunios hacen imposible el proyectado enlace entre nosotros; quedais libre, os devuelvo vuestra palabra. Estoy segura de que no nos juzgaréis con la crueldad de M. Osborne, que tanto aumenta nuestra desgracia. Adios. Suplico al cielo que me dé fuerzas para soportar esta prueba y todas las demas que quiera enviarme. ¡Dios os colme de bendiciones!

“Tocaré á menudo el piano. . . en vuestro pia-

no. En ese obsequio he reconocido la delicadeza de vuestro corazón.

AMELIA."

Dobbin tenía un alma muy sensible. Las lágrimas y los sollozos de las mujeres y de los niños le causaban la impresión más viva. La idea de Amelia sumergida en la soledad de su dolor, atormentaba su alma. Había en él un lujo de emoción quizá excesivo para un hombre. Juraba que Amelia era un ángel y que Osborne debía conservar su corazón eternamente.

También Osborne pensaba en la historia de sus dos existencias tan unidas; aquella joven le aparecía, en fin, tal como la había visto desde su infancia, dulce, inocente, encantadora en su sencillez, apasionada y tierna con toda la franqueza de su alma.

¡Qué aflicción, perder aquel tesoro, y no haber sabido apreciar su felicidad en los días en que disfrutaba de ella! Mil escenas de familia cruzaban entonces por su mente, y en medio de todos sus recuerdos la veía siempre buena y hermosa. El remordimiento sobrecogía su alma, y la vergüenza le subía al rostro cuando se acordaba de su egoísmo y de su indiferencia que tanto contrastaba con el candor de Amelia. Las esperanzas de gloria, las alternativas de la guerra, el mundo entero había desaparecido por un instante, y los dos amigos no hablaban más que de ella.



—¿Dónde están? preguntó Osborne despues de una larga conversacion, aunque no sin avergonzarse de su poca premura en seguir á su novia; ¿dónde están? no hay señas en esta carta.

Dobbin sabia las señas. No contento con haber enviado el piano, habia escrito una carta á mistress Sedley. pidiéndola permiso para ir á verla. Y la habia visto la víspera, y á Amelia tambien antes de su regreso á Chatham; más aún, él se encargó de entregar la carta de despedida y los objetos que causaron tal emocion á entrambos amigos.

Mistress Sedley le dispensó la mejor acogida.

Se puso muy contenta con la llegada del piano, que, segun sus conjeturas, era enviado por Jorge en señal de amistad. El capitan no quiso desengañarla, y oyó la relacion de sus desgracias con muestras de la mas viva simpatía. Despues de estas confidencias. Dobbin se sintió con bastante valor para ir á ver á Amelia retirada, como de costumbre, en su cuarto; estaba desconocida.

Parecia una sombra; pintábase la desesperacion en su rostro con rasgos tan elocuentes, que Dobbin se estremeció al verla, y leyó los presagios mas siniestros en aquella fisonomía descolorida é inmóvil.

Al cabo de uno ó dos minutos le entregó el paquete y le dijo:

—Para el capitan Osborne..... supongo que está bueno..... os agradezco vuestra visita..... estamos muy bien en nuestra nueva habitacion.... Creo, mamá, que puedo retirarme.... estoy un poco débil.

La pobre niña hizo un saludo acompañado de una sonrisa y se retiró. La madre al acompañarla á su cuarto echó á Dobbin una mirada tristísima.

Dobbin estaba muy conmovido; la jóven le inspiraba ya un profundo cariño, pues cuando salió de la casa, su alma era presa del dolor, de la compasión, del temor, como si hubiese sido culpable, como si sintiera el peso de un remordimiento.

Cuando supo Osborne que su amigo había visto á Amelia, le hizo mil preguntas. ¿Cómo estaba? ¿Cómo la había hallado? ¿Qué decía?

Dobbin tomándole una mano y mirándole á la cara, le dijo:

—¡Jorge, se muere!. . . .

---

En la casita donde la familia Sedley había encontrado un refugio, había una criada irlandesa de buenos sentimientos. Esta muchacha intentaba en vano consolar á Amelia.

Cuatro horas habían trascurrido despues de la entrevista de Dobbin y de Osborne, cuando la criada entró en el cuartito donde se encontraba Amelia silenciosa como de costumbre, pensando en sus cartas, su único tesoro en este mundo. La cria-

da muy alborozada y contenta, hizo mil esfuerzos inútiles para llamar la atención de la joven.

—¡Miss Amelia! la dijo.

—Aquí estoy, contestó Amelia, sin moverse.

—Una carta, repuso la criada, una carta nueva para vos, no leáis las viejas.

Y la entregó entonces un billete, en que Amelia leyó lo que sigue:

“Amelia, amor mio, tengo que veros precisamente; recibidme.”

Su madre y Jorge estaban en el umbral de la puerta, esperando á que concluyera la lectura de la carta.

## XIX.

### Miss Crawley y su enfermera.

Mistress Firkin, la doncella de miss Crawley, se apresuraba á notificar á mistress Bute Crawley, todos los sucesos de alguna importancia para la familia que llegaban á su conocimiento. En cambio esta señora miraba con una atención particular, á la mujer de confianza de miss Crawley, así como á miss Briggs, la señorita de compañía de la anciana.

Mistress Bute habia hablado tan á menudo á

Briggs y á Firkin de la amistad que las profesaba, de lo que haria en su favor si la tocaba á ella la fortuna de miss Crawley, que las personas susodichas la tenian en alta consideracion.

Rawdon Crawley, por el contrario, jamas habia pensado en granjearse las simpatías de las dos mujeres, á quienes miraba con el desden mas pronunciado.

Vosotros, los que comenzais á vivir, no seais avaros de alabanzas para todo el mundo. No os hagais jamas los incorruptibles; echad incienso de firme á las personas; no desprecieis ninguna ocasion de alabrarlas. Imitad al labrador que no veia jamas un pedacillo desocupado de sus haciendas, sin sacar al punto de su bolsillo una bellota para plantarla en él; así debeis sembrar vuestras alabanzas en la vida. Una bellota poco es; pero algun dia podrá producir un buen árbol.

Mientras duró su favor, Rawdon Crawley obtuvo una sumision forzosa; despues de su desgracia no encontró apoyo en nadie. En cambio, al encargarse mistress Bute de la casa, todo el mundo se felicitó de hallarse á las órdenes de un gefe que prometia tanto.

Mistress Bute no se hacia ilusiones, y esperaba un asalto por parte del enemigo para reconquistar la posicion perdida. Conocia la astucia y habilidad de Rebeca, y la creia capaz de todo antes de aceptar su suerte; ella debia, pues, hacer sus preparativos de combate y redoblar la vigilancia.

¿Qué resistencia opondría miss Crawley? ¿No tenía un deseo secreto de abrir las puertas al enemigo vencido? Quería mucho á Rawdon, y sobre todo á Rebeca, que sabía distraerla.

Aunque estaba muy decaída y no podía vivir mucho tiempo, era preciso ponerla al abrigo de las empresas enemigas.

Cuando miss Crawley se encontraba mejor, si la decían que estaba mal ó que lo parecía, al punto mandaba que viniera el médico. Después de aquella evasión inesperada, que fué para ella un golpe tan fatal, mistress Bute pensó que debía decir al médico y al boticario, á los criados y á la señorita de compañía, que miss Crawley se hallaba en una situación deplorable, y que era preciso tener mucho cuidado. Había mandado echar media vara de paja sobre la calle, y el aldabon de la puerta estaba envuelto por medida de precaucion. Había exigido que el médico la hiciera dos visitas diarias, y cada dos horas inundaban á la enferma de bebidas y de pociones. Cuando penetraban en el cuarto, ordenaba con tanto empeño que no metieran ruido, que la pobre anciana saltaba en su lecho. Miss Crawley no podía moverse sin distinguir los ojos saltos de mistress Bute que se clavaban en ella con una inmovilidad sepulcral, y parecían brillar en medio de las tinieblas, mientras iba y venia por la habitacion con la ligereza y el silencio del gato.

Miss Crawley pasaba mucho tiempo en la cama, y mistress Bute la leía libros devotos. Durante sus

largos insomnios, no oía mas que la voz del sereno y el chisporroteo de su lamparilla.

A las doce de la noche recibia la visita del boticario que se acercaba á ella contando las pisadas; luego ya no tenia otra cosa que hacer sino contemplar los ojos fantásticos de mistress Bute y los reflejos amarillos de la luz proyectada en el techo en una semioscuridad que tenia algo de espantoso.

Hemos dicho que en una buena sociedad, y cuando estaba de buen humor, esa vieja disipada profesaba ideas sobre la moral y la religion, exentas de preocupaciones; pero al verse mala, la vieja pecadora, tan cobarde como incrédula, se hallaba acometida por los horribles temores de la muerte.

—Si mi pobre marido tuviera mas sólida la cabeza, pensaba mistress Bute, de mucho podria servir ahora á miss Crawley. La haria arrepentir de sus errores pasados, la haria entrar en el buen camino, y quedaria desheredado ese licencioso infame que se ha puesto mal con toda la familia; la infundiria, en fin, los buenos sentimientos que debe profesar á mis niños, los cuales merecen, bajo todos conceptos, el apoyo que deben hallar en sus parientes.

Y como el horror al vicio es siempre un progreso hácia la virtud, mistress Bute trataba de inspirar á su hermana política el aborrecimiento por los pecados de Rawdon; el total que de ellos presentaba era bastante para condenar á los oficiales

de todo un regimiento. Cuando un hombre da un paso en falso en este mundo, no halla ante el pueblo un censor mas inexorable que los miembros de su familia.

La contaba la historia de sus desafíos por contiendas de juego, y cómo dió muerte en uno de ellos al capitan Longfeu, y le pintaba con vivos colores la desesperacion de las familias que habia arruinado, precipitando á los hijos en la deshonor y la pobreza, y á las hijas en la vergüenza y en la infamia.

17

Como Rebeca habia ingresado en la familia, comenzó á ser objeto tambien de las averiguaciones minuciosas de mistress Bute. Andaba en busca de la verdad con un valor incansable; iba á Chiswick Mall y anunciaba á su antigua amiga Pinkerton la noticia increíble de la seducción del capitan Rawdon por miss Sharp, y obtenia de ella todos los informes posibles sobre el nacimiento de la ex-institutriz y la historia de sus primeros años. Miss Pinkerton tenia mucho que decir acerca del asunto.

Tambien se hallaron cartas de la infancia de Rebeca pidiendo socorros para su padre á esas buenas señoras.

De casa de miss Pinkerton, la incansable mistress Bute siguió las huellas de Sharp y de su hija en las buhardillas de Græk-Street, ocupadas por el pintor hasta el dia de su muerte. Mistress Stokes era una persona comunicativa; contó sin hacerse de rogar todo lo que sabia de M. Sharp, de su vida licenciosa y de su miseria.

N.E.T. 17. A diferencia del texto original de Thackeray (1848), "(...) the son whom he had plunged into dishonour and poverty -the daughters whom he had inveigled into perdition", la traducción francesa de George Guiffrey (1855), "(...) dont il avait précipité les fils dans le dèshonneur et la pauvreté, et poussé les filles á la honte et á l'infamie", la mexicana (1860), "(...) precipitando á los hijos en la deshonor, y á las hijas en la vergüenza y la infamia" y la de Gregorio Lafuerza (1915), "(...) que precipitaba a los hijos en los abismos del deshonor y de la miseria y arrastraba a las hijas a la perdición y a la infamia", añaden elementos léxicos que exageran la atracción que el militar ejercía sobre los jóvenes. Rodríguez Espinosa, M. (2001) op. cit., pág. 15

Todas estas averiguaciones servían para instruir á miss Crawley. La decían que Rebeca era hija de una bailarina; que había servido de modelo á los pintores; que había sido educada para que llegara á ser una hija digna de su madre; que bebía con su padre, y en fin, que era una mujer perdida que se había casado con un hombre no menos perdido que ella. Y todo esto venía á parar en que una persona respetable no podía consentir en ver á tales gentes.

Mistress Bute, á pesar de los consejos del boticario que ordenaba paseos y distracciones, se empeñaba en tener encerrada á la enferma; y en tanto que se esforzaba por inspirarla la aversión contra su sobrino rebelde, miss Crawley sentía por el contrario, que nacía en su corazón un odio profundo, un terror secreto por su verdugo, y solo aspiraba á salir de sus manos.

Al cabo de algun tiempo levantó la bandera de la insurrección diciendo que quería ir al parque; mistress Bute temía encontrar allí al abominable Rawdon, y no se engañaba. Un día vió aparecer en el horizonte el faeton de Rawdon, donde Rebeca iba al lado de su marido. En el coche enemigo, miss Crawley ocupaba su puesto ordinario, y mistress Bute estaba á su izquierda.

El momento crítico había llegado. El corazón de Rebeca latió fuertemente cuando reconoció el coche; los dos carruajes se adelantaban uno hácia otro, y Rebeca dirigió á miss Crawley una mirada



impregnada de ternura y de cariño. Rawdon temblaba: pero el sombrero de miss Crawley se volvió al otro lado.

Los coches seguían sus caminos respectivos.

—Algo hemos hecho, dijo Rawdon á su mujer.

—Pasemos otra vez, respondió Rebeca; y si es preciso, amigo mio, haced que se enreden los coches.

Rawdon no tuvo valor para ejecutar esta maniobra.

Cuando se encontraron de nuevo los coches se puso en pié en su faeton y se llevó la mano al sombrero disponiéndose á saludar. Esta vez el rostro de miss Crawley no se volvió; ella y mistress Bute arrojaron al sobrino una mirada inexorable. El infeliz volvió á caer en su asiento desesperado, y entró furioso en su casa.

El triunfo fué tan brillante como decisivo para mistress Bute; pero comprendió muy bien el peligro que habria en esponerse á nuevos encuentros, viendo la escitacion nerviosa en que se hallaba su amiga. Logró convencerla de que convenia á su salud dejar la ciudad por algun tiempo, y la recomendó eficazmente una residencia en Brighthon.

XX.

**El capitán Dobbin negociador de matrimonio.**

Sin saber cómo, el capitán Dobbin se encontró ministro plenipotenciario para la conclusión del matrimonio de Jorge Osborne con Amelia. Sin él esta unión jamás se habría realizado; una amarga sonrisa asomaba á sus labios al pensar que la suerte le había designado para que se encargara de esa misión, tarea la más penosa de todas cuantas habrían podido imponerle. Pero el capitán Dobbin, siempre que se hallaba en presencia de un deber, marchaba á su cumplimiento en derecho. Teniendo pues en la idea que si Amelia no se casaba con Jorge se moriría de dolor, resolvió hacerlo todo para conservar una existencia tan preciosa.

No entraremos en detalles minuciosos acerca de la entrevista de Jorge y Amelia, cuando el joven capitán cayó á los pies de su novia, gracias á la intervención del honrado William. Un corazón más duro que el de Jorge no habría podido resistir á la vista de aquella suave figura tan dolorosamente destrozada por la pena y la desesperación, á los acentos tiernos y sencillos con que ella le trazaba la historia de sus dolores. ¡Cuántas y cuán dulces lágrimas derramó con la cabeza apoyada en el hom-

N.E.T. 18. La traducción francesa (1855), "Le capitain Dobbin négociateur de mariages", la mexicana (1860), "El capitán Dobbin negociador de matrimonio", y la de Pedro González-Blanco (1900), "El capitán Dobbin, negociante de matrimonios", omiten la alusión a Himeneo, el dios griego del matrimonio, sustituyéndola por la explicación de la labor del personaje en este capítulo. Rodríguez Espinosa, M. (1998) op. cit. pág. 284.

bro de su amante! Por eso la anciana mistress Sedley, conmovida con la escena quiso asegurar á los jóvenes las delicias y el misterio de una entrevista secreta. Dejó á su hija que cubria las manos de Jorge de lágrimas y de besos, como las de su amo y señor; y parecia reclamar su indulgencia y su perdon como si fuera culpable de crímenes que la hubieran hecho indigna de sus bondades.

Tan tierna y humilde sumision penetraba á Jorge de una emocion dulce y lisonjera. Encontraba una esclava prosternada y obediente en aquella sencilla y fiel criatura, y el sentimiento de su omnipotencia hacia que su alma se estremeciera agradablemente. Así es que la tranquilizó, la consoló y la perdonó como ella deseaba.

En cuanto á ella, sus esperanzas y sus pensamientos, que se habian marchitado á la sombra en la ausencia de su sol, volvieron á encontrar su frescura y su savia, gracias al regreso del astro poderoso; aquella fisonomía tan pálida, tan triste, tan indiferente, se puso radiante; la criada irlandesa se regocijaba altamente con el cambio, y pedia licencia para besar aquel rostro que habia recobrado súbitamente sus rosas juveniles.

Amelia rodeaba con sus brazos el cuello de la muchacha y la besaba de todo corazon, como habria hecho con una criatura. Aquella noche disfrutó de un sueño sereno y bienhechor; una alegría inefable resplandecia en sus facciones cuando se despertó á los rayos de la aurora.

—Hoy también le veré, se decía Amelia; es el más noble y generoso de todos los hombres.

El hecho es, que Jorge se tenía por el más generoso de la tierra, y pensaba hacer un gran sacrificio casándose con Amelia.

En tanto que la joven conversaba en la sala alta con Osborne, la anciana mistress Sedley y el capitán Dobbin hablaban en otro cuarto sobre la situación de los jóvenes amantes. Mistress Sedley que conocía á su marido, conocía también que ningún poder humano podía hacerle consentir en el matrimonio de su hija con el hijo del hombre que la había tratado de un modo tan insultante.

Hizo á Dobbin una historia detenida del pasado cuando el padre de Jorge llevaba una vida más modesta en New-Road, y su mujer se estasiaba al recibir los juguetes que José ya no quería. La ingratitud diabólica de Osborne, decía ella, había hecho una herida profunda en el corazón de M. Sedley, y nunca permitiría su boda.

—Entonces se hará por medio de un rapto, exclamó Dobbin riendo, como la del capitán Rawdon con la institutriz amiga de miss Amelia.

Mistress Sedley se quedó atónita con la noticia.

Dobbin lo que temía era la negativa del padre de Jorge, pues sabía cuánta era su obstinación en sus resoluciones.

—El único medio que tiene el capitán Osborne para salir de apuros, decía el capitán, es distinguirse en la campaña próxima. Si perece, la muerte no

tardará en reunir esas dos almas; y si se distingue, como le toca algun dinero por parte de su madre, segun tengo entendido, podrá comprar un grado de mayor ó deshacerse del de capitán, y marchar á ocuparse en el desmonte del Canadá, ó entregarse á la agricultura en una aldea.

Con una mujer como Amelia Sedley, el capitán Dobbin pensaba que se habrían podido desafiar las nieves de la Siberia. Bajo este concepto, pensó que era bueno apresurar la boda. Pero en realidad, ¿deseaba él su conclusion? . . .

Dobbin hasta consentía en arrostrar la cólera de los dos padres. En todo caso pedía á Jorge que se casara antes de recibir la orden que esperaba de día en día, y que debía obligar al regimiento á salir de Inglaterra para pelear en el continente.

Consagrado á estos proyectos matrimoniales con la aprobacion de mistress Sedley, que no tenia ningun deseo de tratar directamente este asunto con su marido, marchó á ver á John Sedley á su casa donde se le hallaba en la Cité, en el café Tapioca. Allí el pobre anciano arruinado, iba todos los dias á escribir y recibir su correspondencia, reuniendo sus cartas en legajos misteriosos que se metía en los bolsillos. Nada mas triste que ese misterio, esos cuidados, esos pasos ocultos á que se ve reducido un hombre arruinado; esas cartas que presenta á vuestros ojos donde se lee la firma de algun richon conocido; esos papeles sucios y desgarrados que encierran promesas de socorros y palabras de

consuelo, frágil esperanza en que se funda la conquista de una fortuna nueva.

Dobbin encontró en medio de esas ilusiones de la miseria, al hombre que había conocido alegre y opulento. El infeliz tenía las facciones descoloridas y macilentas, y los vestidos bien usados. En sus buenos tiempos nadie hablaba más alto ni reía más que él en la fonda; todos los mozos le rodeaban. Dobbin le había visto entonces, y ahora experimentaba un gran pesar al ver su humilde y triste figura en el café Tapioca. Un mozo viejo con zapatos de aguador tenía el oficio de llevar á los parroquianos de aquel lugar fúnebre, obleas en un vaso, tinta en una copa y pedacillos de papel, que parecía era lo único que allí se tomaba.

Al distinguir á William Dobbin, el viejo Sedley le tendió la mano con aire humilde é incierto; una tristeza amarga se apoderó del capitán, y se encontró afectado con la acogida y las palabras del infeliz anciano, como si él tuviera la culpa de su desgracia.

—Me alegro mucho veros, capitán Dobbin, le dijo fijando en él una mirada triste.

El aire militar del capitán, y su rostro fresco, hicieron brillar de curiosidad los ojos del mozo, y sacaron de su letargo á la dama entrada en años que roncaba en el mostrador, en medio de sus tazas melladas.

—¿Cómo están el digno alderman y milady, vuestra excelente madre?

Sedley arrojaba una mirada al mozo cuando pronunciaba esta palabra milady, como si hubiera querido decir:

—Ya veis que aun tengo amigos, y entre las personas de rango y distincion.

—¿Teneis que pedirme alguna cosa? preguntó á Dobbin; mis jóvenes amigos, Dale y Spiggot, dirigen en el dia mis asuntos hasta que me instale en mi nuevo escritorio, aquí estoy provisionalmente, ya lo sabeis, capitan. ¿Quereis tomar algo?

Dobbin, vacilando, respondió: que no tenia ni hambre ni sed, que no venia á tratar de negocios, sino á estrechar la mano á un antiguo amigo, Y luego añadió, mintiendo como un bellaco:

—Mi madre está un poco indispuesta. . . . y espera que haga buen tiempo para salir y visitar á mistress Sedley.

Se detuvo reflexionando en el exceso de su hipocresía. El tiempo estaba hermosísimo; jamas el sol habia derramado tanta luz en Coffin Court, donde se halla situado el café Tapioca.

—Mi mujer se pondrá muy contenta con tal visita, dijo Sedley, sacando unos papeles de su bolsillo. Vuestro padre me ha escrito una carta excelente, y os encargo que le deis de mi parte las gracias mas respetuosas.

El anciano miraba por todos lados mientras hablaba con aire distraido.

—¿Quién habia de creer, exclamó impetuosamente, que podia ocurrir la evasion de la isla de Elba?

A esa evasión debo yo el estar aquí; mirad estos papeles. . . . aquí teneis la cotización de los fondos el 1º de Marzo, cuando compré títulos del cinco por mi cuenta.... comparad con el precio de hoy... ¿Qué ha sido del comisario inglés que dejó escapar á Bonaparte? . . . . . Debieron cogerle y fusilarle.

—No tardaremos en vencer á Bonaparte, dijo Dobbin un tanto alarmado con los furoros del anciano, al ver que las venas de su frente se inyectaban de sangre y que daba golpes y mas golpes sobre sus papeles. Sí, vamos á combatir contra él; el duque está ya en Bélgica, y nosotros esperamos de día en día la órden de marcha.

—¡No hay que darle cuartel! . . . ¡que mueral!... aullaba Sedley. Yo tenia compromisos. . . . en fin, estoy arruinado por él y por otros tunantes que me deben su fortuna y que hoy van en coche. . . .

Dobbin estaba muy conmovido al ver á Sedley estraviado por la desgracia, encolerizándose inútilmente.

—Sí, son víboras que uno cria en su seno; descamisados que uno pone en coche para que luego le aplasten. Ya sabeis de quién hablo, de Osborne, tan orgulloso con su riqueza, cuando le he conocido yo sin un chelin. No deseo mas que una cosa, y es, volverle á ver en la miseria en que estaba cuando nos hicimos amigos.

—Jorge me ha hablado algo de esto, dijo Dobbin impaciente por llegar á sus fines. Mucha pena



le ha causado, y vengo á traeros un mensaje de su parte.

¿Y sin duda es ese el objeto de vuestra visita? exclamó Sedley, dando un brinco en su asiento. Me envia el pésame, ¿no es verdad? ¡Qué bondad la suya! Si mi hijo tuviera el valor de un hombre, ya le habria dado un balazo; tan tuno es él como su padre; no quiero que se pronuncie su nombre en mi presencia; he maldecido el dia en que le abrí mi casa, y con mas gusto que casada con él, veria á mi hija muerta.

—No se debe culpar á Jorge de los malos procedimientos de su padre. El amor que vuestra hija le tiene, es tambien obra vuestra; ¿habeis despertado el cariño en ambos jóvenes para sufocarle despues á vuestro antojo?

—Habeis de tener entendido, exclamó el viejo Sedley, que no es el padre de Jorge quien rompe ese matrimonio, sino que soy yo que le prohibo. Hay una barrera eterna entre esa familia y la mia. He caido mucho, pero no tanto todavía. No, no; podeis repetírselo á todos, padre, hijo, hermanas, &c., &c.

—Pues yo pienso, respondió Dobbin en voz baja, que no teneis ni poder ni derecho para separar esos dos corazones, y que si no dais vuestro consentimiento á vuestra hija, ella hará bien en pasar adelante. Si teneis la cabeza trastornada, no es una razon para que ella muera ó para que lleve una vida desgraciada. Por mi parte, creo que se encuen-

tra tan casada como si se hubiesen corrido las amonestaciones en las iglesias de Londres. ¿Y qué otra respuesta mejor á todos los ataques de Osborne que mostrar á su hijo entrando en vuestra familia por su casamiento con Amelia.

Un relámpago de satisfaccion brilló en la frente del viejo Sedley á esta última observacion, pero siguió declarando que jamas daria su consentimiento para semejante boda.

—Entonces se prescindirá de él, dijo Dobbín sonriendo.

Y contó á Sedley la historia del rapto de Rebecca por el capitan Crawley.

El anciano se divirtió mucho con los pormenores del suceso.

Su rostro tomaba al mismo tiempo una expresion risueña, con gran asombro del mozo, que jamas habia visto cosa igual en las facciones de Sedley, desde que frecuentaba el café Tapioca.

La idea de burlarse así de su enemigo, tenia un atractivo poderoso para el anciano. Así es que Dobbín y Sedley se separon muy amigos.

.....

—Mis hermanas dicen que tiene diamantes tan gruesos como huevos de paloma, decia Jorge riendo, deben sentarla bien; con sus diamantes al cuello debe parecer una iluminacion pública. Sus cabellos negros son tan lanudos, como los de Sambo. Quizás se pondría un anillo en la nariz el dia de su presentacion en la corte. Con un penacho de

plumas en el rodete, daría un hermoso espectáculo.

Así se burlaba Jorge, hablando solo con Amelia, del exterior de una joven señorita que acababan de conocer su padre y sus hermanas, y que era en Russel-Square objeto de los homenajes de toda la familia.

La voz pública la atribuía yo no sé cuántas haciendas en las Indias occidentales, mucho dinero empleado en fondos públicos, y una buena parte en las acciones de la Compañía de las Indias. Hacía poco que había salido del colegio, y Jorge y sus hermanas la habían visto en un baile, en casa del viejo Hulker: Hulker, Bullock y compañía eran, hacia tiempo, los corresponsales de la casa.

Las señoritas Osborne la habían prodigado todas las atenciones posibles, y la heredera había correspondido á ellas con el mayor descuido. No hablaban mas que de su nueva amiga cuando volvieron del baile, y al día siguiente su coche las llevó á su casa.

Rhoda tenía todas las cualidades apetecibles, franqueza, bondad y amabilidad; aun no se hallaba bien al corriente de los usos sociales, pero ¡poseía un carácter tan bueno!. . . . . Desde la primera entrevista se trataron con ella familiarmente.

—Habría deseado que vierais su vestido de corte, Amelia, decía Jorge riendo á carcajadas; se le ha ido á enseñar á mis hermanas antes de su pre-

sentacion por milady Brinkie. Sus diamantes brillaban como el alumbrado del Vauxhall aquella noche que fuimos juntos. ¡Diamantes y caoba, amiga mia! ¡Qué contraste!..... Y plumas blancas en el pelo, es decir, en el vellon. . . . Sus pendientes parecían arañas, y para complemento de sus atavíos, llevaba un vestido de cola color de canario, que arrastraba detras de ella como la cabellera luminosa de un cometa.

—¿Qué edad tiene? preguntó Amelia, cuando Jorge concluyó este discurso, sobre la señorita de ébano.

—Esa reina de Congo, aunque acaba de salir del colegio, debe tener veintidos ó veintitres años. Quisiera que vieseis su ortografía. La coronela Haggistoun escribe sus cartas por lo regular, pero su ternura hácia mis hermanas la ha hecho tomar la pluma. ¡Qué cosas tan divinas ha escrito!

—No puede ser otra que miss Swartz, la colegiala, dijo Amelia, recordando la buena y sensible mulata, que tuvo un ataque de nervios el dia que Amelia salió de la casa de miss Pinkerton.

—Ese nombre es, dijo Jorge; su padre era un judío aleman, que dicen hacia el tráfico de negros; murió el año pasado, y miss Pinkerton se encargó de la educacion de su hija; toca dos piezas en el piano y canta dos romanzas. Jane y María la quieren entrañablemente.

—¿Por qué no me han querido á mí así? exclamó

N.E.T. 19. En esta intervención en el diálogo de George Osborne, que gira en torno a la procedencia de la fortuna de la familia Swartz, la traducción mexicana (1860: 222), "hacia el tráfico de negros", la de Pedro González-Blanco (1900, 123), "hacia trata de negros", y las de Gregorio Lafuerza (1915, 210) y Alfonso Nadal (1943, 212), "un negrero", explicitan la raza de los esclavos con los que se trafica y profundizan en estereotipos xenófobos que no figuran en el texto original de Thackeray (1848, 204), "a slave-owner", sino que proceden de la traducción intermedia francesa (1855, I 235), "faisait la traite des nègres". Rodríguez Espinosa, M. (1998) op. cit., págs. 689-90.

la jóven con tristeza; siempre han estado frías conmigo.

—Alma mia, os habrian amado si hubierais tenido doscientas mil libras, repuso Jorge; así lo quiere la educacion que han recibido. En nuestra sociedad no se conoce otra cosa que el dinero. Vivimos en medio de los ricachos de la Cité, y cada uno de ellos al hablaros, experimenta la necesidad de hacer resonar sus guineas en su bolsillo. Vaya al diablo ese rebaño de avaros; yo me duermo siempre en sus comidas de etiqueta, y me sonrojo en las fiestas ridículas que da mi padre. Yo acostumbro á vivir con gente noble, con hombres de mundo, y no con esos comerciantes groseros. Amelia, sois la única persona de nuestra clase que tenga el aire, los pensamientos y el lenguaje de una señora noble. Es porque sois un ángel! . . . Miss Crawley, que ha frecuentado las mejores sociedades de Europa, notó al punto vuestro aire distinguido. . . . Pues, ¿y Rawdon Crawley?. . . . Ese me gusta, se ha casado con la mujer que amaba.

Amelia admiraba mucho á Crawley por su hazafia, quizá le admiraba demasiado. Rebeca no podia menos de ser dichosa con él, y decia riendo que José acabaria por buscar por otra parte.

De este modo los dos enamorados habian vuelto á las expansiones de los primeros dias. Amelia habia recobrado toda su confianza, aunque aseguraba que estaba muy celosa de miss Swartz, y la hipócrita manifestaba un gran terror de verse olvi-

dada por Jorge en favor de la heredera de San-Kitts con sus inmensas riquezas y vastos dominios. Pero en realidad era demasiado feliz para sentir ni temores ni dudas; veía á Jorge á su lado; ninguna heredera, ninguna mujer en el mundo podría darle celos.

Cuando el capitán volvió por la tarde á dar cuenta de sus negociaciones, respiró con alegría al ver que Amelia había recobrado la frescura de la juventud, al oírle reír y cantar al piano sus antiguas romanzas. Es verdad que todo esto concluyó cuando llamaron á la puerta: era M. Sedley y Jorge debió tocar retirada.

Después de haberle dirigido una sonrisa á su llegada, Amelia no se volvió á acordar de que estaba allí Dobbin. El capitán, gozoso con la felicidad de Amelia se olvidaba de sí mismo.

## XXI.

### **Una heredera en campaña.**

Los méritos incontestables que poseía miss Swartz podían inspirar seguramente una pasión violenta, y el viejo Osborne se formaba ya mil ilusiones ambiciosas. Se mostraba muy contento con las pruebas de afecto que daban sus hijas á su nueva amiga, y declaraba á miss Rhoda que tenía un gran gozo en recibirla y en obsequiarla.

¿Por qué poner en duda la veracidad del viejo Osborné y la sinceridad de sus hijas en sus protestas de ternura por miss Swartz? ¡Cuántas personas no hay en el mundo que saben salir así al encuentro á las talegas y las saludan en lontananza! Sus simpatías mas tiernas están siempre prontas para aquellos que han tenido la gracia de reunir mucho dinero, y que justifican la amistad que les conceden por su categoría en la sociedad.

—¡Qué buen partido seria para Jorge! decian sus hermanas; algo mas le valdria que esa tonta de Amelia.

Un guapo mozo como él, con su aire, su grado y sus buenas prendas, era el marido que necesitaba la rica heredera.

Las señoritas Osborne no hablaban mas que de bailes y de diversiones; ni trataban mas que de Jorge y de sus brillantes conocimientos cuando estaban con su amiga.

El viejo Osborne, por su parte, veia ahí para su hijo una ocasión escelente.

Jorge dejaria el ejército por el parlamento, y ocuparia su puesto en los salones y en la política! La sangre del anciano hervia en sus venas cuando pensaba que el nombre de los Osborne podria ser ennoblecido en la persona de su hijo, y ya se consideraba como arranque de una gloriosa serie de barones.

Así pues, en tanto que el inconstante Jorge volvia á los piés de Amelia bajo la inspiración de su

buen genio personificado en el excelente Dobbin, su padre y sus hermanas le preparaban un soberbio matrimonio.

Cuando el viejo Osborne manifestaba lo que él llamaba sus intenciones, se expresaba con una claridad extraordinaria. Cuando de un puntapié arrojaba á un criado por la escalera, le demostraba sus intenciones de que saliera de su casa. Con su tacto ordinario dijo á mistress Haggistoun que la firmaría un pagaré de diez mil libras que sería satisfecho el día en que su hijo se casara con su pupila; esto decía él que era demostrar sus intenciones, y creyó que había obrado con una diplomacia consumada.

También se franqueó con Jorge; le mandó que se casara con la heredera inmediatamente, lo mismo que si hubiera mandado al mayordomo que destapara una botella de Jerez.

Este mandato del género imperativo agradó muy poco á Jorge. Hallábase á la sazón en el primer entusiasmo, en el primer fuego de su reconciliación con Amelia, y jamás sus cadenas le habían parecido tan dulces. La comparación de Amelia con miss Swartz daba á su enlace con la última un color doblemente burlesco y odioso.

—¡Me verán en la ópera con mi mujer de color de caoba! . . . No quiero, se decía.

Debemos advertir que el joven Osborne era tan obstinado como el viejo. Cuando tomaba una resolución, nada podía vencerle.



La primera vez que su padre le notificó que debía hacer la corte á miss Swartz, Jorge le contestó diciendo:

—Padre mio, habriais debido pensar antes en eso, que es imposible ahora, porque de un momento á otro vamos á recibir la órden de marcha.

Pero el padre queria impedir que algun monigote aristocrático se cargara con el santo y la limosna, y por medida de precaucion se podian celebrar los desposorios dejando la boda para el dia que regresara Jorge.

—Quereis pues que pase por un cobarde, repuso Jorge, y que nuestro nombre quede deshonorado por amor al dinero de miss Swartz?

Esta objecion sembró la incertidumbre en el ánimo del anciano; pero dominado por su obstinacion natural, respondió:

—Mañana comeréis aquí y cuantas veces venga miss Swartz, á fin de que la hagais la corte. Si necesitais dinero, pasad á casa de M. Chopper.

Un nuevo obstáculo se elevaba, pues, entre los proyectos de Jorge y de Amelia.

El novio y su amigo Dobbin trataron á menudo de este asunto. Ya conocemos la opinion de Dobbin; en cuanto á Jorge, una vez decidido, no le arredraba ninguna cosa.

La negra permanecia enteramente estraña á esta conspiracion tramada entre los principales miembros de la familia Osborne. Más aún; su tutora y amiga nada la habia indicado aún, y la heredera de

San-Kitts tomaba por muy sinceras las lisonjas de sus nuevas amigas. Gracias á su naturaleza impetuosa y ardiente, correspondia á estas demostraciones con un ardor tropical. Y luego, preciso es confesarlo, aquellas visitas la agradaban; encontraba en ellas un arrogante mozo que era Jorge. Los bigotes del jóven capitán la habian causado una impresion profunda.

Cuantas veces tenia probabilidades de ver á su jóven seductor, volaba al lado de sus amigas. Hacia gastos inauditos en vestidos nuevos, en brazaletes y sombreros donde no se economizaban las plumas. En fin, se adornaba que era un portento.

Al dia siguiente de haber sabido Jorge las intenciones de su padre, algunos momentos antes de la comida, se hallaba estendido en el sofá del salon en la actitud mas propia de un hombre melancólico.

En virtud de la recomendacion de su padre, habia ido por la mañana á casa de M. Chopper. El viejo comerciante prodigaba el dinero á Jorge sin consultar otra cosa que su capricho. Despues Jorge habia ido á pasar tres horas con Amelia, con su querida Amelia, y al cabo se encontraba con sus hermanas, tan tiesas en su actitud como sus vestidos de muselina.

Las personas estaban reunidas en el salon; las viejas charlaban á su lado; y las niñas de la casa, despues de hacer mil esfuerzos inútiles para arrancar una palabra á su hermano, entraron en el ca-

pítulo de las modas y hablaron de su última recepción en la corte.

Jorge hallaba aquella palabrería insoportable. Y luego, ¿quién podía compararse allí con Amelia? ¿quién tenía su suavidad angelical, sus gracias modestas, su voz dulce y melodiosa?

Miss Swartz estaba justamente sentada en el puesto que ocupaba Amelia; sus manos, cubiertas de joyas, se estendian en abanico sobre su vestido raso amarillo; sus broches y pendientes lanzaban resplandores rutilantes, y sus ojazos parecia que se iban á precipitar de sus órbitas. Demostraba en toda su persona una satisfaccion que queria decir á todo el mundo: ¡Admiradme!

Las dos hermanas decian que el raso la sentaba á las mil maravillas.

Jorge decia para sí:—Parece un mandarin chino. Sin embargo, logró dominar su mal humor.

Sus hermanas comenzaron á tocar la *Batalla de Praga*.

—Me machacan los oidos con esa horrible música, exclamó Jorge exasperado: ¿quereis volverme loco siempre con lo mismo? Mejor seria que miss Swartz nos cantara alguna cosa.

—¿Qué deseais?

—Lo que gusteis, escepto la *Batalla de Praga*.

—Elegid entre *María la de los ojos azules*, ó el aire del *Canastillo*.

—Es muy bonito el aire del *Canastillo*, dijeron en coro las dos hermanas.

—Sí, pero le he oído mucho —esclamó Jorge.

—Cantaré *Rio del Tujo*, dijo miss Swartz; pero me falta la letra.

No había mas piezas en el repertorio de la jóven.

—Sí, sí, *Rio del Tajo*, exclamó miss María, tenemos la romanza.

Y fué á buscar el cuaderno de música que la contenía.

Ahora bien esa romanza, muy á la moda entonces, habia sido regalada á las dos hermanas por una de sus amigas, cuyo nombre estaba escrito en la primera página.

Miss Swartz recibió de Jorge grandes aplausos.

Era efectivamente una de las romanzas favoritas de Amelia, y no lo habia olvidado.

La heredera, esperando sin duda que la pedirian su repetición, jugaba con las hojas del cuaderno de música, cuando sus ojos hallaron el nombre de Amelia Sedley, escrito en la cubierta.

—¿Quién es esta Amelia? exclamó miss Swartz, volviéndose hácia las hermanas. Es la que estaba en casa de miss Pinkerton? ¡Ah! ¿dónde vive? ¿está buena?

—No repitais ese nombre, su familia es bien culpable. Su padre ha abusado de la confianza del nuestro, y en cuanto á ella, su nombre no se pronuncia en esta casa.

María Osborne se vengaba de este modo de la salida de su hermano acerca de la Batalla de Praga.

—¿Sois amiga de Amelia? exclamó Jorge incor-

porándose en el sofá: Dios os lo pague, miss Swartz; no creáis lo que os digan mis hermanas, nada puede decirse contra ella, es la mejor. . . .

—Ya sabeis. Jorge, que no debeis hablar de esa manera, exclamó Jane espantada, papá lo prohíbe.

—Que me lo impidan á mí. gritó Jorge furioso: quiero hablar de ella, quiero decir que es la mas hechicera y la mejor de 'cuantas mujeres hay en el mundo. Que su padre haya quebrado ó no, mis hermanas no son dignas de desatar los cordones de sus zapatos. Si la estimais, id á verla, miss Swartz, hoy que no tiene amigos, y repito que Dios bendecirá á los que la conserven algun afecto. Todo el que hable bien de ella, es amigo mio, y el que hable mal es mi enemigo. Gracias, gracias, miss Swartz.

—Y se levantó y la estrechó la mano.

—¡Ah! Jorge, exclamó una de sus hermanas con voz suplicante; ¿qué estais diciendo?

—Digo que daré las gracias á todo el que sea amigo de Amelia Sed. . . .

Y dejó por concluir la palabra. El viejo Osborne estaba en el aposento con el rostro lívido de ira; sus ojos inyectados de sangre brillaban como dos ascuas.

Aunque Jorge se detuvo, la sangre le hervia en las venas, y todos los Osborne de la tierra no le habrian hecho retroceder un paso. Dominando muy luego su emocion, respondió á la mirada amenazadora del anciano con una ojeada en que se pintaba tambien su resolucion irrevocable, que éste, corta-

do á su vez llevó los ojos á otro lado; habia conocido la resistencia y comprendia que la lucha era en lo sucesivo inevitable.

—Mistress Haggistoun, vuestro brazo para ir á la mesa; dad el vuestro á miss Swartz, Jorge, dijo á su hijo.

Y se pusieron en marcha.

—Miss Swartz, decia Jorge, amo con todo mi corazon á Amelia, y estamos prometidos uno al otro desde la infancia.

Durante la comida Jorge habló con una alegría que irritó extraordinariamente á su padre. Habría-se dicho que se complacia en amontonar las nubes para la tormenta que debia estallar cuando se marchasen las señoras.

Pero habia una diferencia entre los dos campeones, á saber: que el padre se ponía furioso, en tanto que el hijo conservaba la sangre fría y la claridad de pensamientos que faltaban al viejo, hallándose armado así no solo para el ataque sino para la defensa.

No le inquietaba nada la batalla, y comia con mucho apetito esperando la señal para principiar la pelea.

El viejo Osborne, por el contrario, se hallaba dominado por una agitacion nerviosa. Más de una vez *perdió el hilo de sus ideas* en su conversacion con sus vecinas, y la calma de Jorge le encolerizaba hasta el estremo.

Por fin se hallaron solos.

Después de haber exhalado un suspiro profundo, M. Osborne comenzó la carga:

—¿Cómo os atreveis á pronunciar delante de miss Swartz y en mi salón el nombre de esa muchacha? ¿Podeis explicarme semejante osadía?

—Cuidado con los términos que empleais. exclamó Jorge; esa palabra *osadía* no suena bien en los oídos de un capitán del ejército inglés.

—Supongo que mi hijo no me dictará la elección de mis palabras: cuando yo quiera, no quedará un chelín en su bolsillo, y se quedará tan pobre como un pordiosero; hablaré como mejor me parezca.

—Aunque soy hijo vuestro, soy noble, respondió Jorge con altanería. Lo que queráis decirme, las órdenes que me tengáis que dar, deben estar dictadas por la política que tengo derecho para exigir de vos.

Cuantas veces tomaba este tono de arrogancia el joven oficial exasperaba y aterraba al padre hasta lo sumo. El viejo Osborne temía mucho en su hijo el uso del gran mundo y de los buenos modales que él desconocía completamente; por punto *general incomoda mucho á un hombre ordinario el hallarse junto á una persona de gran tono.*

—Mi padre no ha gastado para mi educación lo que me ha costado á mí la vuestra. No ha hecho los mismos sacrificios, no le he costado tan caro. Si hubiese frecuentado yo la sociedad donde ciertos seres pueden vivir gracias á mí, mi hijo no tendría

quizá tantos motivos de hacerse el hombre superior en mi presencia.

Y el viejo Osborne pronunció estas palabras con un sentimiento marcado de ironía.

—En mi tiempo no se creía propio de un noble el insultar á un padre. Si yo lo hubiera hecho, mi padre me habria arrojado á puntapiés por la escalera.

—No creo haberos insultado; solo sí os he dicho que soy tan noble como vos. Ya sé que me dais mucho dinero, continuó Jorge estrechando en sus manos una porcion de bank-notes que le habia entregado aquella misma mañana M. Chopper; ¿temeis que lo olvide?

—La misma memoria deberiais tener para todo lo demas, repuso el padre cada vez mas irritado; deberiais recordar que en esta casa, todo el tiempo que os digneis honrarla con vuestra presencia, yo soy el amo, y que ese nombre. . . . que vos. . . . que yo. . . .

—¿Qué decis? preguntó Jorge con una sonrisa burlona, y llenó de nuevo su vaso.

—¡Mil rayos! exclamó el padre con un juramento espantoso: que el nombre de los Sedley no se pronuncie mas aquí, ¿lo entendeis?

—No soy yo quien sacó á relucir el nombre de miss Sedley; mis hermanas hablaron mal de ella á miss Swartz, y yo me he propuesto defenderla en todas ocasiones. Nadie hablará mal de ella en mi presencia. Nuestra familia la ha afrentado ya de-



masiado, y es tiempo de cesar de calumniar á esos infelices; el primero que hable mal de ella conocerá lo que pesa mi mano.

—¡Oh rabia, exclamó el padre, y sus ojos saltaban de sus órbitas.

—Sí, añado que quiero perseverar en mis sentimientos acerca de esa jóven. Si la amo, vos teneis la culpa. Quizás habria dirigido mis homenajes á otra parte, quizás habria elevado un poco mi ambicion fuera de nuestro estrecho círculo, pero no he hecho mas que obedeceros. Y ahora que su corazon es mio, ¿me decís que la abandone, que la castigue por un crimen de que está inocente, que cause su muerte tal vez, y todo por culpas ajenas? Eso sí que seria una cobardía, una bajeza y una infamia, dijo Jorge cediendo á la exaltacion de su entusiasmo. ¡Burlarse así del corazon de una jóven, de un ángel bajado del cielo en medio de este mundo, y cuyas virtudes escitarian la admiracion, si su dulzura y su bondad no redujeran al silencio las acusaciones de la ira! En fin, si yo la abandonara, ¿creeis que ella me olvidaria?

—No tengo por conveniente prestar oidos á tales absurdos, exclamó el padre de Jorge; no consentiré en un matrimonio que introduciria la canalla en mi familia. Pero vos podeis dejar escapar ocho mil libras de renta, cuando no teneis mas que tomarlas; en ese caso, disponeos á salir de aquí para siempre. En suma, ¿quereis hacer lo que os digo?

—¿Casarme con la mulata? exclamó Jorge estirándose el cuello de la camisa. no quiero.

M. Osborne se lanzó furioso hacia el cordon de la campanilla, y llamando al mayordomo. le ordenó que trajera un coche de alquiler para el capitan Osborne.

.....

—¡Es cosa concluida! dijo Jorge entrando una hora despues en casa de Dobbin, con el rostro pálido y desencajado.

—¿Qué hay, amigo mio? preguntó Dobbin.

Jorge le contó la escena con su padre.

—Mañana me caso con ella, añadió: amigo mio. conozco que la amo más cada dia.

## XXII.

### **Casamiento y primeras horas de la luna de miel.**

La guarnicion mas determinada y valerosa, no puede resistir al hambre. El viejo Osborne contaba con el hambre en la lucha que habia empeñado con su hijo, pues no dudaba que Jorge se someteria en cuanto careciese de dinero. Pero era de sentir, que el dia del primer asalto el enemigo hubiese abastecido la plaza; no obstante, las provisiones debian durar poco tiempo, y segun sus cálculos, el viejo Osborne se prometia una rendicion próxima.

Durante muchos días, cesó la comunicación entre el padre y el hijo. El primero se sorprendía con este silencio sin alarmarse, porque tenía por infalibles sus previsiones. Había contado minuciosamente á sus hijas los detalles de su contienda, advirtiéndolas que debían permanecer estrañas al asunto y recibir á Jorge á su regreso como si nada hubiera sucedido.

Todos los días, como de costumbre, se ponía el cubierto para el hijo rebelde; y el viejo Osborne pensaba mucho más en su ausencia de lo que quería aparentar. Envió á tomar informes al café de Slaughter, donde nada pudieron decir si no es que Jorge y el capitán Dobbin habían salido de la ciudad.

Por una mañana lluviosa y triste del mes de Abril, Jorge Osborne llegó al café muy pálido y con los ojos encendidos. Sin embargo, vestía con cierta elegancia: llevaba un frac azul con botones de bronce y un chaleco de piel de gamo como entonces se usaba.

Dobbin, á quien encontró en el café, había abandonado igualmente el uniforme militar por el frac azul como el de su amigo.

Dobbin pasó una hora en el café muy impaciente, hasta que por fin llegó su amigo, pálido y agitado como hemos dicho ya; éste enjugó con su pañuelo de la India su rostro descompuesto, y un fuerte olor de agua de Colonia se esparció en el café.

N.E.T. 20. El calificativo de George Osborne como "el hijo rebelde", también presente en la versión de Pedro González-Blanco (¿1900?), procede de la traducción intermedia francesa de Georges Guiffrey (1855), "fils rebelle". Rodríguez Espinosa, M. (2001) op. cit. pág. 14.

Jorge estrechó luego la mano al capitán Dobbin, miró al reloj, tomó dos copas de licor con una agitación febril, y su amigo le preguntó cómo estaba.

—No he cerrado los ojos en toda la noche, he tenido un dolor de cabeza espantoso. Me levanté á las nueve y salí á tomar un baño. . . . . pero quiero beber á vuestra salud, amigo mio, y al diablo la. . . .

—No, no, dijo Dobbin, dos copas bastan: aquí teneis pimienta de Cayena para el pollo, y despachaos.

El reloj señalaba las once y media, cuando los dos capitanes tenian este coloquio. Un carruaje, donde el criado de Osborne habia colocado su neceser de viaje y su maleta, esperaba á la puerta hacia algunos momentos. Los dos militares subieron al coche, que se encaminó á Brompton y se paró ante una capillita en la plazoleta de Fulham.

Una silla de posta, con un tiro de cuatro caballos, esperaba á la puerta.

—¡Qué diantre! exclamó Jorge; yo no habia pedido mas que dos caballos.

—Mi amo ha querido que sean cuatro, respondió el criado de José Sedley, que estaba de centinela en el umbral del templo.

—¡Ah! están aquí, dijo José al capitán; cinco minutos os hemos esperado. ¡Qué tiempo hace! Pero no importa, mi coche es impermeable, entremos; Amelia y su madre están ya en la sacristía.

José Sedley se hallaba resplandeciente. nunca había estado tan grueso. nunca su cuello postizo había subido tanto. ni su rostro se había mostrado mas rubicundo. Sus chorreras se estendian con orgullo sobre su chaleco de ramajes; sus botas á la húngara marcaban el grueso colosal de sus pantorrillas. En su casaca verdeclaro se ostentaba la roseta nupcial como una magnolia.

Jorge estaba de boda: esta palabra esplica la palidez de su fisonomía, la escitacion de sus nervios, su dolor de cabeza. He visto hombres en el mismo caso dominados por igual emocion. A la tercera ó cuarta vez se acostumbra. pero el primer chapuzon es siempre terrible.

La novia tenia una esclavina de seda oscura, como me lo dijo el capitan Dobbín, y llevaba un sombrero de paja con una cinta de color de rosa, y un velo de encaje blanco de Chantilly.

El capitan Dobbín, previo el competente permiso, la habia regalado un reloj con su cadena de oro, que ella llevaba para la ceremonia. Su madre la habia dado un broche de diamantes, única halaja que habia conservado mistress Sedley. Durante el servicio, la buena madre sentada en uno de los bancos de la iglesia, derramaba abundantes lágrimas, en tanto que la criada irlandesa y mistress Clopp trataban de consolarla.

El viejo Sedley no habia querido asistir á la ceremonia.

José reemplazaba á su padre y conducia á la no-

via al altar, en tanto que el capitán Dobbin asistía á Jorge.

En la iglesia no habia mas que el clero que oficiaba. La lluvia que azotaba los vidrios y los sollozos de mistress Sedley eran el único ruido que interrumpia por instantes el servicio divino. La voz del ministro conmovia los tristes ecos de aquellas bóvedas desiertas. El sí de Osborne se oyó grave y articulado. La respuesta de Amelia, que salió con trabajo de su corazoncito, llegó moribunda á sus labios y solo fué oida por el capitán Dobbin.

Terminada la ceremonia, José Sedley besó á su hermana; no habia hecho otro tanto hacia muchos meses. Jorge habia abandonado su aire triste, y ahora se mostraba radiante.

—Es vuestro turno, Dobbin, le dijo con alegría, pegándole en el hombro.

Y Dobbin dió un beso á Amelia en la mejilla.

Después pasaron á la sacristía para firmar el registro.

—Dios os colme de bendiciones, Dobbin, dijo Jorge estrechándole la mano y con la vista oscurecida por las lágrimas.

Dobbin respondió con una inclinación de cabeza. Su corazón estaba muy conmovido para que pudiera pronunciar una palabra.

—Nos escribiréis y vendréis á verme lo mas pronto posible, dijo Osborne.

Después de la patética despedida que tuvo lugar

entre mistress Sedley y su hija, los novios subieron al coche.

William Dobbin desde la puerta de la iglesia veía desaparecer el carruaje con una espresion singular en la mirada.

—Vamos á comer algo, Dobbin, le gritó una voz por detras.

Y al mismo tiempo una mano pesada caia sobre su hombro y le sacaba de sus meditaciones; pero el capitan no tenia deseos de tomar nada. Instaló en el coche á la señora bañada en llanto, vió á José colocarse á su lado, y se despidió de ellos con pocas palabras.

Ahora sí, estaba concluido todo. Los veia casados y dichosos; al menos así se lo pedia al cielo. En cuanto á él jamas se habia encontrado tan abandonado, tan solo.

---

Tres dias despues de la ceremonia de que acabamos de hablar, tres jóvenes que conocemos estaban admirando el magnífico panorama de Brighton.

—Esa mozuela es preciosa, dijo uno de los paseantes á su vecino; Crawley, ¿no habeis notado cómo me miró cuando pasé junto á la casa?

—Cuidado con herirla en el corazon, José, respondió el otro; sois muy pícaro; es preciso no tomar á juego los sentimientos de las mujeres.

—Dejadme en paz respondió José Sedley muy satisfecho con sus ojeadas y dándose tono con su casaca de uniforme cubierta de bordados.

—¿Qué haremos hasta que vuelvan las señoras? preguntó nuestro elegante.

Las señoras habían ido á pasearse hasta Rottingdean.

—¿Cómo se aburre uno aquí! repuso Jorge Osborne bostezando; ¿qué haremos?

—¿Vamos á ver los caballos que acaban de llegar de la feria de Lewes? dijo Crawley.

—Más valdria ir á comer algunos pastelillos que ahora deben salir del horno, propuso el solapado José que queria matar dos pájaros de una pedrada; la pastelera es preciosa.

—Vamos á ver si llega el *Relámpago*, esta es su hora, dijo Jorge.

Esta última idea prevaleció; dejaron para otro dia la visita á la pastelería y á los caballos, y se dirigieron al punto de parada del *Relámpago*.

En el camino estos tres señores encontraron el carruaje descubierto de José Sedley, adornado con magníficos blasones. En ese espléndido carruaje tenia costumbre de producirse en público, majestuoso en su aislamiento, con los brazos cruzados sobre el pecho, el sombrero ladeado, y á veces acompañado de damas elegantes.

Dos personas ocupaban entonces el coche; una jóven con el pelo de un rubio subido y vestida á la última moda, y otra con esclavina de seda oscura,



sombrero de paja y cintas de color de rosa que adornaban un rostro encantador.

Esta última hizo parar el coche cuando se halló cerca de los tres jóvenes, y luego como avergonzada de este acto de autoridad, se sonrojó del modo mas ridículo.

—Hemos dado un hermoso paseo, Jorge, comenzó á decir. . . . y nos alegramos estar de vuelta. . . . José, no hagais que vuelva tarde mi marido.

—No seais la perdicion de nuestros maridos, M. Sedley, espíritu tentador, dijo la otra señora amenazando á José con un bonito dedo preciosamente ajustado en un guante frances. Cuidado con jugar al billar y con fumar ó me incomodo.

—Mi querida mistress Crawley, os juro. . . . por mi honor. . . .

Fueron las únicas palabras que se le ocurrieron á José á guisa de respuesta.

Pero si la palabra le faltaba, en cambio tuvo cuidado de tomar una postura académica.

Los recién casados habian ido á Brighthon despues de la celebracion de su boda, y habian pasado, en un aposento del hotel de la Marina, algunos dias de calma y de felicidad, esperando el regreso de José.

Sin embargo, pronto encontraron amigos; pues una tarde, al volver de un paseo á las orillas del mar, hallaron á Rebeca y á su marido.

Rebeca se arrojó en los brazos de su querida Amelia.

Crawley y Osborne se estrecharon la mano, y Rebeca, en algunas horas, se puso bien con este último.

—¿Os acordais de la última vez que os ví en casa de miss Crawley, mi querido capitán? Hube de maltrataros un poco, pero fué porque parecía que os habiais enfriado un poco por nuestra querida Amelia. Esto me irritó hasta el punto de hacerme ingrata; dadme vuestra mano, capitán, y olvidemos eso.

Y al mismo tiempo Rebeca le tendia la mano con una gracia tan franca y tan irresistible, que Osborne la tomó y creyó en la sinceridad de aquellas palabras.

Los cuatro jóvenes tenían muchas cosas que decirse; se contaron recíprocamente los lances de su matrimonio y sus proyectos venideros.

El matrimonio de Jorge debía ser anunciado al padre por su amigo el capitán Dobbin, y Jorge estaba un poco alarmado con las consecuencias que podia traer esta comunicacion; miss Crawley seguia firme en su resolucion de no verle. Cerrada para él la puerta de Park Lane, habia seguido con su mujer á su querida tia á Brighton, y habia apostado en su calle emisarios en permanencia.

—Quiero que conozcais tambien, querida mía, dijo Rebeca riendo, á los amigos vigilantes que Rawdon tiene de centinela á su puerta. Figuras de acreedores; dos tunantes miserables que están toda la semana espiondo desde una tienda; no podemos

salir mas que el domingo; si la tía no se ablanda, tendremos un buen desenlace.

Rawdon contó riendo una docena de chascos muy divertidos que habia jugado á sus acreedores, y habló de la destreza con que Rebeca sabia despedirlos. Afirmó que no habia para esto una mujer como ella en Europa; inmediatamente despues de su matrimonio, habia tenido que recurrir á este don sobrenatural, y su marido habia podido apreciar entonces todo lo que valia.

El mejor medio para vivir en el seno de la opulencia es hallarse con muchas deudas; en esa situacion se da uno todos sus gustos, y el ánimo está siempre alegre y dispuesto.

Rawdon y su mujer ocupaban el cuarto mas hermoso del hotel de Brighton; el fondista, al presentarles un plato, les saludaba como á sus mejores huéspedes, y Rawdon despachaba las comidas y el vino con un aplomo de magnate ó de príncipe ruso. Tono de gran señor, botas y un traje á la última moda y mucha arrogancia, suelen producir mejor efecto que el dinero colocado en el Banco.

Los dos matrimonios no podian separarse. Al cabo de dos ó tres dias los maridos organizaron un juego de naipes para pasar las noches, en tanto que las mujeres hablaban en un rincon. Las cartas con Jorge y el billar con José Sedley, que no tardó en llegar, empezaron á llenar los huecos del bolsillo de Rawdon.

Pero volvamos á nuestros tres jóvenes que salian

al encuentro del Relámpago. El carruaje, de una exactitud rigurosa, estaba atestado de gente por dentro y por fuera.

El Relámpago entró en la calle con una rapidez digna de su nombre y se detuvo ante el despacho de los carruajes.

—¡Bravo! ¡aquí está Dobbin! exclamó Jorge muy alegre al descubrir á su amigo.

Todos esperaban con impaciencia su visita.

—Celebro vuestra llegada, y Amelia no la celebrará menos. dijo Osborne dando un buen apretón de manos á su amigo cuando éste se apeó de la diligencia.

Y luego añadió en voz baja:

—¿Qué noticias me traeis? No me ocultéis nada.

El rostro de Dobbin se puso pálido.

—He visto á vuestro padre. . . . lo sabréis todo. . . . la principal de todas las noticias es que. . . .

—Pronto, amigo mio, dijo Jorge con ansiedad.

—Que nos envían á Bélgica; todo el ejército marcha, y la semana próxima debemos embarcarnos en Chatham.

Estas noticias de guerra que cayeron como una bomba sobre nuestros amantes, les dejaron sumergidos en las mas graves meditaciones.

XXIII.

**El capitán dando pruebas de diplomático.**

Mientras Jorge y su mujer se hallaban en Brighton, embriagándose con las dulzuras de la luna de miel, Dobbin estaba en Londres investido de la calidad de diplomático, para dar aquellos pasos que exigía el casamiento de su amigo. Tenía que ver al viejo Sedley, tenía que ponerle de buen humor, que inclinar á José á que se reuniera con su hermano político, á fin de que el brillo de su posición y de su crédito, como recaudador de Boggley-Wollad, sirviese para cubrir el desastre de su padre, y tenía que destruir las preocupaciones del padre de Jorge contra el matrimonio en cuestión.

Sin embargo, antes de entrar en casa de Osborne con sus noticias, Dobbin reflexionó que debía crearse relaciones entre los miembros de la familia, y poner al menos en su favor á la parte femenina.

—En el fondo del corazón, se decía, no se incomodarán con lo que ha pasado; ¿qué mujer ha sentido jamás que éntre un poco de novela en su casamiento? Llorarán un poco, pero al fin se pondrán de parte del hermano, y entonces seremos tres contra el viejo Osborne.

Nuestro maquiavélico capitán se preguntaba después cómo podría dar la noticia á las señoritas Osborne.

Gracias á un interrogatorio previo que dirigió á su madre sobre el empleo de sus noches, muy luego supo en qué casas podía hallar á las hermanas de Jorge.

A pesar de su horror á los bailes, horror de que son partícipes muchos hombres sensatos, se buscó una invitación para el baile á que debían asistir las señoritas en cuestión, y apenas llegó, las sacó á bailar repetidas veces, las prodigó las mayores atenciones, y tuvo valor hasta para pedir á miss Osborne algunos minutos de conversación en la mañana del siguiente día.

—Es, la dijo, para comunicaros noticias sumamente importantes.

¿Por qué la señorita se estremeció, miró á Dobbin, y luego bajó al suelo los ojos modestamente? ¿Por qué la demanda la causó tan viva agitación?

Hé aquí un misterio impenetrable; se sabe únicamente que al otro día, cuando el capitán llegó á Russell-Square, María no estaba en el salón con su hermana, y que miss Wirt salió con pretexto de ir á buscarla.

El capitán y miss Osborne se quedaron solos. Al principio reinó un silencio tan profundo, que se oía muy claro el ruido del reloj colocado sobre la chimenea, y que representaba el sacrificio de Ifigenia.

—¡Qué baile tan hermoso ha sido el de anoche, dijo miss Osborne como para alentar á su interlocutor; ahora sois maestro en el baile, capitán Dobbin; apuesto á que habeis tomado lecciones, añadió con zalamería.

—¡Ah! quisiera que me vierais bailar una contradanza escocesa con *la mayor* O'Dowd de nuestro regimiento. . . . . ¿Pero quién no bailaria bien, miss Osborne, con vos, que bailais á las mil maravillas?

—¿La mujer del mayor es jóven y hermosa, capitán? continuó miss Osborne; es cosa terrible casarse con un militar; me sorprende que se pueda bailar en estos tiempos de guerra. . . . Si supierais cómo tiemblo á menudo al pensar en nuestro querido Jorge y en los peligros de los pobres soldados. . . . ¿Hay muchos oficiales casados en vuestro regimiento?

—Deja ver su juego, pensó miss Wirt.

Esta observacion es un paréntesis, pues no se oyó por el resquicio de la puerta dónde aplicaba los ojos la institutriz.

—Uno de nuestros jóvenes oficiales acaba de casarse ahora, dijo Dobbin, dirigiéndose á sus fines; eran relaciones antiguas, y los jóvenes son muy pobres.

—¡Es un matrimonio romántico, capitán!

Esta exclamacion le dió un poco de aliento.

—En todo el ejército inglés hay un oficial mas valeroso y brillante. ¡Y ella! . . . es una mujer co-

mo hay pocas. . . . Estoy seguro de que á primera vista la amariais, miss Osborne.

La jóven se creyó á dos dedos del desenlace.

Y la era permitido este pensamiento en presencia de la agitacion nerviosa de Dobbin, que se manifestaba en su rostro, y en la inquietud de sus piés y de sus manos.

Miss Osborne supuso que le habia faltado la respiracion al capitan, y que esperaba que sus pulmones se llenaran de aire para hacerle una confidencia completa que ella se preparaba á oir con mucho júbilo.

Principiaron á dar las doce en el reloj del altar de Ifigenia. Cuando cesaron las últimas vibraciones, miss Osborne pensó que era ya la una: tan largos la parecian los minutos que tenian en suspenso su ansiosa curiosidad.

—No quisiera induciros en error. . . . Se trata de un matrimonio consumado, se trata de Jorge.

—¡De Jorge! exclamó ella con un tono que escitó la risa de María y de miss Wirt detras de la puerta, y provocó una sonrisa en los labios del pícaro Dobbin; pues mas de una vez le habia insinuado Jorge que si queria casarse con su hermana no tenia mas que decirlo.

—Sí, de Jorge, prosiguió el capitan; ha reñido con su padre, y yo que le quiero como á un hermano, desearia que el enfado se concluyera. Vamos á salir para el extranjero, miss Osborne; mañana, quizás, nos llegarán las órdenes de embar-



que; quién se atrevería á responder de las consecuencias de la campaña? Vamos, miss Osborne, es preciso que se reconcilien el padre y el hijo antes de separarse.

Y armándose de valor, entró en los detalles de la boda de Jorge, y terminó pidiendo á miss Osborne el permiso para visitarla de nuevo; habia estado con ella tan fino y tan amable, que la señorita otorgó la licencia.

Bien persuadido de que las noticias que acababa de dar serian trasladadas antes de cinco minutos á las demas señoras, el capitan Dobbin se retiró haciendo un saludo muy profundo.

Apenas salia de la casa, cuando ya miss María y miss Wirt estaban en el salon al lado de miss Jaue, que las comunicaba los pormenores del caso.

Para ser justos con las dos hermanas, debemos decir, que no se mostraron encolerizadas. Un matrimonio con rapto agrada siempre á jóvenes solteras, y Amelia habia hecho progresos en la estimacion de las señoritas Osborne por el valor que habia desplegado en aquella circunstancia.

En tanto que hablaban todas á la vez, haciendo conjeturas sobre lo que podria decir y hacer el padre de Jorge, el aldabon resonó en la puerta como el martillazo de la veuganza, haciendo estremecer á las conspiradoras.

—Ahí está nuestro padre, fué el pensamiento comun.

Pero no era él, sino simplemente M. Federico

Bullock, que llegaba de la Cité para llevar á las señoritas á una esposicion de horticultura.

Pronto le enteraron del secreto; pero al oir la noticia, su rostro experimentó una sorpresa muy diferente de la expresion sentimental que se pintaba en las facciones de las dos hermanas.

M. Bullock, como hombre de negocios y socio de una casa rica, sabia apreciar todo lo que vale y todo lo que puede el dinero; por eso sus ojillos brillaron de júbilo al oir aquella revelacion inesperada. Miraba á María sonriendo, y calculaba que por la locura de Jorge representaba para él treinta mil libras más de lo que habia creido.

—Jane, dijo, echando una mirada codiciosa á la hermana mayor, como si la otra no le bastara, vuestro novio se arrancará el cabello por haberos dejado; vuestras acciones han subido treinta mil libras.

Las dos hermanas no habian pensado, hasta entonces. en la cuestion de dinero; pero Federico Bullock cargó sobre esto con tanta alegría mientras duró el paseo, que poco á poco llegaron á ser para él dos partidos soberbios.

#### XXIV.

##### **Efectos de la noticia en M. Osborne.**

Despues de haber tomado sus precauciones cerca de las dos hermanas, Dobbins corrió á la Cité,

donde tenia que proseguir su tarea de mediador en la parte mas escabrosa. La idea de encontrarse frente á frente con el viejo Osborne le aterrorizaba, y mas de una vez pensó en dejar á las jóvenes señoritas el cuidado de revelar al padre inexorable un secreto que su discrecion femeuina no les permitiria guardar mucho tiempo.

Pero habia prometido contar á Jorge cómo habia recibido su padre la noticia, y marchó pues al escritorio de M. Osborne.

El capitán entró con la conciencia un poco turbada, y con la perspectiva de una conversacion desagradable y borrascosa. Sin embargo, habia anunciado su visita por medio de una esquila.

Atravesó la primera pieza donde estaba M. Chopper, quien señalando con la pluma el despacho de su principal, le dijo:

—Entrad, os espera.

Dobbin abrió la puerta; Osborne se levantó y exclamó dándole un apretón de manos:

—¿Cómo va esa salud, amigo mio?

A esta acogida franca y amistosa, sintió nuevos remordimientos el embajador de Jorge; su conciencia le gritaba que él era el único culpable en todo lo que acababa de pasar, y tenia razon para sonrojarse y bajar la cabeza.

Osborne se imaginó que Dobbin le traia la sumision de su hijo.

—Dentro de poco veréis unas bodas famosas, decia M. Osborne con un aire de triunfo á M. Chop-

per, cuando recibió la carta del capitán; y al mismo tiempo removía con los dedos en sus bolsillos las guineas que llevaba confundidas con los cheelines.

Cuando Dobbin entró, Osborne reclinándose en su butaca continuó haciendo ruido con sus guineas, y entretanto el capitán permanecía pálido y silencioso.

—¡Qué aire de labriego tiene este capitán! pensaba M. Osborne; bien podía mi hijo haberle civilizado un poco.

Dobbin apelando á su valor tomó la palabra exclamando:

—M. Osborne, las noticias que os traigo son de la mas alta gravedad. Nuestro regimiento recibirá la orden de marcha para Bélgica en esta semana; ahora bien, ya sabeis que no volveremos aquí sino despues de una batalla que podrá ser fatal para alguno de nosotros.

El rostro del anciano tomó una espresion seria.

—Mi hijo. . . . el regimiento cumplirá con su deber, contestó.

—Los franceses son muchos continuó Dobbin, y las tropas rusas y austriacas necesitarán mucho tiempo para llegar hasta nosotros; el primer choque le sufriremos solos, y Bonaparte hará que sea terrible.

—¿Y á qué viene todo esto capitán? preguntó Osborne frunciendo las cejas; pienso que los fran-

ceses no harán temblar á un soldado de los ejércitos británicos, ¿no es verdad?

—Seguramente no; pero he querido deciros que en presencia de los peligros inevitables que nos amenazan, deberiais olvidar todo lo que ha pasado con Jorge y tenderle la mano. Si algo malo le sucediera, sentiriais mucho no haberos despedido de él como un buen padre.

Al decir esto el pobre William Dobbin pasaba por los diferentes matices del encarnado para llegar al color de violeta. No podia olvidar que él tenia la culpa de todo lo sucedido.

—Sois un hombre de buenos sentimientos, le dijo M. Osborne. Jorge y yo no podemos separarnos enfadados, es imposible: He hecho con él todo lo que puede hacer un padre, le he dado cuanto dinero ha querido, y ahora que le propongo un matrimonio soberbio, la primera cosa que le pido, me dice que no. . . . Ya veis que no tengo yo la culpa del enfado; nadie podrá decir que soy un padre egoista. . . . Pero que venga, le prometo olvido y perdon. En el dia ya no puede casarse; sin embargo, se reconciliará con miss Swartz, y despues veremos. . . . á su vuelta se realizará la boda, cuando traiga el grado de coronel. . . . porque será coronel, si para ello no se necesita mas que guineas. En fin, os agradezco que le hayais infundido buenos sentimientos. . . . que vuelva pues y será perdonado. Esta noche hallará su cubierto en la mesa.

Estas palabras afectuosas conmovieron profun-

damente el corazón de Dobbin. Pero á medida que la conversacion tomaba este carácter de ternura, crecian sus remordimientos.

—Os haceis ilusiones, le dijo; creo y aun puedo afirmaros que Jorge posee un alma demasiado noble para rebajarse hasta el punto de contraer matrimonio por dinero, y ademas olvidais sus compromisos anteriores.

—¿Qué decis? interrumpió el anciano con voz iracunda; ¿pensais que mi hijo está tan loco que continúe enamorado de la hija de un estafador?.... Supongo que no habeis venido aquí para comunicarme que se quiere casar con ella. ¡Buena estaría!... ¡Jorge casado con la hija de un mendigo!... Si tiene tales ideas que no me vea nunca... todo eso era una intriga urdida por el bribon del padre.

—M. Sedley ha sido uno de vuestros mejores amigos, exclamó Dobbin hallando propicia la ocasion para encolerizarse. Hubo un tiempo en que sabiais tratarle de otra manera; ¿quién trabajó mas que vos en favor de ese enlace? Jorge no tiene derecho para jugar así á cara ó cruz con....

—¡Cara ó cruz! repitió el viejo Osborne furioso; son las mismas palabras de mi hijo cuando me quiso dar lecciones. ¿Conque sois vos quien le ha aconsejado esa rebelion?... yo mendigos en mi familia. ¡Casarse con esa mozuela!... ¿No pensais que pueda adquirir sus favores sin eso?

—Caballero, dijo Dobbin sonrojándose de ira, no

N.E.T. 21. La crueldad del viejo George Osborne se subraya en esta traducción mexicana (1860) y en la de Gregorio Lafuerza (1915), "Si tanto le interesa, yo le garantizo que, sin necesidad de casarse, puede obtener sus favores", a través de un lenguaje sexual más explícito que muestra una dependencia casi total de la versión francesa, "Croyez-vous donc qu' il ne puisse avoir ses faveurs à meilleur marché", (1855, I, 270). Rodríguez Espinosa, M. (1998) op. cit., págs. 656-57.

permitiré á nadie que hable de ese modo en mi presencia.

—¿Me desafiáis? Entonces voy á llamar para que nos traigan un par de pistolas. Jorge os ha enviado aquí para que insulteis á su padre, añadió Osborne tirando del cordon de la campanilla.

—M. Osborne, dijo Dobbin con voz sofocada; vos sois quien insultais á la criatura mas angelical que existe en el mundo. Deberiais tenerla otras consideraciones; es la esposa de vuestro hijo.

Y dichas estas palabras Dobbin salió, y Osborne lanzó en torno suyo una mirada de tigre.

Un dependiente acudió al ruido de la campanilla, y apenas llegaba Dobbin al pié de la escalera cuando vió correr detras de él á M. Chopper gritando:

—Por amor de Dios, ¿qué ha sucedido? M. Osborne está rabioso; ¿qué ha hecho su hijo, capitán?

Se ha casado con miss Sedley hace cinco dias, respondió Dobbin.

El dependiente esclamó con angustia:

—Malo, muy malo, capitán; el padre se mostrará inflexible.

Dobbin, despues de haber suplicado á Chopper que le informara de todo cuanto supiera del asunto, se dirigió tristemente hácia su cuartel con esperanzas poco lisonjeras.

A la hora de la comida, la familia de Russell-Square vió aquel dia á su gefe sentado en su puesto ordinario: pero la espresion sombría y medita-

bunda de su rostro impuso un silencio general entre todas las personas.

Las señoritas Osborne y M. Bullock, que estaba convidado, vieron muy luego que el padre de Jorge estaba ya al corriente de lo sucedido. Los criados entraban y salían de puntillas; habriase dicho que había un difunto en la casa.

Osborne apenas comió, pero en cambio bebió como nunca.

Por último, al fin de la comida, sus ojos se fijaron en el cubierto de Jorge, é hizo una señal con el dedo indicándosele á los criados; sus hijas miraban sin comprender ó sin querer comprender, y los criados tampoco podían explicarse el sentido de aquella órden silenciosa.

—Quitad ese plato, dijo por fin M. Osborne levantándose de repente.

Y dando un puntapié á su silla se encerró en su aposento.

Detrás del comedor se encontraba la pieza que servía de despacho á M. Osborne. Este era el santuario del dueño de la casa; á él se retiraba el domingo por la mañana cuando no quería ir á la iglesia, y en él leía su periódico sentado en su butaca de badana roja.

Dos estantes encerraban algunos libros conocidos, con encuadernación de cantos dorados. Del 1º de Enero al 31 de Diciembre, ninguna mano profana sacaba los libros de los estantes. Nadie se habría atrevido á ello por todo el oro del mundo.



A veces el domingo por la noche cuando no habia tenido convidados, sacaba de un rincon su Biblia encarnada, llamaba á los criados al comedor, y Osborne, con una voz de vinagre y muy enfática, procedia ante la familia, reunida allí, á la lectura del servicio nocturno.

Sobre la chimenea se elevaba un cuadro de familia que habian trasladado á aquel sitio despues de la muerte de mistress Osborne. Los niños estaban representados cuando eran pequeños, y los padres en la juventud.

¡Cuadros así, son epigramas al cabo de veinte años!

Cuando Osborne se encerró, las personas sentadas á la mesa se vieron libres de un gran peso, y comenzaron á hablar en voz baja. Las señoritas subieron en seguida al piso principal, donde las acompañó M. Bullock andando de puntillas. No habia tenido valor para permanecer solo á vaciar las botellas, y sobre todo, estando á dos pasos del encierro del viejo.

Una hora habia pasado, cuando el mayordomo llamó á la puerta del gabinete para servir el té á M. Osborne, á quien halló sentado en su sillón muy ocupado, al parecer, en la lectura de su periódico.

Al retirarse el criado, M. Osborne fué á la puerta y echó el cerrojo. Ya no cabia la menor duda; un terror vago que reinaba en la casa, hacia presentir una gran catástrofe suspendida sobre la cabeza

de Jorge, y próxima á estallar y á herirle con un golpe tremendo.

Uno de los cajones del bufete de caoba de M. Osborne, se hallaba consagrado especialmente á los papeles relativos á su hijo. Allí se encontraba todo lo que le concernia desde sus mas tiernos años: los premios que habia ganado en las escuelas, sus primeras letras, sus primeras cartas, en las que, mas de una vez, figuraba el nombre de su padrino Sedley.

Las maldiciones se sucedian en los labios lívidos del viejo Osborne; un resentimiento, un odio implacable atormentaban su corazon cuantas veces descubria ese nombre en sus papeles.

Luego venian las cartas de la India, las cartas de su corresponsal, los periódicos que contenian su nombramiento de teniente; tambien se hallaba allí un látigo, con el cual habia jugado Jorge en su niñez, y en un papel habia un bucle de sus cabellos, que siempre habia llevado consigo su madre.

El desgraciado M. Osborne pasó muchas horas contemplando aquellos recuerdos y meditando acerca de lo pasado. Todo estaba allí: vanidades, ambiciones, esperanzas que en otro tiempo hicieron palpar su corazon.

El recuerdo de aquel hijo de predileccion se presentaba de mil maneras á su mente. Le veia cuando era niño, despues de comer, arrastrando su silla al lado de su padre para beber su copa con la dignidad de un lord: le veia en Brighton á caballo sal-

tando como el ginete mas cumplido, y le veia tambien cuando fué presentado al príncipe regente; y todos esos sueños, todo ese edificio de grandeza, se hundia por su matrimonio con la hija de un hombre que habia quebrado, por su desercion ante el deber y la fortuna. ¡Oh vergüenza! ¡Oh desesperacion de un alma desgarrada en sus ambiciones!..... ¡Qué herida y qué ultraje para la vanidad y las afecciones de un viejo sectario del mundo y de sus pompas!

Despues de examinar minuciosamente aquellos papeles, el padre de Jorge reunió todos aquellos objetos, los ató con una cinta que selló con su sello y los encerró en su escritorio. Luego abrió el estante y sacó la Biblia encarnada resplandeciente de dorados, en cuyo frontispicio se veia el sacrificio de Abraham; segun el uso M. Osborne habia escrito en la primera página las fechas del dia de su matrimonio, del nacimiento de su mujer y del nacimiento de sus hijos: Jane estaba la primera, luego seguia Jorge Sedley Osborne, y luego María Francés; tambien se hallaba indicado el dia de su bautismo.

M. Osborne tomó una pluma y borró cuidadosamente el nombre y apellido de Jorge.

Cuando la página estuvo seca, volvió á colocar el libro en su puesto. En otro cajon, donde guardaba sus papeles personales, tomó otro documento escrito. le leyó, le arrugó en sus manos y le arrojó á la chimenea: era su testamento. Cuando no que-

daban de él mas que cenizas, se sentó, escribió una carta, llamó á su criado y se la entregó con órden de llevarla á la otra mañana á la persona á quien se dirigia.

Ya habia amanecido, cuando se metió en la cama.

---

Deseoso de granjearse anistades entre las personas de la casa de Osborne, Dobbin escribió una carta á M. Chopper, convidándole á comer para el dia siguiente, convite que fué aceptado.

El exterior de M. Osborne cuando llegó al otro dia á su escritorio, llenó de sorpresa á todos sus empleados; estaba pálido y desencajado. A las doce llegó M. Higgs, agente de negocios, á quien habia citado, y fué introducido en el gabinete de Osborne, donde permaneció con éste mas de una hora.

En el intervalo M. Chopper recibió un billete del capitán Dobbin con una carta para M. Osborne, que al punto le fué entregada.

Un rato despues M. Chopper y M. Birch, el segundo dependiente, fueron llamados para firmar.

—Acabo de hacer otro testamento, les dijo M. Osborne.

Sus dos dependientes firmaron como testigos. No se pronunció una sola palabra.

M. Higgs, al atravesar la antesala, tenia un ros-

tro muy serio; echó una ojeada á M. Chopper, pero no se desplegaron sus labios.

En lo restante del día, M. Osborne se mostró benévolo y afable con mucho asombro de todos: no se incomodó por ninguna cosa, ni profirió ningun juramento.

Dejó su escritorio temprano; pero antes de marchar llamó á su dependiente, y le preguntó, no sin cierta indecision, si pensaba que estaria en la ciudad el capitan Dobbin.

Chopper dijo, que creia que sí; ambos sabian perfectamente á qué atenerse.

Osborne entregó á Chopper una carta para el capitan, suplicándole que se la diera él mismo.

A las dos M. Federico Bullock entró á buscarle, y salieron juntos.

El coronel del regimiento, de que formaban parte las compañías de Dobbin y de Osborne, era un viejo general imposibilitado de mandar por sus años. Sin embargo, se tomaba mucho interes por el regimiento de que era gefe nominal, y convidaba á comer de cuando en cuando á varios oficiales.

El capitan Dobbin era uno de los privilegiados del viejo general.

Este oficial superior envió á Dobbin una esquila de convite para almorzar el mismo dia en que Dobbin convidaba á M. Chopper. Su favorito supo por él, con dos dias de anticipacion, que se habia dado la órden de marcha.

—De este modo, amigo mio, si teneis que arreglar, dijo el viejo general tomando un polvo con sus dedos descarnados y mostrando el puesto donde su corazon apenas palpitaba ya; si teneis que consolar alguna Fílis, si teneis que despediros de papá y mamá y poner en orden vuestro testamento, apresuraos.

Y dicho esto, el general alargó un dedo á su jóven amigo, y con su cabeza empolvada le hizo un saludo afectuoso. Luego, cuando Dobbin salió y cerró la puerta, el viejo guerrero comenzó á escribir una carta amorosa dirigida á la señorita Amenaída, del teatro de Su Majestad.

Al saber estas noticias, Dobbin se quedó apesadumbrado, pues pensaba en sus amigos de Brighton. Se incomodó consigo mismo porque Amelia se presentaba á su pensamiento antes que su padre y su madre, antes que su deber; todo el dia, toda la noche, habia tenido presente su imágen en su ánimo.

Al punto mandó á M. Osborne dos letras, informándole de todo lo que pasaba, prometiéndose así una reconciliacion entre Jorge y su padre.

Este billete, llevado por el mismo mensajero que el dia antes se encargó de la esquila de convite para Chopper, alarmó mucho al buen empleado. Creyó que el convite se habia ido al agua; pero al contrario, halló que le recomendaban la exactitud.

Chopper estimaba mucho á M. Osborne; pero,

¡qué diantre! una buena comida hacia callar en él todas las consideraciones.

Dobbin quiso también escribir á Jorge, pero luego cambió de parecer.

—Dejémosles otra noche de calma y de felicidad; mañana por la mañana iré á ver á mi familia, y despues marcharé á Brighton.

Los dos tenientes del regimiento, Stuble y Sponey, el capitán y M. Chopper comieron en la misma mesa y en el mismo gabinete.

Chopper entregó á Dobbin una carta de parte de M. Osborne, en la cual éste le incluía otra para su hijo, pidiéndole tuviera la bondad de entregársela.

Chopper nada sabía acerca de su contenido. Dió algunas indicaciones sobre el estado actual de M. Osborne, habló de su entrevista con su agente de negocios, de su urbanidad inusitada con todo el mundo, y se perdió en comentarios y en conjeturas.

Por último, cuando fué hora, Dobbin hizo entrar á su convidado en un coche de alquiler. M. Chopper estaba muy lejos de encontrarse en su estado normal, y juraba y perjuraba que era el mejor amigo del capitán Dobbin.

Ya hemos dicho que el capitán al despedirse de miss Osborne la había pedido permiso para presentarse de nuevo. Al otro día esta jóven señorita pasó algunas horas esperándole, y Dobbin no pareció. Quizá si hubiera hecho esa visita y en ella la pregunta á que la jóven deseaba contestar inmediatamente, quizá entonces miss Jane, empeñándose por

su hermano. habria logrado que tuviera efecto la reconciliacion deseada.

Pero esperó inútilmente; Dobbin tenia que arreglar sus negocios, tenia que consolar á su familia y que tomar el Relámpago para ir á ver á sus amigos de Brighton. Aquel dia miss Osborne oyó á su padre mandando que se cerrara la puerta al intrigante Dobbin. que se mezclaba en cosas que nada debian importarle.

Estas palabras destruyeron las esperanzas secretas de la jóven.

M. Federico Bullock, de una exactitud escrupulosa, se mostró muy tierno con María, y prodigó todas sus atenciones al desgraciado padre.

M. Osborne repetia que ya se encontraba mas á gusto; pero sin embargo, se conocia que no habia cesado el tormento que le devoraba.

## XXV.

### **Decisiones en Brighton.**

A su llegada á Brighton, Dobbin fué llevado ante las señoras al hotel de la Marina. Nunca este jóven oficial se habia mostrado tan complaciente y jocoso; prueba irrecusable de los grandes progresos que hacia en el arte profundo de una hipócrita diplomacia.



No dejó traslucir la mas mínima cosa de los sentimientos que le agitaban, para estudiar mejor á mistress Osborne en su nuevo estado. Tampoco queria que se vislumbraran los recelos y temores que le infundian las noticias fatales de que era portador, y que no habrian dejado de producir el peor efecto en Amelia.

—Mi querido Jorge, dijo á este último, opino que el emperador de los franceses va á caer sobre nosotros con todo su peso antes de tres semanas, y que entre el duque y él habrá una danza que no tendrá comparacion ni aun con las guerras de la península. Pero es inútil decírselo á mistress Osborne; quién sabe si nosotros estaremos fuera, y entonces nuestro paseo por Bélgica se limitaria á una ocupacion militar.

Convínose, pues, entre los dos amigos que la expedicion del ejército inglés se presentaria á los ojos de Amelia con los colores menos alarmantes.

De acuerdo ya los conjurados, el hipócrita Dobbin se adelantó hácia Jorge Osborne con un aire de satisfaccion completa; principió dos ó tres felicitaciones sobre las alegrías conyugales, y á pesar de la estimacion que profesamos á nuestro amigo, debemos advertir que se enredó y estuvo muy torpe hablando de esto.

La conversacion recayó en seguida sobre Brighton, el aire del mar, los placeres de aquellos lugares, la hermosura del camino, &c.; Amelia abria los ojos; Rebeca se divertia mucho y observaba al ca-

pitan como todas las personas con quienes se hallaba relacionada.

Amelia, digámoslo de paso, no miraba con buenos ojos al amigo de su marido. Era un hombre que tartamudeaba, bonachon, un poco tímido y torpe cual ninguno. Le agradecía su amistad á Jorge, sin darle en ello mucho mérito; ¿cómo la podía sorprender que se quisiera á Jorge, tan bueno, tan generoso? ¿No hacia Jorge muchísimo por su parte concediéndole su amistad?

Más de una vez éste último se había divertido con ella en remedar á su amigo; pero sin embargo, hablaba siempre de él con grandes elogios. Amelia, en los días de triunfo de su amor, había mirado con la mayor indiferencia al pobre Dobbin, que sabía muy bien á qué atenerse en este punto, y se hallaba conforme con su suerte. Un tiempo debía llegar en que, conociéndole mejor, cambiaría de sentimientos con respecto á él, pero este día estaba aún muy lejano.

Apenas había pasado el capitán Dobbin dos horas en la casa, cuando ya Rebeca se hallaba enterada de su secreto. Esperimentaba hácia él un sentimiento instintivo de repulsion y de desconfianza secreta, y por su parte Dobbin no la profesaba grandes simpatías. Era hombre demasiado recto y leal para caer en los lazos de la coqueta, y por esta razon la miraba con una aversion muy evidente.

Rebeca, que se había hecho superior á otras fla-

quezas, propias de su sexo, no había sabido liberarse de esas inspiraciones celosas, que son un elemento de la naturaleza femenina, y aborrecía al capitán por las preferencias que dispensaba á Amelia.

Sin embargo, á pesar de estos sentimientos interiores, afectaba en su presencia mucha cortesía y consideraciones. ¡Un amigo de los Osborne! ¡De sus queridos bienhechores! Ponderaba mucho su afecto hácia él, y recordaba todos los detalles de la noche del Vauxhall; despues se desquitaba.

Rawdon Crawley apenas fijaba su atención en Dobbin; era para él un hombre de buena pasta, y nada más. José tomaba con él un aire protector y majestuoso.

Cuando Jorge y Dobbin se encontraron solos en el cuarto de éste último, Dobbin sacó la carta que M. Osborne le había remitido para su hijo.

—No es letra de mi padre, exclamó Jorge alarmado.

Y tenía razón. La carta era del agente de negocios de M. Osborne, y su contenido era el siguiente:

Bedfort-Row, 7 de Mayo de 1815.

“Muy señor mio: M. Osborne me ha encargado decirlo, que continúa firme en sus resoluciones anteriores. De resultas, pues, del matrimonio que habéis contraído, cesa de consideraros en adelante co-

mo miembro de su familia. Su determinacion es irrevocable.

Aunque las sumas que se han gastado por vos, durante vuestra minoría, y los pagarés que le habeis prodigado en estos últimos tiempos esceden el total de la cantidad á que teneis derecho, á saber: la tercera parte de la fortuna de la difunta mistress Osborne, fortuna á cuya reparticion habeis sido llamado, en union de miss Jane Osborne y de miss María Osborne, M. Osborne me encarga, sin embargo, os advierta: que renuncia á todo reembolso sobre vuestros bienes, y que la suma de 2.000 lib. en 4 p<sup>£</sup>, valor corriente, que forma la tercera parte de las 6.000 lib. que constituyen la fortuna de vuestra madre, os será pagada, mediante recibo, á vos ó á vuestro agente de negocios.

Vuestro servidor,

S. HIGGS."

P. D. M. Osborne me suplica os avise por última vez, que no recibirá ningun mensaje, ninguna carta ó comunicacion de vos sobre este asunto, ni sobre ninguna cosa."

—¡Así habeis arreglado mis negocios! dijo Jorge lanzando á Dobbin una mirada fulminante. Leed lo que me escriben; y le arrojó la carta de su padre. Me quedo á pedir limosna. Brillante resultado de mi estupidez caballeresca. ¿Quién diablos precipitó mi casamiento? Habriamos podido esperar al fin de

la campaña; una bala me habria sacado de apuros... como es hoy el único recurso que tengo. Amelia será la viuda de un mendigo. Bien habeis trabajado, Dobbin; podeis estar satisfecho... no habeis cesado sino despues de haber consumado á la vez mi ruina y mi matrimonio. En dos años habré concluido las dos mil libras esterlinas... Ya desde que estoy aquí, Crawley me ha ganado mas de ciento cincuenta... Dobbin, os encargaré todos mis negocios en lo sucesivo.

—Sí, la situacion es difícil, respondió Dobbin, cuya palidez habia aumentado, á medida que leía la carta; y á la verdad, tengo mi parte de culpa. Pero sin embargo, personas hay que desearian hallarse en vuestro lugar, repuso con una sonrisa amarga. ¿Creeis que el regimiento cuente muchos capitanes con dos mil libras á su disposicion? Arreglaos con vuestra paga hasta que vuestro padre se ablande un poco, y si debeis morir en la guerra, le quedará á vuestra viuda una renta de cien libras.

—¿Pensais que tendré yo bastante con mi paga y cien libras de renta? exclamó Jorge exasperado. Perdeis el juicio, Dobbin. ¡Cien libras para sostener mi rango en la sociedad!... Os burlais de mí. Primero, me es imposible cambiar mis costumbres; no voy á comer patatas... ¿quereis que mi mujer lave las camisas?

—Amigo mio, es preciso esperar y resignarse por ahora á una vida pobre. No será largo; que se

imprima vuestro nombre en la *Gaceta*, y ya veréis cómo cambia vuestro padre.

—¡En la *Gaceta*! . . . replicó Jorge; quizá en la lista de muertos y de heridos.

—Vamos, vamos, tiempo habrá de lamentarse si llega ese caso, repuso Dobbin. Además, ya sabéis que yo poseo alguna cosa y que tengo pocas inclinaciones al matrimonio. . . . no olvidaré á mi ahijado en el testamento.

La disputa se cortó al instante, como sucedía siempre entre Jorge y su amigo.

Osborne se fué diciendo que no podía incomodarse con Dobbin.

Entretanto Rebeca se estaba vistiendo para comer; habíase puesto un vestido blanco, ligero y vaporoso; con sus hombros desnudos, su collar y su cinturón azul parecía la diosa de la inocencia rodeada de una aureola de felicidad.

Rawdon Crawley la dijo desde el umbral de su gabinete de tocador:

—¿Qué será de Amelia cuando Osborne se marche con el regimiento?

Y armado de dos cepillos implacables arreglaba las mechas rebeldes de su cabellera, mientras admiraba los encantos de su esposa.

—Sus ojos serán dos fuentes, contestó Rebeca; muchas veces ya se ha lamentado conmigo hablando de eso.

—Y vos me parece que no la imitais, dijo Raw-

don un poco herido con el tono de indiferencia de su mujer.

—Vamos, mala cabeza, repuso Rebeca, bien sabéis que os acompaño. Para nosotros que formamos parte del estado mayor del general Tufto, es muy diferente; nada tenemos que ver con la infantería, añadió echando hácia atrás su cabeza con un aire á la vez tan cómico y tan seductor, que su marido no pudo menos de darla un beso.

—Rawdon, creo que no estaria mal que cobrais el dinero que os debe Cupido, antes de que se marche, añadió lanzándole una mirada encantadora.

Llamaba ella Cupido á Jorge Osborne. En repetidas ocasiones le habia felicitado por su hermosura y siempre se ponía á su lado cuando él jugaba á las cartas con su marido.

Le trataba de disipador y de pródigo, amenazándole con declarar á Amelia sus perversas inclinaciones y sus malas costumbres; y luego con una coquetería hechicera le daba un cigarro encendido, sabiendo de antemano los resultados de esa táctica por la experiencia que hizo en otro tiempo con Rawdon Crawley.

En presencia de su amiga, Amelia habia llegado á dudar del poder de su hermosura. La alegría, la gracia y los atractivos de Rebeca la causaban una turbacion inesplicable. En la primera semana de matrimonio ya Jorge estaba aburrido, y buscaba

otra compañía que la suya. El porvenir se presentaba á sus ojos con colores sombríos.

—¿Cómo podrá encontrar algun placer conmigo, pobre y humilde criatura, siendo él tan amable y seductor? ¡Cuánta generosidad ha demostrado casándose conmigo! Ha renunciado á todo por mí. Estaba en mi deber el rechazar tal sacrificio, pero no he tenido valor para ello; mi deber me ordenaba el permanecer al lado de mi padre para consolarle y ayudarle en su vejez. . . . ¡y le he desobedecido! . . .

Turbada entonces con alguna razon por la voz acusadora de su conciencia, se acordó por primera vez del abandono en que habia dejado á sus padres, y se puso encarnada de vergüenza.

—¡Ah! continuó, mi egoismo me ha hecho olvidar así sus pesadumbres, y me ha impelido á casarme con Jorge. . . . Lo reconozco, no soy digna de él. . . . sin mí habria encontrado la felicidad. . . . y sin embargo, hice cuanto pude por libertarle de su promesa.

Mucha compasion inspira la pobre mujer casada que, al cabo de siete dias de matrimonio, se ve acometida de tales pensamientos, de tan dolorosas confesiones. Este era el suplicio que Amelia sufría.

La víspera de la llegada de Dobbin, en una noche tibia y embalsamada del mes de Mayo, habia dejado abierto el balcon, y Jorge y mistress Crawley, apoyados en la barandilla, contemplaban las



plateadas llanuras del Océano, en tanto que Rawdon y José jugaban dentro, y la triste Amelia permanecía sentada en el sillón en el olvido mas completo, y sentia la desesperacion que penetraba en su alma con sus amargos y punzantes dolores.

Tal era el presente al cabo de una semana de matrimonio; en cuanto al porvenir, ella desviaba los ojos. Temia verle, pues se presentaba á su vista con un aspecto mas terrible aún: el alma de Amelia era demasiado débil para que, sin protector y sin guía, pudiera ella aventurarse en esa perspectiva.

—¡Qué noche tan hermosa! ¡cómo brilla la luna! exclamó Jorge, lanzando una bocanada de humo, que se elevó en blancas espirales.

—Me gusta mucho el olor de vuestro tabaco, dijo Rebeca; embalsama el aire. ¿Quién creeria que la luna está tan lejos de la tierra? añadió con una sonrisa en los labios y mirando á la luna. ¡Qué sereno está el mar! ¡Qué clara la noche! A la verdad, me figuro distinguir las costas de la Francia.

Y su mirada brillante parecia querer rasgar el velo de la noche.

—No sabeis lo que quiero hacer una mañana de estas, repuso riendo; sin duda habeis oido decir que nado muy bien; uno de estos dias, cuando la vieja Briggs, la dama de compañía de mi tia Crawley, se meta en el baño, iré por debajo del agua á tirarla

de los piés, y haré que tengamos una reconciliación entre las olas. ¿No os parece sublime esta idea?

Jorge se echó á reir, pensando en la entrevista acuática.

—¡Qué ruido estais metiendo en el balcon! exclamó Rawdon desde la sala.

Amelia, medio loca de dolor y sin poder contener sus sollozos, se retiró á su cuarto para dar rienda suelta á sus lágrimas.

---

Las exigencias de nuestro relato han hecho que este capítulo salte de una parte á otra, siguiendo una marcha irregular en apariencia; pero la llegada de Dobbin á Brighton con su noticia sobre la marcha del ejército, era un suceso bastante interesante para que se adelantara á todos los menudos detalles que constituyen el fondo de esta historia. Nos prometemos que se nos perdonará este desorden, necesario á causa de la poca gravedad de sus consecuencias; y ahora que está restablecida la cronología de los hechos, vamos á ver á nuestros personajes en sus gabinetes de tocador respectivos, donde se visten para la comida el dia de la llegada de Dobbin.

Por consideracion á su mujer, ó preocupado con

el lazo de su corbata, Jorge no dijo nada á Amelia de las noticias que traía su amigo de Lóndres.

Sin embargo, entró en el cuarto de un modo tan solemne con la carta en la mano, que su mujer, siempre pensando en las desgracias, se imaginó que habían caído sobre ella todas las calamidades de la tierra.

Corrió temblando al encuentro de su marido, y suplicó á su querido Jorge que no tuviera con ella ningun secreto. ¿Había llegado la órden de marcha?

Jorge dió respuestas evasivas sobre todo lo que tenía relacion con la salida para Bélgica, y exclamó con un acento triste:

—No, amiga mia, no se trata de eso, mis inquietudes son por vos no por mí; las noticias que he recibido de mi padre son muy malas; me cierra su puerta, me deja en la miseria, y la temo solo por vos; ¿cómo podréis soportarla? Leed lo que me dice.

Y le entregó la carta.

Amelia clavó una mirada tierna y dolorosa en el héroe de sus pensamientos, y luego sentándose en la cama, leyó el billete que Jorge la tendía, envolviéndose en una orgullosa resignacion de mártir. Sus facciones tomaban una espresion mas serena conforme iba leyendo; la idea de ser partícipe de la pobreza y las privaciones del objeto amado, no es penosa por cierto para una mujer enamorada.

Amelia veía toda su felicidad en ese pensamiento; pero despues, siguiendo su costumbre, sintió un remordimiento súbito por aquella alegría intempe-

tiva, y conteniendo en su alma aquella felicidad bien inocente, exclamó:

—¡Jorge! ¡vuestro buen corazon debe padecer mucho con ese rompimiento con vuestro padre!

—¡Sí por cierto! contestó Jorge lanzando un profundo suspiro.

—Se aplacará su ira, continuó Amelia; ¿quién tendría valor para querernos mal durante mucho tiempo? Os perdonará, mi querido amigo, y si no lo hiciera, yo sufriría mucho toda la vida.

—Por mi parte, fácilmente me consolara de las privaciones de la miseria, repuso Jorge; mis inquietudes son por vos; la pobreza me es indiferente; dejando aparte la vanidad, tengo bastante talento para salir del atolladero.

—¡Oh! eso sí, dijo su mujer, persuadida de que al fin de la guerra su marido no podría menos de ser nombrado general.

—No puedo, decia Jorge, no puedo acostumbrarme á la idea de veros en otra posicion que la que debéis ocupar en el mundo; me mata el pensar que os veréis sometida á todas las fatigas y penalidades inherentes á la vida del soldado! . . .

Amelia, loca de júbilo porque se veia el único objeto de los cuidados de su marido, le tomó las manos, las estrechó entre las suyas, y con el rostro radiante y risueño se puso á cantar una de sus romanzas favoritas.

—Ademas, dijo despues de una pausa y cuando habia recòbrado ese brillo de felicidad y de hermo-

sura que tan bien sienta á una mujer; ademas, Jorge, ¿no tenemos la enorme cantidad de dos mil libras?

Jorge se echó á reir de su sencillez, y bajaron á la mesa.

Amelia se apoyaba en el brazo de su marido, tarareando aún las últimas notas de su romanza; su espíritu estaba mas sosegado y satisfecho que en los días anteriores.

En la comida se notó una animacion inusitada.

Jorge, inflamándose con el pensamiento de la campaña próxima, se habia desembarazado del primer estupor que le causó la carta que le desheredaba.

Dobbin continuaba su papel de hombre decidor y chistoso, y divertia á todos con sus ocurrencias sobre el paseo á Bélgica, todo de diversiones y placeres.

El indiscreto capitan contaba que mistress O' Doow estaba muy apurada haciendo los cofres; que habia metido las charreteras nuevas de su marido en la caja del té; que habia envuelto en papel de estroza su famoso turbante amarillo con su pájaro del paraiso, &c., &c. La pobre señora estaba tonta pensando en el efecto que produciria en Gante, en la corte del rey de Francia, ó en Bélgica, en los bailes del ejército.

—¡Gante! ¡Bruselas! exclamó Amelia con un estremecimiento súbito; ¿el regimiento ha recibido la orden de marcha, Jorge? ¡Ah! respondióme.

Y al mismo tiempo una espresion de espanto cubria aquella fisonomía tan risueña, é instintivamente Amelia se estrechaba contra su marido.

—No os asusteis por tan poca cosa, la dijo Jorge con un aire de buen humor; doce horas de travesía se pasan pronto. Ademas, vendréis con nosotros, Amelia.

—Y yo tambien iré, dijo Rebeca; yo formo parte del estado mayor; ¿no es verdad, Rawdon, que me quiere con delirio el general Tufto?

Rawdon se echó á reír; Dobbin se puso muy encarnado.

—No puede acompañaros, dijo; pensad. . . .

Quería añadir en el peligro; pero justamente durante la comida se habia estado esforzando en probar que no habia nada que temer, el silencio le sacó del apuro.

—Os acompañaré, dijo Amelia con resolucion y con un tono imperativo.

Jorge, envanecido con la determinacion preguntó á la asamblea, si habian visto otro granadero igual vestido de mujer, y al mismo tiempo aseguró á Amelia que formaría parte de la expedicion.

Mientras tuviera á su marido á su lado, ¿qué mas necesitaba? La marcha no tenia ya nada de penoso. La guerra con sus peligros asomaba un poco en lontananza; pero de aquí á entonces mediaba una distancia de algunos meses, y en ese intervalo la tímida Amelia podria disfrutar de una felicidad tan

pura como si se hubiese declarado la suspensión definitiva de las hostilidades.

Dobbin se felicitaba de aquel arreglo; pues ver á Amelia era el sueño de su vida, y en lo más recóndito de su alma sentía una dicha inefable porque podría velar sobre ella y protegerla.

—Si fuera mi mujer no partiría, decía para sí.

Pero Jorge era el amo, y no le tocaba á él darle lecciones.

Rebeca, enlazando á su amiga por el talle, dejó la mesa donde acababan de tratarse tan graves asuntos; y ellos, escitados ya por la más loca alegría, se quedaron sentados bebiendo y murmurando del prójimo.

Un rato después Rawdon recibió dos letras de su mujer que arrugó en su mano y encendió en la vela: hé aquí el contenido del papel:

“¡Grandes noticias! mistress Bute se ha marchado; que Cupido os pague esta noche, porque es probable que se ponga en camino mañana; no olvidéis este último punto.—R.”

Así sucedió que en el momento en que se disponían á pasar al aposento donde estaban las señoras para tomar el café, Rawdon, tomando á Jorge por el brazo, le dijo con un tono meloso:

—Ahora que pienso en ello, si estais con fondos, ¿no podriais pagar la deuda que sabeis?

Osborne sacó de su cartera unos cuantos billetes de banco que entregó á su amigo.

Terminado este asunto, Jorge, Dobbin y José, se reunieron en consejo de guerra en medio del humo de los cigarros, y resolvieron que, al siguiente día, levantarían las tiendas para marchar á Lóndres, en el coche descubierto de José; y efectivamente, á la otra mañana, despues de almorzar, tuvo lugar su marcha con gran pompa.

Aquel día Amelia se levantó muy temprano, y arregló sus cofres con una presteza maravillosa.

En cuanto á Osborne, se quedó en la cama deplorando que la faltara una doncella.

---

Despues de haber hablado de estos personajes, no debemos olvidar á otros que son tambien amigos nuestros, y que se hallaban en Brighthon; como v. g. miss Crawley y todo su séquito.

Pocas casas separaban á Rebeca y á su marido de aquella en donde habitaba miss Crawley con sus achaques y su aburrimiento. A pesar de esta proximidad, la puerta permanecia cerrada lo mismo que en Lóndres. En tanto que mistress Crawley estuvo al lado de la enferma, la quiso libertar de las emociones de una entrevista con su sobrino.

Cuando la enferma se paseaba en coche, la acompañaba siempre mistress Bute. Cuando miss Crawley salia á tomar el aire en su sillón de ruedas, mis-



tress Bute marchaba á su derecha, en tanto que la honrada Briggs sostenia el ala izquierda. Si por casualidad encontraban á Rawdon y á su mujer, á pesar de los respetuosos y perseverantes saludos del capitán, la escolta de miss Crawley pasaba junto á él con una indiferencia tan glacial y tan desdeñosa, que Rawdon se tiraba de los pelos y decia:

—Para lo que adelantamos aquí, mas valdria estar en Lóndres.

—Un buen hotel en Brighton, es preferible á la cárcel por deudas en Chancery-Lane, respondia su mujer con su buen humor acostumbrado.

—¡Me sorprende que los acreedores no me hayan perseguido hasta aquí!

—Nos habriamos burlado de ellos lo mismo que en Lóndres, dijo la intrépida Rebeca, insistiendo sobre las ventajas de su encuentro allí con José y con Osborne.

Efectivamente, los amigos les habian proporcionado, con oportunidad, un pocó de dinero.

—Sí, lo justo para pagar en la fonda, dijo Rawdon.

—Si es que debemos pagar, contestó la jóven, que á todo tenia respuesta.

El criado de Rawdon, aconsejado por los amos, estaba en buenas relaciones con el personal varonil de miss Crawley. El cochero tenia órden de convidar á beber cuantas mas veces pudiera, y de este modo los recién casados se hallaban al corriente de lo que pasaba en casa de la tia.

Ademas, Rebeca habia tenido la feliz idea de hallarse indispueta, para llamar al mismo boticario que cuidaba á miss Crawley. Otro conducto para saber noticias.

La actitud hostil de miss Briggs contra Rawdon y su mujer, era solo aparente; en realidad se inclinaba á la indulgencia y al perdon. Su aversion á Rebeca habia desaparecido con sus motivos de celos, y ya solo se acordaba del buen humor de la antigua rival.

En resúmen, toda la casa de miss Crawley, principiando por ella y mistress Firkin, murmuraba en secreto, del despotismo de mistress Bute.

Es muy cierto que esta matrona abusaba sin consideracion de su influencia. Algunas semanas la habian bastado para reducir á la enferma á una obediencia pasiva, sin que se atreviera ni siquiera á quejarse. Mistress Bute media las copas de vino que podia beber la enferma; intervencion que contrariaba á Firkin y al mayordomo, que perdian así hasta sus derechos sobre la botella de Jerez. Lo mismo hacia con la comida, y hasta con los medicamentos.

Mistress Bute decia si el paseo debia tener lugar en coche ó en el sillón de ruedas; y si la enferma resistia, si pedia algo mas de comer, ó menos medicinas, al punto la enfermera la amenazaba con una muerte súbita, y miss Crawley, á tal argumento, se daba por vencida.

Mistress Bute preparaba ya el despido de toda la

servidumbre, que queria reemplazar con hechuras suyas, y pensaba en la traslacion de la pobre enferma á Crawley-la-reina.

Pero, ¡ay! un funesto accidente vino á trastornar sus proyectos. Su marido, el reverente Bute Crawley se habia caido del caballo y se habia herido de gravedad. Mistress Bute corrió á la cabecera de su marido, no sin prometer su pronto regreso, y sin dejar á los criados las instrucciones mas minuciosas sobre los cuidados que debian prodigarse á la enferma; pero apenas desapareció mistress Bute, cuando todos los de la casa de miss Crawley celebraron su desaparicion con alegría unánime.

Dos ó tres veces por semana miss Briggs iba á bañarse al mar. Rebeca, como hemos dicho ya, se hallaba al corriente de sus costumbres, y sin realizar contra Briggs la conspiracion acuática, resolvió emboscarse y atacarla al salir del baño.

Con efecto, la espió, y con la mayor amabilidad y con la sonrisa mas amable, tendió á Briggs su manita blanca saliéndola al encuentro. ¿Podia ella rehusar esta demostracion amistosa?

—¡Ah! ¡miss Sh..... mistress Crawley! exclamó.

Mistress Crawley la tomó la mano y la estrechó contra su corazon; luego, como si hubiese cedido á la efusion que la dominaba, se arrojó al cuello de Briggs y la dió un tierno abrazo.

—¡Amiga mia! la dijo con un tono tan natural,

que Briggs no pudo menos de echar á llorar, y hasta se enterneció la moza de los baños.

Rebeca obtuvo, sin trabajo, largas confiancias.

Briggs contó y comentó todos los sucesos ocurridos en casa de miss Crawley, desde la desaparicion de Rebeca hasta el dia; coronó su relacion con los detalles de la retirada tan impensada como deseada de mistress Bute, y Rebeca no se cansaba de repetir, que estaba rebosando de júbilo, porque la excelente Briggs y la fiel Firkin, se habian quedado cerca de su bienhechora para aliviarla en sus padecimientos.

Luego, hablando de sí misma, la demostró que su falta, á pesar de las apariencias, era muy natural y muy sensible. ¿Cómo podia negar su mano al hombre que habia conquistado su corazón?

Por toda respuesta la sensible Briggs alzó los ojos al cielo y lanzó un suspiro de simpatía, pues antiguamente habia conocido esas ternuras de corazón; Rebeca, en último resultado, no era culpable.

—¡Ah! no olvidaré jamas, decia esta última, que miss Crawley ha dado asilo á la huérfana abandonada; no, no, aunque me ha desterrado de su presencia, nunca cesaré de amarla; mi vida es suya: que me haga una señal y verá si me sacrifico gustosa. Despues mi cariño es para las personas que la dan tantas pruebas de fidelidad.

Solo la intrigante y astuta mistress Bute, podia tratar mal á los corazones tan afectos á miss Crawley.

—Rawdon, que es tan bueno, continuó Rebeca, me ha dicho mil veces, con las lágrimas en los ojos, que daba mil gracias al cielo porque había colocado junto á su tia á dos ángeles como la excelente Firkin y la admirable miss Briggs.

En el caso en que la abominable mistress Bute lograra arrojar de la casa á todas las personas que tenían la confianza de miss Crawley, Rebeca suplicaba á miss Briggs se acordara de que su modesta casa se hallaba á su disposición.

—¡Querida amiga! exclamó en un trasporte de entusiasmo, hay corazones que no olvidan jamás un beneficio; no todas las mujeres son como mistress Bute; pero al fin y al cabo ¿debo yo quejarme de haber sido el instrumento y la víctima de sus artificios, cuando sin ello no me habría yo casado con Rawdon?

Y Rebeca descubrió á Briggs las astucias de mistress Bute en Crawley-la-reina. Hasta entonces no había podido descubrir los motivos secretos de su conducta: pero los sucesos actuales habían aclarado el enigma. Después de haber encendido con mil artificios una llama recíproca, después de haber hecho caer á dos inocentes en las redes que les había preparado, mistress Bute los había conducido por el amor y el matrimonio á la ruina más completa.

Esta era una verdad de tomo y lomo, y todas estas estratagemas saltaban á los ojos de miss Briggs. La única culpable en el matrimonio de Rawdon y de Rebeca era mistress Bute.

Pero aunque miss Briggs reconocía en Rebeca una víctima muy inocente de las emboscadas de mistress Bute, no podía disimular á su amiga sus pocas esperanzas de que se reanimara el cariño que la habia profesado miss Crawley.

Rebeca, sin embargo, no perdía el valor; decia, que miss Crawley acabaría por ablandarse tarde ó temprano.

Por otra parte, ¿qué habia entre Rawdon y el título de baron? El enfermizo y raquítico Pitt Crawley, ¿qué facultad de medicina se habria atrevido á responder por él? El haber descubierto los tenebrosos manejos de mistress Bute, cargando sobre ella las sospechas, era una dulce satisfaccion para Rebeca; ésta, despues de una hora de conversacion íntima con miss Briggs, conquistada ya en cuerpo y alma á su causa, la dejó en medio de las mas tiernas protestas de amistad; y bien convencida de que al cabo de una hora miss Crawley se hallaría al corriente de todo lo que habia ocurrido.

Rebeca se volvió á su hotel, donde estaban ya reunidos los amigos para un almuerzo de despedida.

Quien hubiera visto á Rebeca y á Amelia abrazarse tiernamente en el momento de la separacion, habria dicho que eran dos hermanas estrechamente unidas.

Mistress Crawley sacaba un gran partido de su pañuelo para los efectos dramáticos; se colgó al cuello de su amiga como si no debiera volverla á

ver, y cuando el coche se alejaba agitó desde la ventana su pañuelo, que estaba completamente seco.

Después de esta pantomima, volvió á la mesa y comió con un apetito mas que regular para una mujer conmovida. Entretanto dió á su marido los pormenores de su entrevista con miss Briggs. Sus esperanzas estaban en alza; Rawdon concluyó, como siempre, por aceptar las opiniones de su señora.

—Vamos, mi querido amigo, le dijo, sentaos á escribir una bonita carta á miss Crawley, para hacerla comprender que sois un buen muchacho, y otras cosas por el estilo.

Rawdon se sentó y comenzó el mensaje.

“Mi querida tia”....

Pero aquí se cortó la inventiva del brillante oficial, que comenzó á roer la punta de la pluma mirando á Rebeca: ésta se echó á reir viendo su aspecto compungido, y; paseándose por el cuarto con las manos cruzadas á la espalda, le dictó la carta siguiente:

“Antes de salir de mi pais para una guerra que podrá serme fatal, acudo á vos porque quiero despedirme de mi mejor y mas antigua amiga. ¡Ah! Permitidme que antes de alejarme de vos, quizá para siempre, estreche contra mis labios la mano á que debo tantos beneficios.

—¡Beneficios! repitió Rawdon escribiendo las últimas palabras y maravillado del talento de su mujer.

—Os pido una sola cosa, y es, que no me dejéis marchar cargado con el peso de vuestra ira. Soy partícipe del noble orgullo de mi familia, aunque bajo ciertos conceptos, no le llevo tan lejos como ella; me he casado con la hija de un pintor, y no me avergüenzo de este enlace.

—Antes me clavarían una espada hasta la guarnición, exclamó Rawdon.

—¡Silencio! dijo Rebeca, tirándole de la oreja y mirando por encima de su hombro para ver si se le escapaba alguna falta de ortografía.

—Os creía instruida de mis amores, continuó Rebeca, pues mistress Bute Crawley los aprobaba y los protegía. Lejos de quejarme de haberme casado con una mujer sin fortuna, me felicito de ello; disponed de vuestra riqueza como gustéis, mi querida tía; yo quería persuadiros que mi afecto se dirige á vos y no á vuestro dinero. No puedo salir de Inglaterra sin vuestro perdon, permitidme que os vea antes de mi marcha. Dentro de un mes, dentro de una semana, sería demasiado tarde.”

Esta misiva oficial fué enviada con un sobre á miss Briggs.

La vieja miss Crawley se echó á reír cuando Briggs, con aire de misterio, la presentó este memorial de su sobrino.

—Ahora que no está aquí mistress Bute, dijo miss Crawley, podemos leer nuestra correspondencia; á ver que es eso.

Cuando Briggs llegó al fin de la carta, que leyó



con mucha emoción. su querida protectora no podía tenerse de risa.

—¿Qué tonta sois! la dijo; ¿no conocéis que ninguna de esas palabras es de Rawdon? Nunca me ha escrito sino para pedirme dinero, y luego sus cartas brillan siempre por sus faltas de ortografía y sus borrones. Ese diablo de institutriz hace de él lo que quiere; todos son unos, añadió miss Crawley á media voz, todos desean mi muerte y suspiran por mi dinero. ¿Qué me importa ver ó no ver á Rawdon? dijo despues de una pausa y con el tono mas indiferente; no estaré mejor ni peor cuando le haya dado un apretón de mano. Que venga si quiere, pero en cuanto á ella, estoy decidida, nunca.

Miss Briggs tuvo que contentarse con este mensaje de reconciliación.

El teatro de la entrevista fué el punto de la roca donde miss Crawley iba todos los dias á tomar el aire en su sillón. Nos sería imposible decir si la enferma experimentó ningun sentimiento de ternura ó de emoción á la vista de su antiguo favorito. Le tendió dos dedos con una sonrisa de buen humor: parecia que se habian separado la víspera.

Rawdon se puso encarnado como un tomate, y su confusión hizo que se apoderara de la mano de Briggs. No podriamos asegurar si la causa de esta emoción era interesada ó sincera.

—Me dejó cortado, decia á su mujer al contarla su conferencia; estaba al lado de su sillón, y la

acompañé hasta la puerta. . . . habria querido entrar. . . .

—¿No habeis entrado, Rawdon? gritó su mujer furiosa.

—No, amiga mia, en aquel momento temblaba que no podía tenerme.

—Sois un imbécil, era preciso entrar y no salir ya nunca, dijo Rebeca.

—No me habéis así; seré un imbécil, pero no quiero que vos me lo digáis.

Y lanzó una mirada á su mujer, en que se pintaba una espresion iracunda.

—Vamos, querido mio, dijo Rebeca, tratando de dulcificar la cólera de su marido, disponeos para verla otra vez que os invite ó no para una nueva visita.

A esto respondió Rawdon, que él sabia lo que tenia que hacer, y la suplicó que guardara para sí las lisonjas que pronunciaba.

Y el esposo, herido en su amor propio, se fué sombrío y silencioso. á pasar el resto del dia en el café.

Por la noche tuvo, como siempre, que rendir las armas ante la previsorá inteligencia de su mujer; al recibir la mas triste confirmacion de las inquietudes que ella manifestó sobre la torpeza del paso que habia dado. La emocion fué, sin duda, demasiado grande para miss Crawley, pues habia permanecido largo tiempo sumergida en sus meditaciones.

—¡Qué viejo se ha puesto Rawdon, y qué ordinario! dijo miss Crawley á su compañera; su nariz está encarnada como un tomate, y su persona se vulgariza en extremo. No podia ser otra cosa con el tal matrimonio. Mistress Bute me decia, que se emborrachaban juntos, y ahora lo creo; olia á licor.... ¿no lo habeis notado?

En vano dijo miss Briggs que mistress Bute hablaba mal de todo el mundo, y que ella la tenia por una....

—Una intrigante.... es verdad.... pero no le hace.... estoy segura de que Rebeca ha inspirado á Rawdon la afición á la bebida.... Las gentes de su especie....

—Mucho se conmovió al veros, dijo miss Briggs, y estoy segura de que si reflexionais en los peligros, que va á correr....

—¿Cuánto os ha prometido por defender su causa? gritó la enferma con un acceso de irritación nerviosa.

—¡Dios mio!....

—Sí, ahora podeis echar á llorar..... no me gustan lloriqueos ni cosas fingidas; idos á vuestro cuarto y que venga Firkin.... Pero no, quedaos y enjugad vuestras lágrimas..... Bien, ahora tomad lo que hace falta para escribir al capitán Crawley.

La pobre Briggs, con una obediencia pasiva, se fué al escritorio y esperó á que la dictaran.

—Escribid que estais encargada por miss Craw-

ley. . . . no, por el médico de miss Crawley, M. Cramer, de decirle que el mal estado de mi salud no me permite esponerme á conmociones violentas; que por consiguiente no puedo tener ninguna discusion de negocios, ninguna entrevista de familia, que le doy gracias porque ha venido á Brighton, y le suplico no prolongue aquí su residencia por mi causa. Podeis añadir que le deseo un buen viaje. y que si quiere pasar por casa de mi notario en Grays'-In-Square, allí encontrará alguna cosa que le agradará: eso basta para determinarle á salir de Brighton.

Briggs escribió la última frase con un sentimiento de satisfaccion muy marcado.

—Querer bloquearme el mismo dia de la marcha de mistress Bute, murmuraba la enferma, es demasiado. Briggs, tambien escribiréis á mistress Bute Crawley para decirle que es inútil que vuelva, puede estarse en su casa. . . . A ver si yo mandaré en la mia, y si evitaré que me ahoguen con bebidas envenenadas. . . . todo el mundo conspira para matarme. . . . todos, todos.

Y la pobre anciana, descartando sucesivamente á todas las personas que habian acudido á su lado por interes. acababa por hallarse en un aislamiento completo; entonces la entraban convulsiones nerviosas y derramaba un torrente de lágrimas.

Entretanto se acercaba para ella la última escena en la triste comedia de la Feria de las Vanidades. Poco á poco las luces se apagaban, y pronto

iba á desaparecer detrás del telon fatal caido para siempre.

El último párrafo de la carta de miss Crawley á Rawdon fué para éste una especie de consuelo, despues de una negativa tan esplicita sobre el punto de la reconciliacion.

Estas líneas mágicas produjeron pues un gran efecto. Rawdon quiso apresurar su viaje á Lóndres.

Sin lo que ganó á José y sin los billetes de Jorge, Rawdon no habria sabido cómo pagar sus gastos en la fonda. El posadero ignoró que por poco no cobra un cuarto. Rebeca, como un general experimentado que salva sus bagajes en la retirada, despues de haber empaquetado todos sus efectos de algun valor, los mandó á Lóndres bajo la responsabilidad del criado de Jorge.

Afortunadamente, el juego suministró á Rawdon los medios de portarse bien, y marchó con su esposa y su cuenta pagada, veinticuatro horas despues que los otros personajes.

—Habria querido ver á mi tia y despedirme de ella; está muy mala y creo que no vivirá mucho.... ¿Qué será lo que me espera en casa del notario? Doscientas libras cuando menos, ¿no es verdad, Rebeca?

Para sustraerse á los importunos de que hemos hablado mas arriba, Rawdon y su mujer no volvieron á su aposento de Brompton, sino que se alojaron en una fonda de un barrio retirado.

Al dia siguiente Rebeca pudo distinguir en el ca-

mino á los susodichos personajes que iban á Fulham donde vivia mistress Sedley, y donde ella fué á visitar á Amelia y á sus amigos de Brighton. Todos habian marchado para Chatham, y de allí para Harwich, punto en que el regimiento debia embarcarse para Bélgica.

Mistress Sedley estaba desolada.

A su vuelta Rebeca encontró á su marido, que habia visto ya al notario; el dragon bufaba de cólera.

—Rebeca, exclamó, ¿nos da una limosna de veinte libras!

## XXVI.

### **Entre Londres y Chatham.**

Como era propio de un gran señor de su especie, nuestro amigo Jorge, al salir de Brighton, hizo su viaje en una berlina con cuatro caballos, y se apeó en un hermoso hotel de Carendish-Square. Allí el recién casado tomó un aposento espléndido para él y su señora, y mandó que le sirvieran con todos los honores.

Recibió á José y á Dobbin como recibe un príncipe, y por primera vez Amelia, dominando su timidez excesiva, presidió lo que Jorge llamaba pomposamente la mesa de su señora.

Dobbin miraba con zozobra todo aquello.

Un poco despues de la comida, Amelia manifestó tímidamente el deseo de ir á ver á su madre á Fulham; Jorge consintió, pero la hizo acompañar por un lacayo en atencion á que él tenia negocios aquella noche.

Dobbin la acompañó hasta la portezuela del carruaje, y se despidió pensando en el placer que habria tenido en acompañarla.

Seguramente Jorge no pensaba lo mismo; pues así que se cansó de beber, salió y compró un billete para ver á Kean en el *Judio de Venecia*. Es de advertir que el capitán Osborne era aficionadísimo al teatro.

La visita de la pobre Amelia hizo pasar á mistress Sedley algunos momentos bien dulces para su cariño materno. Se lanzó á la puerta cuando el carruaje se detuvo en la verja del jardín, y estrechó con efusion en sus brazos á la jóven trémula y conmovida hasta el punto de derramar lágrimas.

La madre y la hija dieron rienda suelta á la manifestacion de sus sentimientos así que se encontraron solas. En todas ocasiones, las lágrimas, sean tristes ó alegres, son el recurso supremo de las mujeres. Dejemos pues en la semi-oscuridad que reina en el salon los sollozos, las lágrimas y las risas de Amelia y de su madre.

El viejo Sedley nos da el ejemplo: dió un abrazo á su hija, habló un instante con ella, y luego salió discretamente del aposento para dejarlas en toda libertad.

Apenas hacia nueve dias que Amelia habia dejado aquella modesta vivienda, y sin embargo, se creia separada por un largo intervalo de los dias felices que allí pasara. Retrocediendo hácia aquella época, ¡qué diferencia no encontraba entre la situacion presente de su espíritu y la de la jóven que vivia enteramente para su amor! Aquella mirada retrospectiva la infundió cierta vergüenza, y la vista de su escelente madre tan afligida en su soledad la penetró de un tierno remordimiento. Se veia obligada á confesar que en pesesion ahora de lo que ella creia el paraiso en la tierra, sus deseos no eran menos inquietos ni se hallaban menos satisfechos.

Cuando un autor casa á los héroes de su novela, por lo general concluye su cuadro, como si el drama se acabara ahí, como si los cuidados y las luchas de la vida respetaran ese límite. ¿Debe creerse pues que la mujer y el marido no tienen ya otra cosa que hacer sino marchar por una senda de rosas al término de su vida? Nuestra querida Amelia, recién desembarcada en su ribera, lanzaba una última mirada á esas figuras tristes y encantadoras de que no se hallaba bastante distante aún para no ver cómo esas sombras desaparecian en lontananza.

En honor de la jóven casada, mistress Sedley quiso hacer algo extraordinario, y se fué á preparar un té notable por su magnificencia. Cada cual manifiesta la ternura á su manera; la mejor para



mistress Sedley era prodigar á su querida Amelia los pastelillos y las naranjas en ensalada.

En tanto que se hacian estos preparativos, Amelia dejaba el salon, subia la escalera, y se encontraba sin saber cómo en el cuartito que habia habitado antes de su boda, en aquel mismo salon donde habia pasado tantas horas de angustia y de amargura. Experimentó el placer delicioso que se tiene cuando se ve á un antiguo compañero. Luego sus pensamientos la llevaron hácia la última semana, y poco á poco volvió otra vez á su pasado.

Sentada en su sillón recordaba con todo su entusiasmo de antes la imágen de Jorge, objeto de sus primeras adoraciones. ¿Debia confesarse ahora la diferencia existente entre la realidad y los rasgos imaginarios del héroe que la habia enajenado? Para reducir á tal estremidad la vanidad de una mujer que ama á un hombre y que le elige por esposo, preciso es que pasen muchos años, que haya habido muchas traiciones. . . .

En seguida llenaban de espanto á la temerosa Amelia los ojos verdes y penetrantes de Rebeca y su siniestra sonrisa.

Sus miradas se dirigian al lecho blanco y virginal donde habia descansado tanto tiempo; pero ya no era suyo, y entonces pensaba en el placer que tendria en volverse á acostar en él y en despertarse como antes, bajo la mirada risueña de su madre.

¡Oh camita blanca! ¡Cuántas confidencias no has

recibido en sus largas noches de insomnios! ¡Cuántas veces en su desesperacion no la has oido llamar á la muerte! Pero ahora debe de ser muy dichosa; sus votos están cumplidos; el hombre por quien tanto ha suspirado, le posee ahora para siempre..... ¡Con cuánta vigilancia y ternura no la habia velado su madre en aquel lecho de inocencia!....

Todos estos recuerdos, todos estos pensamientos destrozaban aquel corazoncito sensible y apasionado. Amelia se arrodilló al pié de su cama y pidió un bálsamo consolador para las heridas de su alma á Aquel á quien la jóven se habia dirigido pocas veces hasta entonces. El amor habia sido su fe, y ahora aquel corazon dolorido buscaba el apoyo que no falta jamas al que padece.

Cuando la llamaron para tomar el té, bajó ya mas serena. Las tristes visiones habian desaparecido, su destino la parecia menos amargo, no pensaba ya ni en la frialdad de Jorge ni en los ojos verdes de Rebeca. Abrazó tiernamente á su padre y á su madre, y por sus conversaciones con el viejo Sedley penetró su alma de alegría. Dijo que el té estaba esquisito, así como la ensalada de naranjas, y luego se volvió á la fonda y recibió á Jorge con una sonrisa cuando volvió del teatro.

A la otra mañana Jorge tenia negocios mas importantes que los de la víspera. Desde su llegada á Lóndres habia escrito al notario de su padre, diciéndole, que queria tener con él una entrevista.

Sus pérdidas al billar y á las cartas contra el capitán Crawley le habian dejado exhausto de recursos, y deseaba hacerse de dinero antes de su marcha. No le quedaba otro medio para ello sino el de echar mano á las dos mil libras que ponian á su disposicion.

Por lo demas, no dudaba que su padre se ablandaria en su severidad: ¿qué padre puede haber tan duro que al fin no abra los ojos sobre el mérito de un pródigo por el estilo? Pero si aquel corazon empedernido era capaz de resistir á la voz de la sangre y á la evidencia de sus altas virtudes, entonces Jorge recogeria tantos laureles en los campos de batalla, que el anciano vencido acabaria por una reconciliacion generosa.

A mayor abundamiento, Jorge tenia el mundo abierto delante de sí; su mala suerte á las cartas no habia de ser eterna, y con dos mil libras tenia para esperar un poco.

Mandó traer un coche para que otra vez Amelia se dirigiera á casa de su madre. Dió carta blanca á las señoras para que en sus compras obedecieran á las exigencias de la moda, pues queria que mistres Jorge Osborne no careciese de nada para producir gran sensacion al presentarse en país extranjero.

Mistress Sedley corriendo en coche de una tienda á otra se creyó un instante en los dias de su grandeza pasada; Amelia no se mostró completamente indiferente al placer de comprar cosas boni-

tas; no la costaba nada obedecer á las órdenes de su marido, y se distinguia en la adquisicion de todos los objetos por una elegancia extraordinaria, como dicen en su lenguaje tradicional los mercaderes.

En cuanto á la guerra que se vislumbraba en lontananza, no era cosa que atormentaba en demasía á la jóven Amelia. Bonaparte seria derrotado en el primer encuentro. Los buques de Margate trasportaban cada dia á Gante y á Bruselas una sociedad elegante y distinguida. Mas bien parecia que iban á una diversion que á una guerra formal. ¿Cómo resistiria el corso á los ejércitos coaligados de la Europa y al genio de Wellington?

Amelia era partícipe de estas ideas, pues creemos inútil decir que aquella criatura angelical aceptaba de buenas á primeras las impresiones de los que la rodeaban.

Però volvamos á nuestro asunto. Amelia y su madre pasaron un dia corriendo tiendas, mientras Jorge entraba en el estudio del notario.

Al penetrar en el gabinete de M. Higgs, Jorge esperaba quizá hallarle encargado de algun mensaje de reconciliacion de parte de su padre, y tomó desde luego un aire desdeñoso y soberbio para manifestar en su esterior la resolucion y la firmeza de su alma.

Però estas pretensiones arrogantes solo encontraron frialdad ó indiferencia en el notario, lo que

las hizo mas ridículas aún: M. Higgs estaba escribiendo cuando entró el capitán.

—Sentaos si gustais, le dijo; soy con vos al instante. M. Poe, tradme el legajo.

Y continuó escribiendo.

Traidos los papeles, M. Higgs preguntó á Jorge si queria sus dos mil libras en billetes pagaderos á la vista, ó si preferia que le compraran renta.

—Uno de los albaceas de la difunta mistress Osborne se halla ausente ahora, dijo con mucha indiferencia; pero mi cliente quiere conformarse con vuestros deseos para orillar este asunto cuanto antes.

—Hacedme un billete, respondió el capitán de mal humor.

Y con un aire de majestuoso desprecio se metió el papel en el bolsillo y salió del despacho de M. Higgs.

—Dentro de dos años estará en la cárcel; dijo M. Higgs á M. Poe.

—¿Creeis que su padre no se ablandará? preguntó éste.

—Antes se ablandará una esquina, respondió M. Higgs.

—Lo que es él se da buena vida, repuso M. Poe; noches pasadas le ví con otros individuos de su regimiento que acompañaba hasta el carruaje á mistress Hygh-Zlyer á la salida del teatro.

El billete era pagadero en casa de nuestros amigos Hulker y Bullock. Jorge juzgó á propósito co-

brar su dinero. Federico Bullock estaba examinando lo que hacia uno de sus empleados cuando Jorge se presentó; al punto su rostro bilioso tomó una tinta lívida y se retiró como para ocultar los remordimientos de su conciencia en su gabinete mas recóndito.

Jorge, con los ojos fijos en su dinero, no reparó ni las variaciones de color, ni la fuga del cadavérico adorador de su hermana.

Federico Bullock dió parte en seguida al viejo Osborne del paso de su hijo.

—¡Qué orgulloso es! le dijo su futuro yerno; tomó hasta el último chelin; poco tardará en gastarlo todo.

El viejo Osborne atestiguó con un juramento que le importaba poco el tiempo y el modo que tendria de gastar sus libras esterlinas.

En cuanto á Jorge, muy satisfecho del resultado de sus negocios aquel dia, hizo con presteza todos sus preparativos de marcha, y Amelia recibió para pagar sus compras un puñado de billetes que su marido la entregó con una generosidad de príncipe.

## XXVII.

### **Amelia en el regimiento.**

Cuando el rico carruaje de José se detuvo á la puerta del hotel de Chatham, la primera cara que

vió Amelia fué la del buen capitán Dobbin que hacia mas de una hora se paseaba por la calle esperando la llegada de sus amigos.

El capitán, con sus charreteras, su casaca de uniforme, su cinturón encarnado y su sable, tenía un aire marcial; José sintió al verle cierto orgullo y le saludó con mas cordialidad que en Brighton.

El capitán estaba con el teniente Stubble, que al ver á Amelia no pudo menos de esclamar:

—¡Linda criatura á fe mía!

Osborne se envaneció con esta aprobación espontánea, y la tomó por un homenaje hecho á su buen gusto. A decir verdad, Amelia, con su esclavina de mujer casada, con sus cintas de color de rosa y la frescura que daba á sus mejillas un viaje rápido hecho al aire libre, justificaba perfectamente la lisonja del teniente.

Dobbin, en el fondo de su corazón, dió gracias á su joven compañero.

Cuando Amelia vió el número del regimiento en el casco del teniente, le dirigió un saludo acompañado de una sonrisa, lo que acabó de hechizar á Stubble. Desde aquel día Dobbin le trató del modo mas afectuoso; y tanto en el paseo, como en el cuartel, muy á menudo hablaron de Amelia en sus conversaciones.

En breve, todos los oficiales del regimiento admiraron á porfía á mistress Osborne. Sus maneras sencillas y naturales, su aire benévolo y modesto, la granjearon la simpatía general. Jorge creció mu-

cho en la estimacion de sus compañeros, seducidos por su desinterés en haber elegido una esposa sin fortuna, pero tan amable y hechicera.

En el salón común la joven encontró una carta para ella; era un billete de color de rosa de forma triangular. En el sello se veía una paloma con un ramo de oliva en la boca.

Era una esquila de mistress la mayor O'Doow, como al punto lo adivinó Jorge, en la cual suplicaba á Amelia, que fuera á pasar la noche en su compañía.

—Es preciso ir, dijo Jorge; allí conoceréis á todos los oficiales de nuestro cuerpo.

Pero apenas habían pasado algunos minutos, cuando la puerta se abrió con estrépito, y apareció una mujer gruesa vestida de amazona, seguida de algunos oficiales.

Era mistress O'Doow.

—¡Aquí estoy! exclamó, no he podido esperar á la noche. Jorge, presentadme á vuestra señora..... Señora, me alegro mucho conoceros, y os presento á mi esposo el mayor O'Doow.

Y dicho esto, la amazona se precipitó al cuello de Amelia con una efusión delirante, y Amelia reconoció en seguida el original de la caricatura que tantas veces le había trazado su marido.

—Vuestro querido esposo os habrá hablado á menudo de mí, repuso la dama.

Amelia contestó que en efecto había sido así.



—Estoy segura de que me habrá arreglado á su modo, dijo mistress O'Doow, añadiendo, que Jorge tenia mala lengua.

—Sin duda, repuso el mayor, que era como un eco de las palabras de su señora.

El mayor O'Doow habia servido á su soberano en todas las partes del mundo. Aunque no alcanzó sus grados por intriga, era, sin embargo, modesto, silencioso y pacífico; era un cordero que su mujer guiaba á su antojo. Se sentaba en silencio á la mesa de los oficiales, bebia mucho, y luego se retiraba á descansar á su aposento. Si abria la boca, era para corroborar la opinion ajena. En suma, era dichoso. El sol ardiente de la India no habia abrasado su sangre, y la fiebre amarilla no hizo en él ninguna presa. Marchaba á una batería de cañones indiferente como cuando iba á paseo. Su apetito no distinguia entre un asado de caballo y una sopa de tortuga. Aun vivia su anciana madre, á la que jamas habia desobedecido, sino para alistarse y para contraer matrimonio con la famosa Peggy de Glen Malony.

Peggy era una de las cinco señoritas que formaban parte de los once hijos de la noble casa de Glen Malony. Su marido era primo suyo por el lado materno. Despues de haber pasado diez años buscando esposo inútilmente, miss Malony ordenó á su primo que se casara con ella cuando ya tenia seis lustros y pico. El buen muchacho obedeció y se llevó á su prima á las Indias occidentales, donde, como

mayor de edad, obtuvo la presidencia de las señoras del regimiento.

Apenas habia pasado mistress O'Doow media hora con Amelia, cuando ésta, sufriendo la ley común á todos los nuevos conocimientos de la mayor, tuvo que oír de la cruz á la fecha la historia de su familia y la genealogía de los Malony.

—Querida mia, la decia, en la efusion de sus confidencias, yo deseaba que Jorge se casara con mi hermana Glorvina; pero ya que lo ha efectuado con vos, os considero como de la familia. Me agrada vuestra fisonomía; veo que nos tendremos una gran amistad. Pero tengo que presentaros á nuestro personal. . . . Hoy asistiremos al banquete que da el 150; ¿queréis venir á tomar algo conmigo para engañar el hambre hasta las cinco? Sin cumplimientos.

—Amelia, dijo el capitán Jorge, vamos á nuestro servicio; durante ese tiempo, mistress O'Doow procederá á vuestra educacion militar.

Una vez en posesion de su nueva amiga, mistress O'Doow la llenó de noticias, que la otra no podia fijar en su mente. Amelia quedó enterada de la historia secreta de la numerosa familia, en cuyas filias acababa de entrar.

Aquella misma tarde la presentaron á los demás miembros de su familia improvisada. Como era tímida y amable, sin ser bastante bonita para hacer sombra á las demás, la primera impresion resultó en su favor. Pero como los oficiales del 150 la juz-

N.E.T. 22. Párrafo que resume una larga intervencion de Mrs. O'Dowd. Rodríguez Espinosa, M. (2007) op. cit. pág. 143. Vid. N.E.T. 15.

garon digna de su atención particular, todas sus hermanas comenzaron á sacarla defectos que era una maravilla.

—¿Ha concluido Osborne de hacer locuras? dijo mistress Magenís á mistress Bunny.

—Si un libertino se puede convertir en buen esposo, no hay duda que Jorge será el modelo de los maridos, dijo mistress O'Doow á mistress Posky, que habia sido hasta entonces la mas jóven de las casadas en el regimiento, y estaba furiosa porque Amelia la arrebatava el puesto.

En cuanto á mistress Kirk, la asistente del Dr. Ramohorn, propuso á mistress Osborne dos ó tres cuestiones de principio sobre el dogma, para ver si era una oveja escogida. Por la sencillez de sus contestaciones decidió que su alma erraba todavía en las tinieblas mas profundas. A fin de que se acercara á la luz, le entregó tres libritos baratos y adornados con viñetas; hé aquí sus títulos:

*Los gemidos en el desierto;*

*La lavandera de Wadworth;*

*La verdadera bayoneta del soldado inglés.*

Deseosa de sacarla de aquel caos de ignorancia antes de que el sueño cerrara sus ojos, mistress Kirk arrancó á la jóven la promesa de que no se acostaria antes de haber leído sus libritos.

Los hombres, ajenos á esas maniobras femeninas, formaron círculo en torno de la encantadora Amelia, y agotaron en su honor todo el repertorio de la galantería militar. Fué aquello una verdadera ova-

cion que reanimó el valor de Amelia y devolvió á sus ojos todo su brillo.

Jorge se envanecía con los triunfos de su mujer y la manifestaba su orgullo con miradas de afectuosa ternura.

Así aquella noche Amelia fué muy dichosa, y su pobre corazon daba saltos de alegría.

—Quiero ser amable con todos sus amigos, decia para sí; basta que sean amigos de Jorge para que yo los acepte como míos.

La entrada de Amelia en el regimiento se hizo pues por aclamacion; los capitanes la hallaban encantadora, los alféreces cantaban sus alabanzas, y los subalternos habrian quemado incienso en su honor.

En cuanto al capitan Dobbin, no desplegó sus labios en toda la noche; cuando acompañó á José á su fonda, daba pasos en falso y estaba preocupado como nunca.

Jorge, en el momento de salir de casa de mistress O'Doow, envolvió cuidadosamente á su mujer en su manton, y ésta dió su mano á todos los oficiales que la acompañaron hasta su carruaje, y la siguieron aún con sus estrepitosas aclamaciones.

Amelia, para apearse del coche, tomó la mano de Dobbin y le rió sonriendo, porque en toda la noche no se habia acercado á ella.

El capitan estaba fumando aún cuando ya todo el mundo dormia en la fonda y en la calle. Habia

visto desaparecer la luz del salón de Jorge, y luego brillar y extinguirse en el dormitorio.

Se volvió á su cuartel á la claridad dudosa del alba. Ya un sordo murmullo de gritos y de manio-  
bras se elevaban por el lado del río; eran buques  
de transporte que recibían á sus numerosos pasaje-  
ros para llevarlos al continente muy lejos de las  
orillas del Támesis.

## XXVIII.

### **Amelia llega á Bélgica.**

23

Los oficiales y los soldados debían embarcarse á bordo de los buques dispuestos con ese fin por el gobierno.

Dos días después de la llegada de Amelia, en medio de los estrepitosos clamores de los marineros y de las tropas, del ruido de las músicas que repetían el *God save the queen*, de los oficiales que agitaban sus sombreros, y en fin, de los hurras de la flota entera, el convoy bajó lentamente sobre el río y aparejó para Ostende.

José, siempre galante, había consentido en dar escolta á su hermana y á la mujer del mayor, cuyos cofres inmensos habían marchado con los bagajes del regimiento. Nuestras dos heroínas se embarcaron para Ostende en medio de los muchos pasajeros que salían para el mismo punto.

N.E.T. 23. A diferencia del título del capítulo original de Thackeray, "In which Amelia Invades the Low Countries", la traducción mexicana (1860) y la de Pedro González-Blanco (¿1900?), "Amelia llega a Bélgica", al igual que la de Georges Guiffrey (1855), "Amélia arrive en Belgique", especifican a qué país arriba la protagonista y prescinden de la irónica alusión militar que recoge en la palabra "invades". Rodríguez Espinosa, M. (1998) op. cit. págs. 280-81.

El periodo de la vida de José, á que asistiremos ahora, está muy lleno de incidentes dramáticos. En cuanto tomó el gran partido de acompañar á las señoras, cesó de afeitarse el labio superior. En Chatham asistia con exactitud á las revistas y á los ejercicios, y en las conversaciones con los oficiales hacia todo lo posible por retener las espresiones técnicas de la milicia. Mistress O'Doow le ayudaba mucho en ese estudio, y le prestaba el socorro de sus luces.

El dia del embarque, á bordo de la *Belle-Rose*, vestia de militar, y decia con misterio que se iba á reunir con el ejército del duque de Wellington; como llevaba coche, le tomaban por un gran personaje, por un comisario general, ó cuando menos por un correo del gobierno.

Lo mismo que las señoras sufrió las angustias del mareo en el viaje; Amelia se sintió renacer cuando entró en el puerto de Ostende; pero es porque descubrió el buque, en el cual se hallaba el regimiento de su marido.

José fué derecho á la fonda, y el capitán Dobbin, despues de haber escoltado á las señoras, se ocupó en reclamar en el buque, y luego en la aduana, el coche y los efectos de José, que se hallaba entonces sin criado. El suyo, de acuerdo con el de Jorge, no quiso embarcarse; sin embargo, Dobbin le encontró uno en el suelo extranjero, que, por su puntualidad en llamarle milor, se granjeó con presteza las buenas gracias de nuestro amigo.

El duque de Wellington habia ordenado que cada cual pagase sus gastos en el ejército. Para un pueblo de mercaderes este es uno de esos recuerdos que no puede salir de la memoria. ¿Qué mas puede desear un pais industrial que ser invadido por un ejército de parroquianos que pagan bien? La Bélgica no es por sí misma muy belicosa; su historia atestigua hace siglos que se contenta con suministrar un campo de batalla á las demas naciones.

El general en gefe del ejército inglés, el duque de Wellington, habia sabido inspirar á todos sus soldados una fe comparable únicamente con el entusiasmo fanático de los franceses por Napoleon. Sus disposiciones para la defensa se hallaban tan bien combinadas, sus refuerzos estaban tan próximos, que el temor se hallaba desterrado de todos los corazones, y que nuestros viajeros, entre los cuales se hallaban dos de una timidez excesiva, participaban de la seguridad general.

El regimiento de que formaban parte nuestros amigos iba á ser trasportado por agua hasta Gante, y de aquí debia marchar á Bruselas. José acompañaba á las señoras que entraron en los barcos públicos lujosamente dispuestos. Estos vehículos lentos, pero cómodos, por el buen trato que en ellos se daba, se hicieron una reputacion perfectamente justificada. Dígalo si no el hecho siguiente: un viajero inglés que habia ido á Bélgica con la intencion de pasar allí una semana, entró en uno de estos bu-

ques, y tanto le gustó la cocina y el servicio, que una vez llegado á Gante, regresó á Bruges, y en seguida repitió el viaje cien y cien veces. Por fin, se inventaron los ferrocarriles; entonces nuestro hombre desesperado se arrojó al rio y se ahogó, en el momento en que el último buque que hacia el último viaje llegaba á Ostende.

José no debía recurrir á tal extremo, pero hizo bien los honores á los ricos manjares que sacaban á la mesa. Mistress O'Doow afirmaba que para complemento de su felicidad solo le faltaba casarse con su hermana Glorvina.

Frecuentes escaramuzas con el enemigo, esto es, con el bello sexo de Chettenham y de Bath, concluyeron por hacer que perdiera mucho de su timidez nuestro amigo. En el regimiento llegaron á quererle; los jóvenes oficiales le agradecian los banquetes que les daba y las ocasiones que les proporcionaba de reir con su aire marcial. Los regimientos tienen gusto en adoptar un animal favorito que les sigue en sus peregrinaciones. Jorge, aludiendo á José, decia que su regimiento habia elegido un elefante.

Jorge comenzaba á sonrojarse un poco de la sociedad á que habia tenido que presentar á su mujer, y comunicaba á Dobbin, que le oia con gran satisfaccion, sus intenciones de pasar cuanto antes á otro cuerpo para que Amelia se encontrara entre gente mas escogida.

En cuanto á mistrees Osborne, por su carácter



sencillo y su franca naturaleza se hallaba al abrigo de esas delicadezas exageradas que su marido tomaba por una prueba de buen gusto.

El regimiento debió acuartelarse en Bruselas, de modo que nuestros viajeros tuvieron por residencia una de las capitales mas brillantes de Europa. Por todas partes habia salones abiertos al juego y al baile; por todas partes festines y diversiones. Todo esto podia hacer abrir los ojos á la jóven Amelia que no habia salido nunca de su isla.

En medio de los goces mas puros el jóven matrimonio disfrutó durante quince dias mas las dulzuras de la luna de miel. Jorge se habia alojado en una buena fonda, y pagaba los gastos por mitad con José; Jorge, siempre pródigo, aumentaba sus atenciones y sus obsequios á su esposa: Amelia debió encontrarse entonces bien dichosa. La llevaba á todas partes y la colmaba de encajes, collares y joyas de toda especie. Era sin duda el modelo de los esposos.

En un baile dado por un oficial superior, Jorge obtuvo una contradanza de lady Blanca Thistlewood, hija de lor Bareacres. Enorgullecido con este honor, no quiso dejar á nadie el cuidado de ofrecer refrescos y de acompañar al coche á lady Bareacres; hablaba con énfasis de la condesa, y al siguiente dia fué á visitarla, y convidó á comer á toda la familia.

Estuvo á punto de volverse loco de alegría cuando oyó que aceptaban su convite. El viejo Barea-

eres tenia muy poco orgullo y mucha hambre para no ir á comer donde le convidaran.

—Me prometo que seremos las únicas mujeres en esa comida, dijo lady Bareacres reflexionando en el convite improvisado.

—¡Dios mio! mamá ¿creeis que llevará á su mujer? preguntó lady Blanca, que en la noche anterior habia bailado un vals con mucho abandono en los brazos de Jorge: el marido pase, ¡pero la mujer! . . .

—Acaba de casarse con ella y dicen que es preciosa, repuso el viejo conde.

—Mi querida Blanca, dijo la madre, si tu padre va bien podemos seguirle: ademas, una vez en Inglaterra no los veremos nunca.

Tomada esta resolucion, los grandes personajes aceptaron sin escrúpulo la comida que Jorge la ofreció en Bruselas. Sin embargo, para no comprometer su dignidad, tuvieron cuidado de mantener á su mujer á cierta distancia, y no la permitieron que tomara parte en la conversacion. Las señoras inglesas de gran todo descuellan en darse ese aire de superioridad desdeñosa.

La fiesta le costó mucho á Jorge, y fué para la pobre Amelia una de las noches mas tristes de su luna de miel. Durante la comida la condesa de Bareacres no quiso responderla una sola vez, y lady Blanca la habia mirado con su lente.

Al siguiente dia nuestros amigos se paseaban por el mercado de las flores, cuando acertó á pasar á

caballo el general Tufto, el brillante oficial de las guerras de la península.

—¡Qué hermoso caballo! dijo Jorge: ¿quién es el jinete?

—El general Tufto, respondió el mayor O'Doow, que manda una division de caballería.

Y despues de una pausa, añadió:

—Él y yo recibimos un balazo en la misma pierna, en el sitio de Talavera.

—Por eso habeis marchado, dijo Jorge riendo: ¡el general Tufto! añadió, volviéndose hacia Amelia, amiga mia, los Crawley no deben estar lejos.

Amelia sintió como un desvanecimiento, y estuvo á punto de desmayarse sin saber por qué. El sol la pareció menos brillante, la ciudad menos curiosa y menos pintoresca. Y no obstante, el cielo estaba iluminado por los últimos rayos del sol en el Ocaso, y era uno de los dias mas hermosos de la primavera.

## XXIX.

### Bruselas.

José habia alquilado un par de caballos para su carruaje descubierto y hacia buena figura en los paseos de Bruselas. Jorge se habia procurado un caballo de montar, y en compañía de Dobbin caraco-

leaba en torno del coche, José y su hermana salían á pasear diariamente.

En una de sus escursiones al parque, en medio de un grupo de ginetes, compuesto de las principales personas de Bruselas, vieron á Rebeca con un elegante traje de amazona, en un bonito caballo árabe, que manejaba con mucha gracia y perfeccion. A su lado marchaba el galante general Tufto.

—¡Es el duque! ¡Es el duque! gritaba á José la mayor O'Doow, en tanto que José comenzaba á sonrojarse. Sí, ahí viene lord Uxbridge; ¡qué hombre tan elegante! ¡y cómo se parece á mi hermano!

Rebeca, al reconocer entre las personas del coche á su antigua amiga, la dirigió una sonrisa graciosa, y la hizo un saludo con la mano.

Luego se volvió hácia el general, que la preguntaba quién era aquel oficial grueso tan lleno de galones de oro.

—Es un oficial al servicio de la compañía de las Indias orientales, respondió Rebeca.

Rawdon Crawley, destacándose entonces de la cabalgada, se dirigió hácia Amelia, para darla un apretón de manos; luego su vista se fijó tan atenta en la mayor O'Doow, y en sus plumas de gallo, que la dama reconoció el poder de sus hechizos vencedores.

Jorge, que se hallaba detras, corrió acompañado de Dobbín, y ambos se descubrieron ante los au-

gustos personajes, entre los cuales distinguió Osborne á Rebeca. Le lisonjeaba mucho ver á Rawdon apoyado en la portezuela del coche hablando familiarmente con Amelia.

Crawley suplicó á Osborne que pasara á verle al hotel del Parque, donde estaba hospedado con el general Tufto, y Jorge reclamó de su amigo el mismo favor.

—Siento mucho no haberos visto tres días antes, dijo Jorge á Rawdon, porque os habria convidado á una comida en que estaban lord Bareacres, la condesa y lady Blanca.

Despues de haber dado esta corta satisfaccion á su amor propio y á sus pretensiones de hombre de gran tono; Osborne dejó á Rawdon que se reuniera con la augusta cabalgada que desapareció al galope.

Jorge y Dobbin volvieron á tomar sus puestos á los lados del carruaje, que continuó al paso.

El encuentro con tan ilustres personas hizo el gasto de la conversacion en lo que faltaba del paseo, en la comida y hasta en la ópera.

Aquella noche el teatro estaba guarnecido de figuras inglesas, y un aire de intimidad reinaba entre los concurrentes; en los palcos resplandecian aquellos adornos maravillosos que levantaban tanto la reputacion de las mujeres inglesas en Bélgica.

Mistress O'Doow no era la que menos se hacia notar: ostentaba en su frente una hilera de bucles

coronados con una diadema de piedras de Irlanda, que á su parecer eclipsaban los aderezos de todas sus rivales. Su presencia incomodaba á Osborne. Mistress O'Doow se inscribia de oficio para todas las diversiones concertadas entre sus amigos, pensando que siempre habia de ser agradable su presencia.

—Hasta aquí nos ha sido de mucho auxilio, decia Jorge á su mujer, que se quedaba muy descansado cuantas veces la dejaba en su compañía; pero la llegada de Rebeca os permitirá olvidar un poco á tan indigesta señora.

Amelia guardó silencio.

Mistress O'Dow admiraba mucho el teatro, pero no tenia comparacion con el de Dubbin. La música francesa era muy inferior á las marchas de su pais.

Los amigos de mistress O'Doow oian todas sus observaciones, acompañadas de estrepitosas carcajadas y de las majestuosas oscilaciones de su inmenso abarico.

—Rawdon, amor mio, ¿sabeis quién es esa señora sentada al lado de Amelia, y que parece un granadero disfrazado? decia en un palco de enfrente una dama muy amable con su marido en la intimidad, pero mas amable aún cuando estaba en público. ¿De dónde sale esa criatura con un penacho amarillo sobre su turbante, ese vestido de raso encarnado y ese reloj que se pasea por su cuerpo?

—¿Al lado de la bonita jóyen que está de blan-

co? preguntó un caballero que estaba detras, con una condecoracion en la casaca, y que ocultaba su cuello en los pliegues de una inmensa corbata blanca y su pecho bajo una enorme cantidad de chalecos.

—La jóven bonita es Amelia Osborne; no se os escapa ninguna, general.

—Os juro que una sola, una sola en el mundo ha sabido fijar mis miradas, dijo el general con una sonrisa.

Al mismo tiempo su vecina levantaba sobre él su inmenso ramillete, como si hubiera querido pegarle con él.

Rebeca, viendo que su amiga la miraba, la envió un beso con su gracia característica.

La mayor O'Doow, tomándole por su cuenta, hizo una ligera inclinacion de cabeza, acompañada de una amable sonrisa; Amelia, con una presteza nerviosa, retrocedió hácia el fondo de su palco.

Durante el entreacto, Jorge fué á presentar sus respetos á mistress Crawley, y hallando á Crawley en el corredor, se dijeron algunas palabras sobre los sucesos de la última quincena.

—Y bien, querido mio, ¿mi banquero os pagó mi billete sin la menor dificultad? preguntó Jorge; ¿estaba en regla?

—Muy en regla, contestó Rawdon; os daré vuestro desquite cuando gustéis. . . . . ¿Y el papá se ablanda?

—No mucho, dijo Jorge, es cosa que requiere tiempo. Para engañar la paciencia, he recogido algo de la fortuna de mi madre. ¿Y vuestra tía está menos feroz?

—Seguramente; ha llegado hasta regalarme veinte libras, ¡avara! . . . ¿Cuándo nos veremos? El general comerá fuera el martes; ¿podeis venir ese día? Decid á Sedley que se corte el bigote; ¿qué diablos hace un paisano con bigotes y una levita de uniforme? Conque está entendido, vendréis el miércoles.

Y despues de este coloquio, Rawdon se alejó dando el brazo á dos corifeos de la moda que, como él, formaban parte del Estado mayor del general.

Jorge se quedó confuso al ver que Rawdon le habia convidado el día que debia comer fuera el general.

—Voy á presentar mis respetos á vuestra señora, le dijo Jorge.

—Como gustéis, respondió el otro con aire de mal humor.

Los dos oficiales que estaban con Rawdon cambiaron una mirada significativa, y Jorge se dirigió hácia el palco del general cuyo número conservaba en la memoria.

—¡Adelante! dijo una voz argentina despues que se oyó un golpecito en la puerta; y nuestro amigo se encontró en presencia de Rebeca.

Mistress Crawley le salió al encuentro con mu-



chas demostraciones de amistad; le alargó sus dos manos como para manifestarle mejor la alegría que la causaba su presencia.

Durante este tiempo el general clavaba los ojos en el recién llegado, y fruncia el ceño con un aire que quería decir:

—Al diablo el importuno que nos incomoda.

—¡Querido capitán Jorge! exclamó Rebeca con una sonrisa encantadora, os agradezco mucho vuestra visita. El general y yo comenzábamos á fastidiarnos en la soledad; general, os presento al capitán Jorge de quien me habeis oído hablar con frecuencia.

—Muy bien, contestó el general haciendo un saludo imperceptible; ¿á qué regimiento pertenece el capitán Jorge?

Jorge indicó el número de su regimiento.

—Ese cuerpo llega de las Indias orientales, ¿no es verdad? Y no se ha distinguido mucho en la guerra. ¿Teneis vuestros cuarteles en Bruselas, capitán Jorge? continuó el general con una altanería insultante.

—No es el capitán Jorge, os equivocais, general.

—¿Pues quién es?

—El capitán Osborne, contestó Rebeca riendo.

El general lanzaba miradas fulminantes.

—En hora buena. Y bien, capitán Osborne, ¿sois de la misma familia que los lores Osborne?

—Nuestras armas son las mismas, respondió Jorge sin mentir.

M. Osborne, despues de haber recurrido á un genealogista habia tomado del libro de la nobleza el escudo de su homónimo, y le paseaba hacia quince años en las portezuelas de sus coches.

El general no dijo una palabra mas; pero tomó su antejo y comenzó á fingir que miraba á la gente de los palcos. Sin embargo, no supo hacerlo con bastante destreza para que Rebeca no notara que uno de sus ojos se hallaba clavado en ella y la lanzaba miradas de tigre así como á Jorge.

Esto no impidió que se mostrara mas tierna y familiar.

—¿Y mi querida Amelia cómo está?... Pero ¿á qué preguntarlo cuando la veo tan fresca y tan hermosa? ¿Quién es la señora que la acompaña?.... Algun nuevo capricho, ¿no es verdad? Siempre el mismo. ¡Ah! ¡M. Sedley comienza á tomar sorbetes, y con gusto!... General, ahora que me acuerdo ¿cómo es que no tomamos sorbetes?

—Voy á buscarlos, dijo el general en el colmo de la ira.

—Iré yo, si lo permitís, repuso Jorge.

—No, no, quiero ver á Amelia en su palco; vuestro brazo, capitán Jorge.

Y haciendo un saludo al general, salió del brazo de Jorge.

Rebeca se sonreia en aquel momento con una sonrisa espresiva que queria decir á Osborne:

—¿No veis el estado de las cosas? El pobre general pierde la cabeza.

Pero Jorge no vió nada, porque estaba muy ocupado con sus pensamientos y sus deseos, y muy dominado, sobre todo, por la admiración de su propia persona.

Pasaremos en silencio las maldiciones del general á los dos jóvenes, contentándonos con decir que estaba furioso.

Los lindos ojos de Amelia, seguian tambien con ansiedad los movimientos de la pareja, cuyos hechos y ademanes escitaban en alto grado los celos del general.

Cuando Rebeca entró en su palco, se arrojó en los brazos de su amiga con un ímpetu irresistible de ternura entusiasta; y á pesar del lugar en que se encontraba, á pesar del anteojo del general, siempre dirigido al palco de Osborne, besó con efusion á su querida amiga, saludó á Dobbin, y admiró los magníficos adornos de mistress O'Doow.

Cuando se alzó el telon para el baile, donde no hubo un bailarín que igualara su talento para la pantomima y la comedia, se volvió á su palco apoyada esta vez en el brazo del capitán Dobbin. No habia querido aceptar el de Jorge para no robárselo á su querida y excelente Amelia.

—¡Qué de gestos! murmuró el buen Dobbin al oido de Jorge, cuando volvió de acompañar á Rebeca; se retuerce y se agita como una serpiente cortada en dos pedazos. No sé si lo habeis notado, Jorge; pero el poco rato que ha permanecido aquí, era

una comedia dirigida al general que estaba en el palco de enfrente.

—Amigo mio, todo eso será verdad, pero tendréis que convenir conmigo, en que es la mujer mas bonita de Inglaterra, repuso Jorge, atusándose el bigote perfumado. Dobbin, no sois un hombre de mundo. . . . Miradla ahora; apenas ha dicho dos palabras al general y ya se está riendo. . . . Amelia; ¿por qué no habeis traído ramillete? Todas las mujeres le han traído.

—¿Y por qué no se lo habeis comprado? repuso mistress O'Doow.

Amelia y Dobbin agradecieron la respuesta.

Pero todo el resto de la noche se pasó en un profundo silencio. El brillo seductor, la conversacion brillante de su rival, causaban á Amelia una tristeza extraordinaria. Mistress O'Doow se puso tambien pensativa y taciturna, como si la aparicion de aquella mujer hubiera echado por tierra sus poderosos atractivos.

—¿Cuándo renunciaréis al juego, segun vuestras promesas? decia Dobbin á Jorge, algunos dias despues de aquella funcion en la ópera.

—¿Y cuándo concluiréis vos con vuestros sermones? le dijo su amigo. ¡Qué diablo! No hay motivo para alarmarse, jugamos con moderacion; ademas, he ganado la noche última. ¿Creeis que me engaña Crawley? Siguiendo con un juego igual, al fin del año se compensan las pérdidas y las ganancias.

—El caso es, que si pierde, no os pagará, repuso Dobbin.

Este consejo tuvo la suerte que tenían todos los que le daba. Osborne y Crawley eran inseparables. El general comía fuera á menudo, y Jorge era recibido en los aposentos que, el edecan y su mujer, ocupaban en la fonda al lado de los del general.

La primera disputa entre Jorge y Amelia, estuvo á punto de proceder del enojo y la incomodidad que se manifestaban, durante aquellas visitas, en las facciones y en los modales de Rebeca.

Jorge la riñó por su repugnancia en tratar con una antigua amiga y por el tono altivo y desdén que tomaba con mistress Crawley.

La pobre Amelia no dijo nada; pero las miradas irritadas de su marido y las ojeadas escudriñadoras de Rebeca aumentaron su malestar en la visita siguiente.

Rebeca se mostraba mas atenta cada vez, como queriendo aparentar que no notaba la frialdad de su amiga.

—Parece que Amelia tiene mas orgullo desde que su padre. . . . desde la desgracia de M. Sedley, repuso dulcificando su frase al oido de Jorge. En Brighton me hacia el honor de tener celos de mí, y ahora se escandaliza al verme vivir en comun con Rawdon y el general. ¡Dios mio! Nuestros recursos propios no nos bastarian si un amigo no sufragara la mitad de los gastos. ¿Cree que Rawdon sabrá

cuidar de mi honra? A la verdad, la estoy muy agradecida.

—Son celos y nada mas, contestó Jorge, todas las mujeres son lo mismo.

—No olvideis á los hombres, repuso Rebeca; ¿la otra noche no estabais vos celoso en la ópera del general Tufto? ¿Y él no lo estaba de vos? Creo que me habria devorado cuando estaba con Amelia..... Y lo cierto es que me ocupo tanto del general y de vos como de la cabeza de un alfiler. . . .

Y al pronunciar estas palabras hizo un movimiento desdeñoso. Luego prosiguió diciendo:

—¿Queréis comer conmigo? Hoy estoy sola. Mis dos dragones comen en casa del general en jefe. Pero ¿no sabeis la noticia que corre? Parece ser que los franceses han pasado la frontera. Comeremos en una paz octaviana.

Jorge aceptó á pesar de que su mujer se hallaba indispueta. Llevaba mes y medio de matrimonio, y ya otra mujer podia dirigir contra Amelia sus dardos emponzoñados sin que el buen marido contestara. Su conciencia le decia que obraba mal, pero preciso es resignarse cuando tercia en el asunto una mujer bonita.

Como Amelia, en vez de cansar á su marido con quejas celosas, se resignaba á ser desgraciada y á derramar lágrimas en el silencio y el abandono, Jorge queria persuadirse que no alimentaba la menor sospecha de lo que no era un secreto para na-

N.E.T. 24. La versión original de Thackeray (1848, 287), "Will you dine here?", se vierte como "Voulez-vous dîner avec moi ce soir?" en el texto francés (1855, I 342), y como "¿Queréis comer conmigo?" en la traducción mexicana (1860, 328), en la de Pedro González-Blanco (1900, 159) y en la de Gregorio Lafuerza (1915, 389). De este modo, una alusión velada a una simple comida se transforma en una invitación explícita de Rebecca Sharp, muy alejada de la ambigüedad calculada del autor original, con lo que se explicita su relación con George Osborne. Por otra parte, la adición de la frase "Hoy estoy sola", que también procede de Georges Guiffrey (1855, I 342), "Je suis toute seule", y que se localiza en las dos primeras traducciones publicadas en español, profundiza en la manipulación ideológica del texto original. Rodríguez Espinosa, M. (2001) op. cit. págs. 18-19.

die, de sus locas intrigas con mistress Crawley. Daba paseos con ella cuantas veces Rebeca podía desembarazarse de su general, y Jorge pretestaba asuntos del servicio con Amelia, á quien no engañaba con esos pretestos.

En tanto que su mujer pasaba las noches en la soledad ó en compañía de su hermano, él iba á casa de Crawley, perdía su dinero contra el marido, y se lisonjeaba con la dulce ilusion de que la mujer le amaba locamente. No se puede decir que esas dos personas se hubieran puesto de acuerdo para robarle; pero en fin, la mujer se habia otorgado el cuidado de aturdirle con sus zalamerías, y el marido se dió el de vaciar su bolsillo. Osborné podia ir y venir por la casa sin que nunca se alterase el buen humor de Rawdon.

Tanto iba Jorge á casa de sus amigos que ya apenas veia á William Dobbin. Hasta evitaba su compañía en la sociedad y en el regimiento, porque ya sabemos que no era aficionado á oír sus sermones.

Desde el tiempo de Dario no ha habido ejército que sobrepujara ni aun igualara en los esplendores de su cortejo al que mandaba el duque de Wellington en 1815 en los Países Bajos. Las fiestas y los bailes se prolongaron, digámoslo así, hasta la víspera de la batalla.

El baile dado en Bruselas el 15 de Junio de ese año por una duquesa, es una fiesta histórica. Toda la ciudad de Bruselas estuvo conmovida, y seria difícil dar aquí una idea de las luchas, de las manio-

bras y las súplicas á que fué preciso recurrir para alcanzar billetes.

José y mistress O'Doow, á pesar de sus deseos y esfuerzos, los solicitaron en vano. Los otros amigos nuestros fueron mas dichosos. Gracias á la intervencion de milord Bareacres, que devolvía así de un modo económico el obsequio de la comida, Jorge obtuvo una carta para él y mistress Osborne, lo que aumentó, si era posible, la vanidad de sus sentimientos. Dobbin, amigo del general bajo cuyas órdenes estaba su regimiento, se presentó un dia muy alegre á enseñar á mistress Osborne una esquila de convite. José tuvo celos, y Jorge se preguntó con sorpresa qué es lo que William tenia que hacer en aquellos salones aristocráticos. Rawdon y Rebeca fueron invitados como amigos del general que mandaba la brigada de caballería.

Jorge eligió para su mujer los trajes mas elegantes y los aderezos mas nuevos: pero la pobre Amelia, una vez en el baile, no halló á nadie á quien dirigir la palabra.

Lady Bareacres apenas respondió al saludo de Jorge, y le volvió la espalda. Jorge dejó á Amelia en un banco entregada á sus reflexiones. La pobre mujer estaba asaltada por los pensamientos mas tristes, y nadie, escepto Dobbin, vino á sacarla de sus meditaciones.

El descalabro fué completo para Amelia, y Jorge se mordía los labios de rabia.

En cambio Rebeca obtuvo un gran triunfo; llegó



muy tarde; su rostro estaba radiante y su prendido era de un gusto esquisito; su entrada hizo sensación entre tanto personaje, y todos los ojos se clavaron en ella. Rebeca se mostraba con tanta naturalidad como si se hubiera hallado á la cabeza de las colegialas de miss Pinkerton para llevarlas al templo.

La muchedumbre de los elegantes y de los hombres á la moda formaron corro en torno de mistress Rawdon; mas de cincuenta caballeros solicitaron el honor de bailar con ella; pero la jóven contestó que estaba comprometida, que bailaria muy poco, y al fin se abrió paso hasta el lugar en donde Amelia sufría un suplicio terrible.

Fué el golpe de gracia para esta criatura el ver que Rebeca la tomaba bajo su proteccion y la dirigia las protestas mas afectuosas.

Mistress Rawdon criticó algunos detalles defectuosos de su tocado y de su vestido, y la preguntó por qué no se habia calzado mejor. La dió las señas de su corsetera, y luego la hizo elogios del baile; dijo que estaba brillantísimo, y que reinaba en él mucha intimidación. Apenas se veian algunas caras desconocidas.

Quince dias y tres comidas de etiqueta bastaron para que esa jóven se familiarizara con la lengua de los salones, que hablaba ya tan bien como el primero de los indígenas.

Jorge habia dejado sola á su mujer, pero en cuando vió á Rebeca al lado de su querida amiga, se fué

á ella. Justamente entonces Rebeca hablaba á Amelia de las locuras de su marido en estos términos:

—Por amor de Dios, impídele que juegue, porque se arruinará. Todas las noches juega con Rawdon, que pronto le llegará á ganar su último che-lin, porque no es rico. Tratad de moderarle, sois muy descuidada. Venid á pasar las noches con nosotros en vez de aburriros con el capitán Dobbin. Convengo en que es muy amable; pero ¿quién puede querer á un hombre con piés como los suyos? Vuestro marido sí que tiene unos piés de señorita. Pero aquí llega; ¿de dónde venís, atolondrado? Dejais sola á mi querida amiga, y os vais á divertir en tanto que ella llora como una Magdalena. Mas veo que venís á buscarme para la contradanza, ¿no es verdad?

Y al mismo tiempo se desembarazó de su ramillete y de su chal que dejó al lado de Amelia, y tomando el brazo de Jorge, se fué hácia los grupos de los bailarines.

Únicamente las mujeres saben hacer heridas tan horrosas; la punta acerada de sus dardos lleva un veneno mil veces mas peligroso, que las armas melladas y pesadas del hombre. La pobre Amelia, cuyo corazón no conocía ni el odio ni el desden, se hallaba entregada, sin defensa, á su enemiga.

Jorge bailó dos ó tres veces con Rebeca. Amelia ni siquiera lo notó, y nadie paró su atención en ella, escepto Rawdon, que la fué á decir algunas de

sus frases descosidas, y el capitán Dobbin que, al cabo de algunas horas, armándose de valor, la llevó un sorbete y se atrevió á sentarse á su lado. No la hizo ninguna pregunta acerca de las causas de su tristeza; las conocia demasiado. No pudiendo ocultarle las lágrimas que llenaban sus ojos, le dijo, que mistress Crawley habia turbado su alma diciéndola, que Jorge seguia tan apasionado al juego como siempre.

—¿En qué lazos tan toscos cae un hombre dominado por esa pasión? dijo el capitán.

—¡Ay! exclamó Amelia, dominada por un gran dolor, en el cual no entraban por nada las pérdidas de dinero.

Por fin llegó Jorge, pero venia á buscar el chal y las flores de Rebeca. Se marchaba sin despedirse de Amelia. La pobre criatura, silenciosa como un mármol, vió á su marido alejarse nuevamente. Su cabeza volvió á caer sobre su seno. Dobbin habia sido arrastrado á otra parte por su amigo el general, y no presenció ese último dolor añadido á tantos dolores.

Jorge entregó á Rebeca el ramillete, en el cual se ocultaba, como una serpiente, un billete amoroso.

El ojo de Rebeca le descubrió al punto; su educación habia recibido un desarrollo precoz en el capítulo de esos mensajes. Tendió la mano, tomó el ramillete, y Jorge pudo leer en su mirada, que habia adivinado la presencia del papel.

Rawdon se hallaba sin duda demasiado ocupado en sus ideas personales, para observar las señales de inteligencia cambiadas entre su mujer y su amigo, en el momento de la despedida.

Amelia vió en parte la escena del ramillete; era demasiado.

William, dijo, tomando convulsivamente el brazo de Dobbin, que se encontraba junto á ella, no me siento buena. . . . quisiera ir á casa. . . .

Sin pensar le había llamado por el nombre de William como hacía Jorge. Amelia vivía á corta distancia; pero en el camino pudo observar una agitación inusitada en la calle.

Repetidas veces Jorge había reñido á su mujer por haberle esperado hasta las altas horas de la noche, y á fin de evitar esta reconvencion, así que llegó se retiró á su cuarto. Le fué imposible dormir, y sin embargo, no ahuyentaron su sueño el tamulto y el ruido de caballos que fuera se sentía; nada de esto oyó: otras preocupaciones embargaban su ánimo y causaban su insomnio.

Osborne, loco con el triunfo que acababa de alcanzar, se dirigió á una mesa de juego, y se puso á jugar con loca audacia. La suerte le fué propicia.

—Todo es suerte esta noche, se decía con entusiasmo.

Su fortuna en el juego no contribuyó á calmar la exaltación de su alma. Se levantó al cabo de algunos instantes, llevándose las monedas de oro que

habia ganado, y se fué al ambigú á tomar algunas copas de ponche.

Apostrofaba á todos los que se acercaban á él, se reia en alta voz y gritaba. Allí le encontró Dobbin, cuyo rostro pálido y sombrío contrastaba con el aire animado de Jorge.

—Dobbin, una copa; el vino es esquisito; ¡eh! señores, mas champaña.

Y con mano trémula Jorge alargaba su copa para que la llenaran de nuevo.

—Vámonos, Jorge, dijo Dobbin con seriedad; habeis bebido demasiado.

—Dejadme en paz, no es hora todavía.

Dobbin llevándosele aparte le dijo algunas palabras al oido; Jorge se estremeció, y despues de exhalar una exclamacion de asombro, soltó su vaso, dejó la mesa y partió sin mas tardanza del brazo del capitan Dobbin.

—El enemigo ha pasado el Sambre, le dijo William; nuestra izquierda está empeñada, y estaremos en marcha dentro de tres horas.

Jorge experimentó un temblor nervioso al oir esta noticia tan deseada, pero que caia sobre él con la rapidez del rayo. ¡Qué lejos se encontraba ahora de sus intrigas amorosas, de la embriaguez de una pasion culpable! Mil pensamientos cruzaron por su mente; reflexionaba, al salir de aquella casa, en las vicisitudes de su vida, en el destino que le reservaba el porvenir; pensaba en su mujer, en el hijo que quizá no veria nunca. ¡Ah! ¡cuánto habria deseado

echar un velo sobre aquella cuyos recuerdos todos eran otros tantos remordimientos! ¿Podría decir adios con la conciencia tranquila á la inocente criatura, cuyo amor habia despreciado con una frialdad tan insultante?

Al cabo de algunas semanas de matrimonio, ya no le quedaba nada de su modesta fortuna. ¿No era esto por su parte el colmo del egoismo y de la indiferencia? Era indigno de tener una mujer semejante. ¿Qué la dejaría si llegaba á morir? . . . Pero también, ¿por qué se habia casado? Los deberes de marido no estaban conformes ni con su carácter ni con sus gustos. ¿Por qué habia desobedecido á su padre, siempre tan generoso con él? La esperanza, el remordimiento, la ambicion, la ternura y un poco de egoismo, agitaban tumultuosamente su alma.

Se sentó y escribió á su padre; el alba comenzaba á rayar cuando cerró su carta, que selló y besó con cariño; pensaba en el aislamiento de aquel desgraciado anciano, en los mil testimonios de bondad que habia recibido en medio de sus severidades.

Cuando entró en su habitacion arrojó una mirada al lecho en donde descansaba Amelia; una respiracion suave se escapaba de su seno; sus ojos estaban cerrados, creyó que dormía y se regocijó al ver la calma de sus facciones.

Su asistente se ocupaba ya en los preparativos de la marcha; con una señal le dió á entender que lo dispusiera todo sin hacer ruido.

Jorge no sabia si despertar á Amelia ó encargar á José que la diera la noticia de su marcha; en esta duda entreabrió la puerta para contemplarla por última vez.

Cuando él llegó no dormia, pero se habia quedado con los ojos cerrados. Quería libertarle aún de los remordimientos de los insomnios que la causaba, pero al volverle á ver de nuevo, al cabo de un tiempo tan corto, su corazon temeroso se dilató, hizo un movimiento hácia él cuando se retiraba de puntillas, y luego se durmió con un sueño apacible. Al entrar Jorge otra vez con muchas precauciones para la suprema despedida, pudo distinguir, á la débil claridad de la lamparilla, aquel rostro pálido y suave, cuyos párpados enrojecidos por las lágrimas, se hallaban medio cerrados. ¡Qué pureza en sus facciones! ¡qué gracia, qué dulzura, y al mismo tiempo qué tristeza! ¡Ah! sus faltas le aparecian en toda su inmensidad; con la frente ruborizada y la desesperacion en el alma, se detuvo al pié de la cama á contemplar el sueño de aquella divina criatura.

Pero en tanto que permanecia así inclinado sobre aquella fisonomía hechicera inmóvil en la almohada, dos brazos enlazaron tiernamente su garganta.

—Jorge, estoy despierta, exclamó Amelia con un sollozo, capaz de hacer saltar su pobre corazon.

¡Despierta! . . . sí, despierta para mayor dolor;

pues en el mismo instante las notas agudas del clarín resonaron en la plaza de Armas, para correr de allí por toda la ciudad, que muy en breve salió de su sueño aquella noche.

### XXX.

#### **La marcha.**

No elevamos nuestras pretensiones hasta el punto de querer figurar entre los narradores de batallas. Nuestro lugar está fuera de la pelea, y no queremos abandonarle. Así es, que despues de haber acompañado al regimiento, en donde figuran nuestros personajes, hasta las puertas de la ciudad, volveremos á nuestras señoras. Mistress O'Doow se asomó al balcon cuando pasaba el regimiento, y todos los oficiales la saludaron cortesmente. Si no acompañaba á su marido al campo de batalla, no era por falta de valor, sino únicamente por un sentimiento de delicadeza femenina.

Bien persuadida de la inutilidad de toda pena, que solo puede tener por resultado el aumentar nuestra desgracia, Rebeca juzgó á propósito dispensarse de toda emocion en este caso, y soportó la marcha de su marido con un heroismo espartano.

Sin embargo, antes de partir, Rawdon, despues de haber echado la cuenta de todo lo que dejaba



á su querida esposa, la tomó en sus brazos, la estrechó tiernamente contra su corazón, durante largo tiempo, y luego la dejó y salió con las lágrimas en los ojos. Un buen rato caminó al lado del general, guardando el silencio mas profundo, hasta que llegaron á reunirse con el grueso de la tropa; entonces cesó de atusarse el bigote y rompió el silencio.

Rebeca, como hemos dicho ya, no habia querido entregarse á demostraciones de dolor supérfluas. Desde el balcon le hizo la postrera señal de despedida, y despues se quedó algunos minutos disfrutando de la frescura de la mañana. Las torres de la catedral y los tejados de las casas, comenzaban á resplandecer con los primeros rayos del sol; Rebeca no habia descansado aún; su traje de baile, sus hermosos rizos que caian sobre su garganta, y un círculo azul en torno de sus ojos, denotaban una noche en vela.

—¡Qué fea estoy! dijo, mirándose al espejo; este color de rosa me hace parecer muy pálida.

Y al punto se quitó el vestido. Del corpiño cayó un billete, que recogió sonriendo y encerró en su tocador. Luego puso su ramillete en un vaso de agua, se arrojó en la cama, y se durmió profundamente.

El mayor silencio reinaba en la ciudad, cuando se despertó mistress Crawley, á eso de las diez de la mañana; tomó su café con mucho gusto, y esto la

ayudó á reponerse de las fatigas de la noche y de las emociones de la mañana.

Haciendo la recapitulacion de las cuentas que habia echado Rawdon, halló que su situacion no era desesperada. Comprendiéndolo todo, dinero, alhajas y efectos con los regalos de su admirador el general, se encontraba con que poseia unas setecientas libras esterlinas para asegurar su entrada en el mundo, si quedaba viuda. Entre los papeles que contenia la cartera de Rawdon, habia un pagaré de veinte lib. firmado por Osborne; con este motivo se acordó de Amelia.

—Iré á cobrar el pagaré, dijo, y despues visitaré á mi amiga.

Si nuestra novela carece de héroes, al menos no se podrá decir que falta una heroína. No se cree que se hallará en todo el ejército inglés un hombre dotado de la fría impassibilidad de Rebeca.

Otra persona conocemos que, aunque no es uno de los actores del drama sangriento que va á tener lugar á pocas horas de Bruselas, cae por esto mismo bajo nuestra jurisdiccion; queremos hablar de José, cuyo sueño, como el de todo el mundo, fué turbado por el sonido de los clarines. Nuestro amigo, en esto del sueño, era de la familia de las marmotas; de modo, que á pesar de todos los tambores y clarines del ejército inglés, sus ronquidos se habrian prolongado hasta la hora de costumbre, si una interrupcion, que no fué causada por Jorge, no hubiera venido á sacarle de su letargo.

Jorge ocupaba una habitación contigua á la de José; pero sus preparativos y el pesar de dejar á Amelia, no le dieron tiempo para acordarse de José, que dormía profundamente.

Pero Dobbin se fué á la cama para darle un apretón de mano.

—Os agradezco mucho la atención, dijo José bostezando.

—No habría podido marcharme sin despedirme de vos, exclamó Dobbin, cuyas palabras confusas dejaban traslucir la confusión que reinaba en sus ideas; alguno de nosotros no volverá. . . y ya conocéis. . . que no podía. . . .

—No os comprendo, repuso José, restregándose los ojos.

El capitán, aunque hablaba con José, tenía su atención en otra parte. El hipócrita dirigía todas las facultades de su alma hácia el lado de la habitación de Jorge, con la esperanza de recoger un murmullo, de distinguir una sombra fugitiva. Iba y venía por el aposento de José, movía las sillas, tocaba el tambor en los cristales, se roía las uñas y daba mil pruebas inequívocas de la agitación de su alma.

José, que nunca había tenido una idea muy elevada del capitán, empezó á tener sus dudas acerca de su valor.

—¿Quereis alguna cosa en que yo pueda servirlos? le preguntó con un acento irónico.

—Voy á decíroslo, respondió el capitán acercán-

dose á la cama. El regimiento parte dentro de una hora, y quiéu sabe cuál será la suerte de Jorge y la mia. . . . No saldréis de esta ciudad sin hallaros bien al corriente del estado de las cosas. Vuestro deber os manda permanecer al lado de vuestra hermana para infundirla valor y protegerla contra todo peligro. Si le sucediera alguna desgracia á Jorge, á vos tocara el cuidado de defenderla; en caso de una derrota, tendriais que llevárosla á Inglaterra. Dadme pues vuestra palabra de que no la abandonaréis. . . . pero no necesito arrancaros esa promesa. En cuanto á dinero, yo tengo, os lo ofrezco de todo corazon; ¿si llegara aquel caso terrible, podriais efectuar vuestro regreso á Inglaterra?

—Capitan, respondió José con aire majestuoso, cuando necesito dinero, sé dónde tomarlo; y en cuanto á mi hermana, conozco cuáles son mis deberes.

—Hablais como un hombre de honor, José, respondió el buen Dobbin, y me alegro que Jorge deje á su señora en tan buenas manos. ¿Podria repetirle vuestra palabra de que hallará en vos apoyo y proteccion si se viese amenazada de algun peligro? . . .

—Seguramente, respondió José.

Dobbin sabia que los sacrificios de dinero no serian nunca los mas costosos para el hermano de Amelia.

—Conque en caso de derrota la acompañaréis fuera de Bruselas hasta que se halle en seguridad.

—La derrota es cosa imposible, capitan; en vano quereis asustarme, vociferó el héroe con energía.

El capitan se tranquilizó al ver estas disposiciones.

—Al menos, pensaba Dobbin, podrá retirarse ella si van mal nuestros asuntos.

Si el capitan Dobbin se habia prometido antes de su marcha tener con la vista de Amelia un postrer consuelo, este movimiento de egoismo halló su castigo en la satisfaccion misma del deseo que le habia inspirado.

Un salon comun á la familia separaba el cuarto de José del de Amelia. En esta pieza el criado de Jorge arreglaba las cosas que su amo le traia. Por las puertas medio cerradas Dobbin pudo contemplar otra vez las facciones de Amelia. Pero ¡ay! en su fisonomía se hallaban pintados el abatimiento, la palidez, la desesperacion. . . .

Este recuerdo atormentó por un tiempo muy largo el alma de Dobbin; aquella imágen le aparecia como un remordimiento por entre las inquietas angustias de una ternura compasiva.

Se habia puesto de prisa su peinador de mañana; sus cabellos caian en desórden, sus grandes ojos estaban apagados y fijos. Como para ayudar á los preparativos de marcha y probar que en tan críticas ocasiones tambien ella podia ser útil, habia sacado de la cómoda el cinturon de Jorge, y sin soltarle de la mano, seguia á su marido paso á paso y en silencio.

Entró en el salon, y allí, apoyada en la pared, estrechaba contra su seno el cinturon cuya faja carmesí bajaba como un largo rastro de sangre. A la vista de tan penoso espectáculo, nuestro sensible capitán oyó una voz acusadora que gritaba en su conciencia.

—¡Dios mio! se decia, no he sabido respetar el misterio de esa afliccion.

Era uno de esos dolores inmensos que las palabras no pueden calmar ni dulcificar. Penetrado de la mas viva simpatía, se detuvo un momento á contemplar á aquella mujer con la ternura de una madre que ve padecer á su hijo.

Por fin Jorge tomó la mano de Amelia, la llevó á su cuarto y apareció inmediatamente, pero esta vez solo.

Se habia despedido ya y salió al instante.

—Gracias á Dios, pensó Jorge bajando la escalera con su espada bajo el brazo, ya he pasado ese terrible momento.

Y se fué corriendo al punto de reunion, al que soldados y oficiales llegaban de todos lados y en tumulto. Su pulso latia fuertemente, sus mejillas estaban encendidas; se trataba de una cosa muy seria.

El sol se mostraba apenas en el horizonte cuando el regimiento se puso en marcha; era hermoso ver el aire marcial de toda aquella gente, con la música al frente tocando una marcha guerrera.

XXXI.

**Sacrificios de José Sedley por su hermana.**

En tanto que cada uno de los oficiales iba á ocupar en el campo de batalla el puesto que le estaba señalado, José Sedley se quedaba en Bruselas para mandar en la pequeña colonia que conocemos ya. Como compensacion del trastorno que le habian ocasionado las confidencias de Dobbin y los acontecimientos de aquella mañana, prolongó muchas horas las delicias de la cama, y sin esperanza de reconciliar el sueño en el punto en que le habia dejado, se puso á reflexionar, hasta la hora de levantarse, en las circunstancias actuales.

Con la ausencia de Jorge, José Sedley se encontraba mas á su gusto. Quizá en el fondo de su corazón se alegraba de la marcha de Osborne; pues cuando éste se hallaba en la casa, su papel era muy secundario: Jorge no disimulaba el desprecio que sentia por el tal personaje.

Amelia, por el contrario, atendia mucho á él, y con sus cuidados y su dulce sonrisa sabia hacerle olvidar la ira y los desprecios de su marido.

Al ver el sombrero redondo y los guantes del capitán sobre el aparador, José pensaba con alegría que el dueño de esos objetos estaba ya lejos.

Volviéndose hácia su criado Isidoro le dijo:

—Llevad el sombrero del capitán á la antesala.

—Quizá no le necesitará mas, dijo el lacayo respondiendo al pensamiento de su amo.

Tambien detestaba á Jorge que le trataba con la mayor insolencia.

—Id á decir á la señora que está servido el almuerzo, añadió M. Sedley con una dignidad majestuosa, y desdeñando entrar en esplicaciones con un criado sobre la aversion que tenia á Jorge.

Sin embargo, no siempre se habia mostrado tan discreto, y mas de una vez, en presencia de Isidoro, habia dado libre curso á su mal humor contra su cuñado.

Pero ¡ah! la pobre señora no se hallaba en estado de presentarse; segun la respuesta de su doncella, desde la marcha de su marido se encontraba en una agitacion extraordinaria. La mayor muestra de simpatía que su hermano pudo darla en aquella ocasion, fué llenar para ella una inmensa taza de té; cada cual tiene su manera de manifestar su ternura.

Isidoro habia mirado con aire socarron al criado de Osborne cuando arreglaba las cosas para la marcha. Primeramente queria mal á M. Osborne por el desprecio con que le trataba; los criados del continente son poco sufridos generalmente hablando. Y despues se entristecia al ver que tantos objetos de valor se escapaban á su codicia para pasar á otras manos que las suyas despues de la derrota de los ingleses.



La derrota de los aliados parecia cosa inevitable á la mayor parte de las personas que á la sazón se encontraban en Bélgica. Reinaba la opinion de que el emperador, despues de haber acabado con los prusianos y los ingleses, se hallaria dentro de tres dias en Bruselas. Por consiguiente Isidoro se atribuía ya todos los efectos y todos los muebles de sus amos, que si no querian perecer, debian escapar á toda prisa.

Por fortuna el pobre José no leía en los pensamientos del criado.

La doncella de Amelia no era culpable de unas miras tan interesadas. Nadie, ni aun las personas que la servian, podian acercarse á Amelia sin experimentar en su favor un sentimiento de cariño. Al ver que la jóven permanecía horas enteras inmóvil y silenciosa en el balcon desde donde habia visto desaparecer la última bayoneta del regimiento, la criada, tomándola la mano, la dijo con dolor:

—Y yo, señora, ¿no tengo tambien un marido en el ejército?

Y echó á llorar amargamente. Amelia se arrojó en sus brazos y lloraron juntas.

Repetidas veces durante el dia Isidoro recorrió la ciudad en busca de noticias. Todos los belgas se mostraban adictos á la causa del emperador, y le veian ya vencedor y la campaña terminada. Hasta se anunciaba la esterminacion del enemigo.

Todos estos rumores, esparcidos por la ciudad,

eran repetidos á M. Sedley con una exactitud minuciosa.

—El duque de Wellington ha sido derrotado; el rey de Francia se embarca hoy en Ostende; el duque de Berri ha caído prisionero. Los que quieran salvar el pellejo que se apresuren á marchar cuanto antes; mañana será ya tarde para huir.

José acababa de levantarse de la mesa, y aunque estas noticias quebrantaban un poco su confianza, no le alarmaban demasiado.

—Mi sombrero y seguidme, exclamó; quiero juzgar por mí mismo de la verdad de todos esos rumores.

Mistress Rawdon entraba en aquel instante; iba á visitar á Amelia. Como habia hallado abierta la puerta, no habia tenido que llamar.

Rebeca no estaba ni menos bonita ni menos elegante que de costumbre. El descanso que habia disfrutado desde la marcha de Rawdon, la habia devuelto toda su frescura; daba gusto ver sus mejillas sonrosadas y risueñas en medio de los rostros pálidos é inquietos que se hallaban á cada paso en la ciudad.

Cuando vió á José no pudo menos de reirse.

—Os vais con el ejército? le preguntó; ¿quién se quedará, pues, en Bruselas, para protegernos á nosotras, débiles mujeres?

Nuestro seductor se puso encarnado, trató de escusarse con Rebeca, y la preguntó cómo habia so-

portado el cansancio del baile y los sucesos de aquella mañana.

—Os agradezco vuestro interes, respondió estrechando una de las manos de José entre las suyas. Me consuela veros con tanta serenidad y sangre fría cuando todos los demas parecen trastornados; ¿y nuestra pobre Amelia? ¡Cuán terrible habrá sido para ella la separacion!

—Muy dolorosa, dijo José.

—Los hombres sois de piedra; las separaciones, los peligros, nada os conmueve. Os vais con el ejército, ¿no es verdad? ¿quereis abandonarnos á nuestra triste suerte? Lo adiviné, tenia de ello como un presentimiento. La idea de que ibais á dejarnos me trastornó. . . . y lo pensé, porque muy á menudo me acuerdo de vos cuando estoy sola. . . . ¡por eso he venido á suplicaros que no nos abandoneis!

Hé aquí de qué modo se podian traducir estas palabras.

“En el caso en que el ejército sufra una derrota y tenga yo que tocar retirada, vuestro coche me servirá á las mil maravillas para el caso.”

—Me viene á buscar cuando me necesita, decia José; piensa en mí cuando ninguna otra persona ocupa su mente.

Sin embargo, le envanecia mucho la opinion que parecia tener Rebeca sobre su valor. Sonrojándose de nuevo, dijo con aire de importancia:

—Ciertamente no me disgustaria asistir á una

batalla en regla; todo hombre en mi lugar abrigaría igual deseo.

—Nada, está visto, los hombres lo sacrifican todo á un placer, continuó Rebeca. El capitán Crawley me dejó esta mañana tan alegre como si se fuera de caza; ¿qué le importaban, qué os importan á vos las angustias y las torturas de la mujer que abandonais? Vengo mi querido Sedley, vengo á buscar en vos refugio y consuelo. He pasado una mañana de lágrimas y de oraciones temiendo los peligros que amenazan á nuestros maridos, á nuestras tropas, á nuestros aliados; y al venir aquí con la esperanza de encontrar asilo y protección cerca del único amigo que me queda para defenderme en medio de esas escenas de sangre, no me prometía veros marchar, amigo mío.

—¡Ah! señora, respondió José olvidando sus antiguos rencores; no debeis atormentaros así; digo únicamente que habría deseado verlo. Es un lenguaje que todo inglés usaría en mi lugar, pero mi deber me encadena aquí al lado de mi hermana.

Y al mismo tiempo señalaba con el dedo la puerta del cuarto de Amelia.

—¡Qué buen hermano! dijo Rebeca, pasándose por los ojos el pañuelo perfumado con agua de Colonia, cuán injusta he sido con vos, cuando os acusaba de falta de corazón.

—Sí, os juro, exclamó José llevándose la mano sobre el órgano en cuestión, que habeis sido injusta conmigo, muy injusta.

—Seria preciso que estuviera ciega para negar vuestra fidelidad y vuestro afecto á vuestra hermana; pero hace dos años, bien me acuerdo, conmigo estuvisteis muy infame.

Y Rebeca, despues de haber fijado un instante sus ojos en él, se dirigió á la ventana.

José se puso encarnado como un tomate. El órgano de que, segun Rebeca, carecia, comenzó á saltar desaforadamente. Se acordó de su marcha repentina, de su pasion, de sus paseos en coche, del bolsillo de seda verde, del tiempo en que contemplaba estasiado la blancura de sus brazos y el brillo de sus ojos.

—Sé que me creiais ingrata, repuso Rebeca.

Y dejando la ventana comenzó á mirarle de nuevo: luego continuó con una voz conmovida y trémula:

—Y vuestra frialdad, vuestras miradas desdeñosas, todo en vuestras maneras cuando nos hemos visto últimamente, me ha probado mas y mas vuestra indiferencia y vuestro olvido. Y era yo por el contrario, la que tenia motivos para evitar vuestra presencia. Buscad en vuestro corazon la respuesta á esta pregunta. Las únicas palabras un poco duras que me haya dirigido hasta hoy el capitán Crawley, á vos las debo. . . . ¡Ay! ¡qué herida abrian de nuevo en mi corazon!

—¡Justo cielo! decia José en un trasporte de alegría y de inquietud; ¿qué he hecho. . . . para. . . . para. . . .

—¡Ah! creedlo, exclamó Rebeca, ¡desgraciado del que está celoso!... ¡cosa terrible los celos!... mucho he sufrido por causa vuestra... Sin embargo, á despecho del pasado mi corazón es suyo, bien sabéis que soy inocente, M. Sedley.

La sangre de José corría en sus venas, y devoraba con los ojos aquella víctima que había concluido por sufrir el hechizo de su persona. Algunas palabras de doble sentido y algunas ojeadas tiernas volvieron á encender en un instante sus ardores alestargados, y le hicieron rechazar toda duda y toda sospecha.

—En caso de derrota, dijo Rebeca para sí, mi retirada está asegurada; puedo contar con el puesto de honor en su coche.

Nadie puede calcular á qué amorosos trasportes, á qué declaraciones ardientes se había dejado arrastrar José en el desorden de sus sentidos si en aquel momento no hubiese entrado Isidoro. José, dispuesto á dar rienda suelta á sus tiernas confesiones, estuvo á punto de sofocarse con la emoción que debió comprimir; Rebeca juzgó que ya lo mejor que podía hacer era visitar á su amiga.

—Hasta la vista, dijo á José saludándole con la mano, y luego llamó suavemente á la puerta de mistrees Osborne.

Cuando cerraba la puerta, José caía sobre su sillón del modo mas trágico; sus suspiros parecían el resoplido de los fuelles de una fragua.

A la vista de Rebeca, Amelia se estremeció y re-

trocedió dos pasos. Se acordó de lo que habia pasado la víspera. Bajo el peso de sus terribles preocupaciones, lo habia olvidado ya; habia olvidado á Rebeca, sus celos y todo lo demas en presencia de la marcha y de los peligros que iba á correr su marido. Nosotros no hemos querido turbar el misterio de sus lágrimas y de su dolor hasta el momento en que aquella coqueta infernal abrió la puerta de su aposento.

Amelia sintió desde luego una repulsion instintiva ante aquella mirada suspicaz y brillante, ante aquel lujoso prendido que parecia desafiar á la ansiedad general, y ante aquellos brazos tendidos hácia ella para protestar de una amistad engañosa. Despues una justa cólera se apoderó de su corazon, y la sangre subió á su rostro antes tan pálido como la muerte; devolvió á Rebeca una mirada fija y glacial, y su rival se detuvo sorprendida y casi turbada.

Pero este momento de confusion fué rápido, y dando un paso hácia su víctima, la dijo:

—Mi querida Amelia, parece que estais indispuesta; ¿qué teneis, amiga mia?

Amelia retrocedió de nuevo; por la primera vez de su vida su alma confiada y sincera, se negaba á creer en una demostracion afectuosa. Al retroceder, un temblor corrió por todo su cuerpo.

—¡Vos aquí, Rebeca! la dijo, con una frialdad severa y digna.

Y su mirada despertó alguna inquietud en el ánimo de Rebeca.

—Le ha visto poner la carta en el ramillete, dijo para sí; vamos, querida Amelia, añadió en alta voz y bajando los ojos, serenaos, vengo á ver si puedo... si estais mejor. . . .

—¿Y vos, repuso Amelia, cómo estais? Sin duda muy bien, pues no amais á vuestro marido. En otro caso no estariais aquí.... ¡Ah! Rebeca, sois para mí la fuente de padecimientos muy amargos; sin embargo, ¿no he sido siempre para vos una amiga tierna y afectuosa?

—Es verdad, Amelia, respondió la otra mujer, sin levantar la frente.

—Cuando estabais en la desgracia, no me porté yo como una hermana? ¿No os abrí los brazos cuando no teniais parientes ni amigos? Y cuando todos esos recuerdos debian haberos inspirado al menos el respeto de mi felicidad, habeis venido á turbarla, habeis sembrado la discordia donde Dios estableció la union para robarme el corazon de mi marido. ¿Pensais amarle nunca con un amor tan verdadero, tan puro como el mio? Su amor era todo para mí en este mundo, y sabiéndolo habeis querido arrebatármelo. . . . Avergonzaos, Rebeca, alma infame y depravada. . . . Avergonzaos, alma falaz, esposa infiel.

—Amelia, Dios sabe que en nada he faltado á mi marido.

—¡Ah! Rebeca, interrogad vuestra conciencia, y



ved si os dirá lo mismo en lo que me concierne. Si no habeis salido con vuestro propósito, no ha sido \*culpa vuestra.

—Lo ignora todo, pensó Rebeca serenándose.

—No sé qué voz secreta decia á mi corazon que podria sustraerse de vuestros lazos, de vuestras infamias, y que volveria á mí. Estaba segura de la generosidad de su corazon, tenia fe en su amor y su amor me ha sido devuelto.

La pobre jóven pronunció estas palabras con una efusion de que Rebeca no la habria creido nunca capaz, y que paralizó la respuesta en sus labios. Amelia prosiguió con una voz conmovida:

—¿Os he hecho algun daño para que querais arrebatarme el hombre á quien yo amo? Se ha casado conmigo hace mes y medio; al menos por pudor habriais debido respetar los primeros dias de nuestro matrimonio, y parece que por el contrario, os habeis apresurado á turbar y á corromper mi felicidad..... Y ahora venís sin duda á gozar del espectáculo de mi afliccion..... ¡Ah! ¡quince dias de los dolores mas crueles habrian debido evitarme este postrer insulto!

—Pero, ¡Dios mio! exclamó Rebeca; y luego acabó su frase del modo mas torpe; ¿me han visto jamas poner aquí los piés?

—Jamás, es cierto; pero con vuestras seducciones habeis sacado á mi marido de su interior..... ¿Venís á llevármele ahora? Ya no está aquí, está lejos.... en ese sofá estuvo sentado, ahí hemos pro-

nunciado nuestras últimas palabras. . . . Yo estaba sobre sus rodillas, mi cabeza inclinada sobre la suya, y así hemos orado juntos y elevado juntos nuestros corazones hacia el cielo. Sí, ahí estaba y me le han arrebatado. . . . pero volverá; me lo ha prometido.

—Volverá, querida Amelia, dijo Rebeca presa de una emoción involuntaria.

—Mirad, decía Amelia, este es su cinturón; ¿no es de un color bonito?

Y al mismo tiempo le llevaba á sus labios y le cubría de besos; luego le rodeaba á su talle, y al cabo permaneció así un largo rato, inmóvil como una estatua de mármol. No pensaba ya ni en su ira ni en sus celos ni en la presencia de su rival. Por último, medio risueña, fué á besar la almohada en que había descansado la noche anterior la cabeza de Jorge.

Rebeca salió del aposento sin proferir una palabra.

—¿Cómo se encuentra Amelia? preguntó José, sin moverse del sillón en que estaba sentado.

—Me parece que no está bien, contestó Rebeca; sería preciso que tuviera á su lado una persona que la cuidara.

Y dicho esto salió con mucha seriedad, á pesar de las vivas instancias de José, para que se quedara á comer con ellos.

Al dejar á Amelia mistress Crawley, se encontró con la mayor O'Doow, que se hallaba trastor-

nada con los sucesos del día. Poco acostumbrada á muestras de urbanidad por parte de mistress Rawdon, se sorprendió al ver que se llegaba á ella. Rebeca la dijo, que la pobre Amelia se encontraba en el peor estado, que la pena la habia trastornado el juicio; y que, en fin, mistress O'Doow debia ir á consolarla.

—Bastante tengo con mi propia afliccion, dijo mistress O'Doow con mucha gravedad, y la pobre Amelia no debe estar para visitas; sin embargo, estando tan mala como decís, y ya que no podeis acompañarla, á pesar de toda la amistad que pretendeis tenerla, voy á ver si me necesita.

Y saludando la dama del turbante, se alejó de Rebeca, cuya compañía no le agradaba sobremanera.

Rebeca, con una sonrisa en los labios, se detuvo para ver cómo se alejaba mistress O'Doow, que se dirigió con paso rápido hácia la casa de Amelia.

La pobre jóven se hallaba todavía en el mismo sitio en que Rebeca la habia dejado; estaba de pié y turbada por el dolor que sentia. La mujer del mayor, mas firme y mas enérgica, trató de consolar á su amiga.

—Vamos, valor, Amelia, la dijo con dulzura; que no os encuentre mala cuando vuelva despues de la victoria. No sois' la única que en el dia tiene encomendada su suerte al Todopoderoso.

—¡Ay! exclamó Amelia, me han abandonado la fuerza y el valor.

Conocía su estado: sin embargo, la presencia de una persona mas enérgica la dió un poco de espíritu, y se contuvo con el temor de que su amiga notara su extravío.

El tiempo que aquellas dos mujeres pasaron juntas, sus corazones estuvieron con el regimiento. Temores, plegarias y votos, tal es la parte de las mujeres en la guerra.—La guerra cobra su tributo sobre entrambos sexos; á los hombres les pide su sangre, y sus lágrimas á las mujeres.

A las dos y media ocurrió un suceso de alta importancia para José; se trataba de la comida. La muerte podia estar á pocas leguas haciendo su cosecha terrible; José no entendia de eso. Fué á suplicar á Amelia que tomara alguna cosa, y con ese fin recurrió á toda su elocuencia culinaria.

—Venid, la dijo, la sopa está exquisita. Vamos, Amelia, un poco de valor.

Y la besó la mano.

Muchos años hacia, si se esceptúa el dia de la boda, que no la habia prodigado semejante muestra de ternura.

—Muchas gracias, José, le contestó; pero deseo no salir de mi cuarto.

El olorcillo de la sopa producía siempre un buen efecto en mistres O'Doow, que se ofreció á acompañar á José. Entrambos se sentaron á la mesa.

—Demos gracias á Dios porque nos ha dado este caldo riquísimo, dijo con solemnidad la mujer del mayor.

Y pensaba en su digno esposo cabalgando entouces á la cabeza de sus valientes.

—¡Qué mal comerán hoy los pobres muchachos! añadió con un suspiro; y luego despachó el contenido de su plato con una resignacion muy filosófica.

El valor de José crecia en proporcion de lo que iba comiendo. A los postres, para brindar á la salud del regimiento, pidió una copa de Champaña.

—Vamos, mistres O'Doow, dijo haciendo un saludo muy amable; Isidoro, llenad la copa de la mayor, y brindemos á la salud del buen O'Doow y de. . . .

De repente Isidoro se estremeció, la mujer del mayor dejó caer su cuchillo y su tenedor, y por las ventanas que estaban abiertas se oyó á lo lejos un ruido sordo y continuo.

—¿Qué teneis? preguntó José al criado; pronto ese vino.

—¿No ois? exclamó Isidoro corriendo á la ventana.

—¡Dios os proteja! gritó mistress O'Doow; son cañonazos.

Y se lanzó detras de Isidoro á ver si distinguia alguna cosa.

En todos los balcones se veian rostros pálidos y azorados, y las calles de la ciudad estaban llenas de una muchedumbre sombría y silenciosa.

XXXII.

**La fuga de José.**

Bruselas presentaba entonces escenas de tumulto y de espanto, de que apenas podriamos dar una idea. Oleadas de pueblo se precipitaban hácia la puerta de Namur, situada en la direccion del ruido. El camino estaba cubierto de hombres á caballo que iban á saber noticias acerca de la suerte del enemigo. Todo el mundo preguntaba lo que habia; los mas altos señores y las principales señoras de Inglaterra no tenian escrúpulo en dirigir la palabra á un cualquiera.

Los partidarios de Napoleon corrian de una parte á otra en un estado de exaltacion febril y vaticinaban el triunfo del emperador. Los comerciantes cerraban con precipitacion sus tiendas para tomar su parte en las inquietudes de la muchedumbre y aumentar el tumulto. Las mujeres se apiñaban en las iglesias, y se arrodillaban á rezar hasta en los pórticos de los templos. El ruido sordo del cañon, se repetia de minuto en minuto. Carros cargados de fugitivos cruzaban la ciudad dirigiéndose hácia la barrera de Gante. Ya las predicciones del partido napoleónico tomaban la consistencia de hechos consumados.

—Ha destrozado á sus enemigos, decian; y ya viene camino de Bruselas.

—En un soplo no dejará un inglés y estará aquí esta noche, exclamaba Isidoro.

El pobre José habia salido y preguntaba á todos noticias del desastre que habian sufrido sus compatriotas. A cada nuevo detalle su rostro palidecia mas, y en héroe pacífico comenzaba á ceder al pánico comun; ni el Champaña podia darle ánimo. Antes de la noche se encontró en tal abatimiento, que Isidoro rebotando de júbilo se veia ya en posesion de la levita de su amo.

Despues de haber escuchado un instante los tiros, la mujer del mayor se acordó de Amelia que estaba sola en su aposento, y corrió á su lado para consolarla, ó al menos participar de su pesadumbre. La buena mujer abundaba en la idea de que ella era el único apoyo que tenia ya aquella criatura.

Las dos mujeres pasaron juntas largas horas, durante las cuales la honrada irlandesa se esforzaba en calmar á su amiga.

La doncella habia ido á la iglesia á rogar á Dios por su marido.

Cuando cesó el ruido de la artillería, mistress O'Doow salió del cuarto de Amelia, y encontró en la otra pieza á José acompañado de dos botellas vacías; pero como hemos dicho, no habian logrado infundirle un poco de valor. Una ó dos veces se habia presentado á la puerta del cuarto de su herma-

na, y habia abierto la boca como si quisiera decir alguna cosa; pero la inmovilidad de la mujer del mayor le obligó á tocar retirada sin poder aliviar su espíritu de las ideas que le incomodaban en demasía. Pensaba en la fuga, pero no se atrevia á decirlo.

Sin embargo, cuando mistress O'Doow se llegó á él en la sala donde reinaba una media oscuridad que aumentaba su aspecto melancólico, José se aventuró á declararse á ella.

—Mistress O'Doow, la dijo, podriais comunicar á Amelia que se disponga á partir.

—¿Quereis sacarla á que tome el aire? preguntó la mujer del mayor; no tiene fuerzas para ello.

—Es que. . . he pedido mi coche. . . y caballos de posta, Isidoro ha ido á buscarlos.

—¿Vais á pasearos á la claridad de la luna? repuso mistress O'Doow; en hora buena; Amelia lo que necesita es reposo, y ya está en la cama.

—Pues que se levante.

—¿Qué decís?

—Sí, es preciso que se levante, repitió José con fuerza; he pedido caballos de posta porque hemos sido derrotados completamente y. . . .

—¿Y qué? preguntó mistress O'Doow.

—Yo me voy á Gante, continuó José, y todo el mundo hace lo mismo. Os ofrezco un lugar en mi coche; pero es menester que estemos en camino dentro de media hora.



La mujer del mayor le lanzó una mirada de supremo desprecio.

—Yo no me muevo mientras no haya recibido el aviso de O'Doow. Partid si gustais, pero os juro que yo me quedo aquí con Amelia.

—Pues yo quiero que venga conmigo, gritó José fuera de sí.

Mistress O'Doow, poniéndose la mano en la cadera, le cortó el paso.

—Sois un buen hermano, le dijo, pero habréis de marcharos solo adonde os lleva el miedo. Buen viaje; os aconsejo que os afeiteis los bigotes, no sea que os veais comprometido.

—¡Mil rayos!. . . aulló José dominado á la vez por el temor, la rabia y el despecho.

En esto llegó Isidoro.

—No hay un caballo en toda la ciudad, decia el lacayo furioso.

Hasta el último cuadrúpedo estaba embargado ó vendido, pues no era José el único que oia las inspiraciones del miedo.

Sin embargo, los terrores de José tan crueles ya y tan agudos debian llegar dentro de poco á sus últimos límites. La doncella Paulina, como hemos dicho ya, tenia á su marido en las filas del ejército enviado contra Napoleon. Ese hombre, natural de Bruselas, servia en los húsares belgas. Sus conciudadanos se señalaron en aquella memorable lucha por una cosa distinta del valor, y el jóven Régulo Van Castum, marido de Paulina, conocia de-

masiado bien los deberes del soldado para no obedecer á la órden de retirada dada por su coronel.

El jóven Régulo, llamado así porque su padrino fué un descamisado, se habia casado con Paulina, y pasaba todos los ratos que estaba ocioso en la cocina de su mujer, donde se daba buena vida. Cuando tuvo que marchar con el regimiento, la sensible Paulina, derramando un torrente de lágrimas le habia atestado los bolsillos de comestibles.

Para él y su regimiento la campaña no duró mucho. Formaba parte del destacamento mandado por el príncipe de Orange. Ney, que se adelantó á las avanzadas del enemigo, tomó sucesivamente sus posiciones. Todo parecia ya perdido para los aliados cuando la division inglesa, desembocando en los Cuatro Brazos cambió el aspecto de la lucha. Los escuadrones, entre los cuales se encontraba Régulo, habian mostrado un ardor admirable en huir ante los franceses. En un soplo el regimiento habia dejado de existir. Así fué que Régulo se encontró galopando solo á muchas millas del lugar de la accion; ¿qué otro refugio podia buscar en tal apuro que la cocina de su esposa?

A eso de las diez se oyó en la casa que habitaban los Osborne el ruido de un sable por la escalera. Paulina estuvo á punto de desmayarse de terror cuando á su vuelta de la iglesia se encontró con su marido pálido como un espectro.

Sin embargo, despues de haberse asegurado de que su héroe no era un fantasma, le sacó cerveza

y los restos de una comida que José apenas habia tocado en el esceso de sus terrores. Entre cada bocado el húsar hacia á su mujer la descripcion de su derrota.

Su regimiento habia hecho prodigios de valor, y un instante habia sostenido él solo el empuje de todo el ejército frances; pero al cabo habia tenido que sucumbir ante la fuerza numérica. Todo el ejército inglés estaba destrozado, todos los regimientos habian sido destruidos sucesivamente.

Régulo solo deseaba una cosa, y era ahogar con cerveza aquella derrota terrible.

Isidoro, que habia estado en la cocina, se apresuró á comunicar las nuevas á su amo.

—Todo está concluido, le dijo; el duque de Wellington prisionero, el duque de Brunswick muerto, el ejército inglés destrozado. . . . Un solo hombre ha podido escapar al degüello, y está en la cocina; venid y os lo contará todo.

José corrió á la cocina y halló á Régulo ocupado en vaciar botellas. Al instante le pidió que le contara lo ocurrido; y la narracion se aumentaba con detalles mas y mas lúgubres á cada nueva edicion que de ella daba Régulo.

Habia visto muerto al duque de Brunswick, á los húsares corriendo y á los escoceses hechos aficos por el cañon.

José preguntó por el regimiento de nuestros héroes.

—No quedan ni vestigios de él, respondió el húsar con la mayor sangre fría.

A estas palabras Paulina experimentó una crisis nerviosa, y el ruido de sus gritos y sollozos se oyó en toda la casa.

—¡Oh! ¡mi querida señora! exclamaba por intervalos.

Estraviado por el terror José Sedley, no sabía en qué rincón del mundo debía guarecerse para salvarse.

De la cocina se precipitó á la sala y miró la puerta de Amelia con angustia; pero en breve, acordándose de los desdenes de mistress O'Doow, prestó el oído un momento; y tomando una decision enérgica, resolvió salir á la calle.

Apoderándose de una luz con todo el valor de la desesperacion, se puso á buscar su sombrero galoneado que acabó por hallar en el puesto donde estaba siempre.

Al ver en el espejo su palidez se sintió desfallecer; pero sobre todo, llamaron su atencion sus bigotes; hacia cerca de dos meses que estaban creciendo, y ya estaban á punto de inspirarle mucha inquietud en tan crítica circunstancia.

—Me van á tomar por un militar, se dijo, recordando la advertencia de Isidoro, y las amenazas de degüello proferidas contra todo el ejército inglés.

Subió con precipitacion á su cuarto, y tiró del cordón de la campanilla.

Entró Isidoro. José estaba ya en la silla sin corbata, con la cabeza inclinada atrás y las dos manos en torno del cuello por debajo de la barba.

—Córtame esto, Isidoro, al instante.

Isidoro pensó un momento que su amo, atacado de un acceso de enajenación mental, le decía que le cortara el pescuezo.

—¡Los bigotes! . . . . . ¡los bigotes! . . . . . esclamaba.

Un minuto después los bigotes habían desaparecido. Después de esta operación, Isidoro se puso loco de contento cuando oyó á su amo que le concedía todos sus derechos de propiedad sobre el sombrero y la casaca de uniforme, objetos tan codiciados.

—No llevaré más el uniforme. . . . tomadle.

Después de este acto de generosidad, José sacó del armario un frac y un chaleco negros, una corbata blanca y un castor de ala muy ancha, que le parecía á él muy pequeña. Con este traje se asemejaba á un robusto ministro de la iglesia reformada.

—Venid ahora, le dijo, y seguidme.

Y bajó la escalera de puntillas como para no despertar á nadie, y se encontró en la calle.

Régulo había dicho que él era el único de su regimiento, quizás de todo el ejército aliado, que había escapado al degüello general. Sin embargo, muchas de las supuestas víctimas con el uniforme militar, entraban ya por todas partes en Bruselas,

repitiendo á porfía, que habian cedido á la fuerza numérica, y acreditando así la derrota de los aliados.

De un momento á otro se esperaba la entrada de los franceses; el terror habia llegado al colmo, y cada cual se preparaba á marchar lo mas pronto posible.

—¡Y no hay caballos! pensaba José con el pelo erizado de espanto.

¿Conque habria que emprender el viaje á pié? Bajo la influencia del miedo, José habria encontrado alas.

Las fondas del Parque estaban casi todas ocupadas por los ingleses. José erraba al acaso en ese barrio; iba escuchando de grupo en grupo, y hallaba á todo el mundo agitado como él por el temor y la curiosidad.

Los que habian tenido la suerte de hallar caballos, se apresuraban á salir de la ciudad; pero la mayor parte se encontraban en el caso de José. Entre los fugitivos de esta categoría, José vió á lady Bareacres y á su hija, que estaban sentadas en su coche en el portal de la fonda con todos los cofres cargados; la falta de caballos era el único obstáculo para que emprendieran la fuga.

Rebeca habitaba la misma fonda que esas señoras, y hasta entonces se habian esforzado recíprocamente en demostrarse todo el odio que se tenian. Si por casualidad milady Bareacres encontraba á mistress Crawley en la escalera, al punto volvia la

cabeza con afectación. Cuantas veces se pronunciaba delante de ella el nombre de su vecina, tenía ella mil infamias menudas que contar acerca de su conducta.

La condesa no podía digerir las familiaridades del general Tufto con la mujer del edecan, y lady Blanca la huía como la peste. Únicamente el conde cambiaba con ella algunas palabras, siempre que se veía á cubierto de la vigilancia de las señoras.

Rebeca podía vengarse al fin de tantos ultrajes. En toda la fonda se sabía que los caballos del capitán Crawley se habían quedado en la cuadra, y en cuanto se dió la voz de alerta, lady Bareacres se dignó enviar un recado con su doncella, para preguntar á mistress Crawley cuánto quería por sus caballos.

Rebeca contestó, que no tenía costumbre de tratar con las criadas.

Entonces fué despachado el conde como embajador; pero su embajada obtuvo mal éxito.

¿A qué nos reduce la necesidad? Después de este segundo descabro la condesa fué en persona á ver á mistress Crawley; la suplicó que la cediera los caballos al precio que quisiera, y aun se comprometió á recibir á Rebeca en el palacio de Bareacres, si ella le prestaba ese servicio.

Mistress Crawley soltó una carcajada.

—Poco me importa conocer el color de vuestra librea, la dijo con ironía; lo que debeis hacer es despediros de la Inglaterra, ó por lo menos de vues-

tros diamantes. De aquí á dos horas veréis á los franceses en Bruselas, y yo estaré ya á la mitad del camino de Gante.

La condesa en el colmo del furor, bajó á su coche, y mandó á todos los criados en busca de caballos por toda la ciudad.

Rebeca, desde su ventana, tuvo la satisfaccion de ver á milady sentada en su coche mientras se hallaban los caballos, y la dirigia palabras irónicas, en tanto que la condesa se desesperaba contra la lentitud de sus torpes emisarios.

Si los ojos de lady Bareacres hubieran sido pistolas, Rebeca no habria figurado mucho tiempo entre los héroes de esta historia.

José, distinguiendo á Rebeca radiante de su triunfo sobre su enemiga humillada, se dirigió hácia ella. Su rostro pálido y desencajado, ponía en evidencia el secreto de su alma. Tambien él queria huir, y buscaba los medios para hacerlo.

—Quiere comprarme mis caballos, pensó Rebeca; conservaré mi llegua, y le venderé los dos alazanes.

José repitió á su amiga la pregunta que habia hecho por la centésima vez hacia una hora.

—¿Sabeis dónde hay caballos de venta?

—¡Cómo! exclamó Rebeca riendo, ¿pensais en huir, vos que sois el campeon de las damas?

—No soy militar, murmuró con voz sofocada.

—¿Y Amelia? ¿qué será de ella? ¿quién protegerá á esa criatura? Pienso que no quereis abandonarla.



—¿De qué puedo servirla si se presenta el enemigo? Ningun daño la harán, en tanto que, según me ha dicho mi criado, los cobardes han jurado no dar cuartel á los hombres.

—¡Es horrible! exclamó Rebeca, con voz irónica.

—Pero no quiero abandonarla, exclamó José; hay un puesto para ella en mi carruaje y otro para vos, mi querida Rebeca, si es que deseais salir, y si es que puedo hallar caballos, añadió con un suspiro.

—Yo tengo dos de venta, dijo Rebeca.

José se habría arrojado en sus brazos.

—Preparad el coche, Isidoro, ya los tengo, ya los tengo.

—Mis caballos no son de tiro, observó mistress Crawley: *Tintamarre* haría pedazos el coche.

—Pero al menos se deja montar, preguntó José.

—¡Oh! es tan suave como un cordero, y corre como una liebre, respondió Rebeca.

José se veía ya galopando sobre *Tintamarre* á muchas leguas de la ciudad, y no pensaba ya en la pobre Amelia.

Rebeca pidió á José que subiera á su cuarto, y con efecto así lo hizo. Rebeca fijó el precio en proporción del deseo que tenía el otro de adquirir la mercancía.

José dió un brinco hácia atrás al oír lo que ella quería.

—Se toma ó se deja, dijo Rebeca con resolución.

N.E.T. 25. En la traducción mexicana de 1860 y en la de ¿1900? se observa la omisión de la mayor parte de los nombres de animales. Se detecta también que estos se vierten siguiendo la solución del texto intermedio francés de 1855, como es el caso del nombre del caballo "Bullfinch", traducido como "Tintamarre". Rodríguez Espinosa, M. (1998) op. cit. págs. 313-14.

Rawdon la había recomendado que no los cediera por menos de aquella suma. Lord Bareacres la pagaría contento, pero ella se decidía por José, gracias al afecto que profesaba á la familia Sedley.

José concluyó por consentir, y cerró el trato. La cantidad que debía dar era tan crecida que pidió un plazo; era casi una fortuna para Rebeca. Pronto hubo calculado que esa suma, unida al precio de los demas efectos de Rawdon y de su viudedad, la crearia una posicion social independiente, si es que se quedaba viuda.

Una ó dos veces aquella noche había pensado en huir como los demas; pero la reflexion le sugirió otra idea.

—Admitiendo que lleguen los franceses, pensó Rebeca, ¿qué podrán hacer á la mujer de un pobre oficial? No estamos ya en los tiempos de saqueo y degüello; nos dejarán volver á nuestros hogares, ó si no me estableceré en el continente con una bonita renta.

José, acompañado de Isidoro, bajó á la cuadra sin tardanza para examinar los caballos, y luego dijo al criado que los ensillara, pues quería partir al instante.

Entretanto se fué á su habitacion para tomar sus últimas disposiciones. Quería efectuar su fuga con mucho misterio, pues no tenia valor para presentarse delante de mistress O'Doow y de Amelia, y revelarlas su proyecto.

Mientras José compraba los caballos, el horizon-

te comenzaba á resplandecer con los primeros rayos del dia; la mayor agitacion reinaba en todas las calles, y los rumores mas contradictorios circulaban de boca en boca. Unos anunciaban la derrota completa de los prusianos, otros la de los ingleses, y otros por el contrario, decian que estos últimos habian quedado dueños del campo de batalla.

Poco á poco este último rumor se fué confirmando. Con efecto, los franceses no parecian. Algunos fugitivos trajeron noticias mas favorables, y por fin llegó un edecan con despachos para el comandante de la plaza, y pronto pudo leerse en las paredes de la ciudad el anuncio oficial del triunfo de los aliados en los Cuatro Brazos. La columna que mandaba Ney hubo de retirarse despues de un combate de seis horas.

La llegada del edecan tuvo lugar cuando José examinaba los caballos.

Al entrar en su fonda, José encontró unas veinte personas ocupadas en comentar las últimas noticias que habian hallado crédito en todo el mundo, y al punto subió para comunicárselas á las dos mujeres que estaban á su cuidado. Al mismo tiempo pensó que era inútil informarlas de sus proyectos de retirada, de su compra y del dinero que le habia costado.

El triunfo y la derrota preocupaba menos á las dos mujeres que la suerte de sus maridos. Con la noticia de la victoria Amelia se alarmó mas que antes. Quería correr adonde estaba el ejército, y su-

plicaba llorando á su hermano que la llevara. La ansiedad y el temor habian llegado en ella al último grado. La pobre mujer, que parecia estar alestargada, se puso de repente á correr por una y otra parte con todos los síntomas de la locura, y sollozaba, gritaba y lloraba.

José tenia el alma demasiado sensible para soportar largo tiempo el espectáculo de aquel dolor agudo. Dejó á su hermana con su enérgica compañera, y bajó á la puerta de la fonda donde se comentaban las noticias.

Por fin, habia amanecido, y ya no tardarian en llegar informes mas exactos. Con efecto, los recibieron de la misma boca de aquellos que habian sido actores en tan terrible drama. Comenzaban á entrar en la ciudad carros cargados de heridos, de donde se exhalaban ayes de dolor y de agonía. Uno de los furgones llamó mas particularmente la curiosidad de José Sedley; los gritos de los que iban dentro partian el corazon, y los caballos apenas podian andar tan cansados estaban.

—Es ahí, gritó una voz débil; y el carro se detuvo delante de la fonda donde estaba José.

—Es Jorge, le reconozco, exclamó Amelia con espanto.

No era Jorge, pero al fin iba á tener noticias de él. Era el pobre Tom Stubble que veinticuatro horas antes partia con resolucion agitando orgulloso la bandera de su regimiento. La habia defendido valerosamente en el campo de batalla, hasta que ca-

yó herido de una lanzada en el muslo, y abrazando su estandarte. Al concluirse la acción nuestro jóven héroe había encontrado un puesto en un carro que le trasladó á Bruselas.

—¡M. Sedley! gritaba el herido, con voz desfallecida.

José, al oír su nombre, se estremeció y se acercó al herido, que le tendía una mano ardiente.

—Aquí debe estar, añadió; Osborne y Dobbin me lo han dicho.

La fonda era grande, y los que la habitaban eran buenos y compasivos. Los heridos del carro hallaron cada cual una cama. Stubble fué llevado al aposento de Osborne; Amelia y la mujer del mayor habían salido á recibirle.

El corazón de las dos mujeres latió con más descanso cuando supieron que la lucha estaba interrumpida, y que sus maridos no habían tenido la menor desgracia. Amelia, loca de júbilo, se puso á curar al herido con la ayuda de mistress O' Doow.

Nuestro jóven herido contaba con la sencillez del soldado, los sucesos del día y los hechos de armas de sus valientes compañeros del regimiento. Habían sufrido mucho, y habían perdido mucha gente.

El día pasó con rapidez para Amelia, en medio de los cuidados que daba al herido y de las narraciones maravillosas tocante á la batalla.

Para ella, sin embargo, no había más que un hom-

bre en el ejército inglés, y su salvacion la interesaba mucho más que todos los movimientos de los aliados y los ataques del enemigo.

Las noticias que José la traia de la calle, hacian en sus oidos el efecto de un murmullo lejano. José no se mostraba tan indiferente como su hermana; es cierto que los franceses habian sido rechazados, pero fué despues de una lucha encarnizada é indecisa, sostenida por una sola division del ejército frances. El emperador, con el cuerpo principal del ejército, se encontraba en Ligny, donde habia destrozado á los prusianos sobre toda la línea, y desbarazado de ese primer obstáculo, se disponia á concentrar todas sus fuerzas contra los aliados. El duque de Wellington se replegaba sobre Bruselas.

Todo anunciaba, pues, que se habia de dar una gran batalla bajo los muros de la capital, cuyo éxito parecia muy dudoso. El duque de Wellington no tenia mas que treinta mil hombres de tropas inglesas con que poder contar; las tropas alemanas se componian de reclutas, y los belgas seguian de mala voluntad al ejército. Con ese puñado de hombres el duque debia resistir á los cincuenta mil hombres que invadian la Bélgica á las órdenes de Napoleon, hasta entonces invencible.

En presencia de estas reflexiones José no halló otro recurso mejor que ponerse á temblar en todos sus miembros. Por lo demas, todo el mundo temblaba en Bruselas, pues se comprendia que el com-

bate del día anterior no había sido más que un preludio, y nadie pensaba que el emperador dejase de alcanzar la victoria.

La emigración continuaba pues; todo el que hallaba medios de transporte, seguía el movimiento general. Cuando José se presentó por la tarde en el hotel de Rebeca, notó que al cabo había salido del portal el coche de los Bareacres. El conde había podido adquirir un par de caballos á un precio fabuloso, y á despecho de mistress Crawley galopaba ya por el camino de Gante. Luis XVIII estaba dispuesto á salir de los muros de aquella ciudad; la desgracia parecía encarnizada en perseguir de país en país al augusto desterrado.

José, comprendiendo que de un momento á otro podía necesitar los caballos que había comprado tan caros, los llevó á las cuadras de la fonda. Isidoro los guardaba.

Con la acogida de la víspera, Rebeca no tenía los mayores deseos de ir á visitar á Amelia; pero la mujer la hizo pensar en el marido; echó agua fresca al ramillete de Jorge, y volvió á leer su carta.

—¡Con estas líneas podría yo hacerla bien desgraciada! exclamó levantando con la mano el papel: ¡y se atormenta por un hombre así, un necio, un fátuo que la olvida y la desdeña! . . . . ¡Mi pobre Rawdon, tonto como es, vale más que Jorge!

Y entonces se puso á reflexionar sobre lo que haría si . . . le sucediera alguna desgracia al pobre Rawdon.

Mistress Crawley, que durante el día había tenido el sentimiento de ver marchar á los Bareacres, pensó en tomar las mismas precauciones que la condesa. Con el auxilio de una aguja puso en seguridad la mejor parte de sus alhajas y sus billetes de banco, y así se halló dispuesta á lo que pudiera ocurrir.

Al otro día, que era un domingo, la mayor O'Doow tuvo la satisfacción de ver que el descanso de la noche había devuelto la serenidad y el valor á sus dos enfermos.

La mayor O'Doow fué á dar una vuelta por su casa, y después se volvió con Amelia. Entretanto comenzó á retumbar el cañon de Waterloo.

Al oír tal ruido, José se decidió á salir de Bruselas. Precipitándose en el cuarto donde se hallaban reunidos nuestros tres amigos, dijo bruscamente á su hermana:

—Amelia, es imposible permanecer aquí más tiempo; venid conmigo, he comprado un caballo para vos. . . . Vestíos pronto.

—No he visto un hombre más gallina, dijo mistress O'Doow.

—¿No me oís, Amelia? continuó José; dejaos de cuentos, no podemos esperar aquí á los franceses.

Mistress O'Doow la aconsejó que no se moviera.

—Amelia, sí ó no, exclamó José con una mirada furiosa.

—¡Sin mi marido!. . . contestó Amelia, y al mismo tiempo tendió la mano á la mujer del mayor.



Un minuto despues José estaba á caballo y salia de la fonda.

Conocidos son los detalles de la lucha terrible que durante aquel tiempo tuvo lugar á pocas leguas de Bruselas.

Todos nuestros amigos se condujeron valerosamente. Entretanto que las mujeres arrodilladas oraban lejos del campo de batalla, las líneas de la infantería inglesa rechazaban las cargas de los franceses.

Las descargas, cuyo ruido llegaba hasta Bruselas, llevaban la muerte en las masas del enemigo; los que caian eran reemplazados por otros tan dispuestos como ellos á cumplir con su deber. Por la tarde, el ataque de los franceses se calmó algun tanto; parecian deliberar para saber si concentrarian sus esfuerzos hácia otro punto, ó si reunirian sus fuerzas para dar un golpe supremo.

A una señal dada, las columnas de la guardia imperial subian las alturas del monte San Juan para rechazar á los ingleses que todo el dia se habian sostenido en aquella posicion. Aquella columna imponente, desplegando sus anillos movedizos por la llanura, comenzó á escalar la colina sin que se vieran los huecos que hacia en ella la artillería inglesa. Ya atacaba la cumbre del cerro ocupado por los ingleses, cuando de repente vaciló en su marcha; luego se detuvo, siempre de cara al fuego, pero por último los ingleses rechazaron á sus agreso-

res, y conservaron el puesto de donde no había podido desalojarlos el enemigo.

Ningun ruido se oía ya en Bruselas; el combate se había empeñado á algunas millas mas lejos. Densas tinieblas cubrían con sus velos la ciudad y el campo de batalla. Amelia dirigia al cielo súplicas fervientes por su amado Jorge, mientras éste yacía sin vida, la cara contra el suelo, aplastado por una bala de cañon.

### XXXIII.

26

#### **Solicitud de los parientes de miss Crawley.**

En tanto que el ejército inglés se aleja de Bélgica y se dirige hácia las fronteras de la Francia para combatir nuevamente, llevaremos á nuestro amable lector hácia otros personajes que viven en Inglaterra en el seno de la calma mas profunda, y que tienen tambien su papel que desempeñar en el curso de esta historia.

La anciana miss Crawley seguía en Brighton sin pensar á menudo en los terribles combates que se daban en el continente. Briggs, que continuaba bajo la influencia de las tiernas palabras de Rebeca, la leía los periódicos en que se hablaba del valor de Rawdon Crawley y de su promoción al grado de teniente coronel.

—¡Qué lástima que haya hecho ese casamiento!

N.E.T. 26. La traducción francesa (1855), "Solicitude de parents de Miss Crawley pour cette chère demoiselle", influirá de modo distinto en las soluciones traslativas de la traducción mexicana (1860), "Solicitud de los parientes de Miss Crawley", en la de Pedro González-Blanco (¿1900?), "Solicitud de los parientes de la señorita Crawley por esta amable señorita", y en la de Gregorio Lafuerza (1915), "Cómo los parientes de Matilda Crawley se interesan vivamente por esta amable señorita". Rodríguez Espinosa, M. (1998) op. cit. págs. 297-98.

Habría podido emparentar con la aristocracia, y un día ú otro yo le habría dejado mi dinero.

—¿Mi excelente miss Crawley no dejará caer una mirada de misericordia sobre ese joven héroe? decía miss Briggs exaltada por los prodigios de Waterloo, y siempre dispuesta á entregarse á sus instintos novelescos. El capitán, quiero decir, el coronel, acaba de ilustrar el nombre de los Crawley.

—Sois una tonta, miss Briggs, decía la enferma; el coronel Crawley ha cubierto de lodo el nombre de su familia. ¡Casarse con la hija de un maestro de dibujo, con una institutriz!... porque es lo mismo que vos, miss Briggs, únicamente es mas joven y posee mas gracia y astucia.

La anciana debía estar bien restablecida á juzgar por los epigramas que dirigía á la pobre Briggs. A medida que recobraba sus fuerzas, parecía que quería probarlas contra miss Briggs, la única compañera que admitía en intimidad.

Los parientes de miss Crawley no la olvidaban por esto; al contrario, cada cual quería manifestarla á porfía con regalos y con mensajes afectuosos, la energía de una ternura imperecedera.

Citaremos en primera línea á su sobrino Rawdon Crawley. Algunas semanas despues de la famosa batalla de Waterloo, llegó á Brighton por el vapor de Dieppe una caja para miss Crawley, que contenía varios presentes y una carta de su respetuoso sobrino el coronel; el paquete constaba de un par de charreteras francesas, una cruz de la Legion de

Honor, y una guarnición de espada, preciosos trofeos de la batalla.

La carta estaba escrita con alegría; contaba la historia de la guarnición de espada cogida á un oficial superior de la guardia que habia sido hecho prisionero por un simple soldado. La bayoneta del soldado habia roto la espada del oficial, y Rawdon se habia apoderado de aquella reliquia para mandársela á su tia adorada.

En cuanto á la cruz y las charreteras, fueron cogidas á un coronel de caballería que cayó en la pelea á los golpes del edecan. Rawdon, al enviar á su tia estos despojos, la pedia permiso para continuar su correspondencia cuando llegara á Paris, prometiéndole noticias interesantes sobre esa capital y sus viejos amigos de la emigracion, por los cuales manifestaba tantas simpatías en sus dias de prueba.

Briggs fué encargada de la contestacion. Debia escribir al coronel una carta de felicitaciones y animarle á que continuara sus comunicaciones. El primer mensaje estaba concebido con talento, y era un buen presagio de los siguientes.

—Sé muy bien, decia miss Crawley á miss Briggs, que Rawdon es tan incapaz como vos de escribir una carta semejante; la pícara Rebeca le ha dictado hasta la última coma, pero no quiero privarme de las distracciones que me puedan proporcionar sus epístolas; de modo que haréis comprender á mi sobrino que su carta me ha puesto de buen humor.

Si miss Crawley no se engañaba atribuyendo la carta á Rebeca, en cambio no sabia que los despojos que la enviaban eran tambien pura invencion de mistress Rawdon. Esta última los compró por algunos francos á los innumerables buhoneros que desde el día siguiente de la batalla se pusieron á traficar con tan tristes restos. Sea como quiera, la bonita respuesta de miss Crawley reanimó las esperanzas de Rawdon y de su mujer, que sacaron las consecuencias mas favorables del buen humor de su tia.

En cuanto Rawdon hubo entrado en la capital con los ejércitos victoriosos, su tia recibió de Paris una correspondencia que la divirtió extraordinariamente.

La mujer del rector, no menos puntual en sus mensajes, no tuvo la misma suerte; el carácter imperioso de mistress Bute la habia indispuerto con miss Crawley y con todos los de su casa.

Mistress Bute no podia consolarse del golpe que se habia dado su marido.

Ya hemos visto de lo que era capaz mistress Bute cuando tenia el juego en su favor; bajo su autoridad déspota se habia establecido el terror en casa de miss Crawley; pero se aprovechó la primera ocasion para derrocar completamente al tirano. Así es, que todos los del presbiterio se decian víctimas del egoismo y de la traicion mas abominable; sus sacrificios habian sido pagados con la mas negra ingratitud.

El ascenso de Rawdon sembró la alarma en aquellas personas caritativas; su tía podía ablandarse viéndole coronel y caballero de la orden del Baño; la odiosa criatura á quien llamaba su mujer, podía reconquistarse las buenas gracias de la anciana.

Bajo la inspiracion de su justa cólera, la mujer del ministro compuso un sermon sobre la vanidad de la gloria militar y la prosperidad de los malvados, y su marido le pronunció ante sus feligreses, sin comprender de él una sola palabra. Pitt se hallaba aquel dia entre el auditorio; habia ido á la iglesia con sus dos hermanas para reemplazar al jefe de la familia, que rara vez acudia al templo, pues desde la marcha de Rebeca llevaba una vida desordenada.

En cuanto á las dos herederas de Crawley-la-reina, poco faltó para que quedasen entregadas á sus inspiraciones personales. Sir Pitt habia jurado que, bajo ningun pretesto, entrarían institutrices en su casa. Por fin se decidió á ponerlas en un colegio.

Sobrinos y sobrinas, todos se empeñaban en demostrar muchas atenciones á miss Crawley; todos querian manifestarle su afecto del modo mas vivo, y todos la enviaban pruebas inequívocas de su ternura.

La diligencia de Southampton á Brighton llevaba continuamente á miss Crawley los regalos de su familia. A veces M. Pitt la visitaba; si bien debe-

mos confesar que sus viajes á Brighton se repetían porque estaba allí lady Jane de la Moutonniere. Ya hemos hecho mención de los proyectos de matrimonio que existían entre los dos jóvenes. Lady Jane habitaba en Brighton con sus hermanas y su madre la condesa de Southdown, ventajosamente conocida por todas las personas graves y formales.

No sería posible pintar la sorpresa y la consternación de la virtuosa condesa, cuando al fallecimiento de su esposo vino á saber que su hijo era miembro de muchos clubs y había perdido mucho dinero; en suma, que disfrutaba ya de la peor fama.

Su nombre producía siempre un murmullo de reprobación en el círculo de la viuda.

Lady Emilia contaba algunos años más que su hermano, y ya se había conquistado una posición eminente entre la gente formal, por haber producido varios manuales, himnos y poesías de religión.

En cuanto á Lady Jane, era amable y tímida, hablaba poco y se sonrojaba mucho. A pesar de los extravíos de su hermano, le quería siempre y le escribía á escondidas de la familia. Admiraba á su hermana, adoraba á su madre, y á sus ojos el hombre más cumplido del mundo era M. Pitt, después de su hermano.

Su madre y su hermana, dos naturalezas superiores, se encargaban de decidir por ella en todas

COLEC. DE NOVELAS.—TOM. II.—33

N.E.T. 27. Lady Jane de La Moutonniere es "Lady Jane Muttondown" en el texto original de Thackeray de 1848. Esta solución, que también se observa en la versión de Pedro González-Blanco (¿1900?), procede de la traducción francesa de 1855. Vid. N.E.T. 4 y 6.

las cosas, y la miraban con el desden soberbio que toda mujer que se fortifica en las alturas de la inteligencia, prodiga con usura á los que ve debajo.

Cuando estas señoras se instalaron en Brighton, M. Pitt las visitó á ellas solas, contentándose con dejar una tarjeta en casa de su tia. Sin embargo, una vez que se encontró frente á frente con miss Briggs, se adelantó hácia ella, y poniéndose muy encarnado, la saludó amistosamente. Despues de haber pasado algunos instantes con ella, acabó por llevarla á ver á lady Jane, á quien dijo:

—Lady Jane, permitidme que os presente á la mejor amiga de mi tia y á su compañera mas fiel, miss Briggs, que conoceis ya por sus versos, las *Armonías del corazon*, cuya lectura os causaba tantas delicias.

Lady Jane se sonrojó mucho, alargó su manita á miss Briggs, la hizo un saludo ininteligible, y luego la habló del deseo de ver á miss Crawley y á todos los parientes y amigos de M. Pitt; por último, con una mirada suave, como la de una paloma, se despidió de Briggs.

M. Pitt, diestro diplomático, habia regalado á Jane el ejemplar de poesías que habia recogido en un rincon de Crawley-la-reina, hizo brillar á los ojos de la condesa Southdown las inmensas ventajas que podian resultar entrando en relaciones con miss Crawley, que vivia sola y abandonada, pues Rawdon con sus desórdenes y su matrimonio, se habia enajenado para siempre el afecto de su tia, y lo mis-



mo le habia sucedido á mistress Bute por sus ideas ambiciosas. En cuanto á él, aunque por un orgullo exagerado quizá, se habia abstenido hasta entonces de toda muestra de ternura con respeto á su tia, pensaba que habia llegado el momento de arrancar su alma al enemigo del género humano, y de asegurarse la herencia en su calidad de gefe de la casa Crawley.

La condesa estuvo de acuerdo con su futuro yerno sobre todos estos puntos, y en el ardor de su celo, se imaginó que la conversion de miss Crawley era cosa de un dia.

Así es que mandó á su hija que escribiera al Dr. Irons, al apóstol que debia operar el milagro, y que preparase un legajo de folletos religiosos.

Sin embargo, Pitt, inspirado por su ciencia diplomática, dijo que no debian llevarse las cosas tan de prisa.

—Conozco bien las disposiciones mundanas de mi tia, exclamó, para poder aseguraros que al quererla convertir por asalto quizá obtendriamos un resultado opuesto. Y luego, querida condesa, una falta de prudencia ó de consideraciones, podria causar gran perjuicio á nuestras esperanzas sobre los bienes terrestres y perecederos de miss Crawley; su fortuna asciende á setenta mil libras esterlinas. Existia un testamento en favor de mi hermano el coronel, y sé que le ha destruido. . . . obrémos con cautela.

—Es verdad, repuso la condesa; Jane, es inútil

escribir al doctor; ya que no puede soportar las fatigas de la discusión, esperaremos á que se mejore. Sin embargo, iré á verla mañana.

—Y os aconsejo que no os acompañe vuestra ardiente Emilia, porque lleva demasiado lejos el proselitismo; mas vale que lleveis á la tierna y suave lady Jane.

La condesa accedió, pues la observacion le parecia justísima.

Al otro dia el coche lleno de blasones de la condesa se detenia con gran pompa á la puerta de miss Crawley. Un lacayo gigantesco y de cara devota entregó á M. Bows para miss Crawley y para miss Briggs un par de tarjetas de su ama.

Dado este primer paso, lady Emilia envió con un sobre á miss Briggs un par de folletos titulados: *La trompeta de Jericó*, y *Una voz en las llamas*.

#### XXXIV.

28

##### Primeros efectos de las amistades.

Miss Briggs estaba muy agradecida á las atenciones de M. Pitt y á la buena acogida de Jané. Así, cuando presentaron á miss Crawley las tarjetas de la familia Southdown, se deshizo en elogios de todos ellos.

La condesa habia dejado una tarjeta para miss Briggs, ¡qué honra tan señalada!

N.E.T. 28. La traducción del título de este capítulo se aparta tanto del juego de palabras del texto original de Thackeray, "James Crawley's Pipe Is Put Out" (1848), como de la glosa intertextual explicativa que introduce el texto intermedio francés (1855), "Où Jim passe par la porte et sa pipe par la fenêtre". Rodríguez Espinosa, M. (1998) op. cit. págs. 289-90.

—¿Qué significa esto? ¡Una tarjeta para vos! No lo comprendo, exclamó miss Crawley.

Miss Briggs contestó humildemente, que no era extraño que una señora noble acordara alguna atención á una mujer honrada.

Y entonces contó á miss Crawley su encuentro de la víspera con M. Pitt, en compañía de su prima y futura esposa, estendiéndose mucho en alabar la sencillez y modestia de aquella niña.

Miss Crawley no dijo á Briggs que su charlatanería la rompía la cabeza, y es porque así que se encontraba un poco mejor deseaba las visitas.

A la otra mañana envió sus tarjetas, y mandó decir á M. Pitt que tendría mucho gusto en verle.

Pitt acudió al punto, acompañado de la condesa y de su hija. La condesa viuda evitó hablar del estado deplorable en que se hallaba el alma de miss Crawley; conversó con mucha discreción de la lluvia y del buen tiempo, de la guerra, de la caída de Bonaparte, y ponderó sus doctores y su boticario Podger. En ésta primera entrevista Pitt Crawley dió un golpe maestro, demostrando claramente que, si un injusto olvido había cortado en ciernes su carrera diplomática, no había razón para que no pudiera pretender á los puestos mas altos.

Cuando las señoras pensaron al fin en despedirse de miss Crawley, ésta manifestó el deseo á la condesa, de que la enviara de tiempo en tiempo á lady Jane.

—Con mucho gusto, respondió la condesa.

Y se separaron con muchas protestas de amistad.

—Pitt, no me traigais más á la condesa, le dijo miss Crawley en la visita siguiente. Tiene todas las necias pretensiones de vuestra línea materna.... ¡el cielo me preserve!... en cuanto á la jóven, traed-la cuando gustéis.

Pitt guardó para sí lo relativo á la condesa, pues no se habria atrevido á quitar á la digna matrona la conviccion de que habia producido la impresion mas agradable en miss Crawley.

Lady Jane iba con gusto á casa de miss Crawley, para sustraerse á la tertulia de la majestuosa condesa. Lady Jane acompañaba á miss Crawley en sus paseos, y abreviaba con su presencia las primeras horas de la noche.

Era tan buena, que Firkin no tenia celos de ella, y miss Briggs habria querido verla siempre á su lado, pues notaba que miss Crawley la trataba mejor cuando ella estaba delante.

En cuanto á la anciana, demostraba á la niña una benevolencia particular; la contaba todas sus aventuras juveniles, pero en otro tono que el que usaba con Rebeca. Por nada en el mundo habria querido herir los castos oídos de lady Jane; miss Crawley, en medio de sus gustos voluptuosos y mundanos conservaba el tacto suficiente para obrar de esa manera.

Lady Jane correspondia á esta confianza con la amistad mas tierna y franca.

En las largas noches de otoño, lady Jane, sentada al piano, cantaba á miss Brawley cánticos sencillos y suaves romanzas, cuando ya los rayos del sol apagándose en el horizonte no dejaban en el cielo mas que una claridad dudosa. Así que se paraba, miss Crawley se despertaba sobresaltada, y le pedía que continuara, y Briggs, sentada en un rincón, derramaba lágrimas de una voluptuosidad inefable.

Pitt, encerrado en el comedor con algunos folletos sobre los cereales ó con la *Revista de las misiones*, se entregaba al placer tradicional de todos los ingleses despues de la comida. Bebia madera, hacia castillos en el aire, se comparaba con Adónis, y descubria que su amor á Jane crecia cada vez mas en los siete años que hacia que la amaba.

Estas reflexiones le conducian insensiblemente á roncar algunas horas.

—Quisiera hallar una persona que jugara conmigo; creo que despues de jugar dormiria mejor.

Lady Jane se sonrojó, y al cabo se atrevió á decir:

—Yo sé jugar un poco á las cartas; he jugado algunas veces con mi padre.

—Venid á darme un beso, hija mia, exclamó miss Crawley estasiada.

Cuando Pitt, con su folleto en la mano, subió á la pieza en donde estaban las señoras, halló á su tia y á su futura muy ocupadas con los naipes.

La tímida lady Jane se sonrojó mucho aquella noche.

Ninguna de las maniobras de M. Pitt ocupaba á la atención de sus parientes del rectorado de Crawley-la-reina. Sus progresos con la tia irritaban hasta lo sumo á sus parientes del presbiterio.

Mistress Bute se desesperaba.

Un día Bute tuvo un rasgo de genio que halló como de costumbre en el fondo de un jarro de cerveza.

—Deberíamos enviar á Jim, para ver si puede hacer algo, dijo á su mujer. Ya pronto tomará sus grados en Oxford, y salvo sus dos reveses.... pero ¿quién no los ha tenido?... Es un buen muchacho, y que tiene su geniecillo.... Si le incomoda Pitt, no tiene mas que retorcerle el pescuezo.

—Jim puede ir á verla, respondió mistress Bute lanzando un suspiro; lo mejor seria que tomara en su casa una de nuestras niñas.... pero no quiere verlas, dice que son feas.

En aquel momento Jim entró de la cuadra, con una pipa corta y negra, en el galon grasiento de su sombrero. Comenzó á hablar con su padre de las apuestas de las últimas carreras, y así dió punto á la conversacion de los dos esposos.

Mistress Bute no aseguraba nada bueno de la visita de Jim, que para ella era el esfuerzo supremo de la desesperacion. Tampoco el jóven tenia mucho gusto en desempeñar la mision que le encargaban; pero se consoló pensando que su tia podria

hacerle un buen regalo que le permitiera pagar algunas de sus deudas.

Jim salió pues para Brighton con un canasto de los productos de la hacienda que debía ofrecer á miss Crawley de parte de la familia.

Miss Crawley no habia visto á Jim desde que estaba en la escuela; entonces no podia ser clasificado con acierto, pero ahora era ya un hombre cumplido. Gracias á su educacion clásica, poseía ese tinte inapreciable que solo da la vida universitaria. Acribillado de deudas y con calabazas en todos los exámenes, nada faltaba á su reputacion de buen muchacho; por lo demas, era un buen mozo.

Cuando se presentó á su tia, su rostro encarnado y su torpeza le valieron la simpatía de miss Crawley, que siempre se dejaba seducir por esos símbolos de salud y de inocencia.

Pitt se hallaba en el cuarto de miss Crawley cuando anunciaron al otro, y palideció al oír su nombre.

Miss Crawley estaba de buen humor; se divirtió con las alarmas de Pitt, y trató de aumentarlas.

Se informó con interes de todos los habitantes del presbiterio; dijo que tenia intencion de ir á pasar con ellos algunos días, le llevó á paseo, le sentó á su lado á la mesa, y le mandó preparar un cuarto en su casa, ordenando al propio tiempo que se pagara el gasto que habia hecho en la fonda.

Jim pasó una parte de la mañana siguiente es-

cribiendo á su madre la relacion de la brillante acogida que le habia dispensado miss Crawley.

Pero ¡ay! ignoraba las amargas decepciones que le estaban preparadas; su favor debia ser un terrible ejemplo de la fragilidad de las cosas de este mundo.

Primeramente en la cuenta de la fonda se encontraba una partida de diez y ocho copas de aguardiente que habia bebido con dos amigos suyos que halló en el camino; despues en la mesa se olvidó del lugar en que estaba, y se escedió en la bebida; y por último, al retirarse á su cuarto se puso á fumar una pipa, y el humo del tabaco invadió toda la casa y llegó en toda su fuerza á los aposentos de miss Crawley y de miss Briggs.

29

Al otro dia el criado que le llevó las botas y el agua caliente para la barba, le entregó un billete escrito por miss Briggs, que decia de esta manera:

“Miss Crawley ha pasado una mala noche, y lo atribuye al olor del tabaco con que habeis llenado su casa. Hallándose indispuesta hoy, me encarga os manifieste su sentimiento por no poderos recibir antes de vuestra marcha, y deplora haberos sacado de la posada donde habriais hallado mejor que aquí las cosas que os son agradables.”

Aquí concluye la carrera de Jim, como aspirante á los favores de su tia.



¿Qué había sido durante este tiempo de la primera favorita de miss Crawley, la que antes que nadie se empeñó en la conquista de la herencia?

Rebeca y Rawdon se reunieron en buena salud despues de la batalla de Waterloo, y fueron á pasar juntos el invierno de 1815 en Paris, en medio de todo el refinamiento del lujo y de los placeres. Rebeca calculaba bien, y con el dinero que habia sacado á José por sus caballos, tenia para pasar un año en la opulencia.

Rawdon admiraba todas las disposiciones de su mujer con un entusiasmo que rayaba en delirio.

En Paris Rebeca marchó de triunfo en triunfo. Las francesas la hallaban encantadora; ella hablaba su lengua con perfeccion, y las imitaba en sus modas, su presteza y sus maneras. Su marido, á decir verdad, era un hombre nulo; pero tal es el carácter general de los maridos ingleses. Y luego en Paris, sabido es que un marido ridículo hace á una mujer interesante. Además ¿Rawdon no era el heredero de la rica miss Crawley, la que habia dado asilo en su casa á tantos emigrados franceses de la nobleza? No era estraño, pues, que los palacios de éstos se abrieran á la mujer del coronel.

Una gran señora, á quien miss Crawley habia comprado sin regatear sus encajes y alhajas, que habia recibido á menudo en su casa durante la revolucion, la escribió haciendo mil elogios de Rebeca, y participándola que se la disputaban en todas partes, y era admirada de todos, hasta en Tullerías.

La tía se puso furiosa cuando supo la situación de Rebeca, y vió que se cubría con su nombre para insinuarse en los salones á la moda. Dictó á Briggs una carta furibunda denunciándola como la persona mas peligrosa por sus artificios y sus intrigas.

Pero la carta estaba en inglés, y la señora que la recibió, habiendo pasado veinte años en Inglaterra, podia escusarse de no comprenderla; de modo, que se contentó con decir á Rebeca que miss Crawley la habia escrito una carta muy lisonjera para ella y su marido.

Desde entonces Rebeca comenzó á esperar que se acabarian los resentimientos de miss Crawley.

Sea como quiera, lo cierto es que Rebeca figuraba mucho en Paris. Sus reuniones ofrecian el aspecto de un pequeño congreso europeo: prusianos, cosacos, españoles, ingleses y franceses acudian á su salon, pues durante el famoso invierno de 1815 Paris era el punto de reunion de todo el mundo civilizado. Si el barrio aristocrático de Lóndres, hubiera podido ver las condecoraciones que cubrian el pecho de los nobles convidados de Rebeca, no habria dejado de experimentar los celos mas violentos.

Los capitanes mas nombrados de la época daban vueltas en torno de su coche en el bosque de Boulogne, ó se apañaban en su palco de la Opera. El corazon de Rawdon rebosaba de orgullo; y como en Paris no tenia que temer la importunidad de

ningun acreedor, se daba una vida opulenta y se le veía en todas partes. La mitad de su tiempo le pasaba en el juego, y siempre con suerte.

Tufto no participaba de la alegría general, pues su señora había tenido el capricho de ver Paris, y por otra parte mas de veinte generales prodigaban sus atenciones á Rebeca. Lady Bareacres y todo el estado mayor femenino sufrían crueles tormentos al presenciar los triunfos de aquella advenediza, cuya lengua de doble filo, dejaba una llaga viva en el alma de aquellas castas personas. Pero nada se podía contra ella; tenía á los hombres en su partido.

El invierno de 1815 trascurrió para Rebeca en medio de las fiestas y los placeres. Parecía estar tan familiarizada con esa vida de lujo y de elegancia, como si jamás hubiera conocido otra.

En los primeros días de la primavera de 1816 se leían las líneas siguientes en el *Galignani's Messenger*;

“El 26 de Marzo, mistress Crawley, mujer del teniente coronel Crawley, del regimiento n.º . . . . de los Life Guards, ha dado á luz un hijo.”

Todos los periódicos de Londres repitieron esta noticia, y un día en el almuerzo, miss Briggs, leyendo un diario, anunció á miss Crawley el aumento que había sobrevenido en su familia. Aunque estaba previsto, este acontecimiento dió lugar á

una crisis terrible en las resoluciones de miss Crawley. Su furor llegó al último extremo; mandó un recado para que viniera al punto su sobrino M. Pitt y la condesa, y exigió inmediatamente la celebración de la boda proyectada hacia tanto tiempo. Les anunció su intención de constituir á los jóvenes esposos una renta de mil libras esterlinas durante su vida, y luego á su muerte sus bienes pasaban á ser propiedad de su sobrino y su querida sobrina Jane Crawley. Se redactaron las escrituras y se celebró el matrimonio por un obispo, con gran desconuelo del Dr. Ivous.

Después de la ceremonia, Pitt habría deseado viajar con su esposa como es costumbre entre las personas de su rango; pero la ternura de la anciana respecto á la joven llegó á tal grado de intensidad, que declaró categóricamente no podía separarse de su favorita.

Pitt y su mujer se fueron pues á vivir en casa de miss Crawley. El pobre Pitt no estaba muy contento con estos arreglos, pues se encontraba así dominado por miss Crawley y por la condesa, que se había fijado en la vecindad, y de allí pretendía gobernar á toda la familia.

En muy poco tiempo miss Crawley perdió hasta la apariencia de la autoridad, y se hizo tan temerosa que ya trataba con indulgencia á Briggs; quería cada día mas á su sobrina, y el terror que la muerte la inspiraba iba creciendo por instantes.

XXXV.

**Viuda y madre.**

La sensación que produjo en Inglaterra la batalla de Waterloo fué inmensa; los Tres Reinos se estremecieron de orgullo y de dolor con el anuncio de esos gloriosos hechos de armas, pero los cantos de la victoria no podían hacer olvidar las lágrimas que se debían á los heridos y á los muertos.

Las noticias que traía la Gaceta cayeron como una bomba en casa de los Osborne. Las jóvenes no trataron de disimular su dolor al ver el nombre de Jorge en la lista de las víctimas. El padre, minado ya por un gran pesar, quedó mas abatido bajo el peso de este último infortunio; quiso persuadirse de que la mano de Dios había herido á su hijo por su desobediencia.

Sin embargo, á veces, sobrecogido de un terror súbito, se estremecía en todos sus miembros, como si una voz acusadora le echase en cara la desgracia de su hijo. Hasta entonces la reconciliación le había aparecido en el porvenir como una esperanza vaga y lejana. Ahora todo estaba acabado.

El desdichado anciano sucumbía bajo el peso de ese gran infortunio sin tener á quien abrir su corazón. No le oyeron pronunciar una sola vez el nombre de su hijo, y ordenó que todo el mundo en

la casa se vistiera de luto. En la morada de los Osborne, antes tan alegre, no debían resonar en mucho tiempo gritos de fiesta y de placer. No dijo nada á su futuro yerno, para cuya boda se había fijado día; pero éste leyó en la cara de M. Osborne que tampoco debía interrogarle ni apresurar la época de la ceremonia.

Unas tres semanas despues del 18 de Junio, un amigo de la casa, sir William Dobbin, se presentó á ver á M. Osborne, y le encontró en su despacho.

Dobbin, despues de pronunciar algunas palabras interrumpidas, acabó por sacar de su cartera una carta con un gran sello de lacre encarnado.

—Mi hijo, el mayor Dobbin, dijo el alderman, me ha enviado una carta en la cual venía otra para vos, Osborne.

El alderman dejó el papel sobre la mesa, y Osborne durante dos minutos clavó en él una mirada.

Esa mirada fija perturbó el alma del visitante, que compadecido á la vista de tal infortunio, se retiró sin decir una palabra.

La carta era de Jorge, y la había escrito en la mañana del 16 de Junio, un poco antes de despedirse de Amelia.

El contenido no era largo; un sentimiento de orgullo no le había permitido á Jorge abandonarse á las dulces expansiones del corazón. Decía únicamente que no había querido marchar al campo de batalla sin despedirse de su padre, sin recomendarle en ese momento solemne la mujer y quizá el hi-

jo que dejaba en el mundo. Manifestaba su arrepentimiento de haber hecho con sus gastos locos una brecha tan grande en la herencia materna; daba gracias á su padre por todo lo que habia hecho por él, y le prometia, fuera cual fuese la suerte que le reservaba el destino, mostrarse siempre digno del nombre que llevaba.

Un sentimiento de orgullo, ó quizá un respeto humano mal entendido le impidieron estenderse en esta carta; pero ademas, ¿podia ver su padre los besos con que habia cubierto el sobre? Con el alma llena á la vez de pesar y de deseos de venganza, M. Osborne dejó escapar la carta de sus manos; amaba á su hijo, pero no le habia perdonado.

Dos meses despues de la recepcion de esta carta, las señoritas Osborne que habian acompañado á su padre á la iglesia, le vieron colocarse en otro asiento que el que ocupaba ordinariamente durante el servicio divino; desde aquel lugar tenia fijos los ojos en la parte de la pared que estaba sobre su cabeza. Los ojos de las jóvenes tomaron al punto la misma direccion, y distinguieron un bajorelieve incrustado en el muro, donde se veia á la Gran Bretaña llorando apoyada en una urna; una espada rota y un leon tendido indicaban que era aquel un monumento conmemorativo consagrado al recuerdo de un guerrero muerto en el campo del honor.

Bajo el mármol funerario se veian esculpidas las armas de los Osborne, y una inscripcion concebida en estos términos:

A LA MEMORIA  
DE JORGE OSBORNE, ESQUIRE,  
CAPITAN DEL REGIMIENTO N.º... DE INFANTERIA  
DE SU MAJESTAD,  
MUERTO A LA EDAD DE VEINTIOCHO AÑOS,  
COMBATIENDO POR SU REY Y SU PAIS,  
EN LA FAMOSA JORNADA DE WATERLOO  
EL 18 DE JUNIO DE 1815.

*Dulce et decorum est pro patria mori.*

Al ver esto las dos hermanas experimentaron tal emoción, que miss María tuvo que salir de la iglesia. Los asistentes abrieron paso con respeto á aquellas dos jóvenes vestidas de luto, cuyos sollozos inspiraban la compasión, tanto como el dolor mudo de su anciano padre, inmóvil en su puesto.

—Quizá piensa en perdonar á mistress Jorge, se dijeron con inquietud las dos hermanas.

Si ambas temían que la casa de su padre se abriera para la viuda de Jorge, sus temores acerca de este punto debieron aumentarse cuando, al finalizarse el otoño, su padre les dijo que iba á salir para el continente. No explicaba el motivo de su marcha, pero ellas sabían que debía encaminarse á Bélgica, y que la viuda de Jorge no había salido de Bruselas.

Lady Dobbin y sus hijas las habían dado noticia



circunstanciadas sobre la pobre Amelia. El capitán había reemplazado al segundo mayor, que quedó en el campo de batalla, y O'Doow, que se había distinguido mucho, había sido nombrado coronel y caballero del Baño.

Más de un valeroso soldado del regimiento de nuestros amigos, pasó el otoño en Bruselas para curarse. Los jardines y los sitios públicos estaban llenos de héroes estropeados en Waterloo, y entre ellos M. Osborne reconoció á varios del regimiento por el uniforme que llevaban. Además, se hallaba al corriente de las promociones y los cambios como si hubiese formado parte de aquel cuerpo, pues todo lo que era relativo á él le interesaba en alto grado.

Osborne, acompañado de un sargento, salió á visitar Waterloo, y estuvo en el sitio donde su hijo, alzando su espada con entusiasmo, había sido herido mortalmente.

—El mayor Dobbin mandó trasladar á Bruselas el cadáver del capitán, dijo el sargento á media voz, donde se le hicieron los últimos honores.

Después de esa dolorosa excursión al teatro de las últimas hazañas del capitán, M. Osborne pagó generosamente á su guía. El desgraciado padre había visitado ya el sepulcro de su hijo, que estaba en el pequeño cementerio de Laken, cerca de la ciudad.

A la vuelta del campo de Waterloo, cuando el carruaje de M. Osborne se acercaba á las puertas de

la ciudad, se cruzó con una carretela descubierta, donde iban dos señoras y un hombre; á la portezuela marchaba á caballo un oficial.

Osborne se ocultó cuanto pudo para no ser visto. En la carretela estaban Amelia, mistress O'Doow el jóven teniente. Sí, era Amelia; pero no fresca y hermosa como la habia conocido M. Osborne; su rostro estaba pálido y macilento; tenia la mirada fija, y sin embargo, sus ojos no se detenian en ningun objeto; se dirigieron hácia M. Osborne cuando se cruzaron los carruajes, y sin embargo, no le reconoció. Lo mismo le sucedió á él, hasta que vió á Dobbin á la portezuela. ¡Oh! Entonces conoció toda la estension de su odio.

30

Volviéndose hácia el sargento, que le miraba con ojos recelosos, le dirigió una mirada sombría, que parecia decirle:

—¿Por qué me mirais así? ¿no sabeis que aborrezco de muerte á esa mujer? ¿no sabeis que ella ha destruido todas mis esperanzas, todos mis sueños de orgullo?

Y luego, inclinándose hácia el cochero, le dijo:

—Gritad á ese maldito postillon que no se duerma.

Un instante despues se oyó el galope de un caballo; era Dobbin que corria detras del coche de M. Osborne.

—¡M. Osborne! gritaba Dobbin, lanzando su caballo hácia el carruaje, y tendiendo la mano al padre de su amigo.

N.E.T. 30. Transcripción errónea del apellido inglés "O'Dowd", que tiene su origen en la traducción de Georges Guiffrey de 1855. Vid. N.E.T. 4, 6, 9 y 27.

Osborne contestó con un juramento, para que apresurasen la marcha de los caballos.

Dobbin puso su mano sobre la portezuela.

—Tengo que veros, le dijo; tengo que entregaros una carta.

—¿De parte de esa mujer? preguntó Osborne con desprecio.

—No, repuso Dobbin, de parte de vuestro hijo.

Osborne se reclinó con abatimiento en el fondo del carruaje. Dobbin dejó pasar ese momento de dolor, y se colocó detrás, y siguió hasta el hotel de M. Osborne, sin dirigirle mas la palabra.

Una vez llegado al hotel, entró con M. Osborne en su habitacion; era la misma que habian ocupado los Crawley durante su residencia en Bruselas. ¡Cuántas noches habia pasado Jorge en aquel aposento!

—¿Qué me quereis, capitán Dobbin? ¡Ah! me engaño; habria debido decir mayor Dobbin.... Cuando los buenos se van, siempre se hallan personas dispuestas á disputarse lo que dejan, dijo M. Osborne con mal humor.

—Así es, repuso Dobbin, muchos de los buenos han muerto, y precisamente de uno de ellos voy á hablaros.

—Hablad, pues.

—Estoy aquí en calidad de su amigo mas íntimo, y como ejecutor de sus últimas voluntades. Antes de marchar al combate, hizo testamento; ya sabeis que sus recursos eran muy escasos.....

pero ignorais quizá la situación deplorable de su viuda.

—Nada tengo que ver con ella, repuso Osborne; que se vaya con su padre.

Como tenía un interlocutor bien resuelto á no incomodarse, Dobbin continuó sin hacer caso de esta reflexión estemporánea:

—No sabeis cuál es la situación de mistress Osborne; el terrible golpe que acaba de sufrir ha destruido su salud y ha perturbado su razón; es muy dudoso que llegue á restablecerse. Sin embargo, aun queda una esperanza; pronto será madre, ¿queréis que pese sobre el hijo la maldición que habeis echado al padre? No, no, por amor á Jorge, perdonaréis á esa criatura inocente.

Osborne prorumpió entonces en mil imprecaciones contra su hijo, aunque teniendo buen cuidado de justificar su conducta. Para disculparse mejor de sus rigores con su propia conciencia, se esforzaba en exagerar la desobediencia de su hijo.

—Por mi parte, añadió, he jurado no hablar nunca á esa mujer, ni reconocerla como esposa de mi hijo, y os autorizo para repetírselo, insistiendo mucho en estas palabras: que seguiré firme en esta resolución hasta el postrer instante de mi vida.

Preciso era pues renunciar á toda esperanza. La viuda de Jorge debía contar no mas que con sus propios recursos, y con la ayuda que podia prestarle José.

—Seria inútil ocultarla lo que pasa, dijo Dobbin con tristeza; ahora todo es para ella indiferente.

Con efecto, la pobre mujer estaba aniquilada bajo el peso de su infortunio; el dolor la habia, digámoslo así, privado de sentimiento, y aun en presencia de las señales de benevolencia y amistad que se esforzaban en prodigarla, no podia triunfar de aquella especie de indiferencia moral en que se hallaba sumergida.

Por fin llegó el día en que la pobre viuda pudo estrechar sobre su corazon un niño en quien revivian los rasgos de Jorge, un niño hermoso como un querubin. Su primer grito produjo en ella el efecto de una resurreccion, y comenzó á reir y á llorar de alegría. El amor y la esperanza reanimaron aquel corazon, sobre el cual descansaba el niño. ¡Amelia estaba salvada! Los médicos que la asistian vieron en aquella crisis un anuncio de su restablecimiento.

El alma de Dobbin rebosaba de júbilo. El fué quien llevó á Inglaterra á mistres Osborne, y la entregó á sus padres. Amelia consagró toda su vida al niño. Ella le criaba, pues por nada en el mundo habria consentido en confiarle á una nodriza. El mayor favor que podia acordar á Dobbin, en calidad de padrino, era que de tiempo en tiempo meciera al niño para dormirle.

Willian Dobbin observaba constantemente á la madre. Si su amor le daba suficiente penetracion para adivinar los sentimientos del corazon de Ame-

lia, veía muy claramente que aun no había puesto para él; su alma paciente aceptaba su suerte.

En cuanto á los padres de Amelia, sin duda habían penetrado ya las intenciones del mayor, y no se mostraban mal dispuestos. Todos los días Dobbin iba á verlos, y pasaba allí horas enteras con ellos, con Amelia, con el honrado M. Clapp y su familia. Con diversos pretextos traía siempre alguna cosa. Había sabido conciliarse las buenas gracias de la niña de M. Clapp, la favorita de Amelia, que con frecuencia introducía á nuestro amigo cerca de mistress Osborne.

Un día ésta no pudo menos de reirse cuando vió entrar al mayor cargado de juguetes, que consistían en un tambor, una cartuchera y otros objetos no menos guerreros, para el niño Jorge, que apenas tenía seis meses.

El niño estaba durmiendo.

—¡Silencio! exclamó Amelia, temiendo que se despertara con el ruido que metían las botas del mayor.

Y se sonreía al mismo tiempo, viendo á Dobbin que, con sus juguetes, no podía tomar la mano que ella le tendía.

—Retiraos, María, dijo á la niña; tengo que hablar á mistress Osborne.

Ésta clavó en él una mirada de sorpresa, y luego volvió los ojos á la cuna de su hijo.

—Vengo á despedirme de vos, Amelia, le dijo, tomando su mano blanca y delicada.

—¡Cómo! ¿Os marchais? exclamó ella sonriendo.

—Entregaréis vuestras cartas á mis corresponsales, y ellos me las dirigirán á mí. . . . porque creo que me escribiréis. . . . Me ausento por mucho tiempo.

—Os daré noticias de Jorge, mi querido Williams; pues sois muy bueno para él y para mí; mirad qué carita. . . . ¿no es verdad que parece un ángel.

Las manitas rosadas del niño estrecharon maquinalmente el dedo del soldado, y los ojos de Amelia brillaron con toda la satisfaccion del orgullo materno. Esa mirada en que resplandecia la ternura mas viva y mas ardiente, desconsoló hasta lo sumo al pobre mayor. Permaneció algunos minutos inclinado hácia el niño en una contemplacion silenciosa, y en fin, haciendo un esfuerzo supremo pudo hallar bastante energía para decir:

—¡Dios mio! protegedle!

## XXXVI.

### **Medios de vivir con lujo sin tener haciendas.**

Entre las personas que conocemos, siempre se encuentra alguna cuyos medios de existencia son para nosotros un misterio inesplicable. ¿Quién de nosotros no ha tenido ocasion de preguntarse mas

de una vez al brindar en casa de una de esas personas, cómo es que podía pagar el vino que nos daba?

En presencia de la vida lujosa que tres ó cuatro años despues de su regreso á Inglaterra, se daban Rawdon y su esposa en un elegante hotel de Carzon-Street, en May-Fair, no habia uno de sus convidados que no se dirigiera aquella pregunta. El novelista lo sabe todo, y usando de este privilegio que su estado le da, podria descubrir al público cómo Rawdon y su mujer hallaban los medios de existir sin poseer rentas de ninguna especie.

Sin embargo, el novelista se limitará á dar una corta noticia de los años que Crawley y su mujer vivieron en Paris en la opulencia y sin recursos conocidos. Por esa época Rawdon dejó el servicio y vendió su despacho de coronel. Desde entonces los únicos vestigios que descubrian su antigua profesion fueron sus bigotes y el título de coronel que se leia en sus tarjetas.

Una vez en Paris, Rebeca, como hemos dicho ya, llegó á ser una de las reinas del gran mundo; adulada en los salones aristocráticos y recibida con favor en la nueva corte, pasó así muchos meses en medio de la embriaguez de sus triunfos.

El coronel bostezaba que era un portento entre las duquesas y las grandes señoras de la corte. Así fué, que cansado de tal sociedad dejó á su mujer que concurriera sola á esas reuniones que la agradaban tanto, y él se volvió con sus amigos que le



procuraban distracciones mas en armonía con sus gustos.

Nuestro amigo el coronel tenia una afición decidida á toda clase de juegos; la práctica en muchos de ellos le habia dado una gran superioridad; Crawley era mas que un aficionado, era un maestro en el billar, y rara vez dejaba de alcanzar la victoria.

No era menor su habilidad en los naipes. A menudo comenzaba perdiendo; pero á medida que el juego se animaba, cambiaba la suerte, y no se acababa la noche sin que saliera ganando.

Una suerte tan obstinada llegó á provocar la envidia y los epigramas de los vencidos, hasta que vinieron á ponerse en duda su buena fe y su lealtad.

Y sin embargo, la escelente mistress Crawley manifestaba la mayor aversión á los juegos en que descollaba su marido. Decia á los jóvenes que no tocaran nunca á las cartas ni á los dados. Una vez que el joven Green, del regimiento de tiradores, habia perdido una suma considerable, Rebeca pasó llorando toda la noche, segun habia dicho su doncella.

Muchos oficiales, jóvenes casi todos, pues la belleza de mistress Crawley la atraia un círculo de adoradores juveniles, se retiraban al concluirse su tertulia despues de haber pagado su tributo correspondiente. La casa comenzó á tener mala reputación, y los veteranos advertian á los bisoños del peligro que en ella corrian

Por un dicho insolente de mistress O'Doow, Rawdon estuvo á punto de batirse con el coronel O'Doow; pero el comandante en jefe vino á saberlo, y llamando al coronel Crawley, que preparaba ya sus pistolas, le habló de una manera que hubo de cortarse el desafio. Si Rebeca no se hubiera arrojado á los piés del general Tufto, Crawley habria recibido la órden de salir de Paris. Sin embargo, esta aventura le obligó á buscar adversarios fuera del ejército durante algunas semanas.

A pesar de la habilidad de Rawdon, Rebeca veia que con estos contratiempos se empeoraba cada dia su posicion, y aunque tenian cuidado de no pagar nunca á nadie, su pequeño capital debia desaparecer próximamente.

—El juego, decia á su marido, es bueno para aumentar las rentas; pero por sí no da un producto suficiente, y en fin, cuando se hayan cansado todos de jugar, ¿qué nos quedará á nosotros?

Rawdon reconoció que la observacion no podia ser mas justa. Ya sus convidados se mostraban menos deseosos de jugar con él, y los encantos de Rebeca apenas tenian fuerza suficiente para atraerlos.

La existencia que llevaba en Paris ese matrimonio era muy agradable sin duda, pero esa serie de placeres no prometia un gran porvenir. Rebeca calculó que en su pais tendria mas probabilidad de establecer la fortuna de Rawdon sobre bases sólidas y duraderas. Quizá podria sacarle un destino en Inglaterra ó en las colonias. Sentia todo el va-

cío de los placeres mundanos, y suspiraba por alguna cosa mas positiva.

Por entonces llegaron de Lóndres unas noticias que alegraron mucho á los acreedores del coronel. Miss Crawley, aquella tia tan rica y cuya inmensa fortuna era codiciada por tantas personas, se hallaba en la agonía, y el coronel apenas tenia tiempo para ir á cerrarla los ojos, reservándose volver en seguida á buscar á su mujer y á su hijo.

Salió pues para Calais; pero de aquí, en lugar de dirigirse á Douvres tomó la diligencia de Dunkerque y se fué á Bruselas, su ciudad favorita. Consistía esto en que debia mas dinero en Lóndres que en Paris, y preferia naturalmente á esas dos ciudades la pacífica capital de Bélgica.

Cuando se supo que miss Crawley habia muerto, Rebeca se vistió de luto y vistió tambien á su niño. Entonces comenzó á decir por todas partes que el coronel se ocupaba en arreglar los asuntos de la herencia. Mandó que la dispusieran una habitacion mejor en el hotel, y luego mistress Crawley partió con su doncella y su niño en un carruaje que el dueño del hotel quiso prestarla.

El general Tufto se puso furioso al saber su marcha, y el fondista preparó sus mejores habitaciones para cuando volviera con su marido. Guardó los cofres que ella le habia confiado. Rebeca le recomendó que tuviera con ellos un cuidado especial; —y sin embargo, no contenian nada precioso, como

pudo verlo el fondista al abrirlos algun tiempo despues.

Pero antes de reunirse con su marido en Bélgica, Rebeca hizo una excursion á su pais, dejando á su hijo en el continente, en poder de la criada francesa.

La separacion de la madre y del hijo no fué penosa para ninguno de ellos; desde su nacimiento el jóven heredero del coronel, no habia sido un motivo de graves preocupaciones para su madre. Siguiendo el uso muy cómodo adoptado por las madres francesas, Rebeca puso á su niño en casa de una mujer del campo, en las cercanías de Paris. Allí la criatura, en medio de una numerosa familia de hermanos de leche con albarcas, pasó de un modo bastante agradable los primeros meses de su existencia. Su padre dirigia casi siempre sus paseos á caballo por aquella parte, y veia siempre con júbilo á su descendiente.

Rebeca no le visitaba tan á menudo; una vez le habia manchado la esclavina, y por otra parte él preferia las caricias de su nodriza á las de su mamá. Por eso, cuando debió dejar á la buena aldeana, en quien habia hallado una segunda madre, durante muchas horas lanzó terribles aullidos.

Los Rawdon eran, digámoslo así, los precursores de esa raza de aventureros ingleses, que muy luego invadieron todo el continente y señalaron su paso en las capitales de Europa por una serie de estafas no interrumpidas. En esos años afortunados

de 1817 y 1818, se tenía aún la mayor confianza en la delicadeza de los súbditos de la Gran Bretaña, pues las grandes ciudades europeas no habían servido aún de teatro á las operaciones de esos caballeros de industria. Ahora es lo contrario; esto lo debemos á las fechorías de los Rawlton.

Solo algunas semanas despues de la marcha de los Crawley, comprendió el dueño del hotel donde habían vivido en Paris, toda la estension de sus pérdidas. La modista, el joyero, y hasta la pobre nodriza de la aldea, le acompañaron en sus lamentaciones.

El viaje de Rebeca á Inglaterra, tenía por objeto arrancar algunas concesiones á los acreedores de su marido; les ofrecía cuarenta por ciento, con tal de que su deudor pudiera volver á Lóndres sin temor ninguno. A fuerza de astucia consiguió que aceptaran; con unas 1.500 libras al contado, pagó unas deudas que arrojaban un total veinte veces mayor.

Una vez orillado el negocio, Rebeca se fué á Bélgica á llevar al coronel la feliz noticia de que sus deudas estaban pagadas.

Al cabo de algun tiempo, que pasaron en Bruselas los dos esposos viviendo en medio del lujo, dejaron esa ciudad, burlando, como en Paris, á un crecido número de personas. Tal es el método que siguen los que carecen de medios de existencia.

De Bruselas el coronel pasó con su mujer á Londres. Aquí sobre todo, en su casa de Curzon-Street en May-Fair, fué donde dieron pruebas de habilidad para proporcionarse recursos.

### XXXVII.

#### **Continuacion del mismo asunto.**

Rawdon y su mujer se instalaron suntuosamente en una casa que pertenecía á un antiguo amigo de los Crawley, llamado Reygles, y comenzaron una existencia como personas que tienen tres ó cuatro mil libras esterlinas de renta anual; daban convites y reuniones, á las que acudía gente de tono.

Rebeca, con su talento, su gracia y su destreza, logró ponerse á la moda entre cierta clase de la sociedad de Londres. A su puerta se veían carruajes muy modestos, de los que salían altos personajes. Su coche en el paseo se veía siempre rodeado de la juventud dorada. En la ópera se sucedían, sin interrupcion, las visitas en su palco de segunda galería; pero con sentimiento debemos confesar, que las señoras volvían la espalda y cerraban la puerta á la advenediza.

Rawdon deploraba continuamente los insultos que hacían á su mujer, y habría querido batirse por ella; pero tenía que convenir, en que todo

se lo debía á Rebeca, y se callaba, como ésta le pedia.

Cuando murió miss Crawley, y su fortuna vino á parar á M. Pitt, Bute Crawley, que solo recibia cinco mil libras en lugar de las veinte mil que esperaba, se puso furiosa, y rompió con su sobrino.

Rawdon Crawley, cuya parte se hallaba limitada á cien libras, observó una conducta opuesta que sorprendió al hermano y hechizó á la mujer de éste, la cual manifestaba las disposiciones mas afectuosas respecto á toda la familia de su marido. Escribió de Paris á M. Pitt una carta, en que respiraba la franqueza.

En ella declaraba saber, que su matrimonio le habia enajenado los favores de su tia, y sin disimular que habia deseado ver menos rigor en ella, se consolaba con que su dinero habia quedado en la familia, y felicitaba sinceramente á su hermano.

La carta se terminaba con algunas líneas de Rebeca, felicitándole tambien y recomendándose á lady Jane; se prometia presentar su niño al tio y á la tia, y reclamaba en su favor su apoyo y su benevolencia.

Pitt recibió con gusto esta carta, y lady Jane se conmovió hasta el punto de suplicar á su marido que partiese la herencia con su hermano.

No hay para qué decir, que el marido no accedió á este deseo, y guardó para sí las treinta mil libras. Pero en cambio escribió á Rawdon, que con mucho placer le abrazaria si regresaba á Inglaterr-

ra. Al mismo tiempo prometió á Rebeca, no dejar escapar ninguna ocasion de ser útil al niño.

La reconciliacion no podia ser mas completa. Cuando Rebeca llegó á Lóndres, Pitt y su mujer habian salido ya; Rebeca esperaba su vuelta con impaciencia.

—Cuando esté aquí lady Jane, se decia, ella responderá de mí en la sociedad de Lóndres; en cuanto á las mujeres, ya vendrán á mí si ven que los hombres me siguen.

Entre los concurrentes á la tertulia de Rebeca, se contaba el viejo lord Steyne. La juventud de su señoría habia sido célebre por sus intrigas amorosas y su suerte en el juego. Así decian que debia su título de marqués á los naipes.

—¿Cómo está el marido de mistress Crawley? era ordinariamente el saludo que lord Steyne dirigia á Rebeca.

Con efecto, tal era su profesion reconocida en la sociedad. Rawdon no era ya el coronel Crawley, sino el marido de miss Crawley.

En cuanto al niño, todo lo que tenemos que decir es, que permanecia oculto en una buhardilla de la casa, ó estaba en la cocina con los criados, sin que jamas se ocupara de él su madre.

En cambio el padre le veia continuamente en su gabinete de tocador situado en las regiones mas altas de su casa, le acariciaba, le compraba juguetes y pasaba con él largas horas, las mas agradables de



su vida, cuando no estaba en el cuartel con sus antiguos compañeros.

El niño tenía ya cinco años.

A todo esto, debemos decir que Rebeca no vivía enfadada con su marido; al contrario, siempre le ponía buena cara. Llevaba las consideraciones hasta disimularle el desden que le tenía; sin embargo, se felicitaba de que no fuera hombre de talento, porque así podía tomarle por su criado de confianza. El hacía sus encargos, ejecutaba sus órdenes y la acompañaba en sus paseos en carruaje. Después de dejarla en la ópera, se iba al club durante la representación, y era muy exacto para ir á buscarla á la salida. La única cosa que deseó, es que ella tuviera un poco de amor á su hijo; pero al fin había concluido por resignarse también en este punto.

—Ella lo hace todo mejor que yo, dejémosla, decía Rawdon.

Un día llegó, en que las funciones de Rawdon se anularon mucho, porque ella encontró el acompañante que buscaba. Entonces le dispensó de ir á buscar á la salida de la ópera.

Un domingo por la mañana que Rawdon se paseaba á caballo con su niño, el coronel encontró á uno de sus antiguos compañeros, el cabo Clink de su regimiento, que hablaba con un anciano que tenía en sus brazos á otro niño como el de Rawdon.

—Buenos días, mi coronel, dijo Clink en respues-

ta al saludo de Crawley. Hé aquí un recluta como el vuestro.

—Su padre estaba también en Waterloo, dijo el anciano; ¿no es verdad, Jorge?

Y al mismo tiempo Jorge y el otro niño se examinaban con ese aire solemne y escudriñador tan familiar á las criaturas que se hallan en presencia de un rostro nuevo.

—El capitán Jorge Osborne, continuó el anciano; quizá le conocéis; murió combatiendo al usurpador.

El coronel se puso encarnado.

—Cierto es que le conocía; y su señora, ¿cómo está?

—Es mi hija, repuso el anciano, dejando en el suelo al niño.

Y sacando con gravedad una tarjeta de su cartera se la entregó al coronel. En ella se leía la indicación siguiente con las señas de su casa:

M. SEDLEY,

Unico agente de la compañía del Diamante Negro para la explotación de carbones incombustibles.

Durante este tiempo, Jorge se había acercado al caballo y le miraba de cerca.

—¿Quieres montar? le dijo el niño que estaba sobre la silla.

—Sí respondió Jorge.

El coronel, que á consecuencia de las esplicaciones anteriores miraba ya al niño con interes, le levantó y le puso en el caballo al lado de su hijo.

—No hay en todo el mundo dos cabezas de niños mas bonitas, dijo entonces el cabo.

Y al mismo tiempo el coronel, el cabo y el viejo Sedley, con su paraguas bajo el brazo, echaron á andar al lado de los niños.

### XXXVIII.

#### Una familia apurada.

Sigamos al niño Jorge que dirige su paseo á caballo hácia Fulham, y una vez llegados á ese arrabal de Lóndres, parémonos un poco para adquirir noticias de nuestros amigos. ¿Qué ha sido de Amelia despues del terrible golpe que la hirió en Waterloo? Vive aún? ¿Está ya consolada? ¿Y el mayor Dobbin? ¿Y José Sedley?

Pocas palabras bastarán para ponernos al corriente de lo concerniente á este último; José, despues de su fuga de Bruselas, se habia vuelto á las Indias, habiendo dejado órden á sus agentes de pagar cada año á su familia una pension de 120 libras esterlinas. Este era el recurso principal de los dos ancianos, pues las especulaciones á que se entregaba M. Sedley desde su quiebra eran poco fruc-

tuosas. Se hizo alternativamente traficante en vinos, en carbon, &c., &c.

El domingo, pues en los días de trabajo sus graves ocupaciones no le permitían ninguna distracción, el viejo Sedley llevaba á su nieto á los parques mas próximos ó á los jardines de Kensington, para que viera los uniformes de los soldados, y arrojara migas de pan á los cisnes. Entretanto le hacía comer pastelillos y confites con tal abundancia, que Amelia hubo de prohibírle severamente la administración de tales golosinas á su hijo.

Entre mistress Sedley y su hija también se había establecido alguna frialdad, porque la anciana mimaba demasiado al niño. Amelia estaba celosa de todos los que se acercaban á Jorge; no quería que nadie la usurpara el mas mínimo puesto en el cariño de la criatura; no confiaba á nadie el cuidado de vestirle y de cuidarle; toda su felicidad se cifraba en esa ternura escesiva.

En aquel objeto querido de su amor creía ver revivir á su marido, pero entonces se presentaba á ella sin defectos, como una aparición celeste. En la voz, en la mirada, en los ademanes, el niño la recordaba al difunto; su corazón de madre rebosaba de júbilo cuantas veces estrechaba en sus brazos á su tesoro, y el niño la hacía preguntas á menudo sobre la causa de las lágrimas que ella vertía. Amelia le contestaba diciéndole que era porque le recordaba su padre; y luego se ponía á hablarle de ese padre que había perdido, de ese Jorge que no

conocía, y la inocente criatura oía con un asombro recogido las confidencias de aquella madre dulce y sensible.

En medio de esa vida pacífica pasó nuestra heroína los siete años que siguieron al nacimiento de su hijo. El suceso mas notable fué la oferta que la hizo el reverendo M. Binney de cambiar su nombre de Osborne por el de mistress Binney. Amelia sonrojada, y con los ojos anegados en llanto, le dió las gracias y le declaró que su corazón y sus pensamientos pertenecerian siempre al marido que habia perdido.

Despues de los cuidados y la enseñanza que daba á su hijo, Amelia consagraba á sus padres el resto de su tiempo. Cantaba y jugaba á las cartas para distraer al anciano, y escribia para él memorias, cartas y prospectos. El anciano recurria á ella para sus circulares, que engalanaba despues con su rúbrica.

Una de estas cartas fué enviada al mayor Dobbin; pero el mayor, que entonces se hallaba en Madrás, no necesitaba carbon de piedra. Sin embargo, pronto reconoció la letra del prospecto; ¡ay! ¡cuánto habria dado por estrechar la mano que habia trazado aquellas líneas!

No obstante, fiel á su promesa, Amelia le escribia dos ó tres veces por año largas cartas relativas á Jorge. Cada una de ellas era un tesoro para el mayor, que las reunia como un avaro. Respondia con una exactitud escrupulosa á cada mensaje de

Amelia, pero no iba nunca mas allá; y de cuando en cuando la enviaba alguna cosa de la India para el niño.

Jorge, á medida que iba creciendo, se hacia irascible y violento como todos los niños mimados por las mujeres, y ejercia un imperio sin límites sobre su madre, que le queria con todas las fuerzas de su alma. Reinaba en la casa como un déspota, todo el mundo sufría su dominacion, y con la edad iba manifestando la altanería de su padre.

Cuando el niño pasó de los seis años, Dobbin entabló con él una correspondencia; queria saber si iba á la escuela, y cuáles eran sus disposiciones. Por último, emitió la idea de tomar á su cargo todos los gastos de su educacion, demasiado elevados para los reducidos recursos de su madre. Era fácil reconocer que todos los pensamientos del mayor se concentraban mas y mas en Amelia y en su niño. Por medio de sus agentes, Dobbin indagaba si el niño poseia todos los objetos necesarios para su instruccion y recreo.

De tiempo en tiempo las señoritas Dobbin, á instancias de su hermano, iban á buscar á Amelia, y la llevaban á paseo en coche con el niño. Neutrizaba la bondad de esta atencion el aire protector de aquellas señoritas. Amelia se sentía un poco humillada; pero se resignaba, porque su naturaleza la inclinaba á la paciencia y á la sumision, y porque, además, á Jorge le gustaba ir en carruaje.

Un día Amelia las vió llegar muy alegres, y es porque traían una buena noticia relativa á su hermano.

—¿Qué hay, pues? preguntó Amelia con júbilo, ¿va á venir pronto?

No por cierto, se trataba de otra cosa; las jóvenes tenían razones para creer, que al fin iba á casarse con una parienta de una de las buenas amigas de Amelia, con miss Glorvina O'Doow, hermana de Miguel O'Doow, la cual se habia ido con lady O'Doow á Madras; era una jóven muy recomendable, segun decian todos.

Amelia lanzó un grito, y luego declaró que esa noticia la colmaba de gozo.... Pero cediendo á uno de esos movimientos involuntarios, cuya causa es siempre difícil de explicar, tomó á Jorge en sus brazos y le estrechó fuertemente sobre su corazón; habia yo no sé qué de convulsivo en esa caricia, y sus ojos estaban húmedos de lágrimas cuando soltó al niño. Fueron á paseo, y en todo el paseo no dijo una palabra.

### XXXIX.

#### **Regreso de Rebeca á la morada de sus antepasados.**

El anciano baron sir Pitt vino á morir en los aposentos donde habia fallecido la última lady Crawley, y el heredero y gefe de la casa llegó al pala-

cio y comenzó á reinar en él como soberano. A despecho de la condesa, madre de su esposa, escribió una carta á mistress Rawdon Crawley para suplicarla que asistiera á la dolorosa ceremonia de los funerales.

La condesa, que no queria se abriera la casa á tal persona, se decidió á salir de ella y á vivir lejos de su hija. Nada hizo ceder á Pitt; colocado por la suerte á la cabeza de la fortuna que habia despertado la codicia de todos sus parientes, habia resuelto tratar á su familia con muchas consideraciones: podia ser generoso.

Pensaba en restablecer el antiguo esplendor de la casa de los Crawley, y la idea de ser el gefe de esa raza ilustre, lisonjeaba sobremanera su amor propio. El primer uso que queria hacer del inmenso crédito que su nueva posición le aseguraria en el condado, debia ser procurar á su hermano y á los Bute, desolados por haber visto defraudadas sus esperanzas, un establecimiento digno de ellos. Su plan de conducta se hallaba ya trazado. Estaba resuelto á mostrarse justo y servicial, á sacudir el yugo de la condesa, y por último, á mantenerse en los mejores términos con todos los miembros de la familia.

Cuando Rawdon recibió el mensaje de Pitt, no espermentó una satisfacción extraordinaria.

—No me divierte la idea de enterrarme en semejante casa, dijo para sí, y además, no puedo sufrir el estar con Pitt despues de la comida.



Al llevar á Rebeca el chocolate que todas las mañanas hacia para ella, le entregó la carta en cuestion para obrar en vista de su parecer como tenia costumbre de hacerlo en todas las circunstancias escabrosas.

Dejó el desayuno y el fatal mensaje sobre la mesa del tocador ante el cual Rebeca se hallaba ocupada en peinar sus rubios cabellos. La jóven, despues de haber recorrido la carta, objeto de los terrores de Rawdon, levantó el papel sobre su cabeza y comenzó á gritar:

—¡Victoria! ¡victoria!

—¿Y por qué? exclamó Rawdon sorprendido; el viejo no nos deja nada.

—Nunca seréis un hombre sensato, dijo Rebeca; voy á encargarme vestidos de luto, y haréis poner un crespon en vuestro sombrero. Y que todo esté pronto mañana, porque partiremos el jueves.

—¡Cómo! ¿vamos á marchar?

—Seguramente; cuento con lady Jane para presentarme en la corte del año próximo, y por vuestro hermano obtendréis un puesto en el parlamento. Rawdon, ¿cuándo abriréis los ojos? Lord Steyne tendrá vuestro voto y el de vuestro hermano; llegaréis á ser secretario del virey de Irlanda, gobernador de las Indias, tesorero, cónsul, en fin alguna cosa buena.

—Entretanto el viajecito nos va á costar un poco de dinero. ¿Y el niño vendrá con nosotros?

—¿Para qué? Tendremos que pagarle el asiento,

le dejaremos aquí, y durante ese tiempo, Briggs le hará una blusa negra. Decid por todas partes que Pitt ha muerto á fin de que lo sepa Ragles para que nos deje en paz por sus alquileres.

Dadas estas órdenes, Rebeca comenzó á tomar su chocolate. Por la tarde, cuando llegó lord Steyne á hacer su visita de costumbre, halló á Rebeca con su compañera, que era nuestra amiga Briggs, ocupada en cortar y coser una porcion de telas negras.

—Tenemos una gran pesadumbre, dijo Rebeca á lord Steyne. Sir Pitt Crawley, el gefe de la familia, ha fallecido.

Y sus ojos llenos de lágrimas se elevaron al cielo.

—¡Oh! Rebeca, repuso milord con un tono trágico-cómico: ¿conque el viejo tunante se ha ido de este mundo?

— Por poco soy yo ahora la viuda del baron, repuso Rebeca. ¿Os acordais, miss Briggs, de aquel dia en que cayó á mis piés?

Miss Briggs respondió que se acordaba, y luego se fué á preparar el té que le pidió lord Steyne.

Briggs era la compañera que debia poner al abrigo de toda sospecha injuriosa la virtud y la reputacion de Rebeca. Miss Crawley la habia legado una corta renta vitalicia, y su mas vivo deseo habria sido el de permanecer en casa de lady Jane; pero la condesa se habia opuesto á ello.

Entonces fué á instalarse en casa de mistress Raw-

don, y no habian pasado seis meses, cuando ya de su corto capital la habia prestado doscientas libras.

## XL.

### Reunion de familia.

En cuanto los esposos Crawley, estuvieron vestidos de negro, tomaron asiento en aquella misma diligencia que habia trasportado á Rebeca y al difunto baron en el primer viaje de nuestra heroína á Crawley-la-reina. Nueve años habian trascurrido desde entonces, y sin embargo, Rebeca recordó perfectamente los sucesos de su primer viaje.

Por fin llegaron; la avenida de honor y el terrado habian sido limpiados con particular esmero; cuando el coche, con las armas de la casa, que les habian enviado para recibirlos, se detuvo delante del peristilo, dos lacayos de estatura majestuosa, y con librea negra, abrieron las puertas de par en par.

Rawdon se puso encarnado y Rebeca estaba muy pálida cuando atravesaron la antesala del brazo. Sir Pitt y lady Jane vestian de luto, y la condesa tenia en la cabeza un adorno muy alto de cuentas de azabache. La condesa habia permanecido en el palacio, pero se encerró en el silencio mas absoluto, al encontrarse en presencia de la pareja rebelde.

Sir Pitt, con el rostro conmovido, se adelantó á Rawdon y le estrechó la mano; lo mismo hizo con Rebeca, añadiendo un profundo saludo. Lady Jane tomó las manos de mistress Rawdon; la besó con ternura, y sus caricias provocaron las lágrimas en nuestra aventurera.

Tambien las jóvenes señoritas habian salido del colegio para asistir á las exequias de su padre. Sir Pitt habia pensado que debian figurar en la ceremonia muchas personas, y hasta el último criado se hallaba vestido de luto rigoroso.

Rebeca no quiso olvidar que habia sido la institutriz de las jóvenes. Despues de habérselo recordado, las preguntó con mucha seriedad si habian adelantado en sus estudios. Al oirla se habria creído que desde su separacion no habia hecho mas que pensar en ellas.

Lady Jane llevó á Rebeca á los aposentos que debia ocupar, donde se hallaban todas las comodidades que habia introducido en todo el palacio el nuevo soberano.

—Lo que deseo ante todo, la dijo Rebeca, es ver á vuestros niños.

Las dos madres cambiaron entonces una ojeada que resumia todos los misterios de la ternura materna, y luego salieron de la pieza dándose el brazo.

Rebeca se estasió ante la pequeña Matilde, que apenas tenia cuatro años, reservando tambien una

parte de admiración para el niño, que había cumplido dos en aquellos días.

—Quisiera que mi madre dejara de darles medicinas, exclamó lady Jane con un suspiro; la supresión completa sería una cosa excelente para su salud.

Lady Jane entraba en una vía de confianzas, que es un asunto inagotable para las madres de familia. Estas expansiones íntimas contribuyeron á aumentar la amistad entre las dos mujeres. Al cabo de media hora eran ya las mejores amigas del mundo, y por la noche lady Jane declaraba á sir Pitt que Rebeca era una criatura muy recomendable.

Contando ya con las simpatías de la hija, la astuta Rebeca combinó sus esfuerzos para granjearse las de la madre. La primera vez que se quedó sola con ella, entabló la cuestión de los cuidados que se deben tener con los niños, pasando luego á las ideas de religión que anunciaban una conversión completa.

Sir Pitt se acordaba de las señales de deferencia y de respeto que Rebeca le había dado anteriormente; y así es que le encontró animado de las disposiciones más favorables. Si el matrimonio del coronel no era de todo punto satisfactorio, al menos había tenido el resultado de trasformarle favorable; sir Pitt se confesaba con júbilo interior, que á ese matrimonio debía su fortuna.

Rebeca se deshacía en atenciones con sir Pitt, y

pronto llegó á probar á su hermana política con argumentos victoriosos, que mistress Bute Crawley habia tenido la culpa de que se hiciera el matrimonio contra el cual habia clamado tanto despues. Habia sido una táctica inspirada por la avaricia á mistress Bute, que por ese medio pensó apropiarse toda la fortuna de miss Crawley, privando á Rawdon de las liberalidades de su tia, y poniéndoles á ellos casi en la miseria.

Lady Jane repetia escrupulosamente á sir Pitt todas estas palabras, que aumentaban la impresion favorable que tenia ya de Rebeca.

En tanto que Rebeca llegaba así á sus fines, que Pitt Crawley tomaba las disposiciones necesarias para la celebracion de los funerales, y que lady Jane se ocupaba de los niños, cuando los dejaba libres su madre, el cuerpo del difunto Sr. de Crawley-la-reina yacia estendido en un lecho de aparato en el aposento que habia ocupado en vida; cerca de esos despojos mortales habia mercenarios que pagaban para ese servicio.

Los funerales fueron ostentosos; toda la familia del difunto iba en coches de luto, y seguia la servidumbre y un número infinito de convidados.

Terminada la ceremonia, los coches volvieron por el camino que habian llevado; los labradores montaron en sus caballos con direccion á sus tierras, los carruajes de los señores vecinos se fueron á sus casas, y los hombres del servicio fúnebre recogieron sus colgaduras y sus terciopelos. Cada una de aque-

Las fisonomías tristes recobró su expresión natural en cuanto los caballos pasaron otra vez la verja del parque.

La caza era muy abundante en los bosques de Crawley, y sabido es que la caza de la perdiz es un recreo apetecido por todo noble inglés que tiene pretensiones políticas. De este modo pues, en cuanto sir Pitt hubo pasado los primeros trasportes de dolor, salió con un sombrero blanco guarnecido de crespones, á fin de distraerse de las negras ideas que le consumían. Veía con una alegría secreta y un gozo interior aquellos campos que eran suyos. A veces Rawdon le acompañaba, pues se interesaba mucho en todos los detalles de la producción de aquellos dominios.

Así pasaban los días los habitantes del palacio; las niñas de sir Pitt recibían todas las mañanas de Rebeca una lección de piano, y después del almuerzo se daban un paseo por el parque. Por la noche Rebeca tocaba el piano ó bordaba delante de la familia reunida. Al verla se habría dicho que no había conocido jamás otro modo de vivir, y que debía continuar de esa manera hasta su vejez; parecía que al otro lado del parque no la esperaban ya los cuidados, las intrigas, los expedientes, la pobreza y los acreedores. Para sí decía que aquella existencia era muy fácil, y que se encargaría de ser una señora con una renta de cinco mil libras esterlinas.

Durante su residencia en Crawley-la-reina, Re-  
COLEC. DE NOVELAS.—TOM. II.—37

beca logró con sus maniobras y sus intrigas conquistarse amistades entre todas las personas que se acercaban á ella.

Lady Jane y su marido se despidieron de ella con mucho dolor, y se separaron prometiéndose que se verían muy pronto, así que se concluyeran las reparaciones que se hacían en el hotel de Great-Gaunt-Street.

## XLI.

### **Noticias de la familia Osborne.**

Hace tiempo que no tenemos noticia alguna de nuestro respetable amigo M. Osborne de Russell-Square. Desde que le hemos dejado no se dulcificó su carácter, y había motivos para que fuera así, pues parece que todo se encaminaba á contrariar sus deseos. La menor resistencia le había exasperado siempre, y ahora, la edad, la gota, el abandono y la ruina de sus esperanzas habían acabado de exasperarle. Sus cabellos se habían puesto canos; su rostro estaba descompuesto, su mano temblaba, sus oficinas eran un infierno para sus empleados, y en su casa no era por cierto mas tolerable.

Rebeca, que suplicaba al cielo con tanto fervor que la enviara la fortuna, no habría cambiado su pobreza y los azares de su vida por el dinero de M. Osborne acompañado de los tormentos que sufría.



Habia pedido para sí la mano de miss Swartz, y los tutores de ésta le habían contestado con una negativa humillante. El viejo Osborne habría consentido en casarse con la última mujer del mundo para que fuera el blanco de su ira; pero como nadie quería aceptar ese papel, pegó con la hija que le quedaba, por no haber encontrado un marido. Su víctima tenía un carruaje espléndido, magníficos caballos, y ocupaba el puesto de honor en una mesa soberbia; podía tomar dinero á manos llenas; en fin, se hallaba rodeada de todos los bomenajes propios de una heredera rica, y á pesar de todo, no había una vida mas triste que la suya.

Federico Bullock se había casado con María Osborne, no sin haber disputado mucho con el padre en la cuestión del dote. Ya que Jorge había muerto y estaba rayado en el testamento, quería que el padre asegurase á la hija la mitad de su fortuna; á esto respondía M. Osborne que él había consentido en tomar á su hija con veinte mil libras esterlinas, y que no daría nada mas; todo lo que añadiría sería su bendición, y si esto no le bastaba podía buscar novia en otra parte.

Federico hubo de contentarse, y se celebró la boda; los jóvenes esposos tuvieron un hotel no lejos de Berkeley-Square y una casa de campo en Roehampton, donde se reúne la gente financiera. María entró en un círculo de relaciones muy estenso, y comprendió que el cuidado de su dignidad y los nombres que figuraban en la lista de sus visitas,

la imponían el deber de hacer olvidar su origen lo mas pronto posible, y en su consecuencia no ver muy á menudo á su familia.

Mientras María pasaba su vida en las grandezas, su hermana se consumía sola en casa de su padre. A las cinco, M. Osborne llegaba á comer, y se sentaba silenciosamente con su hija. Dos veces por mes Osborne recibía á varios amigos de su edad y condicion, tan poco divertidos como él.

Las señoritas Dobbin habitaban en su hermosa casa de campo de Denmark-Hill, donde iba á recoger uvas el niño Jorge Osborne. Las señoritas Dobbin visitaban á Amelia, sin duda porque su hermano se lo recomendaba en sus cartas constantemente. El mayor pensaba que un día ú otro, Osborne se ablandaría y llegaría á reconocer por heredero al hijo de Jorge. Las señoritas Dobbin tenían á miss Osborne al corriente de los asuntos de Amelia; por ellas sabía miss Jane los detalles de la existencia de la viuda con su padre y su madre, y conocía la deplorable situación en que se hallaba la familia. Las señoritas se sorprendían todas de que hombres como el mayor y el capitán Osborne se hubiesen enamorado de una criatura tan insignificante como Amelia. En cuanto á su hijo era para ellas un demonio.

Pero no hay una mujer cuyo corazón deje de ser accesible á las gracias amables de la infancia. Amelia, cediendo una vez á los ruegos de las señoritas Dobbin, permitió que su niño pasara el día con

ellas, y entretanto empleó el tiempo en escribir al mayor Dobbin. Le felicitó por las buenas noticias que sobre él la habían dado sus hermanas, le envió sus votos por su felicidad y la de la mujer que había elegido, y le dió gracias por tantas y tantas pruebas de amistad como le debía.

También le habló mucho de Jorge, y terminaba su carta firmando: *Su afectuosa amiga, Amelia Osborne*. Por un olvido extraordinario nada decía para lady O'Doow, cuya hermana designaba con estas palabras: "la novia del mayor," y dirigía al cielo fervientes plegarias en favor de su dicha conyugal. La noticia de este matrimonio la dió margen para dejar á un lado la reserva que había observado siempre con el mayor, y aprovechaba la ocasión para manifestarle cuán grande era la amistad que le profesaba.

Jorge volvió á casa muy alegre trayendo al cuello una bonita cadena de oro con un reloj. Contó á su madre que le había hecho aquel regalo una señora anciana y muy feá, que al mismo tiempo le había besado mucho.

Un secreto movimiento de terror hizo estremecer á la madre; Amelia tuvo los presentimientos más tristes al saber que su hijo había visto á alguien de la familia Osborne.

Miss Osborne, pues era ella, se fué á la hora de la comida. El anciano había hecho aquel día un buen negocio, y así es que estaba de buen humor,

lo que contribuyó á que notara el aire meditabundo de su hija.

—¿Qué hay, miss Osborne? la preguntó.

Miss Osborne prorumpió en sollozos.

—¡Ah! exclamó, he visto al niño; es *su* retrato, hermoso como un ángel.

El anciano, colocado enfrente de ella, no respondió; se puso muy encarnado, y un temblor recorrió todos sus miembros.

## XLII.

### En países lejanos.

Preciso es que el lector se transporte ahora con nosotros á muchas leguas del país que hasta ahora ha servido de teatro á los acontecimientos de esta historia. Atravesando los mares nos hallamos en las posesiones inglesas de la India, en la estación militar de Pumdlegange. Aquí están nuestros antiguos amigos del famoso regimiento, hoy bajo las órdenes del coronel sir Miguel O'Doow. Los años no habían maltratado mucho á este robusto oficial, lo que sucede siempre con los hombres de un estómago sólido, de buen carácter y de una quietud de espíritu que no podrian turbar las operaciones intelectuales.

Beggy O'Doow, la heredera de los Maloneys, es

siempre la misma; es el granadero de las mujeres de su regimiento. En cuanto al mayor, si no se ha casado aún, no ha sido por culpa de mistress O' Doow, quien decidió en su sabiduría que Glorvina sería la esposa de nuestro amigo Dobbin, y no ha descuidado nada para realizar el proyecto matrimonial.

Con efecto, ¿Glorvina no correspondía perfectamente á las pretensiones que podía tener el mayor? ¿No era una hermosa muchacha de colores muy vivos, cabellos de ébano, ojos celestes; no era una amazona intrépida capaz de hacer la felicidad de Dobbin?

Antes de dirigirse al mayor, Glorvina se habia dirigido á otros solteros del regimiento; pero ninguno habia caído en el lazo. Ahora las dos mujeres se habian puesto de acuerdo, y sometieron á Dobbin á un sitio en toda regla. Glorvina le cantaba baladas melancólicas y le tomaba el brazo para pasearse con él por las alamedas mas sombrías. Su voz era tan suave y sus ademanes tan pintorescos, que el hombre menos sensible habria sucumbido.

Pero todas las astucias y maniobras no producian el menor efecto en el impasible Dobbin, que conservaba toda su sangre fría. Nada podia conmover al mayor; el pensamiento de una sola mujer ocupaba su espíritu, y esa mujer no era miss Glorvina O' Doow, á pesar de su vestido de raso color de rosa. Era la cándida y modesta criatura vestida de negro,

que solo hablaba cuando la dirigian la palabra, y cuya voz no se parecia á la de Glorvina; era la terna madre sentada al lado de la cuna de su hijo, invitando al mayor con una sonrisa, á que contemplara con ella aquel tesoro de su cariño. Esta imágen no se separaba del mayor; le acompañaba por todas partes de dia, y le seguia en sus sueños. Aunque el mayor no cansara ni al público ni á sus amigos con las confidencias de su amor, y aunque no hubiera perdido las ganas de comer y beber, sus sentimientos no habian cambiado ni envejecido, y en tanto que crecia en edad y que ya se podian distinguir algunos hilos de plata en su cabellera, su amor conservaba toda la savia y toda la frescura que guardan en el corazon del hombre los recuerdos juveniles.

Mistress Osborne, como hemos dicho ya, escribió al mayor para felicitarle por su próximo matrimonio con miss O'Doow.

“Vuestra hermana, le decia Amelia, ha tenido la bondad de comunicarme *la feliz noticia del suceso*, por el cual aceptaréis mis *felicitaciones mas sinceras*. No dudo que la jóven con quien vais á *unir* vuestra vida, será, bajo todas conceptos, digna de ser la esposa de un hombre tan bueno como vos. ¿Qué puede ofreceros una pobre viuda, sino las plegarias y los votos que forma en lo mas íntimo de su alma por vuestra *prosperidad*? Jorge envia muchos besos á su *querido padrino*, y se promete que no le olvidaréis. Le he dicho que íbais á contraer *nuevos la-*

zos con una persona que merece sin duda todo vuestro cariño; pero aunque esos lazos sean los primeros y los mas sagrados, muy superiores á *todos los demas*, estoy segura, sin embargo, de que la viuda y el huérfano de quienes habeis sido hasta aquí amigo y protector, continuarán *teniendo un puestecito en vuestro corazon.*"

Toda la carta estaba en el mismo tono, y tenia en cada línea, como si dejéramos la señal del júbilo de la persona que la habia escrito.

Dobbin la abrió antes que ninguna otra de las que le llegaron por aquel correo; pero le produjo tan mala impresion, que al concluir su lectura aborrecia á Glorvina con su vestido de color de rosa, y con todo lo que á ella tocaba de cerca ó de lejos. Aquel dia estuvo de un humor infernal.

—¡Amelia, se decia, Amelia! ¿cómo podeis reconvenirme á mí, que os he sido siempre fiel? Si hubierais querido corresponder á los sentimientos que me habeis inspirado, no llevaria yo una existencia miserable. ¿No hallais otras recompensas por tanto cariño y fidelidad que esas felicitaciones sobre mi boda?

¡Ah! El pobre William estaba entonces bien apesadumbrado y bien triste; más que nunca sufría las torturas de su aislamiento. Habria querido acabar con la vida, con las vanidades y las decepciones de que está sembrada; tan desesperada y dolorosa le parecia la lucha, tan sombrío se le presentaba el horizonte.

Pasó la noche en un insomnio cruel, sin saber si se decidiría á marchar á Inglaterra. Fidelidad, amor, constancia, nada habia enternecido el insensible corazón de Amelia, y parecia que para no ver tanto amor se empeñaba en cerrar los ojos.

Amelia se habria compadecido de él si le hubiera visto en el estado en que se hallaba. El mayor creyó hallar un consuelo volviendo á leer las cartas de Amelia; pero todas ellas rebosaban una frialdad que no dejaba lugar ninguno á la esperanza.

Pocos dias despues lady O'Doow y las mujeres de los demas oficiales del regimiento real dieron un baile á los regimientos de la compañía de las Indias, y á los funcionarios civiles. Glorvina se presentó en la fiesta en medio de las pompas deslumbradoras de su vestido de raso color de rosa, traje que debia dar el golpe decisivo; el mayor andaba al acaso por los salones del baile, y no habria podido decir al otro dia qué clase de vestido llevaba la dama. Glorvina estaba furiosa.

En tanto que el mayor prolongaba así el suplicio de esa desgraciada, llegó otro buque de Europa con cartas, entre las cuales habia una para aquel hombre de corazón de piedra. El sello que traia era de fecha anterior al de las cartas llegadas por el correo precedente.

El mensaje era de la hermana de Dobbin, y contenia entre otras cosas el siguiente párrafo:

“Ayer he visto á mistress Osborne y su familia.



Ya sabéis que habitan en una casa muy pobre; M. Sedley ha puesto en la puerta del cuarto una placa que indica que se halla entregado al comercio del carbon. Jorge, vuestro ahijado, es un niño precioso, aunque muy testarudo en sus cosas. Nos ocupamos de él por cumplir vuestro deseo, y le hemos presentado á su tia miss Osborne que le ha visto con placer. Su abuelo, M. Osborne, que está muy acabado, parece quiere ablandarse con el niño; Amelia se le entregaria muy gustosa. Ya principia á consolarse de la muerte de su marido, y dentro de poco debe contraer matrimonio con el reverendo M. Binney, ministro en Brompton. Es una triste boda, pero mistress Osborne comienza á tener canas."

Un instante despues de haber leído este párrafo, Dobbin pedia al coronel O'Doow un permiso para marchar á Inglaterra.

31

### XLIII.

#### **Entre Londres y el Hampshire.**

El palacio de los Crawley, situado en Great-Gaun-Street, vió de nuevo brillar en su fachada el escudo de la familia, en señal de luto y como testimonio del dolor que causaba la muerte de sir Pitt

N.E.T. 31. Párrafo en el que se resume la despedida de William Dobbin del coronel O'Dowd. Rodríguez Espinosa, M. (2007) op. cit., pág. 144. Vid. N.E.T. 15, 22 y 29.

Crawley; no obstante, el palacio se habia restaurado de tal modo que era entonces el mas bonito de los que habia en el barrio.

Los arreglos interiores habian sido dirigidos por mistress Rawdon Crawley, que tenia para ello plenos poderes de sir Pitt; estas reparaciones se habian decidido despues de un viaje que hizo sir Pitt á Lóndres. Cuando llegó se apeó en una fonda; pero instruida de ello Rebeca corrió á buscarle, y una hora despues le introducía en triunfo en su domicilio. ¿Cómo rehusar una hospitalidad ofrecida con tanta franqueza por aquella amable criatura? Rebeca tomó la mano de Pitt y la estrechó muy agradecida cuando hubo aceptado su proposición.

—Gracias, le dijo ella clavándole una mirada que le hizo sonrojar; Rawdon se va á poner alegre.

Quiso asegurarse de que nada faltaba en el cuarto de sir Pitt y cuidaba de todo con esmero; cantaba para distraerle y ponía una atención constante en que no faltaran en la mesa los manjares y los vinos que á él le gustaban.

El momento de la despedida fué triste y doloroso; Rebeca le hacía graciosas señales con la mano en tanto que el coche se alejaba, y él agitaba su pañuelo. Otra ocasión tuvo ella aquí para hacer creer que derramaba lágrimas; si no las derramó, al menos enjugó sus ojos. En cuanto el baron perdió de vista á tan adorable criatura, se puso á reflexionar que le habia tratado con las mayores atenciones; que Rawdon era un imbécil, porque ignora

ba lo que valia su mujer, y que su esposa era una necia en comparacion de la seductora Rebeca.

Antes de la salida de sir Pitt, se habia convenido en que las dos familias se reunirian para celebrar las pascuas.

—¿Cómo no le habeis sacado algo de dinero? dijo Rawdon á su mujer; el pobre Ragless, nuestro casero, lo necesita y lo pide.

—Decidle, respondió Rebeca, que una vez arreglados los asuntos de Pitt se pagarán todas las deudas. Entretanto dadle este billete que ha dejado Pitt para su sobrino.

Debemos confesar, que Rebeca habia sondeado el terreno; pero debió detenerse á los primeros pasos en esa exploracion delicada. Efectivamente, la menor alusion á sus apuros bastaba para oscurecer la frente de sir Pitt; se estendia en largos discursos sobre el estado de penuria en que se hallaba él, y clamaba contra la inexactitud de sus labradores.

Pitt presumia que debia estar muy mal la familia de su hermano; y experimentaba un remordimiento secreto al pensar que él se habia llevado el dinero que, segun todas las previsiones, le habria debido tocar á Rawdon. La equidad le decia que debia ofrecer algun desquite al desheredado; pero tales restituciones son penosas de hacer, y un hombre de órden no se decide á abrir en su capital tales brechas. Se puede derrochar el dinero para hacerse una reputacion de generosidad, para procu-

rarse todos los placeres imaginables, como palco en la Opera, caballos, grandes banquetes y aun tambien la satisfaccion de la caridad, con tal de que se haga en público; pero al mismo tiempo se regateará el valor de las cosas mas ínfimas y se negará un óbolo á un pariente en la desgracia. En consecuencia de estas disposiciones peculiares á toda la humanidad, sir Pitt reconocia sí que debia hacer algo por su hermano, pero aplazaba para otro tiempo el cuidado de ocuparse del asunto.

Rebeca, por su parte, sabia lo que se debe creer acerca de los instintos generosos del prójimo, y se hallaba ya muy satisfecha de sir Pitt, que la habia tratado con muchas consideraciones; si ahora no la daba nada, en adelante la procuraria á lo menos crédito, que vale tanto como el dinero. Ragless, testigo de la buena armonía que reinaba entre los dos hermanos, se mostraba ya menos exigente.

Entretanto el niño habia cumplido ocho años, y era una criatura de rostro franco y risueño, de ojos azules y animados, de corazon sensible y generoso. Pero á esa edad ya no queria á nadie mas que á su padre. Su madre apenas le dirigia la palabra, le habia tomado odio; el niño habia tenido el sarampion, y esto habia bastado para hacerla aborrecer la maternidad.

Una vez habia bajado de su buhardilla atraido por la voz de su madre, que cantaba para distraer á lord Steyne. El niño se llegó de puntillas hasta la puerta del salon; pero de repente se abrió la puer-

ta y quedó descubierto el hermoso espía que escuchaba estasiado.

Su madre se lanzó á él y le administró dos ó tres bofetones, acompañados de las risas del marqués, que se divirtió mucho con esta escena. El pobre niño se fué con sus amigos de la cocina á ocultar allí sus lágrimas y sollozos.

—¿Por qué no quiere la oiga cantar, decia la criatura con el corazon oprimido, cuando canta para ese viejo calvo que tiene unos dientes tan largos y tan feos?

Y cortaban sus palabras las explosiones de rabia y de dolor. La cocinera miraba á la doncella, y ésta miraba al cobero con aire malicioso. El severo y terrible tribunal que se reune en la cocina, y al que nada escapaba en ninguna casa del mundo, se hallaba reunido en aquel momento para juzgar á Rebeca.

Despues de esta aventura, la aversion de la madre por el hijo se cambió en profundo aborrecimiento. Su presencia en la casa era su suplicio, pues manifestaba su indiferencia maternal, y naturalmente el corazon del niño se llenó de desconfianza, de temores y de espíritu de rebeldía. Desde el dia de los bofetones, una antipatía profunda se estableció entre el hijo y la madre, que debia crecer mas y mas en lo sucesivo.

Lord Steyne tampoco queria al niño; cuando le encontraba le hacia un gesto ó alguna amenaza, y el niño se plantaba delante de él y hasta se atre-

via á mostrarle el puño por detras. Le miraba como á su enemigo. Un dia el lacayo le vió en la antesala pisoteando el sombrero de lord Steyne.

Algun tiempo despues, Rebeca asistió á una fiesta que daba milor, y el portero que estaba en su casilla, los criados que se cruzaban en el patio, los lacayos que repetian de salon en salon el nombre del coronel y de mistress Crawley, se hacian señales de inteligencia como personas bien enteradas. Terrible cosa es ese tribunal de los criados, tribunal que juzga sin apelacion, y que habia dado contra Rebeca una sentencia inflexible.

Más diremos: aun cuando hubiesen creido en la inocencia de Rebeca, su reputacion no se habria hallado menos comprometida. Cuando se veian brillar hasta más de las doce de la noche los faroles del carruaje de lord Steyne á la puerta de la casa de Rawdon, esto acusaba á Rebeca mucho mas que sus coqueterías y sus intrigas.

Nos complacemos en creer, que sin perjuicio ninguno de su virtud Rebeca se afanaba mucho por conquistar lo que llaman una posicion social; pero no es menos cierto que los criados la habian juzgado como hemos dicho ya, y que se encontraba bajo el peso de esa suposicion terrible.

Un dia ó dos antes de Navidad, Rebeca salió con su marido para pasar las Pascuas en Crawley-larrema. Con gusto habria dejado al niño en Lóndres sin las vivas instancias de lady Jane y las recom-

venciones de Rawdon, que la echaba en cara el poco amor que tenía á su hijo.

Era ya de noche cuando llegaron á Mudbury; el niño fué trasportado medio dormido al carruaje de sir Pitt, que allí les esperaba. Miraba con ojos atóntitos las verjas de hierro que rechinaban sobre sus goznes para dejar paso al carruaje, y las columnas blancas coronadas con la paloma y la serpiente.

El coche se detuvo al fin delante del peristilo del palacio que brillaba con un aire de fiesta en honor de la Navidad. La puerta principal se abrió para los recién llegados; una hermosa hoguera ardía en la chimenea, y una alfombra cubría el pavimento.

—Es la alfombra de Turquía que estuvo en la galería, decía Rebeca dando un abrazo á lady Jane.

Luego cambió con sir Pitt un saludo muy grave; en cuanto á Rawdon, que habia fumado mucho en el camino, se quedó á cierta distancia de lady Jane, cuyos niños se habian acercado á su primo. Matilde le habia tomado ya la mano despues de haberle dado un beso, y Pitt Binkie, heredero presuntivo de la casa, estaba plantado enfrente de él y le miraba con descao.

La dueña de la casa llevó á sus huéspedes á los aposentos que les habian preparado

Las señoritas Crawley no tardaron en entrar en el cuarto de Rebeca, bajo pretesto de ofrecerla sus servicios, pero con el fin de ver lo que traía en sus cofres. Estas niñas pusieron á Rebeca al corriente de todas las mejoras introducidas en el palacio, la

noticiaron la marcha de la condesa, y la hablaron de la popularidad de sir Pitt, y de otras muchas cosas.

En esto se oyó la campana y la familia se reunió en el comedor. El niño Rawdon fué colocado junto á su tío, quien puso á su derecha á Rebeca, á la cual manifestaba atenciones particulares.

El niño Rawdon comió de todo con el mejor apetito y con la gravedad de un hombre.

—Me gusta mucho comer aquí, dijo sonriendo á su tía despues de la comida.

—¿Y por qué? preguntó la amable lady Jane.

—Porque en casa como en la cocina ó con Briggs, respondió el niño Rawdon.

Rebeca estaba demasiado ocupada en cumplimentar al baron sobre la hermosura, el talento y la viveza del niño Pitt Binkie, admitido á la mesa á los postres y sentado al lado de sir Pitt, para oír las justas quejas de su hijo.

Los dos hermanos ocuparon muchas mañanas en examinar los cambios que la economía y la inteligencia de los negocios habia sugerido á sir Pitt. Cuando pasaban esta revista, á pié ó á caballo, hablaban de las diferentes cosas que les interesaban á los dos. Pitt tenia cuidado de repetir á menudo que aquellas obras le habian costado mucho dinero, que habia debido tomar prestado, y que un hacendado no puede disponer á veces de veinte libras.



XLIV.

**Entre el Hampshire y Londres.**

Pitt Crawley no se habia limitado á restaurar sus nuevos dominios, sino que habia pensado en restablecer la popularidad de su nombre y en levantar la reputacion de los Crawley, hundida por la conducta vergonzosa del viejo réprobo á quien sucedia.

Poco despues de la muerte de su padre, sir Pitt fué nombrado diputado por todos los electores de su aldea, é hizo mil esfuerzos por llenar dignamente su cometido.

Con gran sentimiento de la condesa manifestaba cada dia tendencias mas anglicanas; ¡qué suplicio era para ella el verle en un camino tan opuesto al verdadero espíritu de Dios! Pero peor fué aún cuando al regreso de una ceremonia religiosa que tuvo lugar en Winchester, el baron anunció á sus jóvenes hermanas que al año siguiente las llevaria á los bailes del condado. Le habian saltado al cuello de júbilo; en cuanto á lady Jane, se felicitaba de su papel de sumision para obedecer ahora. La condesa huyó á su casa de Brighton, sin que su marcha fuera muy sentida.

Rebeca tampoco lo sintió mucho; sin embargo,

escribió á milady una carta respetuosa en que la hablaba de la viva impresion que sus conferencias con ella en su visita anterior habian dejado en su ánimo, y la aseguraba que todo en Crawley-la-reina la recordaba á su amiga ausente.

Los cambios que se podian notar en la conducta de sir Pitt, y que eran tan provechosos para su popularidad, se debían en gran parte á los consejos de la astuta Rebeca.

—No, sir Pitt, le decia cuando estaba en Londres, no os sepultaréis en el campo; acordaos de lo que os digo, necesitais una posicion mas elevada. Os hablo como una persona que posee el secreto de vuestra ambicion mejor que vos mismo, que sabe apreciar vuestros talentos. En vano quereis ocultarlos; se manifiestan á todo el que os trata como yo. He enseñado á lord Steyne vuestro folleto sobre los cereales; ya le conocia á fondo, y me ha dicho que el consejo de ministros estaba unánime en considerarle como el trabajo mas detenido y mas completo de todo lo que se ha escrito sobre el asunto. El ministro tiene los ojos fijos en vos, y sé que desea veros tomar parte en los negocios; vuestro lugar está marcado en el parlamento, pasais por el hombre mas elocuente de Inglaterra, y no se han olvidado aún vuestros discursos de Oxford. He penetrado los secretos de vuestro corazon, sir Pitt, y si mi marido tuviera vuestra inteligencia como tiene vuestro nombre, estoy segura de que habria sabido yo hacerme digna de él; pero, añadía con una

sonrisa, soy al menos vuestra hermana política, y á pesar de la humildad de mi posición os miro con un interés muy grande. ¿Quién sabe si el ratoncillo no podrá servir un día al león?

Estas palabras dejaban á sir Pitt penetrado de admiración y entusiasmo.

—Hé aquí una mujer que me comprende, decía para sí; la mía no habría abierto el folleto sobre los cereales. . . . ¿qué sabe ella de mi ambición y mis talentos? ¡Ah! ¿conque se recuerdan mis discursos de Oxford? . . . porque dispongo de un distrito y tengo un puesto en el parlamento se empieza á pensar en mí; corriente, señores, pronto tendréis noticias mías.

Ahora se comprenderá por qué nuestro diplomático se mostraba tan afable, tan asiduo á los servicios religiosos y á las reuniones de beneficencia, tan dispuesto á dar comidas, tan político con los labradores en los días de mercado, tan preocupado con los asuntos del condado, y por qué en fin, en las fiestas de Pascuas el palacio ofrecía el aspecto mas animado.

Se aprovechó la solemnidad para reunir á toda la familia; los Crawley del rectorado fueron convidados por sir Pitt. Rebeca trató con mucha franqueza á mistress Bute, como si nunca hubiera terciado la menor desavenencia entre las dos mujeres. Se ocupó de sus niñas con el mayor interés, y se mostró maravillada de los progresos que habían hecho en la música; naturalmente mistress Bute ha-

bo de demostrar muchas atenciones á la aventurera, aunque reservándose el criticar despues con sus hijas la ridícula deferencia que sir Pitt la manifestaba.

Jim, sentado á la mesa á su lado, declaró que era una mujer encantadora, y toda la familia del rector convino en que el niño Rawdon era un ángel. Respetaban en él al heredero eventual del título de baron; pues el pequeño Pitt Binkie era un muchacho enfermizo.

Pronto los niños se hicieron muy amigos. Lady Jane los colmaba de caricias. Notando Rebeca que la ternura maternal estaba muy de moda en el palacio, llamó una noche á su hijo, le tomó en brazos, y le dió un beso delante de todo el mundo.

Sorprendido con tal demostracion, el niño comenzó á temblar, á enrojecer y á mirar á su madre, como hacia siempre que estaba muy conmovido.

—Nunca me besais cuando estamos en casa, la dijo.

Á esta observacion siguió un silencio profundo. Todos conocieron la verdad, y Rebeca lanzó al niño una mirada, en que no rebosaba la ternura.

Rawdon agradecia mucho á lady Jane el cariño que mostraba al niño. Esta vez no hubo entre las relaciones de lady Jane y de Rebeca, aquella amistad y aquel abandono que pudieron notarse en la primera visita de Rebeca, cuando ésta se esforzó por conciliarse la buena amistad de todos. Las re-

flexiones del niño Rawdon habian enfriado la intimidad de las dos mujeres; quizá tambien sir Pitt demostraba demasiadas atenciones á la aventurera.

Antes de concluidas las fiestas, el baron habia tomado la resolucion heroica de dar á su hermano otra carta-orden contra sus banqueros. El regalo se elevaba á cien libras esterlinas. En el primer momento este acto de generosidad le costó mucho á sir Pitt; pero luego sintió una dulce satisfaccion con la idea de que era el mas liberal de todos los hombres.

Rawdon y su hijo se despidieron con mucho dolor; las damas casi se alegraron de separarse. Rebecca fué á entregarse de nuevo en Lóndres á las ocupaciones en que la hallamos al principio del capítulo anterior; gracias á su activa vigilancia el palacio de los Crawley en Great-Gaun-Street se rejuveneció y se halló dispuesto á recibir á sir Pitt y á su familia cuando el baron llegó á la capital para llenar sus deberes parlamentarios, y tomar en el pais la elevada posicion á que le destinaba su genio vastísimo.

En el curso de la primera legislatura, este veterano de la diplomacia no dejó traslucir nada de sus proyectos, y solo abrió los labios para presentar una peticion de los habitantes de Mudbury; pero no faltaba nunca á las sesiones, como un hombre que quiere ponerse al corriente de la rutina y de los negocios de la cámara. En su casa leia todos los folletos que se publicaban. La pobre lady Jane

estaba en una angustia mortal, temia que su marido llegara á perder la salud por un exceso de trabajo. Pitt entabló relaciones con los ministros y los gefes de su partido, bien resuelto á figurar dentro de pocos años entre las notabilidades de la cámara.

El carácter suave y tímido de lady Jane habia inspirado á Rebeca un desprecio que apenas podia disimular. Su bondad constante y su sencillez causaban á nuestra amiga Rebeca; hasta su presencia la incomodaba.

Por esto las dos señoras trataban de verse poco, si no es cuando Rebeca necesitaba algun auxilio pecuniario. Se decian muchos cumplimientos, pero se evitaban cuanto podian.

En cuanto á sir Pitt, aunque sobrecargado de tareas, hallaba algunos instantes todos los dias para visitar á mistress Rawdon.

Antes de ir á una de sus primeras comidas oficiales, se arregló de modo que Rebeca pudiera verle con el uniforme y las insignias que llevaba cuando estaba en la carrera diplomática.

Rebeca le dijo que su uniforme le sentaba divinamente.

Sin embargo, apenas volvió la espalda, Rebeca trazó su caricatura que enseñó luego á lord Steyne. El noble lord se llevó el dibujo, maravillado de su parecido con el original. Habia dispensado á sir Pitt Crawley la honra de reconocerle en casa de Rebeca, y habia tratado del modo mas afable al

nuevo baron, miembro del parlamento. Pitt se quedó sorprendido al ver el ascendiente que ejercía Rebeca sobre el noble par.

Lord Steyne dijo al baron que no dudaba brillaría en la vida pública, y que se esperaba con impaciencia su primer discurso para juzgar de sus cualidades oratorias.

Great-Gaunt-Street se llama así por el nombre de un palacio de los lores Steyne situado en Gaunt-Square. Por causa de esta vecindad, milor esperaba que desde su llegada á Lóndres lady Steyne se apresuraria á entablar relaciones con lady Crawley. A los dos dias dejó su tarjeta en casa de su vecino, aunque las dos familias vivian hacia mas de un siglo en aquella vecindad sin que la una se acordara de que la otra existia.

En medio de estas intrigas, de estas reuniones elegantes de personas de talento y de nobles, Rawdon se encontraba mas aislado cada dia. Iba con mas frecuencia al club y comia mas á menudo fuera de casa, sin que nadie pensara en impedirselo. Tambien solia ir con su niño á Gaunt-Street, y pasaba con lady Jane y sus hijos todo el tiempo que sir Pitt estaba en la cámara de los comunes.

XLV.

**Vida de miserias y de pruebas.**

Nuestros amigos de Brompton festejaban igualmente las Pascuas, pero á su modo, es decir, de un modo bien triste.

De las cien libras de renta que formaban su modesto haber, la viuda de Osborne daba las tres cuartas partes á su padre y á su madre para cubrir sus gastos y los de su niño. Contando 120 libras que enviaba José, esas cuatro personas, servidas por una criada irlandesa, lograban pasar el año, y aun de tiempo en tiempo ofrecían una taza de té á sus amigos.

Mucha economía necesitaba tener la pobre viuda para poder pagar la escuela y los libros del niño. Jorge hizo rápidos progresos en la escuela que dirigía el reverendo M. Binney, el amigo y fiel admirador de su madre. Continuamente traía premios y testimonios de su aplicación. Por la noche contaba á su madre las mil historias de la escuela, y luego ella le ayudaba á escribir sus lecciones.

Tales eran los cuidados inocentes, las tranquilas ocupaciones de Amelia. Una ó dos canas en su cabeza, una ligera arruga que comenzaba á surcar aquella noble frente, eran las únicas señales de los



progresos del tiempo. Ella se sonreía con estos indicios de los años pasados.

—Eso nada puede importarle á una vieja como yo, decía.

Toda su ambicion era vivir bastante para ver á su hijo colmado de gloria y de honores como no podía menos de suceder. Conservaba preciosamente sus cuadernos, sus dibujos, sus composiciones, para que los vieran los amigos de la casa, como si tuvieran ya el sello del genio. Confió algunas de esas obras maestras á las señoritas Dobbin para que las enseñaran á miss Osborne, la tia de Jorge, que debía presentarlos á la vista de M. Osborne, á fin de arrancar al anciano algunos remordimientos por su exceso de severidad con el hombre que ya no existía.

En cuanto á ella, todas las faltas, todas las flaquezas culpables de su marido se hallaban envueltas con él en el sepulcro. Solo se acordaba del amante apasionado que se casó con ella á costa de tantos sacrificios; solo se acordaba del noble y valeroso guerrero que la había estrechado en sus brazos en el momento de marchar al campo de batalla donde fué á morir por su rey. Desde lo alto de los cielos el héroe debía sonreír al niño que había dejado en el mundo con ella para consolarla.

Ya hemos dicho que M. Osborne se hacía cada vez mas violento y estrambótico, y que su hija, con todo el dinero que deseaba para satisfacer sus caprichos, era la mujer mas infeliz del mundo. Muy

á menudo pensaba en el hijo de su hermano, encantadora vision que habia desaparecido como un sueño. Habria querido poder ir en carruaje á la casa donde estaba, y cuando daba todas las tardes su paseo solitario, miraba continuamente por las alamedas para ver si tenia la suerte de encontrarle.

Su hermana, la mujer del banquero, se dignaba visitarla de tiempo en tiempo, y llevaba en su compañía dos niños enfermizos confiados á una criada que se daba tono de gran señora. El niño Federico tenia ya su puesto marcado en los Horse-Guards; pero era preciso constituirle un mayorazgo, y M. Bullock pugnaba por comprar un dominio cualquiera. Además, habia que pensar en la niña.

—Cuento con vos, decia mistress Bullock á su hermana, pues lo que me toque de la fortuna de nuestro padre deberá pasar al heredero del nombre, como es costumbre. Decidle pues que ponga su dinero en nuestra casa; que no está bien lo tenga en otra parte.

Y despues de pronunciar estas palabras dictadas por la bajeza y la vanidad, mistress Bullock daba á su hermana un beso, y luego con sus niños se dirigia á su carruaje.

Las visitas de esta reina de la moda echaban á perder sus negocios en vez de mejorarlos. Cada vez su padre llevaba mas dinero á casa de sus banqueros.

Por otra parte, la pobre viuda, que en su humilde habitacion de Brompton cuidaba de su precioso

tesoro, no se podía imaginar cuánto le codiciaban.

El día en que Jane Osborne contó á su padre que habia visto á su nieto, el viejo no desplegó sus labios, pero no se encolerizó, y en el momento de separarse, dió las buenas noches á su hija con una voz un poco mas afectuosa que de costumbre.

Sin duda reflexionó mucho despues en el asunto, pues al cabo de dos semanas preguntó á Jane qué habia hecho del reloj frances y de la cadena que ordinariamente llevaba al cuello.

—Mio era el reloj, contestó Jane con cierta emoción, le compré con mi dinero.

—Pues anda á comprar otro mejor aún, dijo el anciano.

Y volvió á caer en su silencio de costumbre.

Las señoritas Dobbin redoblaban sus instancias con Amelia para que las enviara el niño mas á menudo. Su tia le queria en extremo, y su abuelo quizá viéndole se ablandaria. Amelia no debia contrariar las probabilidades tan favorables que se presentaban para su hijo.

No, seguramente; pero Amelia recibia todas esas esperanzas con un corazon desconfiado y receloso; las ausencias de su niño eran para ella un mal rato, y á su regreso le festejaba como si acabara de libertarse de un gran peligro.

Un dia Jorge contó á su madre que habia visto un viejo muy adusto, con un sombrero muy grande y una cadena de oro; que este señor le habia he-

cho contar su historia, y que entonces habia llorado su tia.

—Mi tia siempre está llorando, añadió Jorge.

Amelia se quedó convencida de que el niño habia visto á su abuelo, y desde aquel instante esperó con angustia la proposicion que se temia, y que efectivamente no tardó en llegar.

M. Osborne ofreció dejar al niño toda su fortuna, que habria debido heredar su padre, con tal de que viviera con él; ademas proponia una renta á Amelia, que la conservaria aunque se casara en segundas nupcias como ya se susurraba entonces. El abuelo dispondria del niño; pero se comprometia á enviarle de tiempo en tiempo á ver á su madre.

Estas proposiciones fueron entregadas á mistress Osborne en una carta.

Dos ó tres veces en toda su vida la suave Amelia se habia encolerizado; pero el agente de negocios de M. Osborne pudo ver lo que era en estos accesos. Cuando recorrió el papel que la habia traído M. Poe, se levantó en un estado de exaltacion nerviosa, y haciendo trizas la carta, exclamó:

—¡Yo, casarme! . . . . ¡Yo, vender mi hijo! . . . .  
¿Cómo pueden tener audacia para insultarme así? . . .  
Decid á M. Osborne que su carta es una infamia . . .  
una infamia . . . . . ¿lo oís? Esa es mi única respuesta.

Y haciendo un profundo saludo, se retiró del aposento dejando al mensajero estupefacto.

Sus padres, que no estaban en casa, no observa-

ron á su vuelta su turbacion, y jamas ella les dijo una palabra de lo que habia pasado.

Es verdad que ellos estaban preocupados con otros negocios en los que tomaba Amelia el mas vivo interes. M. Sedley seguia con su manía de especulaciones, y todas abortaban; M. Sedley profesaba el principio, de que los negocios de dinero no debian ser tratados delante de las mujeres, y así es que mistress Sedley y Amelia no recelaban las miserias que se acumulaban sobre sus cabezas hasta el momento en que el infeliz anciano se veia en la precision de declarárselas.

Los ínfimos gastos de la casa, que en un principio se habian pagado con regularidad todas las semanas, se fueron atrasando, y muy luego formaron un total espantoso. El viejo Sedley declaró, en fin, á su mujer, que le habian faltado los valores que esperaba; el carnicero y el tendero de comestibles estaban exasperados. Jorge se quejaba de las comidas. Amelia se habria contentado con un pedazo de pan; pero no podia soportar la idea de que su hijo careciera de alguna cosa, y le compraba golosinas con sus ahorros personales.

En suma, cada dia habia nuevos apuros. Una vez que Amelia acababa de cobrar su pension, pidió á sus padres que la dejaran algun dinero para pagar los nuevos vestidos que habia mandado hacer al niño; pero la contestaron que todavía no habian recibido los fondos de José, y que en la casa habia mucha miseria.

—Ya habriais debido notarlo, la dijo secamente su madre, si no estuvierais siempre á vueltas con vuestro hijo.

Amelia se calló, entregó todo su dinero á su madre, y se encerró en su cuarto, donde derramó un torrente de lágrimas. Mucho sufrió cuando aquel mismo día fué á decir que no hicieran ya los vestidos de su niño, que debieron ser estrenados por las fiestas de Navidad.

Cuando anunció á Jorge con un dolor acerbo esta resolución, el niño lanzó gritos desesperados. Todos sus compañeros estrenarian vestidos en las Pascuas y se burlarian de él; ella se los habia prometido y tenia que dárselos.

Por toda respuesta la pobre viuda le cubrió de besos. Luego la ocurrió una idea; quizá vendiendo algunas de las modestas joyas que poseia aún, podría procurarse los vestidos. La quedaba el pañuelo de la India que Dobbin la habia enviado. Sus mejillas recobraron sus colores, sus ojos brillaron de júbilo en cuanto hubo descubierto este recurso inesperado.

Tomó, pues, el pañuelo, y salió á venderle. Nada podía detener su marcha veloz, y los transeuntes se volvian sorprendidos al verla andar con tanta rapidez. Amelia calculaba ya el empleo del dinero que iba á recibir. Además de los vestidos, podría comprar los libros que al niño le hacian falta, y pagar el semestre de la pension; además compra-

ria á su padre un capote en reemplazo del viejo leviton que llevaba siempre.

No se habia engañado sobre el valor del regalo del mayor; el traficante hizo un buen negocio dando por el pañuelo veinte guineas.

Loca de alegría, se fué al instante con sus riquezas á una de las mejores librerías de Lóndres, donde hizo sus compras; en seguida se volvió á su casa y escribió en la primera página: *Dado á Jorge Osborne, el día de Navidad, por su afectuosa madre.*

Ella misma quiso poner los libros sobre la mesa de su hijo, á fin de que los hallara cuando volviera de la escuela; pero al salir de su cuarto se encontró en el corredor con su madre, que fijó los ojos en los cantos dorados de aquellos volúmenes encuadernados con lujo.

—¿Qué es eso? preguntó.

—Libros para Jorge, respondió Amelia titubeando. . . . se los habia prometido.

—¡Libros! exclamó la anciana con indignacion; ¡libros, cuando aquí no tenemos pan! ¡cuando he vendido todo lo que poseia para asegurar vuestro alimento y el de vuestro hijo, para evitar á vuestro padre la ignominia de ir á un encierro! . . . ¡Amelia! vuestra conducta me parte el corazon. . . . Hacedes desgraciado á vuestro hijo por no haber querido separaros de él. . . . José abandona á su padre en la vejez, y Jorge, que un dia podia ser rico. . . . va á la escuela con un reloj y una cadena de oro, en

tanto que vuestro padre no lleva un chelin en el bolsillo.

El discurso de mistress Sedley se acabó con sollozos y con lágrimas, que resonaron en toda la casa.

—¡Madre mia! ¡madre mia! exclamaba la pobre Amelia, no me habeis dicho una palabra de todo eso. . . . yo le habia prometido estos libros. . . . he vendido mi pañuelo. . . . aquí teneis el dinero, tomadlo todo. . . .

Y al mismo tiempo, con mano trémula, sacaba las preciosas monedas de oro que entregaba á su madre, de cuyas manos se escaparon algunas que rodaron por la escalera.

Amelia volvió á su cuarto, y allí se abandonó á la desesperacion mas violenta en presencia de su miseria, cuya estension conocia bien entonces. ¡Ah! veia que su egoismo causaba la ruina de su hijo. Con su obstinacion le privaba de la riqueza, de la educacion y del rango social á que le llamaba su nacimiento. Por ella el padre se habia precipitado en el abismo, y ahora hacia la desgracia del hijo. . . . terrible era esta realidad para su pobre corazon herido mortalmente.



XLVI.

**Gaunt-House.**

Sabido es que el hotel de lord Steyne, en Londres, se halla situado en Gaunt-Square, en esa plaza donde desemboca Great-Gaunt-Street, calle donde llevamos á Rebeca cuando fué en clase de institutriz á casa del baron hoy difunto.

Todo lo que conozco de ese vasto edificio es, su fachada con su gran puerta de hierro y sus columnas corroidas por los años. A veces aparece en el umbral la cara roja de un robusto conserje. Sobre el cercado se dibujan las buhardillas y las chimeneas, por las que apenas sale humo, y esto es porque lord Steyne pasa su vida en Nápoles, y prefiere las vistas del Vesuvio al siniestro aspecto de los muros de Gaunt-Square.

A veinte pasos de distancia en New-Gant-Square, existe una puertecilla falsa que da entrada á las caballerizas de Gaunt-House. Por allí se llega á los aposentos reservados de lord Steyne. Una de las piezas es toda de marfil y raso blanco, otra toda de ébano y terciopelo negro. Hay un comedor pintado por Cosway; y una cocina con batería de plata y asadores de oro. En ella Felipe Igualdad se divirtió en asar perdices cierta noche en que ganó al

juego cien mil libras esterlinas á un personaje célebre.

Lady María Caerlyon se educó en un convento de Paris donde tuvo por madrina á la delfina María Antonieta. En todo el brillo de su hermosura la casaron, ó mas bien la vendieron á lord Gaunt, con el cual habitó en Gaunt-House, y figuró durante algun tiempo, en la corte del príncipe de Galles.

Pero en breve renunció á los placeres y á los goces del mundo; despues del nacimiento de su segundo hijo consagró su vida á las austeras prácticas de la religion. Esto esplica cómo lord Steyne, aficionado cual ninguno á los placeres y á las locuras, no permaneció largo tiempo despues de su boda con una mujer sumergida siempre en las lágrimas y el silencio.

La diferencia de religion introducía en esta familia un terrible obstáculo á las expansiones que estrechan el cariño entre las madres y los hijos. El abismo que separaba á lady Gaunt de sus niños era inmenso; no podia tenderlos su débil mano para atraerlos á la creencia fuera de la cual no habia para ella salvacion. La pobre madre se prometia que al menos el menor, su favorito, acabaria por reconciliarse con la iglesia católica; pero, ¡ay! pruebas muy duras y crueles estaban reservadas á esta pobre mujer, que las aceptó como el justo castigo de haber dado su mano á un protestante. Almas menores caritativas suponian que habia en todo eso un

misterio y como la expiación de un amor desgraciado y culpable.

Lord Gaunt se casó con lady Blanca, hija de la noble familia de los Bareacres nombrada ya en el curso de esta historia. Un ala del edificio fué consagrada á los nuevos esposos, pues el gefe de la familia queria ejercer su autoridad soberanamente.

Con mucha desesperacion de lord Gaunt y para mayor satisfaccion de su enemigo natural, queremos decir de su padre, lady Gaunt no tuvo hijos. Por consiguiente pensaron en llamar á lord Jorge Gaunt que se ocupaba en Viena en bailes y en diplomacia, y le casaron con la honorable Juana, hija única del baron John Jones.

Los primeros tiempos de esta union fueron bastante dichosos. Se pensaba ya en hacer de él un ministro plenipotenciario, cuando de repente se dijeron cosas singulares acerca del secretario de embajada. En un gran banquete diplomático en casa de su embajador, se levantó exclamando que la comida estaba envenenada, y en un baile dado por el ministro de Baviera se presentó con la cabeza afeitada y los hábitos de capuchino, y sin embargo, no era aquel un baile de máscaras.

—Es estraño, decia la gente; los mismos síntomas se notaron en el abuelo; segun parece es cosa de raza.

Su mujer regresó á Inglaterra y se fijó en Gaunt-House. Lord Jorge abandonó su puesto diplomático en el continente, y poco despues se leyó en la

Gaceta su nombramiento para el Brasil; pero personas bien informadas dicen que este Brasil era para él una casa de locos.

Dos ó tres veces por semana, su madre, en expiacion de sus faltas, iba muy de mañana á ver al pobre idiota. A veces él se echaba á reir al verla, y su risa daba mas pena que sus gritos. En sus momentos lúcidos reconocia á su madre; pero regularmente fijaba en ella una mirada estraviada, y entonces se habria dicho que su madre se hallaba tan borrada de su recuerdo como su mujer, sus hijos, y sus proyectos de ambicion y de gloria.

Era esta una herencia misteriosa, una terrible trasmision de la sangre, y ya ese funesto mal habia revelado su presencia en muchos miembros de la familia. Esa raza antigua estaba herida en su orgullo como los Faraones en su primer vástago. El sello horroroso de la reprobacion y de la desgracia se hallaba estampado en el umbral de aquel edificio.

Lord Steyne se hallaba perseguido por esa idea siniestra. Trataba de rechazar el espantoso fantasma que le sitiaba, aturdiéndose con el vino y el ruido de la orgía. A veces lograba perder de vista esa vision terrible en medio de torbellinos de placer y de disipaciones mundanas; pero ¡vanos esfuerzos! el fantasma aparecia en cuanto estaba solo, y cada año tomaba un aspecto mas amenazador y mas terrible.

“He estendido mi mano sobre tu hijo, le decia;

¿por qué no te alcanzaré á tí? Mañana, si yo quiero, estarás en una cárcel como tu hijo Jorge. Mañana, si yo quiero, tendrás que despedirte de tus placeres y de tus dignidades, de tus amigos y de tus aduladores, de todos esos refinamientos de lujo que acumulas en tu derredor. Y en lugar de todo eso tendrás un calabozo como Jorge."

Y lord Steyne, sin saber cómo sustraerse á las amenazas de ese enemigo invisible, y gimiendo bajo el peso de aquella mano de hierro que tenía encima, trataba de combatirla con placeres continuos.

En su casa reinaba la opulencia, pero en vano se habria buscado la felicidad entre aquellos esplendores. Era el palacio donde se daban las mejores fiestas de Lóndres; pero era al mismo tiempo la casa en que habia menos satisfaccion interior. Nadie estaba allí contento, escepto los convidados á los banquetes. Quizá si no hubiera sido tan alto personaje, habrian huido su compañía; pero en la Feria de las Vanidades se reflexiona mucho antes de condenar á un hombre de una posicion tan elevada como la de lord Steyne. Todos podian escandalizarse interiormente del género de vida que llevaba milor; pero todos se apresuraban á aceptar cuando los convidaba.

Hasta el baron sir Pitt Crawley, el rígido observador de las reglas establecidas, el presidente de los meetings apostólicos, acudia presuroso á casa de lord Steyne.

XLVII.

**Grandezas sociales.**

Las consideraciones de Rebeca al jefe de la familia iban á encontrar al fin su recompensa. Rebeca estaba empeñada en figurar, y esto podía obtenerlo presentándose en la corte con vestido de cola, con plumas y diamantes. En cuanto el lord chambelan marca á una persona con el sello de la virtud, esa persona puede entrar sin cuidado en circulacion, pues la rodea un respeto unánime; como las mercancías en cuarentena que solo pueden salir regadas de vinagre aromático, así basta tambien que una mujer equívoca atraviese la atmósfera real para encontrarse purificada de todo principio deletéreo y nocivo.

Sir Pitt y su mujer hicieron el milagro.

El traje de corte que llevaba mistress Rawdon el dia de su presentacion en San James podria suministrar materia para una descripcion elegante. Su traje, que ahora pareceria ridículo, fué entonces la admiracion de la muchedumbre y la valió un gran triunfo. Hasta lady Jane tuvo que reconocer la superioridad del gusto de Rebeca.

—Querida mia, llevais una fortuna en vuestros

adornos, decía lady Jane mirando los encajes de Rebeca, de mucho mas valor que los suyos.

Estuvo para decirla que no comprendía cómo podía hacerse con tales cosas; pero se detuvo por no herirla.

Sin embargo, es probable que no habria estado tan prudente si hubiera sabido la historia misteriosa del vestido, que vamos á contar de esta manera: cuando mistress Rawdon tenia poderes de sir Pitt para arreglarlo todo en la casa, descubrió en unos armarios varios vestidos de brocado y muchos encajes que habian servido á las señoras difuntas, y hallándolos á su gusto se los llevó y los apropió á su persona.

—¿De dónde habeis sacado esos diamantes, Rebeca? le preguntó su marido admirando las pedrerías que brillaban con profusion en su garganta, y que él veia por la primera vez.

Rebeca se sonrojó, y Pitt Crawley se sonrojó tambien y se puso á mirar por la portezuela del coche. Pitt la habia dado una parte de aquellos brillantes, pero se habia olvidado de comunicárselo á su esposa.

Rebeca clavó los ojos en su marido, y luego en sir Pitt, con un aire insolente y triunfante, que parecia queria decir:

—Si quisiera engañaros, en mi mano está.

Pero luego se resolvió á contestar:

—Adivinadlo. ¿Dónde creéis que los he podido tomar? . . . En fin, ya que quereis saberlo, me los

ha alquilado M. Polonius. No imagináis sin duda, que todos los diamantes que van á la corte pertenecen á las personas que los llevan, como esas magníficas pedrerías de lady Jane, que tienen mucho mas valor que las que yo llevo.

—Son alhajas de familia, dijo sir Pitt que seguia confuso.

La conversacion continuó por el mismo estilo hasta que el coche se detuvo á la puerta del palacio, donde el soberano recibia á sus súbditos con muchas ceremonias.

Los diamantes no volvieron jamas á casa de M. Polonius, sino que fueron guardados en un escondite donde Rebeca tenia una porcion de objetos menudos, útiles ó preciosos, cuya existencia ignoraba completamente su marido. No saber nada, ó no saber mas que la mitad de las cosas; tal es el papel de casi todos los maridos, en tanto que el de las mujeres es el de ocultarles lo mas que pueden.

Rawdon ignoraba, pues, la historia de los pendientes y del collar que llevaba Rebeca; pero lord Steyne sabia muy bien el origen de aquellas joyas, y habria podido decir con seguridad quién las habia pagado.

No corresponde á una pluma tan débil como la nuestra el trazar las maravillas de la entrevista de Rebeca Crawley con su poderoso soberano. Un sentimiento de respeto nos prohíbe llevar nuestras miradas escudriñadoras á ese salon honrado con la



presencia del monarca. Pasemos pues rápidamente y en silencio ante tales ceremonias.

Lo cierto es, que después de esa entrevista no había en Londres un corazón más adicto á la persona del rey que el de Rebeca. Continuamente tenía el nombre del rey en los labios, y hablaba sin cesar de su exterior gracioso y benévolo.

Después de su presentación, lo más divertido era ver el aire que había tomado y el lenguaje que usaba.

Hasta entonces había estado en relaciones con muchas personas de una reputación equívoca; pero una vez en las filas de las mujeres virtuosas, rompió con ellas sus antiguas amistades.

Todos los periódicos analizaron el traje de Rebeca, que consistía en plumas, encajes y diamantes. Mistress Bute Crawley mandó comprar un número del *Morning Post*, y dió, en presencia de sus hijos, un libre curso á los generosos trasportes de su indignación.

Pocos días después de este gran suceso, la virtud de Rebeca recibió un nuevo homenaje. El coche de lady Steyne se detuvo delante de la puerta de M. Rawdon Crawley, y el lacayo, después de haber hecho temblar la casa con un aldabonazo terrible, entregó dos tarjetas, en las cuales se leían los nombres de la marquesa de Steyne y de la condesa de Gaunt. Nada diremos de la satisfacción de Rebeca al recibir los cartoncitos.

**¡Las tarjetas de lady Steyne y de lady Bareacres!**

N.E.T. 32. Párrafo en el que se condensa la repercusión social de la presencia de Rebecca Crawley en la recepción real. Rodríguez Espinosa, M. (2007) op. cit. pág. 144. Vid. N.E.T. 15, 22 y 29.

¡Rebeca marchaba á la par de toda la grandeza del reino!

Dos horas despues milor Steyne estaba en casa de Rebeca, y segun su costumbre se puso á inspeccionarlo todo.

Pasando esta revista vió las tarjetas de su mujer; al verlas se habria podido notar en su rostro una sonrisa desdeñosa que le era familiar cuantas veces descubria alguna pequeñez de la flaca naturaleza humana.

Rebeca no tardó en entrar vestida de ceremonia, como siempre que recibia á milor; no descuidaba en estas ocasiones ninguna de las coqueterías femeninas; delantales, pañuelos, chales y babuchas de tafilete, todo salia á relucir entonces, y sabia hacer con un arte estudiado toda clase de zalame-rías.

Al observar que lord Steyne miraba con ironía las tarjetas, no pudo menos de sonrojarse.

—Buenos dias, milor, le dijo; ya veis que las señoras han pasado por aquí. Os pido me disimuleis por haberos hecho esperar, estaba en la cocina.

—Lo sé, repuso lord Steyne.

—¿Cómo?

—Porque os ví por la reja cuando se paró el coche.

—Nada se os escapa, milor.

—Vamos, vamos, repuso sonriendo su interlocutor; esta vez confesaréis que tengo buena vista. ¡Hi-

pócrita! ¿creeis que no os he oido bajar la escalera? Apostaria á que estabais á vueltas con el colorette. . . . Hacedme el favor de llevar un poco á mi lady Gaunt, que está siempre tan pálida como una muerta.

—¿Es un crimen que quiera adornarme para recibiros? exclamó mistress Rawdon con voz doliente.

Y al mismo tiempo se pasaba el pañuelo por las mejillas para demostrar que, si estaban encarnadas, era por los colores del pudor y la inocencia. Sin embargo, no lo jurariamos, pues hay colorettes que no desaparecen con el roce del pañuelo, y que hasta resisten á las lágrimas.

—¿Conque os habeis empeñado en ser una señora de gran tono? preguntó lord Steyne; ¿no me dejaréis en paz hasta que os haya presentado en los círculos de la nobleza? ¡Insensata! ¡Cómo podeis brillar si no teneis un cuarto!

—Sacaréis un empleo para mi marido, dijo Rebecca con oportunidad.

—¡No teneis dinero y quereis luchar con los ricos! ¡Locura! . . . . Pero las mujeres son todas lo mismo; cada cual suspira y se atormenta por frustrerías. Está resuelto pues; quereis entrar en Gaunt-House, y yo tengo que abriros la puerta. . . . Muy bien; pero no creais que se divierte allí la gente como aquí; en cuanto hayais visto el espectáculo os entrará sueño. Mi mujer es tan alegre como una lady Macbeth, y mis hijos parecen estatuas sepul-

crales. Todas las noches tengo miedo al acostarme en lo que llaman mi alcoba; parece un gran catafalco con grandes fantasmas que parecen hechas para asustar al mas valiente. En fin, se os convidará para la semana próxima. . . . Pero, ¡cuidado con las mujeres!. . . . ¡estad alerta!

Muy largo era este discurso para un hombre del temple de lord Steyne; y sin embargo, ya habia pronunciado otros por el estilo aquel mismo dia, y todos á beneficio de Rebeca.

Briggs, sentada á una mesita de labor, alzaba los ojos al cielo de tiempo en tiempo, y lanzaba hondos suspiros oyendo tratar á su sexo con tal ligereza.

—Si no me quitais de ahí ese odioso cerbero, murmuró lord Steyne á media voz y designando á Briggs, me encargo de envenénarle.

—Mi perro come siempre en el mismo plato que yo, dijo Rebeca con una sonrisa maliciosa, como divirtiéndose con el aire furibundo de milor porque le incomodaba aquella compañía.

Por fin mistress Rawdon tuvo compasion de su adorador, y dijo á Briggs que aprovechara el buen tiempo para llevar á paseo á Jorge.

—Me es imposible despedirla, dijo Rebeca á lord Steyne cuando hubo salido Briggs, con una voz llena de tristeza.

Y al propio tiempo sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Veo lo que es, dijo el noble lord; la debeis salarios.

—¡Si no fuera mas que eso! dijo Rebeca bajando los ojos.

—¿Qué mas hay?

—Soy causa de su ruina.

—¡Ah! ¡Está arruinada! En ese caso debeis despedirla cuanto antes.

—Así obran los hombres, dijo Rebeca con una voz lamentable; pero las mujeres no tienen tan duro el corazón. El año último, cuando no habia una guinea en la casa, nos entregó todos sus ahorros. No saldrá de aquí sino el dia en que no podamos ya alimentarla, dia que quizá no está lejos, ó cuando la hayamos pagado.

—¿Y á cuánto asciende? preguntó el noble lord con una blasfemia espantosa.

Rebeca, reflexionando en la opulencia y generosidad de su interlocutor, le indicó el doble de la cantidad que habia tomado á Briggs.

A esta declaracion la ira de lord Steyne se manifestó con una espresion no menos enérgica que la precedente, y Rebeca, al oirle, bajó la cabeza y prorrumpió en sollozos.

—No hubo mas remedio, exclamó; no me atreví á decírselo á mi marido, y si lo supiera, me costaria la vida. Este secreto que acabais de arrancarme le habia ocultado hasta aquí á todo el mundo. ¡Ah! milor, ¿qué va á ser de mí?... ¡Cuán desgraciada soy!

Lord Steyne, por toda respuesta, se contentó con morderse las uñas; un instante después tomó su sombrero y salió precipitadamente.

Rebeca no dejó su actitud de mujer desgraciada y desolada, sino cuando la puerta se cerró y oyó que se alejaba el coche de lord Steyne. Entonces se levantó con una alegría de triunfo, y una expresión maliciosa brillaba en sus ojillos verdes.

Por último, la entró un gran acceso de risa que pudo calmar con mucho trabajo.

Aquella misma tarde entregaron á Rebeca los billetes de Gaunt-House. El uno era una esquila convidando á comer á Rebeca con lord y lady Steyne para el viernes próximo, y el otro era una carta-orden de lord Steyne contra sus banqueros Jones Brown y Robinson.

Diferentes veces, aquella noche Rebeca tuvo accesos de risa, que esplicó á Rawdon por el placer que experimentaba en penetrar en Gaunt-House; pero á la verdad, otra cosa fermentaba en aquella cabeza. ¿Debia pagar á Briggs y despedirla? ¿Debia pagar al casero? Con la cabeza en la almohada agitó sucesivamente todas esas cuestiones, y al otro dia, en tanto que Rawdon iba á su club, Rebeca fué á cobrar la letra. Una vez con el dinero en el bolsillo, se detuvo cerca de S. Pablo, para comprar un magnífico vestido negro de seda para Briggs, regalo que acompañó con un beso y con las palabras mas amables.

En seguida distribuyó algunas sumas entre el ca-

sero, el alquilador de coches, y una vez terminados estos negocios, guardó una parte del dinero que habia recibido en su escondite.

## XLVIII

### El banquete.

En la mañana en que Rebeca se entregaba á tales ocupaciones, lord Steyne, que ordinariamente solo veia á las señoras de la casa en los dias de recepcion, se presentó en sus habitaciones cuando estaban tomando té con los niños, y abogó valerosamente en favor de Rebeca.

—Milady Steyne, la dijo, enseñadme vuestra lista de invitaciones para la comida del viérnes. Está bien; ahora escribiréis una esquila para el coronel y mistress Crawley.

—Blanca, escribid, dijo lady Steyne sofocada; lady Gaunt, escribid. . . .

—No, jamas escribiré á esa mujer, respondió lady Gaunt levantando los ojos al cielo con orgullo, y bajándolos luego.

Difícil era en efecto sostener la mirada de lord Steyne cuando álguien le hacia resistencia.

—Que se lleven los niños, exclamó tirando del cordon de la campanilla.

Los pobres niños le tenían tanto miedo que se apresuraron á obedecer la órden.

Su madre se disponia á seguirlos.

—Podeis quedaros, la dijo entonces el inexorable déspota. Milady Steyne continuó, ¿quereis hacerme el favor de escribir esa esquila de convite para el viérnes?

—Yo no asistiré á esa comida, dijo lady Gaunt; me volveré con mis padres.

—No pido yo otra cosa, respondió lord Steyne, pero cuidado con venir mas á esta casa. En Bareares encontraréis una sociedad muy agradable de alguaciles y guardas del comercio, y así me veré libre de un golpe de las limosnas que tengo que hacer á vuestra familia y de vos. Además, preguntad á lady Steyne si la amable Crawley, tan calumniada por todas partes, no es una mujer inocente, un modelo de virtud; ella podrá decíroslo. Su marido no tiene quizá la mejor reputacion; pero creo que la de los Bareares no le va en zaga. ¿Qué pensais de un hombre que no paga jamas cuando pierde, que os ha despojado de vuestra herencia, y que os ha dejado sin un cuarto y sobre mis costillas? El nacimiento de mistress Crawley no es brillante, pero no habria que escudriñar mucho en la noche de los tiempos para hallar los antepasados de ciertas personas.

—Pero milor, exclamó lady Jorge, la fortuna que he traído yo. . . .

—Esa fortuna es el precio á que habeis compra-



do una sucesión eventual, repuso el marques con una mirada altanera y dura; si Gaunt viniera á morir, vuestro marido heredaría todos sus derechos, vuestros hijos despues, y ¿quién sabe adónde llegaría? . . . Sed virtuosas y altaneras cuanto que-rais, pero no trateis de echármelo en cara. En cuanto á la reputacion de mistress Crawley, no quiero hacerme la injuria de dejar suponer que tengo necesidad de defenderla; me haréis el favor de recibirla cordialmente, así como á todas las personas que yo quiera traer á mi palacio. ¿Quién es el dueño de aquí? Si me diera la idea de convidar á los que están en la cárcel de Newgate ó en la casa de locos de Bedlam, tendriais que resignaros á recibirlos.

Y despues de esta salida enérgica, las pobres mujeres no tuvieron mas remedio que inclinarse. Lady Gaunt escribió la esquela, y luego ella y su suegra fueron á dejar sus tarjetas en casa de mistress Rawdon.

En el palacio de lord Steyne no se daban esas grandes fiestas donde se mezcla y se confunde la muchedumbre; no habia mas que una reunion íntima y misteriosa, donde los privilegiados que eran admitidos se felicitaban de esa honra toda su vida.

Lady Gaunt por su hermosura, sus desdenes y su castidad, tenia derecho á figurar entre las personas mas vanas de este mundo. La cortesía con que lord Steyne la trataba en público dejaba hechizado á todo el mundo.

Las señoras de Gaunt-House pidieron refuerzos á lady Bareacres contra el enemigo comun. Lady Gaunt habia mandado buscar á su madre en uno de sus coches, pues todos los carruajes de la noble condesa estaban embargados.

El narrador de la presente historia no tiene mucho que decir sobre los ilustres personajes que Rebeca tuvo el honor de hallar en la alta sociedad donde fué introducida. Citaremos, sin embargo, al príncipe Pertewaradin y á su señora. Su escelencia llevaba un cinturon muy apretado, y en su pecho bien dibujado por el uniforme militar lucia una placa cargada de pedrerías. El boyardo llevaba al cuello el collar del Toison de Oro, y posee en su pais rebaños infinitos.

—Miradle bien, dijo Rebeca al oido de lord Steyne; el gefe de su raza debia ser un carnero.

Efectivamente, su aire solemne, su andar acompasado, su rostro pálido y su collar, daban á su escelencia el aire de un carnero con campanilla.

Cuantas veces el coronel se hallaba como en esta ocasion en medio de una sociedad delicada y escogida, se sonrojaba como un mozalvete de diez y seis años en medio de las amigas de su hermana. Rawdon carecia completamente de ese hábito del mundo que solo se adquiere en la sociedad de las señoras. En el club y en el cuartel no tenia que incomodarse por nada ni por nadie. Entraba, salia, fumaba y jugaba al billar que era un contento.

En toda la comida no dijo mas sino que el tiem-

po estaba borrascoso. Rebeca pensó en dejarle en casa; pero conoció que á su entrada en la alta sociedad, debia llevar á su lado á su marido como el escudo de su virtud y su inocencia.

En el momento en que anunciaron á mistress Crawley y á su marido, lord Steyne salió á su encuentro, la saludó y la presentó á lady Steyne y á las niñas. Estas últimas hicieron una reverencia muy ceremoniosa. En cuanto á la madre, tendió la mano á la recién llegada; pero esa mano estaba tan fría como el mármol de una tumba.

Rebeca la tomó, sin embargo, con un aire de humildad y de gratitud, y con un saludo que habria hecho honor al mejor maestro de baile.

Tambien tuvo que renovar el conocimiento con lady Bareacres. La mujer del coronel la hizo una profunda reverencia, á la cual respondió la orgullosa condesa con una frialdad desdeñosa.

—Pronto hará diez años, la dijo Rebeca, mujer que no perdía jamás ninguna de sus ventajas, que tuve el honor de conoceros en Bruselas; creo que fué en el baile de la condesa de Richmond, la víspera de la batalla. Tambien recuerdo haberos visto con lady Blanca dentro de vuestro carruaje en un portal, esperando caballos. ¿Pudísteis salvar vuestros diamantes?

Todos se miraron. Los famosos diamantes habian sido embargados por los acreedores, y probablemente Rebeca lo ignoraba. Rawdon Crawley se retiró hácia una ventana con lord Southdown, y

pronto se oyeron las risas de éste que escuchaba el relato de la aventura de lady Bareacres desesperada en su coche, suplicando á mistress Crawley que la vendiera sus caballos.

—Ahora, se dijo Rebeca, no debo temer ya á semejante mujer.

Lady Bareacres miró á su hija con una mezcla de terror y de cólera, y se dirigió hácia una mesa donde se puso á hojear un album con una velocidad trágica.

Por fin llegó la hora, y la columna pasó del salon á la sala del banquete.

La comida fué ostentosa, pero no nos detendremos en describirla.

Rebeca comprendió que el momento crítico llegaría para ella cuando las señoras se quedaran solas despues de la comida, pues entonces necesitaria sostener todo el peso del combate. Así tuvo lugar de reconocer que no la engañó lord Steyne, al decirle que la sociedad de las mujeres de un rango superior al suyo no tendría para ella nada de agradable.

No sé si hay en el mundo alguna cosa mas implacable que una mujer en sus odios con respecto á otra persona de su mismo sexo. Rebeca estaba á punto de experimentarlo. Al hallarse sola despues de la comida, quiso acercarse á la chimenea en donde estaban agrupadas las señoras; pero ellas tocaron retirada y se fueron á una mesa cubierta de li-

bros; y como Rebeca dirigiera sus pasos á ese lado, ellas se volvieron á la chimenea.

Quiso hablar á uno de los niños y acariciarle con esa efusion que solia demostrar en público; pero al punto el niño fué llamado de prisa por su madre. En fin, trataron á la intrusa con tal dureza, que lady Steyne se compadeció y se fué á conversar con ella.

—Lord Steyne me ha dicho que cantais muy bien, exclamó, ¿quereis darnos una prueba de vuestro talento?

—No deseaba mas que la ocasion de serviros á vos y á lord Steyne, dijo Rebeca agradecida.

Y sentándose al piano, tocó y cantó las melodías religiosas de Mozart, que mas la gustaban á lady Steyne, y con tanta dulzura y un sentimiento tan vivo de la armonía, que aquella señora se acercó al piano, se sentó junto á ella, y gruesas lágrimas corrieron de sus ojos al escucharla.

Es verdad que en compensacion al otro extremo del aposento reian y hablaban estrepitosamente. Pero lady Steyne no hacia caso, su pensamiento la llevaba á otra parte; la llevaba á los dias de su infancia, la recordaba, despues de cuarenta años de dolores y de aislamiento, la época en que se hallaba en el convento todavía, cuando el órgano hacia resonar en su oido las mismas notas. Durante una hora, pudo creerse en la juventud, durante una hora, habia reconquistado la felicidad tan pura y suave de los primeros años de la vida. Salió de este sueño

sobresaltada, cuando se abrió la puerta de par en par, y oyó las carcajadas de lord Steyne y de los convidados que volvían al salón.

Con una mirada, lord Steyne adivinó lo que había pasado, y por primera vez en su vida sintió un impulso de benevolencia hacia su mujer. La habló afectuosamente, y ella se sonrojó con aquella atención inusitada.

—Mi mujer me ha dicho que habeis cantado como un ángel, dijo lord Steyne á Rebeca.

Existen dos clases de ángeles, y cada una tiene su modo particular de hechizar los corazones y los ánimos.

El resto de la noche fué un verdadero triunfo para Rebeca; se puso á cantar admirablemente, y los hombres se agruparon en torno del piano. Sus enemigos se quedaron solos en su aislamiento.

## XLIX.

### El corazón de una madre.

La musa anónima que nos dicta ese relato, va á dejar ahora las altas regiones á que acaba de elevarse para penetrar en la humilde morada que John Sedley ocupa en Brompton, y describir acontecimientos que muestran, bajo un aspecto distinto, las miserias de la naturaleza humana. Ahí también se

deslizaron los cuidados, la desesperacion, la desconfianza.

Mistress Sedley no hacia caso ninguno de las atenciones de Amelia, y cada dia la echaba en cara su amor á su hijo, que la hacia olvidarse de sus padres. La casa tenia un aspecto sombrío desde que José no enviaba ya nada; hasta principiaban á sentirse en ella la miseria y el hambre.

En presencia de esta vida de privaciones continuas, Amelia trató de descubrir algun medio para dulcificar tantas penalidades. ¿Dará lecciones? ¿Se pondrá á costurera? Pero, ¿qué produce el trabajo de una mujer? Al cabo del dia apenas puede ganar el pan que come.

Despues de grandes esfuerzos de reflexion, Amelia tomó una pluma y trazó con su bonita letra el aviso siguiente:

“Una señora que sabe inglés, frances, geografia, historia y música, desearia dar lecciones á jóvenes señoritas. Darán razon en casa de M. Brown.”

Y llevó este papel á un tendero que consintió en ponerle en evidencia en su tienda. El polvo y las moscas mancharon en breve el papel. Amelia, con la esperanza de recibir una buena noticia, pasaba á menudo por delante de la puerta, pero el tendero no la llamaba, y cuando entraba para comprar alguna cosa, tampoco tenia nada que decirle. ¡Débil y sensible criatura, no has sido hecha para el tumulto y las luchas de este mundo de vanidades!

Cada día Amelia estaba mas triste; sus ojos inquietos no se separaban de su hijo, que no sabia cómo interpretar las miradas de su madre. Se levantaba en medio de la noche y entraba furtivamente en el cuarto de Jorge, para ver si se le habian arrebatado. Una idea fija la espantaba. Pasaba las noches en las lágrimas y en la oracion tratando de ahuyentar aquella idea terrible, la idea de que era preciso separarse de su hijo, que ella era el único obstáculo para la fortuna y la felicidad de todos. Sin embargo, este sacrificio era superior á sus fuerzas por entonces; debia aplazarle: si la perspectiva era ya tan penosa, ¿qué seria la realidad?

Otro pensamiento la atormentaba tambien, y la sonrojaba; podria abandonar su renta á sus padres, casarse con el ministro que la solicita, y llevarse á su hijo en su compañía; pero su amor y un sentimiento de pudor se oponian á este sacrificio, y rechazó la idea de aquel sacrificio.

Este combate interior que acabamos de describir en pocas palabras, tuvo á la pobre Amelia en un tormento cruel durante muchos dias. Aunque con todas sus fuerzas se negaba á reconocer la necesidad de ceder, sin embargo, ese enemigo contra el cual sostenia una lucha desesperada, ganaba terreno á cada instante. Pensando en la miseria de su casa, en la necesidad y en la humillacion en que tenia á sus padres, se convencia de la pobreza de los argumentos que habria querido emplear para con-



vencerse de que debía conservar al niño á su lado. En tan terrible prueba escribió á su hermano para que devolviera á sus padres la corta pensión que les había pagado hasta entonces, pintándole con toda la elocuencia de la verdad, la situación en que se hallaban.

¡Ay! Amelia ignoraba lo que había pasado. José enviaba exactamente la misma cantidad de dinero á sus padres; pero la cobraba un usurero de la Cité, porque el viejo Sedley había vendido sus derechos á esa renta para proporcionarse un pequeño capital, que empleó en un proyecto quimérico.

Cuando el anciano confesó á su hija esta verdad, Amelia conoció que debía resignarse y separarse de su hijo, pues ya no podía conservar ninguna esperanza de mejorar la suerte por otro camino.

Iba á perder el objeto de su amor, su querido tesoro, su alegría, su esperanza, su vida, su orgullo y su ídolo.

Pero no había remedio; tenía que llevar adelante su resolución, y en su consecuencia tomó las disposiciones convenientes.

Pocos días después miss Osborne recibía una carta de Amelia; miss Osborne se puso encarnada al leer aquel billete, y corrió á su padre que se hallaba sentado en un sillón sumergido en la tristeza más profunda.

Amelia esponía con sencillez los motivos que le habían determinado á cambiar de resolución con

respecto á su hijo; su padre habia sufrido nuevas desgracias que habian completado su ruina. Sus propios recursos eran tan reducidos, que apenas bastaban para sostener la casa, y Jorge carecia de la educacion que le era necesaria. Por su bien, mas que por nada, le entregaba; pero la quedaba el consuelo de que las personas á quienes le iba á confiar, harian todo para que fuera dichoso. Luego pintaba su carácter tal como ella le veia con sus ojos de madre; decia que era una naturaleza ardiente, fácil de dominar con la dulzura. Por último, pedia que la asegurasen por escrito la posibilidad de ver á su hijo cuantas veces lo deseara; esta era la única condicion que ella imponia.

—La orgullosa baja al fin la cabeza, dijo el viejo Osborne, cuando su hija concluyó de leer la carta. Se está muriendo de hambre, no es extraño.

A fin de no perder nada de su dignidad en la alegría del triunfo, tomó su diario segun su costumbre, pero no leyó una línea. Murmuraba para sí; por fin arrojó el diario, y frunciendo el ceño se fué á su gabinete, de donde salió al cabo de un instante, y entregando á miss Osborne una llave que acababa de tomar, la dijo:

—Preparad el cuarto que da sobre el mio.

—Está bien, respondió ella, con voz temblorosa.

Era el cuarto de Jorge, que no habian abierto hacia diez años. En él hallaron aún los papeles, los

vestidos, los pañuelos, los látigos, todos los chismes de caza y de pesca del que le había ocupado anteriormente; un Manual de la maniobra de las tropas se hallaba sobre la mesa, con el nombre de Jorge en la cubierta; también había un pequeño Diccionario y una Biblia que su madre le había dado, todo esto revuelto con un par de espuelas y un tintero seco y cubierto con el polvo de diez años.

Miss Osborne se conmovió al verse en aquella pieza adonde la habían seguido los criados, y se dejó caer pálida y casi sin conocimiento en el lecho que había servido á Jorge.

—Esto va bien, decía á media voz una de las doncellas: el querubin habitará en este cuarto.

Y al mismo tiempo abrió la ventana y penetró el aire en el aposento.

—Habrá que llevar dinero á esa mujer, dijo M. Osborne antes de salir; quiero que no carezca de nada. Enviadla cien libras por el pronto; pero cuidado con que ponga los piés aquí; no lo permitiría por todo el dinero que hay en Lóndres. Sentado esto, os encargo que la tengais siempre al abrigo de la miseria.

Y dicho esto, M. Osborne dejó á su hija y se fué á la Cité, como lo tenía de costumbre.

En la tarde de aquel día Amelia, al dar un beso á su padre, le entregó un billete de cien libras.

—Aquí teneis dinero, mi querido padre, le dijo.

Y luego volviéndose hácia su madre que reñia al niño, añadió:

—¡Ah! No seais tan dura con Jorge; ya poco tiempo estará con nosotros.....

No pudo decir mas y se retiró en silencio á su cuarto. Cerremos discretamente la puerta en pos de esa madre infeliz que busca un refugio en la oracion y en las lágrimas. En presencia de tanto amor y de tanto dolor, lo mas propio es dejar á cada uno con sus pensamientos.

A la otra mañana, miss Osborne se presentó á ver á Amelia; esta entrevista fué tierna y cordial; una mirada y algunas palabras de miss Osborne bastaron para probar á la pobre viuda que al menos por ella no tenia que temer que trataran de suplantarla en el corazon de su hijo.

A pesar de su frialdad, miss Osborne tenia un corazon bueno y sensible. Amelia no habria estado tan tranquila si hubiese visto ocupado su puesto por una rival mas jóven, mas afectuosa y comunicativa.

Cuando Jorge volvió de la escuela, se encontró con su tia en su casa; Amelia los dejó solos y se retiró á su aposento. Quiso ver lo que serian para ella los dolores de la separacion, como Jane Grey quiso pasar el dedo por el filo del hacha que debia cortar el hilo de sus dias.

Trascurrió algun tiempo en visitas y en preparativos; la pobre viuda empleó las mayores precauciones para instruir á Jorge acerca del cambio que

iba á experimentar; pensaba que al saber esta noticia se desolaria, pero mas bien pareció que se alegraba; la pobre madre fué á ocultar sus dolores en su cuarto.

Jorge puso en movimiento toda la escuela, anunció á sus condiscípulos que iba á vivir con su abuelo, el padre de su padre, no el que le iba á buscar algunas veces á la escuela; que iria á un gran colegio, y que se proponia comprar muchas cajas de colores.

Sí, aquel niño era el retrato de su padre, como decia su madre en su ternura, y sin pensar hasta dónde acertaba.

Por consideracion á nuestra querida Amelia no haremos la historia de los últimos dias que Jorge pasó en casa de sus padres de Brompton.

Al cabo llegó la hora en que un coche magnífico se detuvo ante la modesta habitacion de los Sedley, y se cargaron en él los envoltorios de Jorge, en medio de los cuales figuraban mil recuerdos de la ternura materna.

Jorge llevaba un vestido nuevo. Se habia levantado al rayar el alba para vestirse, y su madre le habia oido desde la alcoba.

¡Pobre madre! Ella habia llorado toda la noche en el silencio del insomnio. En los dias anteriores lo habia preparado todo para ese momento terrible; habia comprado mil objetos menudos para el niño; habia puesto su nombre en sus libros y en su ropa; por último, se habia esforzado en dulcificarse

aquella separacion. . . . ¡Pobre madre! ¡Se hallaba persuadida de que su hijo en el momento de la separacion necesitaba ser consolado!

Y Jorge no pensaba mas que en el placer del cambio: ¿qué le importaba todo lo demas? Con mil observaciones bien amargas para el corazon de la madre, demostraba á la pobre viuda lo poco que le affigia el separarse de ella. La decia que vendria á verla á caballo, que la tomaria consigo en el coche y que se pasearian juntos por el Parque; ademas, que no careceria de nada.

La infortunada Amelia tuvo que contentarse con estas demostraciones de ternura en que se traslucia ante todo el egoismo; sin embargo, quiso ver en ellas la manifestacion de un cariño entrañable. Seguramente Jorge la queria mucho, pero era como todos los niños, la novedad les seduce y les arrebatata.

De este modo Amelia se preparaba á la separacion mediante un dolor silencioso y continuo: ¡cuántas horas habia pasado ordenándolo todo para el instante de la marcha! Jorge la miraba como si él hubiera sido estraño á todo eso. El ingrato se sonreia mientras su madre lloraba.

Amelia ha consumado el sacrificio; el niño disfruta ya de los dones de la fortuna, en tanto que la viuda no tiene mas compañera que su tristeza.

No obstante, Jorge la visita á menudo. Llega á caballo seguido de un criado; su abuelo se enorgullece al verle á la portezuela de su coche.

Tambien pasa con frecuencia á caballo por delante de su antigua escuela para que vean sus compañeros cómo ha medrado. A los dos dias tenia ya el orgullo de la gente rica.

—Ha nacido para mandar, se decia su abuelo; es la imágen viva de su padre.

Estamos en el estío; al anochecer cuando Jorge no ha visitado á su madre, ésta va á la Cité sin que la asuste la distancia, y se sienta en un banco que da frente á la casa de M. Osborne para mirar por las verjas que rodean el jardin. Ese banco tiene para ella un hechizo particular; desde ahí descubre los balcones del salon resplandecientes de claridad; á las nueve ve luz en el cuarto de Jorge, que conoce muy bien porque él se le ha indicado. Cuando la luz se apaga, Amelia se pone á rezar; eleva hácia Dios su alma humilde y tierna, y luego se vuelve á su casa silenciosa y abatida. Tan largas caminatas la rinden; pero quizá dormirá mejor, pues entonces podrá soñar con su querido Jorge.

Un domingo habia ido como de costumbre á Russell-Square donde tenia delante la casa de M. Osborne; se oia en aquel instante el ruido de las campanas.

Jorge salió con su tia para ir á la iglesia. Un mendigo le pidió limosna; el lacayo que llevaba los libros quiso apartarle, pero Jorge se detuvo y le dió una limosna. ¡Dios bendiga su mano! Amelia dió la vuelta á la plaza, y acercándose al mendigo le dió tambien su óbolo, y luego siguió á miss Os-

N.E.T. 33. Referencia a "the City", centro financiero y comercial de Londres. La traducción mexicana (1860) y la de Pedro González-Blanco (¿1900?), al igual que la de Guiffrey (1855), trasladan la forma francesa "la Cité". Alfonso Nadal (1943) explicita su significado sustituyéndolo por "Londres", una referencia más general a la capital del Reino Unido. En cambio, Amando Lázaro Ros (1957), Elena García Ortiz (1961) y Mariano Orta Manzano (1962) transfieren el vocablo original. Rodríguez Espinosa, M. (1998) op. cit. pág. 320.

borne y á su hijo hasta el hospicio de los Expósitos donde entró con ellos. En la capilla tomó asiento en un sitio desde donde podia descubrir la cabeza de Jorge, mas abajo del monumento funerario de su marido. Muchos niños cantaban las alabanzas del Todopoderoso, y aquel himno de gloria y de adoracion hacia estremecer con una alegría cándida y suave el alma de Jorge. Su madre estuvo algun tiempo sin verle en medio de las lágrimas que velaban sus ojos.

L.

**Despues de la comedia el drama.**

Una vez que Rebeca habia penetrado en los salones de lord Steyne, obtuvo por todas partes la boga á que aspiraba hacia mucho tiempo. Las casas mas encumbradas la abrieron sus puertas, y fué á tan altos lugares que el autor y el lector de esta novela deben renunciar á penetrar con ella.

La admision de Rebeca en casa de lord Steyne tuvo por resultado inmediato que su escelencia el príncipe Peterwaradin se apresuró á reanudar su amistad con el coronel Crawley, y al cabo de pocos dias Rebeca fué convidada con su marido á las reuniones que tenia el príncipe en el hotel del Levante. Lord Steyne se encontraba allí tambien, y



veía con satisfacción los triunfos que alcanzaba su protegida.

En el hotel del Levante, Rebeca se halló en contacto con los personajes más nobles y los políticos más eminentes de la Europa contemporánea; la flor de todos ellos acudió en breve á casa de Rebeca. Su posición se aseguró en la alta sociedad; pero ¡ay! la gloria de este mundo es bien pasajera. No os apresuréis, lectores míos, á envidiar la suerte de miss Crawley; la experiencia ha demostrado hace tiempo que los más dichosos son aquellos que están más lejos del sol; Rebeca, que había penetrado en los salones á la moda, Rebeca, que se había encontrado frente á frente con Jorge IV, debía ser ejemplo después de que todo en la tierra es humo y vanidad.

Pasaremos con rapidez sobre esta parte de su historia, pues temiendo hacer del gran mundo un retrato poco parecido, preferimos no decir nada y reservar por ahora nuestras opiniones.

Posteriormente Rebeca habló á sus amigos del tiempo en que frecuentaba en Londres los salones de la moda y de la aristocracia.

En un principio se embriagó con el humo del orgullo, con los aplausos del triunfo, pero pronto se cansó con la monotonía de esa vida. Lo único que la ocupaba seriamente era, la preparación de sus trajes y adornos. Por un esfuerzo sublime de su inteligencia, podía establecer el equilibrio entre sus escasos recursos y las imperiosas necesidades de la

coquetería; era preciso marchar al nivel de las jóvenes rosadas, rubias y tímidas, de las respetables matronas de alta estatura y porte majestuoso, hermosas aún á pesar de los años y resplandecientes de pedrerías.

Las antiguas amigas de Rebeca la veían con envidia y celos, en tanto que la pobre mujer se confesaba á sí misma que tenía ya bastante de aquella vida.

—¡Cuánto daría por verme libre de toda esa gente! exclamaba cuando estaba sola. Creo que preferiría ser mujer de un ministro ó una simple vivandera de un regimiento, á presentarme en las tales reuniones.

Lord Steyne se divertía mucho con estas salidas.

En sus relaciones con las personas de la alta sociedad, Rebeca aparentaba una franqueza y una humildad, que no tardaron en conciliarla el afecto de las personas que al principio se declararon sus enemigas.

Lady Steyne, después de la escena del piano, había sufrido también el ascendiente de Rebeca, y quizá en el fondo no experimentaba hacia ella una repugnancia muy viva.

Las jóvenes señoritas de la casa de Gaunt, habían concluido también por ablandarse. Dos ó tres veces intentaron vanamente satirizarla; cuando Rebeca se veía atacada, tomaba un aire cándido, á cuyo favor respondía con los epigramas más punzan-

tes, que dejaban atónitos á los que habian pensado humillarla.

Entretanto todo el mundo se preguntaba de dónde les venia á los Crawley el dinero que gastaban; y este misterio provocaba de vez en cuando algunos cuchicheos, y daba márgen á más de un comentario satírico.

Los unos afirmaban que sir Pitt habia abandonado á su hermano una porcion de renta considerable; pero en este caso era preciso confesar que Rebeca tenia sobre el baron un gran ascendiente, ó que sir Pitt habia cambiado mucho con los años. Malas lenguas decian, que Rebeca imponia contribuciones forzosas á los amigos de su marido; que se presentaba á ellos con las lágrimas en los ojos y les contaba que habian embargado sus muebles, ó bien se arrojaba á sus piés exclamando, que su marido se iba á suicidar si no podia hacer honor á su firma.

Sin poner aquí la lista de las personas que pasaban por víctimas de esta comedia, podemos asegurar que, si Rebeca hubiera poseido todo el dinero que la suponian habia adquirido con esos espedientes, habria reunido un capital considerable.

¡Pobre Rebeca! Lo que nosotros podemos afirmar es, que mientras se decian sobre ella tales ruindades, se conducia como una mujer hacendosa que en los dias de recepcion no pagaba otra cosa que el alumbrado de sus aposentos. Los montes de Stilbrook y los invernáculos de Crawley-la-reina, la

suministraban toda la caza y las frutas que necesitaba. Las bodegas de lord Steyne se hallaban á su disposicion, y los cocineros del noble lord se instalaban en su cocina cuando habia banquete, y llevaban por órden de su amo todo lo que podia agradar al paladar mas delicado. Así, pues, ¿por qué se hablaba tan mal de mistress Crawley?

Si se quisiera desterrar del mundo á todos los que hacen deudas y no las pagan; si se quisiera entrar en los detalles de la vida íntima de cada persona, la Feria de las Vanidades seria muy luego un desierto inhabitable.

No se vive así; es preciso mostrar tolerancia y caridad con el prójimo: decid muchas picardías de vuestro vecino, pero tened cuidado de alargarle la mano si le encontráis en la calle; tiene un buen cocinero y esto basta.

Volviendo á nuestra historia, tenemos que consignar aquí un percance; Rawdon cayó al fin en poder de los que le buscaban por un pagaré vencido que no habia sido satisfecho, y fué á parar una noche á la cárcel por deudas.

34

¡Qué afliccion para la pobre Rebeca! Al punto escribió á su marido en la cama, "pues tenia en el peor estado su cabeza y su corazon," que se habia arrojado á los piés de lord Steyne, suplicándole que le prestara las doscientas libras que debian poner en libertad á su querido esposo. Lord Steyne, se habia puesto furioso, pero habia prometido enviar el dinero al dia siguiente; y ella es-

peraba por instantes que amaneciera ese día afortunado.

Cuando Rawdon concluyó la lectura de esta carta, su rostro se puso encarnado y sus ojos lanzaron llamas. Todas las sospechas que había tenido hasta entonces, asaltaron de nuevo su espíritu. Rebeca no había vendido sus joyas, y había pedido dinero á lord Steyne. . . . Apurando las cosas, quizá se podía descubrir la mano que le había llevado á la cárcel. . . .

Inmediatamente tomó un papel y escribió algunas líneas á sir Pitt ó á lady Crawley, y encargó á un mozo que tomara un coche y llevara aquel billete á su destino; le prometió una guinea de propina, si le traía la contestacion dentro de una hora.

En aquel billete suplicaba á su hermano y á su hermana, por el amor de Dios, en nombre de su hijo y de su honra, que le sacaran de la triste posicion en que se hallaba; estaba en la cárcel y la pedía doscientas libras para salir de ella.

Una hora había trascurrido, cuando oyó el ruido de un carruaje, y un instante despues le dijeron que le esperaba una señora.

Rawdon bajó de un salto al salon de recibo, y allí se encontró con lady Jane.

Apenas podía creer lo que estaba viendo; se lanzó á ella, la estrechó en sus brazos, articuló algunas palabras ininteligibles para darla gracias, y lue-

go, reclinado en su hombro, dió un libre curso á sus sollozos.

Lady Jane no podia comprender aquella emocion; pero se apresuró á pagar, radiante de júbilo, y se llevó á Rawdon en el coche que la habia traído.

—Mi querido Rawdon, le dijo, Pitt estaba en una comida cuando llegó vuestra carta, y yo, sin vacilar, he venido inmediatamente.

Y al mismo tiempo le estrechaba la mano. Quizá tuvo suerte Rawdon en que sir Pitt estuviera convidado aquel día.

Despues que dejó á lady Jane en su domicilio, Rawdon corrió á su casa. Eran las doce de la noche; atravesó como un loco las calles y las plazas, hasta el momento en que llegó delante de la puerta. Retrocedió para apoyarse en la verja, y luego alzando los ojos con angustia hácia los balcones, vió que el salon estaba resplandeciente de luces. . . . Sin embargo, ¡ella le habia escrito que estaba en cama! . . . .

Se quedó inmóvil un gran rato, y la luz que bajaba de los balcones alumbraba su fisonomía pálida y descompuesta.

Metió la llave en la cerradura y entró en la casa. En el piso principal se oian fuertes risas. Rawdon subió de puntillas, y al llegar al último escalon se paró un momento. Ningun ruido se oia en las habitaciones, habian hecho salir aquella noche á todos los criados.

Rawdon prestó de nuevo el oído, y oyó risas que se confundían con una voz que cantaba. Era Rebeca; cuando acabó la romanza, una voz ronca gritó:

—¡Bravo! ¡Bravo!

Era la voz de lord Steyne.

Rawdon abrió la puerta y entró.

En medio del salón había una mesa puesta con todo lo correspondiente para una cena. Lord Steyne se hallaba tendido en el sofá, y Rebeca estaba á su lado.

La esposa culpable tenía un prendido seductor y voluptuoso; en sus brazos y en sus dedos brillaban brazaletes y sortijas; en su pecho resplandecían los diamantes que lord Steyne la había regalado.

El noble lord tenía una de sus manos en la suya y se inclinaba para besarla. Pero ya Rebeca estaba en pié, pues helada de espanto había visto surgir delante de ella la figura terrible de su marido.

Un segundo después quiso sonreírse como para celebrar su llegada; pero en su rostro no se vió más que una contracción horrible. Lord Steyne se levantó también rechinando los dientes, con el rostro lívido, las miradas estraviadas y el furor en los ojos.

También se quiso sonreír; dió un paso adelante y alargó la mano á Rawdon.

—¡Habeis salido! Me alegro, coronel.

Al ver la espresion pintada en el rostro de Rawdon, Rebeca se lanzó á él exclamando:

—¡Soy inocente, ante Dios os juro que soy inocente!

Y al mismo tiempo se colgaba de sus brazos, y sus sortijas y sus brazaletes resplandecian al brillo de las luces.

—¡Soy inocente!. . . ¡Soy inocente! decídselo, añadió volviéndose hácia lord Steyne.

Pero éste, pensando que era víctima de un lazo, se hallaba tan furioso contra ella como contra Rawdon.

—¡Vos inocente! aullaba profiriendo espantosos juramentos; ¡vos inocente! cuando todas esas joyas que llevais las he pagado yo; cuando os he dado miles de libras esterlinas, que sin duda ese miserable repartía con vos. . . ¡Inocente! como vuestra madre la cómica, ó el estafador de vuestro marido!. . . No creais intimidarme, como habeis hecho con otros. . . dejadme paso.

Y lord Steyne tomó su sombrero; sus ojos lanzaban relámpagos y echaban á su enemigo miradas insultantes. Al mismo tiempo se dirigió hácia el coronel, que estaba delante de la puerta.

Pero Rawdon se precipitó sobre él, le agarró por la corbata, y lord Steyne sofocado se inclinó sobre sí mismo bajo aquella presion vigorosa.

—Mentís como un perro, le dijo Rawdon; mentís como un cobarde y un infame.

Y al mismo tiempo dió al noble lord tan furiosa



bofetada, que el lord rodó por el suelo ensangrentado.

Todo esto habia tenido lugar antes de que Rebeca hubiera podido interponerse. A pesar del temor que la hacia temblar en todos sus miembros, admiraba á su marido en su vigor, en su energía y en su triunfo.

—Acercaos, la dijo Rawdon.

Rebeca obedeció.

—Quitaos eso.

Rebeca comenzó á quitarse los brazaletes y las sortijas que apenas cabian en su mano, y luego alzó los ojos á su juez como interrogándole con su mirada.

Arrojad al suelo todas esas joyas del diablo, la dijo.

Rebeca las dejó caer á sus piés. Rawdon la arrancó tambien el broche que llevaba en el pecho y le lanzó á la cabeza de lord Steyne. El broche hizo al noble lord una herida en la frente cuya cicatriz conservó toda su vida.

—¡Seguidme! dijo Rawdon á su mujer.

—¡Ah! No me mateis, Rawdon, exclamó ella con voz suplicante.

Rawdon se echó á reir con risa convulsiva.

—Quiero saber si ese hombre ha mentado en lo que ha dicho del dinero, como en lo que ha dicho de mí. ¿Habeis recibido dinero de él?

—No, contestó Rebeca; es decir. . . .

—Vuestras llaves, repuso Rawdon.

Y salieron juntos.

Rebeca le habia dado sus llaves, escepto una sola, pensando que no se acordaria de ella. Era la llave del pupitre que Amelia le habia regalado, y que tenia cuidadosamente oculto. Rawdon lo abrió todo registrando por todas partes. Al fin encontró el pupitre y mandó á su mujer que le abriera.

Este pupitre encerraba sus papeles particulares, cartas amorosas antiguas ya, y varios objetos menudos de uso femenino. Tambien contenia una cartera llena de billetes de banco; algunos tenian diez años de fecha, pero entre ellos habia uno reciente, el que la habia dado lord Steyne.

—¿Es de lord Steyne? preguntó.

—Sí, contestó Rebeca.

Hoy se le volveré, dijo Rawdon; pues ya comenzaba á rayar el dia, porque se habian pasado algunas horas en aquel registro minucioso. Con lo restante pagaré á Briggs y las demas deudas; si algo sobra me diréis adónde podré enviároslo. Me parece que habriais podido sacarme de la cárcel.

—¡Soy inocente! repeta Rebeca.

Pero sin añadir una palabra mas, Rawdon la dejó sola.

Los primeros rayos del sol penetraban entonces en el cuarto donde aquella mujer se habia quedado inmóvil, y alumbraban aquellos cofres abiertos, aquellos vestidos dispersados por todo el aposento, aquellas plumas, aquellos chales y aquellas joyas,

monton de vanidades que solo ofrecia un triste espectáculo de ruinas y de oropeles.

La cabellera de Rebeca caia en desórden sobre sus hombros, su vestido estaba desgarrado en el punto que ocupaba el broche de diamantes. Habia oido á Rawdon bajar las escaleras y cerrar la puerta; sabia que no volveria, que se habia marchado para siempre.

¿Pensaba en el suicidio? No podia ser; al menos hasta que no se hubiese batido con el lord Steyne.

Entonces Rebeca pensó en su vida pasada, en sus aventuras, en las vicisitudes que habia atravesado. ¡Cuántas miserias, cuántas luchas para llegar á la desesperacion y al abandono! No la quedaba otro recurso que el veneno, para concluir con todas sus esperanzas, con sus intrigas, sus deudas y sus triunfos.

Entregada á tales reflexiones la encontró su doncella, una recomendada de lord Steyne.

—¡Dios mio! ¿Qué ha sucedido, seffora? preguntó viéndola con los ojos encendidos y las manos crispadas, en medio de aquella escena de desolacion.

Lo mismo preguntaremos nosotros. ¿Qué habia sucedido? ¿Era culpable? ¿Era inocente? Segun ella, era inocente; pero, ¿cómo se puede suponer que salga la verdad de tales labios?

Su doncella cerró las colgaduras y la instó para que se acostara; Rebeca concluyó por ceder, y lue-

go la doncella pasó á otro aposento y reunió todas las joyas que estaban esparcidas por el cuarto, desde el momento en que Rebeca se habia despojado de ellas por órden de su marido, cuando lord Steyne se escapaba de la casa.

## LI.

### **Consecuencias de la batalla.**

La casa que habitaba sir Pitt Crawley en Great-Gaunt-Street, se hallaba en medio de sus preparativos del domingo cuando Rawdon penetró en el gabinete de su hermano.

Lady Jane, en traje de mañana, estaba en el piso superior ocupada en vestir á sus niños.

Rawdon se sentó cerca de la mesa del baron, que se hallaba cubierta de papeles, todos en el mayor órden.

En cuanto dieron las nueve, sir Pitt apareció en el umbral de la puerta de su despacho, vestido elegantemente; sus cabellos estaban bien peinados y perfumados, y bajo su bata de color de ceniza, llevaba el traje del noble inglés, que cuenta muchas generaciones de abuelos ilustres.

Al distinguir en su gabinete al pobre Rawdon con los vestidos en desórden, los ojos inyectados de sangre y los cabellos erizados, se figuró que su hermano salía de una orgía, y le dijo:

—Rawdon, ¿qué buscáis aquí á estas horas? ¿Por qué no estais en vuestra casa?

—¡En mi casa! repuso Rawdon con una risa violenta; nada temais, Pitt; cerrad la puerta, tengo que hablaros.

Pitt cerró la puerta, se sentó en un sillón junto á su hermano, y comenzó á limarse las uñas con destreza extraordinaria.

—Pitt, exclamó entonces el coronel, estoy perdido sin remedio.

—Ya os lo habia pronosticado, respondió el baron; pero nada puedo hacer en vuestro favor, tengo comprometido todo mi dinero. Las doscientas libras que han servido para sacaros de la cárcel, las habia prometido para mañana, y voy á encontrarme en un apuro. . . . arreglaos por otra parte.

—No se trata de dinero, exclamó Rawdon, con acento ronco; no vengo por mí, y no podeis sospechar el motivo que aquí me trae.

—¿Qué sucede, pues? preguntó Pitt, respirando libremente.

—Vengo á reclamar vuestro apoyo para mi hijo, prosiguió Rawdon con voz conmovida; prometedme que cuidaréis de él cuando yo no esté en el mundo: lady Jane le quiere más que su.... ¡maldita mujer!... Pitt, ya sabeis que yo debí ser el heredero de miss Crawley; pero fomentaron mi pereza y aprobaron mis extravagancias.... sin eso habria sido otro hombre. En el regimiento no me he portado mal; en

cuanto á la herencia, ya sabeis adónde ha ido á parar.

—Despues de los sacrificios que he hecho por vos, repuso sir Pitt, me parece que esa alusion no está bien en vuestra boca. La culpa ha sido vuestra, no mia.

—Por esa parte todo está concluido ahora, dijo Rawdon.

Y pronunció estas palabras con un estremecimiento sordo que alarmó á su hermano.

—¡Dios mio! ¿ha muerto álguien? preguntó el baron con inquietud.

—No existiria ya, continuó Rawdon, si no fuera por mi hijo; me habria saltado la tapa de los sesos despues de mi venganza.

Sir Pitt comprendió el misterio; conoció que Rawdon queria matar á lord Steyne. El coronel contó entonces á su hermano lo que habia sucedido.

—Ha sido una trama de los dos, dijo Rawdon; me prendieron, la pedí dinero, me respondió que estaba en la cama y que tuviera paciencia hasta el otro dia; y al entrar en mi casa, de repente la hallé cubierta de pedrerías y acompañada por ese infame.

Y entonces le pintó con viva agitacion su lucha con lord Steyne, añadiendo: que despues de lo que habia pasado, no tenia mas remedio que batirse con lord Steyne.

—Como el desenlace puede ser fatal para mí,

añadió Rawdon con voz conmovida, y como mi hijo no tiene madre, quiero dejarle á vuestro amparo. . . . aseguradme que le trataréis como si fuera vuestro.

Pitt se sintió profundamente conmovido; estrechó la mano de Rawdon con una cordialidad inusitada en él, y Rawdon enjugó sus lágrimas.

—Gracias, hermano mio, le dijo; tengo vuestra palabra y esto me basta.

—Lo juro por mi honor, respondió el baron.

Rawdon cerró entonces la carterita que habia hallado en el pupitre de Rebeca, y tomando unos cuantos billetes de banco, dijo á sir Pitt con una sonrisa amarga:

—Tomad cien libras para Briggs, que ha sido siempre tan buena con el niño. . . . ¿No me creiais tan rico, no es verdad? Es el dinero que ella nos habia prestado, y que yo siempre tomé con repugnancia. En cuanto á lo que queda. . . . todo me lo guardé en el primer momento. . . . se lo enviaréis á Rebeca para que se gobierne con. . . .

Y al hablar así tomaba en la cartera los billetes para entregarlos á su hermano; pero sus manos temblaban de tal modo, se hallaba tan conmovido, que la cartera se escapó de sus manos, y de ella salió el billete de mil libras; la mas terrible de las pruebas que hablaban contra Rebeca.

Pitt se bajó para recogerle, sorprendido con la importancia de la suma.

—Este es para mí, dijo Rawdon; me prometo dar un buen balazo al dueño de este papel.

Y disfrutaba de un júbilo interior al pensar en la satisfacción que tendría cuando pusiera aquel billete á guisa de taco sobre la bala con que quería matar á lord Steyne.

En seguida los dos hermanos se estrecharon la mano nuevamente y luego se separaron.

Lady Jane habia sabido que el coronel estaba en el despacho de su marido, y esperaba con ansiedad el momento de ponerse al corriente de lo que pasaba. Entreabriendo la puerta del comedor, pudo distinguir á los dos hermanos saliendo del gabinete.

Entonces se adelantó, alargó su mano á Rawdon y le dijo que celebraba viniera á almorzar con ellos; bien que en su rostro trastornado y en las sombrías miradas de su marido pudiese conocer que ellos dos no habian hablado de almuerzo.

Rawdon se escusó diciendo que tenia que ir á otra parte, y estrechó tímidamente la mano de lady Jane, que le clavó una mirada compasiva, conociendo que era víctima de alguna desgracia.

Pero Rawdon nada dijo, y sir Pitt no entró con ella en ninguna esplicacion.

Al salir de Great-Gaunt-Street, siempre en el mismo estado de agitacion, Rawdon se dirigió hácia Gaunt-House y llamó fuertemente á la puerta; á sus golpes redoblados salió una especie de Sileno, de rostro rubicundo, y con chaqueta encar-



nada galoneada de plata, que hacia las veces de portero.

Este hombre, espantado al ver el desorden que reinaba en el traje del coronel, le cerró el paso como si temiera sus intenciones de forzar la entrada; pero el coronel le presentó una de sus tarjetas y le mandó que la entregara á lord Steyne, diciéndole: que esperaria de la una en adelante en Regent-Club, no en su casa.

El portero abrió los ojos con sorpresa, para mirar al coronel cómo se marchaba, y todos los que pasaban por la calle le examinaban con igual asombro.

Rawdon se fué á buscar á su amigo y compañero el capitán Macnundo, á quien tuvo la suerte de hallar en su cuartel.

El capitán Macnundo era un antiguo oficial que habia tenido su parte de gloria en la batalla de Waterloo; en el regimiento le querian mucho, y solo la escasez de su fortuna le habia impedido alcanzar los grados superiores.

Cuando Rawdon abrió la puerta, halló al oficial en la cama. Al anunciarle que exigia de él un servicio de amigo, no necesitó dar mas esplicaciones para que comprendiera el capitán cuál era el asunto de que se trataba.

—¿Y por qué causa, amigo mio, le preguntó su antiguo compañero: ¿es por alguna disputa de juego como aquella del oficial Marker?

—Se trata de . . . mi mujer respondió Crawley, bajando los ojos y poniéndose encarnado.

—Siempre he pensado que acabaría por ahí, repuso el capitán.

Efectivamente, en el regimiento y en los clubs, se habían hecho varias apuestas sobre la suerte probable que le estaba reservada al capitán Crawley.

Estas suposiciones eran una consecuencia natural de la ligereza que ostentaba mistress Crawley en su conducta; pero al notar la sombría mirada con que Rawdon acogió esta observación, Macnundo comprendió que no debía insistir más en el asunto.

—¿No habría medio de arreglarlo? preguntó el capitán con tono grave. ¿Son sospechas nada más ó teneis cartas? ¿No podría quedar en secreto? . . . En tales casos lo mejor es no hacer ruido. . . .

—Para personas como nosotros, dijo Rawdon, no hay más que un modo de arreglar estas cosas. Hicieron que me metieran en la cárcel; yo me escapé y los hallé solos en mi casa. . . . Le llamé cobarde y mentiroso; y luego le tiré rodando por el suelo.

—Eso es lo que merecía, respondió Macnundo; pero aun no me habeis dicho su nombre.

—Lord Steyne.

—¡Diablo! . . . ¡un marqués! . . . sin embargo, decían. . . .

—¿Qué decían? gritó Rawdon; ¿habeis oído hablar mal de mi mujer, y no me habeis dicho nada?

—Hay personas de lengua viperina, amigo mio; ¿para qué os habia de repetir cosas insensatas?

—Habeis faltado á vuestros deberes de la amistad, repuso Rawdon.

Y no pudiendo contener su emocion, se cubrió el rostro con las manos y dió rienda suelta al dolor que le ahogaba.

Este espectáculo enterneció profundamente á su compañero.

—Valor, amigo mio, le dijo; recibirá un balazo y se acabó. Por lo que hace á vuestra mujer. . . . ¿qué quereis?. . . . siempre es la misma historia.

—¡Ah! no sabeis cuánto la amaba yo, dijo Rawdon con voz sorda. La seguia como un perro fiel; la daba cuanto tenia; me condené á la indigencia por casarme con ella; vendí hasta mi reloj por satisfacer todos sus caprichos. Y entretanto ella guardaba dinero y me negó doscientas libras para sacarme de la cárcel.

Y entonces contó á Macnundo, en lenguaje digno aunque confuso, todos los pormenores de esta historia.

Macnundo se hallaba atónito con aquella agitacion extraordinaria que trataba de calmar por medio de sus reflexiones.

—Quizá está inocente, decia el capitan; ella lo afirma. . . . No es la primera vez que se encontraba sola en su casa con lord Steyne.

—Sin duda, respondió Rawdon con acento triste; pero hé aquí un papel que la acusa.

Y mostraba al capitán el billete de mil libras que había hallado en la cartera de Rebeca.

—Esto le ha dado él, continuó, y no me ha dicho nada; y se hallaba en posesión de este dinero cuando se negó á sacarme de la cárcel.

El capitán tuvo que convenir en que eso era un misterio.

Acto continuo escribieron entre los dos una carta á lord Steyne.

En ella le decían que el capitán Macnundo, en nombre del coronel Crawley, tenía el honor de ponerse á las órdenes del marqués de Steyne, y le anunciaba que había recibido plenos poderes para estipular las condiciones del combate, que su señora sin duda alguna deseaba tanto como el coronel en atención al modo como habían pasado las cosas.

El capitán Macnundo añadía que suplicaba á lord Steyne designara una persona que se entendiera con él, y concluía manifestando el deseo de que el desafío tuviera lugar lo más pronto posible.

En postdata decía que tenía en su poder un billete de un valor considerable, que el coronel Crawley pensaba con fundadas razones le pertenecía, y quería entregárselo.

Mientras se elaboraba esta carta, el criado del capitán había ido á casa de Rawdon con encargo de traerle alguna ropa; poco tiempo después se hallaba de vuelta diciendo que no le habían querido dar nada.

—Nada absolutamente he podido arrancar, dijo

el criado; todo está allí revuelto; el casero quiere llevarse cuanto hay para su garantía, los criados beben vino en el salon y dicen. . . . dicen, coronel, que os habeis marchado con la plata. . . . Un criado, escitado por la bebida, grita que no saldrá de la casa sin que se le hayan pagado sus salarios. . . .

Esta insurreccion doméstica sorprendió á Rawdon y le distrajo un poco en medio de sus graves preocupaciones.

Pero un instante despues se cubrió el rostro con las dos manos, y las lágrimas que caian por sus mejillas trazaban en ellas un surco brillante.

Macnundo, enternecido con las desgracias de su amigo, se apresuró á despachar al criado.

—Baja, y que nos preparen el almuerzo, le dijo; luego daréis al coronel los vestidos que le hagan falta; siempre hemos tenido el mismo cuerpo.

Como la contienda era con un lord, el capitan Macnundo se vistió cuidadosamente. Los oficiales jóvenes, al verle en el almuerzo de toda gala, le felicitaron y le preguntaron si se iba á casar, y si era su padrino el coronel Crawley.

## LII.

### Continuacion del mismo asunto.

Rebeca no habia vuelto aún del estupor y del abatimiento en que la habian sumergido los sucesos

de la noche anterior, cuando ya las campanas de las iglesias próximas anunciaban el servicio matutino; entonces, saliendo con trabajo de su cama, llamó á la doncella francesa que hemos visto en su compañía algunas horas antes.

Pero en vano agitó la campanilla; nadie respondió á su llamamiento; la doncella hacia horas que no estaba en la casa. Después de haber recogido todas las joyas que cubrían el suelo del salón, la doncella había subido á su cuarto, había arreglado su maleta, y había salido de aquella casa, donde había conocido que nada había ya que hacer, sin decir una palabra á nadie.

Indignada mistress Crawley al ver que sus criados no respondían, y oyendo al mismo tiempo un gran tumulto en el piso inferior, se envolvió en su bata, y con paso majestuoso se fué hácia el salón de donde partía el ruido.

La cocinera, con el rostro negro por el humo de sus hornillos, se hallaba instalada en un magnífico sofá al lado de mistress Raggles, la mujer del case-ro, á quien servía copas de marrasquino.

El groom que llevaba las cartitas de Rebeca y saltaba á la trasera de su coche con tanta ligereza, comía natillas con los dedos, en tanto que el lacayo conversaba con Raggles, cuyo rostro manifestaba el dolor mas profundo.

Aunque la puerta estaba abierta de par en par y Rebeca gritaba á poca distancia, nadie la respondía.

—Vamos, mistress Raggles, otra gotita, decia la cocinera en el momento en que Rebeca entraba en el aposento con su bata blanca de cachemira.

—¡Simpson! ¡Trotter! gritaba Rebeca en el colmo del furor, ¿estais ahí con los brazos cruzados mientras os llamo yo? ¿Teneis la impudencia de sentaros delante de mí en mi sofá? ¿Dónde está la doncella?

Asustado con estas palabras el groom, se sacó los dedos de la boca, pero la cocinera, tomando la copa de marrasquino porque mistress Raggles decia que no queria mas, se la bebió lanzando á Rebeca miradas provocativas por encima de los bordes dorados de la copa.

—¡Vuestro sofá! exclamó indignada la cocinera; decid el sofá de mistress Ragles; no os incomodeis, mistress Raggles, estaos quieta. . . . Si yo quisiera estar sentada aquí hasta que me pagaran mis salarios, mucho tiempo esperaria. . . .

Y se echó otra copa que bebió haciendo un gesto insolente é irónico.

—¡Trotter! ¡Simpson! arrojad á la calle á esa borracha, aullaba mistress Crawley.

—Hacedlo vos, si gustais, respondió Trotter, el lacayo; pagadnos lo que nos debeis, y no estaremos un minuto mas en vuestra casa.

¿Pero creeis que estais aquí para insultarme? exclamaba Rebeca furiosa; cuando vuelva el coronel le diré. . . .

Esta amenaza, lejos de asustar á los criados, no hizo mas que provocar en ellos una risa unánime:

Sin embargo, Raggles no se echó á reir, tan absorto estaba en sus tristes preocupaciones.

—No volverá, repuso Trotter; ha enviado á buscar su ropa, pero yo nada he querido dar, aunque lo permitia M. Raggles. Tan coronel es él como yo; buena pareja se habia reunido para estafar al género humano.

En el aire de Trotter y en su pronunciacion empastada, se conocia que habia pedido á la botella su valor y sus inspiraciones.

—M. Raggles, dijo entonces Rebeca, en el colmo de la desesperacion, ¿me dejaréis insultar así por ese borracho?

—¡Ay! señora, decia Raggles, mucho tiempo habria podido vivir sin creer que fuese posible semejante desgracia. Conozco á la familia Crawley desde que he nacido. Treinta años he estado de mayordomo en casa de miss Crawley, y nunca habria creido que uno de los miembros de esta familia me dejaria á pedir limosna.

Y el pobre diablo, al decir esto, tenia los ojos llenos de lágrimas.

—¿Podeis darme siquiera un chelin por todo lo que me debeis? Hace cuatro años que vivís en mi casa; yo os he pagado los gastos de mesa; solo de leche y manteca me debeis doscientas libras.....

Y el buen Raggles continuó enumerando las deudas.



Decía la verdad; Rebeca y su marido le habían arruinado, tenía que satisfacer unos pagarés en la semana entrante y se hallaba sin dinero; le iban á declarar en quiebra, le iban á arrojar de la tienda y de su casa porque habia tenido la debilidad de confiar en la palabra de un Crawley.

Sus lágrimas y gemidos no hicieron mas que aumentar la arrogancia de Rebeca.

—Esto es una conspiracion contra mi persona, exclamaba; ¿qué pretendéis? Si no os pago hoy, venid mañana, y quedaréis satisfechos. Creí que el coronel habia arreglado vuestras cuentas, pero podeis estar seguros de que lo hará mañana. Os declaro, por mi honor, que se ha marchado hace pocas horas con mil quinientas libras en el bolsillo, sin dejarme nada. Id á pedirle á él. Dadme mi sombrero y mi pañuelo, voy á buscarle; hemos tenido una disputa esta mañana, pero nada tiene eso que ver con vuestras cuentas; os juro que seréis pagados.

La sangre fría que demostró Rebeca dejó á Raggles y á sus compañeros como sorprendidos y petrificados, y se miraron unos á otros sin saber lo que les pasaba.

Durante este tiempo, Rebeca habia subido á su cuarto y se vestia sin ayuda de nadie. En seguida fué al aposento de Rawdon, donde encontró los efectos arreglados con una orden al lápiz de entregarlos así que los reclamaran. De allí se dirigió á la buhardilla de su doncella; el saqueo era comple-

to, todo estaba vacío. Entonces se acordó de sus joyas que se habían quedado en el suelo, y no dudó ya un instante que aquella mujer se las había llevado.

—¡Dios mío! exclamaba; no hay otra más desgraciada en el mundo; ¡perderlo todo cuando estaba en vísperas de ganarlo todo!... ¿Y no hay esperanza?... Sí, sí, entreveo una ánora de salvación.

Se acabó de vestir y salió; eran las cuatro. Se dirigió á pie por las calles de Londres, pues no tenía dinero para pagar un carruaje, y se detuvo á la puerta de sir Pitt Crawley.

Antes de entrar preguntó si lady Jane estaba en casa, y supo con satisfacción que se hallaba entonces en la iglesia. Sir Pitt se hallaba encerrado en su despacho y había dado orden de que no dejaran entrar á nadie.

Pero nada pudo detener á Rebeca; á pesar del obstáculo que la oponía el cochero con librea, se lanzó al gabinete de sir Pitt, donde el baron se quedó sorprendido un momento en presencia de aquella aparición repentina. Se puso muy encarnado y se echó hácia atrás, lanzando á Rebeca una mirada fulminante.

—¡Ah! no me miréis así, Pitt, le dijo, en nombre de vuestra antigua amistad. No, no soy culpable; lo juro por el Dios que me oye. A pesar de las apariencias y de las circunstancias que hablan contra mí, sufro este golpe mortal en el mo-

mento en que se iban á realizar todas mis esperanzas.

—¿Conque es cierto lo que he leído en el periódico? dijo sir Pitt, que se habia sorprendido mucho con un artículo que habia visto aquella mañana.

—Certísimo. Lord Steyne me dió ayer la noticia; hace seis meses que me habia prometido un empleo para Rawdon, y el secretario de Estado de las colonias no le despachaba; por fin, anteayer le anunció que el nombramiento estaba firmado, y entretanto llegó la prision de mi marido y el lance de anoche. Mi crimen consiste en haberme sacrificado á los intereses de Rawdon. Más de cien veces he recibido á lord Steyne sola. En cuanto al dinero, cuya existencia ignoraba Rawdon, lo guardé porque no me atreví á confiárselo á él; ya sabeis que es aficionado á las disipaciones.

Y en este tono prosiguió contando toda una historia, que demostraba su arte y su sabiduría y que agitó hondamente las fibras sensibles del baron. A esto se reducía en sustancia: Rebeca reconocia con franqueza y contricion que, habiendo notado los sentimientos que inspiraba á lord Steyne (diremos de paso, que esta confidencia hizo sonrojar á sir Pitt), habia resuelto sacar partido para ella y su familia de la pasión naciente del noble personaje, teniendo al mismo tiempo buen cuidado de poner á salvo su virtud.

—Así, pues, veia para vos el título de lord, dijo

á sir Pitt que se sonrojó más todavía; y hemos hablado de esto con lord Steyne en varias ocasiones. Vuestros talentos y el interes con que os mira, hacian probable el buen éxito de mis pasos, cuando ese golpe fatal ha venido á destruir todas nuestras esperanzas. No temo decirlo; mi objeto era poner en buena posicion á mi marido, á quien amo á pesar de sus sospechas y de sus malos tratamientos. Sabiendo cuáles eran los sentimientos de lord Steyne hácia mí, continuó bajando los ojos, hice cuanto pude por agradarle en los límites permitidos á una mujer virtuosa, para conquistar lo que deseaba. Así que llegó la noticia de la muerte del gobernador de Coventry-Island, lord Steyne se apresuró á influir para que dieran ese empleo á mi marido. Yo le reservaba esa sorpresa; queria que leyera su nombramiento en los periódicos de hoy. Pero en el mismo instante en que lord Steyne se ofrecia generosamente á pagar á los acreedores de mi marido, Rawdon entró en casa, y loco de celos dió rienda suelta contra míor á todas las violencias de su carácter... Ya sabeis lo que ha sucedido, ¡ay, hermano mio! compadeceos de mí. . . . reconciliadme con mi marido.

Y entonces Rebeca se arrojó á sus piés, acompañando sus palabras de lágrimas y sollozos, y tomó la mano de sir Pitt y la cubrió de besos apasionados.

En esta posicion encontró lady Jane al baron y á Rebeca cuando, al volver del templo, corrió en

derechura al despacho, pues habia sabido que mistress Rawdon se hallaba encerrada en él con su marido.

—Me sorprende que tal mujer haya tenido la audacia de venir aquí, dijo al entrar lady Jane, pálida de indignacion y trémula de ira.

Lady Jane habia enviado en busca de noticias á su doncella, quien la contó lo que habia pasado en casa de Rawdon.

—Mistress Crawley, continuó lady Jane, se ha engañado de casa; bajo este techo existe una familia virtuosa.

Sir Pitt se estremeció al oír estas palabras, y Rebeca, sin levantarse, estrechaba mas y mas la mano del baron.

—Decidla, exclamó Rebeca, dirigiéndose á sir Pitt, que ella no sabe lo que ha pasado, decidla que soy inocente.

—Os aseguro, querida mia, que sois injusta con mistress Crawley.

Estas palabras de sir Pitt permitieron á Rebeca respirar mas libremente.

—A la verdad, la creo. . . .

—¿Qué decis? exclamó lady Jane conmovida de indignacion; es la mas despreciable de las mujeres, una madre sin corazon, una esposa sin fe. Nunca ha hecho una caricia á su hijo que venia á refugiarse á mi lado, y me contaba los malos tratamientos de su madre. Nunca se presentó en el seno de una familia sin introducir consigo la desolacion, sin que-

rer quebrantar los afectos mas sagrados por sus perniciosas seducciones y sus impudentes mentiras. Ha engañado á su marido como ha engañado á todo el mundo; es un alma perdida por la vanidad, la licencia y los crímenes. Su contacto me horroriza, no quiero que la vean mis hijos. . . .

—Lady Jane, exclamó sir Pitt levantándose, semejante lenguaje. . . .

—Sir Pitt, continuó lady Jane sin que perdiera su voz nada de su firmeza, he llenado siempre mis deberes de esposa fiel; os he conservado intacta la fe del matrimonio; he sido una mujer sumisa como debe serlo toda mujer con su marido; pero la sumision mas legítima tiene sus límites, y os declaro que no permitiré que esa mujer encuentre asilo en la casa en que yo habito. Si permanece aquí un instante, yo salgo con mis hijos; no es digna de que se practiquen con ella la prescripciones de la caridad cristiana. Elegid entre nosotras dos.

Y despues de pronunciar su enérgico discurso, lady Jane se retiró muy conmovida, y dejó á Rebeca y á sir Pitt que estaba sorprendido con aquel arranque de firmeza.

Rebeca, en vez de sentir lo que acababa de pasar, se mostraba por el contrario, muy satisfecha.

—Todo esto proviene del broche de diamantes que me habeis regalado, dijo á sir Pitt.

Poco tiempo despues lady Jane, que espiaba en la ventana de su gabinete de tocador, la vió salir

de su casa; pero ya habia obtenido de sir Pitt que iria á ver á su hermano, y trataria de reconciliarle con ella.

---

Rawdon, al entrar en el club con su amigo el capitán Macnundo, recibió las felicitaciones de todos los miembros de la sociedad.

Rawdon ignoraba de lo que se trataba, pero le pusieron en la mano un periódico donde leyó las líneas siguientes:

“Gobierno de Coventry-Island

“Los últimos despachos que nos ha traído de esa isla el bergantín *Yellow-Yack* de la marina real, contienen la noticia de la muerte de sir Tomas Liverseege, que ha sucumbido á las calenturas que reinan en Swamptown. Su pérdida será vivamente sentida por todos los habitantes de esa floreciente colonia. Sabemos que se ha ofrecido ese gobierno al coronel Rawdon Crawley, caballero del Baño, y uno de los oficiales mas distinguidos de nuestro ejército. El interes de nuestras posesiones lejanas reclama la presencia de hombres que reúnan á un valor experimentado los talentos administrativos, y no dudamos que M. Crawley se halla en posicion de llenar dignamente sus funciones.”

—¿Dónde está Coventry-Island? ¿Quién os ha de-

signado para ese gobierno? Me llevaréis de secretario, compañero, dijo el capitán Macnundo.

En tanto que Crawley y su amigo trataban de explicarse aquel misterio, el mozo del club entregó al coronel una tarjeta en la que se leía el nombre de M. Wenham, el hombre de confianza de lord Steyne.

M. Wenham quería ver al coronel Crawley.

El coronel y su padrino pasaron á recibirle á otro aposento.

—Me alegro mucho veros, dijo M. Wenham á Crawley con una sonrisa afectuosa; ¿estais en buena salud?

Y le estrechó la mano cordialmente.

—Supongo que venis de parte de. . . .

—Justamente, interrumpió M. Wenham.

—Pues aquí teneis á mi amigo el capitán Macnundo.

—Celebro conocerle, repuso M. Wenham.

Y con otra sonrisa tendió de nuevo su mano al capitán Macnundo, que se contentó con presentar un dedo cubierto con el guante, haciendo al mismo tiempo un saludo frío.

Se hallaba incomodado al ver que debía tratar con un paisano, y juzgó que lord Steyne habria podido enviarle al menos un coronel.

—Macnundo tiene poder para disponerlo todo en mi nombre, dijo Crawley; conoce mis intenciones, y me retiro á fin de que podais tratar del asunto.

—Muy bien dicho, repuso Macnundo.



—¿Por qué os retirais, mi querido coronel? dijo M. Wenham.

—Acabo de esplicarlo. . . .

—No; deseo conferenciar con vos, y la presencia del capitán Macnundo no es inútil. Por mi parte, capitán, me prometo que nuestra conversacion se terminará amistosamente.

—¡Hum! exclamó Macnundo, y añadió para sí: estos paisanos no sirven para nada.

M. Wenham se apoderó de un sillón, sacó un papel de su bolsillo y comenzó en estos términos:

—Sin duda habeis leído, coronel, la noticia que traen hoy los periódicos. El gobierno reclama los servicios de un hombre inteligente, y si aceptais el empleo, como es de creer, tendréis un sueldo elevado. Tres mil libras anuales, un clima delicioso, un palacio magnífico, un poder soberano en la colonia, y la seguridad de un ascenso próximo. Os doy la enhorabuena; ¿sin duda conoceis, señores, el alto protector á quien debe mi amigo esa gracia?

—Lo ignoro, dijo el capitán, en tanto que Rawdon se ponía encarnado como la grana.

—Pues es el hombre mas generoso y servicial que hay en el mundo, es el marques de Steyne.

—Nos veremos de frente á quince pasos de distancia antes que yo tome su empleo, dijo Rawdon encendido de ira.

—Estais enfadado con mi noble amigo, dijo Wenham, y quiero preguntaros por qué en nombre de la sensatez y de la justicia.

—¡Por qué! repitió Rawdon sorprendido.

—Sí, ¡por qué! exclamó el capitán pegando con su bastón en el suelo.

—A la verdad, señores, prosiguió Wenham con mucho calma, debéis considerar la cosa como hombres de mundo, y entonces me diréis quién tiene la culpa de todo. Al cabo de una corta ausencia entráis en vuestra casa, coronel, y halláis á vuestra señora cenando con lord Steyne. . . . ¿qué hay aquí de estraño y de chocante? Cien veces se ha presentado ese caso. En mi, alma y conciencia, os juro que vuestras sospechas carecen de fundamento, y debo calificarlas á la vez de insensatas y de injuriosas para el noble personaje que os ha colmado siempre de favores, y para la mas pura y casta de todas las esposas.

—¿Conque, segun eso, se habria equivocado el coronel? preguntó Macnundo.

—Yo creo en la virtud de mistress Crawley como creo en la de mi mujer, contestó Wenham. Creo que cegado por los celos nuestro amigo cometió entonces violencias imperdonables con un hombre que por su edad y su categoría debia ser objeto de respeto. Digo mas; digo que con su conducta ha comprometido la honra de su mujer, el bien mas precioso para un marido, el nombre que debe llevar su hijo, y en fin, su propio porvenir. . . . Quiero que sepais toda la historia, repuso entonces M Wenham con un tono trágico y solemne. Esta mañana me llamó lord Steyne, y le he encontrado en

un estado tristísimo, pero fácil de explicar en vista de las violencias de M. Crawley. Ahora añadiré que á los dolores físicos se añaden en mi noble amigo torturas morales mas acerbadas todavía. Figuraos un hombre á quien habia dispensado mil beneficios, á quien consagraba una amistad sin límites. . . . y ese hombre, en un momento de demencia, le trata con la ingratitud mas indigna. ¡El nombramiento que hoy se lee en los periódicos no era una prueba de su bondad y de su afecto?. . . . Pues sin embargo, esta mañana, cuando me presenté en el aposento de su señoría, ví que deseaba ardientemente lavar con sangre el insulto que le habia sido hecho. . . . y no ignorais, coronel Crawley, que no seria éste el primer lance.

—¿Quién le contesta su habilidad de buen tirador? repuso el coronel.

—En el primer arrebató de su justa indignacion me ordenó que os escribiera un reto: "Despues del insulto de la noche última, decia, uno de los dos debe dejar de existir."

Crawley hizo una señal de asentimiento.

—Al fin llegais al grano, Wenham, dijo el coronel

—Entonces traté de calmar la exaltacion de lord Steyne. ¡Dios mio! le decia yo, cuánto siento no haber aceptado con mistress Wenham el convite que nos hizo mistress Crawley.

—¿Tambien os habia convidado á cenar? preguntó el capitán Macnundo.

—Seguramente; la reunion era en su casa á la salida de la ópera. Pero os voy á enseñar la esquila de convite. . . . no. . . . no es este papel. . . . sin embargo, creí que la traia. . . . En fin, no le hace, yo os respondo del hecho. De modo, que si nosotros hubiéramos asistido á la cena, y no fuimos porque estaba con su jaqueca mistress Wenham, no habria habido disputa, ni insultos, ni sospechas; la jaqueca de mi pobre mujer será causa de que dos hombres de honor salgan á matarse, y que de sus resultas dos de las mejores y mas antiguas familias de Inglaterra queden sumergidas en el luto y el dolor.

Maenundo miró á su amigo como un hombre que no sabe qué pensar de lo que está oyendo.

En cuanto á Rawdon, experimentaba un sentimiento de rabia pensando que se le escapaba su presa. No creia una sola palabra de toda esa historia dicha con tanto aplomo, y no tenia medios para demostrar que era falsa.

Wenham prosiguió hablando.

—Cerca de una hora he pasado con lord Steyne suplicándole que abandonara todo proyecto de desafío. Le dije que en el estado actual las apariencias podian infundir sospechas graves, y le observé que todo hombre en vuestro lugar habria seguido vuestro ejemplo. Insistí mucho en demostrarle que en el delirio de los celos, un hombre no es dueño de sus acciones, y que en cierto modo debe ser considerado como un loco; que ese desafío seria para

vos y para vuestras familias la cosa mas desastrosa; que en la posicion de su señoría y en los tiempos actuales, era preciso evitar todo escándalo público, por la razon de que las doctrinas revolucionarias que se predicán abiertamente trastornan los espíritus; que á despecho de su inocencia pasaria por culpable ante la opinion, y que en vista de tan graves motivos debia desistir de su proyecto.

—Nada de lo que habeis dicho es verdad, exclamó Rawdon, haciendo rechinar sus dientes; todo es una infame mentira de que os haceis cómplice, y si lord Steyne es bastante cobarde para no enviarme por sí la provocacion, yo se la prometo de mi mano.

Wenham se quedó tan pálido como un cadáver al oír esta interrupcion brusca y enérgica, y al mismo tiempo miró hácia la puerta del aposento.

El capitán Macnundo tomó entonces partido por M. Wenham, y levantándose agitado, riñó fuertemente á su amigo, por su intemperancia de lenguaje.

—Me habeis confiado este asunto, y yo le terminaré á mi manera. No teneis motivo alguno para insultar así á M. Wenham, y debeis darle una satisfaccion inmediatamente. En quanto á vuestro reto, buscad otro que le lleve á lord Steyne, yo me echo fuera. Si despues de haber sido maltratado milor, consiente en quedarse quieto, ¿para qué incomodarle? En lo concerniente á mistress Crawley,

opino que nada de lo que creéis está probado, y juzgo que es inocente, como dice M. Wenham. Por último, haréis la majadería mas solemne rechazando el empleo que os acaban de dar.

—Capitan Macnundo, exclamó M. Wenham, que habia recobrado ánimo al oír estas palabras, hablais como un hombre sensato, y por mi parte quiero olvidar las espresiones que me ha dirigido el coronel en un instante de demencia.

—Estaba seguro de ello, dijo Rawdon con desprecio.

—¿Quereis callaros, testarudo? repuso el capitan en tono mas suave; todo lo que ha dicho M. Wenham está muy bien dicho.

—Todo esto, repuso el emisario de lord Steyne, debe quedar sumergido en el mas profundo silencio; así lo exigen el interes de mi noble amigo y el del coronel Crawley.

—Supongo que lord Steyne no tiene intenciones de descubrir lo que ha pasado, exclamó Macnundo, y nosotros tampoco tenemos en ello ningun interes. De todas maneras es una cosa desagradable y que debe olvidarse completamente lo mas pronto posible. Sois la parte ofendida; si os declarais satisfecho, no veo por qué nosotros dejariamos de estarlo.

M. Wenham tomó su sombrero; el capitan le acompañó hasta la puerta y salió con él, dejando á Rawdon solo presa de un furor concentrado.

Cuando se encontraron solos, el capitan, mirando

con aire desdefioso al embajador del marqués, le dijo con desprecio:

—Bonitos cuentos haceis, M. Wenham.

—Me lisonjeais, capitán, respondió el otro con una sonrisa; en mi alma y conciencia, os juro que mistress Crawley me había convidado á cenar despues de la ópera.

—¡Y la jaqueca de mistress Wenham ha producido tan tristes resultados! . . . Tengo que entregaros un billete de mil libras esterlinas y me daréis recibo; aquí está en un sobre dirigido á lord Steyne. Decidle que se tranquilice, que no se batirá, pero que no queremos su dinero.

—No hay mas que errores en este asunto, repuso Wenham con mucha candidez.

Macnundo le devolvió su postrer saludo en la escalera en el momento en que llegaba sir Pitt Crawley. El baron y el capitán se conocian ya un poco. El capitán llevó al baron al aposento en donde se encontraba Rawdon, y en el camino le confió que estaba arreglado el asunto de una manera satisfactoria.

Esta noticia causó mucha alegría á sir Pitt; felicitó mucho á su hermano por este desenlace pacífico, y le dirigió algunas observaciones morales propias del caso, sobre el desafio y sobre las deplorables satisfacciones que procura al ofendido.

Despues de este exordio, sir Pitt apeló á toda su elocuencia, para provocar una reconciliacion entre Rawdon y Rebeca. Trazó los hechos como

Rebeca se los había contado, insistió en decir, que eran verosímiles, y declaró que tenía completa fe en la inocencia de ella.

Rawdon no quiso oír nada.

—Hace diez años, exclamó, que reúne dinero en secreto. Anoche me juraba que no había recibido nada de lord Steyne, pensando que yo no descubriría su tesoro; pero le encontré. Admitiendo que no sea culpable, Pitt, su egoísmo no tiene perdón; no quiero verla, hemos concluido para siempre. . . .

Y al pronunciar estas últimas palabras, Rawdon inclinó su cabeza sobre el pecho y permaneció algunos instantes como aniquilado por un gran dolor.

—¡Pobre amigo mio! murmuró Macnundo, meneando tristemente la cabeza.

Rawdon Crawley resistió, durante algun tiempo, á la idea de tomar un empleo que debía á semejante protector. También quería sacar á su hijo de la escuela en donde había entrado, gracias al crédito de lord Steyne.

Sin embargo, las amonestaciones de su hermano y de Macnundo, le decidieron á no privarse de tales beneficios.

Cuando el marques de Steyne comenzó á recibir despues de las ocurrencias que sabemos, el secretario de Estado en el departamento de las colonias le fué á dar gracias por la escelente adquisicion que le debía el gobierno.



Lord Steyne oyó con un placer indecible semejantes felicitaciones.

Como habia pedido Wenham, toda esta historia quedó sumergida en el mas profundo silencio.

No obstante, á pesar de todas sus precauciones, en más de cincuenta casas se contó lo ocurrido, y la aventura corrió por todo Lóndres durante tres semanas.

La justicia embargó todo lo que habia en la casa del pobre Raggles.

¿Qué era entonces de la hermosa divinidad que resplandecía en aquel templo? ¿Cuál era su suerte? ¿Quién preguntaba si era ó no culpable? Dios sabe cuál es la caridad de la especie humana, y cuáles son sus escelentes disposiciones para transformar en certidumbre las dudas.

Unos decian que Rebeca se habia ido á Nápoles con lord Steyne, y que su señoría, al saber su llegada, habia corrido á refugiarse en Palermo; otros suponian que se habia ido á Francia, y otros que estaba encerrada en un colegio de Chettenham.

Rawdon la constituyó una renta regular, y por esperiencia sabemos que ella sabia hacer papel con poco dinero.

En cuanto á las deudas, Rawdon habria deseado pagarlas antes de salir de Inglaterra si una compañía de seguros sobre la vida se hubiera querido encargar de ello mediante una suma anual; pero el clima de la isla de Coventry tenia una reputacion detestable.

Sin embargo, con mucha exactitud enviaba una parte de su sueldo á su hermano, escribía muy á menudo á su hijo. También hizo regalos de cigarrros á Macnundo, y de dulces y frutos coloniales á lady Jane.

El niño Rawdon se volvía loco de júbilo cuando recibía carta de su padre. Su madre no hizo jamás ninguna tentativa para verle; iba á pasar los domingos y días de fiesta á casa de su tía, y en todo el parque de Crawley-la-reina no se encontraba un nido de pájaros que él no conociera perfectamente.

### LIII.

#### **Jorge Osborne convirtiéndose en un gran personaje.**

Jorge Osborne llevaba una vida de príncipe en casa de su abuelo en Russell-Square. En calidad de heredero presuntivo de todo aquel lujo que le rodeaba, ocupaba el antiguo cuarto de su padre. Su buena figura, su aire noble y sus pretensiones de elegancia, le habían granjeado el cariño de M. Osborne, que se enorgullecía con semejante nieto.

Gracias á la educación que recibía y á su perspicacia natural, Jorge no tardó en descubrir que su abuelo era un tonto, y por consiguiente le sometió á todas sus voluntades sin estimarle profundamente.

En tanto que Amelia pasaba las largas horas del día presa de una pesadumbre inconsolable, y suspiraba en la soledad de las noches por la ausencia de su hijo idolatrado, éste, en medio de las diversiones y los placeres que le prodigaban, apenas echaba de ver la ausencia de su madre. Cuando lloran los niños porque les mandan á la escuela, no debe atribuirse esta sensibilidad á un motivo de ternura y de afecto; si lloran, es porque ven ante sí el enojo del estudio y del trabajo.

Jorge se embriagaba pues con el lujo y la opulencia que debía al orgullo y á las talegas de M. Osborne. Aunque no tenia mas de once años, usaba ya botas de campana lo mismo que los hombres; tenia espuelas doradas, un látigo con puño de oro, un alfiler de diamantes en la corbata, y guantes de cabritilla de los mas finos.

Su madre le habia regalado dos corbatas, y le habia hecho algunas camisitas; pero cuando el elegante en ciernes fué á ver á su madre, llevaba pechera de batista y en ella botones de brillantes; los dones de la pobre viuda fueron á parar al hijo del cochero.

Amelia quiso persuadirse de que se alegraba por aquella sustitucion, y á la verdad veia con placer á su hijo vestido lujosamente.

La viuda poseia un perfil del niño por el que habia pagado un chelin, y le tenia colgado á la cabecera de la cama al lado de otro retrato que ya conocemos. Un dia Jorge, al hacerla su visita acos-

tumbrada, sacó de su bolsillo un estuche de tafíete, y se le presentó á su madre con orgullo.

—Le he pagado con mi dinero, mi querida mamá, la dijo.

Amelia abrió el estuche y lanzó un grito de sorpresa y de júbilo; en seguida tomó al niño en sus brazos y le cubrió de besos.

Era el retrato de su hijo en miniatura perfectamente pintado por un pintor de fama. El abuelo habia encargado á este artista, cuyos cuadros hacian furor entonces, el retrato de Jorge; y éste, que tenia entonces los bolsillos llenos de dinero, preguntó al pintor cuánto le llevaria por hacerle otro retrato, diciendo que era un regalo para su madre, y que queria pagarle de lo suyo. El pintor le hizo una copia por un precio módico. Cuando supo el lance M. Osborne se quedó estasiado de admiracion por su nieto, y le dió el doble de lo que le habia costado la miniatura.

¿Pero podia compararse la admiracion del abuelo con la de Amelia? Esta muestra de cariño por parte de Jorge la hacia creer que su hijo no tenia igual en el mundo en cuanto á bondad y buenos sentimientos.

Muchos meses la duró esta alegría; se dormia mas contenta con aquel retrato debajo de su almohada. Diariamente le cubria de lágrimas y de besos; diariamente oraba levantándole al cielo con sus manos. Nunca habia experimentado tanta satisfaccion desde que se habia separado de Jorge.

En su nueva condicion, Jorge se conducia como un gentleman. En la comida ofrecia vino á los que estaban á su lado con mucha gravedad, y bebia el Champaña con un aplomo imperturbable.

Uno de los sastres mas famosos de la alta aristocracia tenia la mision de vestirle; así es que estaba equipado como un príncipe. Tenia casacas de casimir blanco para las soirés, casacas de terciopelo para las comidas, y en casa llevaba una bata de cachemira.

Un criado agregado á su persona le ayudaba á vestirse, y le entregaba las cartas en una bandeja de plata.

Despues del almuerzo Jorge se reclinaba en el gran sillón del comedor y leia el *Morning-Post*, como habria hecho un hombre de la estatura ordinaria.

Los que se acordaban de su padre el capitán, decian que se parecia á él en todo. Su carácter imperioso y alegre tenia siempre en movimiento toda la casa.

El cuidado de la educacion de Jorge fué confiado á un pedante de la vecindad que tenia un establecimiento para educar á los hijos de la nobleza.

Algunos meses despues de la entrada de Jorge en casa de su abuelo paterno, vino á morir mistress Sedley. Nunca habia existido entre la abuela y el nieto un cariño extraordinario, de modo que Jorge no sintió sobremanera esa desgracia. Se vistió de

lato y fué á ver á su madre, á quien dijo sentia mucho no poder ir al teatro.

Amelia fué un ejemplo de celo y abnegacion durante la última enfermedad de su madre. ¡Ah! los hombres ni aun siquiera sospechan los padecimientos y los sacrificios que constituyen toda la vida de las mujeres. Con nuestra supuesta superioridad de espíritu, no podriamos soportar la centésima parte de las pruebas que atraviesan cada dia esos ángeles de resignacion; sumision continua y sin esperanza de recompensa; bondad y dulzura que no se desmienten en presencia de una dureza inflexible; amor, paciencia, solicitud, cuidados continuos, que nuestra ingratitud y nuestra indiferencia no saben ni agradecer con una palabra lisonjera. ¡Cuántas hay entre ellas que tienen el alma quebrantada por el dolor en tanto que su rostro respira la calma y la alegría! Esclavas tiernas y débiles, tienen que ocultar sus tormentos bajo las apariencias de una felicidad que no existe.

De su sillón valetudinario la madre de Amelia habia pasado á su cama para no levantarse mas.

Su hija no la abandonaba mas que para ir á ver á su querido Jorge, y para eso la enferma la reñia por esas cortas ausencias. Ella, que habia sido una madre tan buena y tan indulgente en los tiempos de su prosperidad, se hallaba ahora irritada por la desgracia y la pobreza.

Pero esos accesos de mal humor no entibiaban el amor de su hija; era en cierto modo como un en-

treacto de sus demás dolores; su pensamiento se hallaba distraído de esas preocupaciones crueles por las exigencias continuas de la enfermedad.

Amelia lo soportaba todo con una suavidad inalterable; levantaba la almohada que su madre siempre encontraba incómoda, y dulcificaba sus padecimientos con esas buenas palabras cuyo secreto conocen únicamente los corazones buenos y sencillos. Por último, cerró aquellos ojos que durante largos años habían tenido para ella tantas y tan tiernas miradas.

Entonces consagró toda su ternura á su desgraciado padre, abatido por el último golpe que acababa de sufrir; su mujer, su honra, su fortuna, todo había desaparecido. Amelia era el único apoyo que le quedaba en el mundo.

#### LIV.

##### **Regreso del mayor Dobbin.**

El mayor Dobbin obtuvo fácilmente una licencia de su comandante, y con ella pudo marchar inmediatamente á Madrás, donde debía embarcarse para Europa. No cesó de viajar de noche y de día hasta su destino, y así es que llegó á Madrás con una fiebre que le devoraba. Los criados que le acompañaban le transportaron en un estado muy alar-

mante á casa de uno de sus amigos donde debia permanecer hasta su embarque; pero durante muchos dias se temió que se quedaria en el cementerio de Madrás al lado de tantos valientes oficiales muertos lejos de su patria.

En tanto que el infeliz Dobbin se hallaba consumido por el fuego de la calentura, los que velaban en su cuarto pudieron distinguir entre las palabras confusas que pronunciaba en su delirio el nombre de Amelia. A esos trasportes de exaltacion febril sucedia en los momentos lúcidos una postracion completa pensando que quizá no la veria. Creyendo que habia llegado su última hora, hacia sus preparativos para pasar al otro mundo, ordenaba sus asuntos y disponia de su pequeña fortuna en favor de aquellos que queria se aprovecharan de ella.

El amigo en cuya casa estaba, le sirvió de testigo para su testamento. Pidió que le enterraran con el cordon de pelo que llevaba al cuello. Y aquí, para no faltar á la verdad, confesaremos que se le habia procurado por la doncella de Amelia, cuando hubieron de cortar el pelo á la jóven viuda de Bruselas, durante la enfermedad que la causó la muerte de su marido.

Por fin llegó á restablecerse y se embarcó á bordo del *Ramchunder*, de la compañía de las Indias orientales, que venia de Calcuta con parada en Madrás. El pobre Dobbin se hallaba tan débil, que su amigo, que le habia cuidado en su enfer-



medad, auguraba mal de los resultados de aquel viaje.

No obstante, á pesar de esta profecía, el aire benéfico del mar, ó sin duda la esperanza que renacía mas viva en el corazón del convaleciente conforme adelantaba el buque en su marcha, devolvieron la vida y la salud á nuestro amigo.

Debemos decir, que durante el tiempo que habia pasado Dobbin en Madrás, su regimiento habia recibido la orden de regreso, y que el mayor habria podido volver con sus compañeros si hubiese tenido un poco de paciencia.

Quizá no queria entregarse á las tentativas de Glorvina en aquel estado de flaqueza.

—Desearia saber lo que habria hecho de mí miss O'Doow, decia riendo á su compañero, si hubiese venido con nosotros. Despues de haberme visto desaparecer, habria caido sobre vos, mi querido José, y sin duda os habria llevado á remolque hasta Southampton.

El compañero de Dobbin era efectivamente el robusto José, que volvia á Inglaterra despues de haber pasado diez años en Bengala. Un régimen de comidas, de pasteles, grogs y vino de Burdeos, y en fin, el aguardiente y el rom habian acabado por exigir su viaje á Europa. Además, habia concluido su tiempo de servicio en la compañía de las Indias, y su sueldo fué bastante crecido para que pudiera hacer ahorros considerables. Nada le impedia pues vol-

ver á su patria para disfrutar de la pensión á que tenia derecho.

Quizá estaba menos robusto que cuando le conocimos; pero su andar era mas solemne y majestuoso. Se habia dejado crecer los bigotes, y llevaba con profusion alhajas y alfileres de diamantes. Le acompañaba un indígena, que le servia y llenaba su pipa de tabaco; la existencia de este hijo del Oriente era poco dichosa bajo el despotismo de José Sedley.

Como no habia señoras á bordo, y el mayor habia cedido la preferencia al empleado civil, éste tenia en la mesa el puesto de honor; por eso el capitán y los oficiales del *Ramchunder* le prodigaban todas las consideraciones debidas á su rango. Además, con su afabilidad y su cortesía habia sabido ponerse bien con todo el mundo.

¡Cuántas veces, en una noche templada y hermosa, en tanto que el buque trazaba su línea de espuma sobre las olas, y la luna y las estrellas brillaban en la bóveda celeste, Sedley y el mayor, sentados sobre cubierta y fumando, hablaron de su pais natal!

En esas conversaciones íntimas el mayor hacia recaer la conversacion en Amelia y su hijo, en tanto que José hablaba de las desgracias de su padre y de la carga que era para él.

El mayor trataba entonces de infundirle mejores sentimientos, inculcándole las consideraciones que debia al infortunio y á los años. No hay duda que

José no podría participar del género de vida de los dos ancianos, después de haber estado en una sociedad diferente; pero esto podía remediarse poniendo una buena casa en Londres. Su hermana Amelia no podía ser más á propósito para dirigir su interior; era el buen gusto, la bondad personificada, la perfección bajo todos conceptos. Le recordaba cómo había sido admirada en otro tiempo en Bruselas y en Londres; luego le insinuaba que tenía el deber de poner á Jorge en un buen colegio; y tanto insistía en estas cosas, que acabó por arrancar á José la promesa de que se haría el protector de Amelia y de su hijo.

Ignoraba los acontecimientos que habían sobrevenido en la familia Sedley: la muerte de mistress Sedley, la separación de Amelia y de su hijo, y la fortuna de este último. Pero lo cierto es que el mayor no pensaba siempre más que en Amelia y en los medios de serla útil. A José le prodigaba lisonjas inagotables, y sentía hacia él un cariño que se explica fácilmente. Aquellos de nuestros lectores que tienen hermanas ó hijas, deben haber notado cuán amables son con ellos los hombres que hacen la corte á las mujeres de su familia, y quizá el mayor era digno de figurar entre estos adeptos de la hipocresía.

De todos modos el mayor Dobbin no comenzó á restablecerse de veras sino después de una conversación que tuvo en el buque con su amigo. Dobbin había dicho entonces á José, que no le quedaba más

recurso que someterse á su destino, que dejaba alguna cosa á su ahijado en su testamento, y que se prometia que mistress Osborne seria dichosa con el nuevo esposo que elegia.

—¡Casamiento! exclamó José; no es verdad, nunca me ha hablado de casamiento en sus cartas.

Lo que se habia anunciado á su hermano habia sido el matrimonio del mayor Dobbin, añadiendo que hacia votos muy sinceros por su felicidad.

Desde aquel dia el mayor Dobbin recobró rápidamente la alegría y la fuerza; sus compañeros de travesía no pudieron esplicarse una metamórfosis tan completa. Se hizo tan popular á bordo, que á su desembarco en Southampton toda la tripulacion le saludó con sus aclamaciones.

Dobbin llegó á Lóndres volando, y su primera visita fué para Amelia.

Mistress Clapp, la dueña de la casa, y su hija miss Polly, se quedaron atónitas con la aparicion del mayor, se estrecharon las manos y pasaron al aposento de John Sedley. Dobbin reconoció todos los muebles y se sentó en el sillou de su antiguo amigo. La madre y la hija, mezclando su relato con las exclamaciones mas patéticas, informaron al mayor de todos los sucesos que conocemos ya.

Dos ó tres veces Dobbin estuvo á punto de entablar la cuestion del casamiento, pero siempre se detuvo para no declarar los secretos de su corazon.

Por último, le dijeron que mistress Osborne se había ido á paseo con su padre, á quien acompañaba siempre, porque estaba muy abatido y achacoso.

—Tengo poco tiempo de que disponer, dijo el mayor, y esta noche estaré ocupado; sin embargo, quisiera ver á mistress Osborne; ¿tendría la bondad miss Polly de acompañarme?

Miss Polly se prestó á ello con mucho gusto, pues sabía dónde podria hallarlos. Fué á vestirse, y al cabo de pocos minutos volvió con su sombrero nuevo, el pañuelo amarillo de su madre y un broche de piedras falsas, todo para figurar dignamente al lado del mayor.

Dobbin, de casaca azul y con guantes de piel de gamo, ofreció su brazo á la jóven, y ambos partieron alegremente. Agradábale al mayor el tener á alguien junto á sí durante una entrevista que le inspiraba cierto terror. Hizo á la jóven mil preguntas acerca de Amelia, y Polly trató de satisfacer aquella curiosidad inagotable.

En el camino sobrevino un incidente que causó un vivo placer á nuestro amigo. Encontraron á un jóven pálido, escasas patillas y corbata blanca que se paseaba con dos señoras. Una de ellas era alta y delgada, y se parecía en las facciones y en el aire al ministro anglicano á quien daba el brazo.

La otra era pequeñita y morena; llevaba un hermoso sombrero nuevo cubierto de cintas blancas, é iba envuelta en una esclavina lujosa.

Miss Polly y el acompañante de estas dos señoras se saludaron.

—¿Qué personas son esas? preguntó el mayor riéndose de aquel trío burlesco cuando ya no podían oírle.

La jóven le miró con aire malicioso.

—Es nuestro ministro, el reverendo M. Binney (el mayor se estremeció) con su hermana miss Binney. La que va tan lujosa es mistress Binney, hija de un tendero de Kensington Garden. Se casaron el mes último; posee cinco mil libras esterlinas de renta, pero ya están reñidas ella y miss Binney, que hizo ese matrimonio.

El mayor casi estuvo tentado de ponerse á dar saltos de alegría; pegó con el baston en el suelo de un modo tan extraño, que miss Polly no pudo menos de echarse á reír; luego se quedó algunos momentos silencioso, con la boca abierta, siguiendo con la vista á las tres personas que se alejaban, en tanto que la jóven se estendía en pormenores acerca de ellos; pero la única cosa que él habia oído, era que el ministro se habia casado con una mujer que no era Amelia, y esto le bastaba.

En seguida aceleró el paso, y pronto llegaron á la entrada de Kensington Garden.

—Ya estamos, dijo miss Polly, y sintió que el brazo del mayor temblaba.

—Id delante para advertirla, exclamó el mayor. Polly partió como una flecha.

El viejo Sedley estaba sentado en su banco favo-

rito con el pañuelo al lado, y repetía por la centésima vez alguna antigua historia á la pobre Amelia, que sin embargo sonreía con la relación del anciano.

Viendo á Polly que llegaba corriendo, Amelia se levantó sobresaltada. Su primer idea fué que le había sucedido alguna desgracia á Jorge; pero el rostro alegre de la mensajera disipó muy luego los temores que surgían en el corazón de aquella tierna madre.

—¡Buena noticia! ¡Buena noticia! gritó la jóven; ¡ha llegado, ha llegado!

—¿Quién? preguntó Amelia sin dejar de pensar en su hijo.

—Mirad por allí, repuso miss Polly estendiendo su mano en la dirección que indicaba.

Amelia distinguió el rostro pálido de Dobbin y los inmensos contornos de su sombra que se dibujaban sobre la yerba. Entonces la tocó á ella temblar, sourojarse y verter lágrimas. En las grandes circunstancias, las lágrimas eran siempre el supremo recurso de aquella sencilla criatura.

Los ojos de Dobbin se clavaron con ternura en Amelia; era la misma de antes; únicamente sus mejillas estaban un poco pálidas, su rostro algo mas lleno; sus ojos manifestaban como siempre la bondad y la confianza. Apenas algunos hilos de plata se destacaban sobre sus negros cabellos.

Tendió las dos manos á Dobbin con una sonrisa velada por las lágrimas; y él apoderándose de sus

dos manos las estrechó algunos instantes en las suyas en medio de una contemplación muda.

¿Por qué no la estrechó entonces en sus brazos? ¿Por qué no la juró que en adelante no se separarían? Seguramente no habría hallado ninguna resistencia por su parte.

—Tengo. . . . tengo que anunciaros la llegada de otra persona, exclamó al cabo de un momento de silencio.

—¿De mistress Dobbin? preguntó Amelia haciendo un movimiento involuntario.

¡Ah! ¡Qué momento aquel para declararla el secreto que pesaba sobre su corazón!

—No, no, respondió soltando sus manos; ¿quién ha podido induciros en semejante error? He venido en el mismo buque con José, que vuelve para daros la felicidad.

—¡Padre mio! ¡Padre mio! exclamó Amelia; oid las buenas noticias; mi hermano está en Inglaterra, viene á cuidar de vos. . . . . y aquí está el mayor Dobbin.

M. Sedley alzó la cabeza como un hombre cogido de improviso y que trata de recoger sus pensamientos; hizo al mayor un saludo profundo á la antigua usanza, y le preguntó si su digno padre sir William continuaba siempre en buena salud, añadiendo que próximamente le devolvería la última visita que le había hecho. Hacia ocho años que sir William no había visitado al pobre Sedley.

—No tiene la cabeza firme, dijo Amelia á Dob-



bin en voz baja en el momento en que este último estrechaba cordialmente la mano del anciano.

A pesar de los negocios importantes que Dobbin suponía tener aquella noche, se comprometió á ir á tomar el té con M. Sedley.

Amelia abrió la marcha del brazo con su joven amiga, y M. Sedley las seguía con el mayor. El anciano andaba muy despacio y aprovechó el tiempo para contar á Dobbin una porción de historias á cual mas antiguas sobre él, sobre su esposa querida, sobre su pasada prosperidad, y por último, sobre su quiebra.

El mayor le dejaba hablar cuanto quería, y durante ese tiempo sus ojos no se apartaban del sér adorado que marchaba delante, de aquella querida imágen siempre presente en su imaginación; aparición divina que embellecía todos sus sueños.

Aquella noche la alegría interior de Amelia se manifestaba en todos sus movimientos. Cumplió con sus deberes de ama de casa con una gracia encantadora; al menos así le pareció á Dobbin.

Por fin llegó para él aquel momento por el que suspiraba hacia tantos años. ¡Cuántas veces en países lejanos, bajo los rayos abrasadores del sol de la India, en medio de las marchas forzadas, su pensamiento había atravesado los mares y se había trasladado adonde estaba Amelia! Entonces le aparecía tal como la veía ahora, como un ángel consolador para la vejez de su padre, que realizaba su indignancia con toda la grandeza de la resignación.

El mayor decía que el té era exquisito porque le recibía de manos de Amelia, y Amelia le ponía tazas y más tazas, como complaciéndose en fomentar maliciosamente las disposiciones del mayor. A decir verdad, ignoraba que el mayor no había comido aún, y que le esperaba su cubierto en casa del fondista Slaughter, en aquel mismo lugar donde Jorge y Dobbin habían comido juntos alegremente, cuando Amelia era una niña que acababa de salir del colegio de miss Pinkerton.

La primera cosa que mistress Osborne enseñó al mayor fué la miniatura de Jorge. El niño, á decir verdad, era mil veces más bonito; ¿pero no había hecho una noble acción regalando aquel retrato á su madre?

Hasta el momento en que su padre comenzó á dormirse, no habló mucho de Jorge; era muy doloroso para el anciano el oír hablar de M. Osborne de Russell-Square; no sospechaba el infeliz que hacía muchos meses estaba viviendo gracias á la generosidad de su rival, y aquel nombre pronunciado en su presencia, habría escitado en él la ira más violenta.

Dobbin contó á Amelia lo que había pasado á bordo del *Ramchunder*, y exageró quizá las benévolas disposiciones de José respecto de su padre; lo cierto es que el mayor había concluido por arrancarle la promesa de que se encargaría de su hermana y de su sobrino. En una palabra, para decirlo todo, Dobbin se olvidó de la verdad hasta el pun-

to de asegurar al anciano M. Sedley, que si José había vuelto á Europa había sido solo por el gusto de verle.

A su hora acostumbrada el anciano comenzó á roncar en su sillón, y Amelia pudo entablar entonces aquella conversacion que deseaba tan ardientemente, puesto que Jorge debía ser el objeto esclusivo de ella. No dijo nada á Dobbin de lo que había sufrido con la separacion, pues aunque aquella herida estaba siempre abierta, consideraba que no debía sentir el no tenerle en su compañía. No obstante, tenia mil cosas que contar acerca de su hijo, sobre sus cualidades, sus talentos y su porvenir; le pintó su hermosura angelical, le citó mil ejemplos de su generosidad, de la nobleza de su corazón, y por último, le hizo elogios del reverendo Lawrence Veal, el maestro de Jorge, que era un hombre prodigioso por su erudicion.

—Lo sabe todo, decia Amelia, y tiene reuniones encantadoras. . . . Estoy segura de que tendréis mucho gusto en asistir á ellas. . . . . recibe el último martes de cada mes. . . . Dice que no hay puesto ni el foro ni en la política que Jorge no pueda alcanzar. . . . ¡Oh! William, añadió tomando la mano del mayor, ¡qué tesoro me vino del cielo cuando Dios me dió ese hijo!. . . . Es la alegría y el consuelo de mi vida. . . . es la imagen viva. . . . del que ya no existe.

¡Qué fidelidad! se decia Dobbin á sí mismo; ¿cómo puedo tener celos de un amigo que hoy duerme

en la tumba. . . . . ¡Jorge, Jorge, no habeis sabido apreciar el amor de Amelia!

Estas reflexiones cruzaron por la mente de William en menos tiempo del que hemos necesitado para escribirlas, en tanto que estrechaba la mano de Amelia y ésta se pasaba el pañuelo por los ojos.

—Amigo mio, le decia, siempre me habeis demostrado una sinceridad decisiva. . . . . Pero mi padre se despierta; mañana iréis á ver á Jorge, ¿no es verdad?

—Mañana no podré, respondió Dobbin; tengo mucho que hacer.

No queria confesar que todavía no habia visto á su familia. Por fin, se decidió á despedirse de Amelia, y dejó sus señas para que se las dieran á José cuando llegara.

Así pasó su primer dia en Londres.

## LV.

### El piano.

La visita del mayor dejó á John Sedley en un estado de grande agitacion. En toda la noche pudo lograr su hija que se entregara á sus distracciones ordinarias. Principió á revolverlo todo, porque que-

ría tener bien arreglados sus papeles para cuando llegara José.

A la otra mañana Amelia encontró á su padre levantado; nunca habia madrugado tanto.

—No he podido cerrar los ojos, mi querida Amelia, dijo á su hija. Me he acordado mucho de tu pobre madre; pensaba que, si hubiera vivido, se habria paseado conmigo en el coche de José. Tambien ella tuvo coche en otro tiempo. . . .

Y sus ojos se llenaron de lágrimas.

Amelia las enjugó y besó á su padre con una dulce sonrisa, luego puso la corbata al anciano, y prendió en ella el alfiler de oro, triste resto de su antiguo esplendor.

Instalado de esa manera en su viejo sillón con el traje de los domingos, esperó la llegada de su hijo desde las seis de la mañana.

Ya principiaba á ser de noche, cuando llegó estrepitosamente un carruaje y se detuvo ante la puercecilla de Brompton; era el carruaje de José, quien movido por un sentimiento de ternura filial, habia querido ver á su padre antes de ir al cuarto que Dobbins habia debido tomar para él en la fonda de Slaughter.

José hizo su entrada solemnemente, acompañado de un nuevo criado que tomó en Southampton, y de un negro transido de frío.

Cerraremos discretamente la puerta cuando entró José con su anciano padre y su dulce y amable hermana. El anciano se conmovió extraordinaria-

mente; su hija no se conmovió menos, y José participó también un poco de la ternura general.

Al cabo de diez años de ausencia, ¿quién puede ser bastante egoísta para que los recuerdos del pasado y los lazos de familia no ejerzan alguna influencia sobre él? La separación consagra los afectos de la edad tierna, y cuando se piensa en los placeres de otros tiempos, las penas que los rodearon desaparecen. José estrechó con emoción verdadera la mano de su padre, á pesar de la frialdad que habían establecido entre ellos las relaciones comerciales. Además, estaba hechizado al ver á su hermana, tan encantadora en la época en que las pesadumbres no habían borrado aún la sonrisa de sus labios, y con dolor contemplaba las hondas arrugas que la desgracia, la indigencia, el infortunio y los años, habían estampado en la fisonomía de aquel anciano, que tan duras pruebas había sufrido en esta vida.

Amelia recibió á su hermano en la puerta y le deslizó algunas palabras al oído para noticiarle la muerte de su madre y recomendarle que no hablase de ella delante del anciano. ¡Inútil precaución! por allí principió Sedley derramando abundantes lágrimas. La emoción fué contagiosa para el empleado en las Indias, y este espectáculo le sugirió reflexiones muy serias.

El resultado de la entrevista fué, sin duda, muy satisfactorio; pues cuando José se volvió al carruaje, Amelia, abrazando tiernamente á su padre, le

preguntó con aire de triunfo, si no había tenido razón para decirle siempre que José era el mejor de todos los hijos.

Efectivamente, José, enternecido al ver aquella miseria, declaró á su padre y á su hermana que sin tardanza queria arrancarlos de aquel estado, y que mientras permaneciera en Inglaterra, podían disponer de su casa y de todo cuanto poseia. Amelia hacia divinamente los honores de la mesa, hasta el momento en que fuese por su propia cuenta dueña de casa.

Al oír estas palabras, la infeliz mujer dejó caer tristemente su cabeza sobre el pecho, y en seguida comenzó á llorar abundantemente; había adivinado muy bien el sentido oculto de estas palabras.

En la misma noche de la visita del mayor, habló largamente del asunto con su jóven amiga mis Polly, quien por su parte la hizo un descubrimiento: la contó el estremecimiento, el movimiento de júbilo que vendieron á Dobbin, cuando al pasar á su lado M. Binney con su esposa, reconoció que no tenia ya que temer á aquel rival.

—¡Ay! exclamó la jóven, sus ojos no se apartaron de vos un solo instante, y creo que si ha encañecido, ha sido á fuerza de pensar en vos.

Amelia alzó entonces la vista para mirar los retratos de su marido y de su hijo que estaban colgados á la cabecera de su cama; y luego ordenó á miss Polly que jamas la hablara de cosas semejantes.

El mayor Dobbin habia sido el amigo íntimo de su marido, su afectuoso protector y el de su hijo; le amaba como un hermano; pero una mujer que habia alcanzado la felicidad de tener un esposo como el suyo, no podia pensar en contraer un nuevo matrimonio.

Y al decir esto, sus ojos no se apartaban del retrato.

Amelia, instruida de la pasion del mayor, no experimentaba hácia él aversion ni desden; ¿qué mujer habria podido enfadarse con el amor de un corazon tan leal y tan sincero? Sin fomentar su pasion, Amelia le tenia la estimacion y la amistad de que era tan merecedor, y mientras encerrase en sí sus sentimientos de ternura, ella le recibiria franca y cordialmente; pero si llegaba á hacerla proposiciones, entonces tomaria la palabra para cortar esperanzas que jamas debian llegar á ser una realidad.

Aquella noche, despues de su conversacion con miss Polly, se durmió con un sueño mas profundo. Esperimentaba una alegría de que no habia disfrutado hacia mucho tiempo.

—Mucho me alegre, se decia, que no se haya casado con miss O'Doow. La hermana del coronel O'Doow carece de la delicadeza de sentimientos que debe poseer la mujer del mayor William.

Pero entre las mujeres que conocia, ¿cuál habria convenido al mayor?... Mistress Osborne, antes de dormirse, no pudo descubrir ninguna.



José se hallaba tan bien instalado en la fonda de Slaughter, que no se habría movido de ella sin las vivas instancias del mayor; pero nuestro digno amigo prometió no dejarle en paz hasta que no se hubiese llevado en su compañía á Amelia y á su padre.

Así pues, al cabo de poco tiempo de la llegada de José á Londres, tuvo lugar una escena muy tierna en la humilde morada donde los Sedley habían pasado diez años de su vida. El carruaje de José fué á buscar una mañana al viejo Sedley y á su hija para no volverlos á llevar á semejante casa. Las lágrimas que los dueños de la humilde vivienda vertieron en esta ocasión fueron muy sinceras.

Amelia al salir de Brompton dejó en recuerdo á la joven todos los muebles que había en la casa, únicamente se llevó los cuadros que estaban á la cabecera de su lecho, y su viejo piano cuyos sonidos eran muy sordos por causa de la estrechez del instrumento; pero por nada en el mundo se habría desprendido de él. Aun era niña cuando comenzó á tocarle; luego era un regalo de sus padres, y cuando su familia se encontró en la miseria, fué salvado del naufragio, y le fué regalado por segunda vez.

El mayor experimentó una grande alegría cuando al examinar la nueva casa de José, vió llegar de Brompton en medio de los cofres el viejo piano; Amelia quiso colocarle en su cuarto, bonita pieza del segundo piso que tocaba á la de su padre.

—Mucho me complace el ver que le habeis con-

servado, exclamó Dobbin; temia que no os habiérais acordado de él.

—Es quizá la cosa que mas quiero en el mundo, respondió mistress Osborne.

—¿De veras, Amelia? preguntó el mayor.

El mayor que le habia comprado, aunque jamas habia dicho nada, no podia suponer que Amelia se engañara hasta el punto de creer que le debia á otro.

Ya iba á dirigirla la pregunta que hacia tanto tiempo tenia en los labios, cuando dijo Amelia:

—¿Qué tiene eso de extraordinario? ¿No me le dió él?

—¡Ah! Ignoraba, exclamó Dobbin, sin poder concluir su frase.

Amelia no paró al pronto su atencion en el aire triste de Dobbin; pero despues, recordando todo esto y reflexionando bien, adquirió la dolorosa certidumbre de que era William y no Jorge, como ella se figuró, quien la habia dado aquel piano.

Habia querido y conservado como una reliquia de Jorge, como un tesoro, un regalo de otro. ¡Cuántas veces, sola, delante de su piano, habia pasado largas horas pensando en Jorge! ¡Cuántas veces en esta soledad habia arrancado de aquellas teclas notas melancólicas, derramando lágrimas amargas!

Si el piano no provenia de Jorge, ningun valor tenia ya para ella; así, cuando despues de este descubrimiento el viejo Sedley la pidió que tocara, ella

le respondió que el instrumento estaba muy desafiado, y que la dolía mucho la cabeza.

Luego, según su costumbre, se echó en cara su egoísmo y su ingratitud, y resolvió dar satisfacción á William.

Algunos días después, cuando estaban en el salón y José se dormía, Amelia dijo con voz débil al mayor Dobbin:

—Tengo que pedirlos mil perdones.

—¿Y por qué?

—Por... por lo del piano... Nunca os he dado las gracias... hace muchos años de esto... antes de mi matrimonio... creía que me venía de otro... Gracias, William.

Y al mismo tiempo le tendió la mano; pero el corazón de la pobre mujer estaba muy angustiado, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

William no pudo contenerse más.

—¡Amelia! ¡Amelia! exclamó; yo compré ese piano para vos, porque os amaba entonces, como os amo ahora; al fin debo decíroslo... creo que mi amor nació el primer día que os ví, cuando Jorge me llevó á vuestra casa para que conociera á su futura esposa. Entonces erais una niña; teniais un vestido blanco, y muchos rizos adornaban vuestra cabeza de ángel. Llegasteis cantando; aun me parece que os estoy viendo; por la noche fuimos al Vauxhall; desde aquel momento no he pensado más que en una mujer en el mundo, y esa mujer sois vos. Durante los doce años que han trascurrido,

creo no haber pasado una hora entera cada día sin pensar en vos. Vine á decíroslo antes de mi marcha á la India; pero entonces os hallé tan indiferente y tan fría, que no tuve valor para declararme; mi presencia ó mi marcha era para vos la misma cosa.

—¡Ah! soy una ingrata, exclamó Amelia.

—No, no; una indiferente, continuó Dobbin con desesperacion. Pero ¿con qué derecho puedo exigir yo otros sentimientos en una mujer? Ahora sé á qué atenerme. Vuestro descubrimiento sobre el piano os ha desgarrado el corazon; sentís que os le haya regalado yo, que no haya sido Jorge. . . . ¡Ah! Perdonadme un momento de olvido, sin el cual no habria hablado jamas como acabo de hablar; perdonad un minuto de extravío al hombre que sufre hace tantos años.

—Ahora sois vos quien está bien duro y bien cruel, dijo Amelia animándose; Jorge continúa siendo mi marido en la tierra como en el cielo; ¿cómo podria yo amar á otro? En este instante le pertenezco aún como la primera vez que me habeis visto, mi querido William. El me ha hecho conocer todo lo bueno y generoso que sois; él me ha enseñado á amaros como á un hermano. Y luego, ¿no habeis hecho cuanto habeis podido por mí y por mi hijo? ¡Vos mi mejor amigo, mi protector eterno! . . . ¡Ah! si hubieseis venido algunos meses antes, me hubierais ahorrado la penosa separacion que he sufrido. He estado á punto de morir; pero

¡ay! os hallabais ausente; y aunque mis votos y mis plegarias os llamaban entonces, me separaron de mi hijo..... le arrebataron á su madre..... William, ¡qué corazon tan noble el de mi hijo; continuad siendo amigo suyo y mio tambien!.....

Su voz se apagó al pronunciar estas últimas palabras, y Amelia reclinó su cabeza sobre el hombro de Dobbin.

El mayor, rodeándola con sus brazos, la estrechó tiernamente.

—Siempre me hallaréis lo mismo, mi querida Amelia, la dijo; no os pido mas que vuestro afecto; permitidme que os vea á menudo.

—Sí, á menudo, dijo Amelia.

De este modo le fué permitido á Dobbin verla en toda libertad con esperanzas para lo venidero.

## LVI.

### Favores de la fortuna.

La fortuna comienza á ser propicia para Amelia. Ya la tenemos fuera de aquella humilde condicion en que ha permanecido tanto tiempo. Por fin, va á entrar en una esfera mas elevada y brillante. No será, sin embargo, una sociedad de tanto tono como aquella en que penetró Rebeca; pero sí será en

un círculo que abriga las pretensiones de seguir la moda. José tenía por amigos varios de los ex-funcionarios de las tres presidencias de la India. Por eso eligió su habitación en el barrio anglo-indio, cuyo centro es Moira-Place, pues sus rentas no le permitían habitar en la plaza misma.

José se había contentado con una casa de segundo orden en Gillepsie-Street, que había adornado lujosamente. No obstante, su tren de casa era modesto.

Mistress Osborne comenzó á recibir muchas visitas. Lady Dobbin y sus hijas la felicitaron por su cambio de posición, y miss Osborne fué á verla en su carruaje adornado de blasones. El rumor público atribuía á José grandes riquezas, y el viejo Osborne consideraba que era muy natural que Jorge heredase la fortuna de su tío como debía heredar la suya.

Amelia recibió con inmenso placer la visita de miss Osborne. Veía que tendría relaciones más frecuentes con su hijo, y con efecto, permitieron al joven que fuese más á menudo á verla. Dos ó tres veces por semana comía con su madre, y ejercía en su casa igual dominación que en Russell-Square.

Sin embargo, la presencia del mayor Dobbin le inspiraba cierto respeto; Jorge no podía menos de admirar la sencillez de su amigo, su igualdad de humor, la variedad de su instrucción, su inalterable amor á la bondad y á la justicia. Nadie según él podía compararse con el mayor, y experimentó

hacia él una ternura espontánea é instintiva. Se le veía frecuentemente con su padrino paseándose por el Parque, y oyéndole hablar un poco de todo.

William hablaba á Jorge de su padre, de la India, de Waterloo, de todo, excepto de él, y le quería como que era hijo de Amelia; ésta sentía un gozo inefable al oírle hablar de su hijo, y sus ojos miraban entonces á Dobbin con una ternura extraordinaria.

Jorge hacia á su madre mil elogios del mayor.

—Le quiero, la decía, porque está al corriente de todas las cosas, y porque no se parece al viejo Veal, que pasa el tiempo lisonjeándose á sí mismo con frases de media legua. Dobbin lee el latín como el inglés, y el francés lo mismo, y cuando salimos juntos, me cuenta cosas de papá y nunca nada de él. Sin embargo, he oído decir al coronel Blucker, en casa del abuelo, que era el oficial mas valiente del ejército, y que se ha distinguido en muchas ocasiones.

Así se establecía entre Jorge y el mayor un afecto recíproco y mucho mas grande que el que existía entre el tío y el sobrino. Jorge habia estudiado un modo de hinchar sus mejillas, de meterse las manos en los bolsillos y de repetir las espresiones de José de un modo tan exacto, que todos se morían de risa; sin embargo, las reprimendas de Dobbin y las súplicas de Amelia le contenían un poco en estas burlas.

El digno funcionario habia echado de ver que

Jorge se divertía á su costa; así es que se hallaba incómodo en su presencia, y trataba de hacerse mas imponente con la solemnidad de su aire y sus maneras cuantas veces se hallaba en presencia de Jorge.

José Sedley llevaba una existencia noblemente ociosa, como convenia á una persona de su alta importancia. Entró á formar parte del club oriental donde pasaba las mañanas en compañía de sus amigos de la India, donde comia ó tomaba los convidados que llevaba á su casa.

Amelia hacia los honores, y no hay para qué decir que en los banquetes apenas se hablaba mas que de la India.

Entre las señoras que concurrían á casa de José, no habia una que no dijera que Amelia era una persona encantadora, y los hombres hacían mil elogios de su bondad sencilla y natural, y de la franqueza de sus maneras.

José se habia hecho presentar en la corte como debe hacer todo buen súbdito; y desde aquel momento abandonando sus tendencias liberales, se hizo tory y se llamó una de las columnas del Estado, tanto que no se dió por contento hasta que hubo presentado á su hermana en la corte.



LVII.

**Dos lámparas que se apagan.**

Apenas habia llegado á su término el luto de mistress Sedley, cuando todos los que rodeaban á M. Sedley conocieron que el fin del buen anciano estaba próximo.

El anciano no se encontraba bien sino cuando tenia á su hija á su lado, y ésta se habia consagrado á dulcificar los últimos momentos de su padre. Habia mandado poner su cama al lado de la puerta que daba á la habitacion del anciano, y corria al menor ruido, al menor movimiento que hacia el pobre inválido en su lecho de dolor.

—¿No parece un rayo de sol que penetra silencioso en el cuarto del enfermo? se preguntada Dobbin cuando la veia subir al aposento de su padre.

El viejo Sedley, enternecido en sus últimos momentos con tanto amor filial, olvidó las quejas secretas que alimentaba contra su hija, las culpas de que la habia acusado con su mujer repetidas veces durante sus largas horas de insomnio, cuando la acriminaban que lo sacrificaba todo á su hijo.

—Amelia, la dijo un dia, he sido muy injusto, muy ingrato contigo.

Y al mismo tiempo la alargaba una mano fría y descarnada.

Y Amelia, arrodillada al pié de la cama, elevaba su alma á Dios en tanto que el anciano oraba por ella y estrechaba su mano.

Amigo lector, ojalá hallemos nosotros en un momento igual, un corazon como aquel para que reuna sus plegarias con las nuestras.

Llegó la hora de la muerte; y aquel dia el mundo siguió entregado á la corriente de sus placeres y de sus negocios, sin echar de ver que el viejo Sedley faltaba entre la muchedumbre. Ya se acabaron para él las luchas de la vida; no le quedaba mas que tomar su puesto en un rincon solitario y desconocido del cementerio de Brompton, al lado de su fiel esposa.

José, Jorge y el mayor Dobbin, acompañaron sus restos al campo del reposo en un coche de luto. José se fué á pasar algunos dias en Richmond, y Amelia cumplió con su deber hasta lo último, como tenia de costumbre. Estaba mas triste que abatida, y en su pena habia algo de solemne. Pedia á Dios que la diera un fin tan apacible y sereno, como el del anciano, tanta sumision á los decretos de la Providencia, como él habia demostrado en sus últimas palabras, que respiraban la fe, la resignacion, la confianza mas completa en su Juez soberano.

Si por la misma época nos trasladamos á Russell-Square, hallaremos al viejo Osborne diciendo á Jorge:

—¿Quereis saber lo que pueden el mérito, el tra-

bajo y la inteligencia en los negocios? Comparad por una parte lo que he hecho yo, mi crédito entre los banqueros, y por otra las bonitas especulaciones de M. Sedley, que han finalizado por una quiebra. Y, sin embargo, hace veinte años se hallaba en mejor posición que la mía, tenía diez mil libras esterlinas más que yo.

Escepto los miembros de esta familia y los Clapp, que fueron de Brompton á dar el pésame, nadie en el mundo se acordó del difunto Sedley.

Cuando el viejo Osborne oyó al coronel Blucker hablar del mayor Dobbin como de un oficial distinguido, se mostró incrédulo y desdeñoso; pero otras personas de su sociedad repitieron las mismas alabanzas de sir William Dobbin. Por último, su nombre figuró en la lista de las personas recibidas en los salones aristocráticos, y esta particularidad causó un efecto prodigioso en el viejo aristócrata de Russell-Square.

Dobbin y el abuelo de Jorge se veían con frecuencia. En una de sus entrevistas, examinando las cuentas que le presentaba el mayor y que comprendían los gastos del niño y de la madre, el viejo Osborne concibió una sospecha que le causó mucha alegría; creyó reconocer que Dobbin había sacado de su bolsillo la mayor parte del dinero con que habían vivido la pobre viuda y su nieto.

Osborne le preguntó sobre esto, y Dobbin, que no sabía mentir, se cortó y al cabo lo confesó todo.

—La boda fué obra mia, le dijo.

Al oír estas palabras el rostro del viejo se oscureció, pero Dobbin prosiguió diciendo:

—Pensé que mi amigo se habia adelantado demasiado para poder retroceder sin vergüenza, lo que ademas habria causado la muerte de mistress Osborne. En vista de esto, cuando ella se encontró sin recursos, yo me creí en el deber de ayudarla con lo que tenia.

—Mayor Dobbin, dijo M. Osborne frunciendo el ceño y poniéndose muy encarnado; mucho daño me habeis hecho, pero de todos modos os diré, que sois un hombre honrado. Aquí teneis mi mano; lejos estaba de pensar que mi carne y mi sangre vivian por vos.

Dobbin, confuso al ver descubiertas sus astucias caritativas, estrechó la mano que le presentaban. Luego trató de destruir las preocupaciones que conservaba Osborne respecto de su hijo.

—Era un corazon noble, le decia; todos le queriamos en el regimiento, y no hay cosa en el mundo que no hubiéramos hecho por él. En cuanto á sangre fría y á valor, no tenia rival; en una palabra, era un soldado modelo.

Dobbin contó entonces al anciano ciertas historias, que ponian en evidencia el valor y la perfeccion de su hijo, y terminó diciendo:

—Jorge es su vivo retrato.

—Sí, exclamó el abuelo; á veces tiemblo cuando le veo.

Una modificación evidente se operaba en el carácter del viejo Osborne; convidó á comer al mayor con frecuencia, y se puso en relaciones con José Sedley.

En un banquete, en el que figuraban Dobbin y José, M. Osborne hizo al mayor muchas preguntas sobre Amelia, asunto que inspiraba siempre una gran elocuencia al mayor Dobbin. Este habló pues á M. Osborne, de los padecimientos de aquella infeliz mujer, de su afecto sin límite á su marido, cuya memoria era todavía para ella un culto sagrado, de la ternura con que habia asistido á sus padres, y por último, de todas las inspiraciones de su noble corazón.

—Muy difícil os seria formaros una idea de los tormentos que ha sufrido, decia Dobbin con voz trémula; por mi parte, abrigo la firme confianza de que al cabo venceréis vuestras injustas prevenciones. Si os llevó vuestro hijo os ha dado el suyo, y por grande que sea vuestro cariño á Jorge, nunca podrá igualar al que le tiene ella.

—Sois un buen hombre, William, le dijo M. Osborne por toda respuesta.

Hasta entonces no se le habia ocurrido la idea de que la pobre viuda hubiese podido experimentar algun dolor en separarse de su hijo; ademas, viéndole en tan brillante posicion, habia creido que debia darse por contenta.

La reconciliacion parecia estar próxima, y el corazón de Amelia comenzaba ya á latir violentamen-

te al terrible pensamiento de una entrevista con el padre de Jorge.

No obstante, esa entrevista no debía tener efecto. Las fuerzas morales del viejo Osborne entraron en rápida decadencia. Llamó á sus hombres de negocios, para modificar sin duda su testamento. El médico le encontró muy mal, y le ordenó una sangría y un viaje; pero el anciano no se sometió á estas prescripciones.

Un día, como no bajara para almorzar, un criado subió á su gabinete de tocador y le halló estendido en el suelo con un accidente. Llamaron á miss Osborne, vinieron los médicos y recurrieron á la sangría y á las ventosas. Osborne recobró un poco el conocimiento; pero no pudo recuperar el uso de la palabra, y murió al cabo de cuatro dias.

Los médicos dejaron el puesto libre á los sepultureros; todos los balcones de la fachada de la casa se cerraron, y Bullock acudió de la Cité apresuradamente.

—¿Cuánto le ha dejado? preguntó; seguro que no la habrá dado la mitad de su fortuna; la habrá repartido por partes iguales.

Asunto era éste que, en efecto, debía alarmarle; pero, ¿qué habia querido decir el moribundo cuando, dos ó tres veces se habia esforzado en vano para hablar? Sin duda deseaba ver á Amelia, y antes de dejar este mundo, queria ponerse bien con la fiel esposa de su hijo. ¡Oh! Así debió ser; pues su testamento contenia la prueba, de que al fin se ha-

bia concluido aquel odio que la tenia hacia tanto tiempo.

Despues de su muerte hallaron en su bata la carta que su hijo le habia escrito la víspera de la batalla de Waterloo.

Al abrir el testamento, hallaron que dejaba la mitad de su fortuna á Jorge, y lo restante por partes iguales á sus dos hijas. M. Bullock podia continuar los negocios en beneficio comun ó sacar su parte de la casa comercial. Jorge debia pagar una renta de quinientos luises á su madre "la viuda de mi querido Jorge Osborne," habia escrito el anciano de su puño y letra.

Ademas, Amelia quedaba autorizada para llevarse á su hijo.

El viejo designaba por albacea al mayor Dobbin "el amigo de su querido hijo."

Y añadia luego:

"En agradecimiento á la noble asistencia que prestó á mi nieto y á la viuda de mi hijo, socorriéndoles con sus propios recursos, le suplico acepte la suma necesaria para comprar un diploma de teniente coronel, si no prefiere emplearla en otra cosa."

Cuando supo Amelia que el anciano en sus últimos momentos habia olvidado todas las preven- ciones que contra ella tenia, le agradeció en el alma las disposiciones que habia tomado en su favor; pero sus trasportes fueron escesivos cuando supo que Jorge le seria devuelto y que esto se lo debia á William; que en fin, la generosa asistencia del

mayor la habia sostenido en las terribles pruebas de la pobreza.

Entonces cayó de rodillas, y orando con fervor imploró las bendiciones del cielo sobre tan noble y generoso amigo.

Pero ¿era todo gratitud en esta expansion de reconocimiento?—Apenas una idea mas tierna se presentaba á su espíritu, cuando al punto la sombra de Jorge saliendo del sepulcro parecia que se alzaba delante de ella y la decia: "Me perteneces, me perteneces á mí solo ahora y siempre."

William conocia muy bien los sentimientos de Amelia: ¡ay! ¿no habia pasado en adivinarlos toda su vida?

Cuando se hizo público el testamento de M. Osborne, era un gusto ver el movimiento de alza que tuvo lugar en favor de Amelia.

Los amigos de José, hombres y mujeres, comenzaron á experimentar un interes súbito por la pobre Amelia, hasta entonces tan desdeñada. Hasta José, que la trataba como una criatura insignificante que alimentaba y protegía como por deber, comenzó á tener con ella y con su sobrino toda clase de consideraciones.

Miss Osborne se retiró á Chettenham con dos criados, pues no quiso aceptar la oferta que le hicieron para que permaneciese en Russell-Square.

Tampoco Amelia se fué á instalar en aquella habitacion sombría; por consiguiente, se encerraron los muebles que la adornaban; los libros se encajo-



maron cuidadosamente hasta que Jorge pudiera hacer uso de ellos, y la vajilla fué enviada á casa de los banqueros para que la guardaran para la misma época.

Apenas habia trascurrido el tiempo que la etiqueta impone ordinariamente á los dolores humanos, cuando mistress Osborne se vió rodeada de esa sociedad elegante y escogida que no comprende el infortunio en la tierra. Cada una de aquellas señoras tenia parentesco con alguno de los lores del reino, aunque sus maridos eran todos negociantes de la Cité. Amelia no se encontraba á gusto en medio de tales personas, y sufrió un verdadero tormento las dos veces que tuvo que aceptar un convite de M. Bullock.

36

Esa sociedad egoista con apariencias elegantes y finas no podia convenir á la dulce Amelia; así es que experimentó una verdadera satisfaccion cuando la aconsejaron un viaje al extranjero.

## LVIII.

### Las orillas del Rhin.

37

Han pasado algunas semanas despues de los acontecimientos señalados en el capítulo anterior. Por una hermosa mañana de verano, despues de haberse cerrado el parlamento, cuando la alta so-

N.E.T. 36. Párrafo en el que resumen la descripción de las características de la nueva vida de Amelia Sedley en Londres. Rodríguez Espinosa, M. (2007) op. cit. pág. 144.

N.E.T. 37. Alfonso Nadal (1943), Amando Lázaro Ros (1957) y Elena García Ortiz (1961) transfieren la forma alemana "Am Rhein" en sus traducciones, mientras que en la versión mexicana (1860), "Las orillas del Rhin", en la de Pedro González-Blanco (¿1900?) y en la de Gregorio Lafuerza (1915), "En las márgenes del Rin", se vierte el título del capítulo al español bajo la influencia de la traducción de Georges Guiffrey (1855), "Sur les bords du Rhin". Rodríguez Espinosa, M. (1998) op. cit. pág. 278.

ciudad huye de Londres, unos por placer, otros por motivos de salud, el vapor de Rotterdam acababa de salir de su estación en las gradas de la Torre, llevándose una sociedad selecta de fugitivos ingleses.

La cubierta estaba esmaltada de niños con mejillas floridas, de amas de cría, de señoras con sombreros color de rosa y trajes de verano, de caballeros con gorras de viaje, casaquillas de lienzo, y bigotes que comenzaban á despuntar para tener un aire mas respetable en el extranjero.

El regimiento de las cajas de sombreros, cofres y maletas presentaba un frente de batalla de los mas formidables.

Los lacayos, despues de haber instalado á sus amos respectivos en sus camarotés, se reunian en grupos y conversaban fumando.

—¿De quién es ese carruaje? preguntó uno de ellos que llevaba botas de campana y pendientes á otro que llevaba pendientes y botas de campana.

—De Kirsch, respondió el lacayo.

Kirsch llegó en aquel momento para dar las noticias que sus compañeros deseaban. Les dijo que el carruaje pertenecía á un ricacho de Calcuta y de la Jamaica en cuyo servicio viajaba él entonces.

En aquel instante, un jóven que acababa de escalar la muralla formada por las cajas y los cofres, habia saltado encima del carruaje y habia seguido de uno en otro hasta llegar al suyo, en el que penetró por la portezuela con gran aplauso de los espectadores.

—Tendrémos una hermosa travesía, señorito Jorge, dijo Kirsch haciendo un saludo con su sombrero galoneado.

—Dejadme en paz con la travesía y decidme dónde están las galletas.

Este jóven de voz imperativa y que sentia el hambre á pesar del buen almuerzo que habia hecho tres horas antes en Richmond, era nuestro amiguito Jorge Osborne.

Su tio José, su madre y otro caballero que nunca se apartaba ya de ellos estaban á popa, y los cuatro comenzaban su viaje de verano.

José, sentado bajo la tienda que acababan de levantar para él, se encontraba enfrente del conde de Bareacres y de su familia. Le pareció que habian rejuvenecido los jóvenes esposos desde aquel año célebre de 1815 en que José se acordaba de haberlos visto en Bruselas; José habia hablado mucho de ellos considerándolos como amigos íntimos, y así es que ahora llamaban toda su atencion.

—Os interesais mucho por esas personas, le dijo Dobbin con un tono burlesco, que hizo sonreír á Amelia.

Mistress Osborne llevaba un sombrero de paja, con cintas negras y un vestido de luto. El movimiento del buque y los placeres del viaje, al distraerla del recuerdo de sus penas, daban á su fisonomía una espresion de alegría y de contento.

—¡Qué cielo tan hermoso! exclamó entonces Ame-

lia con una voz conmovida; creo que tendremos un buen viaje.

Efectivamente, despues de una travesía muy feliz, el vapor llegó á Rotterdam, donde nuestros viajeros tomaron otro vapor que los llevó á Colonia, donde saltaron á tierra, sin novedad alguna.

José Sedley se puso muy hueco, al ver que los periódicos de Colonia le anunciaban de esta manera: Su señoría lord de Sedley.

Es verdad que habia tenido la precaucion de traer el uniforme de corte, y habia instado mucho á Dobbin para que no dejara de tomar las insignias de su grado. Tenia la intencion de presentarse en las cortes extranjeras, para ofrecer sus respetos á los soberanos de los paises que debia honrar con su visita.

En todos los paises donde se detenia la pequeña caravana, José se apresuraba á dejar su tarjeta y la del mayor en casa del cónsul inglés. Llevaba un diario exacto de su viaje, en el que consignaba, con escrupulosa exactitud, los defectos ó las buenas condiciones de las fondas en que paraba.

Amelia disfrutaba de una felicidad pura; Dobbin llevaba su album, y se admiraba siempre en la contemplacion de los dibujos que ella hacia. ¡Hasta entonces nunca habia sabido lo que eran los elogios y la admiracion! Sentada sobre cubierta dibujaba las rocas ó los castillos que veia en las orillas del rio, ó bien iba en una mula á visitar antiguas fortale-

zas ruinosas, escoltada de sus dos edecanes Jorge y Dobbin.

En este viaje, Amelia comenzó á gozar placeres desconocidos hasta aquel tiempo para ella; entonces fué iniciada por primera vez en las maravillas de Mozart y de Cimarosa. El mayor se quedaba extasiado al ver el efecto que las óperas producian en Amelia. Un mundo nuevo se revelaba á ella en medio de aquellas suaves y melodiosas armonías. ¿Cómo las obras maestras de Mozart podian dejar insensible un alma tan delicada como la suya? La ternura de ciertos pasajes de *Don Juan*, habia llenado su alma de emociones tan deliciosas, que á veces se preguntaba por la noche en el recogimiento de la oracion, si no era pecado el sentir un goce tan vivo oyendo aquellas puras armonías.

El mayor, á cuyas luces teológicas recurría en tales ocasiones, la decia, que por su parte, aquella felicidad interior que le procuraban las obras maestras del arte ó de la naturaleza, no le inspiraba mas que gratitud á Dios, y que para él, el placer de escuchar tan bella música, se parecia al que experimentaba contemplando las estrellas del cielo ó la vegetacion de la tierra.

Aquel periodo fué el mas dichoso de la vida de Amelia. Sin embargo, ¿quién de nosotros puede formarse una justa idea de su propia felicidad; y quién de nosotros puede detenerse y decir: "Estoy ahora en el colmo de mis votos, toco á la cúspide de las felicidades humanas?"

Sea como quiera, cada uno de nuestros dos viajeros se consideraba entonces muy dichoso. Jorge no les dejaba un punto; pero el mayor era quien llevaba el pañuelo de Amelia, quien cuidaba de todo en sus escursiones.

Mientras el mozuelo corria y saltaba por todas partes, nuestros amigos se sentaban en la yerba, el mayor fumaba un cigarro con una sangre fría imperturbable y Amelia dibujaba.

[Hallábanse entonces en la bonita y reducida capital del gran ducado de Poupernicle, la misma poblacion donde sir Pitt Crawley habia dado sus primeros pasos en la diplomacia.

El mayor y sus amigos se habian hospedado en el hotel de los Príncipes, el mejor que habia en la ciudad /

38

La residencia en este punto les pareció tan agradable, que resolvieron pasar allí el otoño.

Apenas comenzó la época de las reuniones, Amelia eligió su día de recepcion, distinguiéndose por el modo gracioso y natural con que hacia los honores de su casa. Tomó lecciones de frances y de canto, y su voz era tan agradable y tan suave, que el mayor, que tenia su aposento enfrente del de Amelia, abria sus ventanas para oír las lecciones.

Dobbin instruia al niño; leia con él los *Comentarios de Cesar* y le hacia repasar las matemáticas, y todas las tardes iban á paseo.

José comenzó á mirar con buenos ojos á la condesa Fanny de Butterbrod, señora de alto rango,

pero que no poseía mas caudal que doscientas cincuenta libras anuales. Fanny decia á todo el mundo que pedía al cielo como la mayor felicidad el poderse llamar hermana de Amelia.

A todo esto hubo grandes regocijos en la corte para celebrar el matrimonio del príncipe heredero de Poupernicle con la princesa Clementina de Hamburgo.

Llegó una muchedumbre de extranjeros á estas fiestas, y los ingleses no faltaron al llamamiento. Hubo bailes en la corte, y se instalaron juegos públicos en todas partes durante los ocho dias de las fiestas.

39

Jorge, que tenia siempre los bolsillos atestados de dinero, y cuyos parientes habian sido convidados á las fiestas de la corte, fué al baile del ayuntamiento en compañía del intérprete de su tío M. Kirsch.

Hasta entonces no habia hecho mas que pasar por la sala de juego de Baden guiado por el buen Dobbin que le habia condenado al papel de simple espectador. Hallábase pues loco de júbilo al verse en libertad de obrar á su antojo; en la mesa de juego habia mujeres, pero con careta; era una licencia acordada en aquellos regocijos.

Una mujer de pelo rubio claro y vestida de mala manera, dejaba descubrir á traves de su careta negra el brillo extraño de sus ojos que observaban las vicisitudes del juego, y luego se fijaban en la carta durante un rato, sin aventurar sobre ella su

dinero hasta que la salida repetida del color encarnado ó negro la prometia una ganancia.

Su vista producía una sensación singular en las personas presentes.

Pero á pesar de tanto cuidado y atención, la suerte se había declarado contra ella, y su último florin acababa de pasar á manos del banquero.

En aquel momento alzó los ojos y se encontró con la franca fisonomía de Jorge que la contemplaba atónito. ¿Qué diablo hacía el mozuelo en aquellos sitios?

—¿No sois jugador? preguntó en frances al joven lanzándole por las aberturas de su careta la ojeada fascinadora del ave de rapaña que está para caer sobre una presa.

—No, señora, respondió Jorge en la misma lengua.

Pero como su acento descubriera su origen británico, ella repuso con una pronunciación extranjera.

—Si no habeis jugado nunca, podriais hacerme un favor.

—¿Cuál es? preguntó Jorge, sonrojándose.

M. Kirsch se hallaba entonces ocupado en otro juego.

—Jugad por mí; poned esta moneda en cualquier número.

Y al mismo tiempo sacaba de su bolsillo una moneda de oro, la última que la quedaba, y se la en-



pregaba riendo á Jorge, quien hizo lo que ella le pedia.

Jorge ganó.

—Gracias, le dijo la desconocida; ¿cómo os llamais?

—Jorge Osborne.

Y al decir esto, metia la mano en el bolsillo y se disponia á tentar la fortuna por su propia cuenta, cuando el mayor de gran uniforme, y José vestido de marqués, entraban en la sala, de vuelta del baile de la corte.

El mayor se fué derecho, le tomó por un brazo, y le retiró con presteza en el momento en que iba á poner su dinero. Mirando entonces en su derredor, descubrió á Kirsch ocupado en otra cosa; y dirigiéndose á él, le preguntó cómo se habia atrevido á introducir á Jorge entre aquella gente.

—Dejadme en paz, respondió M. Kirsch, bajo la doble escitacion del juego y del vino; preciso es divertirse, y ademas, yo no estoy á vuestro servicio.

Viendo el estado en que se hallaba Kirsch, el mayor juzgó que era inútil discutir con él, y se contentó con llevarse á Jorge, despues de haber preguntado á José si queria salir con ellos.

José se habia sentado al lado de la desconocida, que ahora comenzaba á ganar, y parecia interesarse mucho en su juego.

Dobbin se fué solo con Jorge, á quien amonestó severamente, pintándole con energía las desgracias que ocasiona el juego.

José, animado con la suerte de su vecina, quiso aventurar unas monedas de oro.

—Sí, podeis jugar el oro como otros los chelines, dijo la dama con tal aplomo, que José la miró con sorpresa.

Ella prosiguió con un acento frances que conmovia el corazon:

—Ya sé que no jugais por ganar, ni yo tampoco. Yo juego por distraerme, por olvidar..... pero no puedo, el tiempo pasado está siempre presente en mi espíritu.... Vuestro sobrino es el retrato de su padre..... y vos, no habeis cambiado..... pero sí, todo cambia en el mundo.... la gente olvida.... todos los corazones....

—¡Dios mio! exclamó José, ¿quién sois?

—¿No lo adivinais, José Sedley? dijo aquella mujer con una voz melancólica quitándose la careta y clavando los ojos en su interlocutor; ¿vos tambien me habeis olvidado?

—¡Justo cielo, mistress Crawley! exclamó José en el colmo del asombro.

—Sí, Rebeca, dijo aquella mujer tomándole la mano.

Y aunque no cesaba de mirarle, no perdía de vista, sin embargo, los azares del juego.

—Estoy en el hotel del Elefante, continuó, preguntad por mistress Rawdon. Hoy he visto á la buena Amelia; está muy bonita y parece ser dichosa, y tambien José Sedley..... ¡Dios mio! el dolor y la amargura se quedan para mí.

Al mismo tiempo arrojó todo su dinero y lo perdió de un golpe.

—Partamos, dijo entonces; dadme vuestro brazo hasta mi hotel; ¿no somos amigos antiguos, mi querido M. Sedley?

M. Kirsch, que por su parte había perdido todo el dinero que llevaba, siguió de lejos á su amo al resplandor plateado de la luna, cuyo esplendor eclipsaba los últimos reflejos de las iluminaciones.

## LIX.

### Digresion retrospectiva.

Por un motivo que nos agradecerá el lector, tenemos que echar un velo sobre cierta parte de la existencia de mistress Crawley. Es una de esas concesiones que conviene hacer á ese mundo moral, que sin declarar una guerra encarnizada al vicio, experimenta no obstante una repugnancia insuperable al oírle llamar por su nombre. En la Feria de las vanidades hay cosas que se hacen todos los dias, que nadie ignora, y de que sin embargo no se habla nunca.

Si diéramos aquí una cuenta exacta de la vida de Rebeca durante los dos años que siguieron á la catástrofe de Curzon-Street, quizá ciertas personas tendrían derecho para acusarnos de faltar á las consideraciones debidas al lector; pues Rebeca mereció

durante ese tiempo las reconvenções que merecen casi todas las personas que sacrifican á vanos placeres los nobles sentimientos del corazon y del deber; esto seria tanto mas justo, quanto que la heroína es una mujer sin fe, sin principios ni ternura. Por mi parte, me inclino á creer que mistress Crawley, inaccesible á los remordimientos, se encontró algun tiempo muy desesperada, y luego, tomando en cierto modo hastío á su propia persona, no tuvo ya ningun cuidado de su reputacion.

Nunca se llega de un golpe á la infamia y á la degradacion, sino que se va poco á poco, por una cuesta insensible y á pesar de todos los esfuerzos que se hacen para contenerse.

Rebeca erraba á la ventura en la ciudad de Lón-dres, en tanto que su marido tomaba todas sus disposiciones para marchar adonde su empleo le llamaba. Como es de suponer, hizo mas de una tentativa para ver á sir Pitt, pero éste huia de ella, de modo que por este lado fracasaron sus proyectos.

Rawdon, antes de salir de Lóndres, constituyó á su mujer una renta de trescientas libras esterlinas, bajo la espresa condicion de que jamas habia de oír hablar de ella. En otro caso, se mostraba resuelto á no retroceder ante el escándalo de una separacion judicial. En suma, sir Pitt, lord Steyne y Rawdon tenían mucho interes en que se echara tierra á lo pasado y en facilitar á Rebeca los medios de salir de la Gran Bretaña.

Sin duda todos estos arreglos que hubieron de

hacerse con agentes de negocios, impidieron á mistress Crawley que se despidiera de su hijo, el cual estaba bajo el amparo inmediato de sus tios que le querian mucho.

Rebeca escribió á su hijo una carta fechada en Boulogne exhortándole á que trabajara, y diciéndole que le escribiría á menudo; pero pasó un año sin que le diera ninguna señal de vida, y solo se decidió á cumplir su promesa, cuando el hijo de sir Pitt vino á morir del sarampion; entonces le dirigió una carta de las mas tiernas; aquella muerte le hacia heredero de Crawley-la-reina, y su buena tia le consagró todo el cariño que tenia á su difunto hijo.

Era ya Rawdon Crawley un mozalvete, y se sonrojó mucho al recibir aquella carta.

—Tia Jane, la dijo, mi verdadera madre sois vos, y. . . . no ella.

Sin embargo, contestó respetuosamente á Rebeca que se hallaba entonces en Florencia.

La historia de las peregrinaciones de Rebeca seria muy larga y ofreceria siempre un interes del mismo género; recorrió la Italia, la Alemania y la Bélgica; por todas partes lograba granjearse la benevolencia de las personas que buscaba, pero de repente una palabra hundia el edificio levantado, y la aventurera debia marchar á otra parte. Rodando así llegó al lugar en que ahora la encontramos.

40

José, al día siguiente de haber visto á Rebeca, sin dar parte á sus compañeros de su descubrimiento, se presentó en el hotel del Elefante. Las fiestas habian llenado la casa de viajeros; en las mesas de fuera habia ya muchas personas que fumaban y bebían cerveza, y en el interior flotaba una nube de humo que impedía distinguir los objetos.

José, siguiendo las indicaciones que le habian dado á la puerta del hotel, llegó á la parte mas alta de la casa, y se encontró en un corredor adonde daban las puertas de muchas buhardillas ocupadas por gentes de profesion nómada; allí, entre una porcion de estudiantes, criados, tenderos de feria y campesinos, logró descubrir á Rebeca en la habitacion mas humilde que haya tenido nunca la hermosura.

Pero aquella atmósfera convenia mucho á Rebeca; respiraba á su gusto en medio de aquella turba de gitanos, de estudiantes, de jugadores y de volatineros. Su padre y su madre la habian legado aquella naturaleza aventurera y activa, y Rebeca, cuando no tenia la conversacion de un lord, se complacia en oír la de un lacayo.

Al llegar al último escalon, José se detuvo sin aliento en el descansillo y buscó el núm. 92. En frente de éste se hallaba el núm. 94, por cuya puerta entreabierta se veía un estudiante tendido en la cama con sus botas puestas y fumando su pipa, en tanto que otro estudiante, con los cabellos rubios despeinados y con una levita bordada de trencilla

muy vieja y muy sucia, estaba de rodillas y con el ojo aplicado á la cerradura del 92. Por esa via de correspondencia dirigia las súplicas mas ardientes á la persona que ocupaba el cuarto.

—Dejadme en paz, decia una voz muy conocida que hizo estremecer á José; estoy esperando á mi abuelo y no quiero que os vea.

—Angel de hermosura, proseguia el estudiante de cabellos dorados, compadeceos de nosotros, y venid á comer conmigo y con Fritz á una de las fondas del Parque. Tendremos faisanes, cerveza, plumpudding y vino de Francia. Si no, seréis causa de nuestra muerte.

—¡Sí, de nuestra muerte! repitió el otro sin moverse de la cama.

José oyó este coloquio, pero sin entender lo que decian, pues jamas habia hecho ningun esfuerzo por saber la lengua que hablaban en su derredor.

Entonces preguntó con voz solemne y en inglés por el número del cuarto de Rebeca.

El estudiante soltó una carcajada, se levantó y se encerró en su aposento con su compañero que tomó parte en la risa.

El ex-funcionario de Bengala se quedó cortado con aquella acogida, cuando se abrió la puerta del 92 y apareció Rebeca.

—¡Sois vos! le dijo; ¡ah! si supierais con cuánta impaciencia os esperaba. . . . permitidme un minuto y entraréis.

Rebeca empleó este minuto en ocultar bajo sus

mantas su colorete, una botella de aguardiente y un plato con un resto de carne; luego se atusó un poco los cabellos, y por fin dejó paso á José.

A guisa de peinador, llevaba un dominó de color de rosa, harapo cubierto de manchas de grasa y de pomada. Pero por sus mangas salian brazos deslumbradores de blancura, y su vestido ajustado al talle dejaba adivinar la delicadeza de las formas que dibujaba.

—Hablemos un poco, dijo Rebeca, y sentaos.

Y diciendo esto le presentó la única silla que habia en su cuarto. Ella tomó asiento en la cama, teniendo cuidado de no tocar á la botella y al plato que ocultaba.

Hé aquí cómo se empeñó la conversacion entre ella y su antiguo admirador.

—Parece que los años no os hacen mella, le dijo Rebeca con voz impregnada del mas tierno interes. Os habria reconocido en cualquiera parte. ¡Qué felicidad encontrarse con un amigo en pais extranjero!

José miraba el desórden de aquella triste habitacion, y casi no oia estas palabras.

—Yo os habria reconocido en el último rincon del mundo, exclamó; hay cosas que una mujer no olvida jamas, y sois el primer hombre que. . . he distinguido.

—¿De veras? dijo José; pues no me lo habeis declarado hasta ahora.

—Cuando salí del colegio con vuestra hermana,



era casi una niña.... ¿Y cómo está la buena Amelia?... tenía un marido muy malo, y estaba celosa de mí, no sé por qué motivo.... pero ¡ay! olvidemos lo pasado.

Y al mismo tiempo enjugó sus párpados con un pañuelo guarnecido con un encaje roto.

—¡Os estraña verme aquí.... exclamó despues de una pausa; ¡si supierais cuánto he sufrido!.... Ahora ando de pais en pais, y con esta vida agitada y miserable me prometo en vano libertarme del dolor que me consume. Todos mis amigos me han vendido, todos.... No, no, en todo el mundo no existe un hombre de honor. Me consuela la idea de haber obrado bien; si me casé con mi marido, fué, porque en mi despecho veia que el otro.... pero dejemos esa cuestion. Siempre he sido honrada y virtuosa, y en cambio no he hallado mas que desgracia y abandono. Nada ha respetado, ni aun mi afecto maternal; el hijo de mi amor, que era mi esperanza, mi alegría, mi vida, mi orgullo, me le han arrebatado casi en mis brazos.

Y Rebeca acompañaba estas palãbras con las señaes de la desesperacion mas violenta; se llevaba la mano sobre el corazon y daba con la cabeza en la almohada.

José estaba asustado y conmovido al ver al antiguo objeto de sus ardores en aquel estado de exaltacion. A favor de la compasion que en él habia provocado, Rebeca se puso á contar su historia con

una sencillez y una ingenuidad que penetraban el corazón del oyente. ¿Cómo después de aquella relación verídica podía vacilar en considerarla como un ángel bajado del cielo para ser víctima en la tierra?

La conversación se prolongó largo tiempo y fué muy tierna y confidencial. En medio de sus interesantes espansiones vino á saber José que el aspecto de su persona habia sido para Rebeca la primera revelación de las inefables dulzuras que se hallan en el amor. En vano Jorge Osborne la quiso hacer la corte, escitando así los celos de Amelia; nunca Rebeca prestó la menor atención al desgraciado oficial, pues todos sus pensamientos pertenecian á José Sedley. Sin duda alguna sus deberes de esposa eran muy duros de llenar; pero hasta entonces los habia cumplido rigurosamente, y los cumpliria, hasta el momento en que el clima fatal en que vivia el coronel Crawley, la libertara de un yugo que sus malos tratamientos la habian hecho insupportable.

Al retirarse José, se llevó la convicción de que acababa de ver á la mujer mas virtuosa y amable que el mundo poseia, y comenzó á proyectar maneras de reparar las injusticias de la suerte.

Cuando aquella masa robusta hubo desaparecido en las profundidades de la escalera, Max y Fritz, con la pipa en la boca, fueron al cuarto de su vecina, y ella les divirtió en alto grado haciendo á sus ojos la caricatura de José. A todo esto no olvidó

el pastel que habia escondido ni su botella de aguardiente.

Durante este tiempo, José marchaba á casa de Dobbin. Tomó un aire muy grave y solemne para contarle la interesante historia que acababa de oír, pero tuvo cuidado de omitir la aventura de la noche anterior.

El primer movimiento de Dobbin fué poco favorable para la aventurera. Nunca habia sentido hácia ella la menor simpatía; al contrario, le habia inspirado una desconfianza nunca desmentida.

—Esa criatura infernal lleva consigo la desgracia, y hace participar de ella á los que la rodean; ¡quién sabe cuál ha sido su vida desde que la perdimos de vista! ¿Qué quiere aquí sola, en pais extranjero? Esas persecuciones son mentiras. Una mujer honrada halla siempre alguna proteccion, y ademas, no abandona así á su familia. ¿Cómo es que ha dejado plantado á su marido? Creo que ha habido algun escándalo; algo de eso ha llegado á mi noticia.

El mayor Dobbin, irritándose poco á poco, acusaba mas y mejor á la pobre Rebeca, en tanto que José trataba de convencerle de que era digna de todo respeto, como la mas virtuosa y perseguida de todas las mujeres.

—En hora buena, exclamó el mayor; nos atendremos á lo que diga mistress Osborne. Vamos á consultarla; no podemos hallar un juez mejor en esa materia.

—¡Amelia! exclamó José con desagrado.

—¡Cómo! repuso el mayor con presteza; es la mujer mas sensata que he conocido en mi vida. Vamos, y sea cual fuere su decision, juro someterme á ella.

Dobbin creia estar seguro del fallo; recordaba que en otro tiempo Amelia, con mucha razon, habia estado celosa de Rebeca, y que jamas pronuñciaba su nombre sin cierto estremecimiento de terror.

Ahora bien, una mujer celosa no perdona nunca, se decia Dobbin.

Haciendo estas reflexiones, llegaron los dos amigos á casa de Amelia.

José entabló la conversacion siempre con su tono solemne.

—Mi querida Amelia, la dijo, os voy á comunicar una noticia muy extraordinaria; una de vuestras antiguas amigas ha llegado aquí, y desearia que la vierais.

—¿Quién es? preguntó la viuda; cuidado, Dobbin, me vais á romper las tijeras.

El mayor se habia apoderado de las tijeras por la cadenilla que colgaba del cinturon de Amelia, y las hacia dar vueltas con rapidez.

—Es una mujer que no puedo sufrir, y que no creo sea vuestra amiga.

—¡Es Rebeca! dijo Amelia, poniéndose encarnada.

—Lo habeis adivinado, respondió Dobbin.

Bruselas, Waterloo, con sus recuerdos tan amar-

gos y tan dolorosos se presentaron al espíritu de la pobre mujer, y suscitaron en su alma una agitación suma.

—No me pidais que la visite, dijo Amelia, es imposible.

—Ya me lo figuré, repuso Dobbin.

—¡Ah! si conocierais su desgracia, prosiguió José; se halla sumergida en la mas completa indigencia, sin amigos que la socorran; ha estado enferma, y por último, su infame marido la ha abandonado.

Amelia lanzó un suspiro.

—No tiene un amigo en el mundo, continuó José, y me ha dicho que sois vos su postrera esperanza. ¡Ah! es muy digna de compasion, Amelia; su dolor la volverá loca, y me ha enternecido mucho; su familia ha sido con ella muy cruel.

—¡Pobre criatura! exclamó Amelia.

—Sabréis que ya ha querido suicidarse, añadió José, y aun piensa en ello; lleva consigo un pomito de láudano. . . . ¡Si vierais donde vive!. . . . En una buhardilla del hotel del Elefante. . . . y la infeliz tiene un niño de la misma edad que Jorge.

—Sí, lo recuerdo. . . . ¿y qué ha sido de él?

—Sus verdugos han tenido la barbarie de arrancarle de sus brazos, y no la han permitido que vuelva á verle.

—Querido José, exclamó Amelia sollozando, corramos á verla.

Y se lanzó á su aposento, tomó su sombrero y,

con el pañuelo en el brazo, suplicó á Dobbín que la acompañara.

El mayor arregló el pañuelo sobre los hombros de Amelia. Era un cachemira blanco que le había traído de la India.

Viendo entonces que no le quedaba otro remedio, ofreció su brazo y salió con Amelia.

—Cuarto piso en el nº 92, les dijo José, y se quedó en casa, pues no le halagaba la idea de una nueva ascension.

Contento con el triunfo que acababa de obtener, se fué al balcon que dominaba la plaza en donde está situado el hotel del Elefante, y pudo ver á su hermana que se dirigía, dando el brazo al mayor, hácia la morada de Rebeca.

Felizmente para ella los distinguió desde su buhardilla, donde estaba conversando y riendo con los dos estudiantes, á quienes despidió á toda prisa, ocupándose luego en ordenar un poco su vivienda, antes de la llegada del dueño de la fonda que, sabiendo que mistress Osborne se hallaba en gran favor en la corte del gran duque, la hizo mil saludos y quiso acompañarla hasta la buhardilla.

—Abrid la puerta si gustais, dijo el dueño de la fonda con mucha cortesía, llamando al cuarto de Rebeca.

—¿Quién es, preguntó ésta asomándose un poco; y luego lanzó un grito de sorpresa.

Tenia delante de sí á Amelia temblando en todos

sus miembros, y el mayor Dobbin apoyado en su baston.

Amelia se lanzó en los brazos de Rebeca. Acababa de perdonarla todo lo pasado abrazándola con toda la efusion de su corazon.

LX.

**Amantium irae.**

Tanta franqueza y bondad de alma no podian dejar insensible á la persona que era objeto de ellas, por pervertida que estuviera.

Rebeca correspondió á las caricias y á las tiernas palabras de Amelia con algo que se parecia á la gratitud, y con una gratitud que si no duró mucho, al menos fué sincera.

La mentira del hijo arrancado á los brazos de su madre, que produjo la reconciliacion de Amelia, fué naturalmente el primer asunto de conversacion entre las dos mujeres.

—¡Conque os han arrebatado vuestro querido hijo! decia con voz conmovida la cándida Amelia. ¡Ah! Rebeca, comprendo vuestros padecimientos, sé lo que es estar privada de un hijo; pero el cielo se compadecerá de vos y os devolverá el vuestro, como á mí me devolvió el mio.

—¡Mi hijo! . . . Sí, sí, he padecido mucho res-

pondió Rebeca atormentada quizá por un secreto remordimiento.

Rebeca se hallaba en un estado violento al amontonar así mentira sobre mentira en presencia de tanta confianza y sencillez. Tal es á menudo la triste suerte de aquellos que se han separado una sola vez del sendero de la verdad.

—Horribles fueron mis tormentos, repuso Rebeca, cuando me arrebataron mi hijo; tuve una congestión cerebral y estuve á la muerte; pero ¡ay! si me quedé en el mundo ha sido para sufrir en la indigencia.

—¿Qué edad tiene? preguntó Amelia.

—Once años.

—¡Es la edad de Jorge! . . . ¡Pobre Rebeca!

Y dejándose arrastrar á sus reflexiones ordinarias sobre la hermosura, el talento y las excelentes cualidades de su hijo que no tenia igual en el mundo, exclamó:

—Veréis á mi querido Jorge.

Segun ella no se podia ofrecer un consuelo mayor á Rebeca si es que algo podia consolarla.

La conversacion se prolongó mas de una hora entre aquellas dos mujeres, y Rebeca hizo á su amiga un relato circunstanciado de su existencia desde que habian dejado de verse hasta entonces. La contó que su matrimonio con Rawdon habia suscitado en la familia de su marido las animosidades mas violentas; que su cuñada, mujer artificiosa y apasionada, habia derramado contra ella la hiel y el



veneno en el alma de su marido; que éste había contraído relaciones culpables que le habían conducido á separarse de su mujer; que ella lo había soportado todo, la pobreza, el desprecio y la frialdad del hombre que amaba por amor á su hijo, pero que al cabo, á consecuencia de graves ultrajes, había tenido que pedir una separacion. . . . Su marido tuvo la infamia de proponerla que sacrificara su honra á fin de obtener de lord Steyne el empleo que á esa costa le prometia aquel señor tan poderoso como corrompido.

Rebeca pronunció esta parte dramática de su historia con un acento de pudor ultrajado y de indignacion virtuosa. Despues de aquel insulto, obligada á fugarse del domicilio conyugal, se había visto perseguida por el odio de aquel monstruo, que había tenido la crueldad de arrancar un hijo á su madre.

En suma, á causa de todo esto, Rebeca se encontraba pobre, errante, abandonada, sin apoyo y sin recursos.

Amelia sacó el pañuelo para enjugarse los ojos, y nuestra cómica pudo ver con satisfaccion el efecto que había producido.

El mayor, cansado de esperar el fin de la conversacion entre las dos amigas en aquel estrecho corredor, se bajó á la sala del billar, donde por acaso fué á sentarse junto á los dos estudiantes Max y Fritz, que hablaban en voz alta de una persona que Dobbins reconoció era Rebeca. Dijeron que iba

á dar un concierto, y que era preciso tomar billetes.

—Esa infernal mujer, se decia Dobbin, está ya tramando alguna de las suyas, quisiera verla á mil leguas.

Con la cabeza apoyada en la mano se entregaba á sus presentimientos y á sus inquietudes, cuando le dieron un golpecito en el hombro con una sombrilla, y alzando los ojos distinguió á Amelia.

La viuda poseia el secreto de someter á Dobbin á sus voluntades; siempre los débiles concluyen por hallar alguno que les sirve de víctima; ella le hacia ir y venir; le mandaba hacer encargos, y él obedecia con una sumision de que no hay ejemplo.

—¿Cómo se entiende! le dijo Amelia con un movimiento de cabeza y un saludo irónico, ¿así me habeis esperado para bajar la escalera?

—Me era imposible estar de pié en aquel corredor, respondió el mayor con tristeza.

Y al mismo tiempo se levantó y ofreció su brazo muy contento, porque iba á salir de aquella atmósfera. Ni aun se acordó de pagar; así fué que el mozo le salió al encuentro y le pidió el valor de la cerveza que no habia bebido.

Amelia se echó á reir, diciéndole que huia de sus acreedores, que no sabia ella que dejaba así sus cuentas pendientes. Jamas Amelia se habia mostrado mas alegre.

José esperaba con ansia á su hermana, y en cuanto la vió la dirigió esta pregunta:

—¿Qué os ha parecido? mi querida Amelia.

—¡Ay! respondió ésta, mucho ha sufrido la infeliz.

—Yo lo creo, exclamó José.

—Podríamos darla un cuarto arriba, dijo Amelia.

—¡Cómo! ¿quereis que habite la misma casa que vos? preguntó el mayor estremeciéndose.

—¿Y por qué no? repuso Amelia con el aire más cándido del mundo; no os enfadeis por eso, mayor Dobbin.

—Es cosa muy natural, querido mío, exclamó José.

—La pobre criatura ha padecido tanto, continuó Amelia; su banquero quiebra y desaparece; su marido, monstruo abominable, la abandona y la quita su hijo. . . .

Y al decir esto Amelia mostraba el puño con una expresión amenazadora y resuelta, que entusiasmó al mayor.

—¡No sé cómo vive! exclamó José.

—Dando lecciones de canto, dijo Amelia; ¿y tendríamos la crueldad de no traerla con nosotros?

—Tomad sus lecciones, pero no la recibais en vuestra casa, dijo el mayor con mucha animación; os lo suplico, no la recibais.

—No os comprendo, William, repuso Amelia animándose también. Vos, que sois tan bueno y tan generoso, ¿quereis impedirnos que favorezcamos á esa desgraciada?... Es mi amiga más antigua, y....

—No siempre ha sido vuestra amiga, Amelia, dijo el mayor.

La alusion era terrible; Amelia lanzó al mayor una mirada llena de dignidad.

—Está muy mal lo que habeis hecho, mayor Dobbin, le dijo.

Y al punto se retiró y fué á ocultar en su cuarto la ofensa de que se creia herida.

—¡Ah! ¡cómo ha tenido la crueldad de recordarme lo que me ha hecho sufrir tanto! exclamó Amelia. Si yo lo hubiera olvidado, no debia él traerlo á mi memoria, no, seguramente.

Y al decir esto miraba el retrato de su marido.

Sumergida en esa contemplacion, pasó un gran rato, y se la figuraba que los ojos de aquella imagen querida tomaban una espresion de reconvenccion á ella, que se aumentaba cuanto mas contemplaba la pintura. Todos los antiguos recuerdos de su primer amor cruzaban por su mente, y su herida, apenas cicatrizada, se abria de nuevo y con dolores mas vivos.

Por último, la faltó el valor para soportar las reconvencciones que parecia dirigirla el retrato; era demasiado para sus fuerzas, era mas de lo que podia soportar su alma timorata.

¡Pobre William! una sola palabra ha destruido la obra de muchos años. El edificio trabajosamente levantado con tanta constancia se ha venido á tierra con una palabra; una sola palabra ha disipado sus esperanzas, y le arrebató un corazon conquistado con una vida entera de abnegacion y de afecto.

Aunque William pudo leer en los ojos de Amelia, que estaba á punto de declararse una crisis, continuó suplicando á José que no diera asilo en su casa á Rebeca. Le repitió algunas palabras que habia oido á los estudiantes en el café, y que no probaban mucho en favor de la virtud de Rebeca, y le habló largamente de todo lo pasado; pero José se mantuvo inflexible, y Rebeca entró en la casa.

A su entrada manifestó á José una gratitud tierna y respetuosa, y lanzó al mayor Dobbin una mirada cortés, pero recelosa, pues una voz secreta la decia, que tenia un enemigo en aquel hombre.

Al oir á Rebeca, Amelia salió de su cuarto y dió un abrazo á su protegida con la mayor efusion. A Dobbin le miró encolerizada. Nunca quizá se habia pintado en el rostro de Amelia una espresion mas desdeñosa; y por motivos que ella conocia, queria que Dobbin notara su mal humor.

El mayor, mas indignado con esta injusticia que con su desgracia, se retiró saludando friamente.

Libre de su presencia, Amelia se entregó de todo corazon á sus accesos de ternura con su amiga, y se ocupó en instalarla en el cuarto que la habia destinado.

Cuando una persona de naturaleza débil y vacilante está á punto de cometer una injusticia, desea concluir cuanto antes. Amelia pensaba que habia dado una prueba de mucha firmeza, manifestando su respeto por la memoria del capitan Osborne.

Jorge entró á la hora de comer, y halló cuatro cubiertos como de costumbre; pero en el puesto que ocupaba el mayor, se encontraba una señora.

—¿Y Dobbin? preguntó Jorge, con el candor de su edad.

—Sin duda está convidado, le respondió sú madre llevándole hácia ella y cubriéndole de besos.

Y despues de haber separado los cabellos que le caian sobre la frente, le presentó á mistress Crawley.

—Este es mi hijo, Rebeca.

Estas palabras, en la boca de mistress Osborne, querian decir:

—¿A que no hallais en todo el universo uno que se le parezca?

Rebeca miró al niño con admiracion y le estrechó la mano.

—Cómo se parece á. . . .

La emocion cortó su frase, pero Amelia la comprendió como si la hubiese concluido.

La vista de Jorge la habia recordado su hijo idolatrado. Felizmente la alegría de haber encontrado una amiga, ayudó á mistress Crawley á soportar el peso de este dolor, y comió con el mejor apetito.

Durante la comida, Rebeca tuvo ocasion de hablar repetidas veces, y Jorge la escuchaba y la miraba con una atencion particular.

Despues de los postres, Amelia salió á sus quehaceres, José se puso á roncar recorriendo las co-

lumnas del *Galignani*, y Jorge, sin levantarse de su asiento, continuó examinando á Rebeca, como si quisiera reconocerla.

Al cabo exclamó, diciendo:

—Apostaría que. . . .

—¿Qué apostaríais? preguntó Rebeca riendo.

—Que sois la misma persona que ví ayer jugando.

—Silencio, niño, dijo Rebeca tomándole la mano y cubriéndola de besos; vuestro tío estaba tambien, y mamá no debe saberlo.

—¡Oh! nada temais, repuso Jorge.

—Ya veis cómo nos hemos hecho buenos amigos, dijo Rebeca á Amelia, que entraba en aquel momento.

Mistress Osborne habia tenido acierto en acordar la hospitalidad á Rebeca. William, trasportado de indignacion, aunque estaba muy lejos de sospechar la catástrofe que le amenazaba, comenzó á recorrer como un loco las calles de la ciudad, hasta que encontró al secretario de la legacion inglesa, M. Tapeworm, quien le convidó á comer.

Dobbin se apresuró á pedir al diplomático algunos informes sobre una tal mistress Rawdon Crawley, que habia hecho en Lóndres mucho ruido, y Tapeworm, que se hallaba al corriente de estas cosas, dió al mayor todas las noticias que deseaba. Dobbin se quedó atónito al oír las historias de Tuffto y de Steyne; y cuando él dijo que Rebeca habia pasado á vivir en casa de José Sedley, Tapeworm

soltó una carcajada, que acabó de dejar al mayor estupefacto.

Dobbin se quedó turbado é inquieto con lo que habia oido. Aquella misma mañana, antes de la entrevista con Rebeca, se habia resuelto que Amelia iria por la noche al baile de la corte.

El mayor, prometiéndose encontrarla allí para darla parte de todo lo que acababa de saber, se puso su uniforme y fué á palacio; pero por desgracia mistress Osborne no pareció, y ya era tarde para ir á visitarla. Dios sabe si Dobbin pudo aquella noche conciliar el sueño.

Al otro dia muy temprano mandó á su criado con un billete para mistress Osborne, en el que la pedia una entrevista particular.

La contestacion fué, que mistress Osborne estaba un poco indispuesta, y no podia salir aquella mañana de su cuarto.

Cuando por la tarde el mayor obtuvo al fin el permiso para presentarse en su casa, en vez de la acogida cordial á que le tenia acostumbrado hacia mucho tiempo, no recibió de ella mas que un saludo frío y ceremonioso.

Rebeca, que se encontraba allí, se adelantó hácia Dobbin con una sonrisa cariñosa y le presentó la mano. Dobbin retiró la suya, dominado por una agitación que se descubria en su rostro.

—Perdonadme, señora, la dijo; debo declararos que, si me encuentro aquí, no es por un sentimiento de amistad hácia vos.



—¡Qué diablo! dejemos eso, exclamó José, deseando evitar esplicaciones.

—Ignoro lo que el mayor Dobbin podría decir contra Rebeca, exclamó Amelia con una voz clara, aunque algo conmovida, y lanzándole una mirada muy resuelta.

—No quiero tales discusiones en mi casa, repuso José; ¿lo oís, Dobbin?

Y echando una mirada en su derredor, se dirigió muy encarnado y trémulo hácia la puerta de su cuarto.

—Mi querida amiga, dijo Rebeca con una voz angelical, os suplico que no os negueis á oír las acusaciones que el mayor Dobbin tiene que esponer contra mí.

—Podeis hablar, caballero, ahora que no hay aquí ningun hombre.

—Amelia, respondió el mayor con un tono de dignidad herida, ¿cómo podeis hablarme en esos términos? Vengo aquí á cumplir con un deber sagrado.

—Despachaos, pues, mayor Dobbin, respondió Amelia animándose por momentos.

Y como pronunciara estas palabras con un acento imperioso, el rostro de Dobbin tomó una espresion dura y severa.

—Vengo á deciros... podeis quedaros, mistress Crawley, deseo que me oigais tambien; vengo á deciros, que no me parece conveniente que una familia que yo estimo, dé asilo á una mujer separada de

su marido, que viaja con un nombre falso; y que frecuenta las casas de juego. . . .

—Yo estaba en el baile, exclamó Rebeca.

—No es esa la compañera que necesitan mistress Osborne y su hijo. Añadiré, continuó Dobbin volviéndose hácia Rebeca, que he encontrado aquí personas que os conocen perfectamente, y que me han dado detalles sobre vuestra conducta que temeria repetir en presencia de mistress Osborne.

—Mayor Dobbin, repuso Rebeca, calumniáis á las personas con demasiada reserva; debéis tener valor para formular vuestras acusaciones: ¿Aludís á infidelidades con mi marido? Desafío á que se me presente una prueba. Mi honor está intacto, caballero. Si aludís á mi pobreza y á mi desgracia, es otra cosa, esos son mis crímenes. Amelia, me marchó; olvidadme; yo no olvidaré estas pocas horas de felicidad que acabo de disfrutar en vuestra compañía. Me retiro, pues, ya que estando aquí echo á perder los planes de vuestro amigo.

—Así debéis hacerlo, repuso el mayor, y si yo poseo alguna autoridad en esta casa. . . .

—¡Autoridad en mi casa! No teneis ninguna, exclamó Amelia furiosa. Rebeca, os quedaréis conmigo; no, no temais que os abandone, porque os persiguen y porque os insultan, porque le ha dado el capricho al mayor Dobbin de armar aquí un escándalo. Venid conmigo, querida mia.

Las dos mujeres se dirigieron al mismo tiempo hácia la puerta.

William se adelantó para abrirla, y tomando la mano de Amelia, la dijo:

—Os suplico que me acordeis un momento, tengo que hablaros.

—Es para acusarme cuando yo no pueda defenderme, repuso Rebeca tomando un aire de víctima.

Amelia, por toda respuesta, la estrechó la mano.

—Os juro que no se trata de vos, prosiguió Dobbin; quedaos Amelia.

Amelia se quedó, y Dobbin hizo un saludo profundo á mistress Crawley, que salió y cerró la puerta.

La viuda se apoyó en la chimenea fijando sus ojos en Dobbin; sus labios, así como su rostro, tenían una palidez lívida.

—Os pido mil perdones, la dijo el mayor, por mi modo de hablaros. Siento haber empleado la palabra autoridad. . . .

—No está mal que lo hayais conocido, dijo Amelia con un temblor que la era imposible disimular.

—Me dejaréis al menos el derecho de explicarme, continuó el mayor Dobbin.

—Es un modo como otro cualquiera de recordarme lo que os debo, dijo Amelia.

—Los derechos que reclamo, respondió William, son aquellos que me dejó el padre de Jorge.

—Ayer mismo no habeis temido insultar su memoria. . . . ya sabeis lo que os quiero decir. . . . y podeis estar seguro de que no lo olvidaré nunca. . . . ¡nunca! . . .

Y Amelia pronunció estas últimas palabras con

el temblor convulsivo que dan ordinariamente de emoción y la ira.

—¡Amelia! exclamó Dobbin tristemente; ¿creeis que unas palabras pronunciadas en el estravío de la cólera deban ser motivo de que se acabe todo entre nosotros? La memoria de Jorge no tiene por qué ofenderse de mi conducta, y si merezco alguna reconvencion, nunca la debo oír de su viuda y de la madre de su hijo. Reflexionad bien en esto y me absolveréis de tal acusacion. . . . ¿qué digo? . . . . en este momento ya no tendriais valor para condenarme.

Amelia inclinó su cabeza sobre su pecho.

—No os han infundido esa animosidad mis palabras de ayer, continuó Dobbin; eso es un pretexto, ó bien yo habria perdido el tiempo en amaros durante quince años, en cuidar de vuestro corazon con una ternura incansable. ¿Creeis pues que al cabo de tantos años no he aprendido yo á leer en vuestra alma y en vuestros pensamientos? Sé de lo que es capaz vuestro corazon; puede adherirse con fidelidad á un recuerdo, puede idolatrar una imágen, pero no puede experimentar un afecto bastante fuerte para corresponder al mio, no puede sentir el amor que yo habria querido encontrar en un alma mejor templada que la vuestra. No, no; no sois digna del amor que os habia consagrado; lo he reconocido hace mucho tiempo; el objeto que yo me propuse en mi existencia no era digno de los esfuerzos que intenté para alcanzarle. ¡Insensato! Me

he lisonjeado con vanas quimeras, y en mi loco abandono me sentia siempre dispuesto á cambiar la franqueza y el ardor de mi alma por la oscura chispa de amor medio apagada en la vuestra; pero ahora renuncio á eso y me retiro, sin resentimientos por mi parte. ¡Oh! no; habeis hecho todo lo que se podia esperar de vuestra débil naturaleza; pero para ponerse á la altura de mi cariño, era preciso un corazon mas grande que el vuestro. Adios, Amelia; despues de haber seguido todas las vicisitudes de tan triste combate, reconozco que es tiempo ya de poner fin á él; entrambos hemos agotado nuestras fuerzas.

Amelia, consternada y silenciosa, escuchaba á William, que rompía de repente la cadena que hasta entonces los habia ligado, y recobraba su independencia y su superioridad.

Hacia mucho tiempo que Amelia viéndole prosternado á sus piés habia creído que no podría levantarse nunca. No queria casarse con él, pero sí tenerle á su discrecion; era uno de esos propósitos que en amor se ven muchas veces.

Las palabras de William la pusieron en una perturbacion suma. Sorprendida ahora de la posicion ofensiva que ella se habia reservado siempre, no pensaba mas que en la retirada.

—Segun comprendo, nos dejais, William, exclamó.

William se sonrió con tristeza.

—Una vez os he dejado ya, la dijo, y he vuelto

al cabo de doce años; entonces los dos éramos jóvenes, pero la vida se concluye jugando así con la esperanza.

Durante este coloquio la puerta del cuarto de mistress Osborne se habia entreabierto suavemente, y Rebeca se habia enterado de todo.

—¡Qué corazon tan noble! dijo para sí; Amelia hace muy mal en tratarle como le trata.

Admiraba á Dobbin sin ningun rencor porque se habia declarado contra ella.

—Si hubiera yo encontrado un hombre como ese, dijo para sí, ¡cuán feliz habria sido!

Y corrió á encerrarse en su cuarto, se recogió durante un instante, y luego escribió un billete á Dobbin en que le decia que esperase algunos dias antes de marchar, prometiéndole que emplearia su influencia en su favor cerca de Amelia.

Consumada la separacion, el pobre Dobbin se dirigió hácia la puerta y salió. La aventurera, que tenia la culpa de lo sucedido, se quedaba, en fin, dueña del campo de batalla; ahora le tocaba á ella sacar el mejor partido de la victoria.

Jorge, á la hora de la comida, notó como el dia anterior la ausencia de su amigo. Nadie desplegó sus labios en la mesa; José no habia perdido el apetito; pero Amelia no probó un bocado en toda la comida.

Jorge, despues de los postres, se tendió en un sofá cerca de la ventana que daba á la plaza del

**Mercado.** De repente observó que había mucho movimiento en el hotel que ocupaba Dobbin.

—¿Qué es eso? exclamó; ¡sacan el carruaje de Dobbin de la cochera!

Amelia se estremeció sin decir palabra.

—Francisco carga la maleta, continuó Jorge, y el postillon atraviesa el mercado con sus tres caballos. . . . ¿Quién se marcha?. . . . ¡Cómo! ¿Enganchan los caballos al coche de Dobbin? ¿Es él quien se marcha?

—Sí, dijo Amelia; va á emprender un viaje

—¿Y cuándo volverá?

—Nunca, respondió Amelia.

—No, no partirá, exclamó Jorge levantándose.

—Estaos quieto, gritó José.

—Os prohibo que salgais, Jorge, le dijo su madre con una espresion de tristeza.

Jorge se detuvo, pero comenzó á dar vueltas sobre el sofá con todas las señales de una curiosidad impaciente.

Los caballos fueron enganchados y los cofres cargados en el carruaje. Cuando estuvieron terminados los preparativos, Dobbin apareció con el dueño del hotel, que casi lloraba al verle marchar.

—Quiero decirle adios, exclamó Jorge pegando con el pié en el suelo.

—Le entregaréis esto, dijo Rebeca que parecia estar muy conmovida.

Y le dió un papel.

Bajar la escalera y atravesar la calle fué para Jor-

ge cosa de un segundo; ya el postillon habia montado, y Dobbin estaba en el carruaje.

Jorge subió al estribo, y rodeando el cuello del mayor con sus dos brazos, le hizo mil preguntas, hasta que por fin le entregó el papel de Rebeca. William le tomó con presteza y temblaba al abrirle; pero de repente sus facciones se alteraron, hizo añicos el papel, y arrojó los fragmentos por la portezuela. En seguida dió un beso á Jorge, y éste bajó restregándose los ojos.

El postillon agitó su látigo, y los tres caballos echaron á andar; al mismo tiempo la cabeza de Dobbin se inclinaba sobre su pecho: no alzó los ojos cuando el carruaje pasaba bajo las ventanas de Amelia, y Jorge permaneció solo en la calle llorando y sollozando.

La doncella de Amelia oyó al niño llorar toda la noche; le llevó dulces para tratar de consolarle, y mezcló sus lágrimas con las de Jorge, pues todos los que conocian al mayor, no podian menos de quererle.

## LXI.

### **Nacimientos, bodas y defunciones.**

Al tomar la resolucion de favorecer un amor tan sincero como el de Dobbin, Rebeca juzgó que debia guardar sobre este punto el mas profundo



silencio. Para ella la cuestión de su interés personal era superior á todas; así, lo que podía asegurar la felicidad de Dobbin, cruzaba por su mente despues de otras cosas que la interesaban mas de cerca.

De resultas de los sucesos que acabamos de mencionar, habia pasado de súbito á una existencia apacible y cómoda, despues de tantas agitaciones; este cambio la hacia muy dichosa, y con la destreza que la conocemos ya, queria hacer agradable su presencia á las personas que la rodeaban.

La entrevista en el hotel del Elefante la habia bastado para reanimar en José todo el fuego de sus antiguos ardores. Al cabo de una semana José la pertenecia como el esclavo mas sumiso, como el admirador mas apasionado. Ya no dormia la siesta despues de comer, sino que salia en coche descubierto con Rebeca, y la proponia toda clase de distracciones.

La pobre Amelia, que nunca habia sido mujer de conversacion muy animada, y que estaba mas silenciosa aún desde la marcha de Dobbin, vivia abandonada con la aparicion de aquella criatura superior y dominante. Rebeca cantaba y tocaba el piano; y al punto que se supo en la ciudad que era noble, que su marido era coronel y gobernador de una isla, y que se habia separado de él por un motivo insignificante, todo el mundo la admiraba y solicitaba el honor de ser presentado á ella en casa de

M. Sedley. Así, las reuniones de esta casa eran las primeras y las mas brillantes de todas las que se daban en la ciudad.

Amelia concluyó como todos, por caer bajo la influencia de Rebeca, quien la hablaba sin cesar del mayor Dobbin, proclamando su admiracion hácia él y riñéndola por su crueldad con un hombre tan bueno y tan generoso.

Amelia no tenia muchas contestaciones; trataba de probar á su amiga que la habian guiado en su conducta las inspiraciones mas nobles y sagradas. La decia, que una mujer que se habia casado con un ángel como Jorge Osborne, debia considerarse casada eternamente; sin embargo, hallaba muy justos los elogios que Rebeca prodigaba al mayor, y sacaba la conversacion sobre él mas de veinte veces cada dia.

Amelia cuidaba de que su hijo escribiera á menudo al mayor, y trataba de que no se olvidase de poner en la carta que su mamá le daba muchas espressiones.

Y todas las noches, al contemplar el retrato de su marido, le hallaba siempre un aire de reconvenccion; pero la parecia que esa reconvenccion era porque habia dejado marchar á William.

Este heroico sacrificio no habia asegurado la felicidad de Amelia. Muy al contrario, se mostraba distraida, agitada, descontenta; nunca la habian visto de tan mal humor como entonces. Estaba pálida y se quejaba continuamente; sin cesar repetia aque-

llas romanzas de Weber, que mas le gustaban al mayor, y á veces, en medio de sus cánticos, se interrumpia y corria á su aposento, como si quisiera ponerse bajo la proteccion del retrato de su marido.

En las conversaciones y en los paseos con su hijo, no hablaba mas que de William.

Rebeca habia llegado en un estado miserable; pero su amiga la habia provisto de todos cuantos vestidos y adornos necesitaba. No obstante, ella decia que esperaba unos cofres que tenia en Leipsick, y al cabo de algun tiempo llegaron efectivamente, pero no contenian los suntuosos trajes que Rebeca habia anunciado.

De uno de ellos sacó mistress Crawley un cuadro que se apresuró á colgar en una de las paredes de su aposento, y en seguida llamó á José para que le viera.

Este dibujo al lápiz representaba un hombre muy robusto, montado en un elefante; en el fondo se distinguia una pagoda; sin duda la escena pasaba en la India.

—Ese es mi retrato, exclamó José.

Efectivamente, él era rebosando juventud, y con una chaquetilla de mahon que se llevaba mucho en 1804. Era el mismo cuadro que en otro tiempo adornó las paredes de Russell-Square.

—Le compré, dijo Rebeca con una voz trémula de emocion, un dia en que fuí á ver si podia servir de algo á mis buenos amigos. Desde entonces ha es-

tado siempre en mi compañía, y no me abandonará nunca.

—¡Tanto valor le dais! dijo José estasiado.

—¡Ay! exclamó Rebeca; ya sabeis por qué.... ¿pero á qué vienen los recuerdos y las palabras? Ya es demasiado tarde.

Esta conversacion dejó á José embriagado de felicidad. Amelia vino cansada y se retiró á su cuarto, dejando solos á su hermano y á su amiga. Sin embargo, demasiado agitada para poder dormir, oyó que Rebeca cantaba á José las romanzas de 1815.

Corria entonces el mes de Junio, la estacion del lujo y la elegancia en la ciudad de Lóndres.

José, que no habria perdonado un solo dia la lectura del *Galignani*, daba, durante el almuerzo, á sus dos compañeras las noticias mas notables del diario.

Un dia el periódico anunció, que el mayor Dobbin se habia reunido con su regimiento en Chatham, y al mismo tiempo daba cuenta de la presentacion en la corte del coronel sir Miguel O'Doow y de miss Glorvina O'Doow.

Venian despues los nombres de los tenientes coroneles de nueva promocion, entre los cuales se hallaba el de Dobbin.

En cuanto á fallecimientos, se anunciaron el del viejo mariscal Tiptoff y el de lord Steyne.

Amelia sabia algunas de estas cosas por la correspondencia que Jorge sostenia con su tutor. Wil-

William la había escrito dos ó tres cartas despues de su marcha; pero en ellas reinaba tal frialdad, que la pobre mujer conocia que habia perdido todo su imperio sobre Dobbin, y que como la dijo, la dejaba completamente libre.

Este abandono la hacia desgraciada; ahora recordaba los servicios, los tiernos y afectuosos servicios del mayor, y este recuerdo la atormentaba noche y dia. Segun su costumbre, se consumia en sus dolorosos pensamientos, y reconocia toda la pureza y la nobleza de un cariño que habia despreciado.

¡Ah! ¡Cuánto deploraba haber perdido aquel tesoro!

Y era cosa concluida; William habia agotado su paciencia. Ya no podia amarla como antes la habia amado; al menos así lo creia ella.

Y sin embargo, aquel amor dejaba aún hondas cicatrices en el corazon de Dobbin.

—Tengo yo la culpa de haberme forjado puras ilusiones, se decia á menudo. Si hubiera sido digna del amor que yo la he tenido, hace mucho tiempo que habria correspondido á él. Era un error que lisonjeaba á mi corazon. ¡Dios mio! ¿La vida entera no se pierde soñando? Quizá casándome con ella habria visto desaparecer á la otra mañana de mi victoria, todas aquellas imágenes que me hechizaban. ¿Por qué me lamento pues de mi derrota?

Luego suspendia su pensamiento en este largo

periodo de su existencia, y reconocia la vanidad de sus ilusiones:

—Continuaré el servicio, se decia, siguiendo el curso de sus reflexiones, y consagraré el resto de mis fuerzas á llenar los deberes de mi profesion; pasaré lo restante de mi vida inspeccionando los botones de los reclutas, y examinando las cuentas de los sargentos, y cuando me vea anciano y achacoso, pediré el retiro y me resignaré á vivir con mis hermanas hasta que me lleven á la sepultura. Nada, está resuelto. Paga la cuenta, Francis, y dame un cigarro; luego verás qué funcion hay esta noche, y mañana nos embarcaremos en el *Batave*.

Dobbin hablaba así en el puerto de Rotterdam. Francis no oyó mas que las últimas palabras.

El *Batave* estaba fondeado á corta distancia, y á popa podia distinguir el mismo puerto donde habia hecho la travesía con Amelia. Pero ya no debia pensar en esto; mañana saldria para la Gran Bretaña.

Pasado el mes de Junio, segun los usos germánicos, la sociedad de la corte de Poupernicle, se disemina por varios puntos del globo á tomar las aguas minerales.

El Dr. Von Glauber, médico de la corte, habia persuadido á José que debia ir á tomar baños á Ostende. Amelia se decidió fácilmente, y Jorge saltaba de júbilo con la idea del viaje. Rebeca debia naturalmente ocupar el cuarto puesto en el coche que José habia comprado.

«La pequeña colonia no tardó pues en ponerse en camino, y fué á instalarse en Ostende en una fonda muy cara y muy mal servida.

Amelia comenzó á tomar los baños con la indiferencia con que hacia ya todas las cosas. En cuanto á Rebeca, las personas que la conocian, apenas la veian se apresuraban á alejarse de ella. Mistress Osborne, que la acompañaba en sus paseos, no conocia á nadie, y ni siquiera notaba las afrentas que debia sufrir su amiga.

No obstante, Amelia tardó poco en cansarse de la vida de Ostende, y manifestó á José el deseo de regresar á Inglaterra. En su casa se habian introducido el mayor Loder y el capitán Roock, amigos de Rebeca, que fumaban y se conducian de un modo insolente. Esta sociedad disgustaba á mistress Osborne.

Pero José no hacia caso de sus ruegos, pues no queria alejarse de su doctor; era éste un lazo poderoso para él; y ademas debemos decir que Rebeca no le instaba para que se volviese á Inglaterra.

Por fin Amelia tomó un gran partido, una enérgica resolucion; escribió á un amigo sin decir una palabra á nadie, y llevó ella misma la carta al correo, para estar mas segura de su secreto. Unicamente se notó en ella cierta emocion cuando volvió al lado de Jorge, con quien pasó hablando una gran parte de la noche.

Al volver del paseo se encerró en su cuarto. Rebeca pensó que tenia miedo al mayor y al capitán.

—No puede estar mas tiempo aquí, se decia Rebeca. Que se marche pronto. ¿Cuándo se ha visto semejante pesadumbre por un marido que ha muerto hace quince años? Y Dios sabe si merecia ese sentimiento. Que se case con el tonto de Dobbin, esta noche lo arreglaré yo.

Bajo pretexto de llevarla una taza, Rebeca fué al cuarto de Amelia, y la encontró muy agitada en compañía de sus dos retratos. La puso delante la taza de té, y Amelia la dió las gracias.

—Escuchadme, amiga mia, dijo Rebeca, paseándose por el aposento y mirándola con un aire de interes casi despreciativo. Tengo que hablar con vos. No podeis permanecer aquí mas tiempo; debeis sustraeros á la insolencia de esos dos miserables que visitan vuestra casa. Poco os importa saber cómo los he conocido; pero lo cierto es que sé muy bien á qué atenerme con respecto á ellos. José no está en el caso de protegeros. Debeis buscar un marido, si no quereis esponeros con vuestro niño á una ruina segura. Necesitais un sostén, un apoyo. . . . y ese se ofreció á vos en la persona del hombre mas amable y bondadoso que hay en el mundo. . . . ¿cómo habeis tenido valor para rechazarle?

—Hice cuanto pude por olvidar. . . . repuso Amelia con aire suplicante, y en vez de acabar su frase miró al retrato del difunto.

—¿Olvidar á quién? exclamó Rebeca; al egoismo personificado, á un hombre sin talento y sin cora-



zón. . . . ¡Ah! tanta semejanza hay entre él y vuestro amigo Dobbin como entre vos y la reina Elisabeth. Y ese hombre estaba ya cansado de vos, y os habria dejado plantada sin el mayor Dobbin, que le obligó á que cumpliera sus promesas. Así me lo repetia diariamente, diciéndome que lo mismo pensaba en vos que en su abuela; á la semana de estar casado ya me hacia la corte.

—¡Es falso! ¡Es falso! exclamó Amelia poniéndose en pié al oír esas palabras.

—Aquí teneis la prueba.

Y al mismo tiempo sacó del pecho un papel que puso á la vista de Amelia.

—¿Reconoceis la letra? añadió; creo que es la suya; pues bien, leed esta carta y veréis que me propone un raptó; y me la dió delante de vos, la víspera del dia en que debia morir. Bien muerto está, continuó Rebeca.

Amelia ya no oia nada; sus ojos estaban fijos en la carta.

Era la misma que Jorge habia puesto en el ramillete que dió á Rebeca la noche del baile de la duquesa de Richmond.

Rebeca decia la verdad; Jorge la proponia un raptó.

Amelia dejó caer la cabeza sobre su pecho.

Esta será la última vez que la veremos llorar en el curso de esta historia; pero apresurémonos á decir que su llanto fué abundante. Con el rostro oculto en sus manos, dió rienda suelta á su emocion, y

Rebeca fué durante un rato testigo impasible de esta escena.

¿Qué hombre bastante iniciado en los secretos de los corazones podrá decirnos si aquellas lágrimas fueron dulces ó amargas? ¿Procedía su dolor del sentimiento que experimentaba al ver así destruido el ídolo de su vida; se indignaba pensando en los desdenes de que su amor habia sido objeto, ó por último, se regocijaba al ver suprimido el obstáculo que su pudor de mujer habia colocado entre ella y su cariño nuevo?

—Ningun lazo me detiene ahora, se decia; puedo amarle con todas las fuerzas de mi alma... ¡Ay! ¡Quiera Dios que él consienta y me perdone!

Creo que este último sentimiento habia acabado por triunfar de todos los demas, y que él era la causa principal de la turbacion que experimentaba. Su dolor no estalló como se habia prometido Rebeca; abrazó tiernamente á su amiga, y ésta tomando la cabeza de Amelia con sus dos manos para besarla en la frente, la dijo:

—Pronto una pluma y papel y escribidle.

—Le he escrito esta mañana contestó Amelia sonrojándose.

Rebeca recibió esta confesion con una carcajada, y al mismo tiempo se puso á tararear las palabras de la Rosina con una voz que despertó los ecos de la casa: *¡Un biglietto, eccolo qua!*

---

¶ Dos días después de esta escena, por un tiempo lluvioso y triste, Amelia, que había pasado la noche oyendo los mugidos de la borrasca y compadeciendo á los pobres viajeros, se levantó muy temprano y quiso dar un paseo con Jorge por el muelle.

¶ Parecía que tenía gusto en desafiar la lluvia que azotaba su rostro, y tenía los ojos fijos en la línea negra que marcaba en el horizonte los límites del mar. Solo hablaba para responder á Jorge.

—Creo que no se habrá atrevido á venir con el tiempo que hace, decía Amelia.

—Yo apostaría lo contrario respondía Jorge.

Y al cabo de una pausa añadió:

—¿No veis, madre mia, por aquel lado el humo del vapor?

El niño no se engañaba; el barco se anunciaba por una larga columna de humo; pero ¿quién podía asegurar que Dobbin estuviera á bordo, que hubiera recibido la carta, y que se hubiera decidido á venir?

Mil temores contristaban el corazón de Amelia, todos tan tumultuosos como las olas que se estrechaban en espuma contra las piedras del muelle.

En breve se pudo distinguir el vapor; Jorge tenía un anteojo, á cuyo beneficio fué detallando á su madre las particularidades del buque.

Amelia quiso mirar por encima del hombro de Jorge, pero no vió nada; solo pudo descubrir un punto negro que bajaba y subía.

Jorge prosiguió:

—¡Qué sacudidas dan al buque las olas!... No hay mas que dos personas sobre cubierta con los hombres de la tripulacion.... Una de ellas está sentada... la otra de pié... es un hombre... tiene un sombrero militar... ¡Es Dobbin!...

Bajando entonces el telescopio, corrió á su madre y la estrechó en sus brazos; Amelia se "sonreia entonces en medio de sus lágrimas," como dice el poeta.

Ahora estaba segura de que era William; no podia ser otro.

El buque se acercaba. En el momento en que amarró al muelle para operar el desembarco, Amelia temblaba de tal modo, que se arrodilló para dirigir al cielo las acciones de gracias mas fervientes.

Hacia un tiempo tan malo, que no se encontraba nadie en el muelle; apenas habia algunos mozos para cargar con los equipajes de los viajeros.

Jorge se eclipsó un instante; y cuando el pasajero de la capa volvió al puerto, la escena que bosquejamos aquí rápidamente, pasó, digámoslo así, sin testigos.

Una mujer con un sombrero blanco y un pañuelo grande, se adelantó hácia el pasajero tendiendo sus brazos, y desapareció en los vastos pliegues de la capa; en tanto que ella cubria de besos una de las manos del oficial, él sin duda la estrechaba sobre su corazon y la sostenia para impedir que se cayera al suelo. A traves de las palabras confusas que murmuraba, se oia esto:

N.E.T. 41. Intervención de la voz narrativa propia de la traducción mexicana que no existe en la obra original de William Thackeray. Rodríguez Espinosa, M. (2007) op. cit. pág. 147.

—¡Perdonadme, mi querido William, mi buen amigo, perdonadme! . . .

Cuando al cabo se calmó este delirio, Amelia se desprendió de los brazos de Dobbin, y conservando una de las manos de William entre las suyas, clavó en su rostro una mirada de una ternura indefinible.

—Tiempo era de que me llamaseis, querida Amelia.

—¿No habriais vuelto, William?

—Nunca.

Y estrechaba sobre su corazón á aquella criatura encantadora.

Cuando salían de la aduana, Jorge llegó á su encuentro loco de júbilo, y los acompañó á casa saltando y brincando en su derredor como un loco. José no se había levantado aún, Rebeca no estaba todavía visible, aunque ya los había visto llegar á través de las persianas.

Jorge se fué á la cocina para que dispusieran el almuerzo.

La tórtola está al fin en la jaula; ahora descansa en el hombro de su amigo, ahora canta para él solo, ahora agita suavemente sus alas con un estremecimiento de alegría; y él posee el tesoro por el que suspiró durante diez y ocho años de noche y de día. Sus votos están cumplidos.

Aquí nuestra pluma se detiene, pues ha llegado el término de nuestra obra y la última página de esta historia. ¡Adios, coronel; Dios os proteja, honrado y virtuoso William; adios, querida y tierna Ame-

42

N.E.T. 42. En la traducción de Georges Guiffrey (1855), "La tourtelle est en fin en cage", la mexicana (1860, 631), "La tórtola está al fin en la jaula", en la de Pedro González-Blanco (¿1900?), "La tórtola está, al fin, en la jaula", y en la de Gregorio Lafuerza (1915), "Ya está la tórtola en la jaula", se introduce una metáfora distinta a la de la novela original de William Thackeray (1848), "The vessel is in port". Puede afirmarse a este respecto, que en estas traducciones se ha manipulado el texto original introduciendo una irónica referencia a la tórtola, símbolo de la fidelidad conyugal en la tradición cristiana.

lia! ¡Pobre hiédra frágil; prende ahora tus ramajes verdes en torno de esa encina vigorosa, y que en adelante vuestras ramas vivan enlazadas y confundidas!

Sea que no quisiera turbar la felicidad de la persona que habia tomado su defensa, sea que tuviera horror de todo sentimiento sincero, Rebeca, muy contenta por los resultados de su negociacion, no quiso encontrarse con el capitan Dobbin y con Amelia. Pretestando asuntos personales, marchó á Bélgica, y los únicos que asistieron al casamiento fueron Jorge y su tio.

Despues el niño se fué á vivir en casa del coronel con su madre, y Rebeca volvió al cabo de pocos dias para acompañar al pobre José que, con el matrimonio de su hermana, se habia quedado en la soledad mas completa.

Dijo que le gustaba vivir en el continente, y dió gracias á Dobbin por la habitacion que en su casa le ofrecia.

Amelia se felicitaba de haber escrito á Dobbin antes de haber visto la carta de Jorge.

—Yo sabia todo eso, respondia William; pero no podia resolverme á emplear tales armas contra la memoria de un amigo, y no podeis figuraros lo que sufrí el dia en que. . . .

—No hablemos mas de eso, exclamó Amelia con tanta humildad y confusion, que William se apresuró á cambiar de conversacion.

El coronel Dobbin dejó el servicio inmediatamen-

te despues de su matrimonio, y se estableció en una bonita casa de campo del Hampshire, no lejos de Crawley-la-reina, donde despues del bill de reforma, sir Pitt y su mujer habian fijado su residencia definitiva. Todas las pretensiones del baron se habian dissipado y hasta perdido sus dos puestos en el Parlamento. Esta catástrofe habia trastornado á la vez su fortuna y su cabeza; hasta se habia puesto enfermo, y no cesaba de profetizar la próxima decadencia del Reino-Unido.

Lady Jane y mistress Dobbin se hicieron las mejores amigas del mundo. Siempre estaban juntas. Lady Jane fué la madrina de la niña de mistress Dobbin, á quien puso su nombre, y que fué bautizada por el reverendo James Crawley, sucesor de su padre en el presbiterio de Crawley.

Una estrecha amistad se formó entre Jorge y Rawdon, que cazaban juntos durante las vacaciones, y entraron al mismo tiempo en el presbiterio de Cambridge. Como no podia menos de suceder, se elevó entre ellos una rivalidad de amor concierne á la niña de lady Jane. Hacia tiempo que las dos madres proyectaban un matrimonio entre Jorge y la niña, aunque las preferencias de esta última se inclinaban hácia su primo.

Nunca se pronunció el nombre de Rebeca entre las dos familias, y la razon se comprende fácilmente. Rebeca no abandonaba un instante á José Sedley, y éste se hallaba enteramente á discrecion de la advenediza.

El coronel tuvo noticia de que José gastaba demasiado, y Amelia le suplicó que fuera á Bruselas, donde vivia su hermano á la sazón, para interrogarle sobre el estado de sus capitales.

Dobbin salió en efecto y halló á José instalado en una de las principales fondas de la ciudad. Rebeca, que ocupaba un gran aposento en la misma casa, tenia coche, daba grandes fiestas y llevaba una existencia de prodigalidades.

El coronel no tenia deseos de verla, y participó en secreto á José la noticia de su llegada.

José suplicó al coronel que pasara á su habitacion; y como aquella noche Rebeca tenia fiestas, pudieron los dos hablar á solas. El coronel halló á José en el peor estado de salud; y á pesar de los elogios que prodigaba á Rebeca, se reconocia el terror que le inspiraba. Decia él que le habia cuidado con un celo admirable en una serie de enfermedades á cual mas extraordinarias; se habia portado con él como una hija.

—Por amor de Dios, continuaba el desgraciado, venid á Bruselas para que estemos juntos.

El coronel se puso serio.

—Es imposible, José; en el estado en que se hallan las cosas, Amelia no puede veros.

—Os juro, os juro por la Biblia, exclamaba José con voz suplicante, que esa mujer está tan pura como la vuestra, y que es tan inocente como una criatura.

—Quiero creerlo así, respondió el coronel con



acento triste; pero Amelia no puede venir; sed hombre, José, romped esos lazos culpables, venid con vuestra familia. Me han dicho que vuestros asuntos pecuniarios no están bien. . . .

—¿Quién ha inventado semejante calumnia? exclamó José; todos mis capitales están colocados del modo mas ventajoso. Mistress Crawley. . . . . es decir. . . . . mi dinero, me produce buenos intereses.

—Hablan de deudas y de un seguro sobre vuestra vida. . . .

—Pensaba que. . . . la debía alguna cosa. . . . en el caso en que me sucediera alguna desgracia. . . . Ya sabeis que tengo tan mala salud. . . . . Es por gratitud y nada mas. . . . . Mi intencion es dejaros toda mi fortuna, pero debo dejarla algo tambien. . . . continuaba José, demasiado débil para romper las cadenas que sobre él pesaban.

El coronel insistió para que se libertara de aquel yugo y se volviera á la India, donde ciertamente no le seguiria mistress Crawley.

José, retorciéndose las manos, contestaba que haría todo lo que quisieran; pero que era preciso tiempo, y sobre todo no decir nada á Rebeca.

—Me mataria si lo supiera, añadia el infortunado; ¡ah! no sabeis lo que es.

—Pues bien, venid conmigo, dijo Dobbin.

José no tuvo valor para ello. Prometió que volveria á ver á Dobbin á la otra mañana, jurando no hablar de su entrevista.

Y ahora era preciso que se marchara pronto, pues podía volver Rebeca.

Dobbin se despidió de José con los mas tristes presentimientos.

No volvía á verle.

Tres meses despues José Sedley moria en Aquisgran, toda su fortuna se hallaba comprometida en especulaciones absurdas, y solo se hallaba ya representada por efectos de ningun valor procedentes de empresas locas.

En suma, solo dejó las dos mil libras esterlinas en que se habia asegurado, y que debian ser repartidas entre su querida hermana Amelia y la amiga que le habia asistido en sus enfermedades, Rébeca, á quien designaba para ejecutar sus últimas voluntades.

La compañía de seguros declaró que este asunto tenia que ponerse en claro. Habló de enviar á Aquisgran una comision para examinar las circunstancias de la muerte, y se negó á pagar; pero Rebeca fué á Lóndres, puso pleito á la compañía, y despues de declarar por todas partes que era víctima de intrigas infames que la habian perseguido durante toda su vida, acabó por triunfar. Se pagaron las dos mil libras; su reputacion salió intacta de esta prueba, pero el coronel Dobbin la devolvió la parte que le tocaba á su mujer, y no quiso tener relaciones de ninguna clase con Rebeca.

El coronel Rawdon murió de la fiebre amarilla

en Coventry-Island, generalmente sentido por todos los habitantes de la isla.

Mes y medio antes habia muerto sir Pitt, y de resultas de este fallecimiento, como no dejaba heredero varon, los bienes de la familia pasaron al jóven Rawdon Crawley.

Este tambien se negó á ver á su madre, á quien da una pension, y que se encuentra por lo demas en un estado de fortuna de los mas florecientes.

El jóven heredero se retiró á Crawley-la-reina con lady Jane y su hija, en tanto que Rebeca ha elegido Bath y Cheltenham por teatro de sus hazafias, y se presenta en todas partes como una víctima inocente y perseguida.

¿Tiene enemigos? ¿Quién no los tiene en este mundo? Pero su vida responde por ella.

Ahora se consagra enteramente á las obras de caridad, va á la iglesia, y no sale nunca sin que la acompañe un criado. Su nombre se halla en todas las suscripciones de beneficencia. Las tenderas y las lavanderas abandonadas han encontrado en ella una protectora generosa. Siempre compra billetes para las funciones que dan en los teatros á beneficio de esas infortunadas.

Amelia, sus niños y el coronel, que de tiempo en tiempo van á Lóndres, suelen encontrarse con ella en las funciones susodichas. Ella baja los ojos modestamente, y se sonrie con amargura cuando ya no la miran.

Amelia va siempre del brazo de Jorge, que es

ya un guapo mozo, y el coronel lleva á su niña Jane, que prefiere á todo en el mundo.

—Creo que la quiere mas que yo, se dice Amelia suspirando.

El coronel siempre es el mismo; en cuanto su mujer ha manifestado el menor deseo, ya le pone en via de ejecucion.

---

Y ahora, digámoslo muy alto: *¡Vanitas vanitatum!* ¿Quién de nosotros es dichoso en el mundo? ¿Quién de nosotros llega al término de sus deseos, ó se halla satisfecho si ha llegado? Adios, amigo lector; vuelve ahora á la vida real donde verás cómo pasa ante tus ojos la historia que acabo de contarte.

FIN.